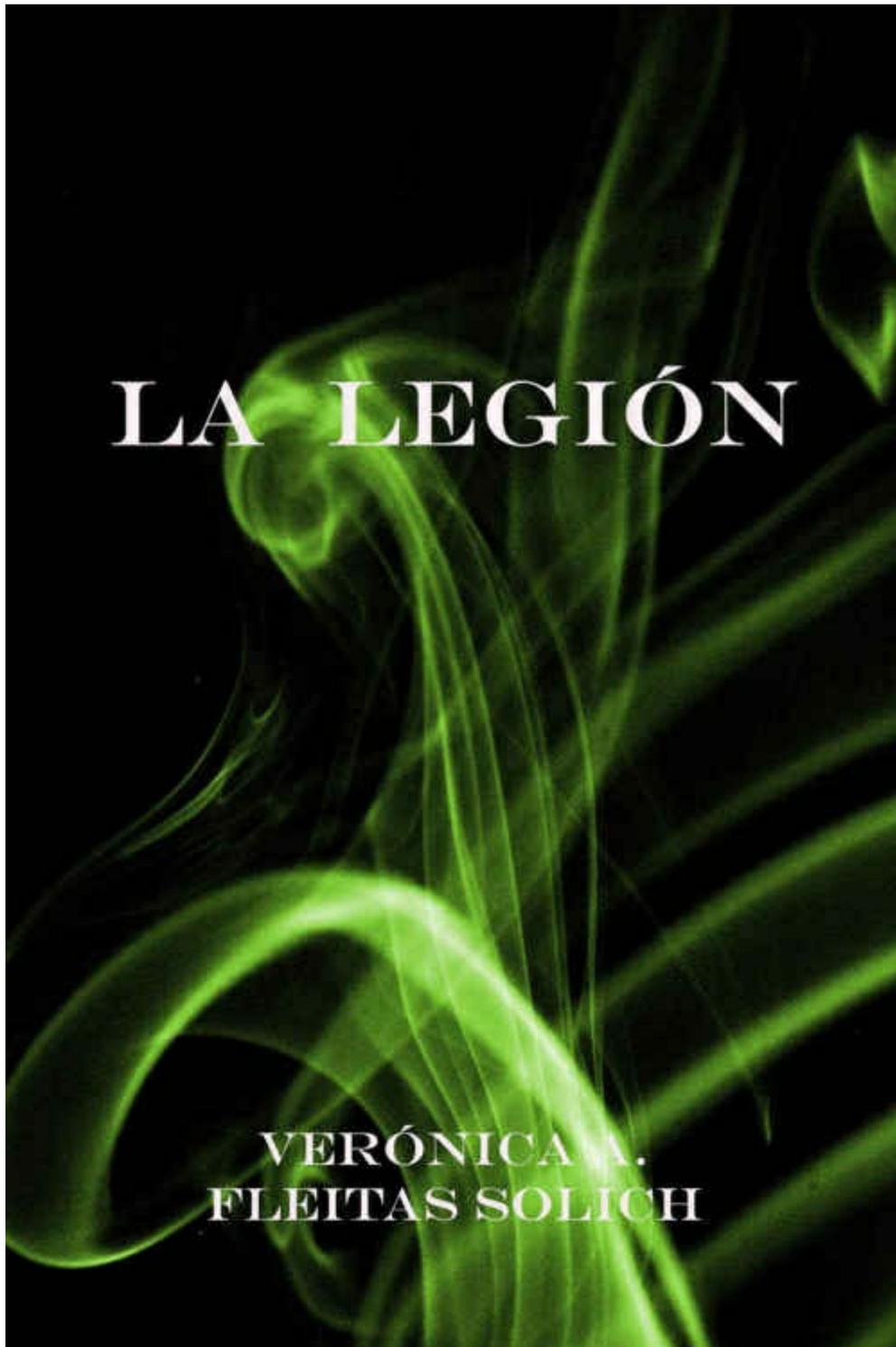


LA LEGIÓN

VERÓNICA A.
FLEITAS SOLICH



Este libro va dedicado a todos aquellos
que no temen amar de igual modo

a sus ángeles

cuanto a sus demonios.

V.A.F.S

“Be who you were created to be,
and you will set the world on fire”.

Sta. Catalina de Sienna

1.

Familia.

—De no sentirte del modo en que te siento, habría pensado que no hay nadie en casa.

La voz de mi hermano me arrancó una sonrisa. Sentir su presencia me provocó bienestar. Toda mi vida había deseado tener hermanos, al menos uno, y ahora él estaba aquí... el más cariñoso y comprensivo. Un hermano que advertía

absolutamente todo lo que pasaba por mi cabeza, no solamente por estar conectado

a mí de un modo tan particular sino porque sus experiencias en cierto modo, eran

muy similares a las mías.

Ni Lucas ni yo imaginamos jamás que la sangre nos unía, sin embargo el lazo allí

estaba y explicaba muchas cosas.

—No la necesitas para ver... de cualquier modo deberías encender alguna luz, la casa se ve lúgubre así —dijo entrando por la puerta que daba al corredor.
Al girar

la cabeza, vi su cuerpo aparecer y mi sonrisa se tornó todavía más amplia—.
¿Qué

haces allí sola en penumbras?

—Bebía agua... recién llego —giré sobre mi silla y él terminó de entrar. Vino directo hacia mí.

—Hola, hermanita.

—Hola, hermano —Lucas se inclinó sobre mí para abrazarme. De él me prendí con

todas mis fuerzas, había tenido un día largo y necesitaba un gesto así para recuperar la estabilidad.

—¿A qué se debe el caos allí dentro? Piensas en tantas cosas que no puedo ver nada... —se apartó un poco sin soltarme y se quedó viéndome—. Un momento, sí...

creo que veo distinguir...

Mi hermano siempre tuvo una de las sonrisas más lindas que viera jamás.

—¿Emilia? —entonó colocándose de rodillas frente a mí.

—¿No te gusta?

—Emilia, hija de Eliza, nieta de Eleazar. Sobrina del más lindo, inteligente...

Le propiné un empujón que pese a su fuerza, no logró contener del todo.

—¿Todos con “E”; es una tradición de la cual me dejaron afuera?

—No tengo ni idea de por qué mi madre escogió el nombre de Eliza para mí.

—Habrá sido por papá, por la “E” de su nombre... en honor a eso.

—¿En honor a eso? —todavía no me quedaba claro si mi madre había odiado

o amado mucho a Eleazar, probablemente sintió por él ambas cosas con la misma intensidad. Pensar en ella era doloroso, hoy por hoy, pese a todas las falencias en nuestra relación, me hacía más falta que nunca. No imaginé que fuese a ser madre

algún día, sin embargo, cargando un vientre que crece día a día, su falta opacaba mi

felicidad. Hubiese dado cualquier cosa por tenerla aquí conmigo, por poder compartir esto con ella como se suponía que debía ser, como suelen ser las cosas

entre madres e hijas—. Me pregunté infinidad de veces y sigo preguntándome si ella

se sentiría feliz por mi embarazo —sentir a mi hija dentro de mi cuerpo era lo más

maravilloso del mundo. Coloqué mis manos sobre mi vientre y las manos de Lucas

aterrizaron con suavidad sobre las mías.

Aquellos ojos castaños rebosantes de energía se llegaron a los míos.

—Es bonito. Me gusta Emilia.

—Todavía no se lo digo a Vicente —continué diciendo para evadir el momento de

tristeza que amenazaba con empañar mis ojos. Parpadeé varias veces y volví a mirarlo—. Se me ocurrió de camino a casa... fue un viaje largo.

—No deberías conducir tanto, no deberías haber salido. Tienes que cuidarte y cuidar de ella. ¿Están bien?

—Estamos bien.

—¿Y cómo te fue?

—Un conocido de Gaspar se encargará de él. Es un buen hombre, quiere hacer lo

correcto, está de acuerdo con nosotros. No tiene intención de lastimar a nadie.

—Me alegro que terminase. No me gustaba nada que tuvieses que ocuparte de ese sujeto.

—No era un mal hombre.

—Esperemos ahora no se convierta en un mal demonio.

—Nos mantendremos en contacto, Gaspar me tendrá al tanto de su evolución.

—¿Fue bien... sientes alguna diferencia?

Entendí que Lucas se refería a si había cambios en mí por tomar el alma de aquel

hombre. Negué con la cabeza.

—Por un momento me sentí un poco inestable... no fue nada, ahora estoy bien.

—No deberías continuar haciéndolo en tu estado, nada de lo que sucede contigo es

normal o sobre lo que se tenga experiencia, podría ser peligroso para ambas.

—No creo que lo sea, hasta ahora vamos bien.

—¿Cansada?

—Un poco. Siento nauseas desde que me bajé del automóvil. Conduje más de quinientos kilómetros y tengo la impresión de que todavía sigo en la ruta.

—Debiste volar. Papá puede prestarte uno de sus aviones.

Cada vez que escuchaba a Lucas llamar a Eleazar “papá”, algo se retorció dentro de

mí y no era Emilia.

—¿Qué? ¿A qué se debe el súbito cierre de tu mente? Cuando algo no te agrada —

alzó su mano derecha hacia mi cabeza—, allí arriba se pone todo oscuro y no logro

ver nada.

—No es nada.

—Creí que nos contábamos todo.

Tomé sus manos entre las mías.

—No podría estar más agradecida de tenerte.

—Debería cambiarme el nombre para así parecer más de la familia. Tendría que llamarme Eustaquio o quizá Eloy, o mejor Emiliano, para así decirle a Emilia, cuando nazca, que su mamá le puso ese nombre en honor a su maravilloso tío.

—Siempre adoré tu nombre. No tienes que cambiártelo; eres mi hermano, eres su tío —bajé sus manos hasta mi panza—. Nada de esto te lo da un nombre que comience con “E” sino las cosas que vivimos, lo que te quiero y necesito.

—Si me necesitas tanto porqué no admites que estás preocupada, que Emilia te preocupa.

Se me escapó un suspiro, quizá fuese mejor sincerarme frente a él, no quería pasarle mi ansiedad a Vicente puesto que su miedo era tanto como el mío.
Ninguno

de los dos tenía ni la menor idea de qué sería de nuestra hija, o qué sería ella, además del producto de nuestro amor. Nos preocupaba su salud, su vida... su

futuro.

Queríamos que tuviese una vida normal y no teníamos ni idea de cómo haríamos para dársela o si ella, de por sí, podría tenerla. Su existencia era una completa incertidumbre.

—Tengo miedo de no saber cómo cuidarla, de no poder darle la vida que todo niño

merece, de que ella me recrimine un día no ser... —no pude seguir adelante, la garganta se me cerró y mi temperatura comenzó a ascender.

Sutilmente, Lucas liberó sus manos de las mías.

—Quema —entonó acompañando su palabra con una tenue sonrisa en el mismo

instante en que a mí, se me escapó una mueca de horror.

Sacudió sus manos en el aire para enfriarlas.

—Perdón.

—No pasa nada—. Se tomó un momento y luego dijo—. Será única y especial, y tendrá el amor de todos nosotros. La cuidaremos y le daremos lo mejor; nos aseguraremos de que sea feliz, sea lo que sea.

—Anoche soñé que ella nacía completamente humana y que al crecer no aceptaba ser lo que nosotros somos... La veía morir de vieja y yo seguía igual, sin cambiar

un ápice. No quiero ver morir a mi hija, Lucas y tampoco estoy segura de desear que se convierta en esto.

Lucas apartó la mirada y entendí que mis temores eran los de muchos.

—Deberías discutirlo con papá.

—No quiero meter a Eleazar en esto.

—Es tu padre, es su abuelo... es quien es, y sabe mucho más que nosotros.
¿Cuánto

tiempo llevas sin hablarle?

—Dos meses. Me mandó un par de mensajes la semana pasada... no contesté. La última vez que nos vimos quise hablar de mi madre con él y se cerró por completo.

—Imagino que no quiere discutir sobre eso, a mí tampoco me gusta que la menciones, ella quería verte muerta.

—Mi madre no sabía lo que hacía. Dudo que ninguno de nosotros alcance a imaginar lo que pasaba por su cabeza. Lo que vivió toda su vida, las cosas que sabía

y debió callar.

—No debió ocultarte la verdad.

—Supongo que hizo lo que creyó correcto.

—Nunca debió ocultarte la identidad de tu verdadero padre.

—No debió saber cómo explicármelo —busqué su mirada—. Yo no tengo ni la menor idea de cómo se lo explicaré a mi hija, Lucas. No ha de ser sencillo, no simplemente sueltas semejante verdad. Tu mamá tampoco supo cómo contártela a ti,

supongo.

Lucas se pudo de pie de un salto.

—Debió hacerlo de cualquier modo, la verdad es siempre el mejor remedio

—

dándome la espalda, se alejó en dirección a la cocina—. Ya no pienso ni en mi madre, ni en el que creí era mi padre, tampoco en mis hermanos. Tengo a mi familia aquí conmigo—. Abrió la heladera y se volvió—. Tú, Emilia y Eleazar son

mi familia ahora... ahora y por siempre —añadió y luego manoteó de dentro de la

heladera una botella de gaseosa.

—No puedo olvidar de dónde provengo —entoné poniéndome de pie.

—A eso mismo me refiero —me contestó sin volverse en mi dirección. Tomó un vaso de la alacena—. Es tu padre, deberías discutir con él lo que sientes, tus temores. Lo ha dicho una y mil veces: hará cualquier cosa por nosotros, más sabiendo que estás embarazada.

Sí, también se lo había escuchado repetir infinidad de veces... “ustedes dos son lo

mejor que tengo” había dicho sobre Lucas y sobre mí. “Pondré el Infierno de pie, y

la Tierra patas para arriba, con tal de protegerlos”.

Al recordar sus palabras me dio un escalofrío.

Llenó su vaso con Coca Cola y se volvió hacia su izquierda para verme llegar.

—Me preocupa mucho el bienestar de ambas y siento que no soy capaz de cuidarte

lo suficientemente bien, tampoco creo que Vicente sea capaz de hacerlo...

Di un respingo y él lo notó.

—No tengo nada contra Vicente —continuó diciendo—, no me pongas esa cara. Es

que los dos sabemos que eres más fuerte que ambos. Por poco y me quemas recién

—apuntó con la cabeza hacia atrás, en dirección a la mesa frente a la cual había estado sentada hasta hace un momento—. Si alguien puede cuidar de ti como es debido, ese es él. Llámalo.

—¿Te pidió que me convencieses de que lo llame?

—Lo pide todos los días... no lo hago porque él me lo pida. Lo hago porque me preocupa tu bienestar. ¿Puedo decirte una cosa sin que te pongas furiosa?

—¿Tendré que ponerme furiosa?

—En realidad no, puesto que las siguientes palabras serán pronunciadas por tu hermano, el que te ama más que nada en este mundo, el que daría su vida por ti.

Mi espina dorsal dio un sacudón ante aquellas palabras; de eso yo no quería saber

nada.

—No me agrada que todavía continúes viéndote con él y no soy el único al que eso

le disgusta. Son el bando contrario. ¿Cuánto tiempo crees que Gabriel podrá contener la situación?

—¿Contener la situación? —repetí cual autómeta. No entendía hacia dónde se dirigía la conversación. Gabriel era un asiduo de esta casa así como muchos otros

integrantes de La Orden que intentaba mantener el balance en el mundo.

—Gabriel te da su apoyo ahora, pero... qué pasará si Emilia nace como nosotros,

que pasará si ella un día hace algo que a ellos no les guste, si tú haces algo que no les guste... si deciden que los hijos del Diablo y el resto de su descendencia ya no

son buenos para esta Tierra. Quizá Gabriel no alce ni un dedo en tu contra, pero...

¿y los demás? No puedes permitir que sigan entrando y saliendo de tu casa como si

nada.

—¿Esto también te lo pidió Eleazar?

—Por más que te pese es tu padre y se preocupa. Te guste o no, ellos son el enemigo.

—Por mis venas corre la sangre de Miguel también.

—¿Acaso eso le importó a tu madre?

Involuntariamente, me aparté de él. De mis labios, brotó su nombre.

—Algunas cosas son reales, creas o no en ellas. Somos nosotros, Eliza, ellos están

aparte. Es nosotros contra ellos y siempre será así. No es cualidad intrínseca y exclusiva de los demonios, la traición. No arriesgas solamente tu vida... —
bajó sus

ojos hasta mi apenas notorio vientre de cuatro meses—. Ahora tienes a Emilia y eres responsable de su vida también. Piénsalo. ¿Crees que alguno de ellos está verdaderamente feliz de saber que esa niña será especial, muy especial, una nueva raza?

—No la llames así, no tiene que ver con eso. Ella no es una cosa.

—No, no lo es, es mi familia —entonó dándole especial énfasis a la palabra “mí”—.

Para ellos tanto Emilia cuanto nosotros somos meros desconocidos, criaturas contra quienes luchan... para eso fueron entrenados, para eso existen.

—Es ridículo.

—¿Alguna vez lo discutiste con él, hablaron sobre el tema?

—Gabriel solamente se preocupa por mi salud, no hablamos de esas cosas, no tenemos nada de qué hablar.

—¿Por qué dejaste de ir a la casa entonces? No te quieren allí, ¿no es así?, te lo hicieron notar.

Desde hacía dos meses no pisaba aquel sitio que tantos recuerdos me traía. Tantos y

dolorosos, incluso los buenos dolían porque pesaban sobre mi conciencia incluso más que los malos. Como sea, llegó el momento en que ya no resistí pasar por delante del lugar en que le quité la vida a Ami, aquello era lo peor de todo y jamás

lo superaría... y supongo que tampoco ayudaba mucho que las miradas se tornaran

cada vez más frías y distantes. Últimamente solamente veía a Cesar y a Gabriel y, en

un par de ocasiones y solamente por casualidad, había pescado a Pavel al teléfono.

El resto de La Orden había vuelto a su condición de secreta y lejana, como así debía

ser para cualquier demonio. Por supuesto, no lo admití, ni admitiría frente a Lucas,

porque para mí era una situación completamente justificable, mientras que para mí

hermano sería similar a una declaración de guerra.

Esta no era mi guerra.

—Temo contarle a Eleazar de mi embarazo. No sé cómo reaccionará, no quiero que

esto se transforme en... quiero que simplemente sea nuestra hija, que viva del modo

más normal posible.

—Entonces no debiste contárselo a Gabriel... de cualquier modo todos se enterarían tarde o temprano. No puedes ocultar esto, esa no es la solución.

—En momentos así es cuando se te nota que eres mi hermano mayor.

—Quisiera que confiases en mí por lo que soy, por lo que te quiero y siempre te quise.

Olvidándome de nuestros pequeños roces y diferencias, extendí mis brazos hacia él

y rodeé su cuello.

—Confío en ti y te quiero—. Lo apretujé entre mis brazos un poco más—.

Estaremos bien.

—No es un pecado necesitarlo, después de todo, es tu padre —me dijo afianzando

sus manos sobre mi espalda—. Fue una extraña elección de palabras pero así es.

Nada en el mundo cambiará eso jamás.

Lucas tenía el poder de hacerme sonreír con las cosas más tontas.

Me alejé un poco y tomé su cabeza entre mis manos.

—Lo que te quiero...

—Y yo a ti. Prométeme que hablarás con él... en algún momento. Recuerda, ya no

eres solamente tú, ahora está ella también.

—Lo pensaré.

Lucas me sonrió tanto con sus labios cuanto con sus ojos y regresó a la mesada para recoger su vaso de Coca Cola.

—Y bien... ¿qué tal tus cosas?

Puso los ojos en blanco.

—El trabajo bien, me alegra haber regresado—. Así sin más, se alejó de mí. Fue camino a la mesa sin embargo luego se desvió. Encendió un par de luces. Ahora el

exterior quedaba más oscuro que el interior. Comenzaba a notarse que los días se acortaban y que el clima se ponía considerablemente más fresco.

Con su vaso se acomodó en la silla que ocupara yo hasta unos minutos atrás.

—¿Y lo demás, lo que no es trabajo?

Resopló y apartó la vista en dirección al parque.

—La vida amorosa de tu hermano va de mal en peor.

Anežka era además de mi aprendiz, mi amiga. De su boca escuché que las cosas no

iban bien.

—¿Te comentó algo ella? Imagino que sí... tiene que ver con que ella es

demasiado

joven... no solamente como demonio. Por momentos me siento viejo.

—Eres solamente un par de años mayor que yo.

Apartó la mirada.

—No me hagas caso.

—¿Terminaron?

—No todavía.

—¿La amas?

En vez de responder, bebió de su vaso hasta vaciarlo.

—Todo es tan extraño —soltó por fin—. A veces tengo la impresión de que nada de

esto es real... fue difícil asimilar que somos hermanos. Que soy hijo de Eleazar...

—me sonrió con una picardía forzada que a mí me hizo recordar cosas que no debí

hacer, malas decisiones.

—Me siento culpable por las cosas que hice.

—Yo no. No me arrepiento de lo que sentí. No tenía ni idea... es incómodo para los

dos. Te quise como jamás había querido a nadie y te sigo queriendo con la misma

intensidad sólo que de otro modo. Eso nada tiene que ver con que sea un desastre para las relaciones de pareja. No es tu culpa así que no me pongas

esa cara que me

dan ganas de coserme la boca para no poder decir nunca nada más. Lo que tenemos

ahora es algo que mis pésimas cualidades para las relaciones de pareja, no logrará

arruinar jamás. Lo nuestro es para siempre, suceda lo que suceda.

—No quiero verte triste.

—No estoy triste.

Su rostro no decía lo mismo.

—No lo estoy —insistió—. No me hagas caso, es tensión, el trabajo resultó bien, no

por eso dejó de ser un fastidio y me molesta tener que apartarme de tu lado, perderte de vista; siento que incumplo con mi deber de hermano mayor, cada vez que te dejo. Por eso me gustaría que te pongas en contacto con él para que te cuide y que dejaras de ver a esos ángeles... que no lo son tanto.

—No te preocupes por ellos, tampoco por mí, voy a estar bien.

—Necesito que estés bien... que ella esté bien —se estiró hasta mí y colocó su mano

sobre mi vientre, mi hija se movió.

—Emilia está contenta de verte—. Le dije y sentí un cosquilleo que comenzó en mi

nuca y se extendió por toda mi espalda y el resto del cuerpo, a modo de abrigo o

coraza. Era la protección más dulce, la que yo más añoraba y deseaba—.
¿Está detrás de mí, no es así?

Me llegó la corriente de aire, la puerta a mi espalda había sido abierta.

—¿Emilia?

El tono de su voz, el perfume de su piel, el calor que delataba su presencia, turbaron mis sentidos. Mi cuerpo se encendió, no literalmente pero casi, más de una vez el tacto de su piel con la mía o el susurro de sus labios cerca de alguna de mis orejas, provocó que saltasen llamas en mí.

Lucas me contestó que sí con la cabeza.

—Me gusta —dijo con un tono de voz que evidenciaba que sonreía.

Al volverme lo primero que vi fue esa perfecta sonrisa suya que me encantó desde

el primer día. Me partí de deseo con el mero roce de su mirada con la mía. Verlo

continuaba afectándome tanto o más que la primera vez que lo vi y aún me parecía

increíble que era mío y yo suya, que llevábamos más de un año como marido y mujer, que cuando nos encontrábamos a solas era pasión pura entre nosotros dos, que sentía que se me desgarraba el pecho de amor y necesidad, y que cuando se alejaba de mí, unos pocos centímetros, me atacaba el pánico de perderlo.

Olvidé la presencia de Lucas y me abalancé sobre él para caer en sus labios; había

extrañado demasiado sus besos, y ni que hablar, el resto de su cuerpo.

La mía no fue una bienvenida para nada recatada, si me moría de ganas de arrastrarlo a nuestro cuarto, quitarle esa hermosa corbata gris que combinaba a la

perfección con sus ojos, y mandarla a volar por los aires, igual que el resto de su

ropa.

Vicente se prendió de mi blusa. Sus dedos tironearon de la tela y se apretaron contra mi carne; su reacción duró una fracción de segundo y luego se enfrió, recordándome que mi hermano se hallaba a pocos pasos por detrás de mí.

—Te amo, te extraña... demasiado —me susurró al oído—. Me gusta Emilia, es un

nombre muy bonito y se siente como ella, como si siempre hubiese sido su nombre.

Esa misma sensación me daba a mí. Le sonreí.

—Te amo tanto.

Su respuesta a mis palabras fue un beso delicado pero caliente, sobre mi cuello.

—Hey, sigo aquí —soltó Lucas.

—Perdón... Hola. ¿Cómo te fue? ¿Cómo les fue a ambos? —quiso saber mientras

me empujaba por la cintura en dirección a mi hermano.

—Bien, lo de siempre.

—¿Y a ti?

—Se hizo un poco más largo de que lo deseaba... —se me escapó un suspiro; es que fue difícil convencer a ese hombre que lo mejor para él, era quedarse de nuestro lado y no con otros demonios los cuales se aprovecharían de él hasta que

no lo necesitasen más, y entonces, se desharían de su presencia sin mayores problemas.

—¿Algún cambio?

—Por el momento no. Me sentí un poco inestable al principio; ya estoy bien. Bueno,

eso es una forma de decir, tu esposa tiene los pies hinchados, necesita un buen baño

y se muere de hambre.

—¿Persisten las náuseas?

—Tu poco sexi esposa no consigue mantener el desayuno dentro todavía. ¿Acaso no

se supone que eso sería por los tres primeros meses nada más?

—¡Asco! —chilló Lucas—. Todo eso es demasiada información para mí.

—No seas bobo, es normal.

—Hablas de vomitar y lo piensas, y yo lo veo en tu cabeza.

—No te metas en mi cabeza entonces, recuerda que viene bien un poco de privacidad.

—No fue a propósito, simplemente lo vi.

Y yo había visto cosas peores en la suya, pero callé la boca porque no deseaba incomodarlo, a veces a mí también, se me iba de control el poder nuestro de comunicarnos sin tener que cruzar una palabra.

—Entonces... no sentiste nada extraño... ¿Emilia está bien?

Me llenó de felicidad que la llamase por aquel nombre.

—Sí, no percibí nada extraño y hace un momento la sentí moverse.

Su mano derecha llegó hasta mi abdomen, la reacción de Emilia fue instantánea y algo que suponía, no debía ser normal en otros bebés de cuatro meses dentro del útero de su madre. Mi temperatura ascendió un par de grados sin embargo imaginé

que no había riesgo alguno en esto, era felicidad, eso es todo.

—De cualquier modo deberíamos mantenernos pendientes de cualquier cambio. No

importa si la diferencia es mínima, me avisarás si sientes cualquier cosa fuera de lo normal. No podemos correr riesgos.

Lo sabía y también estaba agotada de vivir en pánico. El miedo de dañar a mi hija

no me abandonaba ni cuando ocasionalmente, lograba pegar un ojo pese a que ahora éramos unos cuantos los que gozábamos poder dormir después de aquellos extraños cambios que se produjeron en nosotros después de lo que podríamos llamar “intercambio energético” entre Gabriel y todos nosotros, y por el hecho, de

que en mí, hubiesen aflorado aquellas cualidades que por parte de madre, había heredado en aquella delgada línea sanguínea angélica.

—A ver si te hace caso, porque lo que es a mí, parece no escucharme. Mi hermana

se rehúsa aceptar cualquier ayuda.

—No necesito ayuda, Lucas —lo miré fijo para que entendiese que no quería que volviese a sacar a relucir que creía que era hora de contarle la verdad a Eleazar—.

Me encuentro perfectamente bien, quédense tranquilos. Ya estoy en casa y todo está

bien.

—No deberías volver a viajar tanto.

Lucas me enfrentó con una gran sonrisa de victoria ante las palabras de Vicente.

—Lo ves.

—Pensaba que es una buena idea que pasemos una temporada en la casa de campo.

—¿Una temporada? Vicente no voy a permanecer encerrada en esa casa por los próximos cinco meses si eso es lo que insinúas.

—Comienza a notársete el embarazo y cualquiera podría verte... No tenemos ni idea de cuál será la reacción...

Lo interrumpí, comprendía los riesgos, tenía muy en claro que tarde o temprano, debería tomar una decisión al respecto, que probablemente nosotros tres, siquiera con el apoyo de los Salleses seríamos capaces de proteger a Emilia si la reacción

del mundo demoníaco o incluso la de los ángeles, no era buena.

Desgraciadamente sabía que Lucas tenía razón y que tarde o temprano quizá tuviese

que recurrir a mi padre.

—Todavía puedo disimular mi panza con la ropa y después... bueno, ya veremos,

¿sí?

A Lucas no le gustó mi respuesta, me dedicó su peor mala cara y Vicente procuró

mantener su sonrisa... no lo logró, en sus ojos se leía preocupación.

—Cambiemos de tema; me muero de hambre. ¿Alguien sabe a qué hora llega

Anežka? Quizá podríamos ir pidiendo algo de comer.

—Corté con ella antes de entrar, venía en camino —explicó Lucas.

Se hizo silencio y una fracción de segundo después, mi celular, el cual se encontraba cargándose sobre la mesada, comenzó a sonar.

Fue una bendición encontrar una excusa para apartarme de Vicente y Lucas, sus rostros me angustiaban.

Le eché un vistazo a la pantalla, aquel número no formaba parte del registro de mis

contactos.

Contesté con algo de desconfianza.

—¿Hola?

—¿Eliza? Eliza, soy...

—Ciro —no necesité que pronunciase su nombre.

Vicente y Lucas se pusieron en alerta. En la mente de Lucas vi su rostro.

—Reconociste mi voz. Qué gran halago. Pasó mucho tiempo desde la última vez que hablamos, hermana mía.

Y por mí hubiese resistido una eternidad sin tener que volver a cruzar una sola palabra con él.

Vicente se me aproximó.

—Me alegra saber que aún estás con vida.

—Estoy bien, gracias.

—¿Miguel todavía no convenció a Gabriel de acabar contigo? Un verdadero

milagro. Supongo que los hermanos no son tan unidos cuanto lo eran antaño.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ciro? —solté cortándolo; no me interesaba en lo más mínimo escuchar un discurso suyo. Sus monólogos me aburrían.

Vicente se paró a mí lado, tomándome por la cintura para darme su apoyo.

—Hablarne... me encantaría charlar contigo. El tiempo cuando eres eterno en ocasiones pierde valor, mas extrañamente, estos últimos cuatro meses pasaron con

una lentitud pasmosa. No saber nada de ti es estresante, sobre todo cuando lo único

que sé es que te codeas con ángeles y con demonios que no tienen muy clara su propia existencia.

—No tienes nada de qué preocuparte, me rodean amigos.

—¿Entonces explícame por qué razón la preocupación no me abandona, por qué mis horas quedan embargadas por la incertidumbre con respecto a tu bienestar?

—No tengo idea.

—Lo que tenemos para conversar no debería ser discutido por teléfono.

—¿Qué tenemos para conversar?

—Ven a París.

—No creo que me apetezca viajar allí.

—Podría viajar a Buenos Aires, pero por la seguridad de todos, no me parece conveniente. Me preocupo mucho por ti, Eliza, en verdad. Todos nos preocupamos

por ti.

—¿Todos?

—Es tu padre —entonó luego de un momento.

—Sí, lo tengo presente.

—No da la apariencia que así sea. Quiere brindarte su apoyo y no haces más que rechazarlo. No quiere presionarte, por eso no ha ido hasta ti, hasta ahora.

—No necesita venir a mí, estoy bien.

—Lucas es un demonio joven, es inteligente y un hombre que reconoce el valor de

su familia, mas no puede solo con tamaña responsabilidad, y Vicente... bien... a nosotros nos une la sangre, es distinto. Te lo ruego, ven a Francia.

—No regresaré a Las Doce Sillas.

—Entiendo que desearas mantenerte alejada por un tiempo. Comprendíamos que

por tu duelo, no gozarías de las condiciones de manejar la responsabilidad, sin embargo la responsabilidad es tuya, estés aquí o no.

—No volveré, no quiero saber nada con eso.

—No puedo obligarte sin embargo permíteme que darte un consejo, simular no ver

los problemas que aquejan nuestro mundo, no resultará en la desaparición de los mismos. No queda barrera en pie, las máscaras se han caído y las líneas fronterizas,

desdibujadas. El balance ya no existe, tampoco el misterio. Nos vemos las caras, sabemos quienes somos y la tregua acabó. Dudo que ninguno de los dos bandos continúe manteniendo las formas por mucho tiempo más. Esta bomba de tiempo explotará de un momento a otro y cuando eso suceda, tus amigos y tú, estarán en peligro. Vicente podría morir, Lucas podría morir...

—Y yo, pero eso...

—¿Tú? —soltó cortándome—. Eso no sucederá, jamás lo permitiría, menos nuestro

padre, no en tanto y en cuanto a ambos nos quede algo de fuerzas. Debes comprender, Eliza, que en ocasiones la muerte, no es el peor castigo. ¿Qué sería de

ti si lo perdieses todo? Seguro que no continuarías siendo quien eres, esa persona

pacífica que prefiere no ver la maldad disimulada en quienes la rodean. Te empujarán a ser quien no eres y entonces así, tendrán un justificativo.

—¿Un justificativo para qué?

—Para obligar a tu alma a pagar por sus pecados.

—¿Eso qué significa? —Ciro se mantuvo en silencio—. ¿Qué significa eso, Ciro?

—Tarde o temprano tendrás que dar un salto de fe.

—¿Un salto de fe? Deberías ser más claro, Ciro.

—Eres demasiado joven, Eliza, podría intentar explicarte muchas cosas que no comprenderías.

—Pruébame.

—Tu vida es más simple de este modo.

—No seas condescendiente conmigo, Ciro.

—Siquiera te atreves a venir aquí.

Sentí que con aquello me cerraba la boca. Tenía razón, había demasiadas cosas que

no quería saber, cosas que no conocía, a las cuales temía. No necesitaba que ni
Ciro

ni nadie más me hiciesen notar que intentaba escapar de lo inevitable. Llevaba
casi

año y medio como demonio y aún no terminaba de asumir la mayor parte de lo
que

aquello conllevaba, es que en realidad habían sucedido tantas cosas que el
tiempo se

me escapó de las manos sin poder hacer más que resolver lo urgente, que
intentar

mantener con vida a los míos. Los últimos cuatro meses fueron muy distintos,
las cosas estaban mucho más tranquilas y por eso mismo, tenía demasiado
tiempo para

pensar... para meditar sobre mis poderes, sobre lo que temía poder estar

reprimiendo, sobre lo que implicaba mi verdadera identidad e incluso mi
pasado y

lo que envolvía mi presente y mi futuro. Todavía quedaban demasiados asuntos
borrosos en mi vida y tarde o temprano debía terminar por enfrentarlos.

—En cualquier momento... cualquier segundo, podría estallar una guerra y te
guste

o no, deberás escoger un lado... si es que se te permite, si aún tienes la
oportunidad.

Te lo ruego, ven a verme. Eres mi familia. Te cueste aceptarlo o no, me
preocupo

por ti como tu hermano. No nos conocemos realmente bien en realidad, sin

embargo la sangre tironea con una pulsión única. Aquella es una fuerza

demasiado

potente para intentar oponerse siquiera, y no hablemos de vencerla—. Hizo una pausa—. No les permitas que ganen sin siquiera dar batalla antes. Somos el enemigo, Eliza y siempre lo seremos, incluso cuando en tu interior no lo sientas como un contrincante... él siempre te verá de ese modo, incluso cuando vea al mismo tiempo en ti, a la mujer que ama.

Al escuchar aquello, di un respingo y rogué porque la voz de Ciro no hubiese llegado a oídos de Vicente, que ahora, estaba más pegado a mí que nunca.

—Entre el amor y el odio, la distancia es mínima y ante todo para él, siempre prevalecerá el deber y eso lo sabes, no puedes negarlo.

Este día iba de mal en peor: amanecer con la impresión de que vomitaría hasta el alma, separarme de aquel hombre cuya alma tomara para el Infierno (lo cual no resultó para nada sencillo; no se lo conté a ninguno de mis dos seres queridos que

ahora tenía conmigo y le había prohibido a Gaspar y a su amigo que dijese una sola palabra: tuvieron que obligarme a subirme en el automóvil y alejarme de allí

puesto que lo único que deseaba era absorber todo de él, nutrirme con su energía utilizándola para mí siquiera sé en qué; la sensación más persistente desde que tomé

su alma era la incertidumbre, como si dentro de mí él hubiese colocado un presente,

una hermosa caja cerrada con un gran moño, un regalo que deseaba incluso sin tener la menor idea de qué se trataba). El viaje fue un martirio, entre el mareo y mi desconcierto temí estrellarme contra un árbol o chocar contra otro vehículo. Llegar

a mi casa y encontrarla vacía, no entiendo muy bien porqué, acabó por derrumbar

mi ánimo, el cual Lucas, sin querer, acabó pisoteando con sus palabras. La llegada

de Vicente terminó por resquebrajar lo que quedaba de mí, en sus ojos veía mis mismos miedos... infinidad de veces hablamos sobre la llegada de nuestra hija...

ninguno de los dos había pensado seriamente en ningún momento, convertirse en padres, siquiera cuando éramos humanos y ahora, de este modo, todo era un doscientos por ciento más desconcertante, siquiera sabíamos si hacíamos bien en permitir que mi embarazo continuase adelante, y por otro lado, ninguno de los dos,

se habría atrevido jamás a terminarlo.

Teníamos un miedo atroz y nos sentíamos culpables y la responsabilidad nos agobiaba. Más de una vez, al despertar con pesadillas en plena madrugada, abría los

ojos para encontrármelo sentado en la cama, viéndome. Lo primero que él hacía en

cuanto nuestras miradas se cruzaban era preguntarme: ¿qué estamos haciendo?

Al principio mi respuesta había sido una: lo mejor que podemos. Ahora ya siquiera

me sentía segura de esa respuesta. ¿Era esto lo mejor?

Puedes decidir sobre tu alma, es tu única verdadera posesión y yo la entregaría una

y mil veces por él, sin embargo involucrar a un tercero inocente, a un bebé, a mi propia hija, me parecía una completa y absoluta locura.

La culpa me atacaba y comenzaba a preguntarme si mi modo de amar era el correcto o uno demasiado egoísta, egoísta incluso con Vicente y con Lucas... con

demasiadas vidas que se perdieron por el camino. ¿A cuántos acabaría arrastrando

detrás de mi camino? Además de mi madre, de Ami...

Conformar una lista mental en mi cabeza era una tortura.

A veces me miraba al espejo y me repetía en voz alta: ya no eres humana, eres un

demonio, un demonio.

Y todavía no acababa de creérmelo.

—Tu silencio evidencia que mis palabras al menos tienen justificativo.

—Dime... —mi voz salió estrangulada y el ceño de Vicente se frunció al percibirla.

—Tu madre está muerta Eliza... ¿en verdad crees que todo terminó allí?

Deseaba... esperaba... No.

—Puedo enviar un avión por ti.

—Lo pensaré.

—Por favor, hazlo. Admito que esperaba que aceptases venir. Comprendo tus dudas,

tu reticencia, incluso tus miedos, tan solo espero que no te decidas demasiado tarde.

—Te llamaré.

—Puedo pedirte un favor más.

No contesté ni que sí, ni que no, de cualquier modo él siguió adelante.

—Ten cuidado, mucho cuidado, recuerda que incluso nuestro padre fue un ángel antes. No olvides quién te protegió, quién está dispuesto a estar allí para ti, a quienes sí damos valor a la palabra familia. Miguel te odia, Eliza, créeme, lo hace. Nada lo

detendrá jamás; su ceguera es tal que siquiera logra divisar sus propios pecados, sus falencias y desaciertos. Nosotros vemos las nuestras, somos conscientes de que

en nosotros la condición humana se halla libre... ellos nos llaman demonios, nuestro padre... más humanos que los humanos mismos. Los ángeles en cambio,

sin importar qué suceda, se ven a sí mismos perfectos y sin mácula. Vemos la realidad, ellos la fantasía, el burdo engaño en el que fueron criados, uno que dista

mucho de lo que se ve y siente aquí en la Tierra. Este no es un lugar para débiles,

mucho menos para inocentes o para obtusos que profesan el fraude en un disfraz de

alas inmaculadas. La verdad del hombre es por lo que nuestro padre ha peleado siempre, por la verdad que no se puede ni debe ocultar. Nadie puede vivir demasiado tiempo pretendiendo ser algo que no es, o negando lo que es; ambas fórmulas son igual de desacertadas.

No sé si aquellas palabras estaban particularmente dedicadas a mí o no, como sea,

me tocaron muy de cerca... demasiado.

—Llámame pronto, te lo ruego. Cuídate y por lo que más quieras, piensa en lo que

te he dicho.

—Lo pensaré.

—Tú sabes que no somos incapaces de sentir y que no existe engaño que pueda sostenerse eternamente. Te necesitamos tanto cuanto nos necesitas. Tienes una familia, nunca lo olvides, una que te defenderá por siempre.

—Gracias.

—Cuídate —insistió una vez más.

—Lo haré.

En cuanto solté el aparato, Vicente y Lucas saltaron sobre mí con cientos de preguntas. Repetir la conversación sostenida con Ciro no sirvió para otra que no fuese angustiarnos a todos un poco más.

Los miedos eran muchos y a mí, lo larga de la jornada me predisponía de peor modo, viéndolo todo negro. Es que para colmo de males, al rato de hablar con Ciro, Anežka regresó a casa luego de pasar la tarde con Sofía, de quién se había hecho muy amiga; al verlo a Lucas se puso tensa, lo sentí y lo vi en su rostro.

Me quedé con un nudo en el estómago al verlos partir juntos, ambos de un humor

que no era el mejor. Temí que riñesen; no quería volver a ver a Lucas sufrir.

2.

Veo fuego.

La pared blanca frente a mí, no tenía mayor atractivo y sin embargo no podía dejar

de observarla. Mi vista fija en la lisa superficie le permitía a mi cerebro ocuparse de asuntos más importantes que lo que rodeaba en este instante, no por eso, dejé de notar que la cama se estremecía ligeramente. El colchón se hundió aquí y allí bajo

su peso.

No lo había escuchado salir del baño.

No me moví del borde del colchón; preferí que no viese mi mala cara.

Su cuerpo se detuvo justo detrás del mío. Antes de rodear mis piernas con las suyas,

estampó un beso sobre mi cuello.

—Te das cuenta de que es imposible que lo controles todo, que no puedes defender

a todos siquiera de sí mismos —me susurró al oído y luego apartó mi cabello para

pasarlo por encima de mi hombro derecho para depositar otro beso, esta vez, debajo del nacimiento de mi cabello en la nuca—. No olvides que ya está grande...

es su vida.

—Me siento responsable —respondí mientras él besaba y acariciaba mi cuello.

—No lo eres —susurró. Su mano izquierda dibujó el perfil de mi mandíbula y bajó

por mi cuello.

Vicente tenía una idea en mente y si bien yo lo deseaba y llevaba días añorando su

cuerpo y estar con él, en este instante, ese deseo se desmenuzaba entre mis manos

no únicamente debido a la preocupación si no porque además comenzaba a sentirme

pesada y poco atractiva pese a que mi vientre apenas si comenzaba a notarse.

La temperatura de su cuerpo aumentó y a modo de reflejo, o quizá fuese autodefensa involuntaria, la de mis emociones también ascendió un par de grados.

Sus manos desabotonaron mi camisa y la empujaron hacia abajo por mis hombros.

—Te amo.

Su pecho se pegó a mi espalda. Sentí todo su cuerpo pegado a mí y eso borroneó un

poco mis pensamientos sin embargo la última mirada que me dedicó Lucas antes de

partir con mi aprendiz, no se apartaba de mi mente.

—Quiero que sea feliz —solté a modo de expresión de una necesidad acuciante. Lo

necesitaba para él y me daba la impresión de que en tanto y en cuanto Lucas no fuese feliz, no amase y fuese amado como se merecía, el amor que yo recibía y sentía, me avergonzaba. Cierto, cuando pasó lo que pasó no tenía ni la menor idea

de que Lucas era mi hermano; eso no cambiaba el hecho de que me había

aprovechado de lo que él sentía por mí y ahora me remordía la conciencia y todavía

me asustaba lo que podría haber sucedido entre nosotros.

Odiaba a Eleazar por no confesarnos antes que existía un lazo entre él y yo; ocultar

semejante secreto era deplorable y pasaba horas pensando si lo había hecho a propósito, nos había permitido llegar a tanto por un motivo en particular. Sin duda

mi padre hacía cada cosa por una razón, tenía la impresión de que él digitó demasiados aspectos de mi vida como para simplemente dejar ese al azar, por qué

sí.

Cuando pensaba en eso me daban ganas de cometer parricidio.

Me pregunté si podría quemarlo, después de todo, era su hija... ¿tendría el poder suficiente?

—Hay momentos en los que desearía no existir —eso también se me escapó.

En cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras, los labios de Vicente se quedaron estáticos sobre mi piel y sus manos, sobre el broche de mi sostén.

—Quizá mi madre debió evitar que yo... no comprendo por qué me tuvo, por qué

me permitió nacer... No quiero que Emilia se sienta de este modo, no quiero que mi

padre entre en su vida. Quiero que tenga una vida normal—. Mi mirada se enturbió

a causa de las lágrimas de preocupación que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

Sin entonar una palabra, Vicente me obligó a girar sobre el borde del colchón para

enfrentarlo. Estaba demasiado serio.

—No eres tu madre. Emilia tendrá el amor de ambos... de toda una familia que espera su llegada y... no vuelvas, de modo alguno y bajo ningún concepto a repetir

lo que acabas de decir. ¿De dónde salió eso? Nunca conocí en mi vida a alguien que

pese a lo que demostraba al principio, desease tanto la vida... vivir.

—Tengo la impresión de que mi vida no es mía, si no de él... de Eleazar. Por momentos me da la sensación de que en realidad jamás fueron mis decisiones... que

fueron las suyas.

—¿Crees que él te empujó amarme, que te obligó de algún modo, a sentir algo por

mí? Sí, es cierto, te puso en mi camino, pero jamás podría obligarte a...

—Quizá me conoce demasiado bien, mejor de lo que me conozco a mí misma.

—Es una tontería, insinúas que sabía que enamoraría de mí y yo de ti. Eliza

—

tomó mi rostro entre sus manos—. No lo controla todo, jamás podría... y deja de

culparte por cada cosa que sucedió. Lucas no siente rencor, te quiere, es tu hermano... lo que pasó en el pasado queda.

Sus pulgares barrieron las lágrimas que no pude evitar derramar.

—Si te desmoronas me desmorono contigo... eres mi fuerza. Vamos Eliza, sabes que saldremos adelante... juntos. Peores cosas pasamos ya. Este no es más que un

coletazo del pasado. Mañana estaremos mejor. Solamente necesitas descansar,

dormir. Te amo —se quedó viéndome fijo con esos grandiosos y estremecedores ojos grises—. Te amo. Cambiaste mi mundo... abriste mis ojos. Ese hombre que siquiera entendía de qué iba la vida, que no comprendía lo que era el amor, de ese

demonio que se sentía a años luz de la palabra familia, es ese que ahora te ama y te

desea más que a nada en este mundo, este que se llena de gozo cada vez que le recuerda que tú le darás una hija. Me diste la vida, amor; algo que jamás soñé tener

—acercó su rostro al mío, yo ya lloraba hipando y soltando lágrimas cual cascada

—. Todos cometemos errores... perdónate porque ya fuiste perdonada.

Algo se resquebrajó y voló en mil pedazos dentro de mí. Me aferré de su cuello y

allí, continué llorando por un buen rato hasta que acunada entre sus brazos, fui depositada sobre la cama. Nos dormimos con sus brazos rodeándome, con sus piernas enredadas entre las mías y sus labios acariciando mi frente.

...

A diferencia de tantas otras veces, al despertar al fin de una pesadilla — soñaba que

el arcángel Miguel me arrebatava a mi hija recién nacida, sin que nadie pudiese hacer nada para detenerlo— lo encontré durmiendo profundamente; su respiración

pausada así lo evidenciaba.

Fue un alivio no toparme con su mirada. Me sentí demasiado inestable y soportando

una excesiva cantidad de energía corriendo por mis venas.

Lentamente y al mismo tiempo, con premura, me levanté de la cama apartando las

mantas con sumo cuidado. Lo último que quería era despertarlo y verme en la obligación de explicarle este brote de energía y calor en mí; me resultaría imposible.

Esquivé los listones de madera del piso, que sabía, crujirían debajo de mis pisadas y me escurrí de la habitación sin hacer el menor ruido. En cuanto llegué a las escaleras, me eché a correr hacia abajo. Mi corazón palpitaba enloquecido, mi pulso acelerado repiqueteaba hasta en mi cráneo y sudaba a mares como si estuviese

soportando un muy húmedo y caluroso día de verano. Me costaba respirar. Cuando

llegué a la planta baja tenía la espalda empapada en sudor. Mientras seguía en dirección a la cocina me arranqué los pantalones del pijama y desprendí los primeros botones de la chaqueta. A oscuras, llegué a la puerta de la cocina que daba

al jardín, quité la alarma y salí. Volví a correr hasta el centro del parque, desesperada en mi intento de encontrarme lo más lejos de la casa posible, para cuando aquella energía eclosionase. Estalló en mí, cuando todavía corría. Vi el reflejo dorado a mi alrededor, luego las llamas; me detuve en seco.

Fuego, en mis manos y brazos... veo fuego..., en mis pies y pantorrillas. Un calor

que podía percibir. El fuego no me quemaba pero sí afectaba a lo que me rodeaba,

lo cual se suponía, no debía ser así, el fuego que los demonios generan, en teoría,

únicamente debería afectar a aquello que es demoníaco. Pero qué podía tener de demoníaco el césped bajo mi pie derecho, el camino de piedra bajo mi pie izquierdo o las ramas de pino a mi derecha, las cuales eran afectadas por las llamas

de mi mano. Ante el calor de éstas, el pino comenzó a desprender un intenso aroma.

Contrólate —me ordené a mí misma—. Contrólalas.

No tenía demasiada idea de cómo hacer eso, solamente pensé en las llamas de mis

pies extinguiéndose y eso hicieron. Con las de mis manos procuré hacer algo distinto... esto podía ser muy útil a la hora de defenderme: bajé las llamas desde mis codos hasta mis muñecas, me costó mucho sudor y un incipiente dolor de cabeza, bajarlas hasta las puntas de mis dedos y desde allí, lo mejor... las llamas se

desprendieron de mis dedos y convertidas en una única bola ignífuga que flotó sobre las palmas de mis manos cuando volteé éstas hacia arriba.

¿Serías capaz de lograrlo? —me pregunté a mí misma echándole una mirada a la piscina—. No llegarán —me respondí. No tenía ni idea de que me equivocaría y tan

groseramente. Con todas mis fuerzas y con una mezcla de emoción, picardía y diversión que no experimentaba desde ya siquiera recuerdo cuando, lancé la bola de

fuego en dirección al agua.

Lo que sucedió fue de lo más extraño. El fuego entró en el agua como si fuese un

misil, o quizá un cometa, mientras corría en dirección a la pileta la vi zambullirse

hasta el fondo y allí explotar. La onda expansiva levantó una gran cantidad de agua

muy por encima de mi altura, la cual cayó sobre mí, caliente en modo de lluvia, igual que si hubiese llegado a punto ebullición.

La euforia se apoderó de mí y no pude más que soltar una gran carcajada.

¡Comenzaba a controlarlo!

Sintiéndome capaz de cualquier cosa, con ambas manos y no demasiado

esfuerzo,

levanté dos columnas de agua, las cuales al caer, me empaparon un poco más.

Luego con los dedos, levanté delgados chorros, aquí y allá, nuestra piscina parecía

una fuente, una fuente con fuego, ya que logré que las llamas se mezclasen con el

agua. Me pareció que era un espectáculo tan bello que siquiera me puse a pensar en...

—Dios... —jadeó Vicente a metros por detrás de mí.

El agua volvió a su sitio y las llamas desaparecieron.

Me volví y vi su rostro. No estaba ni feliz ni emocionado, mucho menos ni remotamente eufórico, sentimiento que ahora a mí, me embargaba. La sensación de

que tenía el poder de devorar el mundo era demasiado intensa y no me molestaba.

Di un par de pasos hacia él.

—Lo controlo... comienzo a controlarlo.

—Ya lo creo —dijo con la vista todavía perdida en el agua de la piscina ahora en

calma—. Quizá el alma de ese hombre empieza a afectarte.

—Pero estoy bien, lo controlo. Podría defenderme con esto.

—Sí, seguro que sí... y también llamar la atención de muchos demonios —me vio

fijo—, lo cual no sería conveniente.

—Tenía que soltarlo, tenía que intentarlo —si me lo hubiese guardado para mí, habría acabado explotando dentro del cuarto, junto a él.

—Déjame verte. Caminó hacia mí y me tomó por las muñecas alzando mis manos

para que le diera la luz de la farola más próxima. Las movió girándolas de las palmas al dorso, del dorso a las palmas, la piel estaba limpia, ni señal de daño.

—También salieron de mis pies.

—¿De tus pies?!

Alcé mis ojos hasta los suyos.

—Sí, pero las extinguí, estaba chamuscando las piedras del camino, también se quemó un poco el pino.

—Por eso huele a resina —olfateó el aire moviéndola cabeza en dirección a la conífera.

—No se supone que no debiera quemar nada que no sea de origen...

—Demoníaco —completó él—. Cierto. Así debería pero...

—Soy distinta.

Asintió con la cabeza.

—¿Y Emilia?

Me tomé un segundo y no noté nada malo.

—Bien. Estamos perfectamente bien.

No sé por qué, así sin más, sentí que me encendía y no con fuego.

—Vicente... —lo miré intentando hacer que entendiese mis intenciones y me

lo encontré mirando en dirección a mis pies. Al instante bajé la vista. No me agradó lo

que vi y al instante recordé aquella vez que vi algo similar, por primera vez en mi

vida: de debajo de mis pies, entre el pasto y la tierra, emergían lombrices, hormigas, arañas y gusanos, retorciéndose, alejándose de mí como si desearan escapar de la muerte, del peor clavarío, los pocos que llegaron al camino de piedra,

allí murieron, resecos.

Me quedé boquiabierta.

—No pasa nada —me susurró él y yo comencé a sudar profusamente otra vez —.

Tranquila, no pasa nada, es algo relativamente normal.

El calor trepó por mi cuello.

—Relájate, respira hondo. No pasa nada, estás bien, tranquila, tranquila — repitió él

una y otra vez, mientras yo comenzaba a sentirme cada vez, más y más, hija de mi

padre.

Eres un demonio, eres un demonio —repetí dentro de mi cabeza.

Los labios de Vicente se acercaron a los míos.

—Estoy aquí —me susurró entre beso y beso—, todo estará bien. Tranquila.

Con sus delicados besos, ayudó a arrastrar lejos, el asco que comenzaba a sentir por

mí misma. Más allá del divertido truco de feria, lo que había hecho no era normal,

sino muy demoníaco, lo que me empujaba a terminar de comprender en dónde me

encontraba parada. Para quitar aquello de mi mente, al menos por un momento, Vicente me levantó del suelo, cargándome en sus brazos, sin dejar de besarme.

La chaqueta del pijama comenzaba a incomodarme y todavía más, lo que él vestía.

—Bájame, le pedí cuando entramos en la cocina. Ya no necesitaba que se comportase como mi héroe, lo necesitaba como mi esposo, como mi amante, como

la otra parte de mí, que siempre tuve la impresión que él era.

Por un segundo nos quedamos viéndonos en silencio. Fui yo la que acortó la distancia a cero deseando con todo mi ser intérname en su cuerpo, que él se fundiese en mí. Necesitaba el roce de su piel, sus besos en mí y sentir su perfume y

ningún otro.

Mis manos se deshacían sin él.

Sin más preámbulos que la apertura de mis labios deseosos de besarlo, le arranqué

la remera haciendo sonar todas las costuras. Tenía ganas de destrozarla, la odiaba

porque impedía el tacto de mi piel con la suya. Vicente tardó un segundo que se me

hizo eterno, pero al final reaccionó haciendo desaparecer la chaqueta de mi pijama.

Lo empujé contra la mesada con más fuerza de la necesaria por lo que él soltó un

quejido de dolor al golpearse. Le pedí disculpas y comencé a besarlo. Me sentía con

la energía necesaria para tirar la casa abajo desde sus cimientos por él, no podía pensar en nada más que en su persona, no quería pensar en nada más. Para mi mundo bastaba con él y yo. Todo lo que más amaba en el universo estaba en mí y

aquí frente a mí. Sobre mi piel... sus manos... en mi boca, la suya. Nos conocíamos

demasiado bien y sin embargo cada centímetro de mi piel recorrido por sus dedos o

sus labios era descubrir un mundo nuevo de sensaciones y placer.

Con muy poco recato, mucha confianza y seguridad, y todavía mucho más deseo, hicimos el amor. Provocamos unas cuantas bajas en la cocina: a quién le importa una silla rota, una rajadura en el mármol de la mesada y una pequeña... bueno, en

realidad no muy pequeña abolladura en la puerta de una de las heladeras.

...

—La lluvia que cae afuera tienta para quedarse en la cama mucho más rato —me soltó Anežka sentándose a la mesa con su taza de café con leche, al reconocer mi entrada en la cocina. Estaba de regreso después de pasar la noche en el

departamento de Lucas, en el nuevo, uno más grande y lujoso que Eleazar le regalara tres meses atrás.

—La heladera tiene algo extraño, y hay una silla rota —bromeó sonriendo con picardía pero sin mirarme. Sopló la superficie de su café con leche y bebió un

sorbo—. Menos mal que pase la noche fuera —acotó en tono jocoso.

Me sonreí y fui por una taza de café con leche para mí también. Por suerte hasta ahora, las náuseas no hacían acto de presencia.

—Me alegra que estén así de bien.

Me senté frente a ella.

—¿Qué tal las cosas con Lucas?

—Anoche creí que íbamos mejor... —el rostro se le ensombreció—, terminamos

esta mañana. Supongo que es lo mejor para los dos. Dijo que quería que nos tomásemos un tiempo, que pusiésemos un poco de distancia...

—Lo lamento.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Dijo que tal vez, salga del país por unos días.

—Puedo hablar con él.

—No creo que tenga mucho sentido hacerlo. Creo que lo amo; me parece que él no

siente lo mismo por mí, y si hay algo que aprendí siendo humana es que no puedes

obligar a nadie a amarte, ni siquiera lo logré con mi madre de modo que no creo

que resulte con Lucas tampoco.

—Anežka... —de pena, se me cerró la garganta, no sabía que hacer por ella.

—No voy a decirte que tu hermano es un idiota —entonó alzando la cabeza,

por las

mejillas le corrían dos densos ríos de lágrimas y al mismo tiempo, sonreía—.

Nosotros también teníamos muy buen sexo —me soltó así sin más y eso fue suficiente para que a mí me diesen ganas de apagar mi cabeza y no volver a ver u

oír nada más. Los calores me subieron al rostro—. Como sea... Lucas cambió mucho en este último mes, no podría precisar en qué cambió, simplemente sé que

está distinto, hasta su mirada no es la misma, no al menos cuando está conmigo; lo

noto más serio, habla menos y...

—¿Y?

—No sé. No me hagas caso—. Se limpió las lágrimas del rostro con ambas manos

después de dejar la taza sobre la mesa—. Anoche me contó sobre el nombre de la

bebe. Me agrada Emilia. Suena bonito, dulce. ¿Es definitivo?

—Supongo que sí—. En realidad sí lo era, Vicente y yo lo habíamos acordado anoche en la cama, poco antes de caer rendidos.

—La casa se llenará de alegría cuando nazca. ¿Te la imaginas correteando por allí... todos sus juguetes desperdigados por la casa? Las cosas cambiarán mucho.

—Supongo —admití. Claro que había imaginado esos momentos, y de ellos me

aferraba cuando me entraba aquel miedo atroz sobre la seguridad y futuro de mi hija.

—Sofía y Kumiko compraron una propiedad lindera a la casa del clan.

—Lo sé.

—Las remodelaciones comenzarán la próxima semana.

—Que bueno que ya tiene fecha, el contratista las estaba haciendo esperar.

—Me invitaron a mudarse a su casa.

La noticia me cayó como un balde de agua helada sobre la cabeza.

—Creo que será lo mejor. Ustedes necesitan intimidad. Antes yo pasaba muchas noches en casa de Lucas pero eso ya no... Le había dicho a Sofía que no estaba segura, que quizá me mudase con Lucas porque en un momento hablamos de eso...

bien, al final no sucederá de modo que me parece buena idea mudarme con ellas.

—No necesitas mudarte, nos encanta que vivas aquí además... —se me hizo un nudo

en la garganta sintiendo que estaba perdiendo un mundo, como si fuese Emilia la que me decía que se mudaba de casa. Nunca creí que me afectaría tanto la perspectiva de no tener a Anežka viviendo aquí, compartiendo las mañanas, los momentos simples y muy agradables a cualquier hora, cuando la compañía y la conversación eran fluidas y tan sólidas como si fuesen algo con siglos de tradición.

—Por favor no llores. Es por el bien de todos, además no me voy al otro lado del

mundo, son a lo sumo cuarenta minutos de viaje si hay mucho tránsito.

No puede evitar que se me escapasen las lágrimas.

—Prometo venir a visitarte todos los días si dejas de llorar. Eliza por favor
—ahora

ella lloraba también. Tendió una mano hacia mí y le dio un apretón a las mías
—.

Jamás me alejaría demasiado de ustedes, son mi familia, la mejor familia que podría tener y los quiero y no quiero perderlos. Seguirás enseñándome, juntas y saldremos a caminar y haremos lo mismo de siempre; la única diferencia será con

que contarán con un poco más de intimidad para que no duden en hacerle otro bollo

a la heladera si les viene en gana.

Su broma me arrancó una risa entre melancólica y de vergüenza.

—Por cierto, qué le pasó al agua de la piscina.

—¿Por qué, qué tiene?

—Está negra, como podrida y anoche se la veía tan límpida como siempre.

—Fui yo. Fuego... fuego en el agua.

—¿Fuego en el agua?

Asentí con la cabeza.

Creo que no tengo ni la menor idea de lo que soy capaz de hacer.

—Supongo que estás muy lejos de alcanzar tu límite.

No pude decidir si su comentario me agradaba o no. En resumen, simplemente me

preocupaba.

—Y ya que estamos en tema... es algo que descubrí que podía hacer mientras estabas fuera; no se lo conté a Gaspar porque quería que fueses tú la primera en saberlo, además no es nada trascendental.

—¿Qué es?

—Espera y lo sentirás.

—¿Sentirlo?

Anežka me dedicó una sonrisa tímida. Su mirada se mantuvo fija sobre la mía y luego... sentí algo sobre la mejilla derecha, una caricia. Pensé que tal vez entrase corriente del aire por algún lado provocando que mi cabello rosase mi rostro. No

logré apartar nada de mi mejilla porque no había nada allí.

—Lo descubrí sin querer... toqué a Sofía el otro día, pensaba en llamarla para que

viere una cosa que quería enseñarle, una tontería, ella estaba con sus auriculares puestos junto a la piscina en casa de Gaspar, ya la había llamado por su nombre y

ella no me escuchaba. Le toqué el hombro sin tocarla. Al principio ninguna de las

dos entendió muy bien lo que sucedida. Me hizo repetirlo un centenar de veces...

que tocase su pie izquierdo, su cabeza, su espalda. Daba resultado cada vez que lo

intentaba. Luego me dijo que intentase golpearla, propuso que podía ser un buen modo de defenderme... No me agradó la idea, no es que temiese lastimarla, bueno,

en realidad sí, esto en mi era demasiado reciente y no tenía ni idea.

—¿Resultó? —no sabía que ningún demonio pudiese hacer nada semejante, había quienes movían cosas sin tocarlas y demás, pero tocar a una persona sin siquiera rozar su piel... ¿golpearla?

—Mentalmente le lancé una patada a la pantorrilla derecha y dio resultado. Tuvo un

moretón por unos quince minutos. Suerte que sanamos rápido.

—Bueno, sí, supongo que es más que útil. ¿Probaste si funciona a la distancia?

—Sofía tuvo el mismo pensamiento... no puedo hacerlo si no tengo a la vista a la

persona... lo probamos de un lado al otro del parque y resultó, cuando entré en la

casa y ella se quedó fuera, no dio resultado.

—Quizá con entrenamiento.

—Quizá... Quería que lo supieses tú primero, podemos preguntarle a Gaspar o a Vicente si saben de alguien que pudiese hacer algo semejante, tal vez pueda mejorarlo todavía más.

—Sí, se los preguntaremos. Es increíble.

—No tanto como lo que le hiciste al agua. ¿Se debe al alma que tomaste?

—Es posible.

—Por lo visto las dos tendremos que hablar con Gaspar.

Se me escapó un suspiro, es que me daba la sensación de que a Gaspar, lo mío escapaba de sus manos, y quizá también, el poder de Anežka.

—Casi me olvidaba —se levantó de su sitio y caminó hasta el borde de la isla, junto

al florero con hortensias había un pila de sobres, tomó el de debajo de todo y se acercó a mí, tendiéndomelo. Era un sobre más grande de lo normal, y ciertamente

no era uno conteniendo facturas de pago ni nada parecido. De aspecto sobrio y elegante me recordó a uno similar que con Vicente escogimos para contener nuestras invitaciones de boda.

Petra y Julián contraerían matrimonio en menos de dos meses. Un par de semanas

antes de partir rumbo a mi último trabajo, con el clan habíamos compartido una íntima cena en la que la pareja anunció la buena nueva.

—Al departamento de Lucas llegó una invitación a su nombre y al mío. Tendré que

explicarle a Julián que ya no...

—Se lo diré, hablaré con él y con Petra. No te preocupes por eso.

—Petra me pidió que fuese una de sus damas de honor junto con Sofía y Kumiko.

—¿A sí? Suena genial—. Entoné intentando imprimir en mis palabras, más

entusiasmo del que realmente sentía, me pareció que si ayudaba a Petra con las cosas de la boda, tendría otra cosa en que pensar en vez de en Lucas y su ruptura con él, tan solo esperaba aquello no fuese un arma de doble filo y terminase más triste por todo el asunto. Noté que me ponía una cara rara y especulé con que comenzaba a ponerse triste por su ruptura cuando otros planeaban una boda.

Recordaba muy bien lo pésimo que me sentí cuando Cristian me dejó antes de la boda.

Eso no me ayudó, cada vez que recordaba el pasado se removía todo dentro de mí.

Cuando odiaba que ciertas cosas hubiesen terminado así de mal inútilmente, todavía,

en ocasiones, cuando me encontraba a solas y en silencio me entraban ganas de tener a Cristian a mi lado para conversar con la facilidad con la que nos comunicábamos al principio. Aquella vida del pasado me sonaba distante y por instantes, demasiado ajena.

—No te pongas mal, todo pasa, sé que ahora es un poco difícil mirar hacia adelante

pero...

—No es eso.

—Entonces qué es.

—No sé si debiera; si nadie te lo contó. Sofía me lo dijo y yo no sabía si... no sé

cuándo llega pero tengo entendido que se quedará aquí, que se mudará de regreso a

la ciudad...

—¿Qué? ¿Quién? —por un instante no entendí de quién me hablaba; uniendo ideas

con palabras, con muecas incómodas y miradas esquivas y sucesos al caer, creí llegar a un nombre, el nombre que Anežka acabó pronunciando.

—Eva... ella volverá, tengo entendido que para participar de la organización de la

boda. Escuché a Sofía hablar por teléfono con ella. Mi alemán no es muy bueno sin

embargo me pareció entender que hablaban de encontrarle a ella un lugar para vivir, para instalarse definitivamente. Sofía la invitó a mudarse a la casa, ella

dijo que no.

Eva. Aquel nombre quedó reverberando en mi cerebro. Esa Eva que tanto controlara la vida de Vicente por tanto tiempo, la misma que tomó su alma, que le

enseñó lo primero que él aprendió de esta vida, la que fue la otra mitad de una relación entre tortuosa y extremadamente pasional en la que no me agradaba ni un

poco pensar. La misma Eva a la que Vicente recurrió para que lo ayudase a cuidar

de mí (debí recordarme). Esa Eva que tenía una mirada verde que encandilaba, un cuerpo escultural y de movimientos felinos que salía en todas las fotografías sabiéndose dueña de una imagen irresistible que a mí sin una panza de cuatro meses

me hacía sentir demasiado imperfecta incluso ahora cambiada a una mejor

expresión de mí. Ahora era todo peor, instantáneamente comencé a sentirme fea, gorda, torpe, poco atractiva y divertida, sin duda mucho menos sexi y terriblemente

insegura.

Eva de regreso... Mi vuelta a casa iba de mal en peor.

—No debí contártelo.

—Tarde o temprano lo averiguaría—. Las náuseas volvieron a mí acompañadas de

algo... de pronto me dieron ganas de tomar a Eva por aquella increíble cabellera que había visto por fotografías, tenía, y sacudirle la cabeza hasta que decidiese quedarse todo lo lejos que se había mantenido hasta ahora. No tengo ni idea de dónde salió aquello y me dio un poco de vergüenza sentirlo. No tenía verdaderos motivos para ponerme celosa... ninguno. Ninguno, ninguno,

ninguno —repetí

dentro de mi cabeza procurando calmarme. Vicente y ella llegaron a un punto en que casi se matan el uno al otro, su relación fue por demás destructiva y los dos...

bueno, en realidad Vicente, tenía eso muy en claro.

No tienes porqué sentir celos —insistí—. Mierda, si estoy celosa, no quiero que regrese, no la quiero aquí, no ahora que todo parece tan inestable, que me siento tan inestable. ¿No encontró un momento peor para regresar? ¡Por supuesto que no!

—Ella es parte de la familia.

—Supongo... ¿es cierto que ellos y por poco se...?

—¿Se matan el uno al otro? —Asentí con la cabeza.

—No debería regresar.

—Julián es su hermano. Tiene todo el derecho del mundo de estar aquí para la celebración. Además aquello es parte del pasado —dije más con la intención de convencerme a mí misma que a ella.

—Sí, pero...

—No pasa nada—. Me levanté de la mesa temiendo provocar algo similar a lo de anoche y con muchas menos chances de controlarlo. Sentía que las manos me ardían. Me tragué el resto del café y para disimular mis verdaderas intenciones, simulé estar muy ocupada en lavar mi taza debajo del chorro de agua, cuando en realidad lo que quería era controlar el fuego que se escapa de la punta de mis dedos.

Me dio miedo no ser capaz de contenerme cuando la tuviese en frente —si es que

me animaba a enfrentarla—.

Mis dedos humeaban debajo de la lluvia de agua que caía de la canilla de la cocina,

igual que hierro al rojo vivo debajo de un chorro de agua. Olía extraño, bueno, en

realidad ni tan extraño, olía a azufre y quizá recalentado.

Anežka entonó mi nombre con un tinte de preocupación en la voz. La sentí ponerse

de pie.

Las palabras sobran, caminó hasta mí y se asomó a la bacha de la cocina.

—¿Traigo hielo? ¿Qué puedo hacer? ¡Mi gran boca y yo! Lo lamento.

—Está bajando, no te preocupes.

Anežka tocó mis manos sin tocarlas en realidad, fue un apretón de ánimo sin que tuviese que verse obligada a ponerse en riesgo por mi calor. Agradecí como jamás

imaginé que lo haría, al que ella recibiese aquel don. Necesitaba ese apretón y nadie más que ella, podía dármelo en este instante.

—Si esa arpía se interpone en tu camino, si amenaza con causar el menor problema

entre ustedes dos, utilizaré mi recientemente descubierto poder para arrancarle la cabeza.

Anežka permaneció a mi lado inamovible, hasta que cerré la canilla.

La extrañaría horrores cuando se mudara.

Vicente llegó un segundo después, preocupado y con cara de dormido, vistiendo una camiseta de algodón blanca y unos pantalones deportivos que se le caían de la

cadera y le arrastraban a los costados de los pies porque en el apuro, siquiera se los había atado.

Me dije a mí misma que nada en el mundo cambiaría la cara de preocupación que

me dedicó y el abrazo con el cual me sostuvo al llegar a mi lado sin siquiera detenerse a pensar si era seguro para él o no, tocarme. Eva no podría cambiar esto.

Tampoco cambiaría momentos como el que vivimos esa misma tarde, los dos acurrucados en una de las reposeras del jardín, con el sonido de los pájaros de fondo, mezclado con el del agua que caía a chorros dentro de la pileta otra vez limpia y casi llena.

No mencioné a Eva y tampoco mi fuego, tampoco la mudanza de Anežka ni su ruptura con Lucas, simplemente nos dedicamos un par de horas a nosotros mismos,

a estar juntos y nada más, charlando de tonterías, compartiendo silencios y caricias

como llevábamos días sin hacerlo, igual que cualquier otra pareja.

Nada en este mundo se sentía mejor que abrazarlo y que me abrazara, tener sus dedos rozando mi piel y su aliento sobre mi cabeza. No paraba de sorprenderme lo

bien que encajábamos el uno con el otro y lo en paz que se sentía el mundo cuando

nos teníamos así, sin más.

Necesitábamos un momento de normalidad y quizá simplemente nos escapábamos

de la realidad, como fuese, esto recargaría mis energías para enfrentar todo lo demás, para sentirme más segura en mí misma y con él.

Acabé convenciéndome de que no tenía de qué temer, no porque fuesen a faltar obstáculos en nuestro camino, porque sabía que juntos, contábamos con las armas

suficientes para enfrentarlos.

Cuando cayó la noche, continuamos en nuestra pequeña burbuja ya que estábamos

solos y ni su teléfono ni el mío habían vuelto a sonar. En ese estado de ensoñación

cenamos y nos fuimos a acostar.

Que venga lo que tenga que venir —me dije antes de caer rendida—, podemos enfrentarlo.

3.

La Gracia.

—Simplemente sorprendente —jadeó Gaspar después de permanecer por un par de

segundos, boquiabierto y en silencio, y según me pareció, conteniendo la

respiración también. A decir verdad, no existía la necesidad enunciar su impresión,

su rostro lo decía todo.

El truco del fuego y el agua lo sorprendió sin embargo quedó todavía más impresionado cuando tomando entre mis dedos la hoja de uno de sus rosales, lo hice crecer y florecer en cuestión de segundos, un par más bastaron para empujar la

planta hasta una edad adulta y luego morir, lo que en condiciones normales podía tomarle hasta cincuenta años.

Me dio pena por la plana, al menos le había advertido a Gaspar que mi nuevo truco

podía no resultar bien; mi intención había sido simplemente hacerlo crecer, perdí en

control.

Esperaba que Diogo no se molestase por la pérdida.

Con la planta muerta, la pérgola adquirió un aire todavía más triste del que ya por

sí, le imprimiera la llegada del otoño.

—¿Cuándo descubriste que podías hacer esto?

—Hace un par de días.

—¿Y lo del fuego y el agua?

—El día que regresé de mi viaje.

—¿Hace una semana atrás?! Y por qué no me dijiste nada. ¿Lo sabe Vicente?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Eso de hacer crecer las plantas lo descubrí por casualidad, como con el fuego había quemado un pino... acariciaba lo chamuscado del árbol cuando sin querer, este comenzó a ponerse más verde y a crecer entre mis manos. Resultó también con

un trozo de césped quemado e incluso con unas flores que Vicente me regaló. Se secaban y con mi tacto volvieron a lucir frescas.

Gaspar se quedó viéndome sin parpadear.

—¿Alguien más sabe de esto?

—Anežka, lo del fuego y el agua; de esto, nadie más.

—¿Lucas?

Negué con la cabeza.

—Lleva un par de días sin pasar por casa y no quise revelárselo por teléfono, además... sé que no lo haría con mala intención, temo que pudiese contárselo a Eleazar y no me agrada la idea de que él lo sepa. Además imagino que ya de por sí,

le está costando mucho mantener en secreto mi embarazo; no me interesaba añadirle una nueva carga. Quedó en medio entre él y yo.

Gaspar me dedicó un gesto con el que pretendía decir que comprendía cual era la

situación.

—Parece similar a lo que hago cuando sano, supongo que más tiene que ver con mi

parte angélica que con mi parte demoníaca.

—Tu padre fue un ángel.

Se me escapó un suspiro.

—¿Qué habría sido de todos nosotros si él jamás hubiese dejado de serlo?

—Quizá alguien más hubiese ocupado su lugar.

—Miguel tendría con qué.

—Todos ellos fueron, desde el principio, susceptibles a cometer errores.

Permanecimos un momento en silencio.

—Entonces... ¿qué opinas de esto?

—No me sorprenden tus capacidades, es decir, si me sorprende, lo que sucede es que... lo esperaba, no esto en particular, cualquier cosa que pudieses llegar a hacer,

era presumible que fuese grande, especial.

—¿Y qué hago, me dedico a la botánica? —solté a modo de broma, una muy tonta

por cierto.

Gaspar me dedicó una benévola media sonrisa.

—Lo mejor que puedes hacer es aprender a controlar tus nuevos dones.

—Es más que extraño ser capaz de hacer esto y no estoy segura de que me agrade.

Me hace sentir rara, demasiado anormal para mi gusto.

—No sería inteligente intentar ignorarlos o suprimirlos. Es demasiada energía, demasiado poder. Podría ser peligroso para ambas —dijo bajando sus ojos hasta mi

vientre—. ¿Alguna otra cosa?

Acaso no le parecía todo esto suficiente porque lo que es a mí, me abrumaba.

—Estoy más sensible pero quizá eso simplemente sea por el embarazo.

—A qué te refieres con exactitud.

—Lloro.

—¿Lloras?

—Como una magdalena cuando veo malas noticias en la televisión, si veo

llorar a

un chico en la calle, si paso junto a algún ser humano que esté triste. Y río, como

una tonta, por las cosas más bobas y simples. Ha de ser alguna susceptibilidad propia del embarazo. Mis hormonas enloquecidas.

—¿Se siente como eso?

—No tengo ni la menor idea de cómo sea estar embarazada siendo un ser humano.

También me enojo con más facilidad, irritabilidad ha de ser otro efecto secundario

—dije llevándome las manos al vientre.

—Vicente me comentó su idea de pasar una temporada en la casa de campo.

—No me parece buena idea.

—¿Ciro ha vuelto a ponerse en contacto?

—Por suerte no.

—¿Y tu padre?

—Solamente por segundos logro alejar el miedo que me provoca la posibilidad de

que de un momento a otro, pueda aparecer en la puerta de nuestra casa.

Sinceramente, Gaspar, no sé qué hacer, cada decisión a tomar es un motivo de angustia y miedo. Temo estar haciéndolo todo mal.

—¡Allí están! Comenzaba a preocuparme, llevan demasiado tiempo aquí.
¿Está todo

bien?

Su sonrisa apaciguó mis miedos.

—Le mostraba a Gaspar mis nuevos trucos.

—No son trucos, son dones —me corrigió Vicente a pocos metros de alcanzarnos.

—Exactamente —convino Gaspar—. Son Gracias, Gracias Divinas que exceden el

poder de la creación.

—Nada de eso, Gaspar.

—Tienes las armas, la verdadera gracia de estos dones reside en cómo decidas utilizarlos. Continuas conservando el libre albedrío, ese es tu mejor don.

—Ha habido demasiadas discusiones teológicas sobre el verdadero sentido de la Gracia Divina y la mayoría de las posiciones no me agrada, pues se supone, que de

ningún modo, las merecemos por haber sido concebidos en pecado y demás. Bueno,

eso siendo seres humanos; siendo demonios, imagino que contar con un don semejante debía ser un pecado mortal.

—Es un regalo, Vicente, por eso el nombre de gracia, gratuito. No podemos exigirlo, solamente recibirlo, procede de la bondad de Dios.

—Esas son tonterías —rezongó Vicente. Es algo que heredó desde su parte angélica, imagino.

—Sinceramente no me importa de dónde provenga y dudo que sea un regalo,

lo que

me preocupa es que sucederá si alguien se entera de esto.

Al escuchar mis palabras, Vicente se plantó a mi lado.

—Insisto, el principal punto aquí es que aprendas a controlar tus dones. Intenta no

preocuparte demasiado, no debes estresarte.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Por eso quería llevarte al campo, nos vendría bien poner distancia.

No me agradaba la idea de apartarme de todos, bueno, en realidad en este momento

me preocupaba alguien en particular, llevaba casi dos semanas sin ver a Gabriel y

comenzaba a hacerme falta pese a que habíamos charlado por teléfono en un par de

ocasiones. Sobradamente comprendía que parte de la distancia que Vicente quería tomar, era con respecto a Gabriel y los suyos, además de apartarme de la vista de

Ciro y por qué no, también de mi padre (esto último no sería tan sencillo de conseguir).

Cómo explicarle que deseaba de todo corazón, volver a ver a Gabriel lo antes posible. No es necesario ser muy inteligente para saber que no le agradaba ni un poco que lo viese, quizá no del modo exagerado en el que reaccioné yo al saber que

Eva volvería a la ciudad pero lo cierto es que no le agradaba y no podía culparlo

por eso.

Eva... ese asunto llevaba días rondándome por la cabeza. Hasta ahora la falta de coraje y no sé qué otra cosa, me impidió preguntarle a él, sobre su regreso, esperaba poder preguntarle a Gaspar sobre ella hoy mismo, sin embargo ahora que

Vicente se nos había unido, la oportunidad se escapaba de mis manos.

Un celular comenzó a tocar, no era el mío y tampoco reconocí el sonido de llamada

como el de Vicente.

Gaspar nos sonrió y extrajo su celular del bolsillo trasero de sus pantalones. Le echó un vistazo a la pantalla y se disculpó un momento. Se alejó un par de pasos antes de contestar y con un sentido de la oportunidad perfecto descubrí que como si

la hubiese llamado con el pensamiento, era ella, puesto que Gaspar la saludó en alemán.

Junto a mí, Vicente puso cara de desentenderse del asunto, tal si no le importase en

lo más mínimo, lo cual debo decir, fue un alivio.

Lo que me incomodaba sobre aquella cuestión de la vuelta a casa de Eva es que por

alguna razón no me atrevía a tocar el tema con Vicente y él, si sabía de su regreso,

tampoco dijo palabra.

Pisoteando el césped debajo de mis pies, le di vueltas a la posibilidad de sacar el tema en este instante.

Moviéndose errático, Vicente se alejó de mí, justamente en la dirección en la

que se

apartara Gaspar. ¿Intentaba pescar algo de la conversación?

Lo observé mientras se llevaba las manos al cabello para pasar sus dedos a modo de

peine entre las cobrizas hebras que se veían todavía más anaranjadas a la luz del atardecer. Luego compuso aquel gesto tan suyo, el que se le escapaba cuando la ansiedad se apoderaba de su férrea postura.

Se tironeó del cabello y una punzada de miedo atravesó mi pecho.

Juramos hablarnos con la verdad, no irnos a la cama enojados, recurrir al otro cuando lo necesitásemos... Algo le preocupaba; se lo guardaba para sí y no logré

evitar sentirme muy lejos del pasado que lo hizo quién es hoy en día.

De sus labios escuché muchas cosas sobre su vida humana y la que tuvo luego de cambiar (jamás dejé de desear haber podido estar allí para él, para evitarle cada dolor, cada mal momento), imaginaba que muchas más eran las que omitió contar

por las razones que fuese. Vicente todavía sentía vergüenza por muchas cosas que hizo, incluso aún no se perdona eventos que ya quedaron muy atrás enterrados en él

pasado. En ese sentido mi empatía con él era total, empero como su esposa, ante la

aparición de la mujer en torno a la cual orbitó su existencia por más de un siglo y

del trastorno que le provocaba —evidentemente— no logré evitar sentir que me quedaba totalmente afuera de su vida.

El nombre de Eva era raramente pronunciado en mi presencia mas no por eso, ella

dejó nunca de ser una presencia más que fantasmal en la que no deseaba pensar o reparar.

¿Esto es lo que pasa cuando un fantasma se torna real, de carne y hueso?

Paseando sus ojos grises por encima de las rosas, Vicente se apartó todavía más y

algo tironeó desde mi abdomen hacia él, otra vez, no mi hija.

Apreté los puños. Mi veta melodramática la cual florecía con especial ímpetu desde

mi embarazo, me llevó a creer ver formarse una grieta, no en nuestra familia, entre

nosotros dos.

Mentalmente me repetí a mí misma lo ridículo y exagerado de aquel pensamiento,

pero... ¿qué se supone que deba sentir una, cuando alguien tan significativo para la

persona que más amas en tu vida, reaparece; más cuando esa persona fue la otra mitad de una tormenta tan impresionante, de una relación extrema, poco clara y de

bordes tan filosos? Vicente y Eva eran como un trozo de cristal roto y yo siempre

fui del tipo de persona que en caso de haber un cristal roto de por medio, acaba cortada.

—Cuando de ti no conozco —le dije mentalmente —y aún así te amo y siempre te

amé, y siempre lo haré.

Ese hombre que deambulaba por el parque en silencio era quien me completaba, y

con un demonio que no pensaba permitir que la reaparición de Eva nos distanciase.

Sí hasta sus tics al andar conocía de memoria, el modo en que movía sus brazos y

cuadraba sus hombros cada tanto, su nuca... todavía hoy me encandilaba su imagen.

Me pregunté si a él le había sucedido lo mismo con ella.

¡Como sea! —chillé dentro de mi cabeza y comencé a avanzar hacia él con paso decidido.

No estoy segura de si no me sintió llegar o si simplemente me lo permitió así sin

más. Le llegué por la espalda y me prendí de sus hombros. Como iba con zapatos

altos apenas si tuve que estirarme un poco para estampar un beso en su nuca. Mis pulmones se llenaron de su aroma.

—¿Cómo es posible que continúes afectándome tanto como la primera vez que te vi?

Ladeó la cabeza y me miró por el rabillo del ojo. Sus ojos grises brillaban.

—Tú me afectas cada día más, al punto de sentir que llegará un momento en que ya

no lo resistiré.

—No quiero eso.

—Es una buena sensación.

—¿De verdad? El amor no debería consumir a nadie, sería mejor que diese vida.

Me sonrió.

—Me da vida. Por tu amor todavía sigo aquí.

—No quiero que me odies.

—¿Por qué habría de odiarte? —inquirió volviéndose de cuerpo entero, hacia mi dirección.

—No lo sé, por todo. No quiero que lo que vivimos, que todas las cosas que suceden sobrepasen lo que tenemos, que se vuelvan más importantes que nosotros

dos.

—Son parte de nosotros dos, nos hace quienes somos... no te odio. Eso es ridículo.

No tiene por qué suceder—. Me observó por un par de segundos—. Si lo dices por

ella... —apuntó con la cabeza hacia atrás, en dirección a Gaspar—...por el pasado.

Cambié desde aquel entonces, quiero creer que aprendí algo desde aquellos días.

—Anežka me comentó que ella va a regresar.

—Lo que ella haga, nada tiene que ver con nosotros. Le estoy agradecido por haberme ayudado cuando se lo pedí... por ti, nada más. Siquiera diría que somos amigos o nada parecido. Es parte de la familia de Gaspar es todo.

—Es parte de tu pasado.

—¿Cuánto tiempo llevas sabiendo que planea regresar?

—Desde el día siguiente a mi llegada de mi último trabajo. ¿Cuánto llevas sabiéndolo tú?

—Un par de días antes... y no te enojés, no te lo dije porque a mí no me importa en

lo más mínimo si regresa o se queda dando vueltas por el mundo. La verdad es que

la preferiría lejos. No puedo evitarlo. No lo comenté contigo porque simplemente

no me interesa, te lo repito, no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo.

Me pareció notar que intentaba disimular algo de enojo.

—Debiste contármelo.

—Lo sé. Debiste decirme que lo sabías.

—Lo sé.

—Su regreso trae malos recuerdos, no quiero que ella traiga de regreso el pasado,

mi vida no es ni remotamente parecida a lo que era por aquel entonces. No la quiero

cerca de ti ni de nuestra hija. Eva no es alguien fácil de tratar, ella... Preferiría no tener que volver a pronunciar su nombre. Es tonto ignorar que existe sin embargo

preferiría hacerlo. Si ella no me hubiese convertido en lo que soy hoy no estaría aquí contigo —sus manos bajaron hasta mi vientre —no tendría todo esto. Pagué con creces lo que me dio. No le debo nada.

Posé mis manos sobre las tuyas.

—¿Quieres la verdad? Su regreso me da un poquitín de celos.

Vicente se rió.

—¿Celos de Eva? ¡No sabes lo que dices! Ni por un momento desearías estar en sus

zapatos. El noventa por ciento del tiempo es fría y calculadora, soberbia, tiene tendencia a creer que es el centro del universo y disfruta poniéndose en esa situación. Ella no tiene ni la menor idea del significado de la palabra amor, ni de la noción de familia. Vive para ella misma, para satisfacer sus necesidades y deseos, es todo, y si ocasionalmente hace algo por alguien, no es a título gratuito. Cobra de un modo u otro absolutamente todos sus gestos—. Se le escapó un profundo suspiro—.

Yo solía ser así también, lo era de humano y convivir con ella, luego de que me cambiase me hizo creer que aquella era la verdad de la existencia. No podíamos equivocarnos más. Ella nunca creería que una gracia es un regalo, ella pensaría que

se merece absolutamente todo, mucho más que lo que tiene. No es como tú ni en lo

más mínimo.

—Ustedes se consumieron el uno al otro, por eso no me agrado que dijese...

Vicente tapó mis labios con una de sus manos.

—Te amo. Contigo todo es distinto, es grande y me sobrepasa... —me sonrió —, del mejor modo posible. Con Eva eran celos y envidia, necesidad de imponernos el

uno al otro. Nos consumíamos sí, para transformarnos en nada, no en más, como es

contigo. Esto que tenemos es todavía más aterrador —su sonrisa se tornó amplia—.

Es como una gracia divina... santificante.

—Entonces... ¿vuelve a Argentina?

Asintió con la cabeza.

Mi mano derecha ascendió hasta su cuello.

—¿Me besarías?

—Como si necesitases pedirlo.

Vicente posó sus manos sobre mi cintura en vías de extinción y comenzó a besarme

con muchas ganas, con unas ganas poco propias de un lugar público y Gaspar a un

par de metros.

Nos costó convencernos el uno al otro de separarnos cuando lo sentimos llegar.

...

—No pude resistirme —me dijo Sofía tendiéndome una pequeña bolsita blanca de la

cual sobresalía mucho papel de seda de un rosa. Estábamos a punto de sentarnos a la

mesa para cenar con el resto del clan en su totalidad, ella y Anežka recién llegaban

de su salida, regresaban cargadas de compras, lo cual no me agradaba demasiado,

últimamente el deporte favorito de Sofía y Anežka era salir de compras y yo a eso,

no le veía el menor provecho. Esperaba fuese solamente una etapa, en

particular para Anežka, cuya vida cambiara demasiado en los últimos meses, temí que todo este despliegue demoníaco le estuviese afectando. Por otro lado —medite —quizá simplemente fuese de ese tipo de cosas que a veces hacemos después de rupturas amorosas, si incluso ya había pasado por la peluquería, no se cortó demasiado el cabello pero ahora lucía las puntas de su melena pelirroja teñidas de violeta.

—Lo vi y pensé... eso es para Emilia.

Vicente me sonrió desde el otro lado de la mesa.

Diogo puso cara de entusiasmo, a mi lado. Todo el clan estaba emocionado por la

llegada de Emilia, ninguna otra familia demoníaca había tenido un bebé entre ellos

(al menos que Gaspar o alguno de sus amigos supiese, y eso que muchos de esos llevaban siglos sobre esta Tierra).

—Es una tontería... —los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas —nunca antes tuve

la oportunidad de comprar algo para un bebé.

Yo todavía no había comprado nada, tenía miedo de lo que pudiese pasar, estaba aterrada, mejor dicho. Así, sin más, este regalo lo tornó mucho más real, incluso más que las ecografías que vi con mis propios ojos en vivo y en directo, incluso el

latido del corazón de mi hija emergiendo de los parlantes de aquella máquina. Esto

lo hacía real para todos, no únicamente para mí, y me daba la impresión de que si

algo pasaba, tendría que dar explicaciones, disculparme, cargar con el dolor de otros además de con aquel inmenso e insoportable dolor que me aplastaría a mí, por ser su madre, por haberla traído aquí, a esta vida tan incierta, tan

repleta de cosas que no comprendía y que por momentos me daba la impresión, jamás

lograría comprender.

Las lágrimas se me escaparon cuando sostuve entre mis manos un diminuto enterito

blanco con pequeñas rocitas.

Imaginé a mi hija vistiéndolo y de pronto así sin más, el mundo se encogió a mi alrededor, ¿cómo un ser tan pequeño tenía el poder de generar en mí un amor tan

grande, una felicidad y un miedo tan bastos que en este instante no lograba divisar

más que aquella imagen creada por mi mente, de mis brazos cargando a mi bebé vistiendo el enterito de rocitas?

Tenía muy en claro que por mi hija alzaría el Infierno, derrumbaría el Cielo y pondría la Tierra de cabeza, y así con ese pensamiento volví a sentirme como mi padre. Era ella sobre todo lo demás, incluso sobre mí misma.

Petra soltó un “¡qué bonito!”, en su ruso natal y Kumiko expresó en voz alta, sus ganas de salir a comprar cosas para Emilia.

Petra tendió sus manos hacia mí y le ofrecí la pequeña prenda de ropa, la cual bajo

una extraña mirada de Julián, admiró con una amplia sonrisa.

Ningún demonio puede procrear... —recordé. Ellos no tendrían una familia como

la mía y la de Vicente. Me pregunté si lo desearían, si soñaban con verse en nuestra

posición.

—De modo que ahora será todo sobre bebés —soltó Massimo—. Tendremos que

comprar una sillita de bebé para el comedor. Compraré una sillita para llevarla en

mi Ferrari, Ferrari las fabrica. Seré el mejor tío.

—Emilia no se subirá a tu Ferrari, conduces como un desquiciado.

—No, irá a pasear con el abuelo Leandro que maneja un Mercedes de más de medio

siglo.

—¿Qué tienes contra los Mercedes? —saltó Vicente uniéndose a la discusión.

—La llevaremos a surfear —propuso Julián echándole una mirada cómplice a su hermana—, y le enseñaremos a conducir motocicletas.

—Eso sobre mi cadáver —exclamó Diogo—. Nada de motocicletas para Emilia. La

llevaremos a museos y...

—¿Museos, a un bebé? ¡A Italia, está repleta de ellos y siempre me parecieron muy

aburridos! *¡Emilia sarà la bambina più bella in tutta la Italia!* La llevaré a pasear, a conocer los lugares más divertidos. Yo podría enseñarle a esquiar.

Le sonreí a Massimo y a todos, se los notaba tan entusiasmados. Ahora las lágrimas

eran de pura felicidad.

—Alguien tendrá que ayudarla a estar centrada entre tanto caos —Kumiko puso los

ojos en blanco—, con semejante familia —resopló en broma.

Si existía alguien en este mundo, que pudiese brindarte una sensación de calma, que

fuese capaz de ayudarte a centrarte en lo realmente importante, esa era ella.

Todos rieron.

—¡Ya quiero salir a comprar más cosas! —Anežka dio un saltito de entusiasmo—.

De ser por nosotras tendrías aquí todo lo que había en el local. Las ropitas eran preciosas, una más bonita que la otra... no sabíamos... como todavía no compras nada. La verdad es que después de que Sofía comprara esto entramos en un local que vendía todas cosas para bebés: mamaderas, carritos, chupetes, sonajeros. Hay cientos de cosas para comprar.

Solamente noté que Vicente había rodeado la mesa cuando se plantó a mi izquierda

para tomar de las manos de Sofía, aquella diminuta prenda de ropa la cual entre sus

manos fuertes y largas parecía incluso más pequeña.

Sus ojos se iluminaron. Volvió su rostro hacia mí y me sonrió.

—Te la imaginas vistiendo esto.

Mi pecho estalló de felicidad, me puse a llorar sin poder parar y entonces todos se

emocionaron y terminamos entre riendo y moqueando como tontos por un par de

minutos más, tal es así, que la carne que preparaba Diogo para la cena, se quemó un

poco.

A nadie le importó en lo más mínimo. Durante la comida, el tema reinante fue Emilia, lo que le comprarían, lo que le enseñarían, las cosas que querían que viera,

las viejas historias que le contarían, las cosas que harían por ella igual que sus padres hicieran por ellos, lo divertida y feliz que planeaban hacer su existencia.

Mi hija tendría la mejor familia del mundo; esa era la mejor y más valiosa
Gracia

que Dios pudiese darle: un entorno que ya la amaba y defendía. Un montón de amor

incondicional.

...

—Mi niña —entonaba Eleazar alzando a Emilia por encima de su cabeza para que la

luz que entraba por la perforación circular en el techo, diese sobre su pequeña cabecita apenas cubierta por una pelusa de un castaño rojizo que resplandeció cual

cobre.

El rayo de sol que había caído oblicuo en dirección a mis pies, fue tapado por el cuerpo de mi hija.

Eleazar reía y mi felicidad era completa. Todo, más allá de nosotros tres, era oscuridad.

Las sillas vacías... los tronos por delante de la pared de piedra circular no eran más

que un mal recuerdo.

— *Flectere si nequeo supero, acheronta movero*. Si no puedo mover a los dioses del Cielo, moveré a de los Infiernos. Virgilio —explicó mi padre ladeando la cabeza para ver a la cara al tiempo que bajaba a mi hija para rodearla con sus brazos mientras la sujetaba contra su pecho con extremo cuidado—. Siempre me gustó esa

frase—. Lo vi acariciar con sus dedos, la espalda y la nuca de mi hija. Sus yemas rosaban la piel clara y pura de Emilia—. Alzaré el Infierno. Ya lo verás.

No estoy segura de lo que fue que me hizo reaccionar de aquel modo, simplemente

sé que me estremecí de pies a cabeza.

La luz sobre nosotros comenzó a perder brillo en camino a extinguirse, hasta que

todo quedó a oscuras, llamé a mi padre y él no respondió. No escuchaba nada, siquiera la respiración de mi hija, y el no ver, me puso ansiosa, temí por Emilia. ¿Se la habría llevado mi padre?

—¿Eleazar? —nada—. ¿Eleazar? —otra vez el más profundo silencio—. ¡Eleazar!

¡Eleazar! —me desgañité la garganta gritando—. ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Por favor no!

¡No, no te la lleves! ¡No!

Gritaba y lloraba sin mayores resultados. Mi corazón comenzó a resquebrajarse hasta que entonces un rostro horroroso, grotesco y desconocido, apareció ante mí,

a la distancia de mi nariz. Su piel gris resquebrajada, de la cual supuraba una densa masa amarillenta, estaba pegada a un cráneo deformado para dar entonación a sus

ojos, en especial al arco superciliar y la frente, de la cual emergía un par de

cuernos grises que apuntaban hacia atrás.

Sus ojos eran dos bolas negras en las cuales mi rostro se reflejaba. No había parpadeo en su mirada y si tenía párpados, no alcancé a verlos.

Sus mejillas chupadas estaban inmóviles.

No noté que respirase y su boca muy quieta y entreabierta, carecía de labios.

Percibí el frío de su piel sobre la mía; un frío seco que olía a piedra húmeda y madera podrida, todo, con un toque de olor a azufre. Aquella mezcla de aromas me

hizo pensar, no comprendo muy bien porqué, en las entrañas de la Tierra y eso me

empujó a llegar hasta la idea del Infierno dentro de mi mente, del Infierno y mi padre y asocié todo aquello con su desaparición.

—¡Se la llevó al Infierno! —deduje al instante y quise gritar de horror; no lo logré, y en un parpadeo me encontré a mí misma, tirada en un suelo cenagoso sobre el cual se precipitaba una lluvia torrencial, con aquella criatura de piel gris, encima de mi pecho, aplastándome, impidiéndome traer aire a mis pulmones. Sabía que no necesitaba respirar para vivir, de cualquier modo la sensación de sofoco era aterradora.

La lluvia que golpeaba sobre el cráneo de la criatura, sobre sus cuernos, resalaba sobre la curtida piel gris para caer finalmente sobre mi rostro, mis ojos y mi boca.

Intenté gritarle que se apartase de mí, intenté quitármelo de encima pero no lograba

moverme o emitir sonido. Y continuaba ahogándome, cuando se suponía que no debía ser así.

Los pulmones me ardían y mi cerebro parecía a punto de estallar y aquel demonio

continuaba empujándome, aplastándome.

De pronto logré ver algo más que la cara de aquella cosa, vi el cielo, en el cual estallaban relámpagos y hacían eco una infinidad de truenos, era de un azul rojizo,

pesado, como si estuviese hecho de plomo. Era un cielo que tenía toda la apariencia

de estar muerto o al menos moribundo, un cielo enojado que va perdiendo sus fuerzas, un cielo al cual casi no le queda nada por dar, lo cual me angustió. Me pregunté si sería el fin de todo, porque eso parecía, no sentía rastro de vida a mi alrededor.

Cuando volví a pensar en mi situación, noté que algo no iba bien, mi cuerpo se hundía en aquel barro que se tornaba cada vez más líquido a causa de la lluvia que

no paraba de caer. Era yo, hundiéndome en un charco de barro, hundiéndome cada

vez más por el peso de aquella criatura, sin poder hacer nada para evitarlo.

Y me hundi, como un peso muerto, lentamente, con aquella cosa sobre mí, hasta que

el barro tapó mis orejas con las gotas de lluvia repiqueteando sobre la superficie de éste, salpicando mi rostro; y lo único que quedaba de mí, a la vista, eran mi boca y

mis ojos.

Comencé a llorar. No quería abandonar a mi hija en manos de mi padre, en un mundo que se estremecía debajo de mi cuerpo, en un cielo que chillaba dolido, por

medio de los truenos.

Sin importar mi rabia, mi descenso continuó, lento, hasta obligarme a cerrar

los ojos y apretar los labios y entonces la desesperación fue total. Moriría sin poder hacer nada para evitarlo, moriría dejando a mi hija con él.

El barro llegó a mi nariz.

No podía respirar.

No respiraba y el barro hacía fuerza por meterse en mis pulmones, y la criatura todavía continuaba sobre mí.

Me ahogaba, me moría. Era oscuro, frío, húmedo y pegajoso. Era desolador... doloroso.

Morir sola —pensé. Morir... morir...

La presión sobre mis pecho cedió, quise respirar, pero todo lo que entró en mí fue

algo frío que irritó mis fosas nasales y luego mi laringe para llenar mi garganta.

Y me ahogaba, y me ahogué.

Por una fracción de segundo no escuché más nada ni sentí más nada.

Un trueno estremeció el aire a mi alrededor y sentí frío, y humedad y ¿gotas cayendo sobre mí? Un trueno y otro y el césped debajo de mis manos.

Abrí los ojos. Había estado soñando y no comprendo cómo o por qué, lo hacía durmiendo tirada en mitad del parque de la casa que compartía con Vicente, bajo un

verdadero diluvio.

Estaba oscuro y lo que caía sobre mí era un aguacero.

Las luces de la cocina se encendieron iluminando el gran ventanal que estaba justo

frente a mí a un par de metros. Al instante se encendieron las luces del jardín y entonces él salió por la puerta y corrió hasta mí.

—¿Qué pasó, qué haces aquí? ¿Te encuentras bien? —quiso saber mientras me arropaba con el grueso mantel morado que habíamos usado esa mañana para desayunar.

Los dientes me tiritaban y mi confusión era total.

Ante mi falta de respuestas, entonó mi nombre y me miró a la cara.

—Soñé que Eleazar se la llevaba —tartamudeé a causa del frío que penetrara en mis

huesos; lo intenté sin embargo no podía parar de temblar—. Le rogué que no alejase a Emilia de mí... hizo oídos sordos a mi pedido y después apareció ese demonio... me aplastó contra la tierra, llovía y todo era barro, no podía respirar —

me entró el mismo miedo que experimenté durante la pesadilla y a lo único que atiné es a prenderme de su remera empapada, la cual se le pegaba al torso —, me ahogaba. El demonio que estaba sobre mí, apretaba mi pecho y no lograba ni respirar ni moverme. Comencé a hundirme en el lodo —Vicente me miraba sin parpadear y yo tampoco parpadeaba, temía que si cerraba los ojos la pesadilla volvería y se tornaría realidad, igual que los rayos que realmente caían a nuestro alrededor luego de iluminar el cielo de nubes rojizas y los enormes y altos árboles

que nos rodeaban—. Se sentía como el fin del mundo. No podía percibir ningún rastro de vida, solamente ese cielo enfadado que soltaba litros y litros de lluvia sobre la tierra muerta y pegajosa. Esa misma tierra me tragó. Me tragó por completo y entonces todo acabó.

No dijo palabra simplemente alzó su mano hasta mi mejilla.

—No tengo idea de cómo llegué hasta aquí.

—No permitiré que les haga daño. No permitiré que las toque, lo prometo.

No le dije que si mi padre se lo proponía, de nada serviría que él se opusiese, la contienda quedaría en familia, entre él y yo únicamente. De cualquier modo supe que él jamás renunciaría a intentar defendernos. ¿Quiénes más se pondrían de nuestro lado a la hora de cuidar de Emilia, además del resto del clan Salleses?

Mi pregunta iba dirigida a alguien en particular, alguien a quien llamaría a primera

hora de la mañana.

4.

In nomine patris...

Con mi taza de café entre las manos me senté en una esquina tranquila a esperarlo,

iba adelantada, todavía faltaban quince minutos para la hora en la que acordamos encontrarnos.

Más que nunca, necesitaba verlo, el de esta mañana era el segundo llamado de Ciro

que no respondía en veinticuatro horas y sabía que de un momento a otro se aparecería frente a mí y yo no sabía cómo proceder. Sabía que necesitaba hacer algo con respecto a toda la situación, no tenía ni idea de qué.

Cuando hablé por teléfono con él lo sentí distante, dijo que era porque estaba ocupado y no le creí, así como tampoco le creí a Lucas cuando una hora atrás me

repitió por enésima vez, mas sin efecto alguno, que todo estaba bien, que simplemente necesitaba tomarse un tiempo lejos de todo para intentar reordenar su

vida.

Mi hermano lejos, mi padre metido a la fuerza en mis sueños... por suerte todavía

tenía a Vicente a mi lado y de modo incondicional, incluso cuando no le agradaba ni

un poco mi inminente reunión con Gabriel.

Un grupo de chicos y chicas que en su mayoría vestían pantalones pegados a las piernas, camisas leñadoras, grandes abrigos retro y gafas de pasta, avanzaron con

sus cafés por el corredor, en mi dirección y por eso no lo vi llegar hasta que fue muy tarde.

La visión de Eleazar avanzando por delante del grupo de chicos *hipsters* con un café de Starbucks en las manos fue demasiado para mi cerebro y por eso siquiera

atiné a largarme de allí, tampoco a levantarme de la mesa; la única reacción medianamente aceptable a la que logré llegar, fue a cubrir mi vientre con mi enorme bolso.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, alzó su gran vaso en mi dirección a modo

de saludo. De ese gesto suyo, a entonar mi nombre, fue un paso.

—Buen día —entonó con una de sus amplias y radiantes sonrisas compradoras —.

¿Puedo sentarme? —me consultó después de echarle una mirada al otro lado del sillón que componía el privado que había escogido para poder conversar con Gabriel gozando de un poco más de privacidad. Por supuesto, mi padre no esperó

respuesta; tomó asiento un segundo más tarde de desabrochar el botón de su saco.

Iba elegantemente vestido, igual que siempre, impecable.

Jamás fallaba en sorprenderme su presencia en lugares tan mundanos.

Una de las chicas *hipster* sentadas justo detrás de él, se volvió y lo espió por encima de su hombro izquierdo.

Atento al gesto de la joven, Eleazar entornó los párpados, sus ojos, hoy verdes como los de mi madre, cobraron un aspecto felino y místico que me provocó escalofríos.

La chica no tenía más de dieciséis años. ¿Me pregunté que vería en mi padre... en

este hombre que en realidad no era simplemente un hombre? ¿Lo notaría ella?

—Me halaga que aún suceda.

—¿Que una niña se volteé a verte?

Eleazar rió mansamente.

—No tiene idea de quién soy.

—Mejor para ella.

—Si te deja más tranquila, te diré que no estoy interesado en su alma.

—Mejor así.

—Si fuese de otro modo, no sería tu problema.

—Es una niña —repetí—. Y tú eres...

—Mayor.

—Añejo.

—Los vinos añejados suelen ser muy buenos, creí que habías aprendido eso

mientras trabajaste para mí.

—Añejado como antiguo, me refería. Demasiado mayor. Eso sin contar con aquel

detalle que si se lo confesases, probablemente primero se reiría de ti luego, como

seguro intentarías demostrarle que no es broma, le darías un susto de muerte.

—Como hombre es agradable que las mujeres se fijen en ti de vez en cuando. A las

mujeres les sucede lo mismo, te levanta el ego.

—No necesito que me levanten en ego. Y dudo que tu ego necesite ser levantado.

—Cuán feliz estás de verme, se te nota —bromeó—. Sabes una cosa, no me parece

bien que dejases a tu marido en casa. ¿Sabía hacia dónde te dirigías cuando cerraste

la puerta luego de besarlo? Mejor dicho... ¿tenía idea de a quién verías?

—No es asunto tuyo.

—No me gusta pensar que mi hija es ese tipo de mujer.

—No eres quién para juzgarme.

—Es desagradable.

—No es necesario que lo apruebes, es mi amigo.

Ante mis palabras, Eleazar soltó una risotada que hizo que la chica girase sobre su

asiento para mirarlo otra vez.

—¿Lo sentirá así él? —Alzó su café y bebió un sorbo—. Lo dudo.

—Vete —entoné con todo el ímpetu que fui capaz de juntar por los rincones de mi

cuerpo.

Lentamente alzó sus ojos hasta mí, bajó su vaso y se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

—No estás en condiciones de demandar nada, eres una gran mentirosa.

—Lo heredé del mejor.

—No me insultas, me insulta tu engaño.

—Lo lamento, siquiera tienes que verme la cara si no quieres.

—Todavía soy tu padre, nada cambiará eso, recuérdalo, lo seré por el resto de la eternidad.

—Si no te vas, me voy yo —apreté mi bolso contra mi abdomen para cubrirme y

me empujé arriba.

Su mano se apuntaló sobre mi hombro izquierdo.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —Esperó un momento—. ¿Planeabas contármelo? —Su mano apretó mi hombro—. Creías que no lo descubriría...

—No somos una familia, jamás lo seremos, no pienso discutir mis decisiones contigo, te agradezco las cosas que hiciste por mí... siquiera quisiste hablar de mi

madre conmigo. No tenemos nada de qué hablar, Eleazar.

—No conversaremos, esto no será una agradable charla padre e hija, yo hablé y tu

escucharás con tu boca bien cerrada y tu trasero pegado al sillón —soltó alzando la

voz para acto seguido inclinarse hacia mí con furia plasmada en el rostro—. Eres

mi hija, soy tu padre —inspiró hondo y sus narinas se dilataron—, su abuelo. Y sí,

somos familia. Lucas es tu hermano y Ciro también y me desagrada que no contestes sus llamados, y que veas a un arcángel, a otro hombre que te ama estando

tu casada, eso sin contar que él es el enemigo.

Quise abrir la boca para refutarle eso último, no me dio oportunidad.

—Si no hablé de tu madre contigo fue porque no podía, todavía no puedo. No es tan

sencillo, Eliza. No importa lo que creas, es obvio que te equivocas y siquiera te das tiempo a pensar que podrías no estar en lo cierto. No me juzgues. Esto es una guerra y te guste o no, te has quedado en el medio y no podrás permanecer allí por

siempre, no te lo permitiré y ellos tampoco. La opción de vivir con un pie en cada

lado no existe, tarde o temprano lo comprenderás. Espero no sea muy tarde, por tu

bien espero que no.

—No me amenes.

—No es una amenaza. No te tocaría, no hablo de mí, hablo de ellos. De él —
con sus

ojos Eleazar guió mi mirada hacia afuera, al otro lado del cristal de la amplia
vidriera. Me topé con Gabriel parado y en apariencia paralizado sobre el
cordón de

la vereda, viéndonos impávido.

Sus ojos volvieron al frente; a los míos les costó apartarse de los de Gabriel.

—Somos tu familia, tus iguales, quienes te aceptan tal cual eres, quienes
protegerán

a tu hija a cómo de lugar. Para ellos, ella no es una buena noticia y jamás lo
será,

nunca comprenderán que esa niña no tiene ni culpa ni responsabilidad alguna,
que

es inocente. Para ellos es algo manchado por lo que creen, es lo peor del
universo.

Ella no lo es, ni tú...

Mi corazón palpitaba enloquecido dentro de mi pecho.

—Eres mi hija y te amo—. Sus ojos me encañonaron—. No puedo permanecer
demasiado tiempo enojado contigo, no sé cómo lo haces pero no puedo. Deja
de huir de mí y de los tuyos ¿quieres? Tu actitud es rayana en lo ridículo,
infantil.

Además... todo cambiará muy pronto, muy pronto.

—¿Qué cambiará?

—Ya lo sabrás, lo sabrás en cuanto lo veas; lo descubrirás sola. Eres mi hija
—me

sonrió y se echó hacia atrás—. ¿Sabes algo?, llevo demasiado tiempo de brazos cruzados.

—Dime qué es lo que planeas.

—En la vida, ciertas respuestas hay que buscarlas, esfuérzate en poco; sal de tu cascaron. Me contaron que tu verdadero yo, tiene ganas de salir. Contenerse en ese

estado podría ser peligroso.

—¿Quién te contó qué?

—¿Eso importa? Por qué no usas esa cabeza tuya para meditar algo que en verdad

lo amerite. Sé quién eres hija, para ya con esa farsa, con tanta restricción a ti misma, no tienes de qué avergonzarte. Y por respeto a ti misma y a tu hija, deja de esconder tu vientre, no sirve de nada y te pones en ridículo. Estarás bien y ella también, en tanto te comportes de un modo racional.

—¿Querías que esto sucediese, no es así? Sabías que sucedería.

Se sonrió.

—Abuelo... ¿me calza el título?

—Dime la verdad.

—La verdad es que además de mí, eres el primer demonio capaz de procrear. ¿Si sabía que tu llegarías a este punto? —su sonrisa se amplió—. No soy adivino, no escribo cada palabra de este mundo. Eso no me hace ni más ni menos feliz. Luego

de tanto existir uno recibe con agrado sorpresas tan excitantes. ¿Abuelo?
¡Claro que

me agrada el título y sé que me calzará a la perfección el rol! La malcriaré como

nadie en este mundo.

Lo miré torcido, no planeaba permitir que se le acercase demasiado, menos que la

malcriase.

—Cambia esa cara de: “mi padre corromperá a mi niña”, o lo que sea, es

innecesaria. Somos familia, sangre—. Eleazar se quedó súbitamente en silencio; movió lentamente la cabeza en dirección a la vidriera. Miraba a Gabriel, lo sé; el arcángel continuaba parado en el mismo lugar, el resto de los mortales que pasaban

frente a él siquiera se percataban de aquellas alas en posición de alerta, que brotaban de su ancha espalda pese a que llevaba un pesado abrigo—. Tengo que irme, ya—.

Suspiró y tomó su taza de café—. Contesta cuando se te llama y de preferencia, no

vuelvas a ocultar cosas tan importantes, lo único que ganas con eso es complicarte

la existencia. Y recuerda, no puedes permanecer plantada en el medio de una grieta

tan grande, la rajadura podría terminar de abrirse en cualquier momento y engullirte.

Eleazar se levantó de su asiento, atravesó la distancia de la mesa y me dio un beso

en la coronilla tomando mi cabeza por la nuca con suma delicadeza.

—Hasta pronto hija—. Enderezó la espalda lentamente—. Dile que le dejo mis saludos—. Sin más giró sobre sus talones, dio un par de pasos; se detuvo junta a la

chica que se volteara para verlo —igual que a mí, le puso una mano en el hombro

mientras se inclinaba hacia su oreja; al oído le susurró algo en voz muy baja, fue

algo así como “hazlo, no tengas miedo, sabes que puedes hacerlo, que resultará bien”. No tengo idea de a cuento de qué iba aquello, solamente sé que en el rostro de la chica se formó una gran sonrisa; miró a mi padre con ojos brillantes y él le sonrió; le guiñó un ojo y continuó con su camino, llevándose su vaso de café a la

boca otra vez. Eleazar salió por la puerta que daba a la esquina y se alejó en sentido contrario a Gabriel sin siquiera mirar atrás.

Gabriel tardó un momento en reaccionar y cuando lo hizo, fue para dar dudosos pasos en dirección a la vidriera, se quedó viéndome un momento y recién entonces,

caminó hasta la puerta y entró. No pidió nada, simplemente vino hasta mi mesa.

—Llevaba meses sin verlo, no tengo ni idea de cómo supo... quizá me siguiera desde casa, sabía que vendría a verte, dijo que te dejaba saludos.

Mudo, Gabriel simplemente me miraba a la cara.

—Ahora lo sabe todo. Fue tonto esperar que no lo averiguase nunca.

—Ingenuo —dijo corrigiéndome.

—¿Te encuentras bien?

—Después de esa última vez en Francia, sinceramente, no creí que volviese a verlo

cara a cara otra vez. Llevaba siglos sin verlo y ahora... es extraño. Todavía recuerdo cuando era absolutamente normal. Todavía pienso en tu padre como en mi

hermano —se sentó frente a mí, en el mismo lugar que ocupara Eleazar hasta segundos atrás.

—¿Crees que él piense en ti de la misma manera?

—Lo dudo —meneó la cabeza—. No lo sé. Me gustaría creer que sí. Nunca dejará

de ser mi hermano. Todos nosotros... sin importar lo que suceda, no dejaremos de

serlo y él lo sabe, lo lamentable es que no me parece que eso vaya a limitar sus acciones jamás. Eso nunca fue un impedimento para él en el pasado, tu padre jamás

entendió de impedimentos o de límites, siempre fue más grande que todos nosotros,

no por poder o algo así, más bien... él... siempre veía más allá de lo que se le decía, de lo que sus ojos alcanzaban a ver.

—Eso es lo que más me desagrada, esa constante la sensación de que él siempre está

un paso por delante.

—Siempre fue su don, saber antes que todos los demás, incluso lo que ellos deseaban sin siquiera ser conscientes de que lo hacían. Era inteligente y perceptivo, sagaz; siempre admiré eso de él.

—No logro imaginarlo como uno de ustedes.

—Parece que pasó una eternidad desde entonces... no ha cambiado demasiado.

—¿Eran buenos amigos? Es tan raro pensar en ustedes de ese modo, todos juntos en

situaciones que siquiera logro imaginar. No sé... todos en el Cielo, juntos,

charlando o haciendo lo que se suponía hiciesen —bromeé y pensé para mí que esta

mañana no podía ser más desquiciada. Esta conversación era la cereza del tope del

helado.

Gabriel articuló una sonrisa un tanto triste.

—Hubo un tiempo en que éramos lo mismo, pero tu padre siempre fue mucho más

cercano de Miguel que de mí, de hecho ellos eran inseparables.

Eso me sorprendió y Gabriel lo captó.

—Miguel y Eleazar eran los mejores amigos, inseparables, tenían una relación envidiable, cuando uno comenzaba una frase o pensamiento, el otro la terminaba, eran dueños de una coordinación increíble a la hora de trabajar en equipo, y juntos,

eran infalibles. Se admiraban el uno al otro. Supongo que ni en sus peores previsiones imaginaron que acabarían del modo en que acabaron.

—Miguel derrotándolo para que Eleazar fuese a parar al Infierno.

Asintió.

—Lo que Eleazar jamás pudo perdonarle es que Miguel le diese la espalda cuando

él más lo necesitaba, se suponía los dos enfrentarían a Dios para reclamar el poder

sentir al completo, el no tener que estar eliminando aquellos sentimientos que no eran considerados puros y buenos. Ambos creían que a los ángeles debía

permitírseles experimentar todo lo que la vida implicaba para estar más cerca

de los

seres humanos.

Me quedé de piedra ante semejante revelación.

—Ellos querían hacer mejor su trabajo, querían experimentarlo todo para no errar

por no saber. Miguel se echó atrás y lo dejó solo. Tu padre no se arredró, jamás se

acobardaba ante nada.

—¿Por qué nunca me contaste eso?

Se encogió de hombros.

—Siempre fue un poco soberbio, debió encarar la situación de otra manera—. Se tocó la mejilla y luego apartó la mirada hacia la calle—. Creo que su lugar a nuestro lado ya no era suficiente para él. No tengo idea de qué lo hacía diferente a

nosotros o por qué razón era diferente a nosotros, o sí es que cambió y qué lo hizo

cambiar. No tengo todas las respuestas. No sé qué habría sido de todos nosotros si

tu padre se hubiese intimidado ante la retirada de apoyo de Miguel.

—Últimamente este tema es una conversación recurrente—. Gabriel no comprendió

a que venía aquello.

—Lucifer era un ejemplo de belleza y sabiduría. Era uno de los más férreos soldados que yo hubiese visto jamás.

—Escuchar que lo llames por su nombre... Todas esas cosas que uno como humano escucha, no estoy segura de si realmente creía en todo eso.

—No todas las traducciones de lo sucedido, son exactas y tampoco puedo decirte toda la verdad.

—Yo no sabría qué hacer con toda la verdad sin embargo por momentos me gustaría conocer hasta el último secreto.

—¿Qué dudas tienes?

Se me escapó una sonrisa.

—¿Te parece que podría tener pocas?

—No puedo contarte todo.

—Sí, lo sé, no es la primera vez que lo mencionas.

Lo pensé por un segundo y la pregunta que soltaría a continuación sería la primera

que me vino a la mente, no tengo idea del motivo.

—¿Cómo fue su destierro; cómo lo viviste tú y los demás? ¿Nadie intentó hacerlo

entrar en razón o interceder por él? A decir verdad, lo que pedía mi padre tampoco

parece tan terrible; sí, es soberbio y todo lo demás... No por eso dejaba de ser uno

de ustedes.

—No puedo contarte exactamente cómo sucedió. No fue fácil para ninguno de

nosotros de cualquier modo, no se nos ocurriría pensar que aquello era injusto.

—¿Sigues creyendo que fue justo?

—Sigo creyendo que a título personal, hubiese preferido que las cosas sucediesen

de otro modo.

—¿A título personal, eso significa que hoy por hoy si puedes pensar por ti mismo,

mirar más allá, igual que como en aquellos días lo hizo mi padre?

Gabriel apartó la mirada.

—Ahora muchos ángeles sienten y experimentan lo que a Eleazar se le negó.

Ok, eso quedaba claro, él me lo había demostrado.

A las apuradas aparté todos aquellos recuerdos de mi mente, no era momento para

ponerme a pensar en eso.

—Eleazar fue enviado al Infierno como castigo por renegar de su padre. No fue quien creó el Infierno, el Infierno fue creado por Dios, allí él mandaba todos los pensamientos impuros, la furia y el enojo de los ángeles, estos pensamientos eran

llamados los demonios personales de los ángeles y los ángeles se liberaban de estos

mediante un proceso de purificación que hacían frente a Dios. Su destierro fue el peor castigo posible.

—No tenía idea, creía que el Infierno era algo que mi padre había creado. Todavía

no puedo creer que acabo de decir eso o que te escucho entonar lo que cuentas, parece una locura. Cómo sea, si ese lugar es real, mi padre lo convirtió en su hogar.

—No, no lo fue, no al menos al principio —Gabriel subió las manos a la mesa y las

entrelazó, apretándolas hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Allí sufrió a manos de los demonios, quienes lo torturaron hasta casi acabar con él, para finalmente arrancarle sus alas —entonó la última letra y guardó silencio, entonces,

la superficie de la mesa y el sillón, incluso el cristal de la vidriera se iluminó con el brillo de sus alas, que nadie más que yo y él mismo, podíamos ver. En ese instante

fue consciente que afuera el cielo se había puesto muy negro otra vez; la tormenta

de anoche amenazaba con regresar—. Eso es lo peor que pueden hacernos a cualquiera de nosotros.

Recordé que Vicente había visto a mi padre y a otros demonios, arrancarle sus alas

a un ángel en la sede de Las Doce Sillas, en las afueras de París.

—Imagino que a muy poco estuvo Eleazar de sucumbir frente al dolor y los tormentos que le infligieron los demonios, es más, todavía no comprendo cómo fue

que lo consiguió. En vez de eso, tu padre supo rearmarse y tomar fuerzas de aquellos demonios para convertirse en algo más, en algo nuevo. Poco a poco se rehízo hasta que al final, supo transformarse en rey, en amo y señor de aquel lugar y

de aquellas criaturas. En síntesis, se dio a sí mismo, alas nuevas y no solamente metafóricamente hablando.

Nos quedamos en silencio. No tengo idea de lo que pasaba por la cabeza de Gabriel

en este momento, en la mía, imaginaba a mi padre sufriendo lo que aquel otro ángel

que viera Vicente, quizá con un dolor multiplicado por miles y se me encogió el corazón.

—Su nombre significa “portador de luz”, eso era él para nosotros, un modelo a seguir, un líder.

Gabriel quedó en silencio una vez más.

—¿Te enfrentarías a él otra vez?

Alzó la mirada hasta la mía y se tomó un momento, antes de responder.

—Hoy no es aquel día, y tu padre, pese a continuar siendo mi hermano, ahora es mi

enemigo.

Entonces dentro de mi cabeza, encajaron muchas de las advertencias que recibiera

de lo que ellos mismos llamaban “nuestro bando”.

—Soy su hija, supongo que también te enfrentarías a mí y siquiera necesitaría darle

ningún otro motivo para que intentasen mandarme al Infierno, y sin embargo les estoy dando un motivo, cargo dentro de mí una niña que probablemente, a modo de

ver de muchos de ustedes, siquiera debería existir.

Esperaba de su parte un “no, Eliza, las cosas no son así, tú no tienes nada que

ver, tu hija es inocente, jamás se alzarán ante ti o ante ella”, esas palabras no llegaron.

—Por eso te llamé, necesitaba discutirlo contigo. Mi padre ya lo sabe, probablemente también Ciro y muchos otros, y así también, llegará a oídos del resto de ustedes.

Las alas de Gabriel se pusieron tensas.

—No es mi decisión —fueron sus únicas palabras.

—Solamente obedeces ordenes, igual que cuando desterraron a mi padre. Creí que

habías dicho que ahora muchos de ustedes pueden...

—No tiene que ver con eso, Eliza, esto es mucho más grande que tú y que yo juntos.

Te prometo que en tanto y en cuanto la decisión continúe residiendo en mis manos,

las dos estarán seguras.

—Y luego será nosotros contra ustedes, ustedes contra nosotros. Solamente espero

que ese momento no llegue nunca.

Gabriel no hizo demasiado caso a mis palabras, es más, creo que siquiera las escuchó, parecía más interesado en algo que se encontraba por detrás de él. Intentó

disimular el movimiento de su cabeza el cual a mí no se me pasó por alto, detrás suyo se encontraba la chica a la que mi papá había susurrado palabras al oído.

Se percató de que lo miraba y volvió la vista al frente. Lo noté extraño,

turbado y ya no logré ver sus alas.

—¿Qué sucede?

—Nada, no me hagas caso, estoy cansado, mucho trabajo.

—¿Cansado, mucho trabajo, esas no parecen las palabras de un ángel?

Gabriel volvió a asomarse hacia atrás, la chica continuaba de charla con su grupo

de amigos.

—Entre otras cosas quería verte porque anoche...

Gabriel me miró un segundo pero luego volvió a espiar hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Seguro?

— Sí. ¿Anoche...?

—Creo que mi padre se metió en mis sueños, mejor dicho en una pesadilla. Soñé que se llevaba a mi hija y que me dejaba con un horrible demonio... — volvió a asomarse hacia atrás por lo que me detuve—. ¿Qué?

Sacudió los hombros y me miró.

—El demonio me aplastaba contra la tierra, llovía.

Un trueno aturdió el aire e hizo estremecer los cristales de la vidriera, al instante se largó un diluvio semejante al de la noche.

—Diluviaba igual que ahora. Estaba tendida en el suelo y ese demonio sobre mí, me

aplastaba contra la tierra hasta hundirme y...

Gabriel se levantó de un salto y las luces del local se apagaron por completo.

Afuera estaba tan oscuro que apenas si se veía nada. Sonó otro trueno muy intenso y

cercano.

—¿Y con un demonio, qué...? —Iba a preguntar qué sucedía cuando de pronto,

sucedió.

Sonó un rugido que fue firme competencia ante los truenos que caían afuera, el rugido provino de la mesa contigua e hizo temblar el sillón en el que me encontraba

y todo lo que había dentro del local.

El aire se impregnó de un hedor insoportable, y así, de la nada, la chica a la que mi padre hablara, saltó sobre el respaldo del sillón del reservado y se quedó viéndome,

bueno, en realidad era ella sin serlo, su rostro había cambiado por completo, estaba

gris, igual que el de aquel demonio de mis pesadillas, sus ojos, igual de tétricos.

Su joven cuerpo pasó de una anatomía normal a flexionarse en direcciones inhumanas.

Volvió a rugir, solo que a mi cara y viéndome fijo.

Solté la cartera y me puse de pie lista para pelear, de modo alguno permitiría que se repitiese lo de mi pesadilla.

Las alas de Gabriel volvieron a surgir. El arcángel se plantó a mi lado en el exacto

momento en que la chica comenzó a hablar en un idioma que yo jamás había escuchado antes. Su voz era extraña, fría y con eco, igual que si estuviésemos dentro de una caverna. Me hablaba a mí, de eso no quedaban dudas.

Obviamente, para ese entonces, sus amigos habían corrido espantados, todo el mundo chillaba, un par lloraban y vi a un desubicado de una mesa contigua, filmándolo todo con su celular. Divisé que un grupo de personas habían corrido en

dirección a la puerta y peleaban contra ésta por abrirla sin éxito. Estábamos encerrados aquí dentro.

La chica-demonio volvió a rugir a mi cara y soltó más frases que no tenían significado alguno. Saltó sobre la mesa y Gabriel y yo nos apartamos. El arcángel

la seguía con la mirada pero en realidad no parecía preocupado, más bien, intrigado.

Ante su aterrizaje la pesada mesa cimbró pese a que la chica no pesaba más de cuarenta y cinco kilogramos como mucho.

Me pareció notar que el aire se tornaba frío y no a causa del aire acondicionado del

lugar. El frío manaba de ella igual que de la puerta abierta de un gran congelador.

—Tu padre está en todas partes —entonó Gabriel sacando de la cintura de sus pantalones, una de sus dagas.

—¡No! ¡Ni se te ocurra, es una niña!

—No pretendo hacerle daño, es para defenderte.

—No me defenderás de ella con esa cosa.

Sin previo aviso, la chica saltó sobre nosotros en un movimiento increíble.

El muchacho que filmaba con su celular cayó con silla y todo al suelo, y la chica que lo acompañaba salió corriendo, su silla voló por el aire, la mesa también acabó

tumbada pero la chica demonio no cayó, saltó contra la pared y quedó pegada a ésta, acuclillada sobre la misma como si fuese el piso, haciendo caso omiso de la

ley de gravedad.

— *Erchomai* — chilló la chica y todo mi vello se puso de punta — *Echormai* — repitió y de la pared saltó al techo para que su cabello quedase sobre nuestras cabezas.

Los gritos fueron unánimes.

— Vete, regresa a dónde perteneces. Este cuerpo no es tuyo, ni nunca lo será —

entonó Gabriel dando un paso adelante para quedar justo debajo del cabello de la chica, al cual ni bien él terminó de hablar, estiró sus rodillas y quedó totalmente erguida desde el techo, con sus pies firmes a pocos pasos de una de las lámparas del

local. Sus ojos quedaron frente a los de Gabriel.

— No tememos a tu padre — le dijo con aquella voz que obviamente no era la suya

—. Él vendrá y nosotros lo acompañaremos.

La chica volvió a rugir ensordecedoramente, sorprendiéndonos a todos, incluido a

Gabriel y así sin más volvió a saltar al suelo. En vez de aterrizar de un modo inhumano y negando las mismas leyes a los cuales nos habíamos acogido

rigurosamente hasta ahora, todos los demás en el local, la chica aterrizó mal y

cuando chocó contra el piso, soltó un chillido humano, un quejido de dolor que me

hizo comprender que de aquel demonio, no quedaba nada aquí.

Las luces volvieron a encenderse y la puerta de entrada se abrió y por ella se coló

un fuerte ventarrón.

Los dos nos abalanzamos sobre la muchacha, Gabriel la levantó y yo la sostuve, se

la veía normal, y le sangraba el labio inferior puesto a que evidentemente se lo había mordido al caer, lloraba desconsoladamente.

La daga de Gabriel había desaparecido y de repente nos encontramos rodeados de

los amigos de la chica y del personal del Starbucks.

—Ya llamé a una ambulancia —entonó alguien y vi a Gabriel alzar la vista buscando algo, mejor dicho a alguien, lo encontró y antes de hacer lo que hizo a continuación, cruzó una mirada conmigo. Me alejé y dejé a la chica en compañía de

sus amigos, tomé mi bolso del sillón y me alejé lentamente. Entendía que aquella filmación no podía salir a la luz.

Disimuladamente, llegué a la puerta mientras lo veía mezclarse entre la gente para

acercarse hasta el tipo del celular.

Se lo arrebató de las manos de sopetón. El tipo chilló pero Gabriel fue demasiado

rápido, me eché a correr y él por detrás de mí. Mi automóvil estaba apenas a unos

metros.

—¡Allí!

En vez de correr hacia donde apunté, Gabriel se lanzó a toda velocidad a cruzar la

avenida entre el tráfico que no se detenía, debajo de la incesante lluvia.

Lo llamé y no me hizo caso alguno. Aturdida y asustada seguí corriendo hasta mi

auto, me metí dentro y encendí el motor. Me lancé al tránsito sin pensarlo dos veces.

Circule un par de cuadras y cuando me sentí lo suficientemente lejos y segura, me

detuve junto al cordón, no paraba de llover y tenía la sensación de haber experimentado otra pesadilla como la de anoche. Bien, en realidad el origen de mi

sueño de la noche anterior era dudoso, me parecía difícil de creer que todo fuese más que una mera coincidencia: la aparición de mi padre, la chica demonio, la lluvia y además no tenía ni idea de cómo había terminado en el parque tendida sobre

el pasto.

Con manos húmedas, rebusqué mi celular dentro del bolso y lo llamé. La línea quedó repiqueteando y él no contestó. Corté y volví a llamar. Al tercer intento dejé

un mensaje.

—¿Puedes explicarme qué fue eso? ¿Por qué te fuiste? Tenemos que discutir esto, necesito verte, tienes que hablar conmigo... ¿qué fue lo que dijo la chica, comprendiste la lengua en la que hablaba? Estoy segura de que mi padre le hizo algo, él le susurró al oído. Llámame, te lo ruego.

Colgué y solté el celular sobre el asiento del acompañante.

Me aferré del volante, pensando, necesitaba una explicación.

Manoteé mi celular y marqué su número. Eleazar contestó al primer timbrazo.

—¿Comienzas a extrañarme tan pronto? ¡Qué alegría!

—¡¿Qué fue lo que hiciste?!

—¿Qué hice con qué? Sé más específica. Soy un hombre muy ocupado, hago cientos de cosas a diario.

—No te burles, sabes a qué me refiero —le solté indignada, me sacaba de quicio que se hiciese el desentendido, que jugase conmigo y con todo el mundo de aquel

retorcido modo, solamente por empujar a quienes creían estaban bajo su gobierno,

a hacer lo que él deseaba.

—Ponerte histérica no es bueno para tu estado.

—No te preocupó mi estado cuando te acercaste a esa niña y le hiciste solamente Dios sabe qué y sólo por... ¿sólo por molestarnos? No tienes compasión alguna por nadie.

Eleazar permaneció en silencio un momento.

—No se puede tener misericordia en la guerra, hija. No puedes darte el lujo de mostrarte vulnerable. Lamento tu consternación. A veces no tienes opción.

—¿A veces no tienes opción? ¿Guerra? ¡¿De qué hablas?!

—Ahora él lo sabe.

—¿Él... Gabriel, qué es lo que le demostraste con eso que sucedió?

—Inexorablemente el momento llegaría, ellos debían saberlo. Sí prefirieron no ver

la realidad, no es mi culpa. Su mezquindad es tan grande, su soberbia tan densa...

Su fervor por una idea vaga, un objetivo tan perverso acabó por arrastrarlos a algo

peor que el Infierno. *In nomine patris...* entonan ellos excusándose. Tantos crímenes cometieron en el nombre del padre y para expiar sus propios pecados. Su existencia

supura oscuridad. Es hora de que la verdad sea enseñada. Yo decidí no ser un fantoche más, de aquella pantomima, hace mucho, mucho tiempo, ahora, las

revelaciones les darán a otros, las armas para abandonar sus papeles de títeres. El paso que he dado es irreversible y de cualquier modo, no me arrepiento. Mi objetivo es darte libertad, hija, a ti, a tu hija y a todos los demás. Y sí, lamentablemente el conflicto es inevitable. No tengo paliativo para las pérdidas que

se avecinan, pero son indispensables, te lo aseguro. No planeo derrochar dolor, he

sufrido demasiado como para ser capaz de gozar con el sufrimiento ajeno.

—¿En verdad esperas que crea eso?

—No tienes idea, hija, ni la más remota, de lo que ha sido ser yo, vivir mi vida—.

La línea quedó en silencio por un breve instante y luego Eleazar continuó—. La niña no ha sufrido daño alguno, ella no recordará nada, no tendrá idea de nada, lo

juro. Perdona por haberte hecho pasar por eso, necesitaba que Gabriel llevase el mensaje.

—¿En qué constaba ese mensaje exactamente; en una declaración de guerra o algo

así? ¿Qué planeas?

—Te amo. Eres mi mayor tesoro, sin importar si me aprecias o desprecias, siempre

lo serás.

Sus palabras me turbaron, no por el significado literal de las mismas, más bien por

la inflexión de su voz al pronunciarlas, por algo que traspasó las señales de alta frecuencia del sistema de telefonía celular afectando cada uno de los terminales nerviosos de mi organismo.

—Sí me amas haz algo por mí: detén lo que sea que hayas iniciado.

—¿Quién dice que fui yo quien inició esto? Tu tendencia a pensar mal de mí me ofende.

—Por favor Eleazar.

—Tengo que dejarte ahora. Hazme un favor, regresa a casa con tu marido, con los

tuyos y no vuelvas a ponerte en peligro inútilmente.

—No corro peligro junto a Gabriel.

—Sí, sí corres, créeme, los conozco, fui uno de ellos durante mucho tiempo.

Cuídate, cuídate mucho.

—¡No, Eleazar, no cortes! ¡Eleazar! ¿Tuviste algo que ver con mi pesadilla de anoche?

—Te amo.

—¡Eleazar!

—Adiós.

—¡No, Eleazar, no!

Cortó.

5.

El lado oscuro del Paraíso.

Cuando pensé que podría vivir en paz, que tendría un poco de tranquila felicidad, me equivocaba. Esperé que fuese el Paraíso; necesitaba que lo fuese, al menos por

un tiempo. Es el lado oscuro del Paraíso, lo que no te cuentan del vivieron felices y comieron perdices, lo que tenía ahora entre manos.

Vicente me contemplaba muy serio, desde la mitad del sillón, con ambas manos fijas sobre mis tobillos (mis piernas descansaban sobre sus muslos); acababa de escuchar de mis labios, toda la historia, la cual no se alejaba demasiado de una de

esas películas de terror que pasaban hasta el cansancio para noche de brujas o cuando no tenían nada mejor que dar en la televisión. Todavía me costaba creer que

en había sucedido, que no era una escena vista en el cine o en la pantalla de mi televisor.

—No sé qué es lo que planea tu padre, de seguro, nada bueno. Esas cosas suceden,

no es el primer demonio que toma posesión de una persona de aquel modo,

tampoco será el último. Hasta lo que yo sé esas cosas son... podríamos llamarlos

“accidentes”, llegan aquí escapándose del Infierno. Me preocupa que tu padre trajese

aquella cosa a propósito y para enviarle un mensaje a Gabriel. No comprendo qué

mensaje sea ese—. Se tomó un momento—. Las cosas que te dijo Eleazar...

¿Guerra? No quiero que quedes en medio de eso; no lo querría para ti ni aunque no

estuvieses embarazada. Deberías dejar de ver a Gabriel, al menos por un tiempo.

Entonó aquellas palabras con sus fieros ojos grises sobre los míos. Eran los ojos de

mi marido y además, los de un demonio al que se le ha enseñado que los ángeles son el bando enemigo, el de un demonio que vivió casi un siglo dentro de un círculo hermético y extremista; su vida fue eso hasta que me conoció. En ocasiones

me encontraba deseando poder haberlo visto cuando era aquel Vicente, para comprender sus actitudes y reacciones mucho mejor.

Esa reacción suya no podía ser reprimida por mi parte porque a Vicente todavía le

costaba este nuevo estilo de vida en el que tenía una familia incluso más grande de

la que componíamos nosotros con nuestra hija por nacer. Ahora tenía un cuñado y

el clan Salleses gozaba de una presencia de valor en nuestra existencia, además yo

todavía estaba en contacto con Susana y con el hombre que me crió creyendo

que

era mi padre.

En ocasiones debía recordarme que Vicente tenía un pasado muy pesado e imborrable. Su historia no era ni más difícil, ni más sencilla que la mía pero ciertamente marcaba quien era, influenciándolo para bien y para mal.

—Gabriel es un amigo —lo dije por aquello de la guerra y por lo que se traslució

en su mirada de esposo—. Me defendió, nada pasó.

—Soy yo quien tiene el deber de defenderte y no estaba allí; y tú no debiste estar allí.

—Vicente, vamos, por favor, no exageres. No es...

—Quiero que dejes de verlo —lanzó de repente soltando mis piernas sobre el sillón para ponerse de pie—. Lo lamento, no lo soporto más. Es demasiado. Tener

que verle la cara, escuchar su voz... saber que estás con él.

—Lamento lo que hice, es parte del pasado, te lo juro.

—Has dicho cientos de veces que lo sientes, y sé que lo dices con sinceridad —noté

que apretaba la mandíbula—. No puedo controlarlo. Me saca de quicio. Es recordar

una y otra vez cuando los vi llegar juntos... cuando me tenían allí encerrado.

Se me dificultó respirar, la vergüenza volvió a mí por lo sentido, por lo hecho.

—No quiero perderte otra vez.

—Nunca me perdiste.

—Por favor, no vuelvas a verlo.

¿Cómo prometerle eso, cómo haría para no volver a ver a Gabriel? Esto era ridículo, ¡exagerado! Nos había ayudado y más de una vez, necesitábamos a La Orden ahora más que nunca para averiguar qué tramaba mi padre, además es uno de

mis mejores amigos.

Me pregunté hasta qué punto iba en serio con su pedido.

—No te haces una idea de lo que significa para mí su presencia.

—Exageras —me puse de pie y avancé hasta él, quise abrazarlo y se apartó, alejándose dándome la espalda.

—¿Es necesario que lo explique en detalle? —soltó luego de frenarse en seco para

volverse hacia mí—. No exagero. Es un arcángel.

—¿Es eso lo que te molesta? —le pregunté dándole una sonrisa, necesitaba aflojar

la tensión que sabía él experimentaba—. No tienes que sentir celos.

—No te atrevas a decirme si debo sentir celos o no. Te amo... lo besaste. Todavía te

ama. Y sí, es un arcángel y yo un demonio de pura cepa. No soy tú, mucho menos él.

Me quedé dura y mi mente en blanco sin encontrar palabras con las cuales poder articular una respuesta. O mejor dicho, como en este caso sentía: una defensa. No tenía defensa posible, no al menos en lo que tocaba a mis actos. Cuando metí la pata, la metí hasta el fondo y si todo no acabó incluso peor, fue porque él apareció y porque Gabriel era muy especial... un arcángel. Imaginar

lo que hubiese podido pasar si él no hubiese sido atrapado por La Orden siguiéndonos, me provocó escalofríos.

—Quiero estar contigo, te amo. No me interesa recriminarte lo sucedido. Te dejé una vez y te di suficientes motivos para no querer volver a verme sin embargo jamás te fui infiel y nunca lo sería. He sido lo más sincero que he podido contigo, y en lo tocante a nosotros dos, siempre lo fui. Cuando no te he dicho algo ha sido por

tu bien; no he estado con nadie más que contigo durante este tiempo y tampoco se

me ocurre siquiera estar con nadie más. También sé bien que de no ser por ti, ya habría acabado conmigo mismo. No me interesa estar con nadie más o buscar otra

vida. Es ésta vida contigo o la muerte —se pasó las manos por el cabello y tironeó

de éste hacia atrás—. No quiero que te quedes conmigo por esa razón, no es una amenaza, ni para darte lástima—. Apretó los labios—. Solamente quiero que

entiendas que no lo soporto más. Sucedieron demasiadas cosas desde que te conocí

y no digo que sea únicamente tu culpa, yo elegí esto, te elegí a ti, es simplemente que necesito regresar a la normalidad, a mi mundo. Tengo la impresión de vivir en

una burbuja de jabón que explotará de un momento a otro. Quizá no comprendas lo

que digo porque tu vida como demonio fue distinta... No planeo cobrarte los cambios a los que cedí por ti, no es eso, es que simplemente necesito ser quién soy

sin tener la impresión de estar siendo constantemente comparado con otros.

—No te comparo con él.

Me miró, parpadeó y acto seguido me dio la espalda, caminó hasta la ventana.

Todavía llovía a cántaros.

¿Qué cosas de su vida había dejado de lado por mí? Otra vez volvieron las ganas de

verlo en aquella vida de la que yo no fui partícipe.

—Quiero que seas quién eres. No te comparo con él —le toqué la espalda sintiendo

los firmes músculos por debajo de la camisa. Solamente entonces giró la cabeza por encima de su hombro izquierdo para verme.

—No digo que vaya a enloquecer a partir de este instante.

—¿Qué cosas necesitas recuperar?

—Nunca dejaremos de ser tú y yo, y Emilia.

—Dime —le rodeé la cintura con los brazos. Su perfume se filtró en cada una de mi

células

—Son pequeños detalles.

Lo miré expectante.

—Lo verdaderamente importante es que yo no solía convivir con ángeles. Es una locura, comprendo que a ti no te suceda porque tienes sangre de Miguel en ti, pero

para mí no es solamente incómodo, es asfixiante, va contra todo lo que soy y me pone al filo del abismo cada vez que lo tengo en frente.

—¿Eso qué significa?

—Es una reacción orgánica... física. Algo instintivo.

Lo dejé continuar.

—Me dan ganas de acabar con él. Y todo se complica más por lo que pasó entre ustedes. Por momentos me provoca extirparlo de la faz de la tierra. Ahí lo tienes, ese es quién soy, es así como debí reaccionar siempre. Este tipo de cosas son de las

que me contengo.

—¿Los demás pasan por lo mismo?

Asintió con la cabeza.

—Lo mismo sucede con la convivencia con humanos, solo que de un modo un tanto

más leve.

—A mí no me pasa.

—Eres diferente. Nosotros no solemos ser siempre tan civilizados.

—De qué hablas, eso es ridículo, los Salleses...

—Todos nosotros somos lo mismo —articuló pausadamente.

—¿Qué es lo que más extrañas de aquella vida, lo que más necesitas?

—Empezando porque ya no tengo guía. Ariel está muerto y técnicamente soy huérfano. Tenía un círculo de... digamos “amistades” que ya no existe. Desde entonces he estado gravitando sin saber qué hacer de mí.

—Gaspar y su familia son tus amistades también.

—Llevaba demasiado tiempo sin convivir con ellos hasta que llegaste tú.

—¿Y qué de aquellos otros demonios... Marie y su hermana, los que había aquí en

esa fiesta a la que me invitaste cuando recién nos conocimos?

—No estoy seguro de que quieras tener algo que ver con ellos.

—Son parte de tu vida.

—No creo que sea conveniente que te vean en éste estado —bajó la vista hacia mi

vientre.

—Bueno, podrías salir tú con ellos, ir a cenar o algo así —le sonreí —cuando regreses estaré aquí esperándote.

Vicente, que ahora se encontraba de frente a mí, se inclinó, su rostro quedó sobre el mío.

—En honor a la verdad, me asusta traer a ese Vicente de regreso, en parte es aquel

que deseaba tu alma, el que no se preocupaba por mandar un alma más al Infierno.

Un cosquilleo frío recorrió toda mi espalda.

—He aprendido una o dos cosas desde entonces sin embargo mi esencia continúa siendo la misma. ¿Lo comprendes?

Lo entendía y bien, y por eso mismo me sentía algo inquieta.

—No es lo que esperabas, ¿no es así?

—Es mucho más. No me malinterpretes, todavía me sorprende en lo que se ha convertido mi existencia.

—¿Te arrepientes?

—No —no necesité meditarlo ni una milésima de segundo—. Entiendo tu preocupación y tu molestia; no puedo extirparlo de mi existencia en un parpadeo; es

mi amigo y además, creo que lo necesitamos ahora más que nunca para descubrir

qué es lo que trama mi padre.

Vicente apretó los labios y no dijo nada.

—¿Estás molesto?

—No me agrada tu respuesta.

Entre la espada y la pared, así me sentí. ¿Tan mal está no desear perder a quienes amas? ¿Por qué se supone que alguien debería verse en la obligación entre unos y

otros?

Se inclinó sobre mí, rosó mis labios con los suyos y luego me soltó, para dejarme

parada allí.

Lo llamé. En vez de detenerse me dijo que iría a llamar a Gaspar para ponerlo al corriente de lo sucedido.

...

—No te molestes en intentarlo, no te regresará el mensaje —soltó Anežka al atravesar la entrada, chorreando agua. La lluvia no paraba de caer, evidentemente al

salir, no había llevado paraguas. Terminé de escuchar la voz de mi hermano

decir:

no puedo contestar ahora; dime quién eres y qué quieres y te llamaré si me dan ganas. Su voz sonaba alegre, burlona en el contestador, no así su tan prolongada ausencia física, mucho menos su silencio, el cual me incomodaba y mucho. Lo único que recibí de él en los últimos días fue un escueto e-mail diciendo que pensaba viajar por unos días, que estaría saltando de aquí para allá y por eso no dejaba un teléfono o un lugar dónde pudiésemos contactarlo.

Bajé mi celular.

Anežka cerró la puerta.

—Por más que dejes mensaje, no responde. Le dejé una docena al menos. Quizá sea

que no quiere hablar conmigo.

—Tampoco quiere hablar conmigo, le dejé dos en lo que va del día y le mandé un

e-mail. Nada.

Asintió con un parpadeo.

—Me preocupa. Pensé que dentro de todo habíamos quedado bien. Me gustaría

mucho saber dónde y cómo está. No funcionó sin embargo eso no quita que deje de

quererlo, que me preocupe por él. Estaba tan distante últimamente. Le hablabas y parecía no escuchar ni una sola palabra y cuando le preguntaba en qué pensaba me

decía que en nada importante—. Bajó la mirada a sus pies por una fracción de segundo y luego volvió a verme a los ojos.

¿Vergüenza? —me pregunte, era eso lo que se traslucía en su mirada.

—Vengo de su departamento... Lucas dejaba una llave extra detrás del extintor. Yo

tenía una que le devolví cuando terminamos, aquella otra continuaba en su escondite.

—¿Entraste en su departamento?

Asintió moviendo arriba y abajo su rostro repleto de pecas.

—No se llevó absolutamente nada. Hasta sus valijas están allí. Bueno, en realidad sí

se llevó algo: su laptop. Todo lo demás... la ropa, está toda en el vestidor; sus zapatos, el reloj que le regalé para San Valentín —sus labios quedaron entreabiertos

igual que sus párpados; esperaba de mi parte una reacción que secundase lo que obviamente sentía. La semilla de preocupación germinó en mi pecho.

Alcé el celular y volví a marcar su número, mientras tanto Anežka caminó hasta mí.

—Soy yo. Necesito que me llames cuanto antes, es serio. Me preocupa tu súbita desaparición. Si no das señales de vida pronto, pensaré lo peor y no planeo quedarme de brazos cruzados mucho tiempo más. Eres mi hermano y sea lo que sea

que suceda contigo, me afecta y mucho. Te quiero, eres una de las cosas más importantes que tengo. Por favor, Lucas, llámame —no supe qué más añadir y corté.

—¿Qué crees que sea? —me preguntó después de que nos quedásemos en silencio

por un par de segundos.

—No tengo idea. Suceden demasiadas cosas extrañas últimamente y lo que

menos me agrada, bajo estas condiciones, es perderlo de vista.

Anežka me miró con curiosidad, procedí a contarle las últimas novedades.

Juraría que alguna de sus pecas desaparecieron cuando su rostro empalideció al terminar mi relato.

—Espeluznante —fue su veredicto—. ¿Hay algo que podamos hacer o es que tendremos que quedarnos de brazos cruzados para ver qué sucede y cuándo?

No planeaba quedarme de brazos cruzados sin embargo no tenía muy claro cómo plantearle a Vicente, para que su respuesta fuese un “no” rotundo, el visitar a La Orden para discutir lo sucedido con ellos, ni tampoco mi idea de recurrir a Ciro para intentar descubrir lo que tramaba Eleazar ya que temía que este último, no soltaría ni una palabra.

Vicente reapareció dando un portazo. Aquello me apartó de mis pensamientos.

Sus ojos pasaron por encima de Anežka reconociendo su llegada, no medió saludo.

Caminando hacia nosotras, sin apartar el celular de su oreja me soltó que encendiese el televisor.

Con la mirada recorrí la cocina en busca del control remoto. Anežka lo detectó primero que yo, a un lado de la frutera, se dio la vuelta y encendió el aparato.

Vicente le ladró el número de canal.

—¿Lo ves? —La voz de Gaspar sonó al otro lado de la línea—. ¿Están viéndolo?

Mi corazón se paró por un segundo para permitir a mi cuerpo, absorber lo que veía

sin tener que ocuparse de nada más.

La televisión mostraba en directo, el portal de una iglesia de Ostuni, al sur de

Italia.

Me tomó un momento comprender lo que la periodista, bajo un manto de lluvia ensordecedor que se colaba por su micrófono, intentaba explicar. Bien, en realidad

siquiera ella comprendía lo sucedido. Era demasiada confusión. Los fieles habían dado distintas descripciones de los hechos, lo que sí quedaba claro es un punto al que todos señalaban sin saber muy bien cómo o por qué. Una persona, un joven de

unos dieciocho años había destrozado el altar principal. Aquello que podía ser tomado como un simple hecho de vandalismo, no cuadraba demasiado en la

categoría. Los testigos informaron que el muchacho ingresó por la nave principal

en plena misa, avanzó como si tal cosa hasta el altar sin siquiera detenerse ante las palabras del párroco que oficiaba la ceremonia, y con un fuerza descomunal y sobrehumana, destrozó sin piedad, la estructura de mármol; por el aire voló el mantel, el cáliz, los cirios y demás. El intruso no se detuvo allí, ni siquiera ante los gritos de los sorprendidos feligreses; fue directo contra el sagrario del cual arrancó con sus dedos, partes de la madera labrada en forma de santos y ángeles en

adoración. Su camino de destrucción no se detuvo allí, el muchacho trepó por lo que quedó de la estructura hasta colgarse por los pies del cristo crucificado. Se montó sobre la cruz y desde allí, grito y rugió a los presentes, los cuales entonces, tuvieron plena visión de su rostro.

—Explican que su rostro estaba deformado, gris, que su piel había cobrado el aspecto de cuero —narró la periodista—. Los presentes también concuerdan en un

punto más, todos anunciaron haber percibido un fuerte olor a azufre dentro del templo.

El muchacho derrumbó el crucifijo entre carcajadas y palabras enunciadas en

un idioma que nadie logró identificar.

De la nada el sagrario tomó fuego. Las voraces llamas amenazaban con devorarlo

todo.

En la correría, el muchacho desapareció. Nadie tiene idea de lo que fue de él, tampoco lograron identificarlo.

Cuando los bomberos llegaron ya no había mucho que hacer.

Anežka soltó algo en checo, creo que fue un insulto pero en ese instante no me detuve a intentar recordar su traducción. De nada importaba el significado exacto puesto que la sensación no necesitaba demasiadas explicaciones, estaba allí, era parte de nosotros tres, incluso de Gaspar al teléfono, el cual le arrebaté a Vicente de un manotazo dejándolo sin posibilidad de reacción.

—¿Qué significa esto?

—Nada bueno, eso seguro. No creo que sea una mera coincidencia. Preferiría pensar que lo es, más me inclino por ser desconfiado y sospechar. Vicente me contaba de lo sucedido cuando Diogo me llamó desde la cocina para que fuese a verlo, justo él estaba viendo las noticias. De lo sucedido aquí todavía no he visto nada; no me sorprendería que saliese a la luz de un momento a otro.

—Ese fue un claro ataque, lo que nos pasó a Gabriel y a mí... —ante la mención del

nombre, el rostro de Vicente se puso casi tan gris como el de la chica de esta tarde.

—Quizá fuera simplemente la advertencia, el anuncio de lo que comenzaría.

—Pero si sucedió hace nada más que un par de horas, qué clase de advertencia podría ser.

—¿No esperabas que tu padre les diese tiempo de prepararse para lo que sea que este viniendo, o sí?

—No, la verdad es que no. Simplemente creía que... podíamos hacer algo para detenerlo, que quizá él pudiese querer algo a cambio de parar...

—¿La guerra? Dudo que ni tu padre ni... ellos —completó después de un silencio

que se me hizo demasiado largo (el abismo entre ellos y nosotros se ensanchaba y

profundizaba cada vez más, dentro de poco acabaría tan profundo cuanto debía encontrarse el Infierno y lo suficientemente ancho para devorar la Tierra) — estén

dispuestos a detenerse. Toda esta historia nos sobrepasa. Por primera vez... Eliza,

no sé qué decirte. No tengo ni idea de qué es lo que podemos hacer, qué es lo que

podemos esperar. Me siento perdido como nunca antes y temo por mi familia, por

ustedes, por todos nosotros. Las circunstancias cambiaron, las reglas del juego ya no parecen las mismas.

—No creo que lo sean. Lo que me temo es que ese cambio no empezó ahora, sino

hace un tiempo... los nefilim irrumpiendo en plena calle de París, mi padre haciéndose presente... Ahora el juego es a puertas abiertas, al descubierto. No más

máscaras, no más moverse en la oscuridad.

—Eso mismo me temo —convino Gaspar.

—Hablaré con Gabriel, debe saber algo—. Luego de entonar eso último sentí la temperatura de Vicente trepar—. Lo siento, es nuestra única opción, es eso o enfrentar a mi padre o a Ciro en mi estado.

Gaspar supo que las palabras no eran para él y por eso, guardó silencio. Percibí la

incomodidad de Anežka.

—Hablaré con él—. Esta vez sí me dirigía a Gaspar.

—Podría hacerlo yo.

—Acompáñame si quieres, pero debo ocuparme de esto en persona, es mi padre.

—No es tu responsabilidad.

—Entonces por qué se siente como si así fuera. No puedo permanecer de brazos cruzados.

—Al menos deberías intentar no involucrarte tanto.

—No hay forma de extirpar de mí, la herencia de mi padre ni la sangre de Miguel.

Gaspar guardó silencio.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Lucas lleva un par de días fuera, no contesta su teléfono, ni a mis llamados ni a

los de nadie. Su último contacto fue de forma escrita, diciendo que está de viaje y

que no sabe cuándo volverá. Anežka entró en su departamento, toda su ropa está allí, sus valijas vacías y guardadas. Lo único que falta es su laptop.

—Intentaré averiguar si alguien lo vio. Será difícil si lo que quiere, es no ser encontrado. Anežka dice que este último tiempo estuvo distante. Habla

demasiado de

mi padre, Gaspar.

—¿Crees que esté con él?

—Espero que no. Ojalá solamente se deba a que quiere tomarse un tiempo, tal como

dijo en un principio. Me gustaría, de ser posible, erradicar todo rastro de duda.

Dadas las condiciones prefería asegurarme de que no quedo metido en medio de todo esto. De cualquier modo, si no logro saber nada de él pronto, llamaré a mi padre.

—¿Ciro no ha vuelto a requerir tu presencia?

—No y eso también me preocupa. El silencio y la falta de insistencia no es una cualidad que los caracterice, usualmente cuando quieren algo no paran hasta conseguirlo.

—Sí, así son. Llama a Gabriel y dile que necesitamos hablar con él, en cuanto acuerden un encuentro avísame, iremos juntos.

Vicente me dio la espalda y salió de la cocina, no en dirección al interior de la casa, sino a la parte trasera, al exterior en el cual todavía llovía.

Se me encogió el corazón. Con Anežka nos quedamos viendo primero la puerta, y

luego el ventanal sobre el cual estallaban las gotas y la oscuridad de la noche que

comenzaba a caer.

—Te llamo en cuanto hable con él, ¿sí? Ahora debo colgar —le dije sin parar de avanzar en dirección a la puerta.

Anežka entonó mi nombre.

Le solté un “adiós” a Gaspar al cual no le di tiempo de responder. Corté y solté el

teléfono sobre la mesada para salir disparada por la puerta trasera.

Ni bien salté la escalinata, la lluvia dio sobre mí. Vi la espalda de Vicente zambullirse en la oscuridad del garaje y tras él fui.

—¡Vicente!

A los pocos pasos sobre el camino de piedra, el agua chorreaba por mi cara, la ropa

se me pegaba al cuerpo y el frío penetraba en mis huesos.

Empujé la puerta del garaje.

—¿Vicente?

Demasiado oscuro, pensé mientras escuchaba repiquetear la lluvia sobre el techo.

Lentamente cerré la puerta. Necesitaba del poco reflejo que entraba del exterior sin

embargo más necesitaba de un momento de intimidad con él.

Dentro del garaje había cuatro vehículos, sin contar las dos monstruosas motocicletas.

No fui a encender la luz, sabía dónde encontrarlo.

Pasé por detrás de los tres automóviles y me dirigí hacia la puerta del acompañante

del Mercedes.

Al abrir la puerta, la luz interior se encendió. Allí estaba él, sentado detrás del volante con las manos sobre este. No se volteó ni movió sus ojos hasta mí.

Entré y me senté a su lado, la luz se apagó a los dos segundos pero no importaría,

mis ojos se aclimataban rápido a la oscuridad, además, ya había encontrado lo que

buscaba, no necesitaba más luz.

—No puedo mantenerme al margen de esto. Si lo de Italia no fue más que una coincidencia, una desagradable coincidencia, mejor así, pero no puedo simplemente

quedarme en casa ignorándolo todo.

—No, solamente optas por ignorarme a mí.

—Eso no es cierto.

Giró la cabeza y me enfrentó.

—Pones en peligro no únicamente tu vida sino también la de mi hija. No tienes derecho.

—También es mi hija.

—Qué bueno que lo entiendas.

—Exageras.

—También tú. No es nuestro problema. ¿Por qué tienes que correr directo hacia él

cada vez que las cosas se ponen feas? Yo estoy aquí, por si no me has visto.

—No es momento para una escena de celos.

—No es momento para que corras a los brazos de otro hombre.

—Vicente, por favor.

—¿En verdad esperabas que lo aceptase sin más? ¿Quién crees que soy? —
Me miró

directo a los ojos—. ¿Qué crees que soy? —hizo silencio un momento y
continuó

—. Te lo repito, estoy aquí y estoy vivo, no soy simplemente parte del
decorado.

Se me escapó una carcajada.

—¿Parte del decorado?! No digas tonterías.

—Ya no me necesitas.

—Te necesito más que nunca y te quiero a mi lado. Vicente... no podemos
ignorar

que quizá...

—Si algo estuviese sucediendo, no tendrías de qué preocuparte, tu padre
jamás permitirá que te lastimen.

—¿Y qué hay de los demás? ¿De ti, de Anežka, de Gaspar y los demás, de
Lucas?

—Todos los demás somos parte de ese mundo en el que tú no quieres entrar.

Tomaste la decisión pero por motivos completamente distintos a los nuestros,
quizá

motivos erróneos. Por las razones por las cuales nadie debería elegir esta
vida.

—¿Qué dices?!

—Digo que nunca lo entenderás.

—No digas tonterías, Eleazar es mi padre, ese mundo es mi mundo.

—No, porque todos los demás somos descartables y siempre lo hemos sido, tú nunca lo serás, jamás.

—Salvador también era hijo de Eleazar y murió. También soy descartable.

—Salvador no tenía sangre de Miguel corriendo por sus venas. Eleazar jamás permitirá que le arribaten una de sus grandes victorias frente a Miguel. No entiendo

cómo es que todavía no dedujiste eso. Nunca, por nada de este mundo, ni del Infierno ni del Paraíso, tu padre permitirá jamás que a Miguel se le conceda la posibilidad de olvidar que al menos una vez, le ganó la pulseada—. Apretó los labios continuó—. Todos los demás somos instrumentos que ya cumplimos nuestro

cometido. Ya no me necesitas y me figuro que tu padre menos que menos.

—No pienso permitir que continúes con estas tonterías. ¡Es ridículo! Te amo y te quiero conmigo y si recurro a La Orden; porque es eso, a La Orden y no únicamente a Gabriel, es porque me parece imprescindible. Son los únicos que tienen la capacidad de pararle los pies a mi padre.

—¿Por qué quieres pararle los pies a tu padre?

Su pregunta me descolocó.

—¿Cómo que por qué? ¿Qué pregunta es esa Vicente? Mi padre es el mismísimo...

—Y tú un demonio. Eso se te olvida muy a menudo.

Nunca creí que tendríamos una conversación semejante.

—Otra cosa que olvidas muy a menudo. Quizá debiste elegirlos a ellos, no a nosotros. Probablemente todavía se lamentan por haber llegado tarde. Tal vez

de haberlos conocido antes, podrían haber borrado de ti, con un milagro, lo que llevas

de tu padre en ti para dejar solamente lo que heredaste de Miguel. Eso te habría hecho muy feliz.

Y así sin más, sentí como si una pared de concreto y acero nos separase.

—De encontrarte en el bando contrario en este instante, ya me habrías matado.

Aborreces absolutamente todo lo que somos.

Sé que en mi rostro se plasmó una mueca de horror, la sentí expandirse y tomar cuenta de mis músculos y de mi piel.

—¿Por qué te cuesta tanto negarlo?

—Porque todavía me cuesta creer que lo dijeras en serio. No puedes hablar en serio.

—Nunca debí permitirte que lo hicieras, no debí dejar que entrases a nuestro mundo. No por mí, al menos.

—No entré a esto solamente por ti, lo hice por mí, este era mi lugar, lo que creí necesitaba.

—Creíste... en pasado; no opinas lo mismo ahora.

—Llevas esto en la dirección errada. Exageras y no puedes ver... no tienes de qué

estar celoso.

—¡Es que no comprendes que no son solamente celos! —me gritó y di un respingo

sobre el asiento—. No es únicamente eso, es reconocer que cometí un error. El peor

de todos.

—¡Estupideces!

—Eso no implica que vaya a dejar de amarte.

—Te amo. No sigas con esto. Lo resolveremos y volveremos a la normalidad, como siempre.

—Lo de siempre no es la normalidad, no al menos la mía.

Se me nubló la vista.

—No cambiaré de bando.

—¿Qué?

—No los defenderé a ellos. Estoy del lado de tu padre igual que el resto de nosotros.

—Gaspar quiere ayudar.

—Gaspar solamente irá contigo para no dejarte sola.

—Eso no...

—Empujarás a todos a ponerse del lado del enemigo, los pondrás todavía en más peligro.

—No es esa mi intención.

—Entonces no te inmiscuyas.

Me removí sobre el asiento, me sentía enojada, más que eso: furiosa. Esta conversación era en extremo ridícula.

—Haré de cuenta que no tuvimos esta conversación.

— ¿En verdad crees que eso ayudará?

—Te desconozco.

—Quizá simplemente no me conoces.

—¿Es eso una amenaza? ¿Qué sucede contigo? Todo esto es ridículo. ¡No necesitabas decir todas las tonterías que has dicho! Seguimos siendo nosotros dos,

los mismos de siempre. Nada cambió. No me alejes Vicente, yo no te quiero lejos,

no por esto.

—Eres tú la que me aleja por esto.

—Eres tú quién escoge alejarse.

—Baja.

—¿Qué?

—Que bajes del automóvil. Necesito salir.

—No permitiré que huyas otra vez.

—Quizá estés casada con un maldito cobarde. No sería la primera vez que te digo

que estoy cansado de esto, que quiero, de una buena vez por todas, un poco de paz

—. Sus ojos grises se clavaron en mí—. Por favor, baja del automóvil. Estaré de regreso en un par de horas. Esta todavía es mi casa, tu mi esposa y la que cargas en

tu vientre, mi hija. Es solo que en este momento necesito estar solo al menos por un

par de horas—. Se mordió el labio inferior—. No salgas de la casa y nada te sucederá. Regresaré en cuanto pueda.

Giró la llave sobre el encendido, el vehículo comenzó a vibrar.

—Baja... por favor.

No debí bajarme pero lo hice y me arrepentí en cuanto lo vi alejarse marcha atrás

por el camino.

Vicente regresó a casa muy tarde, cuando la madrugada comenzaba a cederle lugar

a la mañana. En silencio se desvistió y metió en la cama para acostarse pegándose a

mi espalda. El delicado beso que depositó sobre mi cuello no alcanzó para eliminar

toda la angustia acumulada durante las horas de espera, la cual era el producto de las palabras que entonó antes de salir y de todo lo que rondaba por mi cabeza: las

preocupaciones, los miedos, la confusión y el eco de mis propias palabras al dejarle

un mensaje a Gabriel en su celular, rogándole que se reuniese conmigo.

Tampoco ayudaba ser consciente de la inestabilidad de mis propios sentimientos y

de lo poco responsable y capaz que me sentía de cuidar a mis seres queridos, en especial a mi hija.

Me pregunté por qué todo tenía que ser tan condenadamente complicado.

Su respiración fue sediento hasta convertirse en un suave arrullo. Se quedó

dormido

y yo me despabilé por completo.

Por un rato, disfruté del abrazo de Vicente y luego me escapé hacia la cocina para

volver a llamar a Lucas, quien por cierto, otra vez no contestó.

6.

Divina providencia.

Tener que preocuparte por la compra de víveres y el pago de la boleta de la luz cuando tu vida es un caos que sobrepasaba todo lo terrenal, parece ridículo. Como

sea, no teníamos más leche y la boleta iba en camino a su segundo vencimiento.

Al ver a Anežka con el rostro prácticamente sumergido en la pantalla de su laptop,

devorando un paquete de Oreos que empujaba con un vaso de leche recordé que tampoco teníamos más galletitas, pan o fruta.

Afuera todavía llovía; solamente aminaba de a ratos para caer unas delgadísimas y

frías gotas que se veían como agujas cayendo de punta desde el cielo... ese cielo que parecía enojado y a punto de despeñarse sobre todos nosotros.

Suspiré.

—Voy a salir a comprar, la heladera está casi vacía y las alacenas van por el mismo

camino—. Le hablaba a ella sin embargo ni se percató—. Anežka—. Volví a entonar

su nombre alzando la voz y solamente entonces logré captar su atención—. Saldré a

comprar comida. ¿Necesitas algo? ¿Recuerdas que falte alguna cosa? — usualmente

manejaba esta casa sin problemas, plenamente consciente de las necesidades de todos los que aquí vivíamos y demás; ahora no tenía cabeza para nada y me sentía

perdida aquí dentro, entre mis cosas, entre lo que había sido terreno seguro.

—No recuerdo. ¿Quieres que te acompañe?

De refilón vi que tenía su Twitter abierto. Algo tan mundano era algo difícil de digerir en una casa en la que habitaban tres demonios. ¿Me pregunté con qué clase

de personas sociabilizaría por medio de esa red social? ¿Sería con alguno de los nuestros? Ella no conocía a nadie más que los Salleses y no tenía amigos humanos,

y si los tenía vía internet, seguro que éstos siquiera sospechaban la verdadera naturaleza que se escondía detrás de @AnezK.

—No es necesario.

—Puedo ir, no hay problema. No hacía nada importante.

—No, quédate, hace un día horrible.

Se quedó viéndome.

—¿Es conveniente que salgas sola?

Al fin, allí saltaba otra vez, el tópico preferido por todos este día.

—No pienso quedarme aquí encerrada.

—Podrías esperar a que Vicente regrese.

—Dijo que no sabía cuánto tardaría en el taller—. El freno de su Mercedes había fallado anoche cuando se fue dejándome aquí amargada y sin saber qué hacer para

resolver todo lo que teníamos entre manos.

—Se enojará.

—Peor para él.

—Mejor te acompaño—. Saltó de su silla.

—Te quedas aquí, volveré pronto. Si regresa antes que yo dile que te prohibí venir

conmigo.

—No es que me preocupe lo que Vicente piensa de mí o si se enoja conmigo; me

preocupas tú.

—Sí todo sale bien, comenzaremos a resolver todo esta noche. Gabriel prometió encontrarse con nosotros.

—Sí pero...

Recogí mi celular, llaves y cartera.

—Regresaré enseguida. No salgas de la casa y cualquier cosa me llamas al celular,

¿entendido?

—Se pondrá como una furia si se entera que saliste sola.

Era totalmente cierto.

—No te preocupes —contaba con regresar antes que él, desde anoche la tensión no

terminaba de aflojar, algo entre nosotros continuaba distante, quizá roto, no un roto definitivo, algo que simplemente nos costaría un poco más remendar; sabía que en

cuanto lo consiguiésemos seríamos más fuertes que antes. Lo admito, en la

madrugada, cuando dejé la cama me atacó el miedo a no saber o no poder reparar

aquello descompuesto en nuestra relación.

No dilaté más mi partida, si lo hacía me pondría todavía más nerviosa y no quería

simplemente dejar de salir porque Vicente no quería que pusiese un pie fuera de la

casa; eso me ataba y hasta asfixiaba, y él nunca antes había resultado asfixiante para mí.

¿Qué más cambiaría entre nosotros?

No estaba de humor para música de modo que conduje en silencio. El silencio parecía lo más indicado para continuar con la línea paranoica de todos. Me ayudaría

a estar más concentrada en el camino. Camino el cual vigilaba con ojo atento, espiando cada dos por tres por el espejo retrovisor. Así, conduje por un par de cuadras hasta que me harté. ¡Es ridículo! —me dije en voz alta y de un golpe, encendí la música. Por los parlantes saltó la voz de la solista que sonaba como un

eco dentro de un tema misterioso. El estribillo repetía “love is to die, love is to die”.

Qué adecuado —pensé.

Me obligué a relajarme, cuando me ponía de ánimo catastrófico no había quien me

parase la marcha.

Cambié al siguiente tema, el cual resultó ser todavía de ambiente más sombrío. Lo

dejé y me concentré en la conducción.

Por suerte mi viaje implicaba un trayecto corto.

Concentrarse en una acción tan prosaica cuanto lo es hacer fila para pagar una boleta o moverte por los pasillos de un supermercado en busca de tu marca de leche

favorita, de las galletitas a las que Anežka les hincaba el diente mientras navegaba

por internet, la gaseosa preferida de Lucas. Busqué fruta, pasta y todo lo demás que

necesitábamos.

No me demoré mucho y ayudó el ponerme en una caja que tenía exclusividad para

embarazadas. Era la primera vez que aprovechaba el beneficio y me resultó extraño,

casi como si estuviese engañando a alguien.

Pagué mis compras y salí del supermercado. Todavía lloviznaba; no le hice el menor caso a la lluvia y empujé mi carrito hacia mi nave espacial blanca cuyo baúl

sobresalía notablemente entre los dos automóviles compactos estacionados uno a cada lado.

Un par de chicas pasaron corriendo junto a mí, escondidas debajo de un gran paraguas de plástico transparente sobre el cual brillaban las gotas de llovizna, los reflectores del estacionamiento se habían encendido. Las potentes y blancas luces hacían que las nubes del cielo pareciesen todavía más negras. Apenas era media tarde sin embargo daba la impresión de que la noche caería en un par de minutos.

Las chicas se alejaron riendo, cargaban una caja de donas y algo más que no llegué

a distinguir. Se me antojaron donas y así sin más se me abrió el apetito.

Rebusqué dentro de las bolsas un paquete de galletas con chispas de chocolate y lo

abrí cuidando de que no le diese la lluvia a los bizcochos.

Mi estómago crujió en cuanto en un gesto muy poco femenino y delicado, me metí

una galleta entera dentro de la boca. La mezcla de aromas a vainilla y chocolate me

invadió por completo. Creí sentir a Emilia removerse dentro de mí.

Frené con el carro a la cola de mi vehículo y comencé a cargar las cosas dentro del

baúl dándome prisa, las gotas se ponían cada vez más gruesas y caían en mayor cantidad; la llovizna estaba en vías de convertirse en tormenta.

Un trueno rebotó en las paredes del enorme edificio del supermercado.

Se me puso la piel hipersensible, siempre me habían gustado las tormentas y en igual medida me inquietaban. Miedo y entusiasmo, todo mezclado.

Bajé la tapa del baúl y me metí una galleta más en la boca mientras caminaba en dirección a la puerta del conductor.

Mi escapada del hogar, después de todo no había sido ni emocionante ni peligrosa

—pensé al verme reflejada en el vidrio tintado de la ventanilla, recortada en aquel

cielo oscuro que en ese instante se iluminó con un rayo.

La tormenta se desató con todo lo que tenía para dar. Las gotas me empaparon.

Abrí la puerta y me lancé dentro con tanto ímpetu que no logré frenarme al ver la

sombra acomodada en el asiento del acompañante.

Se me escapó un grito al tiempo que le veía la cara.

—¡Shh! Tranquila, soy yo. Todo está bien —estirándose por encima de mí, cogió la

puerta por la manija interior y la cerró. La lluvia se metía a raudales por la abertura.

Su cabello pasó demasiado cerca de mi nariz; imposible no captar su perfume —.

Perdón por aparecerme así —regresó a su asiento.

Otro rayo iluminó el estacionamiento y al instante, nos llegó el estruendo. Había caído no muy lejos de aquí.

Nos quedamos viéndonos sin decir nada hasta que él me sonrió y bajó la vista hasta

el paquete de galletas que todavía sostenía en la mano junto con las llaves.

—¿Puedo una?

Sorprendida por su despreocupación, alcé el paquete en su dirección.

La tomó y le dio un mordisco.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo hiciste para meterte en el auto?, la alarma estaba conectada. ¿Me seguiste? Creí que nos veríamos esta noche en mi casa.

Con calma terminó de masticar la galleta. Lo único que se escuchaba eran los truenos y la lluvia repiqueteando sobre el auto.

—Pasar por tu casa ya no es una buena opción.

—Gaspar quería hablarte.

Hizo una mueca cuyo significado no logró comprender.

—¿Viniste solo?

Negó con la cabeza.

—¿Podemos ponernos en marcha?

—¿Qué significa esto, Gabriel? Por qué tanto misterio.

—Pongámonos en marcha. No iremos solos, nos cuidarán las espaldas.

—¿Nos cuidarán las espaldas o me vigilarán a mí para que no te haga daño?

Desapareciste y cuando te llamé para pedirte que nos encontrásemos estuviste más

que críptico y ahora te apareces así.

—No se supone que debiera volver a verte.

Asimilé sus palabras. Por lo visto sí era la guerra, o como mínimo, las aguas volvían a dividirse otra vez acabada la tregua y unión que nos mantuvo a todos en el

mismo bando para enfrentar a los nefilim.

—Si se supone que no debieras volver a verme, qué haces aquí.

—¿Necesitas preguntármelo? —me dedicó una media sonrisa—. ¿No te advirtieron

que no volviesses a verme tú a mí? ¿Tu padre... los demás?

Por “los demás” comprendí que claramente se refería a Vicente.

—Gaspar quiere intentar pararle los pies a mi padre si es que está detrás de todo esto. Estamos en el mismo bando, Gabriel.

—No, no lo estamos. Al menos no técnicamente, no a los ojos de los demás.

—No es justo.

—Pon en marcha el auto. Tenemos que movernos de aquí; podría comenzar a resultar sospechoso.

—¿Para quién?

—Es por precaución.

—¿Hacia dónde conduzco?

—Sal del estacionamiento, ya te indicaré.

—No creo que sea momento para juegos, Gabriel.

—No es un juego, es muy serio. Por favor, arranca.

Resoplé y de mal modo le pasé el paquete de galletitas. Me puse mi cinturón de seguridad y él el suyo.

Tal como me lo pidió, nos pusimos en marcha. Si alguien nos seguía, no era de cerca.

—¿Me contarás qué es lo que sucede o tendré que adivinarlo? ¿Tiene mi padre

que

ver con lo sucedido en esa iglesia del sur de Italia?

—No tenemos la certeza de que así sea.

—¿Y qué hay de lo sucedido en el Starbucks? ¿Qué significó aquello?
Obviamente

ustedes tienen sus sospechas, de otro modo no te habrían recomendado que no volviesses a verme; ¿o sí? Lo que dijo la chica...

—No lo dijo ella, lo dijo ese demonio.

—Sí, bueno, lo que dijo el demonio. Dijo que no le temían a tu padre, que mi padre

volvería y que ellos lo acompañarían.

—Eso —soltó en un suspiro.

—¿Eso?

El limpia parabrisas no llegaba a quitar la catarata de agua que corría al otro lado

del cristal.

—¿Traerá el Infierno a la Tierra o algo así?

—Sí, puede decirse que eso es lo probablemente planea.

Esta conversación no me llevaba a ninguna parte, la calle estaba prácticamente vacía

de modo que sin previo aviso, me dispuse a estacionar. Puse las balizas y frené, y al mirar por el espejo retrovisor vi la Land Rover verde que me había seguido tiempo

atrás de la casa de campo de Vicente hasta aquel punto en el que me encontré con Gabriel parado en medio de la ruta. Quien conducía aquel vehículo por aquel entonces era Ami. Tragué en seco a su recuerdo y una vez más deseé poder volver

el tiempo atrás.

—¿Qué haces?! ¡No, no te detengas!

Hice caso omiso de sus palabras y estacioné. La camioneta se detuvo justo detrás nuestro.

—¡Déjate de vueltas! ¿Esto es la puta guerra sí o no? ¡Se claro! —mi temperatura se

fue al demonio—. ¡Habla! ¿Qué es lo que sucede?

Gabriel asintió con un parpadeo.

—Es probable.

—¿Y qué implica eso? ¿Pretende acabar con la humanidad, con ustedes, con todo?

Lo del apocalipsis siempre sonó demasiado ridículo para mí.

—No sé qué es exactamente lo motiva, cuál es su fin. Quizá quiera apoderarse de la

Tierra, quizá quiera acabar con todo, también podría ser algo que hace para divertirse o por venganza o por todas esas razones a la vez. Quiénes lo siguen o quiénes están involucrados en esto... no tengo la menor idea. Lo que sí sé es que no

teníamos registro de que ninguna entidad hubiese ingresado en una iglesia antes.

Ustedes si pueden... bueno, muchos todavía creen que no pueden pero ellos jamás,

no lo resisten, mejor dicho, no lo resistían.

Colgada del volante solté un jadeo.

—Te dije que iría a tu casa solamente para dejarte tranquila. Planeaba verte antes de eso y a solas. Pensé que no saldrías nunca de tu casa.

—Por poco y no salgo, me quieren allí adentro de por vida, creo.

—Imagino que solamente pretende protegerte.

Los dos sabíamos que nos referíamos a los deseos de Vicente.

—Nadie más que los que me siguen saben de esto.

Alcé la vista hacia la camioneta verde por el espejo retrovisor. Tenía los faros encendidos. Distinguí dos figuras pero no los reconocí.

—¿Quiénes son? ¿Está Cesar?, me gustaría hablar con él.

—Cesar no tiene nada en tu contra, ustedes son amigos, pero dadas las

circunstancias tenemos que tomar medidas para proteger la integridad de los integrantes de La Orden.

—¿Desconfían de mí?

—Es para prevenir.

—Desconfían de mí.

—Ellos tienen sus métodos, podrían obligarte, coaccionar sobre ti para hacer cosas

que no quieres.

—Nadie me está obligando a nada y no tengo ni idea de cuales sean los planes de mi

padre. Lo que trama se lo tiene muy bien guardado. Lo único que me dijo es que no

permitiría que me sucediese nada ni a mí ni a Emilia pero eso no me alcanza. Me

siento responsable por lo que haga él, por lo que hagan los demás, son parte de lo

que soy y no quiero eso, no quiero ser identificada como el tipo de individuo que...

—callé al instante al comprender el significado de lo que decía, jamás siquiera lo había pensado, sin embargo allí estaba lo que me molestaba. Yo era parte de ese grupo y en realidad no me gustaba lo que eran, lo que hacían, prefería que todos fuesen como los Salleses, o al menos que no fuesen tan despiadados, soberbios, rencorosos y manipuladores—. Necesito hacer algo, ayudar... me rehusó a

quedarme de brazos cruzados.

—No puedes involucrarte de modo alguno. Piensa en tu hija. Tienes que permitir que nosotros nos hagamos cargo de esto.

—¿Y qué si hacerse cargo de esto también implica hacerse cargo de mí, de mi hija?

—mi garganta se cerró—. La hija de dos demonios... uno de ellos lleva sangre del

arcángel Miguel en sus venas.

—Por eso estoy aquí.

—¿Por eso qué, a qué te refieres?

—Por Emilia.

—No te entiendo.

—Espera aquí un segundo —comenzó a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Dónde vas?

—Hubiese sido mejor hacer esto donde tenía planeado hacerlo.

—¿Hacer qué? ¡Gabriel! ¡Gabriel a dónde vas! —le grité cuando abrió la puerta para bajarse.

A toda velocidad desabroche mi cinturón de seguridad y lo seguí. Gabriel caminaba

hacia la camioneta.

La maldita lluvia no paraba de caer y mis zapatos resbalaban sobre los adoquines mojados.

—¿Qué significa todo esto? ¿Quiénes están ahí? ¡Gabriel! —caía tanta agua del cielo que apenas si lograba mantener los ojos abiertos. Cinco pasos y ya estaba que

chorreaba agua—. ¡Mierda, Gabriel!

Los faros de la camioneta se apagaron. Pese a que ya no tenía la luz de frente que

me encandilaba, no logré ver a las personas que iban dentro de la camioneta.

Únicamente me pareció que una de ellas era muy corpulenta.

Gabriel se dirigió hacia el lado del acompañante y golpeó con los nudillos el cristal.

—Boni, baja por favor.

La lluvia caía con furia sobre nuestras cabezas mientras nada más sucedía. Gabriel

se quedó plantado frente a la puerta.

—Vamos, Boni, baja ya, todo está bien.

—Dijiste que lo haríamos en la iglesia —le contestó una voz femenina desde adentro del vehículo.

—Iremos luego, lo prometo. Ahora baja, quiero que te conozca. Esto es muy difícil

de explicar si tú no estás aquí.

—¿Difícil de explicar? ¡Es un demonio!

Eso último sonó a insulto.

Me pareció notar que quién iba al volante se removía inquieto.

—Lo sé... —se volvió y me lanzó una mirada—. Ella no es como los demás, Boni.

Verás que tengo razón en cuanto la conozcas; además, tiene sangre de Miguel en sus

venas.

—Su padre solía ser uno de los nuestros y míralo ahora.

—Por todos los cielos, Boni —soltó Gabriel perdiendo la paciencia, lo cual no era

algo nada común en él—. Sal ya, es tu deber. No puedes negarte. Sal de una vez.

Nada te sucederá, yo estoy aquí. Lo prometo, será solamente un momento y luego

todo seguirá de acuerdo a como lo planeamos.

Nadie salió de la camioneta y mi nivel de ansiedad comenzaba a causar efecto en las

puntas de mis dedos. Sentía que allí, el agua que me corría desde el largo de mis brazos se transformaba en vapor. Me dio miedo bajar la vista para comprobar si así

era, además no quería perder de vista la camioneta; nada de esto me gustaba.

—Boni... no puedes anteponer tus temores y deseos a la Divina Providencia.

Di un respingo.

—¿Qué?! ¿Qué significa eso, Gabriel? ¿Obligas a esa persona a no sé qué por...

Divina providencia? ¿Qué es todo esto?

—Es su deber—. Me contestó poniendo ambas manos sobre la manija.

Me abalancé sobre él.

—No tengo ni la menor idea de qué es lo que pretendes pero sí se una cosa, no puedes obligar a nadie a hacer nada. No sé quién esté allí dentro, lo que sí sé es que si no quiere salir...

—No es su decisión, Eliza. Es una cuestión que la sobrepasa a ella, a mí y a ti. Su

labor es ayudar, socorrer... para eso existe.

Mi cerebro intentó poner todas sus palabras en una idea; no llegué a nada en concreto.

Gabriel tironeó de la puerta, las bisagras crujieron como si quién se encontraba dentro, estuviese haciendo algo para evitar que la puerta fuese abierta.

Aquí afuera olía a tierra mojada, a lluvia e incluso a piedra fría; no eran

aromas del todo amables o felices, sin embargo cuando aquella puerta fue abierta, una inyección de regocijo y felicidad se apoderó de mi corazón. Olía a jazmín y a rosas, a paz. Se me puso la piel de gallina cuando percibí otro aroma. Con pocos seres había tenido yo contacto en mi vida, mas eso no evito que reconociese aquella

nota cremosa y delicada, esa esencia capaz de relajar todos los músculos y formarte

una gran sonrisa en el rostro.

Por debajo de la puerta apareció una pierna enfundada en jeans azules. Iba de zapatillas, unas Converse rosa que al instante me provocaron incomodidad por los

zapatos que llevaba.

La figura terminó de incorporarse mientras Gabriel retrocedía para cederle espacio.

Lo primero que noté fue lo menuda que era, lo siguiente, su largo y hondeado cabello castaño.

Mi mirada se unió a la suya, una dueña de unos hermosísimos y límpidos ojos de un

color entre gris, celeste y verde que irradiaba algo fuera de este mundo.

Un ángel.

No necesite ver sus alas, las sensaciones que provocaba en mí me confirmaron su

naturaleza antes de que lo hiciese mi sentido de la vista.

Como todos ellos, tenía aspecto de una juventud de edad imposible de definir.

A su

rostro les faltaban arrugas o marcas de expresión; a sus miradas le sobraba sabiduría.

Dueña de un rostro en forma de corazón con mejillas sonrosadas y unos labios que

sin duda, en condiciones propicias articularían una sonrisa espléndida, Boni (como

la llamó Gabriel) se volvió en mi dirección.

—Boni te presento a Eliza, Eliza, esta es Boni.

El “hola” que pretendía entonar se quedó perdido a medio camino de mi garganta.

Emilia se removió dentro de mí de un modo en que nunca antes lo hiciera. Se sintió

extraño y me dio miedo. No resistiría si a mi hija le sucediese algo malo. Emilia volvió a moverse. El temor a perderla me llevó a rodear mi vientre con mis brazos.

—¿Estás bien?

—Debería regresar a casa—. Me sentía culpable y muy estúpida por arriesgar a mi

hija de este modo. No me lo perdonaría jamás. Vicente tenía razón, no debí salir de

casa, no debí...

—No tienes nada malo. Ella está bien —entonó Boni—. Es emoción... felicidad.

—¿Qué sabes tú? —hice el amago de continuar retrocediendo hasta mi automóvil.

Gabriel me detuvo.

—Ella lo sabe mejor que nadie.

—Soy su madre, yo lo sé mejor que nadie. Algo no anda bien. No debí... —
me interrumpí puesto que la joven mujer comenzó a avanzar en mi dirección;
Gabriel

la siguió un par de pasos por detrás—. ¿De qué se trata todo esto?

Boni se detuvo frente a mis pies y extendió —sin previo aviso— su mano
hacia mi

vientre. Hubo un momento de duda y luego su mano, se posó sobre mi fino
suéter

para presionar levemente. Aquella conexión me recordó a esa extraña
sensación que

me provocaba Gabriel al tocarme.

Unas luminosas alas color marfil aparecieron por detrás del suéter blanco de
la joven. Las alas se desplegaron conformando un maravilloso espectáculo
celestial.

Gabriel, con una enorme sonrisa en el rostro, se paró a mi derecha.

Emilia se removió suavemente y a mí me invadió una sensación de placidez y
seguridad que nunca antes experimenté.

—¿Por qué esta ella aquí, Gabriel? —le pregunté mientras Boni movía con
dulzura,

sus dos manos sobre mi vientre. Me sentía paralizada; no de un modo
traumático, más bien como si estuviese flotando o cómodamente recostada
sobre una pila de muy mullidos almohadones.

—Bueno, es que ella... —se rascó la punta de la nariz y me sonrió.

—¿Ella qué?

Mis ojos detectaron algo extraño.

La lluvia ya no nos tocaba, y no porque hubiese dejado de caer sino porque algo la

retenía justo sobre nuestras cabezas. El agua acumulada se deslizaba a nuestro alrededor como sobre una burbuja de cristal en largos y delicados ríos.

—Supongo que a esta altura hay muy poco que pueda sorprenderte.

—¿Entonces por qué presiento que esto me sorprenderá?

Gabriel se tomó un par de segundos antes de hablar y entonces lo soltó.

—Boni es el ángel de la guarda de Emilia. Está aquí para protegerla hoy... hoy y siempre.

Las rodillas se me aflojaron, no iba a caerme, de cualquier modo Gabriel me atajó.

¿Un ángel de la guarda, el ángel de la guarda de mi hija?

De pronto aquel versito que alguna vez, mi madre me hizo repetir, cobraba sentido,

uno completamente distinto, más corpóreo, real e incluso todavía mucho más fantástico.

—Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

Las horas que pasan, las horas del día, si tú estás conmigo serán de alegría. No me

dejes solo, sé en todo mi guía; sin Ti soy chiquito y me perdería. Ven siempre a mi

lado, tu mano en la mía. ¡Ángel de la guarda, dulce compañía! Bendita la luz del día

y el Señor que nos la envía.

¡Bendito el Niño Jesús, bendita Santa María! Con Dios me acuesto, con Dios me levanto,

con la Virgen María y el Espíritu Santo. Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos

guardan mi alma. Todos le llevan al niño, yo también le llevaré, una jarra de manteca y un tazón de dulce miel. Todos le llevan al niño, yo también le llevaré, las cosas que a mí me gustan para que goce Emmanuel. Me ha contado Jesusito: viene

para que yo sea un angelito en el cielo y su amigo aquí en la Tierra. Yo le he dicho a Jesusito que yo seré aquí en la Tierra su amiguito para siempre y que en el Cielo le

vea. Jesusito de mi vida, eres niño como yo, mira cuanto que te quiero que te doy

mi corazón. ¡Tómalo! ¡Tómalo!

Tuyo es, y mío no—. Cómo hice para recordar todo aquello, no tengo ni la menor

idea.

Boni quitó las manos de mi vientre. Reía. La lluvia volvió a impactar sobre nuestros

cuerpos.

—Llevaba un siglo sin escuchar aquello. Es raro, sobre todos por estos días, que alguien recuerde la oración completa.

—Mi mamá me la dijo alguna vez—. Necesitaba que de una buena bofetada

para terminar de asimilar la realidad de la situación—. ¿El ángel de la guarda de mi hija?

¿Desde cuándo? —me volví hacia Gabriel—. ¿Puede tener un ángel de la guarda?

¿Todos los tenemos? ¿Qué paso...? —Las preguntas se agolpaban en mi cabeza—.

¿Tuve uno? ¿Qué paso con él? ¿Lo tengo? Esto es una condenada locura. Por favor

Gabriel, di algo, lo que sea, estoy más que perdida aquí.

—Mejor regresamos al automóvil. Chorreas agua y este no es el mejor lugar para

dar explicaciones.

—Necesito explicaciones. Todavía no puedo creer lo que sucede. ¿Todo el mundo

tiene ángeles de la guarda? ¿Cómo es que nunca vi uno?

—Boni, regresa a la camioneta, seguiremos adelante con el plan.

—Claro—. Dio media vuelta y se echó a correr hacia la Land Rover.

Yo en cambio, no lograba moverme de mi sitio.

La puerta de la camioneta se cerró y los faros volvieron a encenderse.

Sentí su mano aproximándose a mí, la calidez de su cuerpo era muy difícil de ignorar.

—Vamos.

Su mano rodeó la mía. En cuanto hicimos contacto sus alas se desplegaron, tan bellas y maravillosas cuanto siempre.

Me guió hasta el auto. Abrió la puerta del acompañante para mí y me ayudó a subir.

Lo vi correr por delante de mi vehículo. Su cuerpo se reflejó en las gotas de agua

sobre la pintura blanca, con los faros dándole entre las pantorrillas y las rodillas.

Antes de subir, se sacudió algo de agua, yo en cambio chorreaba sobre el asiento de

cuero.

Al sentarse a mi lado, me dedicó una sonrisa.

—¿La calefacción?

De un manotazo la encendí.

—¿No tienes frío?

—Tengo muchas preguntas, eso es lo que tengo.

—Imagino que así es.

—Nunca me contaste nada de esto.

—No puedo contártelo todo, no si no es estrictamente necesario. Me estoy saltando

unas cuantas reglas aquí.

—¿No te traerá problemas?

Una risa queda permaneció al otro lado de sus labios sellados, los cuales dibujaban

una sonrisa algo triste.

—Si tengo problemas será por otros motivos.

—Eso no suena bien. No deberías hacer estas cosas, no deberías estar aquí...
Yo no

debería permitirte estar aquí.

—¿No que querías ayuda para parar a tu padre?

—No tomo real consciencia de las consecuencias de mis deseos. Tengo serios problemas con eso. Parece que tuviese alguna muy seria deficiencia a la hora de meditar sobre lo que conllevan mis decisiones y actitudes.

—No hay maldad en tus formas. Haces lo que consideras mejor.

—Y no paro de errar.

Gabriel parpadeó lentamente y me sonrió.

—Abróchate el cinturón, ya nos demoramos demasiado.

Hice lo que me pidió y entonces puso el automóvil en marcha.

Fui más que como un acompañante, como un muñeco de trapo tirado sobre el asiento.

Todavía no me reponía de la sorpresa.

...

La camioneta nos rebasó para estacionarse frente a una modesta parroquia de apariencia abandonada. La lluvia arrancaba trozos de la pintura blanca del frente del edificio. En la veredas yacían cascaras de todos los tamaños, sobre las viejas baldosas y flotando en los charcos.

Gabriel estacionó justo detrás de ellos y apagó el motor.

Alcé la vista. Parroquia San Benito —leí en las letras de acero empotradas sobre el

arco de la puerta de madera cerrada.

—¿Qué haremos aquí?

—El plan era presentártela aquí, te explicaré todo lo demás allí dentro, ahora que ya sabes quién es.

—¿De verdad es el ángel de la guarda de mi hija?

—Sí.

—¿Todo el mundo tiene uno? No creí que eso fuese verdad.

—Lo es.

—¿Tengo uno... lo tuve? Me imagino que no debió agradarle mi decisión.
¿Por qué

no hizo nada...? ¿Le competía protegerme? —miré hacia el frente
recostándome

otra vez contra el asiento—. No puedo creer que esta conversación sea real.

—Te protegió lo mejor que pudo. Ellos no pueden evitarte todo lo malo ni
tomar

decisiones por ti.

—¿Me equivoco al decir que ya no está conmigo?

Negó con la cabeza.

—¿Lo viste, lo conoces?

Gabriel me sonrió.

—Lo que debe pensar de mí. Supongo que cómo mínimo debe creer que soy
una causa perdida, que desperdició su tiempo conmigo.

—Más bien ha de pensar que falló en algo, que debía hacer más.

—Perfecto, eso me hace sentir todavía peor—. Creí que la butaca de mi automóvil

me devoraría; quería que lo hiciese. No quería arrepentirme de mi decisión, no me

arrepentía de mi decisión, sin embargo muchas de las consecuencias de mi elección

me pesaban y mucho—. Si lo ves, dile que lo lamento y que le agradezco por todo

lo que hizo por mí.

La sonrisa de Gabriel se ensanchó todavía más.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada, no te preocupes, él está bien.

—¿Por qué me siento tan mal entonces?

—No tienes que sentirte mal.

—Me siento sola —admití en voz alta.

—No estás sola, tienes a tu esposo, tendrás a Emilia, me tienes a mí.

Lo miré a los ojos.

—Perdón, en verdad lo siento mucho.

—¿Por qué te disculpas?

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Por todo. Por lo que pasó contigo, por Ami, por lo que le hice a mi esposo,

por

la muerte de mi madre, por desatar la locura de mi padre... Por existir.

Las manos de Gabriel volaron directamente hacia mi cuello. Giró mi cabeza para obligarme a que lo viese a la cara.

—Nunca más repitas eso último. ¿Entendido? Toda vida es creación divina, tú lo eres.

Mis ojos estallaron en lágrimas, ya no lograba resistirlo.

—Maté a Ami. Maté a mi amigo. No puedo reparar eso y me duele. Los demás todavía están aquí, a ellos puedo intentar compensarle mis errores pero a él no —.

Como él todavía sostenía mi empapado rostro, desvié únicamente los ojos en dirección a la camioneta—. Era su camioneta —parpadeé y un mar de lágrimas se

despeñó por mis mejillas—. Su recuerdo es un dolor constante en mi pecho, una vergüenza imborrable.

—¿Lo harías otra vez?

—¿Qué cosa? ¿Matar? ¡Por Dios, Gabriel, qué clase de pregunta es esa! ¡Por supuesto que no! Daría mi vida por la suya. El problema es que como en ese entonces, me da pánico no poder contenerme otra vez.

—No volverá a sucederte. Ya no perderás el control.

—No apostaría tanto a eso. Ni siquiera soy plenamente consciente de todo lo que soy capaz de hacer y eso es aterrador. Temo perderme a mí misma, en esto.

—No sucederá. Yo confío en ti, apuesto todo a ti, eso no sucederá.

Sus manos barrieron mis lágrimas y luego depositó un delicado beso sobre mi mejilla izquierda. El contacto de sus labios contra mi piel trajo de regreso

innumerable cantidad de recuerdos.

Me soltó.

—Bajemos. Dentro es más confortable y caliente que aquí y tú estás empapada.

Le eché un vistazo a la parroquia.

—Tiene apariencia de lugar abandonado.

—A los ojos de los hombres, quizá. Comprenderás a que me refiero cuando entremos.

No me preocupó que la lluvia cayese otra vez sobre mí.

Gabriel apuntó en dirección a la puerta de madera y sacó unas llaves de su bolsillo.

El ángel de la guarda de mi hija y quien conducía la camioneta, no bajaban.

Apunté con la cabeza en dirección al vehículo verde.

—¿No vendrán con nosotros?

—En un momento.

Resultó ser que la puerta era corrediza. Gabriel la apartó lo suficiente para hacernos espacio para entrar.

—¿Está abandonada? Me refiero a que si ya no se usa como iglesia.

—No en el sentido más ortodoxo de la palabra. No, aquí no entran feligreses, es una

iglesia de la orden. Para el resto del mundo, está cerrada.

—¿Y por qué vinimos aquí?

—Es un lugar seguro y se usa poco, no corremos riesgo de que nadie nos vea. Pasa.

Adentro estaba muy oscuro, divisé unos pocos bancos. Santos contra las paredes, el

altar. Un confesionario.

En cuanto puse un pie dentro comprendí a qué se refería Gabriel cuando dijo que este lugar estaba abandonado únicamente en apariencia. La presencia de algo inexplicable era tan palpable como de pronto zambullirse en una piscina de agua tibia. Únicamente se me ocurrió describir aquello como santidad, como si me rodeasen cientos de Bonis y Gabrieles. Este lugar era una gran burbuja de humildad

y ternura que engendraba luz en mi interior.

Gabriel entró, cerró la puerta y se alejó un par de pasos. Mis ojos se acostumbraron

todavía un poco más a la oscuridad y por eso lo vi abrir la tapa de una caja de llaves de electricidad. Movía un par de palancas y se hizo la luz.

El templo era en extremo sencillo: paredes blancas, bancos de madera oscura, piso

de piedra. El único detalle realmente remarcable fue el que detecté a un par de centímetros de donde me encontraba parada, en el piso. Era un hilo de bronce dibujando sobre la piedra un círculo; en el centro de éste, una cruz, en cada ángulo

de ésta, una letra: C, S, P y B. Más letras completaban toda la circunferencia del círculo.

—¿Qué es esto?

Antes de responder, Gabriel caminó hasta mí.

—Es la medalla de San Benito. Todas nuestras iglesias la tienen en la entrada.

Es una forma de protección.

—¿Protección contra qué?

—¿No lo adivinas?

Lo adiviné, contra nosotros.

—Creo que no surte mucho efecto. Qué significan todas esas letras.

—C.S.S.M.L. *Crux Sancta sit mihi lux*. La santa cruz sea mi luz. N.D.S.M.D. *Non draco sit mihi dux*. Dragón no seas mi guía. V.R.S. *Vade retro Satana*. Retírate, Satanás. N.S.M.V. *Numquam saude mihi vana*. No me aconsejes vanidades. S.M.Q.L.

Sunt mala quae libas. Son las cosas malas que tú brindas. I.V.B. *Ipse venena bibas*.

Bébetelo tú, esos venenos.

—Bien, comprendido. A San Benito no le agradábamos. ¿Debería repelerme?

—Simplemente no es cien por cien por ciento efectivo, además por tus venas corre

sangre de Miguel. Es igual que con el agua, no todos ustedes le tienen pavor.

—Entiendo.

—Ven, entremos.

Gabriel comenzó a avanzar por delante de mí. Mojó sus dedos en el agua bendita, se

inclinó y se persignó.

— *Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

Hice el amago de estirar los dedos hacia el agua bendita. Me quede en mi sitio. Temí

que mi actitud resultase ofensiva. De pequeña había entrado en iglesias sin que eso

me incomodase de modo alguno; fui bautizada, tomé la comunión y asistí a bodas

—incluida la mía—. Pero hoy por hoy, incluso santiguarme, me parecía un insulto,

una falta de respeto. Algo que no me merecía.

—Eres bienvenida aquí.

—¿En verdad? —continuamos avanzando por la nave central—. ¿Por qué exactamente eligieron este lugar?

—Me gusta. Además por mucho tiempo, fue mi hogar. Viví aquí muchos años. El edificio fue remodelado con el tiempo; la estructura inicial y sus cimientos conservaron la esencia—. Se detuvo—. Ahora sabes que los ángeles de la guarda son reales y que este solía ser mi hogar.

—¿Algo más que deba saber? Imagino que no vinimos aquí por turismo y juraría

que te guardas algo muy grande.

—Puedo ofrecerte una toalla, algo caliente de beber.

—No me resfriaré, despreocúpate.

—Me preocupa tu bienestar y el de tu hija, a eso se debe la presencia de Boni.

Usualmente nadie ve a su ángel de la guarda. En ocasiones sientes una presencia...

nada más.

Esperé. Sabía que faltaba algo.

—Le pedí que fuese contigo a tu casa, que no se separe de ti. Cuidará de tu hija de

ahora en más.

—¿Enviarás a un ángel a mi casa? ¿Ella acepta eso? No me pareció muy feliz de conocerme.

—Nunca antes tuvo contacto directo con demonios.

—¿Cómo justificaré su presencia?

—Con la verdad. La Divina providencia puso a Boni en el camino de tu hija.

Absolutamente nadie en este mundo tiene potestad de cambiar eso, salvo ella misma,

cuando...

—Cuando a mi hija le toque el turno de elegir, si es que ella tiene opción de elegir.

—Al menos hasta que nazca, Eliza. Luego no sé. No puedo asegurarte nada más.

—Tenemos la misma duda... ¿qué será ella? ¿Humana, ángel, demonio? ¿Una mezcla de las tres naturalezas?

—No tengo ni la menor idea —inspiró hondo—. Boni cuidará de tu hija con su vida.

—Me alega saber que al menos por el momento, con respecto a ella es una tregua.

—Al menos por el momento.

—¿Seguro que querrá venir conmigo a una casa en la que habitan tres demonios?

—El deber es primero para ella, igual que para el resto de nosotros —me sonrió—.

O al menos así debería ser.

—Bien... está bien. Me sentará bien algo de ayuda, es un alivio saber que no estoy

sola. Imagino que nadie más debe saber de esto.

—Nadie.

—¿Y qué si mi padre se aparece por casa?

—Boni está al tanto de la posibilidad.

—¿Podría lastimarla mi padre si se enfrentasen?

—Podría intentarlo, Boni se defenderá. De cualquier modo dudo que tu padre intente nada. Puede que se sienta ofendido pero es inteligente, no rechazará la protección. Tu misma dijiste que aseguró que no permitiría que nada le sucediese a

ninguna de las dos.

Asentí con la cabeza.

—Acordado entonces.

—Hay algo más —sacó un celular de los bolsillos de sus pantalones de jean —. Tú

también necesitas protección y yo no podré estar allí de modo que... —marcó un par de números—. Ven —le dijo a quién se encontraba al otro lado de la

línea, supuse que sería Boni—. Trajiste un ángel para mí. Creí que mi ángel de la guarda

se había retirado.

—Te conseguí uno nuevo, pero él no vivirá en tu casa, no al menos a tiempo completo. Sin embargo estará allí para ti en todo momento.

—Esto se pone cada vez más extraño.

—El mundo está repleto de misterios.

—Ni que lo digas.

—De cosas que no se pueden explicar, que siquiera deben intentar ser explicadas.

—¿Milagros?

—Sí, más o menos. Sé que te sorprenderá y que por un momento me odiarás.

—¿Odiarte?

—Fue él quien se ofreció. Fue un ser humano excepcional, su lealtad no tenía límites, tampoco su compasión, mucho menos, su gran corazón.

Escuché la puerta abrirse, gire la cabeza.

Toda mi piel se erizó al instante.

Ver su cuerpo, su rostro, aflojó mis músculos y por poco y hace estallar mi corazón. Ami me sonrió. Caminaba hacia mí, seguido de Boni. Entre él y ella unas

alas grises de imponente envergadura. Balbucí su nombre y una ola de bilis trepó por mi garganta. Me mareé.

—Ami... Ami... —los ojos se me llenaron de lágrimas que al instante comencé a

llorar.

Su sonrisa se amplió todavía más.

— *Nideevot*.

Que continuase llamándome “dulzura” me hizo sentir como la cosa más horrenda

de este mundo.

Ya no podía parar de llorar.

—No queríamos ni podíamos perderlo. Perdón por no contarte la verdad antes.

—Ustedes celebraron un funeral.

—Son muy pocos los que saben que Ami no fue enterrado, y así debe ser. Para el

mundo, Ami murió.

—Ahora no envejeceré jamás —soltó riendo—. No vendrás a darme un abrazo.

Me abalancé sobre él.

—Perdón, perdón, perdón, perdón. No hay nada de lo que me arrepienta más que de

lo que te hice. Eras mi amigo—. Lo apreté entre mis brazos—. Lo siento. Ami, por

favor te lo ruego, perdóname. Lo siento, lo siento.

—Sí que te has puesto fuerte —sus brazos rodearon mi cintura brindándome un cariñoso apretón—. Y algo más rellena —sus manos acariciaron mi espalda—.

Felicitaciones. Espero que al menos, me nombres su padrino.

—Ami—. De tanto llorar lo estaba empapando—. Perdón, Ami. Perdón.

—Todo está bien. No hay rencores. Todavía eres mi *nideevot* y siempre lo serás. Ya no llores. Sé que no fue tu intensión, siempre lo supe y jamás sentí rencor.

Solamente deseaba poder decirte que me encontraba bien, mejor que nunca.

Supongo que habría reaccionado del mismo modo. En verdad, no te juzgo... no puedo juzgarte —tomándome por las muñecas me apartó de su cuerpo—. No esperaba aquello, en verdad me tomaste desprevenido. Al principio todo fue muy extraño, no entendía nada. Ahora estoy bien, mejor que nunca.

—No sé cómo mirarte a la cara Ami. Te ofreciste a cuidar de mí, ¿por qué?

—Porque te quiero, eres mi amiga y así funciona esta cosa de ser ángel. No puedes

pensar en otras cosas o de otro modo. Los viejos rencores ya no tienen lugar en mí.

Si hasta me cuesta enojarme. En verdad es de lo más extraño y ni te cuento de lo que

se siente tener alas. Todavía no me acostumbro a eso... bueno, a eso entre tantas otras cosas.

—Alguien pellízqueme; todavía no puedo creer que esto esté sucediendo —
entóné

mirando a Gabriel; esperaba encontrar una respuesta en él.

Ami se me acercó y me dio un suave pellizco sobre el dorso de la mano derecha.

—¿Con que una niña, eh? Eso es increíble. Boni cuidará muy bien de ella. Es

completamente capaz de patear traseros todavía más grandes que el mío.

Boni sonrió a medias.

—La idea es que los dos permanezcan la mayor parte del tiempo, lo más cerca de ti

que sea posible.

—Por el momento acamparé fuera de tu casa, por decirlo de algún modo.

—Pero Boni debe estar contigo. Es su labor —explicó Gabriel.

—Lo mío es extraoficial.

No comprendía cómo es que no estaba enojado conmigo, que aún le quedaban ganas de sonreírme. Ami había sido un soldado, eso lo preparaba para morir o es

que su adormecimiento frente a mi acto, se debía a que ahora era un ángel.

—Estaré en deuda contigo por el resto de la eternidad —le dije sonriendo mientras

que de mis ojos caían un par de lágrimas que al instante barrí de mi rostro.

—Estaremos a mano cuando me nombres su padrino.

Le sonreí, las palabras no me salían.

—Podrás contactar a Ami en cualquier momento del día a su celular y si necesitas

algo de mí, debes comunicárselo a él.

—¿No puedo volver a llamarte?

—Cortaremos el contacto por un tiempo. Todavía no sé cuánto será. Todos

deseamos que esto se aclare lo antes posible.

Vi por el rabillo del ojo, a Ami espiarme. Cuando se dio cuenta de que lo había visto me sonrió.

—Necesitamos detener esto, sea responsabilidad de mi padre o no. No quiero vivir

así, no quiero que mi hija viva así. Haré lo que sea necesario. Cuenten conmigo.

La sonrisa de Ami se amplió todavía más mientras que Boni se mantenía seria.

—Lo único de lo que debes preocuparte por el momento, es de mantener a salvo a

tu hija.

—Y de idear un modo de explicarle a mi esposo que tendremos al ángel de la guarda de nuestra hija, viviendo en casa.

—Agradece que no tendrás que darle explicaciones sobre mí —bromeó Ami.

Sacudí la cabeza y le sonreí.

—Prométeme que me permitirás ayudar.

Un gruñido se escapó por la nariz de Gabriel.

—Nos demoramos demasiado —soltó ignorando mis palabras—. Boni tiene un

bolso con sus cosas en nuestra camioneta. Deberíamos pasarlo a tu auto.

—¿Vendrá conmigo? —la miré, no tenía cara de felicidad.

—Sí. Nosotros las seguiremos. Ami y yo nos iremos antes de llegar a tu casa; no te

preocupes, el regresará para quedarse cerca.

7.

Parada en medio de dos mundos.

La noté tensarse a mi lado, en el momento en que atravesamos el portón de la propiedad y le pregunté si todo iba bien. Me contestó que sí, moviendo su cabeza de

arriba abajo. Boni no era muy locuaz sin embargo en este instante no lograba ocultar su incomodidad. Apenas si había accedido a cruzar unas pocas palabras conmigo, con las cuales no averigüé absolutamente nada sobre su persona o su trabajo. Tan solo me confesó que conocía a Gabriel desde hacía más tiempo del que

podía contar, que ayudó a Ami con su cambio y que llevaba poco tiempo en el país.

Eso fue todo.

Al detener mi automóvil junto a la puerta de la cocina, sus alas se desplegaron. Era

de lo más extraño ver aquellas alas expandirse hacia atrás dentro de la cabina del Audi. Si tres años atrás alguien me hubiese dicho que vería algo semejante, me habría reído en su cara.

Justo cuando él abrió la puerta, me pregunté por qué tardaba tanto en sentir la presencia de aquel ángel en nuestra propiedad.

Su mueca de incredulidad lo decía todo. De incredulidad y de decepción. Nadie se

encuentra ángeles perdidos y se los lleva a casa para intentar encontrar a sus dueños, además, si en cierto modo, este ángel tenía dueños, era mi hija.

Le pedí a Boni que me diese un momento y bajé. Ella objetó nada.

En cuanto abrí la puerta de mi auto, lo vi por encima del techo del vehículo.
Iba a

articular algo pero se arrepintió, quedándose boquiabierto viéndome.

—Sé que no querías que saliese de casa—. Cerré la puerta. Boni nos escucharía de

cualquier modo, sobre todo si nos poníamos a discutir.

—¿Eso te parece todo sobre lo que me debes una explicación? ¡¿Qué es esto?!

Fuera de quicio apunto en dirección al auto con las dos manos.

—Te lo explico en un momento, porque no me permites que primero la instale.

—¡¿Instalarla?!

Anežka asomó la cabeza por la puerta.

—Ahora no —le gritó Vicente de muy mal modo. Escucharlo gritar de aquel modo,

maltratar a Anežka así me enfureció, mi temperatura comenzó a subir.

—No le hables así—. Para cuando solté esto, Anežka ya se había metido adentro otra vez.

—¡Trajiste un ángel a casa! ¡¿Qué mierda, Eliza?! ¿Qué demonios haces?
¿Quién es

ella?

—Su nombre es Boni.

—No me interesa conocer su nombre, quiero saber por qué está aquí y por qué apareces con ella cuando acordamos que no saldrías de la casa.

La puerta del auto se abrió y Boni bajó.

—Soy el ángel de la guarda de tu hija y siquiera tú tienes derecho a prohibirme estar aquí.

La sorpresa impactó sobre el perfecto rostro de Vicente. Sus ojos se quedaron moviéndose sin saber a dónde mirar.

—Está aquí para cuidar de Emilia. Gabriel me interceptó cuando fui al supermercado.

—No entiendo por qué me extraña tanto que él tenga algo que ver en esto. Tú no quieres apartarlo de tu vida.

—Es cierto, no quiero apartarlo de mi vida porque es mi amigo, nada más. No tiene

que ver con eso, Vicente. Necesitamos ayuda para detener a mi padre.

—¿Acaso no te detuviste a pensar en eso ni por un segundo? ¿Detener a tu padre, dices? ¿No pensaste en lo que podría suceder si realmente lo detienen?

—¿A qué te refieres?

—Por él somos lo que somos. Sí él pierde es probable que nosotros también, podría

llevarnos a la extinción. ¿Realmente quieres morir, que tu hija muera, que todo se

acabe?

No había pensado en eso.

Boni guardó silencio.

—No, obviamente no pensaste en ello —jadeó—. Lamento que no termines de admitir quién eres ahora y en qué mundo vives. Sé que tienes sangre de ellos pero a

ellos no les importará cuando todo acabe. No eres una de ellos a sus ojos, eres una

de los nuestros. Estás manchada y eso nunca cambiará. Que sigas peleando por ellos

comienza a sentirse como un desprecio hacia mí.

—Eso no es así.

—Prefieres que ellos te protejan a permitirme a mí protegerte.

—No puedes ver todo blanco y negro.

—Esta es una situación de blanco y negro. No importa cuánto te emperres por imponer tonos de gris. Esa nunca será la realidad.

—Es el ángel de la guarda de tu hija.

—Soy su padre y no me permites cuidar de ella y solamente la pones en peligro.

Ellos son extraños... los prefieres a ellos antes que a mí —meneó la cabeza —. Haz

lo que creas conveniente —me soltó. Vicente se metió en la casa sin darme tiempo a

replicar.

Logré reaccionar cuando Anežka volvió a aparecer por la puerta.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Eso fue para mí. Bajó los escalones—. Hola —le dijo a Boni—, soy Anežka, aprendiz de Eliza. ¿En verdad eres el ángel de la guarda

de Emilia? —la enorme y radiante sonrisa de Anežka no condecía con la situación

— Esto es increíble. Ustedes en verdad existen. Mi madre me contaba que todos teníamos ángeles cuidándonos. De pequeña le creía y luego dejé de creer. ¡Wowww!

Es increíble. ¿Así que te quedarás con nosotros?

Boni asintió con la cabeza.

—Sus cosas están en el baúl. ¿La ayudas a instalarse?

—Claro, no te preocupes.

Le dije a Boni que en un momento regresaba y salí corriendo en busca de Vicente.

Ni bien puse un pie dentro de la cocina, lo llamé con un grito al que él no contestó.

Salí al corredor y volví a llamarlo.

Escuché sus pasos ascender por la escalera.

—Vicente. No seas irracional, es por el bien de nuestra hija.

Asomó la cabeza por la escalera.

—¿Irracional? Te amo, Eliza, solamente Dios sabe cuánto. Podrías hacerme el favor de abrir los ojos.

—Entiendo tu punto pero exageras —le dije siguiéndolo escaleras arriba ya que no

se detenía.

—No digo que debamos juntarnos con las Doce Sillas, tampoco te pido que sigas los pasos de tu padre, simplemente te digo que no intentes incentivarlos a destruirnos porque llegada la hora, no harán diferencias —continuó diciendo sin detenerse.

Llegué al piso de nuestro cuarto y me lo encontré parado. La bella lámpara que una

vez había colgado en la casa de sus padres, lo bañaba con su luz.

—No puedo quedarme de brazos cruzados —me tomé el vientre, me sentía un poco

cansada y sin resuello. No dijo nada—. No puedo. Gabriel mintió, sabría que no vendría esta noche a encontrarse conmigo y con Gaspar. La Orden no quiere saber

nada de nosotros. Desconfían. Quieren tomar distancia hasta que las cosas se aclaren.

—Y aún así tú quieres trabajar con ellos.

—Preferiría no tener que hacer nada, solamente tenerlos de amigos, es todo. No escogí lo que sucede.

—Tampoco yo, pero quien niega la situación aquí, eres tú.

Tomé coraje y solté la verdad.

—No quiero que piensen que soy como los demás. No soy como los demás.

—Eso quedó claro. Tampoco eres como yo.

Tomé su mano y si bien no hizo el ademán de apartarla, tampoco estaba allí conmigo del todo.

—¿Te arrepientes? —me preguntó—. De habernos elegido.

—No. Sin embargo no me agrada lo que sucede.

—Te lo ruego. Por una vez, mantente alejada.

—No me pidas eso.

—No es tu responsabilidad. Tu responsabilidad, al igual que la mía, está aquí
—su

otra mano se posó sobre mi vientre—. El ángel puede quedarse en tanto y en cuanto

no sea un problema. Si noto algo extraño en ella, si se inmiscuye demasiado en nuestras vidas, si creo que trabaja para ellos espiándonos, la sacaré de aquí sin pensarlo dos veces. Esta es mi familia y la defenderé con uñas y dientes, siendo lo

que soy, te guste a ti o no.

—Y qué tal si mi padre acaba metiéndome en lo que sea que esté sucediendo.

—Siquiera sabemos qué es lo que sucede y hasta qué punto él es responsable.

—Pero sí lo es... qué haremos entonces.

Se quedó viéndome por un momento con sus ojos grises fijos en mí.

—Sí así es, yo mismo me haré cargo de detenerlo; tú te quedas al margen. No pienso arriesgarte a ti y a nuestra hija.

—No pienso...

—Te quedas al margen —repitió—. Las amo demasiado a ambas. No permitiré que

nada malo les suceda.

La mano que tenía sujeta en la mía, corrió hacia arriba por mi brazo.

—Te llamé a tu celular infinidad de veces —me susurró.

—Me quedé sin baterías en el celular.

—Por poco y me matas del susto. No vuelvas a hacerme nada semejante—. La mano

que estaba posada sobre mi vientre, rodó por mi cintura hasta la parte baja de mi espalda. Vicente apoyó su frente sobre la mía.

—¿Por qué tuviste que enamorarte de mí?

—Porque eres una parte de mí.

Nuestras voces seguramente resultarían apenas audibles para el oído humano.

—La parte oscura.

—La parte más vibrante, la más enérgica, la que me movió a hacer cosas que jamás

creí me atrevería a hacer, la que me dio coraje, la que le otorgó un sentido a mi vida. La que me despertó del letargo.

—La que te dejó parada en medio de dos mundos.

—Eso no lo hiciste tú, fue responsabilidad de mi padre y mi madre. Imagino que ambos, sabían lo que hacían, al menos, hasta cierto punto.

—No quiero volver a pelear contigo. Me agota ese constante miedo de perderte.

—No me perderás.

Otra vez, su mirada se fijó en la mía. Me dio la impresión de que quería decir cosas

que no se animaba a entonar en voz alta, o que prefería no decir. Que más cosas le

preocupaban, que le dolían mis actos y yo sabía que le dolían y que lo empujaba sin

mala intención, a enojarse conmigo, a sentirse inseguro sobre nosotros. Si nos distanciábamos, sería mi responsabilidad; cómo culparlo por querer anteponer el bienestar de su familia a todo lo demás. Me constaba que a Vicente no le

eran indiferente los planes que pudiese elucubrar mi padre y que iba en serio con aquello

de que se ocuparía de todo si en realidad mi padre tramaba algo, así también, la certeza un millón de veces reafirmada por él, de su necesidad de volver a la normalidad, de alejarse del torbellino de la tormenta, de ser al menos en parte, lo

que fue antes de conocerme.

...

Gaspar no se mostró demasiado sorprendido cuando lo llamé para avisarle que nuestra reunión con Gabriel quedaba oficialmente cancelada. Justo a tiempo, llegué

a contarle sobre Boni; Vicente acababa de llamarla a ella y a Anežka para cenar y

entró en el preciso instante en que terminaba con mi loca historia desarrollada esa

misma tarde.

Lo único que atinó articular fue que evidentemente todavía no terminaba de desvelar

los secretos de ambos mundos.

También le expliqué que me mantendría alerta, por el momento al margen de lo que

sucediese. Se mostró completamente de acuerdo y no acotó nada más al respecto por lo que me pregunté si Vicente se me había adelantado a hablar con él.

Así, quedamos medio flotando en la nada. O al menos yo quedé así sin saber qué hacer o cómo seguir. Momento antes había vuelto a ver en las noticias, la repetición

de lo sucedido en Italia; hasta ahora, no se reportaban hechos similares en ningún

lugar del mundo, lo cual suponía un alivio.

—Apaga eso ya, prefiero seguir escuchando el ruido de la lluvia.

Apagué el televisor. La lluvia había amainado cuando llegué, ahora, otra vez, diluviaba.

Anežka fue la primera en entrar a la cocina, seguida de cerca por Boni.

—Esto es tan extraño —me susurró cuando pasó por mi lado para ir a lavarse las

manos. Entendí que se refería a la presencia de Boni, sus ojos por poco y dan una

vuelta carnero hacia atrás. Me sonrió—. No paro de sorprenderme con las cosas que veo.

—Ni yo —le contesté apenas moviendo los labios.

Boni se detuvo a pocos pasos de la mesa. Llevaba las mismas ropas que en la tarde y

el mismo gesto serio en el rostro.

—Puedo comer arriba. No es necesario que compartan su mesa conmigo.

—Vives aquí, comerás con nosotros. A menos claro, que no sea de tu agrado —

disparó Vicente.

—No acostumbro compartir la mesa con demonios.

—Ni yo con ángeles. Supongo que debemos estar agradecidos por tu presencia.

—No tienes que agradecerme nada, no lo hago por ti, es por tu niña.

Vicente iba a decir algo. No se lo permití.

—Por favor, mantengamos la paz. Al menos nos quedan cinco meses hasta que Emilia nazca. Podrían no mirarse como si desearan sacarse los ojos.

—Ese no es el caso —me espetó Vicente dándose la vuelta para sacar del horno la

bandeja con el pescado.

Anežka puso sobre la mesa la bandeja con pan de centeno que aún estaba tibio.

—No viene a matar demonios, esa no es mi misión. Al menos no por el momento.

—Buenísimo— solté en tono socarrón—. Es un alivio, me encantaría cenar en paz.

Tuve un día demasiado largo y extraño.

—Y yo me esmeré demasiado en preparar el pan, es la primera vez que cocino —

entonó Anežka.

En los labios de Boni se produjo un atisbo de sonrisa.

—Huele bien.

Ninguno de los tres esperaba que el ángel hiciese un comentario semejante.

—Me alegra que tengas apetito. Siéntate donde gustes.

Anežka se sentó junto a la ventana luego de apoyar el pan sobre la mesa. Boni ocupó el otro lado junto a la ventana estrellada de gotas de lluvia.

Tomé la bandeja de verduras asadas y caminé hasta la mesa. Vicente me siguió

luego de resoplar.

—Vino —ofreció Anežka enseñándole la botella—. Un poco nos sentará bien a

todos.

Otra vez un amago de sonrisa que mi aprendiz tomó como un sí. Vertió media copa

para el ángel y después sirvió a Vicente y un poco en su copa. Me tentó con un sorbito pero pasé de su ofrecimiento.

Vicente se quedó de pie para comenzar a servir. Tomé el plato de nuestra invitada y

se lo pasé.

—¿Qué debemos esperar de ti? —disparó Vicente al tiempo que le devolvía el plato

a Boni.

—Que defienda a tu hija con mi vida si es preciso. Lo mismo que cualquier otro ángel de la guarda haría.

—¿Siempre fuiste un ángel de la guarda? —Anežka rió—. Suena tan loco preguntar

algo semejante. Ustedes pueden elegir a qué se dedican o cómo es.

—No eliges, simplemente acatas una orden y vas donde te necesitan. No, no siempre

fui un ángel de la guarda.

—¿Alguna vez mataste un demonio?

—Vicente, por favor —pedí en procura de tener una cena en calma.

Vicente le pasó su plato Anežka sin ceder.

—Sí, más de una vez. No eran demonios como ustedes, los que viven de este modo

no son muy comunes.

—Gaspar me contó que hay muy pocas familias alrededor del mundo.

—Gaspar es un muy buen amigo nuestro, Boni —le expliqué para terminar lo que

Anežka había empezado—; también tiene una familia, es una familia de demonios que se adoptaron entre sí, por decirlo de algún modo. Son muy amables. Muy buenos amigos nuestros. Ya los conocerás.

—En mi vida había conversado con demonios.

Su sinceridad nos llevó por delante.

—No sé qué pensar de ustedes. Gabriel dice que son buena gente, que no son como

los demás... para nada. Me contó de tu fuego —dijo viendo a Vicente a los ojos—.

Y de las cosas por las que pasaste —ahora se dirigía a Anežka—, y por supuesto de

tu padre, pero más en profundidad de las cosas que eres capaz de hacer. No conozco

a Miguel sin embargo es obvia su herencia en ti. Lamento lo de tu madre.

Se hizo silencio.

—Gracias.

—Esto es muy extraño para mí, supongo que tan extraño cuanto lo es para

ustedes,

con la diferencia de que aquí, soy minoría.

—Perdona.

Boni alzó sus ojos hasta Vicente.

—Fui rudo. Disculpa. No, definitivamente no es nada sencillo para un demonio, tener a un ángel viviendo en su casa.

—Al menos me permitiste entrar.

—¿Y qué con eso?

—No crees que es un detalle relevante.

—No iba a echarte, vienes a cuidar de mi hija.

—Eso mismo que sientes, eso mismo que permites, que aceptas, tu comida en mi plato, yo en tu mesa, tú hablándome... sé que viste a un ángel morir.

—Así es.

—Ese es un recuerdo triste en ti. Eso te hace diferente. Recuérdalo, mantenlo presente en el futuro.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy un ángel.

El ambiente se puso solemne y un tanto triste.

—¿Qué otros tucos puedes hacer? —soltó Anežka con una sonrisa.

—¿Trucos? —Boni pareció divertida—. No debería hacer esto —entonó mientras

tomaba su copa de agua, la cual rodeó con ambas manos. Le tomó menos de un

segundo apartarlas y cuando lo hizo, aquello ya no era agua, sino vino.

—Soltaré todos los insultos que me sé si me dices que puedes caminar sobre el agua.

Vicente y yo nos reímos.

Boni no contestó, simplemente rió mansamente.

Agradecí que la cena no terminase en una batalla campal entre ángeles y demonios.

...

Las voces hablaban checo.

Vicente apretó su mano sobre mi cintura.

—Parece que se llevan bien.

Escuché a Anežka reír. Acto seguido apareció otra risa, una que no habíamos escuchado antes.

—Al menos ellas parecen congeniar.

—Le pedí disculpas por mi comportamiento.

—No lo digo por eso Vicente. Es que... más allá de que Boni esté aquí para cuidar

de Emilia, me agrada la idea de que ella y Anežka entablen amistad, por el bien de

Anežka. Para que no olvide que ese otro mundo existe.

—¿Para evitar que se convierta en un demonio despreciable... igual que otros que

van por ahí?

—Contigo aquí ella jamás se convertiría en algo semejante—. Tironeé de su camisa

para atraerlo hacia mí—. Te amo —me estiré y rosé suavemente sus labios con los

míos.

Vicente sonrió pícaro.

—Eso mismo creí escucharte decir anoche —sus ojos se transformaron en una línea profunda y ardiente—. En más de una ocasión.

Ante el recuerdo de la noche anterior, me estremecí de placer. Boni llevaba dos días

en la casa y el mundo, ambos mundos, parecían haberse aquietado. No más

posesiones ni ataques a iglesias, no más apariciones sorprendidas de mi padre ni llamados de Ciro... lo único que no regresaba a su sitio era Lucas; que me mandase

un email para contarme que estaba bien y que me quería sin embargo no contestaba

al teléfono cada vez que lo llamaba.

—¿Qué pasa, por qué de repente se te fue la sonrisa?

—Nada. Es por Lucas.

—Démosle unos días más, dijo que estaba en Europa.

—Sí, eso puso, pero Gaspar dice que no intentó ponerse en contacto con ninguno de

nuestros conocidos allí.

—Demasiadas cosas cambiaron en este último tiempo, quizá simplemente necesite estar solo unos días, además no olvides que terminó con Anežka y esas cosas...

Intenta no pensar en nada malo, sé que no quieres que se acerque a tu padre.

—Desearía saber que él se encuentra lejos también. Lejos de él.

—Vieron a tu padre en las Doce Sillas ayer y no iba con Lucas, Gaspar ya lo dijo.

Tranquilízate.

—No estaré completamente tranquila hasta que esté de regreso—. Y hasta que tenga

noticias de Gabriel. Ayer por la noche, encerrada en el baño y con la ducha abierta,

llamé a Ami y le pregunté por Gabriel; su respuesta fue que no había novedades, pero que era una buena noticia que no las hubiese, eso indicaba que las cosas estaban tranquilas.

Su contestación no me satisfizo ni un poco.

Vicente me apretó contra su cuerpo.

—Todo saldrá bien—. Me susurró al oído para acto seguido besar mi cuello.

Aquella nueva risa, sonó otra vez, ahora carcajeándose de lo más divertida. La risa

de Boni era increíblemente contagiosa, tal es así que pese a todo, sonreí y Vicente

detrás de mí.

Juntos atravesamos la puerta de la cocina. Olía a manteca caliente y a café.

—¿Qué hacen?

Era obvio lo que hacían: panqueques para el desayuno pero no de un modo muy normal. Uno puede dárselas de gran chef y mandar por los aires un panqueque a la

hora de darlo vuelta, sin embargo son muy pocos los que pueden dejarlo en el aire

flotando dando vueltas para que luego tranquilamente caiga sobre la sartén así sin

más.

—¿Quién está haciendo eso? —pregunté.

—Ella —me contestó Anežka apuntando en dirección a Boni con ambas manos —.

Me gustaría poder hacerlo.

Boni, quien me había parecido tan seria y estricta, sin duda, era bien diferente. La sonrisa no se le borró del rostro al vernos entrar.

—Buenos días —nos saludó.

—Buenos días —le contestamos los dos a coro.

—Eso huele muy bien. ¿Desde qué hora llevan cocinando? —la pila de panqueques

era demasiado alta.

—Un rato.

—¿Durmieron anoche?

—Nos quedamos charlando —admitió Anežka—. Por lo visto más que llevarse

bien, se habían hecho amigas.

—Bueno, a mí me encantaría probar algunos de esos con un poco de dulce de leche.

Me muero de hambre —Emilia se removi6 dentro de mí—. Y creo que ella también

—añadí llevando ambas manos hacia mi vientre.

Boni le entreg6 la sartén a Aneřka.

—¿Puedo? —Consult6 aproximándose a mí.

—Claro.

En cuanto sus manos comenzaron a acercarse a mi vientre, los movimientos de mi

hija fueron todavía más notorios.

Sus manos en mí trajeron la calma, una deliciosa y dulce sensación de bienestar.

—No es común que un ángel de la guarda pueda tener este tipo de contacto. Soy afortunada —me sonrió sin despegar los labios—. Normalmente te limitas a

quedarte cerca, viendo todo de lejos, sin participar demasiado.

—En verdad estamos agradecidos de tu presencia aquí—. Con un poco más de calma de nuestro lado, conversamos sobre el asunto con Vicente y llegamos a la conclusión de que algo de ayuda con esto, no nos vendría nada mal. Los dos continuábamos bastante aterrados con la realidad de ser padres.

—Socorro aquí, la cocina no es lo mío, no al menos al punto de dar vuelta un panqueque sin destruirlo.

Boni me sonrió y luego fue a socorrer a Anežka.

—El diario llegó, también el correo. Está todo encima de la mesa. Vayan, vayan, acomódense, nosotras les servimos.

No me quejé, por una vez era agradable no tener que ocuparme de las cosas de la

casa, normalmente cuando Lucas estaba por aquí, él y Anežka prácticamente se comportaban como dos críos. Bueno, eso en realidad porque a mí me gustaba consentirlos.

Nos acomodamos uno junto a otro, muy juntos.

Me colgué de su brazo mientras él pasaba los sobres del correo, facturas de pago,

publicidad y de repente...

—Es de Julián y Petra.

El sobre de aspecto sobrio y elegante materializó lo que esperábamos sucediese de

un momento a otro.

—Es una invitación a su fiesta de compromiso.

—¡Genial! —estalló Anežka depositando la cafetera y la tetera sobre la mesa —.

Fiesta. No pensé que hiciesen una, como ya enviaron las participaciones de la boda.

Julián y Petra son parte de la familia de Gaspar —le explicó a Boni quien recién llegaba con el plato de panqueques—. Contraerán matrimonio.

—Eso suena agradable.

—Ellos se aman mucho. Julián prácticamente la salvó. Qué sería de nosotros sin una buena guía. Por eso yo agradezco tener a Eliza y a Vicente conmigo. Mi vida era un desastre antes de que ellos apareciesen—. Los ojos de Anežka se anegaron—.

Pero eso ya te lo conté y la historia es aburrida.

—Gabriel me contó que ustedes tuvieron una ceremonia religiosa.

—Vicente está chapado a la antigua —le contesté a Boni después de besar la mejilla

de mi esposo—. Es antiguo —bromeé y las chicas rieron.

—Sí, burlense ustedes. Aunque tú —apuntó a Boni —no sé de qué te ríes. Algo me

dice que el siglo y tanto más que llevo aquí, no se equipara en nada al largo de tu

existencia. ¿Me equivoco? —soltó en tono despreocupado.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Anežka a Boni después de servirme una taza

de té.

—Muchos, muchos más que Vicente. Demasiados para decirlo en voz alta.

—¿Quinientos?

—Más.

—¿El doble?

—Solamente te diré que he visto demasiadas cosas.

—Imagino que sí. Siquiera logro imaginar cómo debe sentirse llevar tanto tiempo

aquí.

—Hubo buenos y malos momentos.

Todos callamos. Siempre los había.

—Podríamos pedirle a Julián y a Petra que la inviten.

—No creo que sea buena idea, Anežka. No creo que sea seguro para ella. Con Gaspar y el resto del clan podemos confiarnos pero no sabemos quién irá o quién

podría aparecerse sin ser invitado.

—Es cierto, no quiero exponerla a nadie desagradable, menos que menos a mi padre. Eleazar no tendría por qué ir, de cualquier manera, mejor prevenir —
acoté

siguiendo el razonamiento de Vicente.

—El plan es evitar que se sepa de mi presencia aquí, por el mayor tiempo posible.

Si se conoce la verdad, no me iré, es que solamente, por el bien de todos, preferimos mantener el secreto, para evitar mayores fricciones.

Boni tenía muy clara la situación.

—Eso quiere decir que nunca podrá venir con nosotros a casa de Gaspar.

—Mejor intentemos mantener el perfil bajo por un tiempo, además, el vientre de Eliza es cada día más notorio.

Eso era completamente cierto. La idea de esconderme no terminaba de gustarme, además, Eleazar ya sabía la verdad.

—¿Y qué sucederá cuando regrese Lucas?

Me extrañó la pregunta de Anežka.

—Lucas no dirá nada.

Anežka apretó los labios.

—Qué, qué pasa.

—No creo que le guste la idea de que cuide de ti un ángel.

—Entenderá que es por el bienestar de su sobrina—. Esperaba, deseaba con todo mi

corazón que lo entendiese. Sería complicado, Lucas había expuesto de sobradas maneras, su descontento al respecto de mi contacto con “el otro bando”, como los

llamaba él. No perdía las esperanzas, después de todo, a Vicente la idea tampoco le

agradaba demasiado en un principio.

Anežka me puso cara de “con ese cabeza dura no será tan sencillo”.

Desgraciadamente intuía que, en efecto, no lo sería, sobre todo considerando la influencia que mi padre ejercía sobre él. Esperaba que este distanciamiento de Lucas, de nuestro mundo, le sirviese para reordenar sus pensamientos y prioridades.

...

Puse la última taza en el lavavajillas y al volverme, vi a Boni observándome. Le sonreí y me sonrió.

—Gabriel me contó que tienes algunos poderes que son claramente herencia de sangre angélica. Puedes reparar y sanar.

Y hacer crecer plantas —pensé—. Dar vida, al menos formas sencillas de vida, bueno, en realidad con la ayuda de Gabriel había traído a Vicente de la muerte.

Lucas había sanado por mis manos.

—Nosotros podemos hacer muchas cosas además de eso —continuó diciendo.

—Sí, pero yo soy una... mestiza —solté y me causó gracia mi elección de palabras.

En verdad, eso era.

—Con la guía adecuada, podrías inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro.

Vicente me miró y luego a Boni. Los dos entendimos que eso jamás nos pasó por la

cabeza. Supuse que yo, habiendo elegido ser un demonio, en cierto modo había anulado en gran cantidad, esa otra parte de mí.

—Puedo ayudarte con eso.

—¿Sí?

Vicente sonó desconfiado.

—No hablo de cambiarte. Hablo de traer ese otro lado. Después de todo, es la mitad

de lo que eres. No tienes porqué renegar de eso.

—Dudo que a Miguel le hiciese feliz saber que estoy trabajando en traer lo que heredé de él.

—No pude negártelo. Eres su descendencia. Le guste o no, lo eres.

—¿Creí que estarías más de su lado, que del nuestro?

—Soy muy amiga de Gabriel desde hace muchísimos años y comparto en gran parte, su forma de pensar. Gabriel suele ser un tanto más liberal que yo en

ciertos

aspectos...

Boni se quedó viéndome y a mí me entró una vergüenza descomunal. ¿Le habría contado lo de nosotros? Seguro que sí.

Escuché a Vicente tragar con dificultad.

—De cualquier modo, no estoy ciega, y soy capaz de ver si alguien es como me dijeron que es, o si en realidad, es muy diferente. Por lo que sé, Miguel solamente

se conduce por los extremos, o es blanco, o es negro. No creo que sea así.

—Entonces... ¿crees que puedas ayudarla a traer y controlar sus dones?
Gaspar ha

estado ayudándola pero estábamos un poco perdidos con ciertas cosas que quedan

fuera de nuestra área de conocimiento.

—Claro que sí, me encantaría ayudarte —entonó viéndome a la cara al acabar de hablar Vicente.

—Eso suena bien. ¿Cuándo podemos empezar?

—Cuando quieras.

—Genial —noté que se quedó viéndome—. ¿Qué?

—Es cierto que nunca cambiaste. Entiendes a qué me refiero, ¿no es así?

—Sí, no. No, jamás cambié.

—Eso juega a nuestro favor.

—¿Por qué?

—Es una señal de que tu padre, y lo que eres, no te domina por completo.
Incluso

puede que nunca lo hagas.

—Tampoco me saldrán alas —solté a modo de broma para distender la tensión
en

el rostro de Vicente.

Boni no respondió.

Anežka me lanzó una mirada.

Me pregunté hasta dónde podía empujar a salir mi parte angélica, hasta dónde
podía

cambiar lo que era hoy... ¿cambiar? Probablemente no se tratase de cambiar,
sino

de aceptar esa otra parte, de permitirle vivir y expresarse con la misma
libertad con la que se lo permitía a mi parte demoníaca. Me pregunté por qué
había estado reprimiendo esa otra parte de mí, la cual obviamente, siempre
había estado allí.

Mamá —entoné dentro de mi mente —ni te imaginas cuanto te necesito. ¿Por
qué tuviste que ocultarme la verdad? ¿Por qué? ¿Pensaste que no me merecía
esa herencia? ¿Querías evitarme el disgusto de vivir entre dos mundos? Ojala
fuese porque preferías evitarme todo esto, y por eso, no me conteste la verdad.

No tenía forma de conocer hasta qué punto mi madre me amo o me odió, y eso
era

desesperante. Tan injusto.

Vicente me tendió una mano de la cual me prendí. Sus dedos apretaron mi
carne y

después acariciaron mi piel. Así me decía: aquí estoy yo, para ti, y no me iré

jamás.

Te amo, eres mi vida. Eso mismo había dicho anoche, mientras me tenía entre sus

brazos.

8.

Origen, raíz, estirpe.

—¿Eso significa que ves almas tanto de lo vivos como de los...?

Boni no dejó a Vicente terminar de formular su pregunta.

—¿Como de los que han abandonado sus cuerpo ya?

—¿Fantasmas? —solté incrédula.

—Bueno, no exactamente —Boni se echó a andar por el borde de la pileta—, ese es

un concepto muy humano. Simplemente son almas que en ocasiones, pierden el rumbo.

—Es exactamente lo mismo.

Boni miró a Vicente.

—No, no lo es. Son solamente almas.

—Pero las ves.

—Sí, así como siento y veo la tuya... todas —miró a Vicente. Es lo que cada persona realmente es, todo lo demás, es una cáscara. Puedo ver almas y determinar

sus cualidades, sus inclinaciones.

—¿Eso es algo que se ve con los ojos, así como yo te veo a ti, o qué se siente?

—Lo veo —me contestó —así como nos vemos la una a la otra. Lograr eso no te

resultará nada sencillo y quizá nunca lo logres; no eres puramente un ángel con lo

que me conformo que puedas sentir. Muchos demonios intentan camuflarse ante nosotros.

—¿Lo logran siempre?

Boni miró a Vicente.

—Eso depende de cuan desarrollada esté la capacidad del ángel. No somos todos iguales así como los seres humanos no son todos iguales y tampoco los demonios.

El que puedas determinar si alguien lleva una sombra sobre su alma, te será mucha

ayuda a la hora de defenderte.

—Soy consciente de que es muy probable que por mi camino pasaran demonios sin

que me diese cuenta.

—Y también ángeles—. Me corrigió ella—. La idea es que logres ver la identidad

de todos los que se te aproximan.

—¿Para defenderse de los ángeles también? —preguntó Vicente al tiempo que se apartaba un mechón de cabello de la frente. Por fin, después de días, ya no llovía. El cielo estaba límpido y el aire frío y soplaba una brisa que anunciaba todavía más frío. Habíamos escogido salir al parque de nuestra casa a comenzar con mis clases

porque todos, incluida Boni, estábamos algo hartos del encierro.

El ángel de la guarda de mi hija asintió con la cabeza.

—Incluso de ellos. Así como la defenderé yo. Emilia es mi responsabilidad y la defenderé a muerte, de quién sea.

—¿Hablas en serio?

—Ella es mi razón de existir —entonó viéndome fijamente a los ojos—. Hoy por hoy, soy por ella.

Detecté abnegación y lealtad en sus ojos. La sentí igual que un soldado dispuesto a

todo por su misión. Me estremecí ante semejante despliegue de desprendimiento con la propia existencia y deseos.

Me puse de pie.

—Entonces... ¿Cómo se hace?

—No es sencillo explicarle a alguien como hacer algo que no uno no debió aprender a hacer. Cargo con esto desde que existo y por eso espero, que del mismo

modo, cargues con ese don desde tu nacimiento. A mí me entrenaron para hacerlo

mejor y eso mismo es lo que planeo hacer contigo. Si no está allí, no creo que pueda yo pueda darte ese don, ¿lo comprendes?

—Sí, queda claro. Crucemos los dedos porque esté allí, escondido en alguna parte

—le sonreí —no muy profundamente perdido.

—Sanas y puedes hacer crecer vida. Eso será como coser y cantar.

Se me escapó una carcajada y Vicente rió también.

—¿Vicente, puedes venir aquí a ayudarnos?

Vicente palmeó la reposera alegremente y se puso de pie para avanzar hasta el borde de la pileta.

—Solamente dime lo que necesitas que haga, soy material dispuesto.

—Que voluntarioso —rió Boni—. No todos los demonios suelen ser así.

—Ni todos los ángeles piden las cosas de tan buen modo.

Boni le sonrió todavía más. Por suerte, el clima entre ángeles y demonios, era mucho más distendido.

—Primeramente me gustaría explicarles qué es lo que hacemos aquí afuera, junto a

la pileta.

—¡El agua! —exclamó Vicente sorprendiéndome. Por lo visto no era la única en experimentar aquello, los ojos de Boni estaban abiertos de par en par igual que se

habían abierto las nubes para dejar pasar el sol.

—Muy cierto. El agua. Más allá de que estaba algo aburrida de pasar tanto tiempo

dentro, el agua nos será de mucha ayuda. La controlas —me dijo—. Es buen síntoma.

—He visto a otros demonios controlarla —comenzó a decir Vicente—. Significa que también tenían algo de angelical en ellos.

—No necesariamente. Las reglas no siempre se cumplen a rajatabla. El que los dos

puedan soportar el agua, el que Eliza la controle es un alivio. No se lo tomen a mal, pero allí dentro —apuntó con la cabeza en dirección a la casa— el ambiente está demasiado contaminado. Y no solamente por lo que son ustedes... —movió sus

ojos hasta Vicente—, muchos otros demonios... demonios muy fuertes, han pasado

por aquí.

—Incluido mi padre.

—En efecto, pero muchos otros más también.

—Sí, quizá muchos más de los que en realidad debieron pisar mi casa jamás.

—No te preocupes Vicente, aquí afuera todo es distinto. Tenemos una gran cantidad

de agua a nuestra disposición, que ahora, además de ser simplemente agua, la cual

ya de por sí, repele a los demonios, es agua bendita.

A mí se me escapó una sonrisa sin embargo a Vicente, el rostro se le puso serio.

—El agua bendita no es particularmente perjudicial para los demonios, no es como

en las películas, de las cuales quizá he visto demasiado —una mueca divertida hizo

el amago de asomar en su rostro, la cual quedó contenida al instante por un rictus

serio—. En cierto modo purifica la energía del lugar, lo que es indispensable para

que puedas ver y sentir con más claridad —me explicó—. Sería genial si pudiésemos meternos en el agua pero no quiero hacerte pasar frío.

—El agua de la pileta está climatizada.

A Boni los ojos le brillaron.

—Imagino que no está muy caliente porque como no pensé que nadie se metería apenas si...

—Podemos probar solamente metiendo los pies allí —Boni apuntó con una mano en dirección al semicírculo de escaleras al extremo de la piscina.

Hasta allí nos dirigimos. Sacándonos calzado y remangando nuestros pantalones, metimos los pies en el agua.

—¿Todo bien?

—Vamos perfecto —contesté luego de cruzar una mirada con Vicente.

—Muy bien. Ahora... podrían... —apoyó sus manos sobre el brazo de Vicente y lo

movió hacia mí, para que quedásemos enfrentados—. Tómense de las manos. Palma

con palma.

Eso hicimos entre tanto ella rebuscaba algo en uno de los bolsillos traseros de sus

jeans. Sacó un pañuelo de seda.

—¿Y eso?

—Para tus ojos —me contestó—. Acotaremos tus sentidos impidiéndote ver, así profundizarás la captación de los otros.

Vicente me miró sonriéndome, obviamente con toda la intención de darme ánimos.

Con tanta preparación comenzaba a darme la impresión de que esto no resultaría.

Boni caminó hasta mi espalda y pasó el pañuelo por delante de mis ojos para anudarlo por detrás de mi cabeza, con mucho cuidado y sin dejar de preguntarme si

me apretaba mucho, si me sentía cómoda.

De cómoda, nada; todo esto era demasiado raro.

—No, no aprieta demasiado, estoy bien—. Acomodé mis palmas sobre las de Vicente. Mis manos se habían calentado, al igual que el resto de mi cuerpo, no por

eso deje de notar que la temperatura de Vicente también había ascendido.

Obviamente era el resultado de nuestra ansiedad.

—Tranquilos, es probable que no resulte esta primera vez.

Tragué saliva. Note que las manos de Vicente temblaban delicadamente debajo de las mías, sus dedos parecían no poder estarse quietos y me hacían cosquillas en la

piel hipersensible del interior de las muñecas.

—Ahora escucha con atención Eliza.

—Sí.

—Ya no hables. Olvida que puedes hacerlo. Olvida que existe cualquier otro sonido

además de mi voz. Ya no oyes los pájaros ni el viento, ni el movimiento del

agua

que choca contra las paredes de la piscina. Tampoco el susurro de los árboles, ni siquiera los latidos de tu corazón. Solamente escucharás mi voz y lo que sientes en

ti.

No respondí fue como si de repente me hubiese olvidado de cómo hablar.

La voz de Boni continuó llegándome cual un susurro dulce y pacífico que me ayudaba a moverme lentamente en dirección a un estado de relajación total, indicándome que incluso, debía dejar de prestar atención a lo que mi propio cuerpo

sentía, en especial a mi piel.

Fue difícil empujar las sensaciones lejos de mí, sobre todo, porque el cuerpo de Vicente jamás me fue indiferente.

Perdí la noción del tiempo. Así sin más ya no supe si llevábamos allí cinco minutos

o una hora. Boni continuaba dándome indicaciones y si bien logré apartar de mí las

distracciones, no alcanzaba a sentir lo que ella me pedía.

—Intenta relajarte un poco más.

Inspiré hondo y noté que algo había cambio, las manos de Vicente ya no estaban tan

calientes. Se suponía que no debía prestar atención a eso pero me fue imposible ignorar el cambio.

—Relájate Vicente.

Las palabras obviamente no eran para mí; las escuché igual.

Inhalé y exhalé un par de veces obligando a mi temperatura a descender.

—Ambos deben mantener la energía de sus cuerpos en armonía. El alma es energía

divina, sin forma ni tiempo, eterna. Concéntrense en eso.

¿Concéntrense? ¿Plural? —pensé. Supuse debía estar intentando que Vicente me ayudase de algún modo.

—Siéntanlo, está allí, en ustedes, libre.

Dejé de prestar atención a mi respiración y en el silencio y la oscuridad, me enfoqué en intentar captar su energía de vida, lo que suponía, me había atraído de él, desde el primer momento en que lo vi.

Por un momento fue básicamente frustrante, un par de segundos más tarde algo comenzó a cambiar.

La temperatura a mi alrededor ascendió, no era la que generaba mi cuerpo, tampoco emanaba directamente de la carne de Vicente, era algo más, completamente

distinto, era lo que sientes cuando te aproximas a alguien que te agrada o a alguien

que por el contrario, te desagrada mucho, eso que te incita a alejarte o a acercarte a esa persona, algo... algo tibio, sumamente agradable que desprendía un reflejo luminoso como...

La brusquedad del movimiento me empujó a intentar parpadear debajo del pañuelo.

Algo plateado.

Así sin más volví a sentir el agua moviéndose alrededor de mis tobillos, el viento

en los árboles, los pájaros que cantaban al atardecer, el exquisito aroma de Vicente

el cual se alejaba y la voz de Boni llamándolo.

Me quité la venda de los ojos y parpadeé un par de veces intentando acostúmbreme

otra vez a la luz. El sol estaba cayendo, perdiéndose por el horizonte. ¿Cuánto tiempo llevábamos intentándolo?

Vicente se alejaba descalzo por el pasto, Boni iba tras él mientras yo continuaba aquí parada, en el agua, entumecida y sin recordar muy bien cómo debía hacer para

mover las piernas.

—¡Vicente, Vicente! —su nombre no salía de mis labios sino de los de Boni —.

¿Qué sucedió? ¡Vicente no corras! —soltó ella lanzándose tras él.

Logré despegar una pierna de la escalera de venecianas y alzar una mano, la que estuviera pegada a la palma de Vicente. Percibía un cosquilleo extraño.

Me costó creer que lo que veía no era mi imaginación. Sobre la palma de mi mano

brillaba una estela de luz plateada la cual mermaba en su intensidad con el correr de cada segundo. Solamente cuando se desvaneció por completo, fui capaz de

apartarme del efecto hipnótico de la misma.

Moví la cabeza en dirección a la casa. Boni y Vicente ya no estaban a la vista.

Con pasos torpes y temblorosos logré salir del agua, la misma se sentía como si tuviese la consistencia de gelatina. Me dio la impresión de que el agua no quería soltarme, como si se prendiese a mis tobillos con manos invisibles, con

cientos de

miles de éstas.

—Eliza. ¿Eliza te encuentras bien?

Lucas apareció por el camino de la entrada de automóviles. Si llegó con su vehículo, no lo escuché.

Corría hacia mí.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué tienes? Te ves pálida. ¿Te hicieron daño?

Creo que hay uno de ellos adentro —jadeó mirando la casa con ojos inquietos—.

¿Por qué se siente todo tan extraño aquí? Hay algo sofocante en este lugar. ¿Es más

de uno, estás lastimada? Tengo que sacarte de aquí—. Lucas me tomó por los codos

para tironear de mí. El contacto duró únicamente una fracción de segundo. Igual que

si le hubiese dado una descarga eléctrica, se apartó de mí dando un salto hacia atrás

—. ¡Mierda! ¿Qué tienes, que pasa? —Sacó su celular—. Llamaré a papá, creo que

necesitamos ayuda.

—No—. Me costó tanto articular esas dos letras que quedé agotada y no comprendía

porqué.

—¿No?! —Lucas se volvió para enfrenar la casa, otra vez, dando un respingo

—.

Creo que ahí vienen.

—Lucas...

—¿Puedes caminar? Mejor te cargo.

—No, no...

Boni apareció por la puerta de la cocina. Dejó atrás los escalones en lo que más que

un salto pareció el vuelo de una muy grácil pero fiera ave. Corría hacia nosotros con una daga en las manos.

Vicente salió tras ella gritándole que se detuviese. Boni no parecía oírlo.

Lucas se colocó frente a mí para protegerme. En realidad era él quien necesitaría protección.

—¡Alto! ¡Es mi hermano! ¡Alto, Boni, no le hagas daño! —aparté a Lucas y me coloqué frente a él tomándolo por las muñecas; esta vez no hubo rechazo entre nosotros.

Las alas de Boni estaban desplegadas y enseñaban un aspecto bravo. La punta de su

daga continuaba avanzando hacia nosotros. El sol refulgía todo a lo largo del filo

por ambos lados.

—¡No, no! —Vicente se abalanzó sobre ella en el exacto momento en que empujé a

Lucas hacia atrás para hacerlo retroceder.

La punta del arma de Boni llegó a un palmo de mi nariz. Vicente logró

atraparla, rodeándola con sus brazos.

—Está bien, es Lucas, el hermano de Eliza. Son medio hermanos, Lucas también lleva sangre de Eleazar pero es de los nuestros. Tranquila, él no le hará nada a nadie. Es de los nuestros —repitió mientras ella se retorció por zafarse.

—¿¿Qué mierda significa esto?! ¿¿Un ángel?! ¿Qué es todo esto? ¿Qué han estado haciendo? Todo se siente extraño aquí. Me voy un par de días y cuando regreso ya

nada es del modo en que solía ser.

—¿No puede quedarse aquí!

—¿De qué hablas, Boni? Es mi hermano.

Boni se deshizo de los brazos de Vicente dando un sacudón.

—No se siente bien... no es como ustedes. Es como todos los demás, como cualquier otro demonio.

—Será porque soy un demonio, maldita sea —estalló Lucas—. ¿De dónde salió esta

loca?

—No soy ninguna loca —bramó Boni—, y salí de un lugar en el que de seguro, tú

jamás lograrás poner un pie.

—No pondría un pie allí ni porque eso fuese a salvar mi vida.

—Tu vida no tiene salvación —gruñó Boni.

—¡Alto los dos! —Los tres me miraron, había gritado demasiado fuerte—. Boni, por favor, mi hermano es bienvenido aquí.

—No debería.

—Quién carajo te crees que eres, este fue mi hogar mucho antes de que tú aparecieses esparciendo tus olores por cada rincón de esta casa. ¿Cuánto tiempo lleva esta cosa aquí? —me espetó Lucas volviéndose en mi dirección.

—Una semana.

—¿Y por qué esta aquí?

—Alto —la voz de Vicente sonó marcial—. Esta es mi casa, Lucas, y Boni ahora vive con nosotros. No tiene que gustarte. No te estoy echando ni nada, de hecho nos

alegra muchísimo verte, nos tenías muy preocupados. Te ruego que te tranquilices y

te lo explicaremos todo. Nada malo sucede, todo lo contrario.

Vi que pese a que Vicente le hablaba, Lucas tenía la mirada fija en los de Boni.

Demonio y ángel se sacaban chispas por los ojos.

Se hizo un profundo silencio, sostenido y agudo, igual que una larga nota de violín

que se reusa a morir.

—La presencia de Boni se debe a un único motivo, uno de mucho valor para todos

nosotros; ella es el ángel de la guarda de Emilia, está aquí para cuidar de ella, Lucas. Boni está aquí para cuidar de tu sobrina.

La primera reacción de mi hermano fue quedarse tieso. Estaba tan serio, tan ceñudo

que me preocupé. Luego, así sin más, de la nada, soltó una carcajada.

—¿Es broma? ¡Qué puta mierda!, mi sobrina no necesita un puto ángel de la guarda,

para eso tiene un padre, una madre, un tío y un abuelo que darán todo por ella, hoy,

mañana y siempre.

—Lucas, sé que es extraño pero todos nosotros tuvimos un día un ángel de la guarda.

—No me vengas con tonterías, Eliza. Si los hubiésemos tenido nos habríamos ahorrado muchos sufrimientos. ¿Quién puso a esa cosa aquí? —apuntó a Boni con

su mentón en un gesto despectivo—. ¿Fue Gabriel, no es así? —me preguntó—. ¿Y

tú permites que ese desgraciado continúe metiéndose en tu casa, espiando a tu familia, entrometiéndose en lo que no le pertenece y jamás le pertenecerá?

En mi vida había escuchado a Lucas hablarle de aquel modo a Vicente.

—Supongo que no valoras lo suficiente a tu esposa, de otro modo no permitirías que el hombre que la beso, continúe moviéndose debajo de tus narices así sin más.

El puño de Vicente voló a toda velocidad sin embargo no dio en nada más que en el

aire; Boni detuvo el golpe tomándolo por el antebrazo.

—No vale la pena. Es eso lo que desea, generar ira, rencor, propiciar la enemistad

—Boni apuntó con sus ojos en dirección a Lucas—. Traer oscuridad —articuló lentamente.

Lucas se alejó de mí.

—Esto es lo que permitiste que te hagan, mi hermana. Separan a tu familia ante tu vista.

—Lucas, nadie separa nada. No debiste decir eso. Me alegra muchísimo que regresaras; era lo que más deseaba. Me tenías muy preocupada. Por favor, todos podemos convivir en paz aquí. Boni se queda con nosotros para ayudarnos a cuidar mejor de Emilia. Lucas —lo miré un momento y esperé—. Estaba muy preocupada,

todos lo estábamos, te dejamos cientos de mensajes. Cuando Anežka se entere que estás aquí.

—No regresé por Anežka ni por ninguna otra persona, solamente por ti. Soy tu hermano mayor, tu única familia de sangre—. Se apartó de mí un paso más al tiempo que me tendía una mano con la palma hacia arriba ofreciéndome acompañarlo.

Hice lo primero que se me ocurrió y esto fue, posar mi palma sobre la suya.

Nuestra piel hizo contacto pero fue algo más que eso lo que sentí, por mi corazón

paso una sombra oscura que me asustó. Abrí los ojos y aparté la mano.

Vicente, que había contenido la respiración cuando creyó que me iría con Lucas, volvió a respirar.

El entrecejo de mi hermano se frunció.

—Me rehúso a abandonarte aquí.

—No te vayas, entonces.

—Sabes dónde puedes encontrarme y espero lo hagas. Realmente te extrañé y me haces falta. Eres lo que más quiero en este mundo y nunca me perderás; lo lamento

—negó con la cabeza—, no puedo permanecer aquí ni un segundo más.

Dicho esto, dio la media vuelta y comenzó a alejarse.

Cuando iba por la entrada de vehículos, Anežka salió de la casa llamándolo pero él

la ignoró. Dio un par de pasos tras él, y luego comprendió que algo no iba bien, se

detuvo y nos lanzó una mirada.

Negué con la cabeza.

...

Bajé el libro, me resultaba imposible concentrarme en la lectura, además este libro

parecía ridículo, tenía mis serias dudas sobre que todo en mi embarazo, sucediese

igual que en el embarazo de una mujer humana normal. Si bien mi médico, un amigo de Gaspar, el cual llevaba siendo obstetra más tiempo del humanamente posible, me explicó que todo iba bien y de acuerdo a lo esperado, me quedaban dudas, demasiadas dudas.

—¿Por qué saliste corriendo así? —hasta ahora no se habían presentado los cinco

minutos de privacidad con los que deseaba contar para conversar con él sin un par

de oídos de terceros presenciando nuestra charla y recién ahora, después de media

hora de estar encerrados solos en la biblioteca, me animaba a sacar el tema.

Vicente alzó su frente, sus ojos aparecieron por encima del canto plateado de la computadora. Llevaba allí un buen rato, sentado en el sillón, inclinado sobre el escritorio mirando no sé qué en la pantalla. El teclado había sonado bajo sus dedos

en un par de ocasiones.

—Cuando estábamos el agua —continué diciendo ya que se quedó viéndome tal si

no comprendiese de qué le hablaba—. Boni salió corriendo tras de ti.

—Es que fue extraño.

—Ya lo creo—. Me levanté depositando el libro sobre el sillón.

Vicente movió su mano y un par de clic-clic sonaron. Cuando llegué al otro lado del escritorio, vi nada más que el papel tapiz. Miré la pantalla y lo miré pero no dio más explicaciones, de cualquier modo estaba más interesada en comprender lo sucedido allí afuera que lo que llevaba haciendo media hora frente a la pantalla.

Me senté frente a él, sobre el borde del escritorio y al instante él puso una de sus manos sobre mi muslo, la otra, comenzó a jugar con mis dedos, en especial con

mi cintillo y con mi alianza. Sus ojos estaban fijos en mis dedos.

El cosquilleo eléctrico que provocaba su piel en la mía, trepó al instante por mi brazo para poco a poco, extenderse por mi pecho.

—No se lo dije a Boni... logré sentir algo, ver algo. Era cálido y plateado.

Vicente alzó mi mano y depositó un beso sobre los anillos.

—Creo que eso eras tú, tu alma, mejor dicho—. Entonces sí alzo sus ojos hasta los

míos—. Fue muy sorprendente y agradable. Es un alivio que Boni pueda enseñarte

estas cosas.

—Pudiste verlo.

Asintió con la cabeza.

—Hasta ahora creía que los demonios solamente podían sentir las almas, nunca pensé que las vería. Fue grandioso. Boni es buena maestra.

—Es una pena que Lucas no vea con buenos ojos, su presencia aquí.

—Nadie más que nosotros lo verá de esa manera. ¿Comprendes que tarde o temprano se lo dirá a tu padre? Probablemente más temprano que tarde. Si es que no

se lo contó ya.

Se me escapó un suspiro de derrota.

—No quiero que mi padre lastime a Boni, ni que le haga pasar un mal momento, ni

que esto se transforme en un escándalo.

—Estuve pensando... —volvió a besar mis dedos—, deberías llamar a tu padre.

—¿Llamarlo para qué?

—Para evitar que sea él el que tome la iniciativa en esa conversación. Después de todo es tu padre y Emilia su nieta y seguro quiere asegurarse de su bienestar.

—No creo que mi padre considere que la presencia de un ángel en esta casa sea para

el beneficio de su nieta.

—Tu padre es un ángel, Eliza.

—Lo fue.

—Lo es.

—No ya no.

—Todavía lo es.

—Es un ángel caído, “el” ángel caído.

—Ángel al fin. Imagino, no olvida lo que fue un día, lo que todavía es, incluso cuando pueda renegar de su propia esencia a cada segundo de su existencia.

Ese es

su origen, su raíz, la estirpe de la cual proviene. Eso nunca cambiará. Está en él, en cada parte de su ser.

—La que muy bien supo contaminar.

—Nunca creí que diría esto pero... —se levantó del sillón para pararse frente a mí

—. Necesitamos a tu padre.

Me atraganté con saliva y me dio toz.

—¿Necesitarlo? ¿Para qué?

—Nadie puede cuidar mejor que él, de Emilia y de ti. Y además creo... sé que esto

te enfurecerá; que tú lo necesitas para terminar de comprender quién eres. Y

no me

refiero a sí en ti empuja más la parte demoníaca o angélica, me refiero a comprender quien eres como persona.

—¿Es broma?

—Es parte de tu existencia, de tu familia. Óyeme —tomó mi cabeza entre sus manos

—, no digo que debas seguir sus pasos, digo que simplemente entiendas de una buena vez que Eleazar es tu padre, y junto a Lucas, tu familia de sangre. Tu padre

seguro que te querrá a su lado más que como su hija, también como su aliada y no

te digo que ocupes ese rol, no me interesa para nada, verte en las Doce Sillas, simplemente me importa verte bien —hizo una pausa—. Sabe de Emilia y es tonto

pretender que nunca nadie lo sabrá. Esto correrá de boca en boca y es mejor que para entonces, contemos con algo más de apoyo que el del ángel de la guarda de nuestro bebé. Habrá muchos descontentos, muchos curiosos, muchos a los que esto

les genere pavor... incertidumbre sobre el futuro. Eleazar nunca permitirá que nadie lastime a Emilia y me atrevo a aseverar que él jamás, jamás, haría nada en su

contra. La protegerá como nunca antes protegió a nadie, siquiera a ti.

—¿Por qué crees que haría eso?

—Tu padre odia a Miguel. Emilia es un monumento a su victoria, a la de tu padre

me refiero, sobre su enemigo, al igual que tú, solamente que ella es todavía más significativa. Quizá me equivoque pero... bien, ningún otro demonio es

capaz de procrear, todos nosotros lo teníamos vedado, por ser lo que somos, dar vida no debía ser un don demoníaco. Nosotros no somos vida, solamente oscuridad. Dar vida es de...

—De Dios, de los ángeles.

—Lo era hasta que engendramos a Emilia. Tu padre ha ido derribando una a una, las barreras que lo separaban de lo que puramente, un día fue. Dio vida... le dio vida a una nueva estirpe, a un nuevo origen, una raíz que se afianza y desarrolla día a día en ti. ¿Entiendes ahora porque creo que lo necesitamos más que nunca, que Emilia lo necesita más que nunca? Tu padre jamás permitirá que nada ni nadie la dañe.

Me estremecí con un escalofrío. Lo comprendía.

—Lo cambiamos todo, Eliza. Este es un nuevo comienzo—. Inspiró hondo—.

Llámalo, explícale que ahora hay un ángel cuida de tu hija. Cuéntale lo sucedido con

Lucas.

—Obviamente no pienso contarle que Boni me ayuda con mis capacidades “angélicas”.

—Las cuales también podrías haber heredado de él, eso nunca lo olvides. No podremos bajar la guardia con él nunca más, tampoco es buena idea que intentemos

huir de él por el resto de la eternidad, no dará resultado. Tenemos que hacernos a la idea de que él siempre estará allí y que lo necesitamos allí. Piénsalo. Siempre será

mejor tenerlo de amigo que de enemigo.

—¿Y si pide algo a cambio?

—Tu padre simplemente te quiere a su lado.

—No me agrada que lo desee.

—Eres fuerte y te harás más fuerte cada día, no permitirás que te use. No olvides que eres su hija y que además llevas en tus venas, sangre de Miguel, la misma sangre que lo venció. ¿Qué te hace pensar que no podrías vencerlo tú también?

Quien sabe un día, luego del entrenamiento correcto y con tu mente y sentimientos

afianzados. Todavía siquiera eres lo que nosotros llamamos un demonio adulto, Eliza, no te encuentras ni a medio camino de desarrollar todo tu potencial y eso se

debe en que en gran parte, todavía sigues negando el cambio, quizá no adrede, pero

lo haces. Empieza a admirar y aceptar la magnificencia de tus orígenes, a reconocer

todo lo que heredaste. Amalgama todo eso con lo que fuiste cuando eras humana.

Saca lo mejor de ti, lo más fuerte, deshazte de tus miedos e inseguridad, comienza a

confiar en que puedes lograr más y más a cada día. Plántate sobre tus pies y grítale

al Cielo y al Infierno, que aquí estás tú.

...

Resultó que dar con mi padre para hablar, no fue tarea sencilla. Dejé tres mensajes

en su celular y otras cinco llamadas mías, quedaron en nada. Al fin, cuando logré

escuchar su voz al otro lado de la línea fue por unos breves instantes. En un principio se comportó duro conmigo, ya sabía lo de Boni, Lucas se lo había contado; en cuanto le dije que quería verlo, su actitud cambió por completo.

—Y yo quiero verte a ti. He estado muy ocupado sin embargo planeaba escaparme

para que nos encontrásemos, para verlos a ambos, me agradecería tuviésemos una reunión a solas los tres... mis hijos y yo.

—Eso estaría bien... Es que me gustaría tuviésemos un momento para nosotros, únicamente.

Eleazar guardó silencio un momento.

—Me encuentro en medio de muchas cosas, últimamente. Prometo intentar encontrar tiempo solamente para ti.

—Gracias.

—Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, lo sé.

Otra vez silencio de su parte.

—En verdad me alegra mucho que llamas. Llevo demasiado tiempo esperando

una llamada así de tu parte. Tu tono es distinto, imagino que también lo son tus intenciones. Hay algo distinto en ti, lo presiento. Te noto... ¿más madura? ¿Segura?

Lo estaba en cierto modo desde hacía tres días, Boni me había enseñado a repeler

demonios, ¿cómo?, creando una especie de burbuja protectora a tu alrededor que también impide que ellos sepan quién eres. Logré repeler el avance de

Vicente, el de

Anežka y también el de Leandro y el de Massimo, a quienes usé de conejillo de Indias ya que estaban en casa de visita y organizando la despedida de soltero de Julián. Por suerte entre ellos y Boni no surgieron roces.

Ese asunto de ver las almas quedó relegado, últimamente tenía el estómago demasiado revuelto y aquello me provocaba todavía más náuseas.

...

Puse más esmero del que venía incluyendo en el proceso de vestirme, en los últimos

días. Llevaba casi dos semanas sin apenas salir de casa; los jeans y zapatillas volvieron a convertirse en costumbre en mí, igual que lo era en los viejos tiempos.

No podía presentarme a la cena que compartiría con mi padre y mi hermano, en zapatillas.

Zapatos elegantes, un pantalón y una blusa de seda, cartera en mano y un abrigo sobre mis hombros.

Sentí una sensación de dejá vu al divisar la altura de aquel edificio. Mi padre todavía conservaba el gusto por aquel hotel y por su lujo.

Detuve mi automóvil frente a la entrada y al instante, un joven muchacho apareció

junto a mi puerta para abrirla y hacerse cargo del vehículo.

En algún punto parecía no hubiese pasado ni un solo segundo desde la primera vez

que lo vi.

Trepé por las escaleras del mármol e ingresé al hall. Desde el área de la

recepción,

alguien me dedicó una reverencia inclinando su cabeza. Ese alguien, no tardó nada

en llegar a mí.

—Su padre la espera. Imagino que recuerda bien el camino.

El demonio no hacía nada para camuflar su naturaleza.

—Sí, gracias.

Extrajo una tarjeta del interior de su chaqueta y me la tendió.

—Si se le ofrece algo, no dude en llamarme; estoy a sus servicios.

—Gracias—. Forcé una sonrisa en mis labios y guardé la tarjeta dentro de mi cartera. Me desharía de ésta en cuanto tuviese la primera oportunidad.

El hall rebosaba de enormes ramos de flores. Rosas desde las más blancas hasta unas de un tono morado casi violeta, igual que las que mi padre me había regalado

una vez.

El olor de las flores era intenso pero no era aquello lo que resultaba empalagoso, si no la presencia de más de un demonio además del gerente del hotel que acababa de

entregarme su tarjeta.

No sabía si tenían idea o no de mi embarazo, de cualquier modo me tapé lo mejor

que pude con mi abrigo y cartera, y caminé, como si nada, hasta los asesores.

Conté los segundos que le llevó al ascensor ascender. No pretendía permitir que la

ansiedad me ganase, tampoco lograba ahogar su efecto.

Las puertas de la cabina se abrieron, para enseñarme un corredor desierto y en silencio. Poniendo un pie fuera, creí percibir la absoluta ausencia de humanidad por

los alrededores. ¿Tendría mi padre todo el piso para él? Probablemente sí.

Quizá un tanto incómoda dentro de mi propia piel, y muy poco confortable en la indumentaria que llevaba, avancé por la alfombra la cual absorbía por completo mis pisadas.

El silencio reinante me provocaba cosquillas en la nuca. Mi espina dorsal se tensó y

retorció, como un elástico que ha sido llevado hasta el máximo de su largo para finalmente ser soltado con brutalidad.

Todo en aquí me ponía los pelos de punta.

Me detuve frente a la puerta de la inmensa suite y no capté nada, siquiera su presencia, por lo que me pregunté si aquel demonio no se había equivocado al decirme que mi padre me esperaba.

Alcé un puño para llamar a la puerta y éste, quedó en alto, con la intención que no

lograría concretar. Mi padre abrió la puerta.

Llevaba una sonrisa enorme, y su mirada cargada de chispa.

—Cuanto cambiaron las cosas desde la primera vez —dijo ni bien acabó de abrir la

puerta. Cargando todo el peso de su cuerpo sobre su hombro izquierdo, se apoyó contra el marco de la puerta.

—Nada más mírate. Nadie diría que llevas cuatro meses de embarazo. Te ves fantástica

sus labios comenzaron a diseñar una curva hacia arriba—. Eso lo heredaste de mí

—soltó y rió. Sin parar de sonreír, enderezó su cuerpo y apartó la puerta. Escuché

que sonaba música que hasta entonces, no había percibido. Más precisamente, música de piano y el piano no sonaba a grabación de ningún tipo, siquiera la de más

alta definición; sentía las notas vibrar contra mi pecho. El piano sonaba dentro de la suite en alguna parte. No recordaba haber visto un piano durante mi última visita a

este lugar.

Eleazar abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para permitirme el paso.

—¿Es muy buen intérprete, no lo crees?

—No soy una experta... suena bien. ¿Quién toca? No tenía ni idea de que tuviesen

un piano aquí.

—No lo tenían; lo mandé traer especialmente para él. Lo subieron en la tarde. El afinador terminó su trabajo hace apenas unos minutos —la sonrisa de mi padre se

acentuó cobrando un cariz especial al que no sabía a qué atribuir—. Lucas parece estar sacándole el jugo —anunció por fin.

Orgullo, eso era. Orgullo de padre se filtraba por sus facciones, incluso en la curva que dibujaban sus hombros y en la amplitud de su pecho.

Eleazar se movió para cerrar la puerta. El mundo humano quedó afuera.

El piano sonaba dulce y amable, sin embargo las notas no cesaban de caer una tras

la otra, agudas y delicadas, por eso, no menos infalibles, las cuales declaraban su origen abiertamente. Chopin —pensé—. Lucas interpretando Chopin.

—Tu cara de sorpresa será su recompensa por tanto esfuerzo.

—Lucas no sabe tocar el piano—. Por lo menos no sabía tocar el piano quince días

atrás. Quince días atrás yo tampoco podía percibir las almas del modo en que ahora

lo hacía, si me ponía a ello. ¿Cuántas cosas más habían cambiado en ese pequeño lapso de tiempo? Imaginar que podía no existir un límite para lo que podía cambiar

generó en mí cierto desequilibrio, como cuando caminas por una cornisa muy angosta y luego miras hacia abajo y ves el vacío. Siempre supiste que la cornisa era

angosta pero nunca antes habías divisado que el abismo era tan profundo, casi infinito y que ante el menor descuido podías caer y caer.

—Ahora sí —me contestó Eleazar después de arrebatarme mi bolso—, y lo hace de

maravilla—. Colocó mi cartera sobre una de las mesas de apoyo y tendió su mano

hacia mí—. Está en la otra sala. Vamos a verlo.

Mi padre tenía unas manos hermosas, fuertes... me daba miedo tocarlas.

La música continuó mientras mi padre recogía mi abrigo.

—Es una maravilla, ¿no lo crees?, la capacidad que tenemos para evolucionar, para

mejorar y perfeccionarnos. Acompáñame, seguro que le gustará tocar para ti.

Mientras caminamos hacia la sala contigua mi temperatura comenzó a trepar, no demasiado, si lo suficiente para terminar de entender que a pesar de ser mi padre,

Eleazar me producía como mínimo, un poco de aprensión, si no miedo. Me inquietaba no ser capaz de determinar sus siguientes movimientos. Deseaba con toda el alma poder prever cuál sería su siguiente jugada.

—¿Cuándo aprendió? —estaba estupefacta por la destreza que mostraba mi

hermano al piano. La siguiente pieza comenzó, era una tonada que hasta podía acompañarse con una danza delicada en puntas de pies, o que le caería muy bien a la

escena romántica de una película. A Vicente le encantaba. El nocturno veintiuno para

piano, compuesto por Fryderyk Chopin.

Sonaba tal si mi hermano llevase tomando clases de piano desde los cinco años, cosa que no era así y de eso podía dar fe. Cada nota era transparente, limpia, carente de duda.

—Tomó un par de clases durante nuestra estancia en Polonia. Con un muy buen profesor, he de decir, mas eso no quita merito a sus aptitudes. Fue él, el primero en sorprenderse, tu hermano nunca creyó que podría; ahora imagino, tiene más de fe

en sí mismo, lo cual me alegra; saber que puedes derribar tus barreras es la barrera

más importante que puedes derribar. Cuando tomas conocimiento de eso, muy poco

puede detenerte luego.

Mi piel se enfrió de pronto. No deseaba que mi hermano se convirtiese en su proyecto personal, quería que continuase siendo él mismo. ¿Sería muy tarde

para evitar aquel cambio?

—¿Entonces estuvo contigo mientras estuvo fuera?

—Lo dices como si eso fuese un delito —me dedicó una sonrisa ladeada—.
Soy su

padre, él mi hijo. Fuimos a cenar una noche y en el restaurante tenían un piano
e interpretaron Chopin casi toda la noche, le gustó y me dijo que querría poder
tocar

así. En la mañana le conseguí el mejor profesor—. Nos detuvimos frente a la
puerta

entornada. Eleazar apartó suavemente las dos hojas de madera tallada.

Los muebles de aquel espacio, habían desaparecido, un gran piano de cola
ocupaba

el centro de la sala, sobre una alfombra de aspecto muy mullido y sedoso. El
gran

candelabro de cristal que pendía del techo, arrancaba destellos azabache tanto
del cabello de mi hermano cuanto de la superficie del piano. Lucas tocaba con
los ojos

cerrados y hasta lo que pude divisar, sin una partitura. Tan compenetrado se
hallaba

en su interpretación que siquiera nos sintió llegar y si lo hizo, no nos prestó
atención.

Caminamos hasta él intercambiado miradas. Mi padre no lograba contener su
satisfacción. Los dedos de Lucas se movían a toda velocidad, acariciando las
teclas,

aporreándolas por momentos.

Eleazar continuó avanzando hasta Lucas, se paró por detrás de la banqueta y apoyó

ambas manos sobre los hombros de mi hermano quién abrió los ojos pero no dejó

de tocar, la pieza se encontraba en un momento crítico y algo más lúgubre también.

Lucas me miró y sonrió. Eleazar se movía conjuntamente con Lucas hacia un lado y

al otro del piano para acabar en los más agudos.

Fue inquietante notarlos un tanto mimetizados el uno con el otro en gestos y demás.

Lucas, más que nunca, hoy se parecía demasiado a mi padre, tanto, que me dieron

ganas de arrancarlo de su lado para llevármelo a algún lugar en el que él jamás pudiese dar con su hijo. Lucas jamás vendría conmigo —pensé—. Ahora menos que

nunca.

Apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas, la impotencia era

demasiada.

La pieza culminó y el silencio resultó arrebatador luego de que eco de las últimas

notas, sucumbiese por completo.

—Fue increíble—. Inquietante pero increíble al fin.

Lucas me sonrió otra vez.

—Gracias.

—¿Cómo hiciste para aprender a tocar así el piano en tan pocos días?

—Estoy más fuerte.

Eso ya lo había notado, lo que irradiaba era más consistente que la estela que dejaba tras de sí, antes de terminar con Anežka y aquello no tenía que ver con que yo estaba más susceptible a captar a otros demonios y ángeles, tampoco era un detalle que tuviese que ver con el volumen de la masa física si bien mi hermano llevaba un tiempo viéndose más como un hombre que como el muchacho desgarrado,

despreocupado y divertido que conocí a las puerta de la que hoy era mi casa. De aquel día, daba la impresión de haber transcurrido un siglo.

—Muchas cosas resultan más sencillas por estos días. Aprendí a hablar polaco en unas pocas horas —rió.

No fue su risa de siempre.

—Quizá mis profesoras tuviesen algo que ver, eran unas chicas adorables. Admito

que quedaron sorprendidas cuando comencé a hablar con ellas en su idioma después de un par de cervezas.

Eleazar palmeó los hombros de Lucas. No había un gramo de vergüenza en el modo en que se jactaba de su hijo.

—Tu hermano es un peligro con las mujeres —soltó entre risas.

Eso no me hizo gracia. Ni un poco. Todo lo contrario, de pronto experimenté muchas ganas de derretir su sonrisa con mis llamas.

—Poco pueden hacer las humanas contra esto.

El comentario de mi hermano empeoró lo que sentía en este instante hacia mí

padre.

Lucas comenzó a tocar otra vez, seguía con Chopin. Yo tenía aquellas notas grabadas en la cabeza luego de tanto escucharlas pero ni de casualidad sería capaz

de repetirlas en el piano, no al menos con la misma destreza que él, con el mismo

sentimiento. Pasión, una que emulaba un tsunami.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Eleazar, sorprendiéndome con su pregunta, no

creí que se atrevería a interrumpir la obra de su hijo, ni tampoco relegarla a un simple música de fondo de nuestra conversación.

—¿Cómo se llama quién?

—El ángel que vive en tu casa, por supuesto; el ángel de la guarda de mi nieta.

Tragué, Lucas volvía a tocar con los ojos cerrados. Sus pulgares, índices y anulares

se movían a toda velocidad.

—Bonisú. Boni, le gusta que la llamen Boni.

—Tu hermano opina que es agraciada —posó una mano sobre el hombro derecho

de Lucas quién espío en nuestra dirección. Eleazar soltó un suspiro —una pena que

no sea de los nuestros, ¿no Lucas?

Lucas no respondía. ¿Le había gustado Boni? Ni me imaginé que con aquel escándalo de por medio, mi hermano hubiese tenido la oportunidad de

apreciar de

la belleza que definitivamente, Boni era dueña.

—No me sorprende que Gabriel la llevase a tu casa. No podría ser más evidente que

todavía te ama y que haría cualquier cosa por ti.

No supe que responder a eso. De pronto ya no sabía ni cómo hablar en castellano.

Eleazar aprovechó mi silencio.

—Lo admito, si creí conocer a Gabriel, me equivoqué —soltó una especie de risa y

resoplido que salió por su nariz—. O a lo mejor era como yo creí que era pero ahora cambió. Y... ¿adivina quién es la responsable?

Que me guiñase un ojo elevó por los aires mi vergüenza. En una muy primitiva y

humana reacción, mis mejillas y orejas se tiñeron de rojo.

Sus palabras continuaron manteniéndome muda.

La música de Chopin habló por mí.

—¿Sabes que esa chica defenderá a tu hija incluso frente a los suyos?

Asentí con la cabeza mientras tragaba, creí comenzar a recuperar el habla aunque letras bailoteaban sin sentido dentro de mi cabeza. Deseé que Lucas dijese algo, cualquier cosa.

—Sin que nada más importe. Su vida es tu hija. Me sorprende que aceptase que vinieses sola.

Imaginé que no estaba del todo sola, probablemente Ami debía andar por ahí,

muy

cerca, camuflado en la oscuridad de la noche que ya había caído.

—Es un alivio saber que esa muchacha se encuentra allí para mi nieta, suceda lo que

suceda.

—Sí, lo es —logré articular finalmente—, sobre todo porque últimamente suceden

cosas muy extrañas —acoté envalentonándome, ahora que recuperaba el habla.

—Me alegra que no perdieses tu capacidad de ser sorprendida, el mundo se volvería

un lugar muy aburrido si no la tuvieses. Créeme, sé de qué hablo. Por experiencia.

Comenzaba a pensar que ya nada cambiaría y... Me equivoqué.

—Y yo nunca imaginé que vería a una jovencita poseída por un demonio. Pensé que

esas eran tonterías de las películas de terror.

—Pues ya ves que no —me contestó sonriendo como si nada, sin darse por aludido

en lo más mínimo, de mi indirecta.

La música de Chopin se volvió un tanto ominosa, dando cuenta de que la conversación, cambiaba de términos y tonos.

—Eso no es todo, en la televisión Italiana pasaron hace unos días una noticia muy

particular...

Una media sonrisa tironeó de los labios de mi padre mientras ésta alzaba la frente,

quizá ufano de sí mismo.

—¿Sabes a qué me refiero?

—En ocasiones veo la televisión italiana, es un idioma que me encanta. El idioma de

Dante —recitó igual que si estuviese sobre las tablas de un escenario—. Tu hermano

ya lo habla también —añadió bajándose de las tablas.

Lucas movió la cabeza de arriba abajo.

—*Mi piacerebbe molto andare in Italia.*

—*E lo faremo.* A tu hermana la llevé a un hotel muy bonito allí; la próxima vez tendremos un lugar mucho mejor en el que acomodarnos. Compré una propiedad exquisita en Roma. Un *palazzo*. Ya la conocerán —me miró — espero que así sea.

—Podríamos no desviarnos del tema—. Me importaban un cuerno, sus negocios

inmobiliarios.

—¿Qué tema?

Insistí con la mirada y él se sonrió, le hacía gracia mi exasperación.

—¿Qué es lo que quieres saber?

Se hacía el tonto con mucha destreza. Mi sangre comenzaría a hervir de un momento a otro.

—¿Es que hay algo que tú no sepas?

—No sé, tú dirás.

—Eleazar—. Entoné su nombre con el mayor desprendimiento posible solamente

para molestarlo. Sabía que el simple hecho de que no lo llamase papá, le caía indigesto.

—Esta conversación se pone un tanto tonta... y ofensiva. Soy tu padre, no tengo que

dartte explicaciones.

—Es que me parece que me estás dejando afuera.

—Yo no te deajo afuera, tú te sales.

—Eso no es cierto.

Lucas dijo que sí con la cabeza.

Mi padre se sonrió.

—¿Cuál fue la verdadera razón que te empujó a llamarme? Se sincera.

Miré las manos de mi hermano y luego a Eleazar.

—Temo por mi hija, no quiero que nadie le haga daño, ni los demonios, ni los ángeles.

—Puedo ayudarte con eso —me aseguró con total tranquilidad.

—Lo sé.

—¿Qué más? Ya te lo dije, te noto cambiada.

—Quizá también estoy madurando, igual que Lucas.

—Me alegra oír eso. ¿Cómo vas con tus cosas? ¿Qué tal el fuego y lo demás?

¿Algo nuevo? Imagino que eres capaz de cosas que jamás imaginaste. No debiste subestimar tu otra mitad. Miguel siempre fue capaz de hacer muy buenos trucos.

Bien, en realidad no son trucos, tú sabes—. Me vio con las cejas en alto—.
¿No le

contarás a tu padre ni una palabra? Trajiste a Vicente de regreso, con ayuda de Gabriel sí, pero lo hiciste. Sabes algo, siquiera tienes que decirlo en voz alta.

Lamento que te avergüences así, en cierto modo, todo eso también es parte de mí.

No olvides cual es mi origen.

—¿Lo olvidas tú?

—Ni por un segundo y no me avergüenzo pese a que imagino que tu supones que lo

hago. Cada detalle es de suma importancia, la suma del todo nos hace lo que somos.

Jamás reniegues de eso. Sabes qué —exclamó—, creo que tienes serios problemas a

la hora de aceptar quien eres. No te vendría mal una pizca de libertad de pensamiento hija. Debe ser frustrante reprimirse constantemente.
Enloquecedor.

Lo era.

—No me reprimo —mentí; recién ahora, apenas si comenzaba a intentar soltarme,

lo cual no era nada sencillo. Me daba pánico no tener idea de hasta dónde era capaz

de llegar. Verdadero pánico.

—Mientes. Te conozco. En fin... será que comenzaremos a vivir como una verdadera familia.

—¿Qué implica eso?

—Implica que le permitas a tu padre, darte una mano de vez en cuando. Que confíes

en mí o al menos que intentes confiar en mí.

—Te pido respuestas y no me las das.

—Me pides explicaciones y yo no tengo porque explicarme frente a ti.

—¿Quiero saber qué es lo que sucede?

—¿Y no te lo explique ya?

—¿Guerra? Eso fue lo que dijiste cuando hablamos por teléfono.

—No te gusta la palabra. Sí, en efecto tiene connotaciones oscuras.

—La guerra implica muertes.

—También la vida. La muerte es parte de todo. Mira, si no te gusta el termino lo pondré de otro modo: “es mi momento”. ¿Así te parece mejor? —otra vez, cuadró

los hombros, alzó la frente. Parecía incluso más alto y musculoso que un segundo

atrás.

—¿”Tu momento”?, la verdad es que no. Me da miedo.

—¿A qué le temes?

—A lo que puedas hacer.

—¿Y qué es lo que crees que puedo hacer?

—Acabar con la Tierra.

Eleazar soltó una estruendosa carcajada.

—Mi cielo, eso es ridículo, por qué querría acabar con la Tierra o mejor dicho, con

la vida en este lugar, vivo aquí, amo todo lo que hay aquí. Este mundo es mi pasión

—estiró una mano y me palmeó el brazo—. No seas exagerada.

—¿Entonces?

—Entonces... —Eleazar se sentó junto a Lucas en el banco y comenzó a tocar a la

par de él—. Entonces... que es “mi momento”, es todo. ¿Lo disfrutarías conmigo?

—dijo alzando su rostro hacia mí.

—No suena bien.

—La culpa te invade... —Lucas y él se movían al unísono, sus manos parecían formar parte de un único cuerpo—, cuanto lo lamento. No deberías lamentar existir,

tampoco deberías sentir vergüenza de hacerlo, es ridículo. No tienes culpa.

¿Entiendes que lo único que te pido que hagas por mí, es que simplemente estés a mi

lado? No te he pedido que mates a nadie, siquiera que mientas por mí. Solamente te

pido que seas mi hija. Mis negocios son mis negocios. Tengo planeado un viaje a

Nueva York y me gustaría que vinieses conmigo, que Vicente y tu viniesen conmigo. Lucas también nos acompañará.

El aludido abrió los ojos.

—Vendrás... ¿no? —me preguntó mi hermano.

—Bueno...

—Consúltalo con Vicente y me contestas. Te aseguro que lo pasaremos muy bien.

Fue impactante ver a mi padre y a Lucas tan amalgamados y mimetizados. Lucían como si en realidad hubiesen pasado toda una vida juntos. Por momentos resultaba

escalofriante y en otros, enternecedor. Sí, enternecedor. Lucas tenía un padre y aquello no parecía ni fingido ni falso. Su relación se había afianzado a niveles insospechables y ellos evidentemente lo llevaban de lo mejor. Era yo la que tenía dificultades para aceptar que sí, en efecto los tres compartíamos sangre y que teníamos más que eso en común; ademanes, muecas, gustos, opiniones. Más allá del

Cielo, la Tierra y el Infierno, la genética aquí, era indiscutible. Creacionistas y evolucionistas se harían un festín al contemplarnos a los tres sentados a esta mesa,

disfrutando de una opípara y exquisita cena.

No tuve que formular demasiadas preguntas, de ellos partió la iniciativa de contarme todo lo que habían hecho juntos durante los últimos días. Nada anormal,

vida de turistas, de un padre que quiere dárselo todo a su hijo y de un hijo que quiere que su padre se enorgullezca de él.

Hicieron turismo, Eleazar le enseñó cosas sobre los negocios que tenía alrededor del mundo y para mi sorpresa, le presentó gente... humanos, es decir, con los que él

tiene trato. Lucas me confió que apenas si había visto a otros demonios durante su

ausencia de Buenos Aires. Eso fue un alivio y de eso deduje debía deberse el que Gaspar no hubiese podido rastrearlos; de cualquier modo, me incomodaba el hecho

de que Lucas hubiese estado tanto tiempo fuera sin que nadie pudiese dar con él, tampoco con mi padre. Eso implicaba que en cualquier momento, si mi padre lo deseaba, podía tragárselos la tierra a ambos.

Ante ese miedo, en mi estómago se formó un nudo que me puso muy difícil tragar

el postre.

Por lo demás, fue una cena completamente normal y cada uno de mis intentos por

sonsacarle a mi padre algo más que conversación mundana, fueron completamente

infructuosos; no paró de repetirme que mi única preocupación, debía ser mi hija, que todo lo demás era secundario.

Pasada la media noche, despedimos a Lucas en la puerta del hotel. Mi padre y yo nos quedamos solos, esperando a que trajesen mi auto.

—Fue una muy buena noche —soltó mientras yo me encogía dentro de mi abrigo.

Comenzaba a refrescar. Pescó mi mano derecha y la sostuvo entre las suyas.

—No tenía ni idea de quién era tu madre cuando la conocí, no sabía que era quien

era.

Lo miré, había intentado en sobradas ocasiones hablar de ella con él, totalmente en

vano, y ahora, así de la nada, me lanzaba aquello, igual que quien lanza una granada

a un pobre soldado atrincherado entre barro y tablas húmedas que le provocan dolores, sopor y cansancio.

—Sin embargo creo que ella sí sabía quién era yo —con su mirada buscó la mía—.

Iba a ver ballet muy seguido por aquel entonces. Un buen día la bailarina principal

se accidentó y entonces pusieron a tu madre en reemplazo, ella siquiera formaba parte del ballet estable de aquel teatro. Estoy seguro que pusieron a tu madre allí a propósito. Sabía que ellos me seguían la pista. Me desterraron pero jamás me perdieron pisada y yo por aquellos días iba algo blando y perdido; había bajado la

guardia.

—¿Insinúas que tramaron un plan en tu contra?

Mi mano comenzó a temblar dentro de las tuyas. ¿Lo notaría? Sí.

—Probablemente incluso a espaldas de tu madre; eso jamás lo sabremos.

—¿Miguel?

—El amor entre hermanos puede ser muy grande, eterno, el odio también. ¿Puedo

pedirte algo?

—¿Qué?

—Jamás odies a tu hermano, lo necesitas y él te necesita a ti, incluso más, mucho más de lo que cualquiera de los dos me necesita a mí.

Mi automóvil llegó.

Eleazar se inclinó sobre mí para darme un beso en la mejilla.

—Conduce con cuidado. Buenas noches.

Me quedé viéndolo. Cuando mi padre tenía salidas como la de recién, yo quedaba ingravida sin tener ni la menor idea de qué pensar de él.

—Espero que Vicente quiera viajar. En verdad me haría muy feliz que me acompañasen.

El valet se quedó parado esperando con la puerta abierta de mi automóvil. El motor

continuaba encendido.

—Anda, ve a casa, me llamas cuando tomen una decisión.

Despegar las suelas de mis zapatos de la escalinata de mármol no fue tarea sencilla.

No sé por qué pero simplemente me resultaba muy difícil dejarlo. Por una razón, no

logro especificar cuál, sentí miedo por él y me quedé pensando en qué sentiría si lo

perdiese.

9.

Ella.

—Supongo que no nos haría ningún daño ir. Nos limitaremos a intentar por

todos

los medios, no involucrarnos en nada, además —el portón de la casa de los Salleses, comenzó a abrirse, enseñándonos el camino que ascendía hacia la

propiedad—, ya lo insinuó él, solamente te quiere allí como su hija, en ningún momento te ha pedido que hicieses nada por él.

—Lo sé pero...

El portón estaba totalmente abierto. Vicente hizo ascender el automóvil por el camino.

—No digo que nos fiemos de tu padre ciegamente; eso sería por demás estúpido.

Solamente digo que deberías darle una oportunidad.

—Quisiera saber qué trama.

—No podrías, por una vez, simplemente dejarlo estar.

—¿Dejarlo estar? Mi padre habló de guerra.

Vicente resopló.

—Eliza, tu padre está en guerra con el Cielo desde que el mundo es mundo. Es parte

de su vida, es su modo de vivir. Nada cambiará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No lo estoy, simplemente digo que procures por una vez, no meterte de cabeza en

el ojo de la tormenta, completamente adrede. Podrías intentar vivir el embarazo en

paz, para que podamos disfrutarlo como otros padres ¿no crees? Espero que no heredaras de él, esa necesidad de estar siempre buscando problemas.
Sinceramente

dudo que él sea feliz viviendo así.

—No es que yo...

—Infinidad de veces discutimos esto. Podrías cambiar la cara e intentar disfrutar la

noche. Nuestros amigos nos invitaron a cenar y por primera vez en mucho tiempo,

hacemos algo como pareja.

—Anežka está en la casa con los demás.

—Lo sé, lo que digo es que... seamos solamente nosotros sin todos los líos por una

vez. ¿Podríamos? Creo que sería grandioso viajar. Podríamos pasear, ir a museos,

cenar solamente nosotros dos en un lugar bonito y tranquilo sin otros demonios o

ángeles.

Me pregunté si Boni sedería así sin más el separase de Emilia por nos días.

Los faros del auto iluminaron la curva del camino y luego la explanada frente a la

casa.

Las cocheras estaban todas ocupadas, las motocicletas de Julián por todas partes (cuanto extrañaba subirme a una de aquellas bestias, tenía un par de meses mirando

la mía con cariño y desde muy de lejos, extrañaba su velocidad y potencia, y el vértigo que me provocaba conducirla).

La casa nos recibió bellamente iluminada como siempre, con su parque de cuento de hadas rodeándola.

Gaspar se encontraba frente a la puerta esperándonos. Sonreía.

—Podemos —le contesté a Vicente—. Mañana mismo llamaré a Eleazar para comunicarle que aceptamos su invitación.

El rostro de Vicente se iluminó. Los ojos le brillaban. Detuvo el automóvil, se estiró y me besó rápidamente sobre los labios.

—Lo disfrutaremos.

Yo tenía mis serias dudas, no por él, sino porque mi padre lo arruinase todo con alguna de las suyas.

Gaspar caminó hasta mi puerta y la abrió.

—Buenas noches. Bienvenidos a casa.

En cuanto salí me rodeó con sus brazos.

—Es tan bueno tener a toda la familia aquí.

Vicente llegó a nosotros. Gaspar me soltó y ellos se saludaron, no como un saludo

de siempre, Gaspar también lo abrazó y le brindó unas potentes y cariñosas palmadas en la espalda. La cabeza del clan Salleses era una persona demostrativa pero no tanto. Esta noche exudaba felicidad y cariño. Me pregunté a qué se debía,

¿sería por la inminencia de la fiesta de compromiso de Julián?

—Será una gran noche —entonó soltándolo.

—Sí, claro —soltó Vicente medio sin gracia lanzándome una mirada de desconcierto—. ¿Todo bien?

Gaspar asintió con la cabeza.

Vicente lanzó una mirada en dirección a la puerta. Noté que se le fruncía el entrecejo y el gris de sus ojos se endurecía otra vez, igual que acero fraguando.

Gaspar le sonrió.

—Todos están dentro, nos esperan. ¿Entramos?

—Sí, claro —contestó Vicente.

Gaspar abrió la puerta. No escuché voces ni logré ver a nadie. La iluminación en el

interior era muy tenue. Noté que había velas por todos lados y la casa se veía más

linda que nunca. Me pareció raro no ver a nadie, supuse deberían estar todos en la

cocina, ese era el corazón de este hogar, el lugar de reunión de la familia.

Gaspar entró y yo tras él y de pronto sentí que Vicente no nos acompañaba. Me volví y lo vi parado bajo el umbral de la puerta, con una mueca extraña en el rostro.

—¿Qué?

Parpadeó varias veces y se apartó el cuello de la camisa como si tuviese calor, o mejor dicho, como si la camisa estuviese ahorcándolo. Cuando volví la vista a su rostro noté que se mordía el labio inferior.

—¿Estás bien? —no me lo parecía.

No contestó ni que sí, ni que no, simplemente se echó a andar otra vez, cuando llegó

a mí me dijo que no era nada. Me costó creerle pero tampoco tenía motivos para sospechar.

—Vamos, vengan—. La puerta del comedor se hallaba cerrada y desde la entrada, nos llamaba Gaspar.

Caminábamos hacia él cuando súbitamente Vicente se prendió de mi mano izquierda

apretujando mis dedos tanto, me hacía daño.

Las palabras no me salieron, simplemente lo miré. Sentía mi frente tensa y la garganta cerrada y él no se veía nada mejor, si hasta creo, se había puesto pálido.

No llegué a preguntarle qué iba mal. Gaspar abrió la puerta y empujó a Vicente hacia adelante. Estaba todo oscuro y de repente sonó un grito conformado por un coro de voces accionando al unísono.

—¡Sorpresa! —chilló el coro de voces felices.

Se hizo la luz.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron.

Lo primero que vi fue mucho color. Globos, guirnaldas, confeti sobre la mesa, servilletas de colores, *cupcakes*. Bandejas y bandejas con todas las cosas que suelen servirse en los cumpleaños. La mesa era un espectáculo. Divertida, simpática. Me habría detenido más en admirarla de no ser porque la mano de Vicente apretaba tanto mi mano que comenzaba a cortarme la circulación.

—Vicente.

Lo miré. Me dedicó una muy patente e inequívoca cara de horror. Soltó mi mano.

Desvió la vista de mí, sus ojos fueron directo hacia...

Seguí la dirección de su mirada.

Lo primero que creí fue que alucinaba.

Ella.

Ella —repetí dentro de mi cabeza una y otra vez.

Eva. Eva enfundada en un vestido de satén del color del vino borgoña que se ajustaba a la perfección a las curvas de su cuerpo igual que un guante a una mano.

De por sí, era más alta que yo, pero hoy por hoy, con los zapatos que lucía debía estar tan alta cuanto lo era Vicente.

Su melena era una lluvia de hondas castaño oscuras que enmarcaba su rostro lechoso, el cual había maquillado con sombra oscura, por lo que sus ojos verdes lucían un aspecto de lo más misterioso y seductor, y era capaz de llevar labial rojo

con una elegancia envidiable.

Allí, parada entre sus hermanos, nos observaba sin perder la sonrisa.

Ok, no era la primera vez que la tenía en frente; es que no esperaba verla hoy, es más, creí... confiaba en que nunca más tuviese que pararme frente a ella. Me la habían presentado pero no habíamos cruzado más de dos o tres palabras.

¿Qué hacía ella aquí? ¿Qué era todo esto? El cumpleaños de Vicente había sido unos

días atrás y lo habíamos celebrado en casa sin mayores pompas. A Vicente no le gustaba festejar su cumpleaños. Simplemente habíamos cenado con Boni y Anežka.

Todos habían llamado para desearle feliz cumpleaños y allí había acabado todo.

Incluso siquiera me permitió que le regalase nada y ahora... a un costado sobre una

mesa había una pila de regalos.

—Feliz cumpleaños —Gaspar le dio unas palmadas en la espalda—. Ciento

cincuenta y cinco años no se cumplen todos los días.

—No podíamos pasar por alto el evento —Julián se le acercó y lo abrazó.

La mano de Vicente volvió a pegarse a la mía. Lo sentí rígido, incómodo. Es más,

creo que había parado de respirar. Lo peor del caso es que su agarre tenía el gusto

del de alguien que pide socorro y yo no tenía ni la menor idea de cómo ayudarlo

con esto puesto que estaba tanto o más sorprendida que él.

—Feliz cumpleaños, viejo —añadió Julián al soltarlo.

—Feliz cumpleaños —le deseó Petra.

—Felicidades, Vicente —lo saludó Diogo.

—Feliz cumpleaños. Que estos tontos no te amarguen, todavía eres un crío —
Sofía

le sonrió.

Massimo, Leandro, Kumiko y Anežka se acercaron a felicitarlo. Solamente restaba

ella y todos lo sabían. De repente se hizo silencio. Se cruzaron incómodas miradas.

Los tacos de Eva resonaron contra el piso de madera cuando ella comenzó a moverse en nuestra dirección, lentamente, desplegando toda su entidad, sabedora de

que era el centro de todas las miradas.

La mano de Vicente empezó a arder.

Eva se detuvo a pocos pasos de nuestros pies y le sonrió a Vicente, siquiera registrando mi presencia.

—Feliz cumpleaños, Vicente —entonó con su voz suave y agradable, cargada con un acento fuerte que le otorgaba rotundidad a cada una de sus palabras. Eva dio un

paso al frente, luego otro...

La mano de Vicente comenzó a temblar.

Ella se inclinó sobre él, posó sus manos sobre los hombros de él y le dio un beso en

la mejilla izquierda. El otro lado del rostro de Vicente quedó todo para mí, por eso

pude ver como se descomponían sus facciones.

Vicente soltó mi mano y por un momento experimenté el más puro terror creyendo

que lo perdía frente ella. Vicente usó ambas manos para quitarse las de Eva de encima. Inspiró hondo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué significa todo esto?

—Fue mi idea —contestó Eva alzando la cabeza impidiéndole a Gaspar hablar. Este

último se quedó con la boca abierta—. Te mereces un buen festejo. Ignorar que es tu

cumpleaños no tiene ningún sentido. ¿A quién pretendes engañar? Todos sabemos que cuentas muy bien cada año que llevas vivido. Por qué deberías avergonzarte de

estar vivo, de llevar gran parte de esa vida, siendo un demonio. Eres algo tan grande... —le sonrió—. Y tan complicado. Hazte un favor a ti mismo, de una

buena

vez y no seas tan modesto—. Movi6 sus ojos hasta m6, me observ6 por un segundo

y luego regres6 su mirada esmeralda a Vicente—. Deber6as intentar ser un poco m6s feliz.

Las implicaciones de esa 6ltima frase suya, dieron en mi pecho cual flecha lanzada

con incre6ible precisi6n.

—Soy feliz, m6s de lo que puedas imaginar y de un modo que jams comprender6as

—la voz le temblaba—, por eso imagino dijiste lo que dijiste. No lo comprendes.

Sabes muy bien que jams me gust6 festejar mi cumplea6os, siguiera cuando era humano—. Vicente mir6 a los dem6s—. No es buena idea.

Vicente hizo el adem6n de alejarse pero Gaspar lo detuvo tom6ndolo por un brazo.

—Vicente, te puedo asegurar que no hubo mala intenci6n aqu6, simplemente quer6amos darte una agradable sorpresa. S6, fue idea de Eva sin embargo todos estuvimos de acuerdo, somos una familia, quer6amos demostrarte que nos tienes aqu6 para ti, para ambos —a6adi6 mir6ndome a los ojos—. No lo hicimos para molestarte. Eso era lo 6ltimo que dese6bamos.

—S6 te molesta soplar ciento cincuenta y cinco velitas, te prometo no las podremos

sobre la torta —brome6 Juli6n intentando conciliar.

—Es que estamos un tanto melanc6licos por estos d6as —enton6 Leandro dando un

paso al frente. Todos nos ponemos viejos y cuando uno se pone viejo, quiere rodearse de su familia y seres queridos.

—Yo no me pongo viejo —soltó Massimo —estoy cada día más joven.

—Culpa a la boda —sonrió Kumiko apuntando con la cabeza a los tomados de la mano Petra y Julián—, estamos todos un tanto más sensibles.

Vi que Eva ponía los ojos en blanco, los demás no la vieron, Vicente y yo sí; él le

disparó una mirada asesina, ella en respuesta, le sonrió ampliamente, parpadeando

lentamente, de un modo increíblemente seductor. Su mirada desprendía un embrujo

empalagoso y pegajoso, igual que los hilos de una telaraña.

—Es solamente una fiesta de cumpleaños. No matamos nadie. Queríamos darte una

agradable sorpresa, pasar un rato todos juntos, como en los viejos tiempos cuando

éramos solamente nosotros.

Eso me dejaba a mí afuera.

Otra vez me dieron ganas de arrancarle la cabeza.

Como si reaccionase ante mis pensamientos, Vicente se aproximó otra vez a mí, y

me tomó de la mano.

—Las cosas no son como antes y nunca lo serán, por suerte. Vivir ciento cincuenta

y cinco antes te ensaña muchas cosas, Eva. Nada es como era antes y eso es una suerte. Todo cambia.

—Sí, todo cambia. Jamás puedes dar nada por sentado. Todo cambia—. Chasqueó los dedos frente al rostro de Vicente—. Lo que ahora tienes, puede desaparecer en

un segundo. Así es la vida con todos, una perra, incluso con los demonios.

No sé por qué, aquello me sonó a amenaza. Quizá simplemente estuviese demasiado

susceptible; su presencia y el rechazo de Vicente hacia ella me tenían más que permeable a todo lo que sucedía a mi alrededor, por no hablar de mi embarazo, el

cual me mantenía en la cuerda floja todo el condenado tiempo.

—Nuestra intención era disfrutar de una agradable velada en familia.

Intuí que lo que en realidad le molestaba a Vicente no era la fiesta de cumpleaños. El modo en que miró a Eva me impresionó; si intentaba disimular su disgusto no le funcionaba. Creí ver a alguien que una vez amó a alguien; a alguien que quizá en realidad no existiese en verdad, a alguien que solamente había idealizado,

imaginado para su propio bien, para no salir más herido, para sostener una situación casi insostenible, para intentar dar valor a una decisión que cambiaría por siempre su existencia.

Apartó sus ojos de ella y miró a Gaspar.

—Claro.

Gaspar sonrió; alguien suspiró aliviado. Noté que la tensión que invadía el comedor

comenzaba a aflojar.

—Magnífico —Massimo aplaudió—. Podremos sentarnos a cenar en paz que me

muerdo de hambre y la comida de Diogo como siempre, huele a las mil maravillas.

Todos comenzaron a alejarse en dirección a la mesa, algunos hacia la cocina, siguiendo a Diogo quien de seguro iba a por más comida.

—Creí que al menos te alegraría un poco verme —Eva le sonrió a Vicente—, un poquito. No pedía demasiado.

—No entiendo que haces aquí.

—Regresé para estar con mi familia.

Vicente negó con la cabeza.

—Mi hermano va a comprometerse.

Vicente mantuvo su mala cara.

—Tengo todo el derecho del mundo de estar aquí, al igual que tú, además... creí habíamos hecho las paces, después de todo lo que hice por ti —los ojos de Eva se

movieron hasta mí; entornados, bajaron por mi torso hasta mi vientre—. Por cierto... felicidades a ambos. ¿Una niña? Por ahí escuché que la llamarán Emilia. Es

un nombre muy bonito—. Sus ojos ascendieron hasta los míos—. Felicidades, Eliza—. Dijo dirigiéndose a mí por primera vez—. Es todo un milagro. Una

bendición supongo.

¿Suponía?

—Mis hermanas están sumamente emocionadas por convertirse en tías.

Y ni bien lo dijo, comprendí que ella también lo sería. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Quién lo diría. Seguramente tu padre está inmensamente feliz. ¿Lo sabe, no?

Imagino que sí, dudo que eso pueda escapársele. Ha de ser un evento muy significativo para él, de hecho, lo es para todos nosotros, como especie. Algo grandioso, único, que demuestra lo mucho que podemos evolucionar, un atisbo de

lo que podríamos llegar a ser.

—No somos una especie —gruñó Vicente.

Eva sonrió.

—Sí que lo somos, una muy particular. Estás muy malhumorado y no solías ser así.

Es una pena, eras más divertido antes.

Eva giró sobre sus talones y nos dio la espalda para alejarse en dirección a sus hermanas, bamboleando su cuerpo en una explosión de femineidad que dudaba yo

hubiese tenido jamás. Sofia y Kumiko acomodaban unas bandejas sobre la mesa.

Verla andar era como observar a una leona en plena sabana, provocaba miedo y al

mismo tiempo fascinación.

—No le hagas caso —entonó Vicente y me sonó muy poco convencido. Resultaba

imposible no hacerle caso a Eva, dejar de mirarla era increíblemente difícil.

Me pregunté si el consejo era para mí, o para sí mismo.

—Ignórala.

Como si eso fuese tan sencillo. ¿Podría él?

—Hay tantas cosas en este mundo que están mal —su mano izquierda voló hasta cubrir la mía, la cual tenía asida con su mano derecha—, pero aquí hay un trozo de

perfección. Esto lo compensa todo, incluso los malditos ciento cincuenta y cinco años —me sonrió—. Lo vales todo... ustedes lo valen.

Entendí que se refería a Emilia.

Diogo preparó de cenar los platos preferidos de Vicente para agasajarlo y todos intentaban ser graciosos mostrando más espíritu del que normalmente desplegaban,

sin embargo, no daba el efecto que ellos pretendían, todo lo contrario, se notaba que se esforzaban por no permitir que se formase ni un solo silencio, que la conversación decayese en temas que llevarían a discusión. Lo que podría haber sido

una agradable cena familiar fue una situación incómoda que intentó disimularse sin

demasiado éxito.

Eva se mantuvo en el otro extremo de la mesa, apenas si intervino en las conversaciones en voz alta; sí, habló entre susurros con sus hermanos y hermanos,

lo cual me sorprendió, creí que ella sería más... ¿apabullante? Que intentaría atraer

la atención hacia su persona soltando comentarios inteligentes o algo así; no lo hizo, de cualquier modo, obtuvo de Vicente más atención de la que a mí me hubiese

gustado ver que recibía. Cada tanto, entre distracción y distracción mía, cuando hablaba con Gaspar o con Diogo, me percataba, a veces viéndolos por el rabillo del

ojo, que intercambiaban fuertes miradas, silencios cuyo significado se me escapaba.

Quedarme fuera de eso era una tortura, si hasta me daba la impresión de que eran

capaces de conectarse mentalmente como Lucas y yo. Por más que intentase

ignorarlos todo, la relación entre ambos había sido demasiado larga y ellos se conocían muy bien, el uno al otro. Su relación había terminado pero no por eso, el

pasado quedaba borrado. Nada de eso. Algo tan intenso deja sus marcas... marcas

indelebles que se meten en tu carne, en tu sangre, en tus huesos. Vicente me había contado que aquella intensidad había sido más para mal, que para bien, más de un

setenta por ciento del tiempo había sido para mal; sin embargo algo era real, él la

había amado mucho y restaba ese intenso y miserable treinta por ciento en el que probablemente fue muy feliz a su lado. Si se habían amado con el mismo ímpetu con la que se habían odiado...

Entre ellos existía una unión que jamás existiría entre Vicente y yo, así como Vicente jamás tendría con ella lo que hoy por hoy, tenía conmigo. Comparar relaciones es fastidioso e insoportable, sin embargo no lograba ponerle freno a mis

insanos pensamientos. Mi masoquismo me llevó a pensar que quizá, de no ser por

mi aparición en escena, hoy por hoy ellos estarían otra vez juntos, después de

todo

su relación había sido siempre así, de idas y venidas durante más de cien años.

Eso es demasiado tiempo para una relación, para una persona. ¿Lo sería para el amor?

...

—Me alegro que te gustase la cena. Es un alivio verte comer. Te noto más delgada.

—No Diogo, estoy bien.

—Se la ve bien y saludable —entonó Kumiko con una sonrisa quitándome la bandeja de las manos para pasársela a Diogo, quien un segundo más tarde la metería en el lavavajillas con el resto de las cosas que se utilizaron durante la cena.

—Bien, de cualquier modo todavía falta la torta.

—Si cree que se va a salvar de que le cantemos el feliz cumpleaños se equivoca.

Diogo rió, yo simplemente sonreí, a todos los integrantes del clan se los notaba felices, despreocupados ahora que pasara sin mayores pesares, el primer momento

de la llegada de Eva. Sin duda, reunirse al completo de su nómina los tenía del mejor humor. A mí no me pasaba lo mismo. Era un pensamiento egoísta sí, hubiese

preferido que Eva se quedase donde fuese que había estado hasta hora.

—Regresa a la mesa, nosotros iremos en un momento con el champagne y la torta.

—¿No necesitan que los ayude en nada más?

—No, ve, descansa.

—Estoy descansada, Diogo. No necesito pasar todo el tiempo sentada. Estoy bien. Él

me cuidaba como si de un día para el otro me hubiese transformado en delicadísima

porcelana—. De hecho necesitaba estirar un poco las piernas—. Y pasar por el baño, sentía la vejiga como si estuviese a punto de estallarme... y qué ganas tenía de

beber una copa de champagne.

Me llevé ambas manos al vientre, Emilia estaba tranquila y quieta, probablemente dormía.

—¿Todo bien?

Le contesté a Diogo que sí con la cabeza.

—Nunca fui muy amante del champagne pero de pronto me dan ganas de beber una

buena copa.

—En un par de meses —me respondió él sin perder la sonrisa.

Quizá frente a otras personas hubiese soltado algo sobre algunas de las bondades —

irónicamente hablando— de estar embarazada, pero nadie en esta casa podía tener

hijos de modo que me parecía un tanto egoísta y desagradecido, quejarme por no poder beber alcohol o por tener que ir al baño cada cinco minutos.

—Me dan un momento antes de llevar la torta. Tengo que pasar por el toilette.

—Claro, claro.

Kumiko soltó una carcajada. Diogo la miró como reprendiéndola —con todo ese cariño suyo que sabía dispersar a su alrededor y para sus seres queridos, claro está

—, con aquellos ojos del tono de la tierra húmeda y fragante después de la lluvia.

Los dejé en la cocina terminando y salí al pasillo en penumbras.

Iba a doblar hacia mi derecha para encaminarme al toilette cuando sentí un cosquilleo en la nuca. Retrocedí un paso y asomé la cabeza hacia el pasillo transversal que cortaba en dos el jardín interior de la propiedad lo cual transformaba aquel espacio verde en dos enormes peceras sin peces pero con una impresionante variedad de flora que no parecía de este mundo. La luz de la luna iluminaba el jardín y me distraje con su resplandor, sin embargo fue una fuente de

luz muy distinta la que atrajo mi atención. Sabía de dónde provenía.

Avancé por el pasillo. Tenía piel de gallina en los brazos y el cosquilleo en mi nuca se resistía a pasar.

—Creí que jugabas cuando decías que volverías.

La voz de Vicente hizo que me frenase en seco a mitad de camino, en medio de aquella pecera partida en dos por una pasarela de cristal. La cena trepó por mi garganta de un modo tal que creí vomitaría. Con ambas manos, me tapé la nariz y la

boca.

Los pasos de Vicente y los tacones que lo seguían, también hicieron un alto.

—Agradecería que tomases en serio mis palabras —le contestó ella.

—¿Cómo podría? Jamás debí hacerlo.

—Las personas cambian Vicente.

—Los demonios no, menos los que son como tú.

—Te equivocas. Nada más mírate. Por fuera pareces el mismo... solamente lo pareces; sí que cambiaste. ¿O no? Y lo que enseñas es una fachada ridícula. Muy bien concretada por cierto, pero ridícula al fin. El caso es que conmigo no resulta,

querido. Te conozco—. Eva hizo una pausa—. Si los demonios no cambian, entonces tú no cambiaste y continuas siendo el mismo que eras cuando me topé conmigo, lo que dejaría en evidencia que lo que representas no es más que una magnífica actuación. Felicidades por eso, te has convertido en un experto.

Imagino que tu actitud te será de mucha utilidad. Ahora debes ocuparte de asuntos mucho más emocionantes, nada de almas de patéticos seres humanos. Las que caen

en tus manos seguro son almas que te granjean muchos beneficios.

—¡No actuó! —lanzó interrumpiéndola. Su voz continuó siendo un susurro solo que más enérgico y siseante.

—Como sea, no mentía. Dije que regresaría y aquí estoy. Es tu problema, no el mío,

si no quieres creer en lo que digo—. Se hizo un silencio y luego Eva continuó —.

Todo lo demás también era cierto. No jugaba. Se terminaron los juegos y de una vez por todas. Ahora es en serio Vicente.

No me gustó ni un poco como sonó eso último sobre todo porque de la conversación deducía que Vicente y ella habían estado en comunicación y él

no me

había contado ni una palabra al respecto. ¿Por qué no?

Los jugos gástricos subían y bajaban por mi garganta.

—¿Por qué no me contaste que está esperando un hijo? De mi padre no me

sorprende, él es demasiado reservado pero... ¿y nosotros?, recuerda, según tú, seguimos siendo los mismos. Somos los mismos. Te veo a los ojos y siento que no

ha pasado ni un solo día. Es como ayer, como fue siempre.

—Tú eres la misma, yo no.

—Tus mentiras no surten efecto en mí. Si mal no recuerdo, más de una vez mencionaste que jamás querías tener niños. Que los aborrecías, que no habías nacido para armar una familia, que odiabas todo eso. Recuerdo cuanto te irritaba cada vez que íbamos a comer o a pasear y había alguien con sus niños, y esos revoltosos armaban escándalos y demás; te ponías de tan mal humor que era gracioso verte, con el ceño fruncido, tironeando de tu cabello, apretando los labios

—. Eva rió suavemente—. Me daban ganas de comerte a besos, de arrastrarte a nuestra cama. Qué tiempos aquellos... imposibles de olvidar.

Quedé paralizada ante sus palabras.

—Imagino que no fue planeado, ¿o sí? —Continuó Eva—. Bueno, ninguno de nosotros puede tener hijos, o al menos ninguno de nosotros podía. Ella es distinta.

—Acaba con eso.

—¿En verdad te convertirás en padre?

—Ya soy padre.

—Todavía no nace, falta mucho para eso.

—Ignoraré lo que acabas de decir porque proviene de ti y no sé por qué me sorprende. Eres un cubo de hielo.

—No, no lo soy —rió ella—. Imagino que a pesar de la edad, todavía tienes presente los buenos momentos. No soy un cubo de hielo y tú tampoco jamás lo fuiste. Gracias al cielo por eso. ¿Lo recuerdas? —Sonó pícaro—. Seguro que sí.

Dudo que sea algo que se pueda olvidar. Yo no olvido. Sabes una cosa, algunas veces me encuentro rememorando nuestros mejores momentos... ¿recuerdas

Venecia? Eso sí que fue increíble, por supuesto que lo recuerdas. A la mañana siguiente todos en el hotel nos miraban y tú y yo simplemente no podíamos parar de

reír. Fue tan cómico. Los empleados del hotel no entendían qué había sucedido en aquel cuarto. La cuenta de nuestra estadía fue una pequeña fortuna—. Eva comenzó

a reír otra vez.

Decir que tenía ganas de salir de mi escondite y matarla, es poco.

—¡Cierra la boca! —estalló Vicente, interrumpiendo su risa.

—Vicente... —Eva estiró hasta lo indecible, cada letra, pronunciándola con una voz

suntuosa—. Seguimos siendo tú y yo, los mismos de siempre—. Pausa y unos

pasos... de ella, probablemente aproximándosele—. Bien, lo lamento, debí avisarte

que vendría. Fue una sorpresa.

—Una de muy mal gusto. ¿El festejo de cumpleaños lo organizaste

simplemente para molestarme?

—No seas tonto, somos tu familia.

—No intentes manipularme.

—No es eso, Vicente, simplemente quería sorprenderte; después de todo, pensé que

te alegraría que nos viésemos la cara. Llevamos un mes hablando por teléfono...

eso debió significar alguna cosa ¿no? Creí que era momento de dar el siguiente paso.

—No así.

—Se siente bien estar en casa —entonó ella luego de deambular por el piso de madera con sus tacones.

—No tengo ningún derecho a prohibirte regresar, es tu casa, son tus hermanos...

—Nosotros somos familia.

—Es un momento complicado para Eliza.

—Está embarazada es todo. No seas condescendiente con ella. No se morirá por ver

a la mujer que fue el amor de la vida de su esposo.

—Ella es el amor de mi vida.

—Tú cambiaste por mí, no por ella.

Las palabras de Eva se metieron en mi sangre y lo contaminaron todo, cual si fuesen el más poderoso veneno. Eso era así de cierto, así de rotundo e innegable, algo que nadie podría cambiar jamás, algo que siquiera nuestro

amor tenía el poder

de cambiar.

—Sí, cambié por ti, pero si estoy vivo, es por ella. De haber continuado de juntos,

uno de los dos, o los dos, habríamos terminado muertos.

—No seas melodramático. Míranos ahora... más maduros, centrados.

—Tú sigues haciendo las mismas cosas. Siempre supiste a la perfección que odio festejar mi cumpleaños, simplemente necesitabas montar un espectáculo para

molestarla.

—No digas tonterías, te ayudé mucho más que nadie en esta casa a mantenerla con

vida, para salvarla. He estado ahí para ti, para ayudarla, cada vez que me lo pediste sin poner ni un solo pero, mediante.

—Te lo agradecí y te lo agradezco, y ahora te pido que termines con esto. Si quieres

que seamos amigos lo seremos—. Escuché que Vicente daba unos pasos—. No me

des ni un motivo, Eva, porque no respondo de mí mismo.

—Y tu pago por lo que hice es amenazarme. ¡Qué agradecido! Por lo visto en verdad no cambiaste ni un ápice. ¿Tiene idea ella de cuan ególatra eras, de lo miserable y egoísta... de tus ansias de poder, de lo bien que te sentaba tu don? ¿Le

contaste sobre la sangre que mojó tus manos, de las cosas que en realidad tu corazón desea?

—Lo único que hoy por hoy desea mi corazón, es salud y bienestar para mi hija y

mi esposa. De pagar mis pecados ya me ocuparé cuando me llegue la hora. Ten por

seguro que no escaparé a mis responsabilidades.

—¿Esa faceta de abnegado es nueva? ¿Qué opina tu suegro de eso? Podrías presentármelo, seguro que estaría muy interesado en escuchar las historias que puedo contarle sobre ti.

—¿Vicente?

La voz de Gaspar llamándolo me hizo dar un respingo.

—¿Eva? ¿Qué sucede aquí?

Gaspar había llegado a dónde se encontraban.

—¿Está todo bien?

—Muy bien —le contestó Eva en tono despreocupada—. Vicente y yo nos poníamos

al día.

—Kumiko llegó con el champagne. Diogo está por llegar con la torta.

—¿Torta?

—Te compré los números, no iba a hacerte soplar ciento cincuenta y cinco velitas.

La vendedora se quedó viéndome muy seria cuando le pedí las velas, de seguro su

pequeño cerebro de humana siquiera alcanzó a imaginar esta situación.

—Eva, no hables así.

—Era una broma.

—No tiene gracia —dijo Gaspar—. Adelántate, Vicente. Eliza está en el baño y regresará a la mesa en cualquier momento.

Vicente se alejó, yo no me moví de mi lugar.

—No lo hagas, Eva. Vicente por fin encontró un poco de paz.

—¿Paz? Lo único que encontró es un agujero muy oscuro y estrecho dentro del cual esconderse y tarde o temprano acabará sofocado y deseoso por salir, por ser

quien era. Lo sabes, ese de ahí no es Vicente, no al menos al completo. Se engaña a

sí mismo.

—Vicente está feliz.

—¡¿Feliz?! Está reprimido, aterrado y no tiene ni la menor idea de qué hacer. No lo

estoy inventado, me lo dijo —pausa—. Nos hablamos desde hace un tiempo, fue él

quien me llamó, necesitaba una guía. Perdió a Ariel...

—Sé muy bien que ya no tiene maestro.

—Esa responsabilidad siempre me cupo a mí.

—Jamás pudiste ni podrás con esa responsabilidad.

—Pasaron más de cien años, Gaspar. He aprendido muchas cosas y vivido otras tantas. No volveré a equivocarme. Estoy aquí para él.

—Bien, magnífico pero no te entrometas entre ellos.

—Eso dependerá de Vicente, no de mí.

—Eva, por favor, compórtate.

Estiré el cuello y vi a Eva inclinarse hacia adelante para besar la mejilla de su padre adoptivo.

—Todo saldrá bien. Estaremos bien, seremos una familia otra vez.

—Ojalá así sea.

—Ahora vamos que quiero fotografiarlo soplando las velitas. Será algo que quede

para la posteridad.

—Como un buen recuerdo, espero.

—El primero de muchos, mucho mejores. Ya lo verás.

Sin añadir nada más, se alejaron y cuando me pareció que se encontraban lo suficientemente lejos, corrí al baño.

La voz de Eva todavía repiqueteaba en mis oídos cuando cerré la puerta detrás de mí.

El baño estaba a oscuras, igual que mi mente.

Fui increíblemente consciente de la sangre moviéndose por mis venas ante los empujones que le propinaba las válvulas de mi corazón, las cuales siquiera tenían la

necesidad de funcionar. Tampoco necesitaba de mis pulmones.

Paré de respirar.

La sensación era extraña pero no me traería consecuencia alguna y eso era lo

más

desconcertante de todo.

A tientas caminé hasta la bacha y me aferré de ésta. Alcé la cabeza y luego una mano, hasta dónde creí, estaba el espejo.

Mi mano sobre el espejo se encendió de fuego e iluminó mi rostro y el baño igual

que una antorcha en una caverna.

Vicente cambió por ella y yo por él; no habíamos sido el uno para el otro y esos ciento y tantos años del pasado suyo que no compartimos, tenían el precio de un camino intransitable que te impide arribar a destino.

...

Alguien vino por mí, unos minutos después. Siquiera recuerdo quién fue que llamó

a la puerta.

El dolor y el desconcierto formó una coraza a mi alrededor que impidió que lo que

sentía y pensaba, saliese de mí, también mantuvo a dos palmos de mí, el resto de los

hechos que se sucedieron esa noche.

El feliz cumpleaños cantado por el clan, primero en castellano y luego en cada uno

de los idiomas nativos de los integrantes de la familia, a modo de broma y hasta que

de las velas de la torta, apenas si quedase algo que quemar.

Sinceramente no sé si logré cantar ni una sola tonada, tampoco estoy segura de haber alzado una copa o brindado con él. Sé que quedé al otro lado de la mesa y que

desde donde me encontraba podía verla a ella muy bien, y también a él. Fueron pocas y muy fugaces las miradas que intercambiaron y de cualquier modo, me desesperó quedarme afuera de lo que encerraban.

Lo peor de la situación no era que él llevaba un mes en comunicación con ella, siquiera que no me había contado de dicho acercamiento, lo más tortuoso de todo

era que me sentía incapaz de enfrentarlo, ¿por qué? Porque intuía que de modo alguno, yo lograría ser capaz de hacer por él, lo que Eva podía hacer por él. Y no

llegaba, siquiera alcanzaba a comprender la experiencia de ambos como demonios.

Si Vicente necesitaba una guía, mis pensamientos y sentimientos no serían más que

un mapa en blanco, sin carreteras, sin marcas de puntos de interés o advertencias sobre zonas peligrosas.

Si por un momento dudase de su amor, ya no estaría aquí y tampoco le permitiría a

él, continuar a mi lado. No era eso lo que fallaba. Continuábamos siendo los mismos de siempre sólo que yo terminaba de similar que muchas cosas de su vida,

quedaban simplemente fuera del alcance de mi mano.

Amar a alguien implica muchas cosas. El deseo de ayudar a quien amas cuando te

necesita, poder apoyarlo, hacer algo por él es una de las cosas más significativas.

Obsoleta igual que ese mapa en blanco.

Me tomó de la mano y me preguntó si todo estaba bien.

No tuve el coraje de entonar su nombre y le contesté que sí con la cabeza.

—No habría sobrevivido a eso de no ser por ti —me sonrió después de desviar la

vista de la calle desierta—. La última vez que festejé un cumpleaños de este modo,

las tortas se horneaban en hornos de leña o carbón. Lamento lo de Eva. No le prestes atención a su necesidad de ser el centro de atención. Es el único modo que

conoce de sociabilizar. Si es que puede llamárselo así. Es una pena que todos los años que lleva vividos no le alcanzaran para comprender el verdadero valor la vida.

Las cosas que realmente importan —le dio un apretón a mi mano—. No son los espectáculos y los sucesos grandilocuentes, tampoco las guerras ganadas, siquiera

las pulseadas. No importa cuántas veces pierdas o ganes, si no las razones por las

que luchas. Tú eres mi razón de luchar, el motivo por el que soporto celebraciones

de cumpleaños —me sonrió—, incluso mi propia consciencia, mi vergüenza y mi

ego. El motivo por el que me atrevo a pensar que todavía me merezco unos años más en esta Tierra cuando en realidad no es así, ya que viví más tiempo del que debería serle permitido a cualquiera... más, mucho más del que jamás merecí. No

entiendo por qué Dios te puso en mi camino. No te merezco. Estoy tan, tan agradecido de tenerte conmigo. Mi vida vale por estos últimos años —a la luz roja

del semáforo, vi los ojos de Vicente llenarse de lágrimas —antes de conocerte no

era nada ni nadie.

Le devolví el apretón a su mano, en esto sí podía ayudarlo porque era lo mismo que

yo había sentido y que todavía hoy, creía.

—No es cierto, eras alguien, solamente que no querías verlo, no fui más que un espejo en que te reflejaste y te viste, igual que yo me veo en ti.

Vicente alzó mi mano y estampó un beso sobre mi anillo de casada.

—No pasa un día en que no me pregunté qué hice para merecerte.

—¿Qué hice yo?

—Te amo —declaró.

—Te amo.

10. Vidas precarias y frágiles.

Observé mi reflejo en el espejo; iba en ropa interior y por la ventada a mi izquierda, entraba el delicado sol de la mañana con su reflejo entre blancuzco y dorado.

Mi vientre no solamente se veía más grande por efecto del juego de las luces y sombras en el cuarto, había crecido, igualmente mi hija. No es que me disgustase el

tamaño de mi barriga, simplemente todo me parecía extraño y a eso sumándole la

inseguridad que me provocaba la presencia de Eva en el país y el contacto que ella

tenía desde hacía un mes con mi marido, en este momento me empujaba a sentirme

igual que una ballena.

Nada sexy que ver aquí —le dije al espejo dentro de mi cabeza.

Nada ni remotamente sexy, con todo el cabello revuelto y los ojos hinchados.

Ok, tenía bien en claro que Vicente no era esa clase de hombre superficial e insensible. Anoche mismo me repitió hasta el cansancio, cuanto me amaba. Que lo

pronunciase una y otra vez, no desaparecía a Eva y a mis ganas de borrarla del mapa —sin mala intención—, solamente la quería lejos de mi esposo.

Tan abstraía me encontraba en mis preocupaciones por el regreso de Eva al país, que siquiera lo sentí llegar. Entendí que de eso me perdería, si seguía en la misma

tesitura de no aclarar la situación con él.

Las manos de Vicente aterrizaron una a cada lado de mi cadera por detrás. Sus labios en mi cuello. Alcé la cabeza y vi el reflejo de su cabello por encima de mi

hombro izquierdo, el sol lo tornaba todavía más cobrizo. La piel de su hombro y brazo parecía la superficie de una estatua de metal, no así sus labios sobre mí, ninguna estatua es capaz de generar tanto calor.

Una de las manos de Vicente trepó lentamente por mi columna.

—Eres tan bella —su aliento me hizo cosquillas en el hombro—. Buen día.

—Buen día—. Mi razón comenzaba a desmenuzarse en hebras inservibles por culpa

de su presencia y de lo que esta generaba cuando se enredaba en la mía.

—Estuve pensando...

Yo ya no podía pensar, solamente sentir. Sus manos no se quedaban quietas.

—Nueva York... Me encantaría alejarme de aquí por unos días. ¿No te parece buena

idea? Lucas y tu padre estarán allí —sentí sus labios sonreír sobre mi hombro —; seguro encontraremos mucho momentos para estar a solas. ¿No te parece?

Alzó la cabeza y me miró a través del espejo.

Sus ojos grises eran un universo en el que perderse. Pura materia oscura en la que

quedar atrapado sin saber que será de ti.

—Solamente quiero estar contigo y con nadie más. Será por unos días, te prometo

regresaremos para la fiesta de compromiso de Julián y Petra.

La fiesta de compromiso me había hecho mucha ilusión hasta la llegada de Eva, por

supuesto que ella estaría allí y no tenía ganas de volver a verla.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué no habría de estarlo? No necesito a nadie más que a ti y te tendré a mi

lado. Seguro que Boni agradecerá unos días de descanso entre los suyos, porque la

verdad es que no me parece buena idea llevarla, podría haber otros demonios no muy amistosos.

No era por mi padre, eso ya lo sabíamos los dos.

—Nada me retiene aquí —añadió.

—Tampoco a mí—. Tampoco a mí, repetí dentro de mi cabeza, quería y me preocupaba por muchas otras personas pero él era mi centro, mi sol.

Su sonrisa terminó de convencerme.

—Llamaré a Eleazar para decirle que iremos.

Sus brazos me envolvieron al tiempo que me agradecía.

—No tienes que agradecermelo.

—Me tienes demasiada paciencia.

—¿Y eso, por qué lo dices?

—Porque entiendes tanto mis palabras cuanto mis silencios.

—¿Lo hago?

Rió.

—Sabes que sí. Por eso puedo prescindir de todos, menos de ti.

—¿Cómo fue con Eva?

Una parte de la sonrisa su sonrisa se desvaneció sin embargo resurgió al instante cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo.

—A Eva la necesité por motivos muy distintos y ella jamás estuvo allí, no supo estar

y probablemente siquiera quiso ser una presencia en mi vida.

—¿Y ahora? —deslicé para intentar encontrarle un sentido a la conversación

que escuché en la noche.

—De lo único que Eva sabe, es de ser un demonio. Nada más. ¿Sabes qué es lo peor

de todo?

Negué con la cabeza.

—Ella hasta le cuesta compartir eso.

—Todavía necesitas a alguien.

—La mayoría de nosotros necesita a alguien por toda su existencia. Necesito a alguien que me ayude a decidir qué hacer o decir porque temo no ser lo

suficientemente bueno para enseñarte, para ayudarte a decidir y hacer. No sé si ella

sea la persona correcta. No entiende más razones que las tuyas y todo lo que queda

fuera de ese círculo le parece sin importancia—. Sus brazos me apretaron—. Lo lamento por ella. Lamento que no lo comprenda, que se pierda de lo que realmente

tiene valor. Demonios o no, nuestras vidas son tan precarias y frágiles.

...

Supe de antemano que no sería tan sencillo cuanto lo fue con mi padre y con Lucas,

incluso con Boni, anunciar mi partida a Nueva York.

Por supuesto que mi padre y hermano festejaron. Boni rezongó un poco. Gaspar nos pidió cautela. Gabriel... Gabriel montó en cólera. Sus gritos — por primera vez

lo escuché gritar— me llegaron a través de la línea telefónica. A duras penas logré

pedirle que se encontrara conmigo (aquella reunión no hizo feliz a Vicente, simplemente sopesó los pros y contras de poner al arcángel, al corriente de nuestro

viaje, aunque de cualquier modo, se enteraría por Boni).

Estacioné en el exacto lugar en el que quedamos vernos, justo frente a las hamacas

del parque en las cuales se divertían un grupo de niños con sus padres.

Por el espejo retrovisor lo vi llegar, avanzaba por la vereda igual que si pretendiese dejar impresas en las baldosas, sus pisadas. Seguro que si se lo proponía, lo lograría.

Quitó los seguros de las puertas.

Gabriel rodeó mi automóvil por detrás de su gran cola blanca. Tiró de la puerta con

más fuerza de la necesaria.

—Los demonios también mueren, lo recuerdas, ¿no?

Era la segunda vez en el día que alguien mencionaba nuestra fragilidad. Dentro de

aquella inhumana fuerza, más allá de nuestros poderes, nuestra existencia también podía resumirse a nada en un parpadeo; bastaba una de sus dagas (probablemente cargaba una o más de una en las pantorrillas o debajo de la chaqueta), clavada en el

lugar correcto y... ¡adiós demonio!

—Junto a mi padre nada nos sucederá.

—A lo que más le temo no es al daño físico. Supuse que lo comprendías. ¿Es muy

tarde ya?

—Crees que de ser así, estaríamos hablando. Si mi padre me hubiese convencido de

algo, Gabriel, esta conversación jamás habría sucedido, nunca te habría llamado y

Boni no seguiría en mi casa.

Con los labios tensos, se giró hacia el frente. El sol del atardecer dio sobre su rostro.

—Surgieron novedades... ¿por eso estás así?

—¿Así cómo? —me preguntó sin mover sus ojos del cristal, del atardecer y las hamacas que iban y venían.

—No sé, así.

—No tengo ni la menor idea de qué es lo que trama tu padre, no al menos con exactitud. Ha viajado mucho.

—¿Se reunió con otros demonios o...?

—No, nada de demonios. Solamente recorrió muchos lugares, de lo más variados,

desde museos hasta bibliotecas, iglesias y barrios sin mayor significado para ninguno de nosotros en los más distintos países. Si hasta parece que simplemente estuviese haciendo turismo. Nos tiene muy desconcertados.

—Quizá esta sea nuestra oportunidad para averiguar algo.

Me miró de reojo.

—Es una oportunidad.

—¿Qué crees que quiere de ti?

Solté un suspiro.

—La verdad... no lo sé, no hace más que hablar de la familia, de que debemos permanecer unidos. Quiere que esté unida a Lucas, que le permita ser mi padre.

—Como hermano siempre fue muy leal hasta que...

—Dejó de serlo —solté yo interrumpiéndolo.

—Tu padre es así, a todo o nada. Júrame que tendrás muchísimo cuidado.

—Regresaré en unos pocos días.

—No lo presiones demasiado, no quiero que piense que intentas sonsacarle información para contarnos a nosotros. Tu seguridad va por delante de todo lo demás.

—Iré con mucho cuidado.

—No te dejaremos sola. Si necesitas ayuda, alguien acudirá. No te preocupes.

—No me preocupo.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos en silencio. Lo miré y me miró.

—¿Cómo estás?

Su respuesta fue una media sonrisa y apartar sus ojos de mí.

—¿Cómo estás tú?

—Pregunté primero.

—Estoy bien. Lo estoy —reafirmó luego de mirarme—. No lo hagas, no es necesario.

—Solamente deseaba saber cómo estás. Somos amigos.

—Lo somos.

Me incliné hacia él y le di un beso en la mejilla.

—Te quiero. Eres una de las mejores cosas que me pasó en esta vida.

Su perfil me enseñó una media sonrisa.

Acordamos en que lo llamaría si necesitaba su ayuda. Conversamos un momento más, nos despedimos y se fue.

Regresé a casa para armar las valijas.

...

El alivio de comprender que kilómetros nos separarían por un par de días, a nosotros, de Eva, me ayudó a dormirme en el rimbombante avión que mi padre envió para recogerlos. Con soltura aquí cabría un centenar de personas sin embargo las comodidades las disfrutaríamos únicamente tres personas: Lucas,

Vicente y yo.

Sin contar al piloto y demás, gozábamos con la atención de cinco personas dispuestas a atender todos y cada uno de nuestros caprichos a más de diez mil metros de altura, caprichos que dieron por sentado, serían lujosos rayano en lo ridículos. A mí no se me ocurriría pedir un corte de cabello en un vuelo a Nueva York, pero sí se le ocurrió a Lucas y eso obtuvo, además de una apariencia que debo reconocer, cuando quedó terminado el trabajo, me sorprendió. Con el cabello

corto mi hermano lucía mucho más maduro, como el hermano mayor que en realidad era; si hubiese sido solamente por eso, no me habría incomodado, el problema residía en que lo notaba muy mimetizado con mi padre, incluso en la mirada, sus ojos continuaba siendo dueños de una chispa de vida increíblemente enérgica sin embargo esta tenía un tono distinto. Regio, altivo; una demoledora sensación de inaccesibilidad se erigió en mí sin bien la pared la había construido él, o quizá mejor dicho, mi padre.

Las primeras cinco horas fueron extrañas y tensas, pero en cuanto Vicente se durmió, aproveché la privacidad que eso nos brindaba, para ir a sentarme a su lado

y así intentar entablar conversación.

El zorro pierde el pelo, pero no las mañas. Lucas llevaba los auriculares de su iPod

encasquetados en las orejas. Me acurruqué en la butaca a su lado lo que lo llevó a

entreabrir los ojos para mirarme. Con la misma despreocupación —en este caso algo fingida— igual que lo hubiese hecho en el pasado, le quité uno de los auriculares y me lo llevé a la oreja. Lucas se limitó a verme hacer.

No sonaba Chopin, sino uno de sus grupos de música favoritos. El alivio me instó a

acurrucarme a su lado. Algo de mi hermano restaba allí dentro. Ojalá fuese mucho

más de lo que creía que era.

Tomé su mano izquierda y empecé a jugar con sus largos y delgados dedos.

—Te extrañe.

Los dedos de Lucas se enredaron en los míos sin embargo no pronunció

palabra.

Las sombras provocadas por tantos silencios, coparon el interior del avión.

—Podrías evitarte la nostalgia por aquellos días. Las distancias son muy frágiles,

¿sabes?, sobre todo cuando existe una unión de sangre de por medio.

—La distancia no es puramente mi culpa—. Esperaba no sonar demasiado acusatoria.

—Ya no importa si lo fue, estás aquí —apretó mi mano—. El cambio es inexorable.

La vida avanza siempre, a como dé lugar.

—Algunas cosas no deberían cambiar jamás.

—¿Quién de los dos cambió más? —su rostro me hizo frente.

—No quiero que la brecha acabe por resultar insondable—. Le pasé una mano por

su cabello recién cortado, el cual parecía seda y olía igual de bien que siempre.

—No tiene por qué serlo. Lo que sucede, lo que no comprendes, es que no puedo seguir siendo por siempre aquel Lucas. También quiero una vida. Tú encontraste tu

lugar en el mundo, yo quiero el mío. Ahora tengo un padre, un futuro. Y deseo mucho más que eso.

Tragué en seco. Inconscientemente quería a aquel Lucas para mí, igual que antes y

de un modo muy egoísta. Los cambios me aterraban y eso no era una novedad.

—Me asfixiaba y de pronto me topé con esta inusitada libertad. No hablo

literalmente, hablo de lo que ocurría en mí, dentro de mí. Siempre me creí demasiado inútil, incluso como demonio. Poder meterte en los pensamientos de alguien puede ser divertido al principio —dijo esto último metiéndose en mi cabeza

—, un flagelo, luego de un par de años. Quería ser más que eso, darle un sentido a

mi existencia. No digo que ser el hijo de Eleazar me convierta en alguien, ser hijo

de él me da la oportunidad de trabajar para convertirme en alguien, en yo mismo.

—¿En quién quieres convertirte?

—Aún no lo sé. Mi única certeza reside en prepararme lo mejor posible para ese momento.

—¿Qué otros poderes dominas ahora?

Me sonrió.

—Tocar el piano no es un poder.

—Es un gran don ejecutar semejantes piezas del modo en que lo haces. ¿Qué otra

cosa? —insistí temiendo a que mi padre lo hubiese empujado hacia sus propios intereses y para su exclusiva utilidad.

—Me regresaste aquí cuando Gabriel me apuñaló. Eso ha cambiado un par de cosas.

La gracia de poder echar una cabeceada no fue el único regalo que recibí de ti.

Lucas acomodó su iPod sobre el apoyabrazos izquierdo de su asiento. Alzó el

puño

y sin piedad, lo estrelló contra la pantalla del aparato haciéndolo trisas al tiempo que yo contenía el aliento. La música cesó.

Nos miramos. Poco a poco, comenzó a asomar en sus labios una sonrisa. Una de lo

más picara y ardiente. Tenía el puño lastimado y sangraba. Le echó una mirada con

la cual le restó importancia, pese a que la sangre comenzaba a correr desde la muñeca hacia el brazo.

Cuando levanto el aparato en su palma, enseñándolo noté que no solamente la pantalla había quedado destrozada, todo el equipo se encontraba en un estado calamitoso.

Entendí lo que haría. Se me puso la piel de gallina.

Cerró el puño apretando sus dedos contra la pantalla. En la butaca de cuero beige,

cayó una gota de sangre muy roja y luego otra.

—¿Quieres hacer algo de magia? —Aproximó su puño a mi rostro—. Sopla.

—No es magia.

Su sonrisa se amplió.

—No, es mucho mejor que eso, porque es real.

Los nudillos de Lucas se pusieron blancos. Desde mi asiento sentí la temperatura de

su cuerpo ascender un par de grados. Su mano temblaba por la tensión y el esfuerzo. Su rostro enrojció, su respiración se alteró. Jadeaba agitado igual que si participase en los últimos kilómetros de un maratón.

De mí, lograr eso, no requería tanto esfuerzo.

Entoné su nombre. Me dio la impresión de que iba a darle algo, si no a él, al menos

a mí por presenciar esto.

Aflojó la presión. La sangre tardó en volver a recorrer la piel sobre los nudillos.

Mi hermano quitó sus dedos uno a uno muy lentamente causando todavía más expectativa. La música volvió a sonar en nuestros oídos. El aparato estaba intacto.

Sin que mediase palabra o mirada, lo dejó sobre el apoyabrazos y me enseñó su carne lastimada. El proceso de curación comenzó en ese instante; primero la sangre

dejó de brotar, luego la herida empezó a cambiar de color a medida que se secaba y

cerraba hasta que de los cortes, no quedó ni el menor rastro.

—Es agotador —admitió.

Su voz evidenciaba que así era. Noté que relajaba las piernas y los brazos sobre el

asiento y la cabeza contra el respaldo.

—Lucas...

—Requeriré un buen rato reponerme pero quería enseñártelo.

—No necesitabas darme una demostración práctica.

—En ocasiones las palabras no bastan.

—Sí, si implica que quedes en ese estado. Necesitas comer. Algo succulento y... —lo

que necesitaba mi hermano para reponerse era un alma; no encontraríamos una aquí

por más que este avión estuviese preparado para suministrar a un demonio de sus más ridículos e insensatos caprichos—. Te pediré algo de comer.

Hice el amago de levantarme, me frenó tomándome por la muñeca con un agarre del que no lo creí capaz luego de semejante esfuerzo.

—Ahora yo también tengo un poco de ángel.

Mi garganta se cerró igual que si sufriese un edema de glotis severo.

—Lucas...

—Quédate aquí conmigo.

—¿Eleazar lo sabe?

Asintió con la cabeza.

—Me ayuda a mejorar. Fue un ángel, entiende a la perfección cómo funciona este don. ¿Qué más lograste hacer tú? Papá dice que los ángeles son capaces de hacer cosas increíbles.

—¿Así lo dijo?

—Utilizó palabras más poéticas para explicarlo —los ojos se le cerraron—. ¿No me responderás?

—No es momento para discutir esto, estás muy débil.

—No me vengas con tonterías. ¿No quieres contármelo? Probablemente pienses que

correré a contárselo a él.

Eso mismo creía.

—Para que veas que es en son de paz, te diré algo más.

—¿Qué?

—En estos últimos días aprendí a hacer algo más —Lucas inhaló y exhaló un par de

veces y luego continuó—. Ahora puedo verlos.

—¿Verlos?

—Como realmente son —dijo entreabriendo los ojos. Al instante sus parpados cayeron pesados—. Veo sus alas, puedo reconocerlos incluso cuando intentan pasar

desapercibidos.

Toqué su mano, la que acababa de sanar. Su piel estaba empapada en sudor igual que

su cabello y su frente.

No volvió a pronunciar palabra y su respiración se fue tornando cada vez más pausada. Se había quedado dormido.

Así, en el silencio amortiguado e insípido de la cabina del avión me quedé sola con

mis pensamientos, sintiéndome muy extraña y perdida entre el lujo y la penumbra, y

la noche que se extendía afuera.

Acaricié la frente de mi hermano y le pedí a Dios que mi padre no se aprovechara

de él. Lucas quería ser parte de una familia, no un instrumento de venganza ni nada

parecido.

Besé su frente y regresé a mi asiento.

Vicente y Gabriel tenían razón, podíamos ser más fuertes que los seres humanos, podíamos tener todos los dones especiales que se nos ocurriesen, incluso aquellos

que se suponía, no debían pertenecernos sin embargo dentro de aquel conjunto de magnificencia y poder, continuábamos siendo frágiles y nuestras vidas, tan precarias como cualquier otra.

...

El aire en la pista de aterrizaje olía a frío y a concreto, ni rastro de vida en su perfume.

Un séquito de demonios nos recibió, entre los cuales se entremezclaban un montón

de humanos que no tenía ni la menor idea de que hablaban con criaturas del Infierno.

Terminados los tramites, fuimos escoltados por una comitiva hasta tres automóviles

(una limousine y dos camionetas negras que parecían de alguna fuerza especial del

gobierno de los Estados Unidos).

Intenté no preocuparme demasiado por todo lo que daba vueltas en mi cabeza; era

mi primera vez en la ciudad y quería absorber hasta el más mínimo detalle.

Humana, demonio o lo que sea, el poder creativo y creador del ser humano, continúa maravillándote. También el devastador, pero este no era momento para ponerme en negativa y derrotista. Procuré enfocarme en lo bueno y así darme fuerzas para seguir adelante.

Nueva York nos recibió con los preliminares de una primavera tímida que únicamente se atrevía a asomar por pocos rincones en forma de vegetación más verde y pimpollos de tonos pálidos, incluso en los rostros de sus ciudadanos.

Lucas todavía no se hallaba completamente repuesto, eso que de desayuno tomó un

abundante plato de pasta de aspecto increíblemente succulento, luego café, unos bollos dulces con canela de los cuales yo también eché mano, fruta y un yogurt.

Despatarrado al otro lado del largo asiento negro, miraba hacia afuera apenas asomando la nariz por encima de la ventanilla. No logré dejar de pensar que necesitaba un alma y eso me amargaba.

—Lucas.

Volvió su rostro en mi dirección y los ojos de Vicente se pegaron a mi nuca. Es que

llevábamos más de quince minutos en el más completo silencio.

—No puedo verte así.

—¿Qué sucede?

No había tenido tiempo de contarle a Vicente lo sucedido y no deseaba hacerlo frente a mi hermano.

—Nada, es que...

—Estoy un poco cansado, es todo. El viaje.

Vicente puso una mano sobre mi hombro.

Me volví hacia él.

—Estamos bien.

Vicente asintió, bajó su mano de mi hombro y continuó contemplando la ciudad.

Sin decir nada, tomé la mano de mi hermano entre las mías.

Sus ojos me buscaron al instante.

Con una mueca, le pedí que guardase silencio. Lo que me disponía a hacer era algo

de ángeles. Para ellos la energía debía fluir, no ser robada ni extinguida, la energía tenía vida propia y se reciclaba en cada uno con las cosas vividas, con los buenos

momentos, con la felicidad que otros nos provocan y a su vez cada uno de nosotros

le brinda energía a otros retribuyendo ese cariño. Muchos demonios, entre ellos todos los integrantes del clan y yo misma, incluso básicamente Vicente y Anežka, nos manteníamos con vida y fuertes de ese modo, tomando lo justo y necesario de

los seres humanos como para no provocarles daños que pudiesen notar.

Le sonreí y así, comencé a brindarle parte de mí.

El calor que circulaba por mi brazo traspasaba las yemas de mis dedos y se deslizaba hacia su piel que permeable, igual que a tantas otras cosas en el mundo humano, también era capaz de absorber aquella energía.

Abrió tanto los ojos, que el bello castaño de sus ojos, se lució todavía más.

Sus facciones comenzaron a alzarse igual que si rejuveneciesen, su piel cobró

más

brillo, igual su mirada. Ya no caía flácido por el asiento.

Cuando sentí que todo eso empezaba a abandonarme a mí, solté el agarre; temía por

mi hija.

Lucas despegó los labios para decir algo, lo frené negando con la cabeza. Asintió y

se alzó por el respaldo. Esta vez fue su mano la que tomó la mía, y en señal de agradecimiento, me brindó un apretón.

Vicente continuaba abstraído en la ciudad, sin percatarse de nada. Cuando le contase

lo que acababa de hacer, pondría un grito en el cielo.

Continuamos viajando hacia nuestro destino, en silencio. Bueno, aquí dentro había

silencio, afuera era un mar de bocinas mezclado con el rugido de los motores y conversaciones en inglés.

11. Acercamiento.

—¡Bienvenidos!

No fui la única en asustarse con la exclamación de Eleazar. Los tres nos sobresaltábamos. Caminábamos hacia el amplio ventanal del hall de entrada y no esperábamos que se apareciese por la espalda. El lugar era inmenso y la

construcción, de mucho lujo y buen gusto que gritaba dinero, medios y muy buenos

contactos.

Olía a pintura, a lustre de madera y a nuevo. El aroma de las rosas y otras flores,

que abundaban en bellos jarrones de cristal por todas las mesas y estantes, apenas si lograba despegarse de los anteriores.

Eleazar no llevaba mucho mudado a la propiedad. Incluso se notaba, no en la falta

de mobiliario, sí en aquello que une todas aquellas cosas cuando una casa o departamento es un hogar. Eso aquí eso no existía. Cero toques personales, cero rastro de personas viviendo aquí. Por eso es que las flores no lograban darle la suficiente vida al lugar.

—¿Qué les parece? —comenzó a avanzar dando largas zancadas. Las suelas de sus

zapatos lucían nuevas y con éstas, aporreaba el piso de mármol sin piedad—. Lo estrenaremos juntos.

—Es increíble —se adelantó a soltar Lucas dando un primer paso hacia él—.

Gracias por invitarnos, el lugar es magnífico—. Estaba verdaderamente

entusiasmado y rebosaba de energía gracias a lo sucedido en el vehículo de camino

aquí.

Mi padre compartió un abrazo y palmadas en la espalda. El contacto entre ellos duró bastante y pareció muy sincero y necesitado por ambas partes.

—La presencia de ustedes es lo que lo torna magnífico, antes no era más que una propiedad costosa.

Se soltaron y juntos continuaron avanzando hacia nosotros.

—Gracias por la invitación, Eleazar y felicitaciones por la propiedad, es magnífica.

Intercambiaron un apretón de manos.

—Me alegra muchísimo que vinieran, Vicente; de verdad, no tienen ni idea de cuan

feliz me hace que juntos demos este gran paso hacia un acercamiento. Somos familia —cuando entonó eso último lo dijo viéndome a mí, directo a los ojos.

Moviéndose de costado, se colocó frente a mí—. Eliza.

—La casa es una belleza—. No supe qué más decir. Me sentía un tanto nerviosa e inquieta.

Eleazar rió por lo bajo.

—No te haces una idea de cuan feliz estoy de tenerte aquí—. Extendió sus brazos hacia mí y me abrazó—. No me importaría que fuese una cloaca mientras tú estuvieses a mi lado, sería igual de perfecta.

Me puse tensa; había recibido miles de abrazos del hombre al que creí mi padre por

más de veinticinco años y me agradaban. Este abrazo de Eleazar no tenía mucho de

diferente, si hasta noté que de su parte era verdaderamente sentido; el problema residía en que no generaba lo mismo en mí, que aquellos otros.

La ropa de mi padre, impregnada en aquel aroma suyo tan dulce que acababa resultando empalagoso, me revolvió el estómago.

—¿Qué tal va esa barriguita? —su sonrisa parecía igual de genuina que su abrazo

—. ¿Puedo?

Me pedía permiso para tocar mi vientre. Mi pulso se aceleró ligeramente. Vicente y

yo cruzamos una mirada. No supe encontrar un modo de decirle que no y no tengo

muy en claro por qué me daba tanto miedo que se acercase a mi hija. Jamás la lastimaría, lo presentía de un modo inexplicable; eso no empequeñecía mi terror.

Quizá fuese por la certeza de que su disposición de ser capaz de hacer cualquier cosa por mi hija implicaba mayores riesgos, no para nosotros, sino para todos los

otros seres vivos de este mundo.

Sus manos tocaron lentamente mi cuerpo.

El calor de sus palmas era intenso mas no llegaba a quemar.

Emilia, que se había mantenido muy quieta hasta ahora, reanudó lo que parecía ser

su rutina de ejercicios.

Eleazar sonrió abiertamente.

—Es simplemente impresionante. Increíble. ¿Qué dicen tus médicos?

—Que todo marcha con normalidad.

—¿Es normal que se mueva así? —movió sus manos por encima de mi vientre siguiendo a Emilia.

—No es del todo común, por lo general el movimiento se nota más adelante. Me aseguraron que no hay problemas. Todo está bien con ella.

—¿Quién te atiende?

—No necesito otro médico.

Eleazar alzó sus ojos hasta los míos, había una advertencia velada en un gesto paternal.

—Es un demonio de confianza.

—¿Un demonio?

—Tiene más experiencia como obstetra de la que pueda tener ningún ser humano y

después de todo no podía ir con un humano, todavía no sabemos...

—¿Y en las ecografías se ve todo bien? ¿Cinco dedos en manos y pies, dos ojos, una boca? —La frase que en un principio comenzó muy serio, acabó con una sonrisa—. Tan solo bromeaba, no me pongas esa cara.

—No tiene ni alas ni cuernos —gruñí. Había sido un alivio para mí también, comprobar en las ecografías que mi bebé tenía la apariencia de cualquier otro niño

sano—. Crece y se desarrolla según lo esperado.

—Supongo que debemos esperar a que nazca para descubrir cuan especial es. ¡Qué

digo, si ya es especial! —Así de repente, Eleazar se arrodilló ante mí. Aquella mole

de elegante porte y músculos, con su tupida cabellera oscura y sus grandes ojos color café que tenían un tinte cristalino cerca del iris igual que si estuviese viendo por un interminable túnel de líquido transparente cuyo fondo era marrón—. ¿Sabes

quién te ama más que nadie en este mundo?

Sus palabras me hicieron estremecer de los pies a la cabeza. Vicente vino hasta mí y

me tomó de la mano.

—Emilia... soy tu abuelo.

Emilia volvió a moverse.

—Espero con ansias tu llegada, mi tesoro —su mano derecha volvió a mi vientre—.

Cuida a tu mami desde allí, ella es muy especial, al igual que tú.

Un suave deslizar dentro de mí.

Eleazar apoyó su oreja sobre mi barriga.

Miré a Vicente, su rostro de repente se había convertido en goma color carne.

Volteé la cabeza y vi a Lucas observándonos. No logré descifrar lo que escondía su

mirada, estaba serio.

Eleazar se puso de pie otra vez.

—Luces magnífica hija.

—Gracias. Tengo mis días.

—Imagino que han de estar muy cansados por el viaje todos, en especial tú.

—Más o menos.

—Les enseñaré sus habitaciones. Síganme, es momento de que se instalen, después

de todo, esta es su casa también. Es por aquí —entonó señalando un corredor que discurría hacia nuestra izquierda—. ¿Vicente, conocías la ciudad?

Mi padre y Vicente dieron unos pasos. Yo tardé en reaccionar, al igual que Lucas.

Nos miramos.

—¿Todo bien? —todavía me observaba con un gesto extraño.

—Perfectamente. Me siento mucho mejor, gracias.

—Lucas... —siquiera sabía poner en palabras lo que quería decirle.

—Está bien, Eliza —se sonrió—. Sigámoslos o nos dejarán atrás

...

Vicente cerró la puerta después de que mi papá saliese del cuarto al acabar de darnos una visita guiada por el lugar, el cual era inmenso y para ser honestos, muy

agradable.

Cualquiera que nos hubiese visto por la ventana andar por los corredores, entrar y

salir de las habitaciones, no habría notado nada extraño en ninguno de nosotros, incluso de habernos escuchado hablar, adivinaría que en nosotros, en nuestras vidas,

las cosas no eran normales, que nosotros no éramos normales. Que Eleazar se comportase igual que cualquier otro padre con hijos adultos, como cualquiera de esos hombres que en este instante andaban por la acera a un par de metros debajo de

la ventana a la que me encontraba asomada.

Luego de que intercambiásemos una mirada en silencio, caminó hasta mí. Su mano

se deslizó por mi cintura.

—Lo noto distinto.

Comprendí a la perfección a qué se refería.

—También yo. Quizá sea muy buen mentiroso. No lo sé. Me gusta la idea de creer

que podría desear paz y por otro lado me tortura saber que trama algo.

—Por qué no simplemente puedes disfrutarlo al menos por un momento. Es tu padre; ninguno de nosotros es perfecto.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué pensará Emilia de mí cuando se entere de las cosas que he hecho? — me dedicó una sonrisa de las más tristes—. Espero que no se resienta conmigo tanto como...

—Tú estás con ella ahora y estarás con ella siempre.

—Tu padre quiere estar contigo ahora y probablemente lleva mucho tiempo deseando acompañarte.

—No te compares con él.

—¿Por qué no? ¿Qué nos hace diferentes? Es lo mismo, Eliza, más allá de todo es

tu padre y nada de lo que él haga cambiará eso. No pueden recuperar el tiempo perdido pero pueden evitar perder más tiempo. Recuerda que no siempre fue quien

es ahora y que quizá... es muy posible, que parte de lo que fue antes, todavía continúe allí.

—¿Y sí miente?

—Al menos sabrás que lo intentaste.

Me estiré poniéndome en puntas de pie y comencé a besar lentamente sus

labios. Su

mano trepó por mi espalda mientras sus labios se movieron desde mi rostro hasta

mi cuello. Me atrajo hacia él con delicadeza sin embargo, la necesidad de ambos era

más que evidente.

—Estás tan bella.

—Estoy despeinada, tengo los ojos hinchados y mis pies...

—No puedes simplemente aceptar lo que te digo. Eres la mujer más hermosa que yo

haya visto jamás.

Lo abracé.

—La primera vez que te vi... bueno, no fue cuando entré en el negocio en el que trabajabas. Cuando me dijeron que debía comprar tu alma, decidí prepararme, al igual que siempre: busqué la casa, me instalé; una noche, cuando el negocio estaba

cerrado ya, pasé por allí, incluso pasé por tu departamento...

Me aparté de él un poco para poder mirarlo a la cara.

—Luego pasé por tu departamento; anochecía y allí venías, caminando cargada con

bolsas de las compras, en tu ropa de trabajo. Tenías cara de cansada, incluso parecías algo triste —me sonrió—, pensé que eras la mujer más hermosa que había

visto jamás y no comprendí cómo es que venías caminando sola, que nadie llevaba

por ti esas bolsas, que no tuvieses nadie que te diese la mano... que se pegase a ti al andar, que acariciase tu rostro —su mano voló hasta mi mejilla —que te dijese que

te amaba, que eres lo más impórtate que él ha tenido o tendrá jamás.

No sé si por culpa de sus palabras o de mis locas hormonas o por la conjunción de

ambas cosas, una lágrima se lanzó a rodar hasta llegar a su mano.

—Quise bajarme de mi auto y caminar contigo. Recuerdo que esa noche me repetí

hasta el cansancio que aquello era ridículo y me emperré en recordarme a mí mismo que yo no era esa clase de hombre.

—Es mentira, siempre lo fuiste.

—¿Si confías en que yo siempre lo fui, por qué no crees que quizá tu padre lo sea?

No me caben dudas de que amó a tu madre y de que te quiere. Eleazar está muy emocionado por la cena de esta noche, sería bueno que al menos intentases disfrutarla. No te pido que cambies el modo en que lo ves, de un día para el otro, lo que creo, porque quiero verte feliz y tranquila, es que al menos consideres darle una oportunidad.

Meneé la cabeza sonriéndole. Vicente era una de las pocas personas en este mundo

que sabía llegar a lo más profundo de mi ser y nada más en este mundo me alegraba

tanto que, que fuese él.

—¿Y qué pasará con todo lo demás?

—Lidiaremos con lo demás cuando toque. Ahora que tal si te preparo un buen

baño.

¿Viste el tamaño de la bañera?

Sí, lo había visto, el baño era enorme y la bañera en proporción.

—Demasiado grande para mí sola.

Vicente soltó una carcajada que hizo temblar de gozo mi piel.

—Por supuesto que no me negaré a acompañarte.

...

Con el espíritu y el cuerpo renovados, y ahora enfundada en elegantes ropas, maquillada y con el cabello en mejores condiciones que cuando me bajé del avión,

salí del baño.

Una de las ventanas del cuarto y por esta entraba una agradable brisa perfumada y el

murmullo de la ciudad y también, algo de música muy lejana e irreconocible.

Vicente estaba parado a los pies de la cama, anudándose la corbata.

—Ahora sí que me veo aceptable.

Alzó la vista.

—¿Aceptable? Haré de cuenta que no escuché eso. ¿Me darías una mano? No sé por

qué insiste en quedar torcido —sacudió los extremos de la corbata gris acero que combinaba a la perfección con sus ojos—. Creo que te ves radiante —dijo posando

sus manos sobre mis caderas mientras yo comenzaba a ocuparme de su corbata

—.

Fue una buena idea viajar.

Lo fue, aquí no quedaba espacio siquiera para recordar a Eva.

—Listo, perfecto.

Llamaron a la puerta.

—¿Están presentables? ¿Eliza? —Lucas volvió a tocar—. Papá nos espera abajo.

—Pasa.

Mi hermano asomó la cabeza, apretaba los parpados con fuerza sonriendo, haciéndose el payaso.

—Puedes abrir los ojos.

De retroceder media hora en el tiempo, mejor que los mantuviese cerrados. Me reí

para mis adentros y todo mi cuerpo se estremeció de placer.

—¿Sabías que cuando hablaba de cenar se refería a aquí y con una cena que él mismo está preparando?

—¿Bromeas? —solté la corbata de Vicente.

—Después de instalarme me duché y bajé a buscarlo, me lo encontré en la cocina con delantal y todo, espiando una carne que cocinaba en el horno. Todavía está allí.

Cuando lo vi me dijo que estaba a punto de subir a buscarnos. Creo que la cena lo

tiene estresado —rió—, algo se le quemó. Fue en verdad gracioso, nunca... —

Lucas se detuvo un momento—. Por momentos todavía me resulta muy extraño que

él...

—A mí me pasa lo mismo.

—Mejor bajamos y le damos una mano —propuso Vicente.

Nos lo encontramos en una enorme cocina un tanto ahumada que de cualquier modo, olía muy rico. Eleazar había puesto la mesa allí, en el centro de la amplia área de trabajo de muebles de madera oscura casi negra, paredes de venecitas del color del cabernet sauvignon y electrodomésticos de acero.

Ardían las velas sobre el candelabro de plata y el mantel rojo. Copas relucientes, vajilla de porcelana, cubiertos de plata y Pavarotti cantando “Brindisi” de “La traviata” de Verdi.

—¿Te ayudo? —Lucas fue el primero en llegar hasta Eleazar.

—Mueve las zanahorias, la manteca huele a que comienza a dorarse demasiado. Le

señaló con la cabeza las cacerolas de cobre sobre el amplio set de hornallas.

Pavarotti nos dejó con el eco de su voz el cual fue apagado al momento, con el aria

“Figaro” en la voz de un tenor que no reconocí.

—Vicente, por qué no comienzas a servir el vino, ya lo abrí para que respirase un

poco, está sobre la mesa. ¿Bebes un sorbo?, al menos para brindar con nosotros.

Le contesté que sí con la cabeza mientras Vicente tomaba la botella y la primera copa. Solamente entonces, me di cuenta que a la mesa, había cinco puestos.

—¿Tienes más invitados?

Eleazar detuvo el movimiento del peligroso cuchillo con el cual picaba perejil para

mirarme por encima de su hombro. Soltó el cuchillo.

—Bien. La verdad es que sí—. Se limpió las manos en el repasador—. En principio

planeé que fuese una reunión en familia, solamente nosotros; lo pensé mejor...

Sé que mi rostro comenzó a descomponerse. Lucas apartó la sartén del fuego y se

nos unió.

—Creí que sería correcto sincerarme con ustedes.

—¿Sincerarte?

Lucas me miró.

Vicente había dejado de servir vino y la música del Barbero de Sevilla ya no sonaba

tan alegre.

—Esto es muy extraño.

Mi padre se sonrió y hasta me dio la impresión de que se sonrojaba.

—¿Te ves con alguien?

Lucas por poco y se desnucó para mirarme. Sus ojos estaban tan grandes cuanto los

platos de sitio de la mesa.

Una de mis arias favoritas de mi ópera favorita Carmen, comenzó a sonar. No habría podido comenzar en mejor —o peor momento—. “*L'amour est un oiseau rebelle*”.

—Bueno... —la sonrisa de Eleazar se amplió—. Mi hija me conoce muy bien. Así

es.

—¿Tienes novia?

—Sí, Lucas.

Mi hermano había sonado entre molesto e incrédulo.

—¿Hay algún problema con eso? —nos preguntó ambos.

—En realidad no pero... ¿Desde cuándo? —curioseó mi hermano con timidez.

—Es reciente.

—¿Qué tan reciente? —disparé yo.

—Muy; nos conocemos desde hace muchísimo tiempo; considerando que mis hijos

parecen un tanto ofendidos porque yo encuentre alguien que me acompañe les explicaré que hasta hace un mes solamente éramos amigos.

—¿Amigos? ¿Qué clase de amigos? Imagino que ella...

Eleazar me interrumpió.

—Sí, amigos. Ella es un demonio, uno muy antiguo y sí, amigos. Ahora podrían parar con esto, me ponen nervioso. No fue fácil tomar la decisión de presentárselas.

Me observan como si yo lo tuviese prohibido, como si no debiese tener el derecho

de encontrar a alguien. No veo porque tengo que dar tantas explicaciones pero si quieren saberlo: Eliza, tu madre fue la última mujer que pasó por mi vida y...

—Suficiente, no necesito escuchar nada más.

—Ni yo —soltó Lucas dándose la vuelta para volver a ocuparse de las zanahorias,

las cuales en realidad no requerían más atención.

—No tienen que ponerse así. Por favor, se los pido, intenten cambiar las caras, no

quiero que ella los vea así. Ha de llegar de un momento a otro. Tengan piedad, ella

les agradecerá. En realidad ninguno de los dos estábamos seguros de dar este paso...

Me pregunté si esto en realidad estaba sucediendo: el mismísimo Diablo, cocinando

cerdo en una cocina de Nueva York, intentando convencer a sus dos hijos de que

sean amables con su novia. ¡Qué cosa más bizarra! Y al mismo tiempo, por qué negarlo, agradable. Nada más normal que un padre nervioso por presentarle a sus

hijos, su nueva novia.

Sonó el timbre y todos nos sobresaltamos.

El dúo de las flores de Lácke comenzó.

—Se llama Lilith, es una mujer adorable y yo solamente deseo que mi relación con

ustedes sea lo más sincera posible, lo más normal posible. Confío en que podamos

lograrlo.

Eleazar abandonó la cocina después de que el timbre sonase por segunda vez.

—¿En verdad consiguió novia? —Lucas le arrebató la copa de vino a Vicente de la

mano y bebió la mitad del contenido de un solo sorbo.

—Eso parece —le contestó él.

—Todavía no puedo creer que esto en verdad esté sucediendo.

—Ni yo, la vida social de mi padre es mejor que la mía —me dijo Lucas.

—No si lo que dijo es verdad —repliqué. Desde mi madre y él había pasado mucho

tiempo.

—Sí, ya —bebió la otra mitad—. ¿Cómo crees que sea?

—No tengo la menor idea, Lucas. Tampoco esperaba que saliese con semejante novedad.

A Lucas se le escapó una risa nerviosa.

—Necesito un trago—. Fue mi turno de sacarle la copa que Vicente recién

comenzaba a servir. Bebí, el vino era intenso, perfumado y bastante alcohólico.

—Creo que ahí regresan.

Después de escuchar las palabras de Vicente, Lucas y yo nos dimos la vuelta para ver llegar a mi galante padre, de pantalón de vestir, corbata, en mangas

de camisa y

delantal que en inglés decía “besa al cocinero”, acompañado de una mujer

absolutamente deslumbrante que más o menos de mi altura, me sonrió desde encima

de unos tacones increíblemente altos.

Tenía el rostro en forma de corazón, con labios naturalmente carnosos, una piel cremosa de un ligero tostado, unos grandes ojos redondos y castaños, cejas muy delgadas y pómulos prominentes. Su cabello castaño de reflejos caoba debía

llegarle hasta la cintura y lo llevaba suelto, lacio y con la raya al medio. Llevaba maquillaje pero no demasiado y sus ropas si bien eran elegantes, tenían un toque jovial. Pantalones de cuero negros, una vaporosa blusa color beige y una chaqueta

tejida, rosa, negra y beige. Lo más llamativo en su atuendo era la cantidad de anillos que lucía en casi todos sus dedos de larguísimas uñas puntiagudas.

—Lucas, Eliza, Vicente, ella es Lilith.

Mi padre y su novia bajaron el par de escalones que descendían hacia la cocina.

—Hola, es un placer conocerlos.

Mi padre la trajo hasta mí y ella, luego de mirar sin disimulo mi creciente vientre,

me tendió una mano.

No fue intencional dejarla con la mano tendida hacia mí sin corresponderle, fue culpa de la impresión que ella causó en mí. Olía de un modo increíblemente empalagoso y no era porque llevase perfume. Además desprendía cierto... me fue

imposible precisar qué. Sin duda tenía frente a mí, un demonio poderoso.

Mi padre me dedicó todos los gestos y muecas habidos y por haber para que reaccionase y le devolviese el saludo a su novia.

Tocar su mano fue como meter la mía en el fuego, y no hablo de fuego común y corriente. El apretón duró un segundo y al terminar, revisé mi piel en busca de daños. Nada de nada.

—Disculpa, estoy nerviosa.

Retrocedí un paso dándole lugar a Lucas.

—Hola, mucho gusto.

Mi hermano soportó el apretón con más elegancia.

—Vicente —se presentó mi educado esposo quién fue de los tres, el que mejor se comportó—. ¿Una copa de vino?

—Sí, claro, me agradecería mucho.

—Gracias a Dios por mi yerno —soltó mi padre y Lilith rió.

—¿Otra vez experimentando en la cocina? Creo que algo se está quemando.

—¡Con un demonio! —mi padre se lanzó en dirección al horno.

Me percaté de que en efecto, olía a quemado otra vez.

—Insiste en aprender a cocinar y no desistirá hasta lograrlo. Así es él.

Sí, probablemente Lilith conocía a mi padre mucho mejor que yo, de cualquier modo sus palabras no me cayeron nada bien, todavía no entiendo muy bien porqué,

es que acaso me daba envidia que alguien se llevase con mi padre, mucho mejor de

lo que me llevaba yo, que alguien, más precisamente una mujer, lo conociese mucho mejor que yo. Sin duda este no era momento para psicoanalizar mis sentimientos.

—Todavía se puede comer —mi padre sacó la bandeja con el *carré* de cordero, los extremos de los huesos limpios, estaban prácticamente calcinados.

—Claro que sí —soltó ella avanzando hacia él —seguro que está buenísimo.

Cuando le estampó un beso en la mejilla luego de colgarse de sus hombros, aparté

la mirada.

—¿Qué es lo divertido? —No entendía a cuento de qué venía la sonrisa de Vicente.

—Eliza, por favor —me contestó en susurros—. Relájate.

—Es demasiado.

—¿Qué tal está ese vino?

Vicente le pasó una copa a mi padre y otra a Lilith.

—Potente —le contestó Lucas—. Es de los tuyos.

—De hecho es de un viñedo que es propiedad de Eliza.

—Te dije que no quería ningún viñedo.

—Y yo te dije que te lo daría de cualquier modo.

—De tus viñedos —comenzó a decir mirando a Lucas —será el champagne que

probaremos luego.

—Una perspectiva muy agradable —entonó la novia de mi padre después de paladear el vino de su copa.

—Desearía que ellos se hiciesen cargo de sus viñedos, me gustaría enseñarles todo

lo que sé sobre las uvas y la tierra—. Le dedico una mueca de perfecto tonto enamorado y yo no puede creer lo que mis ojos veían—. Mejor nos acomodamos a

la mesa. No quiero que nada más se me queme o terminaremos ordenando pizza para cenar.

Así lo hicimos, nos acomodamos en la mesa y mi padre sirvió la entrada. Una mezcla de centolla y langostinos y no sé qué más, servidos en una concha, con queso gratinado encima. Puso sobre la mesa una ensalada y pan. Se movía de un lado para el otro ansioso, sin embargo la sonrisa no se le borraba del rostro. De la

música clásica pasamos a la bossa nova y lo admito, el ambiente era ameno y relajado, como una cena cualquiera en una casa cualquiera.

—¿Puedo preguntar cómo se conocieron?

Mi padre acomodó la botella entre las copas, luego de rellenar la de Lilith y la de

Vicente. El cordero no había sufrido mayores daños en el horno y hasta ahora la conversación se había mantenido en un tono ligero y poco serio, dentro de temas poco peligrosos como el clima, la ciudad, los vinos de mi padre, otras ciudades del

mundo, la comida y ese tipo de cosas.

Eleazar me observó de soslayo.

—Obviando que todos somos demonios... —inspiré hondo y luego solté el aire—.

Y que...

Lilith me interrumpió.

—Soy casi tan vieja cuanto lo es tu padre. Al final todos los demonios terminamos

topándonos los unos con los otros, el mundo no es tan grande. Con Eleazar siempre

congeniamos muy bien.

Me mordí la lengua antes de soltar un celoso “obviamente”. Ya comenzaba a resultarme preocupante eso de que no me gustase nada ver a mi padre con otra mujer. ¿Cuánto le tomó olvidarse de mi madre?

—Llevábamos un tiempo sin vernos y nos encontramos de casualidad en Roma.

—Estoy en mi fase italiana —explicó ella con una sonrisa—. Vivo allí hace unos seis meses. Extrañaba la ciudad y es agradable sentirse italiana. Los italianos viven bien, ellos sí saben disfrutar de la vida.

—Cuando la vi estaba tan mimetizada con su nueva nacionalidad que casi no la reconocí —rió mi padre y lo único que le faltaba era que se le cayese la baba.

—Como sea... —entonó ella y yo vi su mano volar hasta el muslo de él—. Fue una

gran sorpresa. Una muy agradable. Tú también luces muy italiano ahora, con el cabello más largo y así bronceado —los dedos de la mano de Lilith se metieron en

la cabellera de mi padre ingresando por su frente.

Ok, en cualquier momento, los otros tres que ocupábamos la mesa, estaríamos de más.

—¿Será? Roma me gusta sin embargo nunca me sentí demasiado bienvenido en esa

ciudad.

—¡Al Infierno con ellos, la ciudad te adorará!

Lucas carraspeó y Vicente y yo nos miramos, los dos comprendimos que esa frase

bien podría no ser algo pronunciado a la ligera; no, si se tenía en cuenta los últimos hechos acaecidos.

—Entiendo que estuviste en Roma con tu padre.

—Cuando todavía no tenía ni la menor idea de que era mi padre o de quién era en

realidad.

—Puedes venir a visitarme cuando quieras, tengo una propiedad espléndida allí.

Puedo mostrarte todos los rincones de la verdadera Roma, la bella que queda escondida a los estúpidos turistas que no comprenden lo que ven.

—Te visitaremos —mi padre la tomó de la mano—. Los llevaré para que conozcan

la ciudad a fondo.

—¡Quién dice que los demonios no pueden disfrutar de Roma!

—¿Alguna vez visitaste el Vaticano? —curioseó Lucas.

—¿Te preocupa no poder entrar allí? —Lilith rió—. Esas no son más que tonterías.

Allí no hay más que hombres, mucha piedra, muchas obras de arte robadas y

oro.

Los ángeles son escasos. En verdad, los demonios tienen que dejar de temerle a las

iglesias.

—¿Reconoces a los ángeles? —La pregunta se me escapó de forma abrupta, tal es

así, que la mesa quedó en silencio aunque Jobim continuó cantando.

Lilith se limpió la comisura de los labios con la servilleta antes de responderme; regresó la misma a su regazo muy lentamente y la acomodó. Ese gesto era muy de

mi padre.

—Sí. Es una de las ventajas de ser muy, muy vieja.

—¿Tienes algún otro don?

Por suerte Lucas me dio una mano con la situación al preguntarlo.

—Fuego y como tú —le dijo a mi hermano —puedo... —el resto de la frase quedó

sin pronunciar pero por la sonrisa de Lucas, entendí que se la había dicho del mismo modo en que él y yo podíamos hablarnos—. Y algunas otras cosillas — giró

la cabeza y me miró a los ojos—. Nada cómo tu capacidad; yo no puedo tener hijos.

Vicente se envaró y Lucas parpadeó rápido un par de veces.

—Ha de ser por tu herencia. Porque ambos en cierto modo, fueron tocados por un

ángel. No tengo el placer de conocer a Gabriel y la verdad es que me agradaría mucho, sin duda es un personaje muy singular.

Otra vez se hizo silencio en la mesa. ¿Qué tanto le había contado mi padre a ella?

Todo, imaginé.

—Sin duda a esta mesa se hallan sentados demonios muy particulares.

Lilith alzó su copa ante las palabras de mi padre.

—Brindo por eso.

—¿Qué otra pregunta sigue en el interrogatorio?

Mi padre articuló aquellas palabras viéndome a mí, únicamente. Jugaba pero hasta

cierto punto.

—No te preocupes Eleazar, no me molesta. Es de esperarse que ellos quieran saber

sobre mí. No se alteren, no les robaré a su padre —se colgó de su brazo—. Lo tendrán por siempre.

—Así es —confirmó él.

—De cualquier modo, la invitación para que me visiten en Roma va muy en serio.

Será un verdadero placer tenerlos allí —se apretó más contra él—. El futuro se ve

muy prometedor ¿no lo crees?

—Definitivamente —convino él— y Roma nos verá, que de eso no te quepa la menor duda. Los cinco tomaremos la ciudad.

—¿Solamente una ciudad? No —dijo ella con voz melosa—. Nos merecemos el mundo.

—Entonces el mundo será —y dicho esto, chocó su copa contra la de ella.

De ser por mí, los habría acusado allí mismo, en ese instante, de planear el fin del

mundo, pero no tenía pruebas y tampoco la menor idea de qué era lo que tenían entre manos en realidad, y si intentaba desenmascararlos así, sin siquiera saber cuál era su plan arruinaría toda posibilidad de descubrirlo y de impedir que lo llevarsen a cabo.

Después de eso, la conversación regresó a la completa neutralidad: vinos, postres,

los mejores restaurantes en Europa, los mejores de Nueva York, propiedades, negocios, política e incluso, calentamiento global, tampoco quedó afuera el fútbol.

Mi padre sirvió el postre, el champagne y luego café.

Antes de medianoche, me excusé aduciendo estar agotada. Lo había intentado pero

no pude sonsacarle nada a ninguno de los dos. Vicente y yo nos retiramos y Lucas

nos siguió. Mi padre y Lilith se quedaron en la cocina haciendo orden como si fuesen una pareja de toda la vida, uno secaba la vajilla, el otro la guardaba, cada uno, alternando el trabajo con una copa de vino, siempre con música de fondo.

12. Edén.

—¿Todavía despierto?

Su cuerpo se movió por debajo de las sábanas y mantas que olían a nuevo. La luna

creó con su cuerpo, un valle de curvas en el que perderme por siempre.

—Te hacía dormida.

—Imposible. Mi cerebro se rehúsa a desconectarse.

Vicente se incorporó y encendió el velador de su mesa de luz. Le eché un vistazo a

mi reloj, el cual me había quitado antes de acostarme, pasaban de las tres de la mañana.

Experimentaba un poco de cansancio, nada comparable con el que sentiría en mi estado si todavía continuase siendo humana.

—La verdad es que tampoco podía dejar de pensar. Esto se siente tan extraño; esa mujer... ¿No te dice nada su nombre?

Le contesté que no con la cabeza.

—¿Por qué, debería recordarlo de...?

—Lilith es una figura legendaria del folclore judío.

Encendí mi velador. Me dio la sensación de que esta conversación requería más de

luz.

—Lilith era la primera esposa de Adán; quien abandonó el Edén por voluntad propia. Se supone que ella se unió a demonios para luego convertirse en uno. La parte más supersticiosa de toda la historia se refiere a su debilidad por los niños pequeños, los cuales roba... bebes, ya que ella es incapaz de dar a luz niños con vida, según la leyenda, los engendra pero los niños nacen muertos.

Se me escapó una sonrisa. Yo la había escuchado mencionar que ella tenía

dones pero nada parecido con mi don, con el hecho de que tendría a Emilia.
Esto no podía

ser cierto, se suponía que eso era solamente un mito... una leyenda.

—No sé hasta qué punto esa historia es real. No quiero asustarte, quizá solamente sea una coincidencia, una tontería—. Apretó los labios—. Es que ella y tu padre... y

lo que dijo sobre ti.

Los dos pensamos lo mismo, eso, quedó claro.

—No puede ser ella —solté deseándolo con todo mi corazón. En estos últimos años

había visto y experimentado cosas que jamás creí fuesen reales sin embargo esto parecía demasiado—. De ser así, el Edén también podría haber existido y Adán y Eva y... ¡Hay teorías evolutivas! —Lancé desesperada y Vicente se quedó viéndome

con ambas cejas en alto—. El asunto de la costilla es ridículo y...

—Cálmate, no digo que sea cierto. Permíteme que exprese mi punto: tu padre tampoco usa su verdadero nombre.

—Sí, lo sé.

—Quizá tampoco sea el verdadero nombre de ella.

Mi cerebro hizo clic.

—Mi padre trama algo con Emilia—. Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza y me dieron náuseas. Sentí la necesidad de ponerme en pie, vestirme y largarme de aquí para poner la mayor distancia posible entre nosotros, mi padre y

esa mujer—. Es una especie de nombre clave o algo así. Pero... ¿no es demasiado

obvio? Debió imaginar que quizá alguno de nosotros conociese la leyenda de Lilith... No sé qué me preocupa más, que sea esa posibilidad o que ella en realidad

sea la verdadera Lilith.

—Sea lo que sea, esa mujer no me agrada.

—Que digas eso reafirma mis ganas de largarme de aquí en este instante.

—Equivocadamente pensé que si nos manteníamos lejos, ajenos a todo... Eso no te

mantendrá a salvo, tampoco a Emilia. Lo lamento, no podía estar más errado. Esa

mujer me altera, sea por la razón que sea que justifique su presencia aquí, no me agrada. No consigo identificar qué en ella es lo que me produce tanta desconfianza.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio—. Se movió hasta colocarse más cerca de mí—. No permitiré que

les hagan daño a ninguna de las dos. Te lo juro, daré lo que sea para asegurarme de

que estén a salvo.

Sus manos se pegaron a mi rostro y las mías, a sus muñecas. Nos miramos fijos el

uno a otro, sus ojos eran un universo aparte en el que volcarme por completo, con

aquellos trazos de gris de los más diversos tonos, puntadas de hilos del hilván de sus pensamientos, de aquella mente que todavía hoy, tenía mucho de misteriosa, para mí.

—No quería asustarte.

—El miedo es una buena señal de advertencia, de cualquier modo, no me paraliza.

Vicente me sonrió.

—En ocasiones desearía tener tu coraje. Eres muchísimo más fuerte de lo que yo haya sido jamás.

—¿Qué haremos ahora?

—Ante ellos continuaremos como si nada sucediese. Llamaré a Gaspar y le contaré

sobre ella, quizá pueda averiguar algo. Y de ser posible, me pondré en contacto con

Gabriel. Necesitamos saber de dónde salió esa mujer y quién es en realidad.

—Lo llamaré en la mañana.

—No, yo me pondré en contacto con él.

—Pero yo puedo...

—No. Tú te quedarás a un lado. Tu padre no puede verte involucrada en esto. Si descubriera que investigamos a Lilith tendrás que negar participación alguna.

Iba a replicar, no me lo permitió.

—Tu seguridad ante todo. No puedes contarle a Lucas y evita que estos pensamientos se te escurran y lleguen a él.

—Lo intentaré.

—Hablo en serio, Eliza. Lucas no puede saberlo.

—No puedes desconfiar de él, es mi hermano.

—Es que últimamente pasa demasiado tiempo con tu padre...

Se me escapó un suspiro.

—Bien, supongo que tendremos que esperar un poco más para tener nuestro propio

Edén y vivir en paz.

Vicente me sonrió y luego me besó.

—El Edén es un lugar y un momento en el que Emilia y tú, están a salvo.

—Ese lugar no sería nada sin ti—. Me prendí de él, abrazándolo con todas mis fuerzas.

Así muy juntos, con nuestros cuerpos entrelazados, nos dormimos.

...

—Me alegra muchísimo que accedieses venir de compras conmigo. Una salida de mujeres es agradable para variar. Tu padre siempre se aburre tarde o temprano.

Esta era la segunda tienda en la que entrábamos y yo ya estaba aburrida y un tanto

fastidiada también; además, si accedí a salir con ella, fue para intentar sonsacarle lo que todavía ni ella ni mi padre, me contaban de la historia que los unía.

Tanto Gabriel cuanto Gaspar, ya estaban al tanto de la situación. Vicente se negó a

darme mayores explicaciones aduciendo a que cuanto menos supiese, más seguro sería para mí; él, en este instante, pasaba tiempo con mi padre y con mi hermano.

Tenerlo lejos me ponía nerviosa.

—Seguro que aquí encontraremos un vestido que le haga justicia a tu figura.

Me esforcé por disimular el fastidio que me provocaban sus intentos de adularme,

su exagerada confianza y la cercanía que pretendía existía entre ambas, cuando en realidad, yo no la conocía. Mi padre le había contado mucho sobre mí, eso se adivinaba en cada palabra que ella me dedicaba, aun así, continuábamos siendo dos

extrañas.

Comenzó a dolerme la cabeza de tanto esforzarme por evitar que se metiese en mis

pensamientos.

Vestidos... Ese era otro motivo de frustración. Durante el desayuno mi padre nos invitó a un evento que se celebraría esa misma noche y del cual era anfitrión. Una

cena de caridad para recaudar fondos para un centro médico infantil; sí, eso mismo.

No fue mi intención generar un motivo de fricción entre ambos, no pude evitar pedirle que repitiese aquello ni bien lo soltó. Mi padre corría de un lado al otro de los espectros más opuestos en lo tocante a cualidades como persona: de lo más bajo, a lo más elevado, de lo más altruista a lo más egoísta.

No había empacado para galas, menos que menos para este padre que me volvía loca siendo los dos extremos de lo que era, ángel y demonio.

—¿Qué te parece este?

Me enseñó un vestido azul realmente bonito y sencillo en el que imaginé, cabría mi

vientre.

Empujé una sonrisa a mis labios y ella me devolvió una mueca similar solo que tanto más amplía.

—Sabía que te gustaría. Pruébatelo.

Una de las solistas dependientas se encargó de llevar el vestido a un probador mientras continuábamos dando vueltas por la tienda.

—Es realmente agradable pasar tiempo contigo. Definitivamente no eres como otros demonios. Obviamente no lo eres —añadió con rapidez mientras dejaba en su

lugar, una chaqueta negra de recargados bordados—. Eres distinta y eso es bueno.

—¿Bueno para quién?

—Para ti; en general—. Apartó su mirada de mí, se dio la vuelta y continuó caminando en paralelo al perchero del cual pendían costosas prendas—. Para tu padre.

—¿Cómo afecta a mi padre quién yo sea?

Sus pasos se detuvieron. Se dio la vuelta, sonreía.

—¿No puedes preguntar eso en serio? Serás madre, ¿cómo te cambia eso a ti?

—Lo cambia todo, pero mi padre tuvo otros hijos antes de tenerme a mí. Está

Ciro,

está Lucas y estuvo Salvador... y Dios sabe cuántos más.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? Porque al tenerme pudo vengarse de Miguel.

—Porque amó a tu madre, porque se ve en ti como en nadie más.

Supe que continuaría de modo que no la interrumpí.

—Eres muy parecida a él y eso nada tiene que ver con lo físico, con tus dones.
Eres

tú, quién era él, mucho tiempo atrás, eres su fuerza, su rebeldía, su coraje. Su ímpetu. Incluso su pasión y sus momentos de placidez.

—Suenas como si lo conocieses muy bien.

—Quizá así es. De cualquier modo hay cosas que tu padre siempre se guardó para

así mismo y continuará haciéndolo. Existe un detalle más que te torna especial a sus

ojos... lo ves cómo tu padre, no como el Diablo. Incluso cuando te cuesta aceptarlo,

lo ves primeramente como tu padre, no como aquel ángel que renegó de sus orígenes, de todo lo que era.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Eres muy transparente para algunas cosas, y yo —me dedicó una mirada pícaras

—demasiado perceptiva para algunas otras. Ok, no entres en pánico, no es

necesario que me pongas esa cara. Está bien, todo está bien. No tengo interés en robarte tus pensamientos más profundos. Me interesa saber lo que quieras

contarme, nada más. El paseo no tiene como propósito irrumpir en tu privacidad, no hay necesidad de ello. Nosotros solamente deseamos algo de normalidad. ¿No se

te antoja a ti, poder disfrutar de un poco de paz, simplemente vivir la vida

igual que cualquier otro mortal?

—¿Es eso posible?

—Tú estás muy cerca de eso.

Era el momento para dar el paso y empujar la situación hasta el terreno en el que la

necesitaba.

—Es complicado conseguir paz cuando tu padre se aparece en un café en el que te

encontrarás con un amigo para dejarle a él, un mensaje o mejor dicho, una advertencia.

—Alcanzaremos nuestra paz.

—¿Cuándo? ¿Por medio de qué medios?

—Los inocentes no tienes por qué temer.

—Ese es el quid de la cuestión, quién decide quienes son inocentes y quienes culpables.

—¿A qué le temes? —preguntó sin siquiera mirarme a la cara, estaba demasiado ocupada examinando un lujoso vestido de bordados plateados.

—A lo que él pueda hacer, a lo que planee.

—Sabes una cosa... —regresó el vestido a su sitio—. Esta guerra es mucho más antigua que tú y yo juntas y no nos cabe a nosotras, juzgar su desarrollo, menos que

menos, su resultado.

—¿Qué trama mi padre?

—Lo que tu padre trama es conseguir un mundo más justo para ti, y para tu hija. ¿Te

parece eso tan terrible?

—Depende de los medios a los que recurra para lograrlos y a decir verdad, no necesito que haga nada por mí ni por mi hija. No creo que sea un acto desinteresado

de su parte; busca vengarse, es todo.

—No creo que le haga feliz escuchar lo que acabas de decir. Lamento tener que decirte esto pero... es evidente que todavía no terminas de comprender cuál es la situación —en cortos pasos, llegó hasta mí—. En este mundo, así como está, no hay

lugar para tu hija.

Mi corazón dio un sacudón dentro de mi pecho y así sin más, sentí como si hubiese

perdido toda materia.

—¿Antepondrás todo lo demás a ella? —bajó sus ojos hasta mi vientre—. Tu padre

arriesga todo por ti y tú simplemente prefieres el bienestar de extraños a la vida de tu hija. Eso no suena bien, siquiera en labios de un demonio.

—No es eso lo que quise decir —me apresuré a decir. No era eso... no, pero lo había dicho.

—El sacrificio no es agradable, a nadie le hace feliz, siquiera a tu padre aunque eso te sorprenda. Es él quien más ha sacrificado. Perdió una parte importante de quién

era por luchar por lo que creía justo. ¿Lo ves quejándose o corriendo a esconderse

con la cola entre las patas? ¡No! Tu padre todavía continúa luchando, incluso después de tanto tiempo no se da por vencido.

—No puedo creer que esto sea un simple acto desinteresado.

—Tu padre no es un caballero en blanca armadura, ni un héroe incólume, es alguien

con defectos y virtudes. Uno más entre tantos.

—Mi padre no es uno más del montón, él es... por suerte: único —solté sin meditar

demasiado mis palabras.

Lilith soltó un sonido que en un principio sonó como risa pero que al final se desvirtuó en una especie de gruñido seco que brotó de su pecho.

Creí que a continuación añadiría algo, en vez de eso se dio la vuelta y alejó en dirección a un maniquí engalanado con un impresionante vestido amarillo que llamaba la atención igual que un elefante engalanado con joyas, flores, pinturas y palanquines en medio de una habitación con decoración minimalista.

—¿Qué, eso es todo, darás por terminada la conversación?

—¿Qué más quieres que diga? —Tomó el ruedo del vestido y lo alzó examinando

la tela.

—Podrías continuar explicándome por qué estás aquí.

—Estoy aquí porque tu padre me invitó. Me hizo feliz que tuviese intención de presentarnos, finalmente.

—¿Por qué estás aquí? —insistí.

—¿Por qué estás tú aquí? No para conocer mejor a la novia de tu padre, eso seguro.

—Y tú no para conocer a la hija de tu novio, si es que eso es lo que él es para ti.

Lilith rió con fuerza.

—Deberías escribir libros, de esos que van de conspiraciones y demás, pareces buena para imaginar ese tipo de cosas. Soy la novia de tu padre y te invité a que saliésemos de compras para conocernos mejor, si tienes más preguntas, mejor ve con tu padre.

—Mi padre no me cuenta nada, se rehúsa a darme explicación alguna sobre...

—¿Y de cuándo aquí, los padres les deben explicaciones a los hijos?

—Si quiere que lo apoye, que confié en él, que lo acepte como mi padre, debería comenzar por hablar conmigo con la verdad.

—La confianza se gana.

—¿Cómo ganarme su confianza?

—Quizá podrías empezar por confiar tú en él.

—Es demasiado riesgoso. Tengo mucho que perder.

—Tu padre te ama, Eliza. Entiende eso.

—Dices que también amó a mi madre y ella ahora está muerta.

—Tu madre amenazó tu vida, ¿hubieses preferido morir tú en su lugar?, ¿crees que

eso no le afectó a él también? Das demasiado por sentado sin preguntar

absolutamente nada y eso no es inteligente.

—Te repito que él no responde a mis preguntas.

—Tal vez tus preguntas no sean las correctas o quizá no estés preguntando, si

no acusando.

—¿Qué sabes tú?

—Mantengo una relación con tu padre. Nosotros conversamos.

Lilith desestimó el vestido con una última mirada y continuó con su camino.

—¿Lo amas?

Se dio la vuelta y me enfrentó.

—Ese don no es de tu exclusividad, querida. No puedo darle hijos a tu padre pero sí

lo amo.

Sus palabras me abofetearon porque sus ojos respondían a mi pregunta sin necesidad de emitir sonido alguno.

Compré el vestido azul.

...

—Tu padre no mencionó palabra sobre el asunto. No me dio oportunidad de preguntar nada tampoco. No es fácil llegar a él.

—Ni que lo digas —le contesté desde el baño, cerrando la máscara de pestañas.

—Él actúa como si nada sucediese.

—Eso es lo que más me preocupa—. Eché un último vistazo a mi reflejo en el espejo intentando acomodar mi cuerpo dentro del vestido. Me sentía incómoda.

Resoplé. En fin, esto era lo mejor que podía lograr.

Salí del baño y me lo encontré junto a la cama, luchando con los gemelos de su camisa. Le tomó otro segundo completar su tarea y alzar la cabeza.

Me miró.

—Me veo igual que una ballena—. Pasé las manos por mi vientre cubierto de tela

azul oscuro —debí mirar más vestidos.

—Te ves hermosa.

—No me siento así... como sea, el vestido no hace más que ponerme todavía más

incómoda. No tengo ni idea de qué haré cuando tenga a Eleazar en frente otra vez.

Lo más probable es que Lilith le relatara nuestra conversación y...

Vicente caminó hasta mí y me tomó por la cintura.

—Lo que está mal con este vestido es que cubre tu cuerpo.

Le sonreí.

—Gracias por intentarlo pero tu embarazada esposa...

—Eso mismo —soltó interrumpiéndome—. Mi embarazada esposa. Todavía no

puedo creer que tenga la oportunidad de decir esas palabras. Cien años atrás no cruzaban por mi mente; tampoco tres años atrás—. Se inclinó sobre mí y detuvo el

avance de sus labios a escasos centímetros de los míos—. Somos capaces de cualquier cosa, tú haces que me sienta capaz de cualquier cosa, eres mi Edén, mi Paraíso —rozó mi boca con la suya y entonces el vestido comenzó a sobrar—. Tu

padre tiene razón en algo, lo dijo esta tarde y es muy cierto.

—¿Qué dijo?

—Que tú lo cambiaste todo, que el mundo no es el mismo desde que llegaste. Al menos mi mundo no es el mismo.

—Gracias en lo tocante a tu mundo. Por lo que respecta a mi padre, no me agrada

que hable de mí en esos términos.

—Lo quieras o no, eres la unión de dos fuerzas muy potentes. Una suerte de conciliación. Podrías traer la paz.

—No soy ninguna enviada y no sé cómo traer la paz, Vicente. No tengo idea de cómo impedir que mi padre comience una guerra.

—Encontraremos el modo. Te lo prometo. No te dejaré sola en esto. No estás sola

en esto ni en nada más y no te ves como ballena. Te ves bella, adorable —
entornó

los ojos —sexí.

—Y tú te ves como un gran mentiroso.

—No lo soy. Ya te lo demostraré más tarde al regreso, si lo hago ahora te despeinarías.

Se me escapó una carcajada.

Manoteó la chaqueta de su smoking de encima de la cama.

—Mejor pongámonos en marcha ya. Es hora.

—Te tomo la palabra—. Estirándome lo besé. Sus labios eran un bálsamo para muchas de mis penas.

Era hora. Cuando llegamos al salón descubrimos que nos esperaban y que de hecho

mi padre a punto estaba de mandar a buscarnos.

Salimos al anochecer de Nueva York. Afuera nos esperaban dos limousines. En una

subió mi padre con Lilith y en la otra, nosotros con Lucas. El trayecto no fue largo

y por suerte resultó bastante agradable. Lucas hacía gala de un muy buen humor, no

uno de esos con aires altaneros sino como antes, como al principio cuando recién

lo conocí. Me agradó notarlo así de distendido y relajado e imaginé que la ausencia

de mi padre, surtía un buen efecto sobre él. Cuando Eleazar no estaba presente no

temía decir tonterías o hacer observaciones sobre cosas simples y cotidianas.

De ese Lucas se consumió una parte en cuanto llegamos a la entrada del American

Museum of Natural History en el cual se celebraría la gala y allí, al pie de las escalinatas de piedra, nos esperaba mi padre. Mi hermano fue perdiendo trozos de

su identidad a medida que nos internábamos en el edificio.

Fuimos presentados a más de una docena de personas que nos recibieron con un comportamiento un tanto exagerado para mí gusto, como si su misión en esta vida,

fue rendirnos pleitesía.

Ni de los silencios de estas personas, logré extraer pruebas de que conociesen la verdadera identidad de mi padre sin embargo se sentía igual que si así fuese. Quizá

simplemente había donado mucho dinero para aquel hospital de niños.

Me pregunté si sería normal en él tener ese tipo de actitudes. Dinero le sobraba de

eso no me cabía duda; gestos generosos y de arrojo, no recordaba haberle visto ninguno.

Probablemente Lilith lo conociese mejor que yo.

Mientras la esposa del embajador de Japón continuaba hablándome de los logros académicos de su hijo mayor, busqué a mi padre con la mirada, lo encontré a unos

diez metros hacia mi derecha, conversando con dos parejas mayores de aspecto sobrio e inteligente; Lilith no lo acompañaba.

Al principio no se dio cuenta de que lo observaba hasta que súbitamente movió sus

ojos directamente hacia los míos y alzo su copa de champagne en mi dirección sonriéndome.

Busqué a Vicente, se encontraba a mí izquierda, charlando con Lucas ambos

miraban hacia arriba. Del techo pendía una enorme ballena, justo sobre nuestras cabezas. La ballena brillaba ante los reflectores azules mientras miles de chispas de luz radiante se movían por toda la sala.

Los noté entretenidos.

Me disculpé con la esposa del embajador y comencé a caminar en dirección a mi padre; él también abandonó a quienes lo acompañaban, le entregó su copa a una de

las camareras y comenzó a moverse hacia mí.

Sin decir nada, me tomó del brazo y guió hasta las escaleras que ascendían hacia la

pasarela superior que rodeaba el hall en toda su circunferencia.

—¿Y bien, qué te parece? Muy buena concurrencia, ¿no? Esta noche hemos recaudado muy buen dinero —dijo luego de que subiésemos el último escalón.

—¿En verdad eres responsable de esto?

—Bueno, me resultó imposible estar en todos los detalles pero sí, es por una buena

causa, el hospital trata niños con cáncer y también realizan investigación. El dinero recaudado se utilizará más que nada para investigación, encontrar tratamientos más

efectivos es una prioridad.

Me quedé viéndolo y así en silencio nos quedamos un momento.

—Un silencio muy prolongado el tuyo. ¿Qué te pasa por la cabeza ahora?

—¿Sueles hacer estas cosas?

—¿Aparecer en fiestas? No muy seguido.

—No, me refería a organizar galas de beneficencia y a ocuparte de niños con cáncer.

—Amo a la humanidad hija, niños, adultos, mujeres, hombres —sonrió— gays, lo

que sea. La raza humana es admirable. Tiene sus defectos sí, pero confío en que batallan para superarlos. De cualquier modo todos los tenemos. Es un placer poder

contribuir con algo aunque quizá no sea mucho.

—No te ofendas, eso sonó a como si estuvieses burlándote de mí.

—No es así. Sígueme—. Se echó a andar. Pasamos junto a unas tortugas marinas disecadas y después por debajo de una enorme mantarraya—. Admiro a la

humanidad desde que soy ángel—. Se detuvo junto a una vitrina con corales—.

Tienes suerte de haberlo sido. Es una experiencia impagable. Yo mismo deseé serlo

por mucho tiempo, luche por ello, creí que nosotros merecíamos tener los mismos

derechos que la humanidad, después de todo, no puedes proteger algo si no lo comprendes, si no entiendes cómo vive, qué siente, qué cosas pasan por su cabeza y

por su corazón y cómo le afectan por ejemplo: el amor o el odio. ¿Gabriel no te habló de ello? Seguro que sí, ahora él puede disfrutar, al menos en parte, de aquello por lo que yo peleé, por lo que fui exiliado.

—Comentó algo, sí.

Con pasos lentos, mi padre se movió hasta la siguiente vitrina, una con algas y peces.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Qué más quisiera que, que lo fueses.

—Me resulta muy difícil creer lo que acabas de decir.

—¿Por qué, porque soy el Diablo, Lucifer? —me sonrió—. No fui yo quién inventó

el mal, hija.

—Gabriel también me explicó eso—. Hice una pausa—. Lo esparces. Ese demonio

no debió entrar en aquella chica, la del café.

—No le hizo daño alguno y ese no es el verdadero mal, Eliza. El verdadero mal es

la ceguera total, el engaño, la falta de hermandad.

—¿La falta de hermandad de tus hermanos? ¿Miguel es el mal?

La respuesta de Eleazar fue otra sonrisa que no enseñó sus dientes.

—No, mi hermano no es el mal en sí mismo, es el mal disfrazado de bondad, es la

cara amable del mal, la que se acepta sin rechistar, por error. El mal es la falta de comprensión y sensibilidad, el egoísmo. El mal disfrazado de bondad es todavía peor que el mal a secas, es el más vil de los engaños.

—Gabriel me contó que Miguel te falló a último momento, que se supone te apoyaría y que sin embargo te dio la espalda.

—Gabriel me cae mejor cada día. ¿Con que te contó eso? No me lo esperaba. ¿Qué

más te dijo?

—No mucho.

—Miguel no solamente me dio la espalda a último momento sino que además tuvo

el placer de vencerme y enviarme al Infierno con sus propias manos; no soy el único hermano al que defraudó. Yo no estaba solo, Eliza; no era el único. No éramos simplemente Miguel y yo, había otros.

—¿Otros?

—Otros tres hermanos nos acompañaba a Miguel y a mí.

—¿Qué fue de ellos?

Mi padre no respondió, se alejó de la vitrina y caminó hasta la baranda, sobre ésta

se apoyó.

—Fui el primero en ser echado, desterrado pero sé que ellos sufrieron un destino

similar.

—Los enviaron al Infierno.

Mi padre negó con la cabeza.

—Su castigo fue más leve, ellos pidieron perdón.

Puse una mano sobre la baranda y él la observó por un momento, allí llevaba mis

anillos de casada. Sus ojos se dirigieron al frente, rozando las cabezas de la multitud que se reunía allí abajo en la gala.

—¿Dónde están ahora?

Así inclinado hacia adelante, ladeó la cabeza hacia mí.

—Adivina.

Sus ojos volvieron al frente.

—¿Aquí?! —Todavía no comprendo por qué me sorprendió tanto el hecho de que

así fuese.

—Uno de ellos está aquí. Los tres fueron enviados a la Tierra a modo de castigo.

No sé qué fue de los otros dos pero al fin, después de tanto tiempo, he conseguido

localizar a uno.

—¿Dónde? —me paré a su lado e intenté seguir la dirección de su mirada—. ¿Sabe

que eres tú?

—Sí, lo sabe. El reencuentro no fue tarea sencilla; él continúa avergonzado por lo

que hizo, al igual que los demás. Les hicieron creer que aquello por lo que luchaban

no era correcto y han vivido en vergüenza hasta el día de hoy, ocultado quienes son

en realidad.

—No lo sentí.

Eleazar sonrió.

—Lleva demasiado tiempo ocultándose de todo el mundo, se ha convertido en un experto del camuflaje. Fue hace demasiado tiempo hija. El tiempo es un buen aliado

del aprendizaje.

—¿Cuándo lo encontraste?

—Hace muy poco tiempo.

—¿Qué hace él aquí?

—Es pediatra.

—¿Del hospital para el que reúnes fondos?

—Exactamente.

—¿Por eso esta fiesta? Huele a pantomima.

—No lo es, John tiene buenas intenciones...

—¿Y tú?

—¿Qué crees que es esto? No es un engaño.

—¿No? —me quedé viéndolo—. ¿John?

—Es el nombre que usa por estos días.

—¿Por qué lo buscaste, qué quieres de él? Si no es un engaño, qué significa todo esto.

—Es mi hermano y los hermanos deben estar unidos.

—Miguel también es tu hermano y tú parece querer...

—Miguel me apuñaló por la espalda, Eliza.

—Y planeas vengarte, ¿de eso se trata?

—La fiesta no es una farsa, la causa de John es buena y me agrada poder colaborar

con él. Además —se enderezó despegando sus brazos del barandal—, no es la primera vez que me encargo de un evento de caridad. Tampoco será la última.

—¿Me lo presentarás? Imagino que para eso estoy aquí.

Asintió con la cabeza.

—¿Para qué más, qué otros motivos hay? Dime la verdad.

—Quiero que me ayudes a encontrar a los demás —soltó, y allí por fin, comenzó a

mostrarse la verdad. Una docena de preguntas surgió en mi cabeza, entre ellas, la más importante:

—¿Por qué quieres encontrarlos?

—Si Gabriel y Miguel aún no lo descubren, pronto lo descubrirán; ellos sabrán que

los busco y los buscarán también, eso sí, para matarlos.

—¿Por qué los matarían? ¿Para qué quieres encontrarlos, Eleazar? Esto tiene que ver con la guerra que dijiste se avecina.

—Tiene que ver con nuestra supervivencia, con la mía, la tuya, la de tu hermano, la

de Vicente, incluso la de tu hija.

—Lo dices para asustarme. Para que te ayude y la verdad es que no veo cómo podría ayudarte. No puedo hacer nada por ti.

—Pero sí ya lo has hecho.

—No entiendo a qué te refieres.

—Emilia —soltó sin más—. Ella será lo que todos nosotros siempre quisimos ser,

nuestro punto intermedio, nuestro ideal. Algo bello y perfecto con todas las luces y

sombras.

—No tienes idea de lo que Emilia será.

—Es lo que ya es, Eliza. Sin importar el nombre que quieras darle o si nace teniendo muchos dones o ninguno.

—¿Cuál es el plan, qué harás cuando los encuentres, cuando vuelvas a tenerlos de tu

lado, porque imagino, eso es lo que buscas, no?

—Ya te lo dije, mi intención es mantenernos con vida.

—¿Cómo?

—No lo sé, el tiempo lo dirá. Eso no depende enteramente de mí. También depende

de lo que ellos hagan.

—Si los buscas imaginarán que es porque tramas algo y...

—Y los buscarán y los matarán. Es por su seguridad y la nuestra, ya te lo dije.

—Y si no los buscas...

—Quizá no pueda defenderte ni a ti, ni a nadie. Entiende que no hay vuelta atrás en

este camino. Es o peleamos y nos arriesgamos a morir en la lucha, o simplemente

permitimos que nos maten sin luchar.

—No harán eso, no nos matarán, son ángeles—. Mi pulso se aceleró. Al fin tenía frente a mí, las explicaciones que buscaba y eran peores de lo que creí serían.

—Viviste con ellos, sabes cómo entrenan, quienes son y para qué viven. No me digas palabras que ni tú misma crees. Sabes de lo que es capaz Miguel y has visto lo

que hacen los demás.

—Ellos simplemente intentan mantener la estabilidad entre ambos bandos.

—Esa estabilidad ya no existe.

Porque yo la había quebrado —pensé.

—Necesitamos toda la ayuda posible.

—No lo hagas, por favor, no inicies una guerra.

—No fui yo Eliza, fue Miguel, cuando metió a tu madre en esto.

Tragué en seco. Comprendía lo que eso significaba, mi madre había sido más importarte para él de que yo hubiese estimado jamás. Mi padre hacía esto por mi madre, por lo que sintiera por ella.

—No imaginé que fuese a ser así; no quería que fuese así para ti. Lo siento.
Daría

todo lo que tengo por cambiar la realidad. No hay nada más que pueda hacerse.

Ojalá pudiese comprar un Edén para ti—. Me enfrentó—. Necesitamos encontrarlos,

Eliza, y cuanto antes. He intentado ganar un poco de tiempo, no ha servido de nada.

Puedo procurar contener la situación entreteniéndolos; no durará mucho. Por eso me alegró tanto que Gabriel pusiese a ese ángel de la guarda a tu lado, por eso me

alegra que tu hermano y tu estén aquí ahora, donde puedo verlos y protegerlos.

Al instante pensé en Anežka y en el clan Salleses.

—¿Sabes qué es lo más triste de la traición? Jamás proviene del enemigo.

En los ojos de mi padre encontré más dolor que rencor y eso me asustó.

—¿Qué papel cumple Lilith en todo esto?

—Me acompaña, llevaba demasiado tiempo solo.

—¿Nada más?

—Es un demonio muy antiguo con muchos dones, una muy buena amiga.

—¿Dices la verdad? No hablo de ella sino de todo, en general.

—Podrías por una vez al menos, confiar en mí.

—No es tarea sencilla, me lo pide el Diablo.

—Te lo pide tu padre.

Cerré la boca.

—Miguel no olvida, Eliza y además su palabra, tiene un poder altamente contaminante. Rafael y Gabriel terminarán cayendo en sus redes.

—No creo que puedan hacer lo que quieran así como así, debe haber algo...

—No hay nada. No podemos convencer a nadie de que detenga su avance.

Pensé en Dios y me sentí ridícula. ¡Ja! ¡Pidamos una audiencia en el Cielo y digámosle a Dios que no somos tan malos! ¡Ridículo!

—No puedo ayudarte a encontrarlos, siquiera reconocí la presencia de ese otro aquí, como podría encontrar a un ángel caído en... el mundo. Es como dar con una

aguja en un pajar —valga el cliché—.

—Tengo indicios, Eliza. Lo que sucede es que tienen miedo.

—De ti.

—De lo que pudiese sucederles si vuelven a ser vistos a mi lado. Lo que no comprenden es que el riesgo ya existe. Necesito que seas mi embajadora, eso es todo. Por supuesto, cubriré tus espaldas y te mantendré segura a ti y a los tuyos mientras esto dure, mientras me sea posible.

—¿Cómo?

—Tú no te preocupes, tengo mis medios.

—No me digas que no me preocupe. Esto es malo.

—Sí que lo es—. Se aproximó a mí y rodeó mis hombros con uno de sus brazos—.

Es malo pero no tanto, te tengo aquí conmigo y eso parecía imposible.
Solamente

me gustaría poder garantizarte una eternidad de felicidad, yo ya he vivido demasiado.

Lo espí por el rabillo de los ojos y me lo encontré observándome.

—Soy un padre afortunado—. Su mano apretó mi hombro—. Ven, vamos, te presentaré a John.

13. La Legión.

La palma de mi padre regresó otra vez a mí hombro. El hombre hacia el cual nos

dirigíamos era alto, de aspecto atlético, cabello castaño claro, corto y prolijo. Iba de smoking igual que todos los invitados del sexo masculino. Noté que llevaba anteojos, unos alargados con montura de metal.

Con cada paso hacia él, el aire se tornó más ligero; hubiese jurado que la luz azul y las inquietas motas de luz plateada brillaban más a su alrededor. Si

tenía alas, no las vi; no hacía falta que las desplegara para darme cuenta de que aquel hombre en realidad no era otra cosa, sino un ángel.

Supuse que si percibía los signos de su verdadera identidad era porque él me lo permitía.

Sosteniendo un vaso de trago largo con un líquido naranja en su interior; conversaba tranquilamente con una mujer de piel del café intenso a la cual le llevaba al menos tres cabezas, ella le sonreía. Me dio la impresión de que se conocían bien, quizá fuesen compañeros de trabajo; a decir verdad, no se me hacía

muy difícil imaginarla con guardapolvo blanco y un estetoscopio colgando del cuello. Ella bebía vino blanco.

—La Legión. Así nos hacíamos llamar —entonó mi padre a pocos pasos de distancia de nuestro destino—. John.

El aludido movió la cabeza en nuestra dirección.

Desde atrás de los cristales, me observaron un par de fenomenales ojos azul eléctrico que tenían un gesto calmo, eran ojos pequeños y suaves, unos a los que no

resultaba difícil mirar, todo lo contrario, uno podía quedarse allí por horas, igual que si contemplase el infinito del cielo de la noche, procurando alejarse en la mirada cada vez más allá, hasta llegar a las estrellas más pequeñas, hasta el fondo

de esa inmensidad, intentando encontrar el límite, la frontera con el origen, la verdad.

—¿Ruth, puedo robarte a John por unos minutos? —le pidió mi padre en inglés a la

mujer, sin demostrar intenciones de presentarme frente a ella.

—Ah, hola Eleazar. Sí, claro, no hay problema, tengo que ir a rellenar mi copa

—
contestó ella en el mismo idioma.

Mi padre y el ángel cruzaron una mirada y luego todos se quedaron viéndome.
En

esta situación faltaba algo y eso era más que obvio, sin embargo, mi padre no le prestó atención al detalle y yo siquiera supe cómo presentarme.

— Te veo en un momento Ruth —entonó el ángel.

La mujer se alejó.

Nos miramos. Su rostro no traicionaba ninguna emoción, en cambio el de mi padre

parecía cargado de orgullo.

Eleazar sonrió.

—John, permíteme presentarte a mi...

—Eliza —mi nombre en sus labios sonó distinto, igual que si hubiese sido dicho en

un espacio demasiado gigantesco en el que las palabras se pierden y al mismo tiempo se tornan eternas, infinitas. Los ojos del ángel descendieron hasta mi vientre y un par de segundos después regresaron a los míos cuando me tendió una mano. El

silencio duró más de lo socialmente correcto y fue bastante incómodo porque imaginé que estaba siendo objeto de un minucioso análisis el cual determinaría si yo era de fiar o no. Entonces por fin, llegó el segundo en que su rostro se relajó liberando ligeras trazas de humanidad—. Que alegría conocerte al fin.

El veredicto me era favorable. Suspiré aliviada aunque no me queda en claro muy

bien por qué me preocupaba tanto cual fuese su opinión sobre mí.

—El placer es mío, John—. Al estrechar su mano, sentí su piel vibrar contra la mía.

—Tu padre habla mucho de ti —se sonrió—. Y muy bien; no te preocupes—. Hizo

una pausa en la que volvió a mirar mi vientre en este vestido azul que me hacía ver

como una carpa canadiense para ocho—. Felicidades. ¿Has escogido un nombre?

—Emilia.

—Un nombre muy bonito.

—Gracias.

—John es muy popular entre los niños, sus pacientes lo adoran. Cuando lo buscas

en el hospital siempre lo encuentras rodeado de cuatro o cinco criaturas que tironean de su bata. Y eso que no tienen idea de quién realmente es. Bueno, en realidad lo presienten, los niños tienen ese don, pero no son conscientes de que así

es.

—De otro modo, estaría en problemas. No es algo sencillo de explicar —acotó con

suma tranquilidad. No parecía el tipo de persona que pierde el temperamento con facilidad, todo lo contrario.

Ahora fue mi turno de quedarme viéndolo.

—¿Nadie sabe quién eres en realidad?

—No, y así es mejor... para todos —por responder, no perdió la sonrisa.

—Mi padre me habló de tu trabajo—. En pocos minutos, mientras lo buscábamos en

la sala, Eleazar me había puesto al tanto de la dedicación y los logros de este hombre que llevaba más de un siglo, intentando salvar niños enfermos. No sé por

qué, así de la nada, me lo imaginé sentado muy silencioso junto a una cama de hospital, velando por una criatura que bien podía ser Emilia algún día. Se me encogió el corazón y no logré evitar que se me empañasen los ojos. El aluvión de

sensaciones me embargó y al alzar la vista comprendí que esas sensaciones no provenían de mí, sino del ángel parado frente a mí.

—Empatía, una de nuestras cualidades más intrínsecas y valiosas. ¿No crees?

Poco a poco las distancias entre nosotros dos, iban acortándose.

—La empatía nos llevó a formar la Legión —completó mi padre—. Necesitábamos

sentirlo todo para al fin, poder comprenderlo todo.

—No puedes simplemente mantenerte al margen e intentar comprender las cosas desde la distancia. Si quieres aprender a nadar debes lanzarte al agua. No creímos que fuese un exceso lo que pedíamos —al decir esto último, y por una fracción de

segundo, sus ojos cayeron al suelo. ¿Vergüenza?

—No lo era —acotó mi padre con decisión, él no bajaría la vista jamás.

—Entonces aquí estamos ahora —suspiró el ángel.

—Eso parece.

—¿Te lo explicó tu padre?

Asentí con la cabeza.

Eleazar quedó por un momento fuera de la conversación.

—¿Nos ayudarás a encontrar a los demás? Necesitamos reunirnos otra vez, estar juntos. Tarde me arrepentí de no haber apoyado a tu padre como era necesario, debimos continuar con él hasta el final, hasta las últimas consecuencias. Nos asustamos. En algún punto, no comprendo cuándo, perdimos nuestro coraje —otra

vez apartó la mirada de mí—. Quisiera volver a ver a mis hermanos, la última vez

que pude gozar de su presencia tenía idea de que por delante quedaba una eternidad

de distancia y silencio. Sus rostros son reflejos borrosos en un espejo demasiado antiguo. Los necesitamos Eliza; él nos dará caza; si no nos mató en aquel entonces,

fue porque no obtuvo el permiso necesario. Eso no le sucederá dos veces. Miguel

no tiene límites, quedó demostrado con lo que hizo el año pasado. Todos

esperábamos que después de lo sucedido, algo cambiase, no fue así, no al menos para mejor. No hay control alguno en lo que sucede, es como si las reglas se hubiesen convertido en polvo, ya nadie puede leer esas páginas.

—No creo que pueda dar con los demás, es más, estoy casi segura de que huirán de

mí en el caso de que consiga acercarme a ellos lo suficiente.

—No, eso no sucederá, eres diferente, cargas una niña en tu vientre. Ellos se darán

cuenta de que nuestro cometido no es dañino. Ayúdanos. Ayúdanos a obtener justicia, a conciliar el orden otra vez.

—Insisto, no tengo idea de cómo encontrarlos, siquiera te sentí a ti.

—Usarás tu instinto y darás con ellos. Incluso quizá tengamos suerte y ellos den contigo y entonces, tú palabra obrará el resto.

Lo dijo como si esperase un milagro y eso me angustió.

—¿Y entonces?

Mi padre y John cruzaron una mirada.

—Y entonces haremos lo mejor que podamos, lo que no hicimos cuando debíamos.

—¿Meterás a otros demonios en esto? —le pregunté a mi padre.

—Los únicos que saben toda la verdad son Ciro, Lilith y tú, nadie más. El secreto

morirá con nosotros si las cosas no salen bien.

—¿Por qué no se lo dices a los demás?

—Porque es un asunto de ángeles, no de demonios.

—Ciro es un demonio, ¿acaso tiene algo de ángel?

—No, pero será mi sucesor en caso de que yo no sobreviva.

Mi corazón se aceleró ante la gravedad de sus palabras. ¿En verdad hablábamos de

morir?

—Ninguno de nosotros, solo, por su cuenta, tiene el poder suficiente para

enfrentar

a Miguel, Eliza. Sus poderes crecieron con el tiempo, se modificaron y son más eficaces que nunca a la hora de combatir los nuestros.

—Lo que dices es que si te enfrentases al Miguel morirías. ¿Entonces por qué no te

mata aún?

—Gracias por eso —rió mi padre.

—No, no me refería a eso, lo que quiero decir es... ¿Por qué no lo ha intentado?

—Supongo que porque hasta ahora, no tenía el aprobación necesaria.

—¿Y qué te hace creer que ahora si lo tiene? —me estremecí, la situación se divisaba cada vez peor, igual que cuando poco a poco, avanzas hacia una tormenta.

Al final del camino veía nubes negras y muchos rayos.

—El que saliera impune de su intento de matarte, el que Gabriel te consiguiera un

ángel de la guarda para Emilia y el que pusiese a quien fuera un hombre, a cuidarte

a ti —me dedicó una sonrisa torcida—. Sigo de cerca sus pasos, hija —añadió ante

mi cara de sorpresa cuando mencionó a Ami; siquiera Vicente sabía de él.

—Gabriel sabe algo, o al menos, lo intuye—. Añadió John—. Ojalá tuviésemos otra

opción, ojalá pudiésemos continuar como hasta ahora. No quiero morir, Eliza, no

quiero dejar de hacer lo que hago, al menos no, por las razones incorrectas. Si mi

existencia ha de tener un fin, que sea por otra mano, no la suya, no por sus motivos.

De repente sentí que me encogía, como si esta sala iluminada de azul no fuese el hall de un museo, sino el espacio infinito.

No descarté por completo, la posibilidad de estar cometiendo un error, es que en honor a la verdad, no se sentía como un error, y sus palabras, tampoco como mentira.

—Bien... los ayudaré.

La sonrisa más alegre no fue la de mi padre, fue la de John y llegó acompañada de

un par de alas de un azul cerúleo, de resplandor plateado que se irguieron esbeltas y majestuosas entre la concurrencia y por debajo de aquella enorme ballena que colgaba sobre nuestras cabezas.

—Que los ángeles te guarden en tu camino, Eliza. Que la luz guíe tus pasos. Que tu

fuerza nos dé valor y que ese valor nutra tus dones y los haga ejecutores de la justicia que debió hacerse hace mucho tiempo.

—Estoy tan orgulloso de ti —dijo mi padre tomándome de la mano. Cuando me volví a verlo, vi algo que jamás esperé presenciar. Alas... un par de alas de gran envergadura, negras, relucientes, magníficas y sobrecogedoras. Imaginé que sus alas serían como las de los demás y me equivoqué, creí que él se había dado un par

de alas nuevas, un par de alas de demonio pero evidentemente las que ahora engalanaban su espalda, debían ser como aquellas que perdió.

Un bip-bip sonó a mi derecha, arrancándome del estupor. Era una especie de alarma.

—Perdón, es que llegó el momento —entonó John echándole un vistazo a su reloj

—. Es momento de mi discurso.

—Claro, claro—. Las alas de mi padre desaparecieron.

John terminó de despedirse, no pude hacerle caso a sus palabras, mi padre y yo, teníamos los ojos fijos uno en el otro.

—¿Qué pensabas? —lanzó cuando nos quedamos a solas—. Miguel y el Infierno me

las quitaron pero yo supe darme nuevas. Soy mi propia creación. Soy el mismo, Eliza, lo que sucede es que situaciones extremas, requieren medidas extremas.

—¡Aquí están! Los buscamos por todas partes.

Me sobresalté ante la llegada de Lucas. Literalmente, di un salto, necesitaba todavía un par más de minutos, para terminar de procesar lo visto.

Un par de pasos por detrás de él, venía Vicente.

Sé que él notó mi rostro descompuesto y por esa razón, el suyo se cubrió de sombras.

—Creo que iré a sentarme un momento, además necesito algo de aire fresco.

—¿Estás bien? —Vicente se pegó a mí.

Mi padre continuaba observándome en silencio.

—Sí, no pasa nada. Solamente necesito salir un momento.

—Hay un jardín precioso allí afuera, junto a la sala de los planetas. Salgan, tómense un momento, lo que viene a continuación es un discurso empalagoso para intentar

adular un poco a los hombres forrados en dinero que vinieron aquí esta noche. A ver si así, abren sus bolsillos.

Lucas fue el único en reír.

—Estaremos afuera—. Dijo Vicente tomándome de la mano.

—Claro, solamente no se alejen demasiado—. Entendí que aquel patio que mencionó, era seguro, que tendría demonios cuidándonos y también que esos demonios, siempre habían estado allí.

...

Me arrebujé dentro de la chaqueta del smoking de Vicente. Sobre mi cabeza colgaban desde los árboles, como gotas de lluvia perenes, líneas de pequeñas lucecitas; al fondo, el cubo de cristal que componía la sala de los planetas.

—No lo puedo creer —jadeó Vicente. Le tomó un par de segundos reaccionar a mi

relato—. Es simplemente... No tengo palabras.

—No quiero correr el riesgo, además... no creo equivocarme. Decían la verdad, lo

sé, lo siento, lo sentí allí, en la mirada de ese hombre. Bueno, en realidad es un ángel. Da lo mismo. No creo que mintiese... ninguno de los dos, lo cual resulta todavía más aterrador.

Vicente deambuló ente los árboles.

—Y tu padre se dio alas como las que perdiera. No es un detalle menor. Tengo la

impresión de estar soñando. Es demasiado y al mismo tiempo no es tan descabellado.

—No, no lo es—. Le había contado toda la verdad, incluyendo la presencia de Ami

y el acuerdo que tenía con Gabriel.

—Haremos lo que sea necesario.

Asentí con la cabeza.

—Ese Miguel me cae cada día peor.

Llegó hasta mí y me abrazó.

—Algún día, tendrás que mostrarme tus alas —me dijo sonriendo.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que son hermosas.

—Vicente...

—Han de ser magníficas, igual que tú.

—No tengo alas—. Sentí un cosquilleo en la espalda y la nuca.

—Hermosas y luminosas.

—No quiero alas, quiero una vida a tu lado, una vida para nuestra hija.

Alzó mi cabeza con su mano para que lo viese a la cara.

—Lucharemos por eso. Lo haremos.

Me prendí de él con todas mis fuerzas.

Sus brazos rodearon mi espalda.

...

Tuve oportunidad de pasar un momento más en compañía de aquel ángel a

quien mi

padre consideraba su hermano, sin embargo, no pude discutir con él cosas del pasado, nos acompañaban otras personas que no tenían ni la más remota idea de lo

que ocurría en este mundo, justo frente a sus ojos. Aprendí más sobre su obra y sus

esfuerzos, sobre aquella persona a la que todos veían como un ser humano muy especial —excepcional— al que todos querían y respetaban. Conocí a sus pares e incluso a un par de jóvenes que habían sido sus pacientes, jóvenes en remisión que

intentaba tener vidas normales sin cansarse de luchar.

Sin duda fue una noche más que especial y sobrecogedora, y a decir verdad, después de tantas revelaciones y sobre todo, después de tener oportunidad de contemplar las alas de mi padre, el mundo no parecía el mismo lugar que fue esa

misma mañana. Nada se sentía o veía igual.

Regresamos a la propiedad de Eleazar, mucho antes de que terminase la fiesta.

Estaba rendida y demasiado aturdida.

Me costó conciliar el sueño y una vez que lo logré, el mundo onírico no logró superar las maravillas y desventuras de aquel que fluía en la vida real.

...

Amanecí con una sensación extraña que no se apartó de mí, ni al admirar la ciudad

que empezaba a ser tomada por la primavera. Por mis venas circulaba angustia, no

sangre.

Dejé a Vicente en la ducha y bajé a desayunar.

Todavía era muy temprano y la casa se encontraba en silencio, los únicos sonidos

provenían de la cocina. Antes de entrar allí, sentí la presencia de mi padre; estaba solo. Al dar unos pasos más, oí su voz.

Me detuve junto a la puerta y golpeé contra el marco de madera con los nudillos, estaba al teléfono, hablando en un idioma que jamás había escuchado antes. Me miró y sonrió, con una mano me hizo gestos de que entrase. Olía a café, pan tostado

y huevos revueltos. También olía a canela y la fuente de aquel aroma se encontraba

sobre la mesa, en una bandeja de porcelana. Rollos de canela de aspecto

increíblemente tentador. Sobre la mesa también había jugo de naranja, manteca, quesos, dulces y frutas, y sitio para cada uno de nosotros. Sin contarle a él, era la primera en bajar y eso no me sorprendía, eran apenas las seis de la mañana.

Eleazar me hizo señas de que tomase asiento mientras continuaba deambulando por

la cocina con el celular pegado a la oreja.

Me serví, mi estómago crujía de hambre. No quería ser descortés pero con todos aquellos aromas la tentación era irresistible.

Eleazar vino a sentarse a mi lado, en la cabecera de la mesa.

Agregué mucha leche a mi café y luego por señas, le ofrecí café a él.

Asintió sin perder la sonrisa pese a que el tono que utilizaba para digerirse a quien se encontrase al otro lado de la línea, no era nada alegre. Pasó de la leche con un

gesto y luego se levantó recogiendo antes mi plato, el cual trajo de regreso unos segundos después, cargado de huevos revueltos y dos tostadas todavía humeantes.

Lo puso frente a mí y me dio una palmada en el hombro antes de volver a sentarse.

Comencé a comer; eso ensanchó su sonrisa. Los huevos eran esponjosos y tiernos,

y el pan sabía a recién hecho, a amasado casero.

Iba por mi segundo bocado cuando Eleazar hizo su teléfono a un lado y me dio los

buenos días.

—Buen día.

Clavó el codo sobre la mesa y su mentón en el talón de la mano y se quedó viéndome tal si contemplase una pieza de arte lo cual resultaba por demás incómodo.

—¿Todo en orden? —solté para interrumpir aquello. No tenía por costumbre convertirme en objeto de adoración de nadie.

—Sí, claro. Me alegra que los demás continúen en cama, quería que tuviésemos un

momento para nosotros solos.

—Vicente está en la ducha, bajará de un momento a otro.

Eleazar enderezó la espalda.

—Bien, entonces mejor no pierdo tiempo. ¿Tienes buena memoria?

Su pregunta me descolocó.

—Sí, de hecho creo que sí. No suelo olvidar ni rostros ni nombres ni casi nada de

lo que veo y...

—Suficiente —dijo interrumpiéndome—. Tengo indicios para creer que uno de mis

hermanos se encuentra en Italia. Le perdí la pista hace unos quince años pero creo

que él continúa allí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Hasta lo que sé, mi hermano era un hombre de la iglesia católica; imagino sigue

siéndolo. No creo que abandonara sus votos. Los que lo conocieron contaban que era un hombre de profunda fe. Un hombre enteramente dedicado a su vocación. Me

cansé de buscarlo por el nombre que utilizaba aquellos días. Simplemente se esfumó de modo que creo que cambió su identidad una vez más, pero te repito, no

creo que dejara la iglesia.

—¿Lo que sucedió en Italia fue tu responsabilidad?

—Necesito cubrirme las espaldas.

Eso era un sí.

—¿Y el otro? —disparé.

—Tamiel es quien está en Italia, no logré verlo sin embargo por cómo describieron

su personalidad, imagino es él. El verdadero nombre de John es Armers. El que falta es Batraal. Sobre él no conseguí averiguar mucho. Tengo algunos indicios que

no me llevan a nada. Batraal tenía una personalidad muy práctica, se regía por lógica y su lucha era en pos de la justicia y la igualdad. No sé si era él, quizá está confundiéndome, cuando más cerca me creí de dar con su paradero fue hace seis años, en Japón, era un hombre de negocios de mucho éxito que se caracterizaba por

donar casi todo el dinero que ganaba. Los lujos nunca fueron su estilo. Cuando llegué a la que creo era su morada, me topé con un minúsculo y derruido departamento de un solo cuarto, casi carente de cualquier decoración o mobiliario.

No dejó absolutamente nada detrás de sí, más que un nombre a cuyos orígenes no

logré llegar Markus —así se hacía llamar por entonces— se esfumó como humo entre

mis dedos. Si algo me sucediese... Debes convencerlos de que se unan a ti. Se levantó y fue hasta la mesada, allí había una laptop y un diario con cubiertas de cuero, de éste último, extrajo una tarjeta la cual me tendió.

—Es el número de John, él te auxiliará de sucederme cualquier cosa a mí. Ha jurado

defenderte con su vida.

El café con leche, trepó por mi garganta.

—¿Es en serio? —Tomé la tarjeta.

—De ser posible, memoriza el número. John sabe lo que acabo de contarte, él también trabaja para dar con nuestros hermanos. No metas en esto a otros

demonios, no comprenderían el real alcance de la situación. Si lo necesitas, huye, cambia tu identidad—. Eleazar había traído algo más consigo—. Este

nombre es todavía más importante.

—¿Hansel Steiner? ¿Quién es él?

—Tiene un bufete de abogados en Suiza. Maneja gran parte de mi dinero. Sabe quién eres y está listo para darte una nueva identidad y una nueva vida simulando que eres humana, dónde sea y cuándo sea. Si tienes que ocultar quien eres en realidad, lo harás, por el bien de tu hija y el tuyo.

Me imaginé viviendo como forajida, huyendo eternamente y sola y eso dolió y mucho.

—No. Eso no... No quiero vivir así. Eso no sucederá—. Comenzaba a costarme respirar.

—No lo niegues, Eliza. Podría suceder, tienes que tener en cuenta que el resultado

de nuestra empresa podría no sernos favorable. Sí te pido que huyas y te ocultes, lo

harás, y si te lo pide Vicente, también obedecerás.

Por mi garganta trepó bilis mezclada con café con leche. No podría dejarlo, no sería capaz de eso.

—Lo harás, confío en que lo harás... —su mano buscó la mía. Eleazar le dio un apretón a mis dedos—. Por tu hija.

Los dedos de mi padre volvieron a cerrarse con fuerza alrededor de los míos y para

mi sorpresa, le devolví el gesto.

—No tengas miedo, eres fuerte. Cuando tengas necesidad de tus dones, estos aflorarán brindándote confianza y seguridad.

Iba a decirle que no quería que muriese pero no sabía si eso era correcto. Bien, en

realidad lo era para mí, él con todos sus defectos y virtudes, era mi padre, el ángel que fue expulsado del Paraíso por vanidad, lujuria y libre albedrío.

—Tienes mi amor, confianza y orgullo contigo—. En el apretón sostenido y tenso

que le dio a mi mano, se sublimaron las cualidades del ángel que había sido: la sinceridad, la bondad y la sabiduría—. Y mi bendición.

—No permitiré que me dejes. No ahora, no así, no sin antes explicarme... — el resto

de la frase se me quedó atragantada. Las emociones eran tantas que me estaba costado mucho trabajo respirar.

—Sabes de mí, todo lo que necesitas saber. Soy tu padre y te amo; amé a tu madre y

me arrepiento de muchas cosas, pero no de esto. Soy lo que soy, no intentes buscar

una explicación para mí; he vivido demasiado y sería agotador intentar desmenuzar

cada año, cada gesto y cada palabra de esa vida.

—No hables así, Eleazar.

Eleazar llevó mi mano hasta su pecho. Percibí, a través de sus ropas, y de sus carnes, el latido de un corazón que palpitaba con fuerza, tal es así que parecía que

tuviese caballos galopando en el pecho.

Se me puso la piel de gallina y de pronto, en vez de ver la cocina y todo lo que esta contenía vi solamente luz que como un vapor radiante reflejaba todos los colores del arcoíris. Sentí paz y quietud y un delicado aroma a jazmines. Calidez, calma incommensurable.

Perdí toda sensación de materialidad y sustancia.

A mi alrededor comenzaron a bailotear cientos de puntos de luz.

Las luces me provocaban cosquillas en un cuerpo que ya no sabía si tenía;
quizá no

fuese en mi cuerpo si no en mi alma.

¿Puede el corazón estallar de felicidad y la mente perder su lógica ante la
pureza extrema?

Puede, cuando todo se transforma en nada y la nada es absorbida por el todo,
amalgamándose a algo sempiterno, indescriptible y maravilloso.

Quise llorar de felicidad y permanecer allí para siempre; esto era la vida, la
existencia, la más sublime.

Quería esto para mi hija y para mí por el resto de la eternidad.

Mi corazón estaba a punto de estallar de amor cuando...

—¡Estoy tan hambrienta!

La voz femenina me arrancó del estado más sobrecogedor que experimentase
jamás.

Las luces, el perfume y la calma ya no estaban allí; en su lugar, el sol que
entraba

por la ventana, el aroma del café y la mano de mi padre todavía en la mía, con
sus

ojos gravitando en los míos.

Quise preguntarle qué había sido eso, pero intuía, conocía el nombre de aquel
lugar

y a decir verdad, las explicaciones sobraban. Siquiera importaba el nombre o una explicación. Las palabras jamás serían lo suficientemente buenas para describirlo.

Eleazar no soltó mi mano cuando Lilith llegó a sentarse a la mesa.

Hubiese preferido evitarlo, como sea, no logré contener las lágrimas que se me escaparon al no poder liberarme de los ojos de mi padre.

La caída de un ángel era una verdadera pena, su muerte una desgracia.

Mi corazón antes lleno de felicidad ahora se desgarraba en dos mitades y hallar un

consuelo tenía sabor a imposible.

—¿Qué les sucede a ustedes dos? ¿Andan de sentimentalismos padre e hija?

Eleazar soltó mi mano.

—Algo así —le contestó con una sonrisa que no era real—. ¿Quieres huevos revueltos, todavía están calientes?

—Sí, claro —contestó con una fingida liviandad.

Mi padre se alejó. Lilith buscó mis ojos, ahora que mi padre no nos veía, ella no lucía ni tan emocionada ni tan alegre cuanto sonó su voz ni bien entró en la cocina.

Había preocupación en su voraz mirada.

Apretó los labios y alzó la cabeza buscando a mi padre, volvió a sonreír y le hizo

no sé qué comentario divertido. Fue como ver a alguien intentando darle ánimos a

un enfermo terminal.

Así de mal están las cosas —pensé.

Me desesperó sentir que perdía el tiempo aquí sentada bebiendo café y comiendo huevos revueltos con tostadas; tenía que encontrar al resto de los integrantes de la

Legión, cuanto antes.

Nunca desde que descubrí quién era él en realidad, me sentí tan apegada a su persona y tan necesitada de nuestra relación. No podía permitir que muriese así, no

ahora, no sin justicia de por medio. No sin asegurarme de que mi hija supiese quién

era en realidad, de dónde provenía y porqué la mitad de su sangre, que en realidad,

era igual a la otra mitad, llevaba un nombre distinto, el nombre de demonio.

Mi sangre, su sangre, la sangre de mi padre, era toda una misma y no permitiría que

nadie le hiciese sentir vergüenza o miedo de ser quién era. Y tendría que comenzar

yo, por el modo en que me veía a mí misma.

Vicente se nos unió y por último Lucas y después no hubo forma de parar lo que vino a continuación: Eleazar nos llevó a todos de recorrido por la ciudad.

Almorzamos fuera, visitamos museos y más tarde, salimos a cenar a un tranquilo restaurante italiano. Intenté volver a tener un momento a solas con él, no lo conseguí, siquiera al día siguiente; estuvo fuera casi toda la jornada, ocupándose —

supuestamente— de negocios. Por la noche nos llevó a la ópera y a cenar otra vez, y

al otro día, de compras y más paseos. El único momento de calma que tuvimos juntos, fue esa última noche, me pidió que regresase a casa y me preparase, tanto para viajar cuanto para enfrentarme al camino que teníamos por delante, ello implicaba, poner mi vida en orden y si cabía, despedirme o al menos mentalizarme para recordar los detalles de esos últimos momentos con mis seres queridos.

Prometió que se pondría en contacto conmigo muy pronto, para informarme de los

pasos a seguir, y así, con esa angustia, me acompañó hasta la cabina del avión y se

despidió de mí, con un fuerte abrazo que fue mucho más elocuente que todas las palabras que me había dedicado desde el día en que nos conocimos.

Lucas, Vicente y yo, regresamos a casa.

...

El sol brillaba demasiado alto y ni una nube manchaba el cielo. Para mi estado de

ánimo combinaba más que diluviase, que el cielo se rasgara en rayos y truenos.

Vicente me tendió la mano para ayudarme a bajar del auto.

En cuanto puse un pie sobre el granito del cordón de la vereda, el portón de la casa

comenzó a abrirse, Boni estaba al tanto de nuestro regreso y nos esperaba, fue su rostro el que apareció por detrás del portón.

Con una mueca invadida con un toque de vergüenza, alzó la mano y me saludó.

Luego, evidentemente desprendiéndose de aquel recelo suyo, corrió hasta nosotros,

más precisamente hacia mí. Sin que mediase ni sonido, me abrazó.

Al mover la cabeza, todavía presa de su insistente agarre, vi a Vicente espiar en nuestra dirección mientras ayudaba al taxista a bajar nuestro equipaje.

—Es un alivio que estén de regreso.

Ahora no solamente sus brazos me rodeaban. Sus alas estaban allí, brillando.

Un momento de silencio después, se despegó de mí lentamente. Su mirada se fijó en

la mía en cuanto tuvo el campo suficiente para trazar la línea de espacio que nos separaba.

Mi piel se tensó, es que desde que bajé del avión tenía la impresión de que a partir

de ahora, el círculo comenzaría a cerrarse, no tenía la certeza de si sería para llegar a un fin o para volver a comenzar con una nueva vuelta. La sensación allí estaba, era tan palpable cuanto lo era mi casa, mis valijas o la vereda debajo de mis zapatos o

incluso el cuerpo de Boni.

Me reprendí por este ánimo derrotista, porque se me aflojasen las rodillas en cuanto

pensé en mi hermano a quien acabábamos de dejar en su departamento, en Anežka,

en mi padre, en Susana y su familia, en Gaspar y los suyos. Cuando pensé en mi hija, en Vicente... en mi padre. Me enojé conmigo misma y no sirvió de mucho, de

mí no se apartaba la sensación de que la vida se desmenuzaba en mis manos, igual

que si fuese la arena de una enorme playa, la cual no lograba contener sobre

mis palmas.

Eleazar había dicho que en cierto modo, debía despedirme.

Se me cerró la garganta al pensar que pocas y contadas ocasiones me quedarían para pasar tiempo con los míos.

Mi visión comenzó a nublarse por culpa de las lágrimas que eran palabras que no

podía entonar; nadie debía saber de esto, así sería mejor, por el bien de todos.

La Legión se tragó igual que un gran silencio, casi todas mis palabras y se ocupó

también, de abarcar casi todos mis pensamientos y mucho de mi corazón.

Esa noche, mientras Vicente y Boni dormían, me dediqué a recorrer nuestra casa, viendo incluso en la oscuridad de la noche, recuerdos de los días más luminosos allí vividos.

En cuanto comenzó a clarear armé una lista mental de las cosas que deseaba hacer

antes de que mi padre requiriese mi ayuda, suponía tendría por delante, al menos un

par de días antes de partir hacia Roma en busca de uno de los hermanos de mi padre, si es que las pistas continuaban indicando hacia allí, nada era seguro. Todavía más incierto era el futuro después de eso.

¿Podría regresar a casa? ¿Vería nacer a mi hija?

La mañana comenzó a alzarse por el horizonte. En mis manos experimentaba el peso de mi celular. Tarde o temprano tendría que enfrentar a Gabriel.

A Ami le daría un ataque de locura cuando se diese cuenta de que nos iríamos quizá

para no volver.

En el plan no cabía la posibilidad de despedirme seriamente de nadie. No podían saber nuestro destino ni la razón por la cual nos iríamos.

Simplemente desapareceríamos. Necesitábamos desaparecer, eso nos daría un poco

de ventaja, o al menos, eso cabía esperar.

Dejaríamos atrás absolutamente todo.

Todo.

Todo.

14. Tantas preguntas, tantos secretos.

—¡Hola! —gritó Sofía a mi oído, aturdiéndome—. Me alegra tanto escuchar tu voz.

¿Están de regreso? ¿Fue todo bien? ¿Cómo va la pancita? ¿Vienen a casa hoy?

Tragué un poco de saliva, la cual invadía mi garganta e inhalé profundo buscando

fuerzas para contestar.

—Sí, regresamos ayer. No nos pusimos en contacto antes porque estábamos muy cansados. Eso era mentira, no sabíamos qué decir.

Vicente me miró desde el otro lado de la biblioteca, desparramado en su silla, con

la luz de la mañana dándole en el brazo izquierdo. La seriedad en su rostro era más

que elocuente.

—Sí, supongo que hoy mismo pasaremos por allí.

—¡Qué bueno! Nos morimos de ganas de verlos. Cuando le diga a Anežka que están

de regreso... ella estaba tan ansiosa por ustedes. Le dije que no tenía de qué preocuparse pero ella...

Sofía continuó soltando aquel chorro de palabras que yo dejé de escuchar. Anežka

volvería a casa hoy sin embargo confiaba, que en cuanto nos fuésemos, buscara refugio con los Salleses.

—¿Los esperamos a almorzar? Diogo seguro... —Sofía se interrumpió—.

Aquí

está Gaspar, quiere hablar contigo —continuó diciendo en un tono menos entusiasta

—. ¿Los veo luego?

—Sí, claro.

Mientras el teléfono pasaba de manos, cubriendo el micrófono del mío, le expliqué

a Vicente que Gaspar se pondría al otro lado de la línea. Eso hizo que se levantase

de su silla y viniese hasta mí.

Me mordí el labio inferior, intuía lo que venía a continuación y eso incrementaba mis nervios.

—Eliza... ¿Te encuentras bien? —Imaginé deseaba preguntar mucho más que eso.

—Sí.

—¿Cómo fue todo?

Ante la pregunta, la cual Vicente también escuchó, cruzamos una mirada.

Mi respuesta fue mantenerme en silencio.

—Sé que hablarlo por teléfono no es la mejor idea... Han estado sucediendo cosas

muy extrañas desde que ustedes partieron.

—¿Qué tipo de cosas? —no tenía ni la más remota idea de qué había sucedido en el

mundo, mucho menos en el mundo demoníaco mientras estuvimos de viaje.

—La lista es larga. Lo hablaremos aquí, porque vendrán, ¿no es así? —Luego de una breve pausa añadió—. Han estado siguiéndonos a todos.

—¿Quién?

—No lo sé, eso es lo que más me preocupa. Me vendrían muy bien algunas explicaciones si es que ustedes pueden dármelas. ¿Qué planea tu padre?

Me acobardé. No sabía cómo mentir. Por un lado hubiese preferido no tener que regresar, volar directamente a Roma, si es que ese sería nuestro destino al final de

cuentas, hubiese sido mucho más sencillo.

—Ardieron iglesias en Jerusalén, Río de Janeiro, Polonia y Angola. Se han registrado una sorprendente cantidad de casos de supuestas posiciones demoníacas.

El mundo comienza a alucinar con un apocalipsis, buscando señales hasta debajo de

las piedras. ¿No escucharon nada sobre el video que está dando la vuelta al mundo

en YouTube?

—No, ¿qué video?

—El de supuestos cinco ángeles descendiendo del cielo. Si es un truco, es uno muy

bueno y la verdad es que no lo parece.

—¿Ángeles descendiendo del cielo? —cosas que uno no imagina que jamás

entonará en voz alta.

—Los han reportado en varios sitios del planeta pero solamente una persona logró

filmarlos.

—No puede ser cierto—. No quería que lo fuese.

Vicente me miró sin comprender nada.

—Búscalos. Hay algo más, algo muy importante.

—¿Qué?

—No quería decírtelo por teléfono... No tiene caso tomar demasiadas medidas, por

lo visto, no sirven de mucho.

—¿Qué es lo que sucede.

—Están matándonos.

—¿Matándonos?

—Quemándonos. A diario recibo avisos de amigos que se enteran de más y más muertes.

Pesqué la mano de Vicente y a él me aferré.

—A mi familia le he pedido que se cuide, que sean precavidos. Procuro evitar que

salgan solos, que se expongan. No sé qué decirles, no sé cómo decirles lo que sucede porque tampoco tengo explicaciones para esto. ¿Tienes una explicación para

esto?

—Gaspar, yo...

—Pronto se celebrará una boda.

La boda de Petra y Julián.

—Lo lamentable es que me cuesta pensar en el futuro, como si ya no existiese uno.

Jamás he sido pesimista o derrotista y no quiero... —se interrumpió—. Temo por

mi familia como nunca antes. ¿Tengo razones para temer, no es así?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo que sucede. No poder explicar...

—¿Qué trama tu padre?

—No es solamente lo que él trama, Gaspar. Hay tantos secretos...

—Lo sé. Secretos que no me contarás, ¿no es así?

—No es nada bueno. Cuanto menos sepan, mejor.

—Morir en la ignorancia no parece una muerte digna.

—El riesgo por el saber, es demasiado alto.

—Sí tú estás en riesgo, nosotros también. Somos una familia, nunca lo olvides.

—Si el mundo se olvida de mí, también se olvidará de ti y conservo la esperanza de

que quizá todo vuelva a ser como...

—Jamás vuelve a ser como antes, la vida no se borra, incluso cuando solamente queda reducida a una parte del triste olivion; cada detalle de nuestra existencia fundamenta la escenografía para las vidas que vendrán, para las que quedan cuando

partes.

Le había prometido a mi padre que no diría nada a nadie. Temía la sensación de estar a punto de explotar. Lo único que logré decirle fue que lo vería más tarde; necesitaba discutir con Vicente si respondería a alguna de las preguntas de Gaspar o

no; al menos debía ponerlo en sobre aviso. Quizá fuese conveniente que llegado el

caso, todo el clan buscase una vida nueva con identidades nuevas, muy lejos de aquí,

muy lejos de las viejas amistades.

Eso convenimos con Vicente, les advertiríamos sin explicarles toda la verdad, solamente lo suficiente para que supiesen a qué atenerse.

...

—No pienso conformarme con eso—. Gaspar cerró la heladera dando un portazo.

Colocó la bandeja con el postre sobre la mesada pasando junto a Diogo.

Nos encontrábamos los tres solos en la cocina. Nuestra excusa para alejarnos de los

demás, quienes todavía se encontraban reunidos en el comedor, había sido

ocuparnos del postre, el cual todos esperaban. Diogo era en excelente cocinero y sus postres y tortas hablaban por sí solos, de la mano experta de quién los preparaba.

Por la puerta entornada, nos llegaron las risas provenientes del comedor.

Mis niveles de angustia, tensión y ansiedad ya alcanzaban las nubes. La presencia de

Eva no hacía más que empeorarlo todo. Ella pasó toda la comida con una enorme

sonrisa en el rostros, riendo y enseñándose delante de Vicente, hablándole a él casi

exclusivamente y de un modo tan alevoso que estoy segura que no fui yo la única en

incomodarse con su comportamiento. Si hasta Vicente cortaba sus elocuciones con

respuestas ásperas dadas a cara de perro. A Eva eso parecía no importarle, ni eso, ni nada más. Cuando la conversación en la mesa se puso seria, su respuesta fue decir

que todos debíamos relajarnos un poco, que estábamos demasiado tensos y que nos

olvidábamos de lo verdaderamente bueno, de las libertades y placeres de las cuales

gozábamos por ser demonios. Nadie la secundó en esa afirmación, es más, lo que

obtuvo fue un par de malas caras e incluso un “cállate” de Massimo, quién usualmente solía ser alguien muy liberal y divertido.

El ambiente en la mesa, se puso tanto más denso, pero ahora que Gaspar, Diogo y

yo habíamos abandonado el comedor, daba la impresión de haberse aligerado.

Diogo tocó a Gaspar en el brazo como pidiéndole que se calmara.

Entendía a la perfección su preocupación sin embargo no pensaba decir nada más que lo que ya pronunciara, ni bien entramos en la cocina.

Gaspar y Diogo intercambiaron una mirada.

—Los dos sabemos que hay más que lo que cuenta —dijo Gaspar de un modo tal que daba la impresión de que yo no estaba aquí presente.

—Tan solo digo que debemos mantener la calma.

—Tampoco puedes mantener la calma de modo que no me pidas que...

Les interrumpí, no quería que pelearan y el tono de Gaspar no sonaba nada bien.

Era la primera vez que lo escuchaba dirigirse a Diogo de ese modo.

—Oigan, por favor... —se volvieron y me miraron, y entonces ya no supe más que

decir. Quedé boquiabierta intentando encontrar un modo de resumir lo que sentía, lo

que quería decirles y lo que no quería decirles también. Nada salió, no al menos verbalmente, porque lo que sí sentía que se me escapaba, hasta por los poros, era el

amor que sentía por ellos, la gratitud y las ganas de abrazarlos y grabar en mi cabeza ese abrazo.

—Sí algo llegase a suceder... si algo me sucediese, si de pronto ya no supiesen nada de mí o... —me aferré del borde de la mesada—. No me busquen, no nos busquen—. Convenimos con Vicente en que así, debía ser, por el bien de los demás

—. Se los ruego... se los imploro. Si algo malo sucede tan solo váyanse lejos, olvídense de nosotros e intenten comenzar otra vez. No miren atrás, no vuelvan sobre sus pasos, simplemente aléjense todo lo que puedan.

—Cuando has vivido tanto tiempo, ya no quieres comenzar otra vez—. Gaspar terminó de pronunciar aquellas palabras y luego pasó un brazo por encima de los

hombros de Diogo, quien se prendió a su cintura.

—Claro que pueden, nosotros podemos renacer una y otra vez, podeos cambiar, podemos... —Emilia se removió dentro de mi vientre, y desde el exterior, la acaricié con ambas manos.

—Tú tampoco quieres darte por vencida. No me pidas que yo lo haga.

—No estoy dándome por vencida, confía en mí, cuando te digo que pelearé hasta las

últimas consecuencias.

—Si tú peleas, nosotros también—. Entonó Diogo.

—No. Ustedes quedan fuera de esta pelea y por favor, no le digan nada a los demás.

—Descubriré qué es lo que trama tu padre.

—No lo harás, prométeme que no lo harás. Gaspar, por favor...

—No haré semejante promesa. Además...

—Te lo dije, Gaspar, no depende únicamente de él.

—Podemos pedirle ayuda a Gabriel. Presumo que si tu padre está implicado, pero

no es el único responsable, la contrapartida...

Lo interrumpí.

—No podemos. Es lamentable, no sé hasta qué punto podremos depender de

él.

—Pero si tienes a Boni en tu casa.

—Sí, ella continuará allí me figuro, hasta las últimas consecuencias. Los demás quizá no.

—Sin hablar, dices más de lo que callas.

No era mi intención.

—Se los ruego, no se involucren. Por favor, Gaspar, terminemos con esto; regresemos al comedor con el postre y no volvamos a mencionarlo.

—Mi familia no queda al margen de lo que sucede y no importará dónde o por cuánto tiempo, intentemos ocultarnos. Nadie en este mundo queda al margen de lo

que intuyo sucede. No conozco las verdaderas razones o quizá sí, ciertamente se me

escapan algunos detalles; de lo que estoy seguro es que nadie, humano, ángel o demonio, estará a salvo hasta que esto se defina.

—Quizá sea como dices. Prefiero conservar las esperanzas de lograr mantenerlos a

ustedes al margen de todo, por el mayor tiempo posible.

—¿Qué será eso: horas, días tal vez? Con mucha suerte, un par de semanas. ¿Y luego qué?

—Todo se olvida con el tiempo, si todo sale bien, quizá en un par de semanas ya no... —apreté los labios—. Espero lo mejor. Como dicen: la fe es lo último que se

pierde, ¿no? —intenté sonreír, no dio demasiado resultado.

Nos quedamos en silencio y luego irrumpió un grito en alemán. No era un grito de

alarma si no uno que vino acompañado de risas. Eva entró en la cocina, riendo a carcajadas tal si absolutamente nada en este mundo le preocupase.

—¿Por qué se tardan tanto? Necesitamos algo de azúcar y un poco más de alcohol.

¿Hay champagne frío, no? —Señaló con su cabeza hacia atrás, hacia la puerta y su

cabellera se movió como una sola sedosa pieza de terciopelo negro—. Allí tenemos

a unos cuantos demonios sedientos. Deseosos de diversión—. Se sonrió—. Como en los viejos tiempos.

Los tres tardamos un momento en reaccionar.

—¡Cristo! ¿A ustedes qué les sucede que llevan esas caras de caballo? ¿Acaso se les

echó a perder el postre?

Diogo fue el primero en reaccionar.

—Hay un par de botellas en la heladera—. Soltó y se dio la media vuelta para buscarlo.

Gaspar se giró y la miró.

—¿Qué?! —le espetó ella cuando sus miradas se cruzaron.

—Nada —contestó Gaspar.

Los ojos verde esmeralda de Eva se movieron hasta mí y allí se quedaron por más

segundos de los soportables en el más completo silencio. Imaginé que con aquella

mirada quería decirme mucho sin embargo, no logré decidir qué; mi cabeza tenía

preocupaciones mucho más urgentes y valiosas que los celos que su presencia me

provocaba, más que su presencia, su existencia.

Empujé a un lado mi vanidad, mis dudas y mi egocentrismo y así, me olivé al menos en parte, de lo desafiante de su presencia.

—A ustedes tres les hace falta un trago de algo más fuerte que champagne — soltó

Eva cuando Diogo le pasó las dos botellas.

Gaspar la puso en su sitio en un parpadeó, con una simple mirada.

—Mandaré a alguien por las copas —gruñó ella para luego dejarnos solos otra vez.

Su escultural cuerpo desapareció detrás de la puerta.

—Si no me lo dices, lo averiguaré por mi cuenta; no pienso quedare de brazos cruzados. Es mi última palabra —dijo Gaspar retomando la conversación.

—Confiaba en que pudieses cuidar de Anežka.

—Por supuesto que cuidaré de ella pero no...

Nos interrumpieron otra vez.

—¿Qué fue lo que sucedió? Eva actúa como si alguien la hubiese herido profundamente en su grande y pomposo ego.

La siempre mansa sonrisa de Leandro se diluyó en una mueca seria.

—¡Sabía que algo sucedía! ¿Me lo contarás ahora, no?

Leandro siempre fue la mano derecha de Gaspar, en quién él confiaba para que lo

ayudase a tomar sus decisiones, en quién confiaba para discutir asuntos de importancia (más allá de Diogo, claro está).

—No pasa nada. Busquemos las copas de champagne. ¿Dónde están las copas de champagne, Diogo?

Sabía muy bien dónde encontrar las copas, es que quería hacerlo reaccionar, quería

que todos se ocupasen de algo más para acabar de una vez con la conversación.

Así fue, como por buscar las copas y desmoldar la tarta que Diogo había preparado

de postre, logré que dejásemos atrás la discusión.

Lo que no conseguí dejar atrás por mucho tiempo, fueron algunos de mis miedos.

Es probable que fuesen absurdos, no lo niego, pero lo que se siente se siente.

Por alguna muy estúpida razón, en cuanto Leandro se apartó, luego de abrir la puerta para mí, vi a Eva junto a Vicente, los dos juntos, riendo mientras descorchaban las botellas de champagne y sentí que yo sobraba, que quizá algo en

este mundo, en la historia, no salió como debía salir, que si yo no hubiese escogido

ser un demonio, nada de esto hubiese sucedido jamás.

En una fracción de segundo imaginé lo que sería mi vida en este instante. Me vi en

mi viejo departamento, tal cual estaba antes del incendio.

Más que verme, volví a estar allí, parada junto a la vieja poltrona que había sido de mi abuela. Percibí el olor del cuero, el perfume del jabón de la ropa que solía usar... ese y todos los olores de mi hogar. Giré la cabeza en dirección al corto corredor que daba acceso a mi cuarto y al baño; el sol de un atardecer cobrizo, entraba tanto por la ventana de mi cuarto como por la de la cocina. El silencio reinante me provocaba una honda sensación de vacío. El frío se apoderó de mi piel,

de mi cuerpo.

—Mañana tienes que ir a trabajar —pensé—. Mi trabajo... era buena en mi trabajo.

Recordé que vería a Susana. ¿Estaría ella allí o habría continuado con su vida, después de todo ahora tenía un marido y un hijo? No, seguramente ella ya no estaría

allí, su vida iba para mejor en cambio la mía...

Por mis ojos pasó el recuerdo de la vez que Cristian se plantó ante mí para terminarlo todo, para anunciar que no habría boda. También vi la decepción en los

ojos verdes de mi madre y el desespero en los de mi padre por no saber cómo ayudarme.

Los decepciono —pensé—. Soy un fracaso, no tengo futuro. Jamás tendré nada más

que este trabajo vendiendo vino y tonterías a gente a la que le sobra el dinero.

A sabiendas de que la imagen que me devolvería el espejo sería más bien una triste,

plana y sin gracia, caminé hasta el baño, encendí la luz y avancé hasta el lavatorio

para enfrentar la superficie plateada en la cual mi rostro y parte de mi torso, irrumpieron.

Aburrida... insulsa. Las palabras llegaron solas cuando me vi.

—Nunca nadie te amará otra vez. O mejor dicho, nunca nadie te amará jamás porque es probable que él nunca te amara en realidad. Terminarás tus días sola y triste, olvidada y... —me detuve viéndome sin parpadear. No sabía la razón por la

que entonaba en voz alta aquellas palabras si tanto me dolían.

Me entraron nauseas, mi garganta se angostó y apenas si conseguía tragar.

No debería continuar con vida —pensé—. Mi vida no tiene sentido, no tiene valor.

No eres buena y nadie te quiere y...

Sentí mi rostro mojado y luego vi las lágrimas corriendo por mis mejillas.

La luz del baño se apagó y quedé iluminada solamente por la luz del sol que parecía

brillar más ahora que un par de minutos atrás, lo cual no podía ser así puesto que el atardecer ya debería estar dándole paso a la noche y la noche no suele ceder su terreno hasta antes del amanecer.

No puede amanecer otra vez porque aún no pasa la noche y...

En el rectángulo de luz de sol que observaba de modo casi maníaco, aparecieron un

par de pies descalzos. Mis ojos ascendieron por unas piernas que supuse, eran masculinas, enfundadas en unos pantalones de jean muy gastados.

La cintura de los pantalones quedaba oculta debajo de una remera negra que quedaba holgada sobre un cuerpo firme y musculoso. Ascendí por un torso que creí

reconocer. No, yo no podía conocer aquel cuerpo porque jamás lo había visto antes

sin embargo el ancho de esos hombros fuertes, las curvas de aquellos músculos...

incluso ese cuello y el modo en que cada tendón se tensaba...

—Mírame.

Qué voz tan familiar —pensé—. Mírame, Eliza.

Por qué no me daba miedo que hubiese un hombre en mi departamento. Alguien a

quién yo no había invitado y abierto la puerta.

Alguien que iba descalzo. Me hizo gracia, ¿quién va por la vida descalzo?

La intensidad de la luz continuó aumentando.

—Mírame—. Su voz era suave pero denotaba que su portador sabía muy bien, como

hacerse respetar, cómo lograr que lo obedeciesen.

Alcé la mirada y fue instantáneo. Su nombre brotó de mis labios.

—Gabriel.

Me sonrió extendiendo su mano hacia mí.

—Sin importar lo que suceda, todo estará bien y ¿sabes por qué?

Negué con la cabeza.

—Porque nada de esto en realidad importa.

Di un par de pasos, extendí mi brazo y posé mi palma sobre la suya. Su tacto infundió paz en mí, una sensación de bienestar que trepó por mi brazo y bañó mi pecho hasta subir a mi cabeza y dar calidez a los pensamientos más fríos y enfriar

los más ardientes y turbadores.

—¿Por qué estás aquí?

—Es mi lugar.

No necesité ver sus alas para asegurarme que allí estaban.

—¿Tu lugar?

—Sí, mi lugar y el tuyo.

—Pero no entiendo, este es mi departamento.

—No, no es tu departamento.

—¿Entonces dónde estamos?

En vez de responder a mi pregunta, Gabriel cubrió mi mano con su otra mano.

—¿Dónde estamos?

Esa sonrisa suya, tan triste y abrumadora, terminó por cerrar mi garganta y ya no

logré controlar las náuseas. Mi visión se llenó de puntos blancos, mis oídos comenzaron a pitar y entonces mi departamento desapareció por completo.

El vómito trepó por mi garganta.

Percibí una fugaz visión de la lámpara del comedor de la casa de los Salleses, luego

mis rodillas se aflojaron y sentí que dejaba caer lo que tenía entre las manos sin recordar que era lo que había estado sujetando.

Escuché a Vicente gritar mi nombre, el cristal estallar.

Choqué contra el suelo, no con el estrepitoso golpe con el que creí lo haría.

Fue Julián quien amortiguó mi caída. Petra llegó a mi lado al instante.

Gracias a ellos dos, no aterricé sobre las copas rotas.

—Necesito ir al baño; voy a vomitar —solté con muy poca elegancia. No resultar

asquerosa no era un detalle que me preocupase demasiado en este instante. Tenía la

cabeza hecha un embrollo, igual que si hubiese bajado rodando una alta cuesta y mi

estómago parecía decidido a escaparse por mi boca.

Fue Petra quien reaccionó a mi pedido, arrebatándome de las manos de su futuro esposo para guiarme rauda y presurosa hasta el toilette. Petra era una mujer de pocas palabras, mucha intuición y reacciones rápidas. Tan veloz fue ella que dejamos atrás a Vicente, quién continuaba pronunciado mi nombre en tono

angustiado. Percibí más murmullos preocupados, las voces sonaban lejanas y opacas, las reconocí, Gaspar había llegado de la cocina; no logré comprender lo que decían.

Petra se metió en el baño conmigo, de un golpe encendió la luz, de una patada, cerró la puerta y con movimientos increíblemente ágiles, paso la traba.

Las dos llegamos juntas al inodoro, ella, ya sosteniendo mi cabello y una de mis manos, la cual sin mala intención, estrujé mientras era víctima de mi propio cuerpo.

Las arcadas concluyeron en vomito que sacó todo de mí, incluso el oxígeno de mis

pulmones, y muchas lágrimas de los ojos a causa de los fieros espasmos que hicieron que me contorsionase.

—¿Eliza? ¿Petra? —Vicente llamó a la puerta y tironeó de la manija—. Abran la puerta. ¡Ábreme, Petra!

Lo escuché tironear de la puerta mientras de a poco, recuperaba el aliento.

—¡Abran! ¿Eliza, estás bien? ¡¿Eliza?!

Petra me pasó un trozo de papel para que me limpiase los labios y luego acarició

mi espalda, nos encontrábamos las dos, sentadas en el piso de mármol, en silencio,

mirándonos.

Petra volvió a tomarme de la mano.

Por el ruido imaginé que Vicente estaba a punto de tirar la puerta abajo.

—¿Mejor?

Asentí con la cabeza.

—Nunca tuvimos una conversación... nosotras nunca... —sus ojos dieron vueltas

por el baño sin mirarme—. Quiero que sepas que confío en ti.

—¿Confías en mí?

—Algo sucede.

Vicente volvió a aporrear la puerta.

—Lo sé, lo presiento. Gradualmente desde el ataque en Canadá, algo se ha estado generando en mí. Puedo percibir cosas que antes no...

—¿Lo sabe Julián... Gaspar?

—Julián. Le pedí que no diga nada.

—Eso por qué.

—Miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Petra, Eliza, se encuentran bien? —preguntó Gaspar desde el otro lado de la puerta, la cual Vicente había dejado en paz.

—Estoy mejor —contesté con voz temblorosa.

—Petra, abre ya —demandó Vicente.

Petra se inclinó hacia mí.

—Miedo a no pertenecer ni a un mundo, ni al otro. No quiero quedarme sola otra

vez, o volver a ser excluida. Fue muy difícil para mí amoldarme a este mundo. Ser

un demonio... Percibo las diferencias.

—¿De qué hablas?

—Hay algo distinto en ti y eso no se debe a tu padre si no a tu otra parte, hay algo

distinto en Anežka—. Con fuerza se mordió el labio inferior—. Hay algo distinto en

Vicente.

—¿Cómo?!

—No sabía cómo decírtelo. Tampoco sé cómo explicarlo. No sé exactamente qué es

lo que los hace diferentes. Es como si estuviese escuchando música y detrás de esa

música, apareciese un zumbido. El zumbido se hizo más fuerte en ti antes de que te

descompusieses. ¿No sabes por qué? ¿Qué fue lo que te sucedió, Eliza?

Me quedé observándola. ¿Debía contarle de esa suerte de delirio o ensoñación que

había tenido y que en ella vi a Gabriel?

Ante mi silencio, ella continuó.

—El mundo vibra de un modo distinto. No importa si ni tú ni Gaspar quieren decirnos qué es lo que sucede, la verdad es que algo pasa y no creo que podamos

evitar que es movimiento siga su curso.

—Petra...

—No me sentía muy segura de mi decisión, de lo que soy, hasta que te conocí. No sé

cómo ni por qué —apretó mi mano entre sus dedos—. Confío en ti.

—Tampoco yo estoy muy segura de mi decisión, no es que me arrepienta es que creo que no hice bien.

—¡Maldición, Petra, Eliza! ¡Abran la puerta ahora mismo!

—Habla con el ángel, él debe saber algo.

—¿Gabriel? ¿Algo sobre Anežka y Vicente?

—Sobre ellos, sobre todo. Esto no comenzó a gestarse ayer, Eliza; tampoco cuando

esos ángeles caídos decidieron hacerse ver. Es de antes, mucho antes. Puedo sentirlo, sé que así es.

Di un respingo ante el estruendo que hizo volar la cerradura. La manija interior de

la puerta cayó entre Petra y yo.

Vicente, con el rostro desencajado de preocupación se abalanzó sobre mí. Por encima de su hombro, cuando se agachó, vi a Eva, Julián y Gaspar apostados en el

corredor. Eva me dedicó una mirada casi hiriente y en su rostro no había ni una pizca de preocupación si no más bien, mucho fastidio.

—¿En qué demonios pensabas? —le espetó a Petra apartándola.

—Vicente, por favor.

—Me moría de preocupación.

Me tomó por los codos para ayudarme a levantarme.

—¿Acaso no me escuchabas?

—¡Basta, Vicente! Déjala en paz.

Sus ojos fueron directo a los míos.

—¿Qué te sucedió?

—No lo sé—. En realidad no lo sabía, no tenía ni la menor idea de qué había sido

aquello; mi única certeza era que necesitaba ver a Gabriel, de ser posible, esa misma noche.

—¿Por qué me miras así?

No creí estar viéndolo de ningún modo en particular.

La ausencia de palabras se tornó demasiado pesada.

Sin previo aviso, Vicente me soltó, así como se suelta algo demasiado caliente, o por la mueca en su rostro, igual de lo que alguien se aparta por demasiado desagradable.

—¿Acaso echaron demasiado desodorante de ambientes en ese baño?

Casi me desnucó por ver a Eva terminar de pronunciar aquella frase. Vicente dio un

paso atrás alejándose de mí.

—¿Qué? —se me puso la piel de gallina.

—Regresa al comedor, Eva.

Fue Gaspar quien dio la orden.

Vi a Petra llevarse ambas manos a la boca en un claro gesto de sorpresa.

Julián llegó de la nada y tironeando de ella por un codo, la sacó del baño.

Vicente extendió una mano hacia mí y luego, apretando el puño, la retiró sin haber

hecho contacto con mi cuerpo.

—¿Qué?

La respuesta me la dieron los pasos de Gaspar al entrar en el pequeño ambiente forrado de mármol.

Me entraron nauseas otra vez.

Cuando Gaspar llegó hasta nosotros, Vicente retrocedió todavía más. La cabeza del

clan tomó mi mano izquierda y la alzó. Giré la cabeza, lo miré y luego bajé la vista

hacia mi mano. Mi mano... mi mano irradiaba luz de un modo inexplicable, no como una lámpara o una vela, era como si la luz me rodease.

—Mierda —jadeé a punto de entrar en crisis.

—El perfume...

No dejé a Gaspar terminar.

—Soy yo.

Gaspar asintió con la cabeza.

—Si me dicen que me salieron alas o... creo que voy a desmayarme—. El baño comenzó a dar vueltas a mi alrededor.

—No hay alas —me confirmó Vicente—. No las necesitas.

—¿Qué fue lo que te pasó?

—No estoy segura de qué fue, quizá un sueño, un delirio. Me encontraba en mi viejo departamento antes del incendio, antes de cambiar. Estaba viéndome al espejo

cuando apareció él.

—¿Él? —disparó Vicente.

—¿Tu padre?

Negué con la cabeza respondiendo a Gaspar.

—Gabriel. Dijo que en realidad no estábamos en mi departamento y que todo saldría bien.

—Nada saldrá bien si continua apareciéndose en tu cabeza.

—Vicente...

—Vicente, por favor—. Gaspar se volvió en mi dirección—. Eliza, tienes que decirme qué es lo que sucede.

—No puedo.

—Lo mejor es que regresemos a casa.

—No puedes llevártela ahora, así, en este estado. No antes de que descubramos que

es...

—No es nada, Gaspar.

—¿Nada?! Huele a santidad y resplandeces. Y además tienes visiones.

—No fue una visión. No sé lo que fue.

—Por eso mismo. Vicente, podrías al menos entrar en razón tú. No pueden irse así

sin una explicación.

—Lo lamento—. Vicente me tomó de la mano, su piel apenas rozaba la mía. La reticencia en su tacto resultaba por demás angustiante—. Vamos.

Obedecí.

Apenas si nos despedimos. Prácticamente huimos de allí con Gaspar pisándonos los

talones sin parar de rogar por una explicación coherente.

Una vez dentro del automóvil, Vicente pisó el acelerador. Sus manos estrujaban el

volante y por al menos quince minutos, condujo sin siquiera mirarme o dirigirme

la palabra.

Sin previo aviso y en mitad de camino a ninguna parte, detuvo el automóvil junto al

cordón, apagando luego el motor.

Su respiración agitada fue lo único que se escuchó por un par de segundos.

—¿Estás bien? —primero formuló la pregunta y después, girando la cabeza sobre

su hombro derecho, me miró.

—Eso creo. Me duele la cabeza pero no por culpa del malestar sino por tanto esforzarme por intentar comprender lo que sucedió.

—No comprendo por qué estaba seguro que cuando cambiases, fuese para convertirme en uno de los nuestros.

Me quedé viéndolo.

Rió, no porque le hiciese gracia. Lo que soltó fue una de esas risas tristes que se te escapan cuando comprendes que desgraciadamente, incurriste en un error, cuando te sientes ingenuo y descorazonado.

—Jamás te saldrían cuernos ni te verías tan horrible cuanto nos vemos nosotros cuando cambiamos—. Se mordió el labio desde el interior—. Fue una estupidez desear que eso ocurriese. ¿Cómo pude querer verte en ese estado? —inspiró hondo

y soltó el aire al apartar la vista hacia el frente—. No fue por maldad, te lo

aseguro, simplemente por desear sentirte un poco más cerca, más parecida a mí. No eres parecida a mí... ni remotamente. Eso quedó claro. Eres más como ellos.

¿En realidad lo era? Lo sucedido no era prueba definitiva de nada.

—Es mejor para ti de ese modo.

—Vicente, lo que sucedió no significa lo que crees que significa, en verdad no me

parece prueba de nada. Todavía soy un demonio.

—¿Quién dice? Cuando te entregaste por mí, marcaste la diferencia.

—Sí, y según mi padre eso marcó una diferencia también en ti y en los demás.

—Sí, pero por mis venas no corre ni una gota de sangre angelical.

—¿Cómo lo sabes? —todavía rebotaban en mi cabeza, igual que una pelota de goma, las palabras de Petra. Las repetí para él mientras sus pupilas se encogían más

y más.

—Es evidente que a Petra le afectó mucho el ataque.

—No puedes justificar sus palabras con un síndrome post traumático ni nada parecido, no sin antes descartar todas las posibilidades.

—Tus ganas de verme más santo de lo que soy son tan ridículas como las mías de

esperar que te vieses como nosotros.

—Vamos con Gabriel—. Aquel nombre provocó en Vicente un estado de alteración

total, cada vez que lo pronunciaba sucedía lo mismo: su temperatura subía, se

le tensaba la espalda y sus manos no conseguían encontrar sitio donde quedarse quietas.

—No, es ridículo, Eliza. Además si supiese algo ya nos lo habría dicho. Crees que

el padre Lucio... que Lucio no... Es una teoría de lo más tonta.

—Al menos tendrás que permitirme que le pida que intente averiguar algo sobre Anežka.

—¿Qué esperas encontrar? Nada cambiará. Necesitamos focalizarnos en lo importante.

—Tú eres importante para mí.

—Sí, y gracias por querer salvarme pero en realidad no necesitas salvarme de nada,

yo escogí esto.

—No es que piense que necesitas ser salvado de nada, es que simplemente necesito

llegar al fondo de todo esto. Necesito desvelar los secretos, comprender las razones. Tengo la impresión de que hay una fuerza empujándome hacia alguna parte, es como si tuviese detrás de mí, una ráfaga de viento que me empuja por determinado camino para que yo descubra... —me quedé sin palabras, no tenía muy

claro a donde quería llegar, ¿a la verdad supongo? Pero por qué, no tenía ni la menor idea; de dónde provenía esa fuerza, mucho menos.

—Ninguna fuerza empuja a nadie hacia ninguna parte Eliza, el destino es forjado por nosotros mismos cada día.

—¿Entonces por qué me siento así, por qué acabo de tener esa visión o lo que sea,

por qué pasó eso del brillo y el aroma a santidad, justamente ahora?

—No todo en esta vida tiene una razón.

—No me vengas con eso. ¿A qué le tienes miedo? Si me equivoco no pierdes nada.

—Puedo perderte a ti.

—¡Qué gran tontería! Vicente, me enamoré de ti a sabiendas de que eres un demonio y la verdad es que no me importa si eres eso u otra cosa, eso no afecta en

nada lo que siento por ti. Necesito la verdad, es todo. ¿Cómo es que no quieres saber la verdad?

—No me interesa que descubrir si soy una decepción todavía más grande.

Corrompí lo que había bueno de mis padres en mí y no quiero saber si además de

eso, contaminé cualquier otra cosa buena que pudiese correr por mi sangre. En verdad, no necesito saberlo.

Mi piel se enfrió y erizó. Me entristeció verlo avergonzado de sí mismo cuando en

realidad él tenía en sí mismo, más cosas buenas que malas.

Tomé su mano entre las mías.

—¿Quién te convenció de que eres malo?

En vez de contestar, apartó su rostro de mí mordiéndose el labio interior con fuerza.

—Contesta.

Silencio.

—Vicente, contéstame. Quién te convenció de que no eres bueno. Tienes que saber

que hiciste lo mejor que has podido, que sí...

—No digas nada más —soltó alzando la voz.

—Tienes un gran corazón y...

—Ya no sigas.

—Las cosas que hiciste por Lucas, lo que sufriste y diste por quienes amas, lo que

me diste...

—¿Lo que te di? —me espió por el rabillo de ojo—. No sabes lo que dices—. Se acomodó en la butaca para enfrentarme, nuestras manos se soltaron—. Lo que me

convenció de que no soy bueno es lo que acaba de suceder. Tú, brillando; el aroma

de las flores... esto que intentas hacer ahora. Fui yo quien te apartó de eso, quien lleva demasiado tiempo poniéndote en peligro una y otra vez. No hay ni una gota de

sangre angelical en mí. De ser así, nunca, de modo alguno, estarías aquí ahora. Soy

egoísta, narcisista... soy... soy...

—Yo no me arrepiento ni me arrepentiré jamás de la decisión que tomé. Te lo ruego, por respeto a lo que tenemos, no te arrepientas tú.

—No me arrepiento de amarte y jamás podría dejar de hacerlo, simplemente sé que

no fue una decisión ni inteligente, ni honrada, permitirte quedarte a mi lado.

—No te cabe toda la decisión a ti, Vicente. No me arrastraste a esto.

—Sí lo hice y por eso ahora estás en peligro y también nuestra hija.

—No corro más peligro que tú, que Anežka o que el resto de nuestra familia.

—Quisiera ser todavía más egoísta para no tener que sentirme tan culpable.

—Y dices que por tus venas no corre la sangre de un ángel—. Acaricié su rostro—.

Siempre serás mi ángel... mi demonio y mi todo.

Su mano se posó sobre la mía.

—Necesito llegar al fondo de todo esto para que sí podamos tener un futuro que empezar de cero, con nuestras propias decisiones. No puedes tener un futuro si no

conoces el pasado y quiero que nuestro pasado quede claro, para así poder librarme

de mi padre.

El entrecejo de Vicente se frunció.

—Dudo que él esté contando toda la verdad. Sentí que lo que me contó era cierto pero no sé... Hay mucho de esta historia que imagino, se guarda para sí y necesito

descubrirla. La ignorancia es todavía más riesgosa que la verdad.

—No estoy muy convencido de que sea así—. Negó con la cabeza—. Dudo que

Petra sepa lo que dice.

—No pienso quedarme con la duda. Júrame que no te intriga descubrir por qué ella

cree que lo que presiente es real y no seguiré adelante con esto.

—No puede ser cierto. Además, dadas las condiciones, imagino que es un tanto riesgoso ir en busca de Gabriel.

—Puedo llamarlo y pedirle de encontrarnos en alguna parte—. Mi pulso se aceleró

de entusiasmo; Vicente comenzaba a ceder.

—Será perder el tiempo.

—¿Quieres apostar?

—Sé realista, perderás.

—Eso no sucederá—. Saqué mi celular.

—Sí no es cómo crees, te decepcionarás. ¿Soportarás la desilusión de saber que no

soy como tú, si no tu opuesto?

—No será una desilusión y yo no soy un ángel, Vicente. Mi padre es el Diablo, no te

olvides de ese detalle.

—No, no se me olvida que pese a todo, tu padre fue un día un ángel.

Resoplé.

—Llegaremos al fondo de esto. Además, necesito saber qué significa esa visión que

tuve.

—En eso último estoy de acuerdo, no quiero volver a verte en ese estado.

Imaginé que se refería a verme casi desmayada y vomitando; el caso es que tampoco conseguía evitar recordar que se apartó de mí en cuanto el resplandor y el

perfume se robaron la escena en el baño. ¿Cómo olvidar que para los demonios, la

presencia de un ángel era algo cuanto menos, molesto, si no insoportable?

15. En todos lados, en ninguna parte.

Marqué su número y lo puse en altavoz.

Vicente apretujó la palanca de cambios.

Llamó dos veces antes de que Gabriel contestase soltando mi nombre de forma apresurada.

—Hola.

—¿Estás bien? De regreso, ¿no es así? Es necesario que te diga que Ami no es el único enojado. Boni no cabe en sí misma, ha estado desesperada. Me llamó para anunciarme tu regreso. No sé si debo pedirte explicaciones, si me darás alguna. Si

soy un estúpido por atender esta llamada, si preocuparme porque has pasado días con tu padre. Sinceramente Eliza, ya no sé qué pensar, qué creer o qué hacer.

—Gabriel...

—¿Me tienes en alta voz? ¿Quién está allí contigo?

—Me acompaña Vicente.

Pasaron dos largos segundos.

—Hola, Vicente.

—Hola, Gabriel.

—Tú dirás. ¿Debo preocuparme?, ¿cuánto?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué sucedió?

—¿Podemos vernos? Necesitamos hablar contigo... lo antes posible.

—Tengo un par de cosas entre manos y además... bien, no necesito decirte que me

costará salir de aquí sin... Esto es una locura, ya nadie confía en nadie.

—No confían en mí. ¿Todavía confías en mí?

—Quiero confiar. Todo esto me desagrada tanto como a ti, o al menos eso creo.

—Eso podría significar que tú quizá ya no confías en mí. Miguel es tu hermano.

—Y Eleazar es tu padre y jamás creí que eso fuese un factor determinante.

—No lo es.

—Tampoco que Miguel sea mi hermano; es que han estado sucediendo muchas cosas.

—Ya lo creo. También hay cosas que se te escapan.

—¿Cosas que se me escapan? —repitió muy serio.

—Es demasiado largo y complicado para explicarlo por teléfono—. No tenía ganas

de contarle por esta vía que se me había aparecido en una alucinación, delirio

lo que hubiese sido aquello.

—Como dije, no me será sencillo salir de aquí para ir a verte.

Verme... Vicente puso mala cara al quedar excluido.

—Todos piensan que lo mejor es que cortemos lazos, al menos por el momento.

Sugirieron que Ami no debía regresar a tu lado, incluso... Boni se ha puesto firme

en su posición y eso no le agradó a nadie. No la convencerán de alejarse de ti y en

cierto modo para mí, es un verdadero alivio, sin embargo, también una gran preocupación; que ella pueda estar cerca de tu padre me angustia.

—Nada le sucederá a Boni.

—Dios te oiga, o no me lo perdonaré jamás por apoyarla en su decisión. Te llamaré

en cuanto logre organizarme para salir solo.

—Espero tu llamado.

—Sí... bien... adiós.

—Hasta luego, Gabriel.

Gabriel cortó.

—No soy santo de su devoción. Ojalá él sepa que no lo es de la mía.

Eso zanjó la situación.

No acoté nada si bien la otra mitad de la culpa de lo que había pasado, era mía.

La tarde se hizo demasiado larga y la noche fue interminable. Al caer la mañana comencé a pensar que jamás llamaría. Me celular sonó cuando metía dentro de la lavadora, la vajilla que usáramos para el desayuno.

Fue un muy escueto cruce de palabras con el que acordamos reunirnos en la iglesia

aquella a la que me llevó para presentarme a Boni, aquel templo que tenía la medalla de San Benito labrada en su suelo. Nos veríamos al atardecer. Me llamaría

para confirmarme su salida, todavía no estaba seguro de poder librarse de sus compañeros de la Orden, sin levantar sospechas.

Las horas que quedaban por delante tenían gusto a suplicio.

—¿Nerviosa?

Alcé la cabeza y lo miré, se encontraba en el otro extremo de la cocina guardando

las sobras del almuerzo que yo no había podido tocar, dentro de la heladera. Pese a

su insistencia, apenas si había logrado tocar bocado. Tenía la impresión de tener la

garganta taponada con algodones —lo que puede sonar agradable, sin embargo en realidad, no es el caso—.

—Tus dedos no se quedan quietos. ¿Cuentas los segundos?

Alcé la mano derecha y me miré las uñas, de tanto tamborilear los dedos sobre la

mesa había arruinado el esmalte. No me importó en lo más mínimo por mi

manicura, si por no conseguir encontrar un mejor modo de descargar la tensión.

—Ve arriba e intenta descansar un poco. No pegar un ojo en toda la noche no te hace nada bien y tampoco es bueno para Emilia. Eres un demonio sí, pero estás embarazada. Estás pálida y ojerosa y me preocupa.

—Dudo poder dormir.

—Al menos deberías intentarlo. Quedarte en vela viendo pasar los segundos lo empeorará todo. Ve. Te despertaré en un par de horas.

—¿Vienes conmigo? Quizá con compañía sea más sencillo conciliar el sueño.

La sonrisa con la que intenté tentarlo, solo en broma, mi cuerpo no daba para nada

hoy, le arranco una sonrisa aunque algo mustia; como sea, sus sonrisas incluso cuando no eran las más amplias y relucientes continuaban encandilándome.

—Adelántate. Primero pondré un poco de orden aquí.

—La cocina y los platos sucios no se irán a ninguna parte.

—En un momento estaré contigo.

Me puse de pie, caminé hasta él y lo abracé hundiendo el rostro en el hueco que se

formaba entre su clavícula y cuello, para aspirar el aroma de su camisa y el de su

piel. Los perfumes despertaron un poco los sentidos dormidos de mi cansado cuerpo (llevaba mucho tiempo sin experimentar cansancio como el que encorvaba

mi espalda hoy y a decir verdad, no comprendía demasiado la razón de que eso sucediese; si bien, llevaba un tiempo sin tomar un alma pero como había aprendido

a absorber energía de las sensaciones de los humanos que pudiesen rodearme, lograba subsistir sin demasiados problemas, me imaginé teniendo que verme

obligada a salir en busca de humanidad de la cual nutrirme y se me
revolvieron las

tripas, no entiendo por qué, yo no era abusiva con lo que tomaba, los humanos
siquiera lo notaban).

Vicente me apartó un poco de su cuerpo, tomó mi mentón con las puntas de sus
dedos y alzó mi cabeza. Sus labios apenas rozaron los míos.

—Dulces sueños.

Antes de dejar la cocina, me volví y lo miré, otra vez me sonrió.

Debo admitir que la cama de nuestro cuarto me tentó en cuanto la vi.

Me quité los zapatos y me tendí sobre el edredón, buscando su lado de la cama
para

captar su aroma. Tomé una de sus almohadas y a ésta me aferré. Pasé un par de
minutos pensando en todo lo que me preocupaba y luego caí rendida.

Tan profundamente dormí, que cuando desperté no sabía dónde estaba ni
entendía qué sucedía. Por la posición del sol, supuse sería media tarde; no
estaba segura, mucho menos si de si era la tarde del día en que me dormí, o el
siguiente.

No recordaba haber tenido sueños o pesadillas; sí tenía esa sensación que
queda en

ti cuando los has tenido y son malos... de lo peor. Hice un esfuerzo por
recordarlo

y por recordar todo lo demás y no conseguí demasiado. Mi estado de
confusión era

tal que mi único recuerdo era más bien una sensación: la espera; más
precisamente

la espera de algo en particular: una llamada.

Me acomodé boca arriba sobre la cama y en un flash, vino a mí lo sucedido en el

toilette de la casa de Gaspar; el brillo, el perfume, Vicente apartándose de mí y luego en lo único en lo que logré pensar fue en Gabriel. Era una llamada suya lo que esperaba con ansias.

Intenté recordar en dónde había quedado mi celular. Echando un vistazo comprobé

que no estaba sobre mi mesa de luz, tampoco sobre la de Vicente.

Debí dejarlo abajo, en la cocina tal vez, y entonces recordé que allí había sido el último lugar en el que vi a Vicente después de que almorzásemos juntos.

El cuarto dio vueltas a mi alrededor en cuanto me incorporé —quizá demasiado pronto—.

Una ola de amarga bilis trepó por mi garganta. Me tomé unos segundos y por suerte

el malestar no pasó de allí.

De camino a la puerta del cuarto me vi obligada a detenerme un par de veces, el piso insistía con sacudirse debajo de mis pies.

Para cuando llegué a las escaleras me sentía tanto más estable sin embargo continuaba aturdida. El silencio reinante en la casa no hacía más que propiciar ese

estado, en ocasiones la parálisis total de pensamientos, la privación absoluta de los sentidos resulta todavía más que abrumadora que la completa sobrecarga de los mismos.

—No puedo salir ahora, ya te lo dije...

Escuché la voz de Vicente. No logré determinar de dónde procedía y por eso me detuvo en mitad del corredor de la planta baja.

—Está durmiendo.

Silencio.

—¿Qué quieres que haga?

Di un paso a la izquierda. Nada. Regresé hacia la derecha.

—No seas ridícula, Eva. Piensa antes de hablar.

Dos pasos más hacia la derecha, su voz provenía de biblioteca.

Silencio.

—No, esa no es una opción.

Con sumo cuidado para no hacer ningún ruido que delatase mi presencia, me detuve

al otro lado de la puerta de la biblioteca. Debí abrirla y presentarme allí dentro; no lo hice, me quedé afuera espiándolo. El nombre de Eva ponía en cortocircuito mi cerebro anulando todas las reacciones razonables y sensatas.

—Bromeas. En ningún momento dije que fuese fácil para mí y entiendo que no lo es

para ti. Te juro que hago lo mejor que puedo, es todo.

Pegué la oreja a la madera un poco más preguntándome si Vicente no notaba mi presencia. Quizá estuviese demasiado inmerso en su conversación.

—¿Cuántas veces debo repetírtelo? No puedo salir ahora, Eliza está arriba durmiendo y no voy a dejarla sola. Sé que tenemos que hablar pero no es momento.

Además tenemos demasiados asuntos entre manos.

Dos fugases segundos de silencio.

—¡Claro que son mis asuntos! Eva... Eva... por favor —Vicente sonó entre exasperado y angustiado—. Se razonable. No puedes pretender que...

Ella debió interrumpirlo porque por un momento, Vicente no volvió a pronunciar palabra.

—Lo prometo —terminó soltando él—. Claro que sí. Te llamaré.

El tono de su voz hizo que me diese vueltas la cabeza otra vez. Tuve que sujetarme

del marco de la puerta para no caer de rodillas sobre el piso.

Verlos e incluso escucharlos interactuar era algo que no lograba soportar. Entre Vicente y Eva existía un lazo en apariencia irrompible —pese a todo lo sucedido entre ambos— dejaba a todo el mundo afuera igual que si nada más que ellos dos, existiese.

—No necesitas oírmelo decir una vez más. Sabes muy bien que así es.

¿Oírsele decir? Pensé lo peor, ¿qué menos? Y me sentí como una estúpida. ¿En realidad tenía razones para desconfiar de él? Claro que no.

Retrocedí un par de pasos alejándome de la puerta cada vez más.

No tenía motivos, absolutamente ningún motivo... y de cualquier modo, me sentía

aterrada y muy sola.

Estoy exagerando —me dije—. Es por el embarazo. Estoy demasiado sensible y...

Continuar con las excusas me resultó imposible. Precisé huir y eso hice, en dirección a la cocina. No quería escuchar nada más, ni pensar en nada más.

La puerta se bamboleó a mis espaldas y la cocina se puso a bambolearse de un lado

para el otro igual que un rompeolas en plena tormenta.

Sentí mi garganta estrangulada y todo mi cuerpo lívido. Cuando alcé las manos hasta mi campo de visión vi que temblaban; eso no era lo más remarcable, lo importante es que brillaban otra vez, el condenado resplandor flotaba sobre toda mi

piel.

El tono de mi celular comenzó a repiquetear en mi cabeza, lo identifiqué pero de cualquier modo, me costó reaccionar y buscar el aparato, de hecho lo primero que

hice fue girarme en dirección al ventanal que daba al parque. El brillo sobre mí era

más potente que la luz de la tarde y por eso, en el cristal se reflejaba.

No entiendo muy bien por qué, desprecié aquello, lo sentí como si fuese algo que

intentaba invadirme más que algo que pudiese provenir de muy dentro de mí. Así tan poco identificada con aquella manifestación me sentía, que quise que

desapareciese al instante, prefiriendo que me brotasen cuernos y alas de murciélago

igual que le sucedió a Vicente aquella vez... justo aquí, la primera vez que lo vi cambiar.

Mi celular no paraba de tocar, y yo, de brillar.

Giré la cabeza y lo ubiqué sobre la barra, junto a la frutera.

El nombre de Gabriel abarcaba gran parte de la pantalla.

—¿Eliza? —Soltó él ya que yo atendí el llamado sin pronunciar palabra—.
¿Eres tú,

estás bien? ¿Por qué no contestaste antes?

Apreté los parpados y sacudí la cabeza deseando todo la claridad mental que me fuese posible juntar. No fue mucha.

—Sí... ¿A qué hora nos vemos?

—¿Te encuentras bien? No te escucho muy...

—No pasa nada, recién me levanto de dormir y estoy un tanto confusa.

—¿Sólo eso? Suenas como si...

—No te preocupes —me agarré la cabeza, tenía la sensación de que todo allí dentro

se había convertido en piedra y la presión de aquello, atacaba mi cuello sin piedad.

—¿Te veo a las ocho, en la iglesia?

—Sí, seguro.

—¿Segura que estás bien?

—Sí.

—¿No sucedió nada?

—No—. No podía contarle sobre esto por teléfono, es más, siquiera sabía si deseaba contárselo, si era conveniente que él lo supiese. Tampoco lograba

comprender por qué no sería recomendable revelarle lo sucedido conmigo, es que

en este momento, todo resultaba demasiado confuso.

—Bien... —no sonó convencido—. Nos veremos allí a las ocho—. La línea quedó

muda por un momento y acto seguido él, volvió al ataque—. ¿Sí sucediese alguna

cosa me lo dirías, no?

A veces resulta imposible mentir y solamente tienes que dejar el silencio correr.

—Cuídate. Te veré en la noche.

—Sí, hasta esta noche.

Iba a colgar cuando él soltó mi nombre.

—Todavía me preocupo por ti —dijo y comprendí que sus palabras significaban eso y mucho más. Me sentí pésimo y al mismo tiempo más aliviada y después todavía peor por sentir alivio al saber que aún me quería. No quería quedarme sin

nadie, no quería quedarme sola, no en este estado de confusión en el que no tenía ni

la menor idea de quién era, qué debía hacer o en dónde se suponía debía poner mis

lealtades.

Entré en pánico y corté la comunicación.

La puerta de la cocina no tardó ni una fracción de segundo en abrirse.

—¿Estás despierta?!

Al girar la cabeza, lo vi caminar hacia mí. Por suerte, yo ya no brillaba.

—¿Quién era?

—Gabriel. Confirmó el encuentro, quiere que nos veamos esta noche a las ocho en... —todavía llevaba su celular en la mano derecha... Me perdí viendo el aparato,

imaginándola a ella, minutos atrás al otro lado de la línea.

—¿En la iglesia que mencionaste?

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes dónde queda?

—Sí, no te preocupes—. Por una o muchas razones no quise ni pude seguir viéndolo a la cara. Fui por un poco de agua para beber.

—¿Dormiste?

—Sí, demasiado profundo creo, estoy atontada.

—Te ves pálida.

—Tengo el estómago revuelto. Ya se me pasará.

Llegó y me puso las manos en la cintura y me dio un beso en el cuello. Sin decir nada, al instante se apartó.

Lo espí por encima de mi hombro, viéndolo alejarse mientras consultaba la pantalla de su celular.

¿En qué momento se había creado esta distancia, este desconocimiento que creía sentir, toda esta extraña aura que nos rodeaba?

—Bien, entonces allí estaremos, a las ocho.

...

Ni su celular ni el mío, habían vuelto a tocar.

Por qué será que cuando las palabras no son necesarias sobran, y cuando uno más

las necesita, las dichas jamás son suficientes.

En silencio llegamos hasta aquel lugar, en el mismo estado, bajamos del auto y caminamos por la vereda hasta la entrada.

Aquel pacto tácito de silencio fue roto cuando entramos en la iglesia, es que aquel

lugar era de por sí, demasiado silencioso para soportarlo, quizá demasiado solemne tal vez, o cargado de una energía que nos era completamente ajena.

—No me agrada este sitio—. Vicente no se quedaba quieto. Al pasar junto a la medalla de San Benito, le echó un vistazo y a continuación, puso mala cara—. Esto

es ridículo —gruño.

—Es un lugar seguro.

—Para él, no para nosotros. ¿Dónde está que aún no llega?

Consulté mi reloj, faltaban cinco minutos para las ocho.

—Dale un momento.

—Siquiera le encuentro sentido a esta reunión.

—Es importante.

Su respuesta fue mirarme en silencio y luego se alejó en dirección a las columnas y

arcos que nos separaban de los corredores laterales. Más allá de la nave central y contra la piedra, descansaban en penumbra y quietud, figuras de santos.

Mis pasos resonaron por detrás de los suyos tornando el eco infinito, que el frío congelaba contra las paredes a modo de huellas de quienes por aquí pasaran. La verdad es que a mí, este lugar, tampoco me agradaba.

Desde la distancia, hubiese jurado, aquel santo era de madera, o como mínimo, de

yeso muy oscurecido por el paso del tiempo. Vicente se detuvo a unos pasos de la

figura de unos setenta centímetros cuyos pies, se encontraban a la altura de nuestros ojos. Sus sandalias, sus pies, su todo el poseía un brillo tenue, el del oro sucio y algo envejecido.

—Los únicos santos que existen, son de oro —entonó alzando la cabeza—. Nunca

entendí esa necesidad de adorar imágenes.

Yo tampoco la comprendía del todo bien.

—Huele a mirra—. Sacudió los hombros y movió la cabeza hacia la izquierda, al fondo del corredor, había una puerta cerrada—. Debe ser la sacristía.

—Quedamos en que nos encontraríamos aquí.

Vicente no hizo el menor caso a mis palabras.

Solté su nombre, sin alzar demasiado la voz, cada irrupción al silencio en este lugar tenía gusto a sacrilegio o algo así.

No podía quedarme quieta viéndolo desaparecer de modo que lo seguí examinando

los alrededores. De las paredes pendían cuadros de santos y un gran crucifijo. El pasillo olía a soledad. Vicente llegó a la puerta de lo que en efecto debería ser la sacristía; yo me detuve antes, entre tantos cuadros de oleos oscurecidos por el tiempo me topé con una imagen muy distinta. Era un dibujo en una hoja de papel; el

dibujo de un niño: un ángel. La hoja estaba algo oscura y ajada a pesar de que se encontraba debajo de cristal y dentro de un marco.

Plantada frente a la obra de pocos y simples trazos, quedé obnubilada intentando comprender su real significado. No tenía idea de quién fuera su autor pero probablemente este niño de no más de cinco o seis años no era un niño corriente sino este cuadro no colgaría aquí, en uno de los lugares seguros de la Orden.

Aproximé los dedos al cristal.

Todo el bello de mi cuerpo se puso de punta; mi espalda se estremeció.

Rocé el cristal con las yemas de los dedos y ante el mero contacto mi corazón se puso a dar patadas contra mi pecho y Emilia pareció reanudar su rutina de ejercicios dentro de mí. En mis labios se formó una sonrisa involuntaria que no quedaba muy acorde con la situación. Reprimirla era imposible y no comprendía porqué.

Sentí sus pasos llegar antes de que entonase mi nombre.

—¿Qué haces? ¿Estás bien?

Bajé la mano cerrándola en un puño para esconderla detrás de mí igual que si hubiese sido pescada intentando tocar algo que no debía, o peor aún, robarlo.

Vicente me contempló con las cejas en alto.

—¿Qué es?

Sin darme tiempo a responder llegó hasta dónde yo me encontraba; le lanzó una mirada al dibujo y acto seguido soltó un gruñido de desagrado.

—Muy inocente. No así lo que hay allí dentro.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes que verlo con tus propios ojos.

Un par de ideas se formaron en mi cabeza. Me quedé corta en mis delirios.

En cuanto puse un pie frente a la puerta me llevó por delante con la realidad.

—Es un arsenal.

Giré la cabeza y lo miré. Sí, lo era.

Dagas, ballestas, armas de fuego. Chalecos antibalas, granadas... aquí había cosas que parecían y no, listas para una guerra con demonios. Era más que eso: un despliegue de belicosidad que podía intimidar a cualquiera, no solamente a un demonio. Creo que lo más impresionante de todo era toparse con ese armamento en

una sala cuyas paredes exudaban religiosidad y sobre todo, santidad. Retablos, oleos, esculturas, el tema aquí era uno: ángeles.

—Te lo dije, este lugar es seguro para ellos, no para nosotros, menos para ti en tu

estado.

—Es que es...

—Es lo que es, no tiene sentido intentar disfrazarlo. La situación es una sola.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. ¿En verdad crees que nos ayudará? Lo escuchaste, la Orden nos

quiere lejos, no confían en nosotros y a decir verdad yo tampoco confío en él. No

deberíamos estar aquí.

—No, no deberían.

Ante las palabras de Gabriel los dos nos dimos vuelta.

—Deberían haberme esperado...

—Deberías habernos dicho lo que es este lugar —soltó Vicente dando un paso al frente.

—No les debo explicaciones.

—Aceptas encontrarte aquí con mi esposa en las condiciones en las que ella esta y...

—Alto, ya basta Vicente. Es suficiente—. Su temperatura comenzaba a trepar sobre

lo normal—. No vinimos aquí para esto.

Sus ojos y por poco me acribillan con una mirada.

—Todavía no comprendo la razón por la cual vinimos.

—Para buscar ayuda. Mi padre...

—Tu padre, tu sangre.

—Vicente...

—¿Sabes qué?, yo me largo de aquí. Este no es un ambiente propicio para una tregua. Aquí jamás existiría el trabajo en equipo, mucho menos la paz. Es ridículo

esperar que esto resulte cuando ellos están listos para acabar con nosotros.

¿Entiendes que es probable que él pueda matarnos a ambos sin demasiado esfuerzo?

Mi corazón se encogió. Moví la cabeza y miré a Gabriel a los ojos. Estaba mudo y

serio, demasiado para mi gusto y lo peor del caso es que ni lo negó ni soltó ninguna frase reconfortante que le parase los pies a mi miedo.

—¡Me largo de aquí!

—No, Vicente, espera— iba a salir disparada tras él por el corredor para detenerlo,

cuando Gabriel me frenó tomándome por un brazo—. Vicente.

—Sin importar lo que le digas, no regresará. Déjalo ir, en un momento estarás con

él.

Cruzamos una mirada.

—Eso estuvo allí siempre —entonó apuntando con la cabeza en dirección a la sala

abarrota de armas—. No es que cambiase ahora por las cosas que suceden. Eliza

—al notar que ya no tironeaba para zafarme de su agarre liberó mi brazo—. No puedo disculparme por ese lugar, ni debo. No es algo nuevo y jamás será algo viejo

de lo cual podamos olvidarnos.

Retrocedí un paso alejándome de él.

—Sabes que me preocupo por ti...

—Lo sé —lancé cortándolo.

—Desearía ser capaz de convencerte de que regreses conmigo a la casa.

—Gabriel...

—Lo que sea que tu padre trama seguro es grande.

Por un instante dudé de contarle la historia.

—Confío en ti, sé que no me defraudarías.

Meneó con la cabeza negando.

—No es mi intención defraudarte pero tengo límites. Haré todo lo que pueda para

ayudarte; lo que sucede es que si haces algo... si te alías con él.

—Mi intención es llegar a la verdad y quizá la verdad no te guste.

—Podría ser que acabe no gustándote a ti.

—O a ninguno de los dos.

Gabriel se sonrió ante mis palabras.

—Sí, conozco a mis hermanos. O eso creo, llevo demasiado tiempo sin tener relación con tu padre y últimamente Miguel está... me acusó de aliarme con tu padre, de conspirar en su contra y otras tantas ridiculeces más. Él fue quien instaló la idea de que debía dejar de verte. Dice que Vicente y tú serán nuestra perdición.

—¿Mencionó a Vicente? —inquirí sin comprender a cuento de qué venía aquello.

Por lo tocante a mí persona era de esperar pero me sorprendió que tomase a Vicente en cuenta. Bueno, pensándolo mejor quizá después de todo no fuese

demasiado descabellado, Vicente ya había ocupado una vez un lugar en Las Doce Sillas y como mi esposo podía tener la suficiente influencia para impulsar cualquier

movilización o idea en contra de La Orden.

—Sí, lo mencionó; y no en buenos términos. A mí también me llamó la atención.

Me recomendó que me deshiciese de él.

Mi cuerpo reaccionó poniéndose en tensión y alerta, dispuesto a reaccionar.

—¿Qué sabes de Vicente? ¿Cuánto sabes de él?

Se me escapó un quejido que mayormente era de cansancio.

—Tengo que estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—Que no juega contigo, que no intenta manipularte.

—Sería ridículo que todo este tiempo...

—Tres o cuatro años en la vida de un demonio no significan demasiado. Sé que sabes que la demonio que lo convirtió está de regreso en el país. Regreso con los

Sallese. ¿Por qué volvió?

Sus palabras trajeron de regreso la conversación telefónica con Eva de la cual Vicente no tuvo intención de ponerme al tanto. Por una fracción de segundo volví a

sentirme que caminaba sobre la cuerda floja.

—Esto es ridículo. Te juro que no me agrada siquiera un poco que Eva esté rondando por allí; ella regresó porque Julián y Petra contraerán matrimonio.

Celebrarán la fiesta de compromiso en unos días—. Me detuve un momento ya que

Gabriel me miraba fijo—. Escucha ellos dos tuvieron una relación un tanto... especial.

—Sí, lo sé. ¿Alguna vez le preguntaste a ella qué la impulsó a querer comprar su alma o incluso, a ofrecerle ser lo que hoy es?

—Bueno ellos estaban...

—¿Enamorados?

Su tono de descreimiento no me alivió.

—¿Por qué lo eligió él, te lo confesó alguna vez?

—Vicente así como yo se sentía fuera de lugar en este mundo. Su vida de humano

fue complicada.

—Y luego convirtió a su sobrina. Me llama la atención también que después de todo

lo vivido procediese así con ella.

—Es que...

—No necesitas excusarlo conmigo. Solamente digo que investigaré. No me quedaré

tranquilo hasta que no averigüe porqué Miguel lo mencionó.

—Probablemente sea porque me odia y quiero vernos a todos muertos. Además, podrías habérselo preguntado. ¿Se lo preguntaste y no te contestó? Seguro que fue

así; creo que ya empiezo a conocer a tu hermano.

—Así fue —respondió girando media vuelta para salir al corredor—. También es hermano de tu padre.

Lo seguí.

—Sí, y se parecen demasiado.

—Ya lo creo.

Entoné su nombre deteniéndome junto al dibujo del ángel.

Él frenó su andar y me miró por encima de su hombro.

—¿Quién hizo ese dibujo?

Sin mover más que sus ojos, apuntó en dirección a la obra.

No contestó.

—Es de un niño. ¿Veía ángeles o...? —No comprendo por qué, otra vez mi piel se

erizó.

—¿Me contarás qué es lo que trama tu padre?

—¿Por qué no quieres contestarme?

—¿Contestarás tú?

Resoplé.

—Cuando mi padre y Miguel comenzaron con todo aquello de poder experimentar

lo mismo que los humanos, otros ángeles los acompañaban, ellos pidieron perdón...

—Amers, Batraal y Tamiel. Los busca.

Asentí con la cabeza.

—Y Miguel también, imagino. ¿Lo sabías? Sabías que mi padre quiere reunirse con

ellos.

—Era de imaginar que tu padre buscaría apoyo y refuerzos. Resulta evidente que dadas las circunstancias él ya no se preocupa por disimular su objetivo.

—¿Y qué hay del objetivo de Miguel? Si mi madre está muerta es en gran parte por

su culpa. Mi padre me aseguró que él no tenía idea de quién era mi madre cuando la

conoció y mi madre afirmaba lo mismo. Ninguno de los dos tenía idea de lo que sucedía. ¿Qué es lo que espera sacar de esto Miguel, Gabriel? A parte de acabar con

todos nosotros. De un tiempo aquí me convenzo cada vez más de que Miguel debe

estar terriblemente aliviado con la muerte de mi madre. ¿Cuántos de sus descendientes quedan?

—¿Qué dices?! ¡Eso no es así!

—¿Cuándo enfrentarás a tu hermano para pedirle la verdad? Yo enfrento a mi padre

todo el tiempo intentando buscar la verdad, llegando al fondo de este embrollo que

ellos dos enmarañaron y tú no haces más que intentar poner paños fríos sobre todo,

lo cual es obvio, no resulta ni resultará.

—Eliza...

—No sirve de nada intentar ocultar que Miguel está tan o más desquiciado que mi

padre.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Bueno, es agradable oírte admitirlo.

—No es agradable admitirlo, son mis hermanos. Todos ellos.

—Lo siento, no quise...

—No me gusta que mi hermano me mienta y me oculte cosas. Sí, Miguel dejó entrever que tu padre podría estar buscando al resto de la Legión. No planea permitir ese reencuentro.

—¿Y qué opinas tú?

—No quiero tener que elegir entre mis hermanos, solamente quiero frenar esto.

—Mi padre me pidió que lo ayudase a encontrarlos y acepté hacerlo. Es el único modo de controlar lo que sucede, o al menos de intentar controlarlo.

—Si tu padre quiere ponerlos de su parte entonces Miguel no pondrá reparos en eliminarlos.

—Sí, mi padre lo mencionó.

—Miguel no necesitaría de una autorización para proceder. Si ellos muestran cualquier indicio de aliarse con tu padre a ojos de cualquiera sería lo correcto de hacer.

—A ojos de cualquiera que no sepa que esto no es más que una disputa entre mi padre y Miguel.

Gabriel permaneció en silencio por un momento.

—Bien, mantendremos esto entre nosotros y mientras tanto intentaré sonsacarle a Miguel todo lo que pueda. No le digas a tu padre que me contaste la verdad.

—Claro que no pienso hacerlo. De ser así nunca más me involucrará en sus planes y

no saber lo que planea es todavía más peligroso que saberlo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Tendré que viajar, todavía no sé cuándo. Solamente intenta evitar que me maten,

tarde o temprano descubrirán que estoy ayudando a mi padre. Por supuesto no pienso permitir que mi padre se salga con la suya pero tampoco planeo dejar que Miguel continúe con su plan sea cual sea. Necesito saber qué fue lo que sucedió, por

qué mi madre conoció a mi padre y el resto de la historia.

—Haré todo lo posible para mantener las aguas calmas. Necesitamos tiempo para descubrir que es lo que verdaderamente sucede aquí.

—Magnífico.

Gabriel se quedó otra vez en silencio viéndome.

—El dibujo; ¿me dirás sí o no quién lo hizo?

—¿No lo reconoces?

—¿Debería? No entiendo, jamás lo había visto antes, cómo podría... —mi cerebro

instantáneamente se detuvo y todo en mí fue una reacción visceral que echó a temblar mis manos. Apreté los puños con fuerza, la temperatura de mi cuerpo ascendió tanto que creí que comenzaría a escupir llamas hasta por la boca.

—Fuiste tú quién lo dibujó.

Mis piernas se aflojaron. Volví a mirar el dibujo sin conseguir reconocer los trazos pero sintiendo que una parte de mí estaba allí, en esa hoja conservada debajo

de un cristal de marcos azules.

—¿Cómo llegó aquí eso?

—Fue un regalo.

—¿Un regalo de quién, para ti? No entiendo nada.

Gabriel me sonrió.

—No, no me lo regalaste a mí. Creo que tenías unos cuatro años cuando lo dibujaste.

—¿Cómo lo sabes? Gabriel, habla por favor.

—Él me lo dijo.

—¿Él quién?

—Quien te cuidó desde que naciste.

Mis manos volaron directo a mi estómago.

—Te traje aquí porque esta fue su base por más de veinte años. Tu ángel vivió aquí,

Eliza.

—¿Él está aquí? —mi corazón se llenó de necesidad de verlo, de pedirle perdón, de

disculparme por todo lo que de seguro, le había hecho padecer; quería pedirle que

por favor no se sintiese defraudado por mí, quería ver su rostro y preguntarle cuándo y dónde yo le había entregado ese dibujo. Saber que lo tuve frente a mí, que

debí ver sus alas y que en mi más pura inocencia lo retraté así tal cual era, sin conseguir recordarlo me hizo sentir corrompida y en cierto modo, desagradecida.

Nadie debería olvidarse de una situación semejante, nadie debería perder la capacidad de ver el bien, de hacer el bien.

—No.

—Quisiera verlo. Conocerlo.

—Ya lo conoces.

—No lo recuerdo, Gabriel. No sé quién es. Podrías decirle que me gustaría verlo.

—No sé si eso sea factible. Ve con Vicente Eliza, regresa con él, nos mantendremos

en contacto; y no planeo dejarte sola, ahora menos que menos. Cuídate mucho. Sí logro averiguar algo más te llamaré y si tu padre se pone en contacto contigo por

cualquier cosa, avísame.

—Lo haré.

Los dos nos quedamos dudando, plantados sobre nuestros pies en ese mismo suelo

que un día pisó quien fuera mi ángel de la guarda.

—En todos lados, en ninguna parte... eso solía decir tu padre de nosotros. Si estamos en todos lados en realidad no estamos en ninguna parte y si no estamos en

ninguna parte en realidad no podemos hacer nada. Él no quería ser un todo, sino simplemente un individuo, alguien que pudiese estar en un solo sitio pero ser útil.

Yo quiero ser solamente uno. Estoy cansado de intentar estar en todas partes. Jamás

logré nada de ese modo.

Vi el rostro de Gabriel descomponerse.

—No creo que eso sea así, Gabriel, estuviste allí para el padre Lucio y estás allí para los integrantes de la Orden. Tu trabajo...

—Por momentos no comprendo en qué consiste mi trabajo. En realidad no sé si sirvo de ayuda o lo complico todo—. Apretó los dientes y finalmente me sonrió—.

No me hagas caso. Después de vivir tanto tiempo parece lógico tener una crisis existencial, ¿no?

—Entregas todo de ti, me consta. No fallas a lo que eres: un individuo capaz de dar

hasta lo inimaginable... no eres una idea abstracta, Gabriel. Dudo que jamás lo fueras.

—¿En verdad lo crees?

—De otro modo no serías tan especial para tantas personas. Lo eres para mí, lo eres

para tus amigos. Estás aquí; vives, luchas, sientes. No eres un ángel pintando en un

retablo—. En un par de pasos acorté a nada, la distancia que nos separaba. Lo abracé

—. Eres real y no podría estar más agradecida por eso.

Gabriel rodeo mi cintura con sus brazos. Sus alas le dieron una luz especial al corredor.

—Estoy tan agradecido de haberte conocido. Me cambiaste para siempre.

Y él me había cambiado a mí pero no por eso podía parar de sentirme tan

culpable.

—Anda, vete. Debe estar intranquilo esperándote afuera —dijo apartándome de su lado. Sus alas continuaban allí—. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Gabriel.

Intercambiamos una mirada más y entonces tuve que dejar ir sus ojos para poder apartarme de su lado y así reunirme con Vicente en el automóvil.

A Vicente no le agradó nada saber que le hubiese contado sobre los planes de mi padre a Gabriel pero volvía asegurarle que él nos ayudaría, que no estaba en nuestra

contra.

El regreso a casa fue silencioso por parte de ambos; en mi caso porque no encontraba un modo de hablar con él sobre Eva, sobre su historia con ella y su pasado. De sobra conocía el modo en que Vicente se ponía cada vez que intentaba

sacar a colación su vida de demonio antes de conocerme y la que viviera como humano también.

Tendría que encontrar un modo pero este no era él momento, no luego de haber elegido quedarme hablando con Gabriel cuando él había escogido abandonar la iglesia en el modo en que lo hizo.

16. Esta vida y la siguiente.

Ni bien salí del auto, saludé a Lucas; él me dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

—Me alegró muchísimo que llamas para encontrarnos. Pasa un día sin vernos y

ya te extraño horrores.

—Podrías haber llamado tú. Estuviste ocupada ¿no es así?

Cerré la camioneta y comencé a andar hasta él, me había pedido que nos encontrásemos para almorzar aquí en esta dirección pero a la vista no había nada más que terrenos en los que se apilaban materiales de construcción y descansaba en silencio maquinaria pesada.

Además de mi automóvil estaba estacionado junto al cordón, un automóvil cuya marca no reconocí, de cualquier modo, desde lejos se notaba que debía costar mucho dinero. Jamás había visto nada igual. El vehículo era tan nuevo que todavía

llevaba patentes provisionales adheridas a los cristales traseros y delanteros. No había otros automóviles aquí, tampoco personas y por lo que pude sentir, ni ángeles ni demonios.

Al notar el descampado en el que nos internábamos, Ami decidió quedarse retrasado a un par de cuadras de aquí; acercarse demasiado habría sido un riesgo innecesario.

—No creo que sea conveniente que continúes visitando esa casa.

Subí a la vereda sin responderle, sabía a qué casa se refería y porqué lo decía. Lucas ya no visitaba la casa de la familia de Gaspar.

Todavía en silencio me le acerqué y le di un beso en la mejilla. Iba a apartarme cuando mi hermano me tomó por la muñeca frenando mi escapada. Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Recelo? ¿A qué le temes? ¿En verdad crees que te lastimaría? Sabes que no te haría ningún daño.

Ni siquiera lo había sentido llegar a mi cerebro y así y todo mi hermano había descubierto lo que pasaba por mi cabeza como reacción inmediata a sus palabras, a

su opinión sobre mí visitado la casa de Gaspar.

Empleé todas mis fuerzas en bloquear el recuerdo de mi encuentro con Gabriel para

evitar que lo viese si es que no lo había visualizado ya.

—Dijiste que nos encontraríamos para almorzar y estamos literalmente en medio de

la nada.

—¿Quién dijo que no almorzaremos? Además, no mencioné ningún restaurante y la

nada no debiera preguntarte, acaso la nada no es el principio de todo —me guiñó un

ojo —y también su final que al instante se vuelve con comienzo y así sucesivamente.

—¿A qué viene ese discurso? ¿Desde cuándo hablas así? —No podría haber sonado

más como mi padre.

—¿Debería pasar el resto de mi vida hablando tonterías solamente para que no te sientas amenazada o incómoda?

—No quise decir eso. Lucas yo no...

—Soy mayor que tú, soy tu hermano mayor.

Miré su mano todavía sobre mi muñeca.

—¿Temes que me largue? —le pregunté y al instante sus dedos se movieron sobre

mi piel pero no me soltaron—. No quiero dejarte pero tampoco me alegra la perspectiva de que nuestros encuentros sean así —alcé la vista otra vez hasta sus ojos—. Fuiste parte de mí desde mucho antes de que supiésemos la verdad

y ahora

pareciera que al saberlo nuestra relación...

—¿No existiera? Es así como se siente por momentos; como si lo nuestro fuese simplemente una máscara.

—No lo es, te necesito.

—Y yo a ti.

—Suéltame.

El agarre de Lucas se ciñó sobre mi muñeca. Noté que tragaba con dificultad y que

los ojos se le empañaban.

—¿Por qué se siente tan distinto?

Sin aflojar el agarre subió mi brazo hasta que mi mano quedó a la altura de su esternón, dio vuelta mi mano para que mi palma quedase hacia arriba; allí poso su

otra mano.

El calor que irradiaba su palma era intenso pero nada parecido a lo que podía ser el

mío antes de generar fuego.

—Se siente distinto porque es distinto, Lucas. Muchas cosas cambiaron. Tú cambiaste.

—En esencia sigo siendo el mismo. ¿Y tú?

—También yo.

Con un dedo acarició la palma de mi mano haciéndome cosquillas. Quedó totalmente abstraído en lo que hacía, parecía obnubilado, en trance.

Observarlo en ese estado podía ser igual de hipnótico que aquello que lo tenía así a

él. Alcé una mano para tocarle el rostro porque siquiera parecía real. Lucas se sobresaltó cuando mi mano descendió sobre su mejilla.

Sus ojos encontraron los míos.

—¿Qué hacemos aquí?

—Comenzamos algo.

—¿Qué exactamente? —esto se ponía cada vez más extraño y preocupante. Al salir

de casa creí que sería una buena oportunidad de reencuentro y acercamiento con Lucas; necesitaba a mi hermano porque mi existencia desde hacía días era una nube

de humo que flotaba de aquí para allá sin demasiado sentido: Vicente estaba esquivo

conmigo; Gabriel no tenía novedades, Anežka pasaba demasiado tiempo con Sofía,

mi padre para bien o para mal no daba señales de vida.

—Es un emprendimiento inmobiliario de papá.

—¿Me trajiste aquí para enseñarme esto? Qué serán ¿edificios de oficinas, viviendas, hoteles?

Lucas me soltó y sonrió dando un paso atrás.

—Una sede de Las Doce Sillas.

No entiendo por qué me sorprendí.

—En realidad enseñarte esto no era más que una excusa. Te traje aquí porque ellos

no pueden acercarse a este lugar. Se quedó a donde está porque el lugar lo repele.

—¿Qué?

—El ángel, jamás habría resistido llegar hasta aquí. Ami, así se llama ¿no es así?

Cuando supe que había sido humano en realidad no me sorprendió que los ángeles

le dieran esa otra vida, nosotros hacemos lo mismo de modo que todo es posible.

Tantas cosas que siendo humanos nos parecían irreales son tan... —Lucas se interrumpió—. ¿No quieres saber por qué ni él ni los demás pueden llegar aquí?

Asentí con la cabeza.

—Este es terreno nuestro ahora.

—¿Qué quiere decir eso?

—No sé exactamente cómo o porqué, ahora somos más fuertes; papá me lo dijo pero no explicó el porqué.

Yo creía conocer la razón: mi padre ahora tenía a John a su lado.

—La brecha en la inferioridad de condiciones que sufríamos frente a ellos se acortó

considerablemente y eso me parece justo. ¿No crees que así sea?

Debía contestar que sí y no lo logré.

—¿No te sientes más fuerte? Yo sí. Es como si una de las cadenas que nos mantenía

amarrados se hubiese soltado. Me siento más libre, con menos miedo.

¿Menos miedo?

Mi miedo no hacía más que aumentar ahora que sabía que mi hermano sentía menos

recelos sobre los ángeles. Que le perdiese parte del respeto que debía experimentar

por aquellas entidades no era una buena noticia. En él último de los casos podía intentar convencer a mi hermano de que esto no tenía por qué ser una guerra pero

qué de los demás, cientos de demonios moviéndose por allí más libres y despreocupados...

Mi cuerpo reaccionó ante el nerviosismo que provocó en mí en comprender el alcance de la noticia. No me quedaban dudas de que en cuanto La Orden supiese que

así era, la situación comenzaría a descontrolarse cada vez más. El enfrentamiento tenía gusto a inminente.

—No podría creerte si me dijese que te sientes o estás igual que antes de que viajásemos a Nueva York. El cambio se percibe incluso sin necesidad de tocarte.

—¿Lograste hacer algo más?

Lucas se sonrió y su mirada se encendió.

—En un par de ocasiones hablamos sobre mi familia.

—Nunca quisiste contar demasiado sobre ellos.

—Es que en realidad no sabía que hubiese nada demasiado relévate que contar sobre

ellos.

—¿Y ahora sí? Imagino que sí.

—Es sobre mi madre.

—Debió existir una razón para que Eleazar...

—No me molesta que él la eligiese para ser mi madre. Creo que me hizo un favor.

—¿Eleazar te hizo un favor escogiendo a tu madre? No entiendo.

—Mi madre jamás me lo dijo y no recuerdo que en casa nunca se comentara nada al

respecto. Ella era especial y ahora también lo soy yo, es por eso que lo veo en ti. El brillo, la energía. Eleazar dijo que no tendrías problemas para llegar aquí pero temí que se equivocase.

—No te sigo.

—De niña mi madre sufría de visiones. Bueno, en realidad no eran visiones sino un

tipo de visión que otros humanos no tienen.

—Veía ángeles.

Lucas asintió con la cabeza.

—Y ahora tú...

—Era hora de que la pelea fuese más justa. Nuestros motivos no son menos nobles

que los de ellos. Son responsables de tantas muertes y nadie se atrevió a juzgarlos

por el nombre que llevan. Tú sabes que muchos de nosotros somos mejores que ellos en más de un sentido.

—Lo sé, Lucas, lo tengo muy presente.

—Múdate conmigo.

—Me angustia tenerte lejos. Es un constante sensación de que algo te sucederá, de

que a así como están las cosas no puedo cuidar de ti. Tengo un departamento enorme con todas las comodidades y si es necesario le permitiré al ángel de la guarda de Emilia mudarse con nosotros; papá me explicó cuán importante es que ella esté presente.

—No creo que Vicente quiera mudarse.

Lucas apretó los labios. Con su gesto comunicó las palabras que no quería mencionar.

—No planeo alejarme de él.

—Ayer por la noche me encontré con Eva. Sabía que estaba de regreso en la ciudad

pero fue una casualidad. Fui a cenar a un restaurante y ella estaba allí. Al final comimos juntos. Me contó que se vieron en casa de los Salleses.

Eso y mucho más. Su nombre no dejaba de resonar en mi cabeza porque llevaba días intentando decidir cómo conversar sobre ella con Vicente.

No pude acotar nada al respecto. Estaba muda.

—¿No preguntarás de qué hablamos?

—No me interesa saber lo que Eva...

—Eva regresó a su lugar junto a Vicente.

Mi corazón dio una sacudida.

—La aceptó de regreso como su guía —hizo una breve pausa durante la cual me observó sin parpadear—. Cuidaré de ti y después de todo tengo derecho a enseñarte,

no solamente soy tu hermano sino que tu alma...

—No puedo dejarlo —solté interrumpiéndolo.

—No es que no puedas, es que no quieres y eso es capricho.

—¿Qué?! No es capricho, lo amo, es mi esposo, formaremos una familia juntos.

—Y él no te contó que Eva lo guía otra vez. A mí no me engañas, Eliza. Intentas ocultarlo de mí, no pronuncias palabra al respecto y sin embargo yo sé tan bien como tú que tienes dudas. Yo también las tendría en tu lugar. En esta vida y en la siguiente nadie cuidaría de ti tan bien como yo. Emilia y tú estarán a salvo conmigo.

—¿Eleazar te pidió que hicieras el ofrecimiento?

—Papá no es responsable de esto, lo soy yo. No todo lo que hago es por orden de

él. Conservo mi libre albedrío aunque no lo creas. No podía quedarme de brazos cruzados. Eva insinuó suficientes cosas para que acabase preocupándome por ti.

—Eva puede insinuar lo que guste, Lucas. No por eso...

—¿Los viste juntos, los escuchaste hablar por teléfono? ¿Qué fue? La verdad

es que

siquiera me enoja lo que él haga con su vida, si quiere volver con Eva que vuelva,

es su problema. Mientras tú estés conmigo, donde pueda cuidarte.

Todo en mí se retorció de asco. ¿Que vuelva con Eva? Las piernas me temblaron.

—El lazo es casi indestructible, por eso es que estamos tan unidos.

—¿Entiendes lo mucho que me dolería si Vicente se fuese con Eva? Lucas no te reconozco. No entiendo por qué dices todas estas cosas.

—Porque te quiero más que a nada en este mundo. A ti y a mi sobrina.

—¿Qué fue lo que te dijo Eva?

—¿Además de que retomará su puesto junto a Vicente? ¿Quieres verlo por ti misma? Podría enseñártelo. Controlo muy bien mis recuerdos, podría compartirlos

fácilmente contigo.

—¿Te das cuenta de que estas siendo cruel?

—¿Te das cuenta de que te comportas como una necia?

—¡Lucas!

—Si todavía no te fue infiel dudo que se demore mucho.

Le lancé una bofetada pero él atrapó mi mano en pleno vuelo.

—No disfruto con esto pero alguien tiene que hacerlo. No le conté nada a papá y no

planeo hacerlo, sabes que si él se enterase no quedarían demasiadas opciones.

—No me interesa dejar a mi sobrina huérfana de padre. Tampoco es que me importe demasiado si él recibe su merecido pero en el último de los casos él podría

llegar a ser de alguna utilidad, después de todo ya te salvó una vez.

Tironeé de mi brazo para apartarme de él; Lucas no me soltó.

—No es amenaza. Te quiero y esto me gusta menos que a nadie, es que me niego a

permitirle lastimarte.

—Creo que este lugar te afecta.

—Sí, me afecta. Me quita el miedo de decir las cosas que deben decirse.

—No debes decirle a tu hermana que deje a su esposo.

—Sí si su esposo no se comporta como debiera. No te merece y eso no es novedad.

Jamás fue digno de ti, ni cuando eras humana.

—¡Lucas!

—No le permitiré faltarte el respeto.

—Esta conversación no tiene sentido.

—Pensé que hacía mucho habías decidido dejar de huir de los problemas.

—¡No huyo de los problemas! —era mentira de la “n” a la “s”.

—Entonces dime la verdad—. Tironeó de mi brazo—. Qué fue: ¿los escuchaste

hablar, los viste juntos?

Por un par de segundos le sostuve la mirada.

—Los escuché hablar por teléfono —solté al final.

Lucas parpadeó. Realizó un par de inspiraciones profundas y al final soltó mi mano.

Un par de segundos más discurrieron en el más completo silencio. De refilón divisé

a un hombre de casco amarillo deambular entre las palas mecánicas y camiones; lo

observé hasta que desapareció detrás de una pared de hierros que probablemente no

dentro de mucho, se convertirían en las entrañas del edificio que aún no existía.

—¿De qué hablaban? —Preguntó sacándome del limbo en el que me perdí.

—No lo sé.

—¿Qué de esa conversación te preocupó?

Mi hermano —pensé observándolo —me resultaba imposible seguir ocultándole

cosas a mi hermano.

—El tono... el que no la mencionase. Fue hace un par de días y hasta ahora no encuentro el modo de preguntarle sobre ésta.

—No deberías vivir así, no tienes porqué sufrir esta situación. Soportarla no debería ser una opción.

Dentro de mi cabeza pensé que no quería sacar el tema porque temía lo que pudiese

contestarme Vicente. Me aterraba que pudiese dejarme. Perderlo... Estábamos relativamente bien como pareja pero... bueno, quizá no tan bien si él no me contó

nada sobre el inminente regreso de Eva y después sobre aquella relación que ahora

los unía otra vez. Era de sobra comprensible mi necesidad de saberlo de sus labios

en tiempo y forma, eso no tenía nada que ver con celos y no sería reprochable que

me enojase el que no me lo contara.

Las razones por las cuales no me dijo la verdad...

Las razones por las cuales no me atreví a pedirle la verdad...

Era algo que estaba allí y que por lo visto ninguno de los dos deseaba reconocer.

Nada tenía que ver con un engaño o infidelidad sino con la debilidad de ambos, con

nuestro miedo.

¿Qué podía ser peor que hacernos el daño que nos hacíamos ahora por esquivar cualquiera fuese su verdad y mi verdad?

—No puedo mudarme contigo —fue lo único que atiné a entonar.

—Puedes; cuando quieras, cuando creas que es necesario. Hoy, mañana, la semana

que viene.

—Lucas...

—Juro que no te cuestionaré tus motivos, que no diré nada. Solamente quiero que

sepas que las puertas de mi casa están abiertas para ustedes dos cuando lo crean necesario, por las razones que sea—. Le dio espacio a otra pausa—. Quédate tranquila, juro que no le contaré a papá ni una palabra de esto; es entre tú y yo. No quiero que pienses que le iré con el cuento, puedes confiar en mí. Es solo que me

enfureció saberlo.

—Confío en ti.

—Bueno, entonces ahora sí me permitirías llevarte a almorzar.

Almorzamos y de hecho pasamos gran parte de la tarde juntos. Lucas estaba conversador y su humor cambió para bien con el correr de los minutos, se justificó

diciendo que el tenerme a su lado lo calmaba. Fue él quien en mayor medida se adueñó del encuentro ya que yo no sabía ni dónde tenía la cabeza ni cómo proceder

al llegar a casa. Por suerte mi hermano se decantó por conversar sobre asuntos menos traumáticos; hablo de su viaje con Eleazar, de los lugares que visitó, las cosas que vio.

Antes de separarnos me hizo prometerle que tomaría en cuenta su ofrecimiento. Le

aseguré que lo haría pero no planeaba rendirme tan fácilmente.

...

Noté la presencia en cuanto me bajé de mi automóvil; no podía identificar la identidad del demonio en cuestión pero no quedaban dudas de que además de Vicente y probablemente Anežka y Boni, había alguien más en la casa.

No me preocupé. Supuse sería alguien de la familia de Gaspar. En eso no me

equivocaba pero...

Al abrir la puerta de la cocina percibí su aroma; esa mezcla suntuosa con un toque

de perfume pasado de moda, de esos que mi abuela guardaba más que nada a modo

de recuerdo de otros tiempos que por el líquido en sí. El perfume me empujó a visualizar su cabello, su mirada verde esmeralda. Mi temperatura subió de inmediato.

—¿Vicente desde cuándo bebes champagne Bollinger? —exclamó Eva en alemán—.

Nuestro preferido siempre fue el Dom Perignon. Este no tiene el...

La cabeza de Eva apareció por encima de la puerta de la heladera sosteniendo la botella de champagne por el cuello. Obviamente me había sentido llegar.

—Es el champagne que... —Vicente que llegaba desde el corredor se detuvo al verme.

—Es el champagne que me gusta a mí —articulé completando su frase. A la mierda

con el champagne, pensé, eso era lo que menos importaba aquí. Qué hacía ella aquí

en mi cocina y en...

Eva cerró la puerta de la heladera. Iba en una simple camiseta blanca demasiado parecida a las que usaba Vicente y en ropa interior. Nada más. Descalza y con su melena revuelta pero no por eso, poco sexy.

—¿Te molesta que beba una copa? Después de todo se supone que tu no deberías beber hasta que des a luz, ¿no es así? No soy experta en esas cosas de maternidad,

no es lo mío pero...

—¿Qué haces aquí?

Por respuesta Eva me sonrió y miró a Vicente.

—Qué hace ella aquí y... —el “así de poco vestida” se me quedó atragantado.

—Eva... Eliza ella... Eva podrías dejarnos solos un momento por favor.

—Sí, claro, por supuesto. Tengo mejores cosas que hacer que presenciar discusiones de pareja.

Eva retrocedió dos pasos, abrió el gabinete superior y extrajo una copa de champagne de dentro, tal si estuviese en su casa.

¿Cómo sabía que las copas estaban allí? ¡¿Qué hacía con esas faldas en mi cocina,

en mi casa?!

Giré la cabeza y fulminé a Vicente con la mirada, tenía ganas de comérmelo crudo

o como mínimo, de gritarle todo aquello que no me atreví a preguntarle antes.

—Sí me buscan estaré en mi cuarto —soltó alegremente atravesándose por entre nosotros dos andando en puntas de pie igual que si llevase zapatos de tacón alto.

Ella se movía cual una gacela y yo me sentía como un elefante; un elefante en llamas a punto de iniciar un incendio descomunal.

Noté que Vicente literalmente deseaba convertirse en humo.

Eva se alejó alegremente. No necesité que nadie me explicase que la situación le divertía. A mí ni un poco.

La puerta se bamboleó del corredor a la cocina un par de veces hasta que uno de los

dos tuvo el suficiente coraje para hablar.

—Permíteme explicarte.

—¿Qué hace ella aquí?

Soltamos los dos al unísono.

—¿Por qué acaba de salir por esa puerta cargando una botella de champagne?
¿Y es

que acaso esa camiseta que llevaba puesta era...? —Cómo no noté antes que tenía el

cabello mojado, iba de una simple camiseta también, y descalzo.

Sentí como si me atravesasen el corazón con un hierro caliente. No era dolor, era

furia. Estaba demasiado furiosa y por más de un motivo, sobre todo, furiosa conmigo misma.

—La ducha del cuarto azul se rompió.

El cuarto azul era un cuarto que teníamos preparado para visitas; no era azul, simplemente la cama del cuarto estaba cubierta por un edredón azul que habíamos

escogido juntos al igual que el resto del mobiliario que lo conformaba.

—¿Esa es tu explicación?

—Sus ropas se mojaron, iba a darse una ducha.

—¿Y eso explica...? —meneé la cabeza negando. No podía creer que eso estuviese

sucediendo.

—Mi camiseta. Le presté una camiseta.

—¿Qué hace aquí, por qué iba a darse una ducha en nuestra casa?

—Discutió con Gaspar. Me pidió si podía quedarse aquí unos días.

—¿No hablas en serio? —Todo el aire se escapó de mis pulmones.

—No pude decirle que no.

—Puede ir a un hotel.

—No podía decirle que se fuera a un hotel. Sé razonable.

—Soy razonable. Soy tu esposa y esa mujer fue tu pareja por demasiado tiempo y

además... No puede quedarse aquí.

—Tenemos lugar de sobra y ella no molestará, prometió comportarse.

—Vicente... ¿por quién me tomas? La conoces mejor que yo. Subió a la habitación

llevándose consigo una botella de champagne. ¡¿Cómo sabía dónde guardamos las

copas?!

—No sé, eso no importa. Por favor no...

—¿Cuándo pensabas contarme la verdad sobre ustedes dos?

—Imaginas cosas. La flor de la ducha se soltó y los dos quedamos empapados; nada

pasó. Estaba en mi cuarto cambiándome. Bajé a buscarla. Es que sus cosas

todavía

no llegan.

—¿Sus cosas? —arrojé mi bolso sobre la mesa, recién entonces me percaté de la presencia de dos tazas de café. Debieron charlar aquí. Volví a mirarlo a la cara.

—Vino a almorzar. Necesitábamos hablar.

—No es que quiera imaginar cosas, y cómo es que le permites traer sus cosas aquí

sin siquiera consultármelo antes.

—Sonará mal pero la verdad es que la necesito aquí.

—Me parece que es buen momento para que me digas que la tomaste otra vez como

tu guía, ¿no te parece? ¿Cuándo planeabas comunicarme la noticia? ¿Ahora mismo?

Vicente asintió con la cabeza.

—Maravilloso—. Me dieron ganas de partir la mesa en dos y subir al cuarto azul para sacar a Eva a los empujones de mi casa.

—No te pongas así. Tienes que mantener la calma. Tu temperatura sube y eso...

—No te atrevas a decirme qué hacer. ¿Por qué debí enterarme por terceros de algo

que tendría que haber salido de tus labios?

—¿Quién te lo contó?

—¿Crees que es eso lo que realmente importa?

—Sabía que no te agradaría la idea.

Lo miré con mi peor cara de perro y él retrocedió un paso. Vicente decía que era su

ángel pero en este instante no me sentía ni un poco angelical.

—El que la tomase otra vez como mi maestra nada tiene que ver con que se mude

aquí. La verdad es que su presencia me ayudará pero no pensaba pedirle a Eva que

se instalase en nuestra casa sin preguntártelo antes. Esta mañana Eva discutió fuerte con Gaspar. Fue muy desagradable, llegó aquí muy turbada y me lo pidió y no logré

decirle que no, eso se debe en gran medida a que necesito que ella me ayude a estabilizarme; demasiadas cosas están muy fuera de lugar y hay tanto con lo que lidiar.

—Eva no tiene la apariencia de ser alguien que pueda ayudar a otros a centrarse.

Son las cinco y media de la tarde y subió con una botella de champagne.

—Sabes que el alcohol no nos afecta.

—Son sus modos, Vicente. No me tomes por tonta. ¿Por qué discutió con Gaspar?

—Es un asunto de ellos.

—Es decir que lo sabes sin embargo no piensas decírmelo. Lo mismo con la novedad de que es tu maestra otra vez y que se muda aquí.

—No podía contártelo por teléfono. Sabía que montarías en cólera.

—Y con toda la razón del mundo.

—Entiendo que estés molesta...

—No creo que lo entiendas en realidad.

—Eliza por favor, yo tengo que lidiar con Anežka y con Boni y no...

—¡Anežka y Boni no son mis ex novias! Una es mi aprendiz y la otra un ángel,
en

ángel de la guarda de tu hija para ser más exactos. No compares.

—Nos desviamos del tema.

—No me parece.

—En verdad la necesito aquí. Será temporal lo juro—. Acortó la distancia entre nosotros—. Lo ocurrido entre nosotros es historia muy vieja, Eliza. Eva es el pasado, al menos en ese sentido lo es—. Me tomó por la cintura y lo dejé hacer.

Quería matarlo pero en verdad no me apetecía reñir con él—. Es como si yo me pusiese celoso de Lucas.

Los dos nos incomodamos ante sus palabras. Tuvo motivos para estar celoso de Lucas y yo para desear olvidar que por un tiempo... Mi cabeza se nubló con la pesadez de los recuerdos del embrollo que era mi vida.

—Lo digo porque él en realidad tiene todo el derecho del mundo de ser tu maestro

y yo no podría hacer nada contra eso; la unión es para siempre y sabes tan bien como yo que no hay un modo de poner en palabras lo que se siente, lo que representa ese lazo—. Hizo una pausa—. No confió en nadie más. Sé que ella no te

agrada, que Eva puede ponerse muy molesta, y que en ocasiones te dan ganas de prenderle fuego —me sonrió—. Es inteligente también y tiene mucha experiencia y

me conoce muy bien. Necesito de su ayuda para poder ayudarte a ti. Ella me traerá

la estabilidad que necesito.

—No puedo creer que pienses que esa mujer puede darte paz. Ustedes dos por poco

y se matan en más de una ocasión.

—Las cosas entre nosotros cambiaron mucho desde entonces. Recuerda que Eva me

ayudó contigo. Ella cambió mucho. Es cierto que conserva muchas de sus mañas pero todos las tenemos y juró que se comportaría y que sería gentil contigo.

Lo miré con los ojos entornados y me crucé de brazos enfrentándolo.

—Ok, sé que será difícil lo admito —soltó cediendo—. Pero dadas las circunstancias no confié en nadie más. Pedirle ayuda a cualquier otro sería peligroso. Tenemos un ángel en la casa y tú te ves con Gabriel y tu padre...

—Sí, ya te entendí. No tienes que decir nada más, es cierto. Eso no hace que me desagrade menos su presencia aquí.

—Prometo que hablaré con Gaspar y con ella para que hagan las paces lo antes posible. Por lo pronto su presencia alivia una parte de mí que lleva demasiado tiempo flotando inestable.

Cómo insistir en pedirle que la sacara de nuestra casa.

—Además tu padre podría requerir nuestra presencia fuera del país en cualquier momento y me alivia saber que ella podría quedarse aquí en la casa.

—¿Para qué?

—Para cuidar de Anežka y Boni. Sobre todo de Boni en caso de que no pueda

regresar a la Orden. Anežka puede ir a casa de Gaspar pero si Boni tiene problemas

para volver a la casa de la Orden no me agrada la perspectiva de que se quede aquí

sola.

No había pensado en eso; era cierto, la Orden no pasaba por un buen momento, probablemente mitad de la organización estaba con nosotros y la otra mitad en nuestra contra quizá lo complicase a la hora de necesitar regresar allí para aguardar nuestro regreso.

—Eva es muy fuerte y decidida. No se arredra ante nada.

—Imagino que ya las presentaste. Su presencia aquí no podría habersele pasado por

alto a Boni.

Vicente negó con la cabeza.

—Claro que no se le pasó por alto. Le expliqué que Eva es parte de la familia de Gaspar y que la conozco hace mucho. Igual que a ti no la hizo nada feliz la presencia de Eva. Boni todavía no sabe que Eva se quedará. Se lo explicaré.

—Puedo hacerlo yo.

—No, está bien, es mi responsabilidad. Sé que exijo demasiado al tenerla aquí, es que de verdad necesito una guía. Perdón por no decírtelo antes. A veces eso de ser

esposo me sale muy mal—. Me estrechó contra su cuerpo—. Me da miedo ser un mal padre, en parte por eso Eva está aquí.

—Qué puede saber Eva de niños.

—No sabe de niños. Sabe de demonios y por eso la necesito. No quiero tener que

preocuparme por el demonio que soy frente a mi hija. Para ella quiero ser simplemente su padre. Necesito que Eva me ayude a aplacar al demonio para solamente ser un hombre, no quiero recibirla con la cabeza llena de pensamientos

que no la involucren, de pensamientos que nadie quisiera tener al cargar a su hija.

Además me preocupa no ser capaz de cuidarla bien y lo peor de todo, lastimarla.

Sus palabras impactaron rotundas sobre mí.

—Contigo, Anežka y Boni hay demasiada energía aquí.

—Jamás le harías daño a tu hija —le aseguré si bien ese era mi mayor miedo también. Ya de por sí un primer embarazo provoca temores, un primer embarazo en

un demonio y dadas las circunstancias con todo lo sucedía con mi padre y demás me hacía sentir doblemente más inestable y dudosa.

Vicente me dedicó una sonrisa no de felicidad sino de agradecimiento.

Con un abrazo me hizo sentir más segura. Necesitaba olvidarme de la presencia de

Eva en la casa.

—¿Cómo te fue con Lucas?

—Más o menos. Él estaba muy raro. Sus poderes no paran de crecer y está cada día

más apegado a mi... a Eleazar. Vicente...

—¿Sí?

—Lucas es solamente una de las cosas que me preocupa—. Me aparté de él

tan solo

un poco para poder mirarlo a los ojos—. No lo mencioné antes y fue un error;
con

Gabriel el otro día hablamos sobre Miguel. Queda claro que Miguel me odia y
odia

a mi padre.

—Y ellos se creen justos —gruñó.

Pasé por alto su observación sobre los ángeles la cual traía aparejada
demasiadas complicaciones para hacer foco en lo que realmente deseaba
discutir en este momento.

—Gabriel me contó que Miguel te mencionó a ti.

—Bueno, imagino que no habló bien de mí y eso es más que obvio, soy tu
esposo,

soy el padre de Emilia y tengo parte de la responsabilidad de que ella exista,
lo cual no debe agradecerle ni un poco al arcángel.

—A Gabriel le llamó la atención el modo en que habló de ti. Le aconsejó que
se deshiciese de ti.

Vicente me soltó.

—¿Te sorprende? Imagino que motivos no le faltan a Gabriel para querer
borrarme

de la faz de la Tierra.

—Si Gabriel creyese que se debe a eso...

—¿A qué se debe entonces? Tienen demasiado en mi contra. Hice muchas
cosas en

mi vida; está el padre Lucio, el haber ocupado un lugar en Las Doce Sillas. La lista

es más larga que eso y lo sabes.

—Gabriel me preguntó que sabía de ti, de tu familia.

—No comprendo que espera descubrir. No hay misterio allí. Nos sobran problemas.

No sé por qué terminé siendo lo que soy, por qué elegí dar cada paso que di en mi

vida pero dudo que tenga algo que ver con mi familia, aquí no hay misterio, soy lo

que soy lo que elegí ser. Hablamos de esto muchas veces y siempre te digo lo mismo, si terminamos juntos fue porque así nosotros lo decidimos, nada tiene que

ver con tu padre o con los míos. Miguel es un jodido infeliz, nada más. Ellos nos

quieren muertos a todo, es así de simple. Que Gabriel se ocupe de lo que es realmente importante.

Guardé silencio pero no pensaba quedarme de brazos cruzados. Las dudas sueltas por ahí, y no conocidas tenían gusto a peligro innecesario.

17. El precio que pagas.

—¿Qué es lo que huele tan bien?

Escuchar su voz puso rígido mi cuerpo al instante. Anoche había tenido la suerte de

que a Eva no se le había ocurrido bajar a cenar sin embargo esperar que no saliese

de su habitación por el resto de su estadía aquí era ridículo.

Los talones de Boni chocaron contra los míos al retroceder ella sobre sus pasos en

una actitud protectora que asumí en cuanto la puerta se abrió.

Desde la mesa, Anežka me lanzó una mirada.

Vicente dejó de prestar atención a la cafetera que vertía líquido en dos tazas.

De no ser por los ruidos de dicha máquina, la cocina habría quedado en silencio absoluto.

Eva nos observó a todos por turnos a medida que su sonrisa se ensanchaba cada vez

más.

—¿Buenos días? —Se internó un paso más en la cocina—. En verdad sea lo que sea

huele muy bien—. Su olfato la llevó a mirar en dirección a la mesa—. No es la pastelería europea pero las cosas que preparan aquí son deliciosas por igual.

Sobre la mesa había un paquete de facturas que Vicente había salido a comprar muy

temprano.

—¿Hay alguna con dulce de leche? —la pregunta y la mirada de aquellos ojos verdes fue para una persona.

Apretujé la empuñadura del cuchillo con el que rebanaba el pan.

—Buen día —le contestó mi esposo—; sí, hay con dulce de leche.

—El dulce de leche es una de las dos cosas que extraño cada vez que paso

mucho

tiempo lejos de este país. Soy viciosa—. Rió y lo hizo sola. A nadie más le hizo gracia aquello, menos que menos a mí; creía imaginar muy bien que era lo otro que

extrañaba.

Eva fue directo a la mesa tomó una media luna con dulce de leche y con una elegancia suprema le hincó los dientes al bollo dulce, todavía en pie y en las mismas fchas con las que dejara ayer la cocina; la única diferencia en ella es que

llevaba el cabello recogido en un moño.

Sin preguntar si necesitábamos ayuda con el desayuno se sentó a la mesa a seguir

disfrutando de su medialuna. Con un dedo barrió el dulce que se había salido de dentro de la masa al morderla, observó la crema con deleite y luego se metió el dedo en la boca muy tranquila y a sabiendas de que los cuatro la observábamos.

— *Lecker* —entonó en alemán chupando su dedo una y otra vez.

Boni me quitó la cuchilla de la mano y justo a tiempo porque me creí capaz de degollarla. Todavía no podía creer que esta mujer estaba aquí en mi casa.

El precio que pagas, el precio que pagas... —repetí dentro de mi cabeza una y otra

vez. Esto era por Vicente, tenía que soportarlo por él, él la necesitaba.

—Por qué no toman asiento —nos dijo Vicente a Boni y a mí al pasar por nuestro

lado cargando las dos primeras tazas de café.

Boni tomó la tabla sobre la cual estaba el pan y la cuchilla y me indicó la

mesa con

la cabeza. Su mala cara se veía peor de lo que se sentía la mía.

Sobre la mesa ya estaba la tetera lista y humeante para Boni y para mí.

Anežka se sentó de espaldas a la ventana, Boni a un lado, yo junto a la otra cabecera justo frente a Eva quien registró mi llegada con una lánguida mirada.

Vicente le pasó una taza a Anežka y la otra, la que debía ser para él, se la pasó a Eva.

Ella le agradeció con palabras alemán y una sonrisa que se entendía en cualquier idioma.

—De nada —Vicente se alejó a preparar otra taza para él.

Eva tomó la jarra de leche y echó un chorro en su taza mientras las tres la mirábamos. Devolvió la jarra a su sitio y tomó el azúcar. Las tres otra vez seguimos

de cerca sus movimientos.

Extendió su brazo otra vez en dirección a la bandeja, iba a tomar una pieza más cuando se quedó quieta, con la mano suspendida en el aire. Alzó el mentón y nos miró.

—¿Será siempre así? Que a ella le cause curiosidad es una cosa —apuntó con el mentón a Boni —ustedes no tienen mucho justificativo para verme tal si yo fuese una desconocida y peligrosa. Bueno, en realidad peligrosa sí pero no más que ustedes —añadió con una de sus espléndidas sonrisas.

—Eva —la cortó Vicente desde el otro lado de la cocina—. Prometiste comportarte.

Eva rió.

—Solamente intento romper el hielo, Vicente. Las tres damas aquí presentes me observan como si yo fuese una serpiente venenosa.

Apreté los dientes conteniéndome de decirle que eso mismo creía que era.

Las tres nos miramos.

Como una golondrina elegante y certera, su mano se posó sobre otra medialuna, sus dedos cambiaron de actitud al instante convirtiéndose en las garras de un halcón.

Cuando alzó la vista al frente otra vez, era claro que me desafiaba.

Vicente regresó a la mesa cargando su taza de café.

—Eres una invitada en esta casa sin embargo esto no es un hotel y la próxima vez

que bajes a desayunar...

Eva bajó la vista hacia las ropas que no llevaba.

—Sí, lo sé. Mis cosas arribarán en cualquier momento y lo prometo, no soy buena

en los quehaceres domésticos, mucho menos en la cocina, pero ayudaré en lo que

pueda en tanto y en cuanto no esté ocupada contigo.

Anežka que vertía té en mi taza, se quedó dura con la tetera en el aire.

—Me alegra que entiendas que todos aquí trabajamos a la par.

—Lo que no entiendo es por qué no tienen personal de servicio.

La decisión de no tener a nadie trabajando para nosotros en la casa había sido mía

pese a la insistencia de Vicente. Entre nosotros nos arreglábamos muy bien.

—Estamos bien así.

—Pero podrían estar mejor y tú lo sabes, Vicente. No necesitas vivir de este modo.

Deberías ocupar tu tiempo en otras cosas.

Anežka terminó de servirle té a Boni y tomó asiento. Para mí, puso sus ojos en blanco.

—Es irresponsable que continúes desatendiendo tus instintos de esa manera. Hace mucho tiempo que dejaste de ser humano. La vida de demonio es muy distinta y por

eso jugar a la casita, a largo o corto plazo siempre acaba en desastre.

—Eva.

Vicente entonó su nombre a modo de advertencia.

—Me trajiste aquí para que te ayude y eso intento hacer.

—¿En verdad crees que diciendo cosas semejantes eres de ayuda? —solté. Ya no tenía intenciones de continuar conteniéndome.

—Negar la realidad no es la mejor opción.

—Eva, lo prometiste.

—Estamos sosteniendo una conversación adulta, no he dicho nada que no sea verdad. Las cosas como son.

—No sabes cómo son las cosas.

—Sí lo sé. Te conozco bien, Vicente y sé mejor que cualquiera de los que estamos

aquí sentados, lo que significa ser un demonio. A nadie le resulta ser algo que no es.

Si no colaboras de nada servirá que intente ayudarte. Eliza.

Cuando entonó mi nombre me envaré.

—A ti tampoco te servirá y no le das buen ejemplo a Anežka. Que Gaspar y el resto

de la familia vivan del modo en que viven no implica que ustedes puedan hacerlo también, ellos son demonios mucho más antiguos que ustedes. Tienen más

experiencia. Los aquí presentes apenas si pueden controlarse. ¿Crees que nadie se percata de cuando te sube la temperatura, Eliza? ¿O de las veces que te pones nerviosa? Eso nos afecta a todos aquí. Imagino que incluso le afecta al ángel. Todos

ustedes tienen que centrarse en las circunstancias. Están bajo mucha presión y nada

de eso es normal. Vicente no es el único aquí que necesita un guía.

No pude negarle que un poco de razón tenía.

—No es fácil dejar atrás la humanidad. A veces incluso hasta sin querer, nos apegamos a actitudes que ya no nos sirven. Nadie dice que deban dejar de ser quién

son. No es eso, es asumir que la vida es otra. Asuman todos que ya no son humanos

y lo que esta vida demanda es algo distinto. Muchos demonios mueren antes de llegar al siglo de vida porque no son capaces de comprender que cambiaron.

Humanos o demonios, la supervivencia no es tarea sencilla. La vida eterna no es para cualquiera. Si quieren sobrevivir es mejor que asuman que la inmortalidad es

una de sus nuevas cualidades. Ustedes me ven como si yo fuese el mismísimo Diablo, como si fuese el mal encarnado en un cuerpo—. Entonó viéndome a mí

a los ojos—. No lo soy. Soy un demonio, lo mismo que ustedes, nada más, lo que nos

diferencia es que yo tengo asumido lo que soy desde el día que cambié y ustedes no.

El precio del cambio es alto y lo pagué. Ahora vivo siendo aquello que tanto me costó conseguir. No echen a perder lo que tienen porque se supone que es esto lo que querían, ¿o no?

Todos nos quedamos mudos.

—Soy un demonio y ustedes también.

El timbre de la puerta sonó.

—Esas deben ser mis cosas —Eva se puso de pie—. ¿Las recibo o las envío a un hotel?

Vicente apretó los labios.

Anežka me miró.

Inspiré hondo.

—Recíbelas.

—Bien—. Eva me dedicó un gesto con la cabeza que tenía un tinte muy distinto a todas sus actitudes anteriores—. Eso haré.

—Te ayudo con eso.

—No es necesario Vicente. Ustedes terminen de desayunar. Puedo sola —Eva lo empujó otra vez contra la silla—. En verdad puedo sola.

Eva se alejó de la mesa y salió por la puerta que daba al lateral de la casa.

—Si quieres que se vaya... —comenzó a decir Vicente segundos después de que ella

nos dejara.

—No, está bien. Que se quede. A pesar de todo creo que tiene razón—. Ni yo podía

creer que estuviese diciendo esto.

Vicente aceptó mis palabras con un parpadeo.

Sus cosas... Aquello no era equipaje sino más bien una mudanza. Baúles y más baúles de ropa que los empleados de marrón no acababan de más de entrar a la casa

y todo sin perder de vista a Eva quién correteaba junto a ellos con sus piernas desnudas y una sonrisa digna de cualquier demonio que se precie.

Mientras veía el desfile pasar —los cuatro lo seguíamos de cerca— me pregunté dónde pensaba meter todas aquellas cosas Eva. Debía haber una fortuna en baúles de

Louis Vuitton; lo que contenían estos debía valer otro tanto.

—¿Trajo todo eso en el avión? —me preguntó Anežka Después de que perdiésemos

de vista a Eva, ella se fue detrás del más joven de los empleados que habían traído

sus cosas, un hombre de unos veinte pocos años, con mucha cara de niño y unos ojos celestes que denotaban una inocencia de cuidado. Cada vez que Eva le hablaba

él se sonrojaba.

—Eso imagino —le contesté.

—¿Para qué necesita tantas cosas?

—No lo sé, Boni—. Le pasé la última taza limpia y seca y ella la guardó. Así

terminábamos de poner orden en la cocina.

Vicente cerró la heladera y nos enfrentó, su mirada rehuyó a la muestra mientras de

salida y en busca de otro baúl, pasaba uno de los empleados.

—¿Qué significa todo eso?

—No lo sé, no tenía idea... Eva siempre fue de tener mucha ropa, zapatos y demás

pero esto...

Los cuatro pusimos atención al empleado que entraba con un carro con una pila de

maletas.

Esto cada vez me gustaba menos.

—¿No podía decidir qué traer? —bromeó Anežka.

—Tal parece que no.

—Nunca conocí a nadie que tuviese tanta ropa.

—Ni yo.

Vicente se pasó ambas manos por el cabello, era ese gesto que se le escapaba siempre que se ponía ansioso.

Eva entró siguiendo a joven rubio.

—¡Listo! —entonó cuando entró otro de los empleados con un baúl—. Eso es todo.

—¿Eva, qué es todo eso?

—Mi vestuario —le contestó a Vicente—. Bueno, en realidad una parte, son prendas

de media estación y de invierno. El resto de mis cosas se quedó en Europa. No podía traer todo.

Con Anežka y Boni nos miramos.

—Parte de ser un buen demonio es verse bien—. Y con esas palabras nos escrutó de

pies a cabeza a las tres.

Yo no iba en mis mejores galas, eso es cierto, pero hasta ahora no me había importado, no me daban ganas ni de maquillarme ni de subir mis pies a tacones altos. En ese instante me importó y me odié por eso, no debía permitir que ella me

hiciese sentir así, no tenía importancia como luciese... bueno, en realidad si la tiene para otros demonios, sobre todo cuando están en medio de un trabajo pero yo... Mi

cerebro se quedó divagando en las implicancias de aquello sin decidirse cómo sentirse con respecto a sus palabras.

—Anežka creo que tengo algunas cosas que podrían servirte. Tengo muchas prendas sin estrenar, podrías echar una mira a ver si te gusta algo, ¿te parece bien?

Eso si Eliza está de acuerdo.

Asentí con la cabeza. No tenía ni pies ni cabeza que Eva tuviese cosas en su guardarropas que pudiesen quedarle bien a Anežka que era al menos veinte

centímetros más baja que ella y de una contextura mucho más pequeña. Si había comprado y traído ropa que pudiese quedarle a mi discípula era de forma

deliberada.

Creo que de mi garganta surgió un gruñido pero eso sí que no fue intencional,
se

me escapó.

Vicente carraspeó y Eva puso una cara de inocente que realmente no le quedaba.

—Señora.

El hombre que entró se dirigía a Eva.

—Listo, eso es todo—. Dio un par de pasos y le tendió un dispositivo electrónico—.

Necesito su firma aquí, por favor.

Eva le sonrió otra vez, como solamente un demonio puede hacerlo.

—Seguro.

Vicente se me acercó. Uno de sus brazos rodeó mi cintura. Lo que creí era un gesto

de cariño se transformó en una situación por la cual yo no deseaba pasar.

—Tranquila —susurró en mi oído.

Lo miré deseando poder comunicarme con él como lo hacía con Lucas. Montar una

escena de celos frente a ella no me haría ningún favor y eso lo tenía muy claro, no

deseaba mostrarme débil sin embargo así me sentía y eso lo tornaba todo más difícil.

No me pidas que me quede tranquila —pretendí decirle con la mirada y creo que me

entendió porque al instante apartó su brazo de mí cambiando su posición de “intentar apaciguar a la fiera” a “apartarse de la fiera para no salir herido”.

Eva salió de la cocina para acompañar a la puerta al atado de hombres que la contemplaban con admiración.

El celular de Anežka sonó y ésta se disculpó por dejarnos. Imagino que creyó conveniente que lo mejor era darnos un poco de espacio.

A la pobre de Boni le costó un poco más justificar su partida.

De a poco y disimuladamente, se escapó en dirección al jardín.

La puerta se cerró, conté, un, dos, tres, cuatro, cinco segundos. Me crucé de brazos

y lo enfrente.

—¿A esto le llamas comportarse?

—No permitas que te moleste. Eva es así, necesita montar un gran espectáculo a su

alrededor—. Vicente apretó los labios y le lanzó una mirada a las puertas que daban

al corredor—. Esta vez se superó. Nunca creí que fuese a aparecerse con tanto equipaje—. Se sonrió.

—¿Qué es lo que te hace gracia? A mí no me parece divertido. Esa mujer invade nuestro hogar con un centenar de baúles de Louis Vuitton, dice que le regalará ropa

a Anežka y a ti te divierte. ¿De verdad te parece coherente que vaya por la casa casi en ropa interior y que...

Vicente soltó una carcajada y mi temperatura se disparó a nivel volcán a punto de explotar.

—Eliza por favor —rió un poco más.

—Estás a punto de conseguir que los eche a los dos a la calle. Puede que sean mis

hormonas alteradas las que hablan o esa parte demoniaca que todavía no controlo pero que como sigas defendiéndola te juro que...

Sin dejar de reír Vicente llegó a mí para abrazarme.

—¿Acaso no te das cuenta?

—Darme cuenta de qué ¿de qué te tiene ganas, de que es capaz de cualquier cosa con

tal de minar la poca paz que mi existencia tiene por estos días?

Negó con la cabeza. Sonreía hasta por los ojos.

—¡Vicente! —lancé furiosa.

—Jamás vi a Eva tan insegura. Ya ves todo lo que se sintió obligada a hacer para no

sentirse menos, para dar un espectáculo, para llamar la atención.

Lo mire con desconfianza ahora sin intentar zafarme de sus brazos.

—Normalmente se comporta como si fuese la dueña del circo. Yo diría que hoy actuó como si al circo le hubiesen fallado todos los artistas sin previo aviso—. Se

carcajeó—. Está descontrolada, completamente fuera de su ámbito. Te lo juro, Eva

está muy perdida. La apabullas.

—No me tomes el pelo, Vicente. Burlarte de tu esposa embarazada no es saludable,

menos si tomas en cuenta que esa esposa es un demonio.

Vicente se rió un poco más y me estampó un beso en los labios.

—Lo tienes absolutamente controlado.

—¿Qué yo qué?

—Si Eva sigue así terminará agotada. Me figuro que debe estar pensando en qué más hacer para llamar la atención.

—Quiere regalarle ropa a Anežka.

—¿Y te parece que eso servirá de algo con Anežka? A mí me parece que si se lo pidieses, ella le arrancaría la cabeza a Eva con gusto. Unas bolsas de Chanel no harán la menor diferencia.

—Eso suena tentador.

—Vamos, no permitas que te saque de tus casillas. Está tanteando el terreno es todo.

A ver hasta dónde puede llegar.

—Solamente espero sea capaz de ayudarte.

—Sí, lo es —resoplé de pura frustración y lo que obtuve a cambio fue una gran sonrisa suya.

—Estaremos bien.

—Nosotros sí pero ella... —me detuve. Del piso de arriba llegaba música electrónica a todo volumen—. No puedo asegurarte que ella vaya a estar bien.

—Le diré que baje el volumen. Tú quédate aquí, enseguida regreso.

Iba a alejarse de mí y me dio pánico, no quería que pasase ni un segundo a solas con

ella. Lo tomé por la muñeca deteniéndolo.

—Enseguida bajo. Y cuando esté de regreso disfrutaremos de un rato en paz solamente nosotros dos.

Depositó un beso en mi mejilla y salió de la cocina.

Suspiré, de nada servía intentar nadar contra la corriente. Quería ver a Vicente bien de modo que lo mejor para todos es que fuese haciéndome a la idea de tener a Eva

por aquí por un tiempo, o por lo menos cerca de Vicente si es que él lograba hacer

que ella y Gaspar se reconciasen. De cualquier modo él necesitaba un maestro y allí estaba ella y probablemente lo estaría por un tiempo.

Resignada fui a sentarme a la mesa para servirme una segunda taza de té. No llegué

a destino. Mi celular sobre la mesada, empezó a sonar.

Desde un par de pasos de distancia divisé el nombre de mi padre en la pantalla.

—Eleazar —entoné a modo de saludo.

—Buen día hija mía. ¿Qué tal amaneciste hoy, cómo está mi nieta?

De verdad que no tenía ganas de contarle toda la historia y la verdad es que no valía la pena.

—Estamos bien.

—¿Tienes un momento para hablar conmigo?

—Sí claro —comencé a avanzar hasta la mesa para sentarme, en este momento más

que nunca necesitaba una segunda taza de té.

—Sabes una cosa, preferiría no tener que involucrarte en nada de esto pero no tenemos opción. Es por nuestro bien, por nuestra supervivencia.

—Es extraño que digas eso porque en las guerras hay solamente muertes. No suele

existir un vencedor, solamente muchas bajas de personas inocentes.

—¿Personas inocentes? ¿De quienes hablas, de ellos? Eliza el momento de la fantasía acabó hace mucho. Ya ves en lo que se ha convertido el mundo; no olvides

lo sucedido en París, no olvides lo sucedido con tu madre.

—No lo olvido.

—Necesito que viajes a Italia, hija.

—Imaginé que para eso habías llamado.

—Llegó la hora. Creo que localicé a Tamiel. Se encuentra en Roma. Todavía sigue

siendo clérigo de la iglesia católica. Ahora se hace llamar Enrico Tabusso.

—¿Estás seguro que es él?

—No te enviaría a hablar con él si no estuviese seguro.

—¿Crees que sepa de nosotros, de mí, que soy tu hija?

—Estoy seguro de que sí.

—No entiendo por qué crees que estará más dispuesto a hablar conmigo de lo que

podría estar dispuesto a hacerlo contigo.

—Tamiel tiene miedo de ser visto conmigo.

—Ser visto conmigo no es menos riesgoso.

—No. Pero tu acercamiento a él será distinto. Yo soy yo y tú eres tú. Además...

—¿Además qué?

—La diferencia es sustancial, hija.

—No me lo parece.

—Estás embarazada, Eliza.

—¿Apelas a eso para comprar su favor? Eso es bajo —solté sin pensarlo dos veces.

Ya no me daban ganas de seguir conteniéndome al hablar con él.

—Apelo a que sepa que en tu vientre cargas a mi nieta para que sus miedos mermen,

no para ganarme su favor. Apelo que intercedas por mí para que Tamiel entienda que seguimos siendo una familia. Es que es eso lo que somos y siempre seremos a

pesar de las disputas, a pesar de todo.

—Entonces Miguel también continua siendo tu hermano.

—Lo es y lo será por siempre. Ellos son mis hermanos.

—Y de cualquier modo estás dispuesto...

—¿De qué serías capaz tú por tu hija, Eliza? Piénsalo. De eso mismo soy capaz yo.

Ahora eres madre, cargas a esa niña en tu vientre. No necesitas preguntarme a qué

estoy dispuesto, siquiera a insinuar que podría ser malo que esté dispuesto a todo por ti.

—Esto no lo haces solamente por mí.

—Por ti. Primero por ti y luego por todos los demás. Soy tu padre y te amo. Te amo

más que a mi propia vida y no pondré reparos en defenderte. Eres tú por encima de

todo lo demás.

—Eleazar...

—En cierto modo estoy usándote y no me agrada. Lo necesitamos, hija, necesitamos a Tamiel y a John, y también a Batraal, los necesitamos para poner el

mundo en orden.

—Esto no es orden, es caos. Todas esas iglesias quemadas, todo lo que ha estado sucediendo.

—Al principio todo era caos, al final reinó la luz.

Ni siquiera así la situación sonaba ni remotamente alentadora.

—El avión estará allí para ti mañana. Te enviaré los datos de Tamiel, de donde podrás encontrarlo y demás, de cualquier modo cuando llegues a Roma tendrás a alguien esperando por ti y no tienes de qué preocuparte, velaré por tu seguridad y la de mi nieta.

—La verdad es que no se me ocurre cómo convencerlo para que se ponga de nuestro lado.

—Ya está de nuestro lado, hija. Solamente debes ayudarlo a perder el miedo.

Cómo haría eso si yo era la primera en tener miedo.

—Lo conseguirás. Tengo fe ciega en ti.

—No debieras. Eres capaz de mucho, siquiera lo dudes —hizo una pausa—. Eliza.

—¿Si?

—Debes ir tú sola. Vicente no puede acompañarte, no es recomendable.

No es que me molestase la idea de viajar sola, me molestaba y mucho la idea de dejar a Vicente aquí con Eva.

Iba a replicar pero Eleazar no me lo permitió.

—Lucas te acompañará. Igual él sabe que no debe ir a buscar a Tamiel contigo. Esa

es tu tarea, él tampoco debe inmiscuirse.

Después del ofrecimiento de mi hermano de que me mudase con él, no se me antojaba una buena idea que viajásemos solos. Bueno, menos me agradaba dejarlo

aquí, Lucas podía ser mi hermano mayor sin embargo en este momento me sentía

muy responsable de él, no quería que terminase de perder el rumbo y la verdad es

que lo notaba demasiado perdido, demasiado perdido en mi padre, demasiado

perdido en un mundo de demonios al que en el pasado jamás me dio la

sensación de

que perteneciese. Lucas era de un modo distinto, pero no menos intenso que Vicente, todo para mí. Lo que me unía a él no tenía palabras y verlo en esa postura

sobre la que se alzaba por estos días me preocupaba y mucho.

—Tu hermano cuidará de ti, él te adora y daría todo por ti.

—Lo sé.

—Estoy orgulloso de él. Ha madurado mucho últimamente.

—Está cambiado.

—Muy cambiado.

Eleazar dejó pasar un par de segundos en silencio.

—Es por eso que será beneficioso para ambos pasar un poco de tiempo juntos y a

solas. Necesitan conocerse otra vez, conocerse tal cual son. Quizá descubran muchas cosas el uno del otro, cosas impensadas. Les servirá a ambos. Te servirá a

ti. Escucha a tu hermano Eliza. Presta atención a sus palabras, a sus gestos, a sus silencios.

—¿Qué es lo que quieres decir con todo eso? Si necesitas decir algo dilo.

—No planeo darte todas las respuestas. Además es probable que si las escuchases de

mis labios no surtirían el mismo efecto que si las respuestas te llegan de la mano de la vida. No existe un modo sencillo del resolver esto —rió mansamente—. La vida

es así de complicada, así de retorcida; no por eso menos bella, menos gratificante.

Dile a tu esposo que no se preocupe, nada te sucederá, yo me encargaré de eso.

—Se lo diré pero no creo que...

—Te sentará bien tomar distancia de esa casa.

—¿De mi casa? ¿Por qué crees que me hará bien tomar distancia de mi hogar?

—Ese no es tu hogar.

—Sí lo es.

—Tu hogar sería aquí conmigo y espero medites esa opción. Sé quién está en tu casa, Eliza. No hablo ni del ángel ni de tu aprendiz. La conozco. Obviamente no personalmente pero he oído mucho sobre ella. Mucho de su historia con Vicente.

—No quiero discutir esto contigo.

—Si no quieres discutirlo conmigo es porque evidentemente te molesta.

—Es su maestra. Vicente necesita una guía.

—Eva no es el único demonio en este mundo.

—Eleazar por favor...

—Bien, no diré nada más. Como sea, no es mi intención angustiarte. La distancia pondrá todo en su sitio. En un momento recibirás toda la información por correo.

—Bien.

Los dos nos quedamos en silencio por un momento.

—Te amo, hija. Me pondré en contacto contigo muy pronto.

Eleazar cortó la comunicación y yo dejé mi celular sobre la mesada otra vez, percatándome de que la música ya no se escuchaba. Acto seguido Vicente entro por

la puerta.

—Listo, resuelto. Creo que ahora sí entendió que debe comportarse.

Alcé la vista y lo miré.

—¿Qué, por qué tienes esa cara? Bajó la música y prometió...

—Llamó Eleazar, encontró a Tamiel. Continua en Italia y quiere que viaje a buscarlo.

Vicente puso mala cara.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Bien. Armaremos las valijas otra vez.

—Quiere que vaya sola, es decir... Lucas me acompañara.

Vicente comprendió lo que no dije pero que quedaba implícito. Evité decirle que mi

padre sabía que Eva estaba con nosotros y que eso no le agradaba ni un poco.

—No creo... no me agrada la idea de dejarte partir. No quiero que te vayas, no me

gusta nada la idea de que viajes y no acompañarte. No quiero. Llamaré a tu padre.

—No, Vicente —al ver que avanzaba con la vista fija en mi celular lo manoteé

de

encima de la mesada—. No es buena idea. A mí tampoco me cae bien el tener que alejarme de ti — el “sobre todo estando ella aquí” quedó sin entonar—. Estaré bien.

Eleazar enviará su avión y estaré con Lucas.

Otra vez se hizo silencio entre nosotros.

—Sé que Lucas te cuidará, que tu hermano velará por ti pero de cualquier manera

no me gusta nada el tener que alejarme de ti.

—Ni a mí, eso te lo aseguro.

—Quizá podría viajar por mi cuenta y luego...

Negué con la cabeza.

—Odio toda esta situación.

—No más que yo, eso te lo aseguro—si de solo pensar que Eva tendría el terreno

para rondarlo me volvía loca.

—Prométeme que no dudarás en llamarme si me necesitas, si me quieres contigo.

No importa si tu padre tiene un problema con eso o no. Sabes qué, creo que esto es

demasiado arriesgado, iré contigo de cualquier manera. Tu padre no puede

impedirme que te acompañe, que esté allí para ti, después de todo soy tu esposo y...

—Créeme que soy la menos interesada en separarme de ti, sobre todo si es para dejarte aquí con... —alcé los ojos.

—No te preocupes por Eva.

—No me preocupo por Eva. Me preocupo por ti—. Vicente dio un paso hasta mí para tomarme por la cintura—. Lo único que podría salir mal es si acabo perdiendo

la paciencia y la echo de casa. Espero eso no suceda porque de verdad la necesito,

necesito un maestro y a pesar de todo lo que implica que sea ella, sé que puede ayudarme —aproximó su boca a la mía, su perfume se coló por mi nariz—. Lo lamento. Si se siente tan mal cuanto lo sentía yo al verte junto a Gabriel...

Las rodillas se me aflojaron y comencé a sentir vergüenza. Instintivamente bajé la

mirada.

—Perdón, lo siento, no debí decir eso. Solamente quería que supieses que entre ella

y yo... es historia pasada. Te amo —apartando una de sus manos de mi cadera me

pegó todavía más a su cuerpo. Su mano libre me obligó a subir la cabeza—. Nadie

más que nosotros importa aquí. Tú, nuestra hija y yo. Todo lo demás es superfluo.

Sé que Eva asusta. La conozco y lo entiendo pero no tienes de qué preocuparte. Te

amo y te amaré hasta el fin de mis días sin importar lo que ella haga o deje de hacer, o cuales sean sus intenciones y de hecho no creo que sus intenciones

sean esas.

Recordando la conversación que les había escuchado tener, me envalentoné.

—Ella es como demonio lo que a ti...

—No, no todo —entonó interrumpiéndome—. No quiero volver a ser el de antes, Eliza. Simplemente necesito recuperar algunas cosas, nada más. Pero no quiero volver a ser como ella. Ve donde tengas que ir, yo estaré aquí esperándote, aquí por

ti para siempre.

—Odio tener que irme.

—No más de lo que yo odio saber que te irás. Eres mi razón de vivir y no me agrada ni un poco separarme de ti.

Vicente acercó su boca a la mía, sus labios rozaron mi labio superior.

—Esto es mi mundo —susurró en mi boca —mi vida. Odio tener que dejarte partir.

En respuesta lo miré directo a los ojos y le sonreí. En respuesta él comenzó a besarme con fuerza.

Acabamos en el cuarto demostrándonos el uno al otro lo mucho que nos necesitábamos.

Un par de horas más tarde mi equipaje ya estaba listo y releía por tercera vez los datos que me había enviado mi padre sobre Tamiel.

Lucas llamó por la tarde. No conseguía contener su entusiasmo; el que viajásemos

juntos y solos, lo hacía muy feliz pese a las circunstancias.

Pasaría a buscarme muy temprano a la mañana siguiente.

18. Partir de un lugar al que jamás regresarás.

Cerré la puerta del coche y por la ventana vi a Vicente y Anežka saludarme con la

mano en alto a modo de despedida. Por detrás de ellos a un par de metros de distancia, más allá de la entrada de autos, se encontraba Eva, parada muy seria observándome fijo.

Un nudo se formó en mi estómago. No quería dejarlos aquí con ella, no quería dejar mi casa.

—Eliza.

Volteé la cabeza para mirar a mi hermano.

Lucas no dijo nada, simplemente se quedó viéndome.

El automóvil se puso en movimiento. Instantáneamente giré la cabeza otra vez para

tener otra imagen que guardar de Vicente.

Mi amor ya no sonreía, ya no me saludaba con la mano. Se había apartado un par de

pasos hacia el cordón de la vereda. Sus ojos alcanzaron los míos.

—¿Por qué estás triste?

El automóvil dobló la esquina y perdí de vista a Vicente.

—Porque lo amo y me cuesta separarme de él—le contesté a Lucas.

—Nuestro cometido en esta vida es algo más que eso.

—No sé si quiero escucharte decir eso.

Lucas lanzó una mirada de refilón en dirección a quien conducía el automóvil

que

nos llevaría al aeropuerto y después volvió a fijar sus ojos en mí.

—Sí hay algo que aprendí en este último tiempo es que a cada paso que das partes

de un lugar al que jamás regresarás. Ni tú ni yo somos exactamente los mismos que

éramos ayer, hace cinco minutos o tres años atrás. Simplemente no puedes serlo porque la vida te cambia a cada paso. Ahora lo amas, ahora sientes que no podrías

vivir sin él, ahora crees que es todo para ti. Las cosas cambian Eliza, todos cambiamos.

—Eso lo sé, lo entiendo. Lo que no me gusta de esta conversación es el tono en que

lo dices. Pareces querer desafiarme y por momentos me da la impresión de que sabes algo que yo no.

Lucas apartó la mirada y recostó su espalda sobre el asiento de cuero.

—Ahora callas.

—No sabes lo que no quieres saber.

—Se te pegó lo críptico de Eleazar.

—Y a ti lo cobarde de Vicente.

—¡Lucas!

—Abre los ojos de una buena vez, es por tu bien.

—Te desconozco.

—¿Cómo esperas conocerme si siquiera te conoces a ti misma?

—No quiero escucharte volver a hablar así de Vicente. Si no quieres conocerme tal

cual soy, mejor no vuelvas a decir nada semejante de él —solté llena de furia, de pronto se me había olvidado que hablaba con Lucas, que hablaba con mi hermano

—. ¿Quedó claro?

Meneando la cabeza, Lucas desplegó una gran sonrisa en su rostro. Ni siquiera me

miró, solamente sonrió como si estuviese muy complacido de la reacción que acababa de sacar de mí.

Una hora más tarde y sin pasar por ningún tipo de seguridad aeroportuaria o de migraciones, me encontraba con mi hermano sentada en uno de los tantos aviones

de mi padre. Nadie sabría de nuestra salida del país, no al menos por los medios legales. Imaginé que nuestra llegada a Roma sería igual de clandestina y eso tenía

un claro sentido: mi padre no quería que nadie se enterase de esto. Era por nuestra

seguridad y eso lo entendía pero también tenía claro que si Miguel quería dar con

nosotros no le costaría mucho conseguirlo.

Tanto secretismo me ponía todavía más nerviosa.

—¿Puedo ofrecerles alguna cosa?

Aparté la vista de la pista al otro lado de la ventanilla. A mi izquierda en pie, una mujer de unos veinte pocos años, muy bonita, de rostro amable y cabello

castaño me sonreía.

—Contamos a bordo con una selecta selección de champagne, vino. También café,

té y... —la chica se detuvo un momento, sus ojos bajaron de los míos hasta mi vientre el cual recién me percataba, yo rodeaba con mis brazos —¿cuántos meses llevas? ¿Cinco?

Mi mirada se cruzó con la de Lucas al otro lado del corredor de la aeronave. Su entrecejo estaba fruncido.

—Todos los niños son una bendición. ¿Es el primero?

Como autómata, asentí con la cabeza.

—¿Una niña?

¿Simplemente lo arriesgaba o ya lo sabía?

Mi boca se puso amarga. En los aviones de mi padre el personal siempre estaba compuesto por demonios, no esta vez. Esa chica de demonio no tenía ni un cabello.

Todo lo contrario. Ángel no era pero no distaba mucho de eso. Hice lo que me había enseñado Boni, bueno, al menos me propuse intentarlo y divisé por detrás de

ella una luz intensa que... la luz desapareció y algo me turbó, fue como si de repente un límpido y soleado cielo se cubriese de nubes de tormenta. De esas tormentas que amenazan con destrozarlo todo.

La oscuridad provenía de mi izquierda.

Lucas alzó la cabeza y la chica lo miró.

—¿Señor, puedo hacer algo por usted?

—Sí, quiero una copa de champagne y tráele a mi hermana un vaso de jugo y

luego

desaparece de nuestra vista.

Ante el tono brusco de Lucas di un respingo sobre mi asiento. La mirada de la chica

cayó al suelo.

—Sí, señor, como usted ordene.

—Ya te tardas. Me gustaría tener esa copa en mi mano antes de despegar.

—Lucas, basta.

La chica me miró.

—Ahora —le gruño Lucas.

La chica se perdió por el pasillo hasta la parte posterior del avión a toda velocidad.

—¿Qué crees que haces?

—¿Qué crees que haces tú? —solté en respuesta—. ¿De dónde sacaste ese comportamiento?

—¿Desde cuando eres tan blanda?

—¿Blanda? No soy blanda, soy respetuosa.

—¿Qué hizo ella para merecer tu respeto?

—Es una persona como cualquier otra.

—Y si así lo fuese, tú no.

—No me vengas con eso y que quieres decir con ese “y si así lo fuese”.

—No te hagas la disimulada. Sé bien que lo notaste.

—¿Qué es ella?

—No una persona cualquiera, ciertamente.

—Lucas.

—Mi próximo trabajo. Un alma muy especial como lo habrás notado ya. Esos ángeles van dejando cabos sueltos por ahí. Son en extremo descuidados y en verdad

—con el ceño fruncido y una gran sonrisa me dedicó una mueca muy teatral —
no

muy santos. Pero eso no tengo que decírtelo porque ya lo sabes.

De haberlo tenido frente a mí le hubiese lanzado una bofetada pero como nos separaba un muy amplio corredor, le clavé las uñas a los apoyabrazos de mi butaca.

—No me mires así. Ahórrate el momento. La realidad es muy distinta a eso que los

ángeles quieren que creas. Es cuestión de tiempo para que te apuñalen por la espalda

—. Echó una mirada hacia la parte posterior del avión—. Le daré lo que ella quiere,

es todo. Lo mismo que tú quisiste. No lo olvides. No eres distinta a ella o a mí.

La chica llegó con su copa de champagne y mi vaso de jugo. No se retiró sin antes

preguntarnos si deseábamos algo más a lo que los dos contestamos que no. La vi observar a mi hermano como abducida por sus ojos, mientras nos

comunicaba que

en diez minutos el avión partiría rumbo al aeropuerto de Fiumicino.

Las horas de vuelo se tornaron pesadas ya que estaba entre aburrída, puesto que mi

hermano había decidido que a pesar de ser demonio necesitaba tomar una siesta prácticamente interminable, y angustiada por todo lo que tenía entre manos.

Intenté descansar y no lo logré. Cerraba los ojos y no hacía más que ver a Eva por

entre las cabezas de Vicente y Anežka cuando me despedía de ellas. Peor era cuando

recordaba el momento en el que estando en la casa de La Orden me reencontraba con Vicente en presencia de Gabriel. Por lo visto este vuelo estaría plagado de recuerdos amargos nada más. Siquiera Emilia parecía poder ser capaz de descansar.

La sentía moverse dentro de mí y sentía algo más que lo físico.

Deseé no sentirme tan agobiada para no pasarle todas mis angustias; lo cierto es que

tenía la impresión de que toda la situación que me rodeaba se me iba de las manos

estrepitosamente, desde mi matrimonio hasta mi discípula, desde Lucas hasta mi padre. Mi relación con Gabriel tampoco quedaba fuera de ese círculo turbulento que

en verdad, tal como lo había puesto Lucas en palabras, me empujaba a partir de un

lugar al que jamás lograría regresar. Es que ese círculo era un torbellino de potente viento que me arrastraba hacia un lugar incierto.

Al final el océano acabó por oscurecerse y el cielo también. El cansancio que siendo un demonio solamente era una sensación más, terminó por tomar cuenta de

mi cerebro y de mi cuerpo igual que cuando era humana.

Me dejé ir, desprendiéndome de todos los sonidos, las sensaciones y de los problemas.

...

Una de las voces me era completamente familiar, la otra... pues la otra tenía la vaga

impresión de haberla escuchado antes pero no recordaba de dónde. Me costó despegarme de la agradable inconciencia a la que me había permitido partir para descansar un poco.

Lucas...

—¡Ah por Dios, eso es impresionante! ¿Seguro que no te duele? Madre de Dios, te

desanstrarás Lucas.

Y con esas pocas palabras dichas por una voz femenina, abrí los ojos de par en par.

Giré la cabeza hacia mi izquierda, de allí provenían las voces. Vi a mi hermano muy

sonriente, sentado en su enorme butaca de cuero con un cuchillo clavado de lado a

lado desde su palma derecha hasta al dorso. Al hoja le atravesaba la mano y largas

gotas caían sobre la bandeja de plata dispuesta en el suelo entre sus pies y los de la asistente de a bordo cuya alma mi hermano se proponía obtener. Ella hacia el gesto

de cubrirse la cara y los ojos pero en realidad no perdía a mi hermano de vista. La

mirada de ella saltaba entre los ojos de Lucas, su mano atravesada por el

cuchillo de plata y la sangre que se acumulaba en la bandeja.

¿Le habría dicho ya lo que era?

—Es impresionante. Nunca vi nada igual —ella despegó una de sus manos de sus mejillas y la tendió en dirección al hilo de sangre que chorreaba desde la mano de

mi hermano. Hizo el amago de tomar contacto con el fluido rojo pero luego apartó

la mano con temor—. ¿Seguro que es real?

Lucas le dedicó una risa seductora y le sonrió.

La chica tendió otra vez su mano. Dos de sus dedos se interpusieron en el camino

del goteo casi constante que repiqueteaba entre ambos sobre la superficie plateada.

Sus dedos se enrojecieron al instante. Con los ojos desorbitados la chica se echó hacia atrás.

—¡Por Dios, Lucas, si está caliente!

—Claro que lo está. Mi cuerpo es más caliente que el tuyo.

Ella rió ante el tono sensual que mi hermano utilizó para entonar esas palabras.

—Esto es increíble.

—No lo es. Empieza a creerlo porque es real.

—Nunca creí que vería nada semejante. No creí que nada así existiese, es decir... —

se quedó viendo a mi hermano sin parpadear—. Lo sabía dentro de mí, es que

creí

que solamente eran cosas mías. De todo corazón deseaba que fuese real...

—Pues lo es, aquí estoy yo. Aquí estamos nosotros —al entonar esas últimas palabras Lucas giró su cabeza en mi dirección y me miró.

—Quiero esto —gimió ella con voz llena de deseo y entonces mi boca, en una reacción involuntaria, se llenó de saliva. Aquel resplandor de luz de flotaba alrededor de su cuerpo era increíblemente tentador.

Lucas rió con una risa similar a la de mi padre. Sus ojos volvieron a ella.

—Sé que lo quieres.

—¿Cuándo me lo darás, qué tengo que hacer para ser como ustedes? ¡Quiero ser como ustedes! Quiero ser como ella —acotó moviendo sus ojos en mi dirección.

Lucas rió otra vez.

—No podrías ser como ella ni aunque quisieras. Eso es imposible. Los ojos de Lucas recorrieron mi estructura—. Mi hermana es perfecta, bella, imponente, fuerte

y poderosa —me dedicó una de sus sonrisas—. Siquiera yo podría ser como ella por mucho que me esfuerce—. Lentamente movió su cabeza otra vez en dirección a

la chica—. Sin embargo sí puedes ser mucho más de lo que eres ahora. La humanidad no es para ti, Érica. Naciste para mucho más de lo que eres ahora.

—Claro —balbuceó ella—. Por favor, Lucas. Haré lo que sea, lo que me pidas, quiero ser como ustedes. Quiero poder hacer eso —sus ojos se movieron hasta el

cuchillo clavado en la mano de mi hermano —quiero verme así, sentirme así.
Tan

llenos de energía, tan fuertes, tan perfectos.

—Sabes una cosa, mi padre dice que el secreto no es ser perfecto sino hacer de tus

imperfecciones tu mejor don. Dale poder a tus imperfecciones y serás más fuerte que el objeto más perfecto. La perfección es débil porque suele llegar en dosis ínfimas, en cambio las imperfecciones suelen ser muchas y unidas en un conjunto logran una fuerza inigualable. Por ejemplo tu rostro... —Lucas se movió hacia delante sobre su asiento quedando justo en el borde, aproximando su rostro al de ella... esa pequeña y casi ínfima cicatriz sobre tu ceja izquierda. El modo en que

tu sonrisa se tuerce hacia un lado. Las diminutas arrugas en tu cuello —apunto hacia

el escote de ella con su mano sana—. Tu andar algo desacompañado porque rengueas ligeramente de la pierna izquierda. ¿Tuviste un accidente?

Ella asintió con la cabeza algo atontada.

—Con mi bicicleta a los doce años. Me rompí ligamentos en la rodilla. Todavía hoy

me molesta los días en que hay mucha humedad o si me excedo en el gimnasio.

Ayer por la tarde me llamaron para preguntarme si podía reemplazar a la asistente

de vuelo de este avión, me dijeron que el dueño... el señor Trueba... Bueno es que

había escuchado tantas cosas de él que me puse nerviosa. Pensé que tendría que asistirlo. Estaba muy tensa y fui al gimnasio y me excedí en la clase de spinning.

—Y en vez de papá aparecemos nosotros dos —entonó mi hermano entre risas

desviando su mirada hacia mí.

—A mí no me importa. ¡No quise decir eso, señor! Es un honor servirles a ustedes

dos tanto cuanto lo sería servir a su padre.

—Tranquila, Érica. Relájate, ya te dije que puedes tutearme. Soy Lucas, tu Érica y ella Eliza. No te preocupes, aquí estamos en confianza. Estas segura con nosotros.

—Sí, sé que estoy segura. Es que no quería faltarles el respeto.

Lucas posó su mano sana sobre la mejilla de ella. La acarició con las yemas de sus

dedos con la delicadeza con la que se toca un objeto de cristal extremadamente fino.

—Eres bella. Lo serás todavía más después del cambio.

Érica cerró los ojos y entonces mi hermano aproximó su boca a la de ella. Ella despegó los labios todavía con los ojos cerrados.

—¿Lo percibes? —susurró dentro de su boca—. ¿Puedes sentir esa intensidad?

—Bésame.

Ante el pedido de ella, Lucas espió en mi dirección. Sonreía abiertamente.

—¿Crees que deba besarla?

Le clavé las uñas al asiento de la butaca.

—Es una mujer bella. No la más bella que haya tenido la oportunidad de besar pero...

mi garganta se cerró en el acto. Mi temperatura de disparó hacia la

estratosfera de

los nervios y la angustia, de la ansiedad e incomodidad que me provocaba esta situación.

—No será mi mejor beso.

Mi hermano hizo una mueca de resignación y apartó su mirada de mí.

Sus labios tomaron los de ellas y yo sentí el tacto en los míos. Era evidente que Lucas estaba haciendo esto. Sentí el calor en los labios y la presión en la mano derecha. Ese dolor sordo que no aturdiría pero que sí era una constante. De mi mano

no caía sangre y de cualquier modo percibía el calor deslizándose por mi piel. Sentí

el perfume de ella en mi nariz y cuando su lengua asomó para tocar la boca de Lucas la sentí en mí.

Difícil de creer sí, imposible no —entonó una voz en mi cabeza y acto seguido las

sensaciones se interrumpieron y lo agradecí porque mi hermano y Érica comenzaron a besarse igual que si yo no estuviese aquí.

De todas maneras no conseguí desprenderme del efecto hipnótico del beso hasta que

mi hermano y Érica se separaron.

Mi hermano se apartó hacia atrás y de un tirón extrajo el cuchillo de su mano, la cual envolvió inmediatamente con una servilleta blanca que había en la mesa a su lado.

—Se me apetece algo succulento de comer. ¿Qué puedes hacer por mí, Érica?

La aludida que se había quedado atontada y con los ojos cerrados luego del

beso,

despegó los parpados y se puso de pie.

—¿Qué se te apetece, Lucas?

—Comida. Cualquier cosa que sea succulenta. Si puedes prepararme un buen menú te

lo agradeceré. Mi hermana también necesita comer. Queremos de todo un poco.

Érica se puso de pie.

—Claro. Enseguida regreso.

—Ah, y por favor, retira todo este desastre —con la cabeza le señaló la bandeja encharcada en sangre.

Ella se arrodillo y la retiró.

Nos quedamos solos y en silencio. Yo todavía intentaba procesar lo sucedido.
Lucas

fue más rápido en reaccionar porque obviamente él estaba al mando de la situación.

—Esto somos tú y yo. Lo que podemos lograr. Esto y mucho más.

—¿Cómo lo hiciste?

—Soy encantador, un conquistador. Lo heredé de papá.

—No me refería a ella, Lucas.

Se carcajeó con ganas.

—Lo sé. Tenemos mucho en que trabajar. Imagínate todo lo que podemos lograr.

Este es solamente el principio.

Lucas se recostó sobre su butaca y cerró los ojos.

—Mejor que se dé prisa que me muero de hambre.

—No debiste clavarte ese cuchillo en la mano.

—Claro que sí. Me contestó todavía con los ojos cerrados—. Huele a beicon.

Mmm... perfecto. Podría comerme un elefante ahora mismo.

Yo también olía el beicon, el café que comenzaba a caer dentro de la jarra de la cafetera, los bollos dulces y el salmón ahumando. Por lo visto Érica tenía mucha comida para nosotros.

—Estoy al tanto de lo que debes hacer, de cual es tu misión. Papá me lo contó.

Explicó que hasta ahora era algo así como una misión súper secreta y que no se suponía que me lo contase; dijo que era mejor así, que me necesitas a tu lado y que

es preciso que sepa la verdad para poder ayudarte, para estar contigo. Me enorgullece ser partícipe de esto.

—¿Y qué crees que es exactamente esto?

—Los pondremos en su lugar. Es cierto, incluso en el cielo los ángeles cargan sus

armas. Y nos tildan a nosotros de embusteros cuando ellos son los principales farsantes—. Abrió los ojos y giró su cabeza en mi dirección—. A Gabriel no le importó que fueses la mujer de otro.

—Ese fue mi error.

—Eso simplemente fue algo que puede suceder. Que puede suceder ahora; lo que se

le negó a papá. No te juzgo a ti, siquiera a él. Solamente intento hacer que abras los ojos. Que dejes de intentar defender y justificar a todo el mundo, estás en esto, ayudas a papá sin embargo todavía no lo entiendes, no lo pescas.

—¿Qué es lo que no pescas?

—Que todos ellos te quieren muerta. A ti y a tu hija. Y por más que quiera, Gabriel

no podrá hacer nada para ayudarte. No hay forma de evitar lo que sucede, sin importar cuanto te esfuerces en minimizar el asunto, esto está sucediendo.

El aroma de la comida se tornó más intenso.

—¡Genial, me moría de hambre!

Vi a Érica avanzar hacia nosotros por el corredor.

—¿Érica, qué me dirías si te dijese que nunca más tendrás que volver a servir a nadie? —entonó Lucas todavía repantigado en su butaca sin siquiera girar la cabeza

para verla llegar.

—¿Es eso posible? —detuvo el carro a un par de pasos de nosotros.

—¿Estás segura que quieres ser una de nosotros?

—Sí. Sí eso quiero. Quiero ser una de ustedes.

—Pues entonces cuando toquemos tierra vendrás con nosotros. Lo haremos. Me

entregarás tu alma y yo te enseñaré todo lo que necesitas saber.

La miré y vi que se le empañaban los ojos de la emoción. El entusiasmo se le escapaba por la mirada y en su sonrisa.

—¿No quisieras despedirte de nadie antes? Es probable que después...

Negando con la cabeza Érica interrumpió mis palabras.

—No tengo a nadie. No tengo nada.

—Ahora nos tienes a nosotros y nosotros te tenemos a ti —susurró Lucas.

—Sí, haré lo que me pidan.

—Por lo pronto solamente debes servirnos la comida. Los dos necesitamos reponer

energías.

Érica se puso a trajinar desplegando un muy variado menú en las mesas que cada uno de nosotros teníamos delante.

—Te lo dije, Eliza. Esto está sucediendo.

Quedo en evidencia que así era cuando todavía siquiera sin terminar de detenerse los motores del avión cuatro automóviles negros y dos motos se arrimaron hacia un lado del avión para recibirnos. Dos inmensas camionetas negras llegaron un segundo después.

Érica y el resto del personal de a bordo se ocuparon de abrir la puerta y recibir la

escalerilla que nos permitiría descender del avión. Ella ya estaba preparada para acompañarnos.

Por la ventanilla vi que retiraban nuestro equipaje y lo subían a una de las camionetas.

Recogía mis cosas cuando un hombre de llamativa altura y porte, íntegramente vestido de negro, entró en el avión. Su tamaño podía resultar intimidante, no así su

mirada castaña, la cual era un remanso de paz. El hombre me miró y sonrió. Todo

su rostro tenía un gesto amable; eso además de ser muy guapo, de ese tipo de guapo

que hace que te voltees a ver.

— *Signora...* —tendió una de sus manos en mi dirección — *buon giorno*. Mi nombre es Rocco y estoy aquí para servirle.

Hice el ademán de tomar su mano pero en realidad no tenía muy en claro lo que hacía ni de a quién saludaba, es que simplemente no conseguí resistirme a esa sensación de calidez y tranquilidad que flotaba alrededor de quien obviamente era

un demonio.

Estrechar su mano fue como sumergir la mano entre algodones.

—Es un placer conocerla.

Soltó mi mano y la calidez me abandonó.

—Sepa que estoy a su servicio para todo lo que necesite. Todo, no lo dude. Lo que

sea. Señor —se giró en dirección a Lucas —sepa que haré todo lo que esté en mí para cuidar de su hermana.

Lucas me lanzó una mirada de refilón y sonrió.

—Me alegra escuchar eso.

—Si gustan descender... Tengo todo listo para recibirlos. Roma espera por ustedes.

—Eso suena de maravillas. Imagino que no habrá problemas en hospedar a una persona más —los ojos de Lucas se desviaron en dirección a Érica seguidos por los

de Rocco.

—Desde luego que no —Rocco volvió su atención a mí una vez más—.
Señora, es

por aquí —entonó indicándome la puerta pero fue él quien tomó la delantera.

Colgué el bolso de mi hombro y lo seguí. Afuera en la pista debía haber una veintena de demonios. La situación me puso los de pelos del punta. Que mi padre dispusiese de semejante despliegue de seguridad para nosotros no auguraba nada bueno.

Con mucha pompa y circunstancia de por medio, nos acomodaron en dos automóviles distintos. Lucas y Érica en el que iba por delante y Rocco se instaló conmigo en el segundo.

La caravana se puso en marcha menos de quince minutos más tarde de que el avión

tocase tierra y otra vez, no quedó registro alguno de nuestro ingreso al país.

Fiumicino quedó atrás y de a poco Roma nos dio la bienvenida. Bajo otras circunstancias me hubiese dejado arrastrar por la belleza de sus calles, por el encanto de sus edificios incluso por ese ritmo enloquecedor de su tránsito, por la energía de los italianos en las calles... no me dieron demasiado tiempo para olvidarme de cual era el motivo de mi visita.

Rocco se removió a mi izquierda; el conductor y el acompañante que viajaba adelante intercambiaron un par de palabras en italiano.

—Permítame que le presente a Tamiel, mejor conocido como Enrico Tabusso
—

con su mano me ofreció una pila de fotografías.

En primer plano con la orilla de un río de fondo, un hombre de cabello castaño y

sotana negra que cargaba un maletín de cuero, caminando muy tranquilo. Tenía un

rostro suave, carente de edad y que sin duda no evidenciaba que no era un simple mortal. Un ángel detrás de otro rostro más en la multitud humana de Roma. La siguiente fotografía el mismo hombre de traje negro con alzacuello en una calle que parecía más céntrica y transitada. Tamiel con el Castel Sant'Angelo de fondo.

Una docena de fotografías más. Él en un café, en el interior de una iglesia de rodillas frente al altar, en un autobús leyendo un libro, en una calle, a la luz de la luna, andando ligero con el cuello enterrado en las solapas de su saco.

—Tamiel trabaja y vive en una pequeña iglesia no muy lejos de donde usted se alojará y además realiza algunas labores en el Castel Sant'Angelo. Lo investigamos

a fondo. Más allá de los fieles que asisten a su parroquia Tamiel no interactúa con

muchos otros seres humanos —soltó una risa seca—. Imagino que con el único fin

de disimular su verdadera identidad sale a tomar un café de vez en cuando y tiene

una señora que cocina para él todos los días. Vive solo en su parroquia y no le hemos encontrado amigos. Tampoco novia —ahora me sonrió con picardía — ni

novio. Es bastante reacio a hablar con extraños y no suele dejarse ver demasiado.

Esas fotografías llevaron semanas de trabajo. Tamiel está constantemente

cuidándose las espaldas. Por supuesto que quienes tomaron esas fotografías eran humanos; él reconoce nuestra presencia e imagino que también la de los ángeles.

No es idiota, imagino que entiende muy bien que su cabeza tiene un precio muy alto.

—¿Cómo se supone que haré yo para aproximarme a él si...?

Rocco detuvo mis palabras con una sonrisa, sus ojos bajaron hasta mi vientre.

—Un milagro.

—No es lo que es. Esto no...

—Tamiel siempre tuvo debilidad por los niños. Desde el principio de los tiempos su

mayor preocupación siempre fueron los infantes.

—Mi padre no me lo había dicho.

—Para eso estoy yo aquí.

—¿Qué más tienes para decirme?

—Supongo que es buen momento para que lo sepas.

—¿Para qué sepa qué?

—Adivina de quién cuidó Tamiel por años y años.

La sensación fue instantánea. Fue como si una luz se encendiese dentro de mí.

—De ti.

De haber estado de pie me habría caído. A mis retinas regresó aquel dibujo que Gabriel me había dicho que era obra de mi mano y simplemente no lo pude creer, si

Gabriel sabía que ese dibujo había sido hecho por mí también tenía que saber a quién había retratado yo y con eso no solo implicaba el hecho de que fuese mi ángel

de la guarda sino quién era en realidad ese ángel de la guarda. ¿Por qué no había dicho nada? Bueno, entendía que no me revelase la verdad a mí porque

imagino que

no quería que mi padre supiese que él sabía donde había estado y probablemente donde estaba Tamiel pero... ¿sería que también le había ocultado la verdad a Miguel. Imagino que sí sino ahora Tamiel no estaría dando vueltas por una calle de

Roma, siquiera estaría vivo.

Así sin más que quedó hasta mucho más claro que Gabriel hubiese aparecido en mi

vida.

—¿Sorprendida?

—¿Cuánto llevan sabiendo esto?

Rocco sonrió y movió su vista hacia el frente.

—Todos estamos agradecidos con él, principalmente tu padre. Lo que Tamiel hizo

lo hizo a la sombra de todos, incluso de tu padre, incluso cuando tu padre siquiera

sabía que existías. Tamiel se mueve en las sombras pero jamás se alejó demasiado

de su grupo. Él sabe muchas cosas y está pendiente de todos.

—Entonces es probable que sepa de mi venida a la ciudad.

—Es probable que cierto ángel le adelantara algo.

—¿Todos ustedes sabían que Gabriel...?

—Los que sabemos toda la verdad podemos ser contados con los dedos de una mano y le sobrarían dedos..

—¿Quién eres tú?

—Soy un demonio.

—¿Qué demonio?

—Uno especial que ha tenido el privilegio de acompañar a tu padre por siglos y siglos desde el comienzo.

—¿Fuiste un ángel?

Rocco me sonrió una vez más.

—Nada de eso. Siquiera fui humano jamás.

—Entonces qué...

—Yo solía ser una bestia... una fuerza indómita hasta que tu padre me arrastró a la

luz, a su luz. Él me enseñó todo, me dio esto —con una mano me indicó su cuerpo

—. Solamente era algo oscuro. Ahora soy algo mucho más completo. Pero puedo

volver a ser mucho más oscuro si quiero.

—¿Saliste del Infierno? —arriesgué.

—Soy parte del Infierno. Ahora también parte de la Tierra y del Cielo porque tu padre me enseñó qué significa ser un ángel y un ser humano.

—Esto es muy extraño.

—Lo extraño ya es lo que vendrá a futuro porque ahora me conoces y ya no soy un

extraño.

—En resumen...

—En resumen que cada quien aprende cada lección cuando es tiempo; ni antes ni después.

—Mi padre debió contarme esto antes. Gabriel sabía de esto y ni él ni mi padre dijeron una palabra.

—Debías vivir tus propias experiencias.

—Mi padre dijo que le había perdido el rastro a Tamiel. ¿Hasta cuándo estuvo él conmigo?

—Hasta el día que Vicente apareció en tu vida, entonces entramos nosotros en acción y él se hizo humo. Supongo que no quería que tu padre lo encontrase.
Tamiel

ha de tener miedo.

—¿Miedo de quién?

—De nosotros y de los ángeles. Quizá tiene la ridícula esperanza de permanecer neutral para siempre. Así como imagino que esperaba que tú lo fueses. Esa ilusión

ya no funciona.

—Pero si también tiene relación con Gabriel...

—Si Gabriel no lo delató con Miguel hasta ahora... Ellos siempre fueron buenos amigos. Gabriel casi sin querer nos ha hecho muchos favores. Bueno, no sé si será

sin querer o queriendo, después de todo... —me contempló en silencio por un par

de segundos—. El caso es que...

—El caso es que mi padre sabía perfectamente bien para qué me traía aquí.

—Cierto. Y ahora tú también sabes para qué estás aquí y cómo son las cosas. A todos nos toca el momento de decidir. Te toca a ti, le tocará a Tamiel. La niebla comienza a disiparse y es hora de que cada uno decida de qué lado se parará. Así,

cuando la vista quede despejada el mundo será libre de buscar su orden.

—¿El mundo?

Rocco no contestó. En vez de eso se metió una mano dentro de su saco.

—Para usted.

Me pasó un celular nuevo. Este será el que utilizará mientras esté aquí. Por favor, entrégume el suyo.

—No lo usaré—. No pensaba entregárselo.

—Son ordenes de su padre y es por su seguridad.

—Es mi única vía...

—No puede llamar a su esposo ni desde ese aparato ni desde este, ni desde ningún

otro. Luego le proveeré de un medio para comunicarse con él.

—No puede hablar en serio.

Rocco asintió con la cabeza.

—No es que tenga prohibido ponerse en contacto con su esposo. Es que cuando lo

haga será desde una línea completamente segura y ninguna de estas dos lo son al cien por ciento. Mucho menos la suya. Su teléfono celular por favor.

Comencé a buscar el aparato dentro de mi bolso.

—Con este aquí solamente puede llamarme a mí, al servicio de emergencias italiano y a su padre, a una línea especial. El resto de las llamadas están bloqueadas.

Le entregué el aparato a regañadientes.

—Es demasiado.

—No. Siquiera es suficiente. Gabriel sabe que usted vino a Roma. Cabe la posibilidad que decidiera dejar de cuidarle las espaldas a Tamiel ahora que usted ha venido a Italia. ¿No consideró esa opción? Incluso podría haberle quitado el apoyo

a usted. Bueno sería que comienza a pensar de un modo más acorde a la situación.

—¿Cuál es ese modo?

—El de alguien que sabe que tiene enemigos que probablemente quieran verla muerta.

Ante sus palabras di un respingo sobre el asiento.

—Gabriel no quiere verme muerta.

Rocco hizo una mueca de descreimiento.

—Quizá él no. Miguel y muchos otros sí. Hágase a la idea de que no hay espacio para la neutralidad aquí; es que de eso mismo debe convencer a Tamiel. No sé cómo

lo logrará si siquiera usted termina de asimilarlo.

No pude rebatirle su punto, es que ya no quedaba hacia dónde huir.

Le entregué mi celular y él se lo guardó en el mismo lugar de donde sacó aquel que

me diera, prometiendo devolvérmelo cuando fuese a regresar a casa.

De camino a nuestro alojamiento, Rocco me puso al tanto de cómo serían las cosas

aquí en Roma. Básicamente no debía –ni me permitirían– ir sola a ninguna parte. Y

si bien a encontrarme con Tamiel iría sola, me seguirían de lejos para protegerme;

o por lo menos así lo puso él. Como fuese; que cargase en su bolsillo la única vía

que Vicente tenía para ponerse en contacto conmigo no me agradaba en lo más mínimo. Esperaba que al menos pudiese llamar al número de Lucas; se moriría de

preocupación si llamaba a mi móvil una y otra vez sin que nadie le conteste.

19. Un ave solitaria.

El automóvil aminoró la velocidad al doblar la esquina. Por la ventanilla tintada vi

el vehículo que transportaba a Lucas y a Érica detenerse a las puertas de lo que podía denominarse como un palacete italiano con todas las de la ley. El edificio de

tres pisos era en si una verdadera delicia, bello por donde se lo mirase. No así las

cámaras de seguridad que invadían cada rincón, los demonios de negro que iban y

venían por detrás de la reja, los que seguramente estaban apostados en los

automóviles negros estacionados en la vereda de enfrente, los que simulaban tomar

un café en la esquina, los que pasaron en moto junto a mi ventanilla.

Al volver la vista hacia el interior me encontré con Rocco viéndome.

—Entiendo que pueda resultar intimidante.

—¿Sí?

—Yo también aprecio mi libertad; no se preocupe, en última instancia tan solo seremos usted y yo. Todo eso que usted ve, es para evitar que otros entren, no que

usted salga. Sé lo que está pensando. Recuerde que él es su padre. Siquiera tiene obligación de estar aquí. bueno quizá una obligación moral sí.

—¿Obligación moral?

—Después de todo lo que su padre ha hecho por usted.

El vehículo se detuvo; la puerta de Rocco era la que daba a la vereda. Un par de demonios avanzaron hacia nosotros.

—Es su padre y ha dado todo de sí para cuidar de usted. Esto es por usted. No es por

él, no es por mí, no es por nadie más que por usted y su hija. Debería saber que todos tenemos ordenes de que en última instancia, si las cosas salen mal, si su padre no sobrevive... debo llevarla a ver a su abogado; él le dará una vida nueva, lejos de

todo.

—Es una locura.

—Demente sería continuar intentando vivir así para siempre. Andando, bajemos.

Usted necesita refrescarse y descansar un poco. Esta misma noche intentaremos nuestro primer acercamiento a Tamiel.

—¿Tan pronto? —en realidad no sé qué esperaba.

—No hay tiempo que perder. ¿Acaso no quiere regresar a casa lo antes posible?

—Sí, es que pensé que sería...

—Esta ciudad no es nuestro ambiente familiar. No por nada a diez minutos de aquí

se encuentra el Vaticano.

—¿Es en serio?

—Es territorio de ellos, no nuestro.

—Peso si aquí hay demonios como en cualquier otra parte —solté al recordar que

la novia de mi padre había dicho que vivía aquí y de hecho yo había pasado un par

de días aquí con él.

—El territorio no nos favorece. De cualquier modo despreocúpese —ni bien

terminó de soltar la frase abrió la puerta que al menos cinco demonios rodearon. Si

ya me sentía presionada y preocupada con esto terminaba de tensionarme. En cuanto

puse un pie en la vereda sentí como si me dispusiese a caminar sobre brasas al rojo

vivo.

Me rodearon de un modo semejante al que los custodios rodean a esas estrellas de

cine que multitudes enloquecen por tocar y en esas condiciones me guiaron hasta la

entrada y un par de metros por el fragante jardín.

La muralla demoniaca que me rodeaba se quebró para permitirme ver un rostro familiar que no esperaba encontrar, el de Lilith.

— *Benvenuta.*

Tendió sus brazos en mi dirección.

En lo alto de la escalinata que ella descendió para recibirme estaban Lucas y Érica,

esta última con cara de quien acaba de caer en el limbo.

—Bienvenida a mi hogar, querida Eliza.

Rocco y los demás se hicieron a un lado para permitirle a ella abrazarme y estampar un beso en cada una de mis mejillas.

—Es un placer tenerte aquí. Lo lamentable son las circunstancias. Hubiese deseado

que fuesen mucho más agradables y divertidas —suspiró—. En fin, por lo visto tu

hermano ya encontró con qué entretenerse. Parece muy buen prospecto—. Uno de sus brazos rodeó mis hombros—. No te preocupes, aquí hay suficiente lugar para todos. Ya verás lo comfortable que será tu estadía aquí.

—Gracias por recibirme —¿sería que mi padre la había obligado a hacerlo? La respuesta llegó en menos de un segundo.

—Y tu padre que quería instalarte en un hotel. Le dejé en claro que eso

únicamente

sobre mi cadáver. Aquí estarás más segura —suavemente me empujó escaleras arriba—. Aquí hemos montado un sistema de seguridad que ningún hotel podría darte y el lujo no escasea. Te lo prometo. No soy tu padre pero tengo buen gusto y

por supuesto también mis medios.

Lucas y Érica se movieron a un lado para permitirnos pasar. Al entrar en la propiedad comprobé que en efecto Lilith tenía buen gusto y los medios para darse

muchos lujos.

El palacete por fuera era adorable por lo antiguo y característico de su arquitectura, por dentro gritaba dinero a los cuatro vientos desde el mármol del piso hasta los candelabros que colgaban del techo.

Con un par de palabras Lilith le dio órdenes a uno de sus empleados para que instalase a Lucas y a Érica en sus respectivos cuartos y así fue como ella, Rocco y

yo, nos quedamos solos en el amplísimo recibidor.

—Los automóviles para esta noche ya están listos Rocco.

—Muy bien.

—¿Necesitan alguna otra cosa?

—¿Qué se supone que haremos esta noche? —inquirí yo. No tenía idea de a qué se

refería con “los automóviles para esta noche”.

—En un principio, un primer acercamiento. No espero que lo convenza de que se una a nosotros esta misma noche. Ojalá lo consiguiera. Solamente se lo

mostraré, le

enseñaré dónde vive y cuáles son sus rutinas. Ahora que sabe quién es él me imagino que resultará una gran impresión verlo.

—Es probable que me sienta rondarlo, ¿no?

—Es probable que Tamiel ya sepa de tu arribo a Roma, Eliza —me contestó Lilith y

Rocco asintió con la cabeza.

—¿Cuál es el objetivo de esto entonces?

—Demostrarle que está seguro, que no eres una amenaza.

—¿Y qué sucederá cuando diga que sí, en el hipotético caso de que diga que sí, que

colaborará con nosotros?

—Lo llevaremos a una locación segura y usted regresará inmediatamente a Buenos

Aires hasta que sea el momento de dar el siguiente paso. Los automóviles que mencionó su amable anfitriona son los que utilizaremos para aproximarnos a él, el

amable padre Enrico Tabusso sale de su trabajo en Castel Sant' Angelo sobre las seis de la tarde, de allí regresa a su parroquia y casi inmediatamente después sale a correr por las calles de Roma. El padre se preocupa por su estado físico. Usted irá

en un vehículo, yo por detrás de usted en otro.

—Pero si se presenta la oportunidad ¿puedo hablar con él?

Lilith y Rocco intercambiaron miradas otra vez.

—Yo no puedo decidir eso —contestó Rocco.

—¿Lo decide mi padre?

—No, eso lo decidirá usted basándose en sus impresiones. Confiamos en que su instinto le indique qué hacer. La idea es presentárselo, enseñárselo pero será usted

quien determine los pasos a seguir.

—Después de todo, Eliza, Tamiel fue tu ángel de la guarda. Nadie lo conoce mejor

que tú. Bueno quizá tu padre pero considerando que ha estado huyendo de él...

—Nuestra presencia aquí es para asistirle y mantenerla segura; todo lo demás corre

por su cuenta.

El nudo en mi estómago se apretó todavía un poco más.

—Bien —me costó encontrar mi voz para entonar aquello.

Lilith posó su mano sobre mi brazo en señal de apoyo.

—Tranquila Eliza, todos sabemos que lo harás de maravilla.

Mis ojos se encontraron con la mirada de Rocco para recibir esa extraña calidez que emanaba de él. Cómo podía ser que una criatura salida del Infierno tuviese la capacidad de infundir esa sensación.

—Mejor la acompaño a su cuarto, señora. Su viaje fue largo y debe descansar —

entonó Rocco dando un paso hacia mí.

—Claro. Sí, Rocco tiene razón. Tú ya sabes cual es, acompáñala. En un momento enviaré a alguien para que te ayude a instalarte —Lilith entonó esto

último para mí.

Rocco indicó la fastuosa escalera de mármol con una mano y me cedió el paso. En

silencio comenzamos a remontarla. A medio camino, en el descanso espíe sobre mi

hombro, Lilith nos seguía con la mirada.

Cuando la perdimos de vista Rocco aceleró el paso hasta alcanzarme.

—Si Tamiel acepta aliarse a nosotros esta misma noche, debe hacérmelo saber al instante.

—Bien, claro.

—Deberá llamarme a mi celular y no moverse del lado de él.

—¿No quieres que lo traiga aquí?

—Este es el último lugar al que debería ir el ángel. No todos ven con buenos ojos a

Tamiel. No goza de la buena estima de muchos por lo sucedido con su padre, muchos creen que Tamiel y los demás no hicieron lo suficiente para apoyarlo.

—Amers está con él.

—Sí, precisamente, con su padre. Sus alianzas ya quedaron definidas. Amers siempre ha sido tanto más claro con su posición. No así Tamiel.

—Entiendo.

—Hasta que todo quede aclarado debemos velar por su seguridad. Además no deja

de ser un ángel.

—¿Alguna otra cosa más que deba saber?

—Sí, no puede contarle nada a nadie de lo que suceda a partir de ahora.

—¿A qué te refieres con “nada ni nadie”?

—Nada de nada ni a su hermano siquiera, tampoco a Lilith, mucho menos a su esposo y si por una de esas extrañas cosas de la vida, se pone en contacto con Gabriel, tampoco a él. Demasiadas vidas corren peligro. La suya y la de Tamiel en

primer lugar.

—Está bien. Como digas.

Rocco se quedó viéndome.

—¿Qué?

—¿Usted cree en los milagros?

—¿Perdón?

—Yo sí —sonrió—. Gracioso que lo diga “algo” que salió del Infierno, ¿no le parece? He aquí sus aposentos —entonó haciendo una mueca graciosa al tiempo que

posaba su mano sobre la manija de la puerta que teníamos frente a nosotros, yo apenas si había notado que el corredor por el que avanzábamos se terminaba aquí

—. El mundo está lleno de sorpresas.

Empujó las puertas y a la vista quedó un cuarto gigantesco que era al menos dos veces el tamaño del que compartía con Vicente en Buenos Aires.

—En un momento le subirán sus cosas. Le sugiero que esta noche vista ropas cómodas. Nada demasiado ostentoso, no queremos llamar a la atención. Si no tiene

nada así, puedo conseguirle en menos de media hora un par de zapatos bajos, zapatillas, unos jeans quizá.

—No es necesario, creo que tengo lo que hace falta en mi valija. ¿Tú irás así vestido? He de decir que resultas demasiado llamativo.

Rocco rió.

—No, también me adecuaré a la situación. ¿Tuvo la suerte de conducir por las calles

de Roma alguna vez? —me preguntó en tono irónico.

Negué con la cabeza.

—Su padre dice que es muy buena conduciendo. Espero no la exaspere el tránsito.

Necesitamos que mantenga la mente fría y concentrada en nuestro objetivo.

—¿Es decir en Tamiel?

—Sí, en efecto, el padre Tabusso algunas noches se pone algo errático en sus carreras y lo perdemos de vista.

—¿Qué tanto lo pierden de vista?

—Usualmente hasta el día siguiente.

—¿Y eso no les resulta sospechoso?

Una sonrisa benevolente apareció en los labios de mi acompañante.

—Sería un alivio enorme que usted descubra a dónde va cuando se nos escapa, que

usted pueda ver lo que a nosotros no nos permite ver. Porque eso es esto señora, un

juego de espejos y humo que solamente permite entrever parte de la realidad.

—Esto parece la historia de mi vida, es en lo que estoy inmersa desde que los demonios aparecieron en mi vida.

—Es lo que todos nosotros queremos que llegue a su fin, señora. Lo que todos necesitamos.

Entré en el cuarto.

—¿Qué se supone que haga hasta que llegue la hora de salir?

—Descanse. ¿Puedo ordenar de comer para usted?

—Quizá luego. ¿Puedo salir de mi cuarto o debo...?

—Claro que puede —se sonrió—, usted no es prisionera de nadie.... Más que de sí

misma.

—Acabas de sonar como mi padre. Hablas como él.

—Ha de ser porque fue él quien me enseñó a hablar. No tengo su sangre corriendo

por mis venas y de hecho estas siquiera son mis venas sino las de alguien que fue

mucho después que yo, pero así y todo su padre es mi padre y le debo la misma devoción y fidelidad. Él me dio una vida que jamás imaginé que tendría. Su padre

me enseñó el primer milagro cuando yo siquiera conocía el significado de esa palabra. Su padre me enseñó el significado del milagro de la vida; gracias a él sé lo que significa estar vivo y sentir. Si Tamiel fue su ángel de la guarda, Lucifer fue el mío.

No pude evitarlo, se me puso la piel de gallina y los ojos se me empañaron, de

repente me sentí rodeada y abrumada por una extraña y poderosa fuerza que nada tenía de malo y sí todo de intenso y maravilloso.

—A veces la energía toma caminos erróneos, a veces, con suerte, los caminos se enderezan. Mi camino se enderezó y comenzó a discurrir en un sentido

diametralmente opuesto al que llevaba porque alguien confió en mí, alguien me dio

una oportunidad.

Mi padre le había dado una oportunidad a este “algo” salido del Infierno que ahora

desplegaba sobre mí un aura de luz impresionante.

—Desde mi humilde lugar —inclinó la cabeza para dedicarme una reverencia —le

agradezco el que viniera a intentar ayudarnos—. Alzó la cabeza—. La dejo tranquila

para que descanse. No dude en llamarme al celular si necesita algo, lo que sea.

—Gracias.

Rocco inclinó su cabeza hacia mí otra vez. Su sonrisa se ensanchó todavía más.

Dio media vuelta y salió del cuarto dejándome sola.

El sol entraba a raudales por la ventana y daba sobre la cama con dosel cubierta por

un pomposa pieza de seda de un gris muy claro que captaba y lanzaba en todas direcciones la luz del sol.

Sobre la butaca a los pies de la cama me senté. Se me escapó un suspiro. En

una rápida recorrida capté que aquí no había teléfono, tampoco televisión.

Llevé ambas manos a mi abdomen, Emilia llevaba un buen rato tranquila. Ella flotaba plácidamente ajena a toda esta locura, a esta maraña de secretos que esperaba poder resolver antes de que ella llegase a este mundo.

—Tranquila, arreglaré esto para que podamos vivir en paz. Ya lo verás, cuando llegues todo estará bien. Lo solucionaré para ti.

Esperaba, de todo corazón, poder cumplir mi promesa. No quería traer a mi hija a

este mundo en el estado en que estaba hoy por hoy. Harta de las mentiras, de los secretos y las manipulaciones me prometí que haría lo que fuese necesario.

...

Llevaba aproximadamente hora y media tendida en la cama con los ojos cerrados,

escuchando dentro de mi cabeza la conversación entre mi hermano y Érica. Al principio cuando escuché su voz dentro de mi cabeza creí que me hablaba a mí, luego puse atención y percibí dentro de la cabeza de Lucas, las respuestas de ella.

Supuse que estaba infiltrándome sin querer en sus pensamientos así como a él le sucedía a veces conmigo y me dio vergüenza quedarme escuchando, un par de minutos más tarde, no sé muy bien cómo, llegué a la conclusión de que mi hermano

me quería allí, que sabía que yo estaba allí.

Lucas le habló sobre nosotros, le contó un poco de su historia, lo estrictamente necesario para que ella se abriese a él, para que le relatase parte de la suya. Érica no conocía a sus padres, no tenía idea de quiénes eran. Con apenas horas de vida la abandonaron a las puertas de una maternidad. Vivió la mayor parte de su vida en hogares infantiles, nunca fue adoptada, tenía un par de amigos, no tenía novio y básicamente estaba muy sola.

La historia hasta ese punto no resultaba nada sorprendente, el prospecto ideal de demonio, un alma fácil de apropiarse. Cero ligaduras con la sociedad, casi ningún

lazo humano, nadie a quien extrañar, nada que perder, todo para ganar. Hasta allí no

había sorpresas. No es que fuese insensible a la situación de Érica, es que resultaba lógico si es que hasta para mí su alma era tentadora, su energía hacía agua mi boca.

Intuí que bajo la circunstancias, debía haber mucho más. Como mínimo resultaba sospechoso que mi padre hubiese puesto a Érica en el camino de mi hermano justamente ahora. Más bien era casi obvio que otro motivo de peso debía

escondese tras la fachada de lo visible a los ojos; mi padre no hacía nada de forma

gratuita, cada uno de sus movimientos tenía un fin, así había sido hasta ahora.

—Las malas lenguas dicen que mi padre era un hombre ligado a la iglesia católica.

Al escuchar aquello, sobre la cama me puse rígida y sentí los hombros de Lucas tensarse cual si fuesen los míos.

—¿Ligado cómo? ¿Era sacerdote? —le preguntó Lucas.

—Supongo. Dicen que fue él quien me dejó a las puertas de la maternidad; ese hombre acompañado de una mujer que no paraba de llorar.

—¿Cómo sabes que era...?

—Supuestamente llevaba alza cuello. Dicen que una vez un sacerdote fue a preguntar por mí al hogar. Que lo vieron varias veces rondar por ahí.

—¿Y tú que crees?

—Lo que yo creo es que él debió preferir que yo no naciese.

—Sinceramente a mí nunca me quedó muy claro eso del celibato pero ellos sabrán...

—No lo digo solamente por eso, Lucas.

—¿Por qué lo dices?

La conversación se detuvo pero no porque se cortase la comunicación entre Lucas y

yo, se debió a una pausa de Érica.

—¿Alguna vez sentiste que eres el único ave en el cielo, un ave solitaria que lo ve

todo desde arriba sin poder bajar a tierra para ver las cosas del mismo modo en que

las ven los demás?

—¿Ves las cosas de un modo distinto?

A través de mi hermano supe que Érica asentía con la cabeza.

—¿Cómo es ese modo?

—Es agobiante y al mismo tiempo increíble. Con tantos detalles que la vista se nubla, veo los sentimientos, los pensamientos, la energía... Bien, no es que lo vea

con los ojos es que...

¿Un ángel? —la pregunta de mi hermano llegó directo a mi cerebro sin pasar por

sus labios. No se la formulaba a Érica sino a mí—. Alguno de sus padres

debía serlo; ¿lo sabes, no es así? ¿Qué mala manía tienen los ángeles de ir por allí abandonando hijos.

Nuestro padre hacía casi lo mismo. En realidad el luego recogía aquellos que le servirán cuando ya estaban maduros y listos para unirse a este mundo, si es que llegaba ese punto. Eso sí tenían de distinto los ángeles, quizá por estar demasiado avergonzados por esos retoños engendrados, jamás los reclamaban y así caían en manos de...

Nuestro padre —completó Lucas dentro de mi cabeza—. ¿Crees que sea hija de alguien importante?

Antes siquiera de pensar en el hombre cerré mi mente bloqueando a Lucas y todo lo

demás.

¿Tamiel?

Llamaron a mi puerta.

Abrí los ojos de par en par y me senté de un salto.

—Somos todos pecadores —entonó Rocco desde el otro lado de la puerta—. Todos

nacemos de este modo. Si fuésemos santos, nada tendríamos para aprender y la vida

no tendría sentido, ¿no lo cree? Si fuésemos lo que debiésemos ser, nada de esto existiría, ni usted, ni yo, ni su padre, ni esta casa, ni las palomas, tampoco los árboles, no soplaría el viento y el fragante perfume de las flores no encantaría a nadie, a nadie le haría cosquillas el césped en los pies descalzos y la lluvia no tendría a quien arrullar...

Sin perder el hilo de sus palabras me levanté de la cama y caminé hasta la puerta.

—Nadie lloraría por amor, nadie sonreiría de gusto. El sufrimiento no

enseñaría lección alguna y morir no implicaría ningún cambio.

Llegué a la puerta y ante ésta me detuve.

—Sin lo imperfecto lo perfecto no existiría y todo sería monótono y triste. Santo pero sin sentido. Puro pero quizá, a mi humilde modo de ver...

Abrí la puerta.

—Muerto —entonó Rocco viéndome directamente a los ojos.

No miramos un momento en silencio.

—Ninguno de nosotros quiere que el mundo muera. ¿Está lista para salir?

La verdad es que no, aún no me cambiaba, lo único que había hecho era quitarme

los zapatos, por eso es que así descalza, la altura de Rocco resultaba todavía más impresionante. Él sí iba con un aspecto completamente distinto: un simple suéter negro, jeans y mocasines.

Me sonrió.

—Juraría que pude escuchar sus pensamientos desde que puse un pie en la escalera.

—¿Puedes leer el pensamiento?

—Puedo meterme en la esencia de un demonio porque yo básicamente soy de lo que

ustedes están hechos, soy uno de los tantos hilos conectores, de esas hebras anónimas que le dan vida al sistema —me sonrió—. Es difícil describir lo que soy e

incluso quizá no muy agradable; soy lo que soy y existo por un motivo. No tengo

muy en claro porqué pero imagino que con un fin fui creado y espero poder ser instrumento de ese fin.

—¿Quién es ella, Rocco?

—Una hebra que se saltó de otra malla, como ella dijo, un ave solitaria abandonada

por una bandada de níveas palomas que no ven con buenos ojos aquellas cuyas plumas son grises, mucho menos si son negras.

—Podrías darme un nombre.

—¿Un nombre?

—¿Es hija de Tamiel? ¿Su presencia aquí se debe a una simple artimaña para coaccionar en su contra? ¿Esperas tú o mi padre que lo amenace con...?

—A la señorita Érica le dieron la espalda, nosotros la acogimos.

—¿No puedes simplemente decirme la verdad?

—No, es que no es mi verdad, no soy dueño de esas palabras.

—¿Esperas que él me lo cuente?

En respuesta a mi pregunta Rocco parpadeó lentamente.

—No queremos que se nos haga tarde.

—Por supuesto que no.

Rocco volvió a sonreír para mí.

—Nosotros no volábamos por encima de las cabezas de los hombres, nosotros caminamos a la par de ellos.

—Otra vez tus palabras suenan como las de mi padre.

—Esas palabras son una máxima para todo demonio. Nosotros compartimos, experimentamos y vivimos con ellos. Nosotros somos la segunda oportunidad, y en

muchos casos también la única, incluso podemos ser la salvación. La de Érica, la de

muchos otros. Incluso podríamos haber sido la de su madre.

Ante la mención de mi madre me puse rígida y se me heló la sangre.

—Lo lamento. Siento su dolor como propio y entiendo lo que eso significa—. Una

mano de Rocco tomó la mía y casi al instante sus ojos se aguaron. También los míos—. El que haya dicho que los demonios no sienten es porque en sí mismo, no

mora sentimiento alguno. Tan perfectamente imperfecta, tan viva. Solamente le falta

acabar de ser libre —me soltó—. ¿Cree que pueda estar abajo en diez minutos? Allí

la esperaré —retrocedió un paso.

—¡Alto!

Rocco se detuvo.

—¿Sí?

No supe que decirlo porque lo que sentía era más de lo que podía ponerse con palabras. Tanto mi cerebro cuanto mi corazón eran una maraña inconexa de miles

de dudas, certezas, necesidades y logros. Tenía la impresión de ser todo y nada, al

mismo tiempo. La confusión era tal que por un momento poco importó mi propia

persona, mucho menos lo que me rodeaba, siquiera conseguía percibir el amor que

sentía por Vicente o por mi hija, de un modo claro. Lo que experimentaba no parecía de este mundo. Esa paz conseguida por el desprendimiento total, por la aceptación de la realidad no tenía cabida aquí y quizá por eso me abandonó antes de

que mi corazón acabase de liberarse al sentimiento, antes de que mi cerebro se pusiese completamente en blanco para unirse a una conciencia mucho más grande,

lógica y al mismo tiempo completamente irreal.

—Abajo esperaré por usted —entonó Rocco girando sobre sus talones para darme

la espalda.

Pocas cosas tienen tan poca lógica como lo más trascendentes de esta vida.

Es imposible buscarle una explicación a una criatura del Infierno que habita en un

cuerpo humano y que habla de la existencia, de todo, con una pasión semejante. No

puedes encontrarle la lógica a una guerra basada en una diferencia puesta como excusa, y es probable que a ninguna guerra le encuentres lógica.

Menos lógica tiene que te entreguen las llaves de un Alfa Romeo rojo fuego que deberás conducir por Roma para seguir a un ángel caído que un día fue amigo de tu

padre, tu ángel de la guarda y ahora un ángel que otros ángeles preferirían eliminar.

Menos lógica tiene querer llegar al fondo de un asunto que sabes que pondrá todo al

limite del “todo o nada”.

Ese último pensamiento abonó mi miedo empujándolo a crecer. Hubiese preferido

poder llamar a Vicente antes de partir, quizá para despedirme, quizá para decirle una vez más o por última vez que lo amaba y que no me arrepentía mi decisión de

permanecer a su lado.

20. Oscurece.

—Oscurece. Es mejor que partamos ya —Rocco quitó sus dedos del GPS y apartó

su cuerpo de la ventanilla del automóvil del que yo estaba al volante, el suyo estaba a un par de metros a la izquierda—. Listo. Ahora ya tiene quien la guie hasta Tamiel.

Yo la seguiré. No tiene más que llamarme si necesita algo.

—Bien.

—Relájese. Todo saldrá bien. Recuerde que no es preciso que lo enfrente hoy mismo, es solamente un acercamiento.

—No estoy nerviosa por eso.

—¿Teme que nos ataquen los ángeles? Despreocúpese, no estaremos solos. Hay

demonios apostados en todo el camino—. Rocco guardó silencio un par de segundos—. Ciertos amores no flaquean ante nada. Así es el amor de los ángeles.

Ante él no debería caber vergüenza en usted.

—Rocco, eres un peligro —solté medio en broma, medio en serio, que pudiese leerme así de fácil hacía que me sintiese poco menos que desnuda.

—Señora no soy su peligro, soy su coraza. Su círculo de seguridad. Su caja fuerte.

Usted puede depositar en mí todo lo que le pese cargar. Eso soy yo, eso somos los

que tenemos como cuna el Infierno. Soy su vía de purificación.

—Creí que ustedes eran el tormento.

Rocco soltó una carcajada.

—Soy un espejo. Usted no verá en mí nada que no haya en usted y si quiere, puede

dejar lo que le sobre en aquella imagen. Las vistas se pierden en un parpadeo.

Rocco palmeó con ambas manos el borde de la ventanilla y retrocedió un paso, se

llevó una mano al bolsillo de su abrigo, cuando la sacó vi que cargaba dos tabletas

de chocolate. Me tendió una.

—¿Gusta? De los pequeños placeres está hecha la vida. Me gusta mucho el chocolate. Es una de mis cosas preferidas de este mundo.

No pude evitar sonreír. Tomé la tableta agradeciéndole.

—Disfrútela. La veo luego.

—Sí, claro—. Puse el motor en marcha mientras Rocco avanzaba hacia su

coche.

La verja comenzó a abrirse. Al metro de apertura dos motos que pasaron por mi lado se lanzaron a la calle. Rocco me hizo una seña. Entendí que era mi turno.

Puse primera y pisé el acelerador.

La voz de una mujer que me hablaba en italiano me indicó que debía ir hacia mi izquierda y eso hice, divisando a cien metros las motos que circulaban por la calle.

En mis espejos retrovisores comprobé que Rocco me seguía entre el tránsito que pese a la caída inminente del sol, continuaba igual de denso.

Mi pulso se aceleró, mis manos se calentaron.

El semáforo me detuvo.

Manoteé la barra de chocolate del asiento del acompañante, la abrí y le arranqué un

trozo de un mordisco. El sabor era simplemente espectacular. Rocco tenía razón, de

pequeños placeres está hecha la vida.

El semáforo se puso en amarillo.

—Setecientos metros y vire a la izquierda —me indicó mi guía. Eso hice y entonces

divisé uno de los tantos bellos puentes de Roma.

Esta ciudad hacía que se me pusiese la piel de gallina y no por malos motivos. Era

como si de su suelo brotase una energía distinta. A otros demonios podía no gustarle Roma, a mí sí.

Seguí las instrucciones. A pesar del tránsito no me llevó demasiado tiempo llegar a

destino.

Por el espejo retrovisor había visto a Rocco detenerse a mitad de cuadra en la calle

anterior, manteniéndose así, a una distancia prudencial de mí y de mi objetivo. Sus

faros se apagaron mientras yo desaceleraba.

En italiano el GPS me anunció que había llegado a destino.

Asume la cabeza por encima del volante. La iglesia de piedra amarillenta era simple

y casi pasaba desapercibida. Sobre la vereda de enfrente tenía lugar para estacionar.

Allí imbuí el Alfa Romeo y apagué las luces y el motor. La iglesia aún tenía sus portales abiertos pero menos de treinta segundos más tarde alguien salió a cerrarlos. Mi pulso se aceleró cuando noté que una persona salía del interior; solamente volví a respirar cuando me di cuenta de que no era Tamiel.

El celular que Rocco me había dado comenzó a tocar. En la pantalla su nombre.

—Hola.

—El saldrá en cualquier momento. Esté preparada —soltó la voz de Rocco cargada

del tinte electrónico del aparato—. No debería tener problemas para seguirlo al menos durante las primeras calles, Tamiel suele a echarse a correr en sentido del tránsito.

—Bien.

La sangre tomó todavía un poco más de velocidad dentro de mis venas.

—Debe colgar ahora, podría salir en cualquier momento. Intente mantener a raya sus energías, no queremos que él sepa que está aquí.

En cuanto me dijo eso inspiré hondo y me lancé a la tarea de calmar los latidos de

mi corazón. Necesitaba relajarme, bajar la temperatura de mi cuerpo y evitar que se

me escapase lo que yo era en realidad, por los poros.

Colgué, dejé el teléfono otra vez sobre el asiento del acompañante y esperé con la

vista fija en la iglesia mientras diluía dentro de mi boca otro trozo de chocolate.

Parpadeé y en cuanto abrí los ojos un cosquilleo extraño que empezó en mi nuca,

bajó por todo lo largo de un columna hasta perderse en las plantas de mis pies.

Sacudí los hombros. La sensación se suavizó mas no se retiró.

Moví los ojos hasta la entrada una vez más.

Allí estaba él, en ropa de deporte oscura, con impecables zapatillas blancas.

Todo en mí se alteró. Mi estómago dio una vuelta carnero dentro de mi vientre.

Incluso Emilia comenzó a moverse, la sentía en mi interior. La nuca y las cienes se

me empaparon de sudor al instante, igual mi espalda. Mi boca se secó y se puso amarga.

Siendo humano nunca adivinarías que ese hombre era un ángel. Nada en él

parecía

demasiado especial, siquiera perfecto. Era un hombre como cualquier otro, eso, a los ojos. Mi corazón me decía una cosa muy distinta. Me dieron ganas de ponerme a

llorar y a reír todo al mismo tiempo. Recordé mi dibujo y me invadió la paz.

Tamiel bajó los escalones que lo separaba de la vereda. Hizo un par de elongaciones y yo encendí el motor otra vez. Era incapaz de apartar la vista de él,

quería recordar si lo había visto antes, si mi en mi cerebro quedaba algún rastro de

su persona pero lo cierto es que no encontraba nada que me dijese que lo había visto antes, que él rondó durante casi toda mi vida a mi alrededor, para cuidarme. Es probable que para cuidarme y controlarme. Lo que no entendía es por qué no había

hecho nada cuando vio que los demonios se me aproximaron, por qué no intentó apartarme de esto.

Una idea se instaló en mi cerebro: quizá su cometido no fuese cuidarme de los demonios sino de los ángeles, quizá Tamiel si quisiese regresar con mi padre, quizá

su función acabó cuando los demonios entraron en mi vida porque él creía que ese

era mi camino.

Todo podía ser.

Tamiel se echó a correr en el sentido del tránsito.

Procurando mantener la calma, saqué el auto de su estacionamiento y lo seguí. El tránsito fluía tranquilo. Tamiel aceleró el paso. Tenía las piernas largas y

una andar ligero. Imaginé que sus alas debían tener el mismo aspecto grácil.

Espié hacia atrás y divisé los faros y el blanco de la pintura del Alfa Romeo de Rocco.

Tamiel continuó marcando su ritmo a largos trancos, siempre siguiendo el tránsito.

Nos alejábamos cada vez más de la parte más céntrica y concurrida de Roma.

Al final, de la luz del día quedaba muy poco. La luna ya reinaba en el cielo y las primeras estrellas se dejaban ver.

Tamiel dobló a la derecha en una avenida de doble tránsito. Giré el volante para seguirlo, pasando muy cerca de una moto que evidentemente no me vio venir. Yo tampoco me había percatado de su presencia, estaba demasiado concentrada en el ángel que corría.

Tres cuadras más adelante tuve que pisar el acelerador de manera un tanto alevosa

para evitar que esa luz amarilla se convirtiese en roja frenando mi andar. No estaba

dispuesta a perderlo de vista. A quién si perdí de vista fue a Rocco.

No me preocupé, no tenía tiempo para eso.

Para mi sorpresa, el ángel aceleró todavía más su paso. Esquivaba a los transeúntes

con una agilidad envidiable, tal si supiese de antemano, hacia dónde se moverían las

personas.

Iba él en ese andar firme y yo medianamente relajada siguiéndolo cuando todo cambió así de repente y sin mayor aviso.

Esquivando a una mujer que hablaba por celular gesticulando de manera frenética,

Tamiel se abalanzó sobre la esquina y cruzó la avenida pasando apenas a metros por delante de mí. En cuanto el automóvil que me precedía pasó la esquina giré el

volante de manera brusca rogando que no notase mi maniobra. Necesitaría más que

un milagro para que así fuese; las gomas del Alfa chirriaron. De cualquier modo,

Tamiel no se preocupó en mirar hacia atrás para confirmar si alguien lo seguían o

no.

El que tomase esta calle tan poco transitada no me hacía ningún favor. Los edificios

a ambos lados de la angosta vía eran departamentos de familias, con algún que otro

local comercial con las persianas ya bajas.

Las pocas farolas que había se encendieron.

—¿Dónde va padre Tabusso? —le pregunté en voz alta al notar que los alrededores

se tornaba cada vez menos aptos para una persecución encima de un Alfa Romeo.

De Rocco ya no había señales y yo no tenía ni la menor idea de dónde me encontraba.

Tamiel se pasó una mano por la frente como para secarse el sudor pero más allá de

eso no hizo ninguna otra demostración de cansancio físico. Sus piernas seguían moviéndose al mismo ritmo después de media hora de carrera.

Las edificaciones a nuestro alrededor se tornaron cada vez más bajas, los autos estacionados a cada lado más del estilo utilitario. Ningún modelo ni tan nuevo ni tan costoso como el que yo conducía.

Mentalmente le pedí que diese la vuelta de una buena vez. ¿Hasta dónde me llevaría?

A mí también me gustaba correr pero esto ya...

Mi pensamiento quedó en la nada cuando Tamiel giró la cabeza y espió en mi dirección por encima de su hombro derecho.

Quizá fuesen ideas más y nada más pero la verdad es que hubiese jurado que me miró directo a los ojos y me paralicé. Quedé atontada y por eso por poco y me llevo por delante los contenedores de basura cuando él frenando en seco, dobló súbitamente hacia la izquierda para internarse en una callecita demasiado angosta para el tránsito vehicular.

—¡Mierda!

No sé si mi decisión fue la más acertada. Prácticamente tiré el Alfa a un lado de la

calle, manoteé el celular y bajé del automóvil lanzándome a la carrera tras Tamiel.

Así en jeans y zapatillas comencé a trotar. Por suerte él ya no corría tan rápido y yo tenía suficiente entrenamiento como para que el ejercicio no supusiese nada extraño

para Emilia dentro de mi barriga. De cualquier modo aquello no era lo más confortable ni ciertamente lo más seguro y probablemente tampoco muy buena

idea. Es que no quería perderlo de vista, no podía perderlo de vista.

Las calles cobraron un poco más de vida. Un grupo de jóvenes a las puertas de

una

pizzería con sus motos estacionadas a un lado. Unos hombres mirando un partido de fútbol en una café; los gritos de entusiasmo se escuchaban desde afuera. Música

que provenía de alguna casa. Sonidos familiares de la vida cotidiana. Todo eso y nosotros dos.

No se cómo aparecimos junto a un río otra vez. Yo ya estaba completamente perdida. No conocía Roma lo suficientemente bien, ni aunque la conociese, es que

no podía prestar atención a nada más que al ángel cuya espalda se veía ahora tan normal. ¿De qué color serían sus alas?

Los árboles taparon la luz de la calle. El cielo estaba completamente azul profundo.

La gente comenzó a escasear.

Tamiel se lanzó entre dos automóviles estacionados para cruzar la calle.

Una camioneta blanca pasó justo después que él y entonces...

Miré hacia un lado y hacia el otro, crucé la calle y lo busqué. Nada. Simplemente desapareció. Recorrí los portales cercanos, parecían ser todos edificios de

departamentos. No noté nada extraño. Volví sobre mis pasos. Me asomé hacia el río.

Volví a cruzar. Nada. Ni rastros de él.

Tenía que saber que lo seguía pero por qué decidió que debía perderlo de vista justo

aquí. ¿Por qué aquí y no antes?

La calle no parecía tener nada de especial.

La temperatura de mi cuerpo fue descendiendo acabada la carrera.

—¿Qué hacemos aquí, Tamiel? —le pregunté en un susurro.

Alcé la vista hacia las ventanas, había luces encendidas en muchos de los departamentos. Si estaba observándome desde alguno, no lo vi.

Me sentí como una estúpida. ¿De verdad esperaba poder llegar a él en un primer intento?

Lo que más me molestaba de todo el asunto es comprender que obviamente él debía

saber que me tenía tras sus pasos. ¿Por qué me había dejado aquí?

No llegué a meditarlo mucho más. Mi celular comenzó a tocar.

—Enseguida llego; no se mueva de donde está. Ya tengo su ubicación —lanzó Rocco a toda velocidad.

Iba a preguntarle cómo sabía dónde me encontraba pero la respuesta ya estaba en mi

cabeza: el celular. Este aparato dentro debía tener algún transmisor o algo así. De este modo Rocco sabría siempre mi dónde encontrarme. Sin importar si me perdían

de vista o no, me encontrarían. Y yo que tenía la tonta ilusión de que podía perderme.

Le contesté a Rocco que no me movería, que lo esperaba aquí mismo y colgué.

Se me escapó una sonrisa.

¿Era esto lo que querías decirme Tamiel, que así ellos siempre sabrán donde estoy?

—le pregunté mentalmente.

¿Podía ser que él estuviese esperando que algo así sucediese? ¿Sería que de verdad

quería verme a mí sin que ellos supiesen cuándo o dónde? Pero... ¿por qué?

Guardé el celular en el bolsillo de mi abrigo y caminé hasta la horilla del río.

Contra la balaustrada de piedra me recliné. El paisaje era simplemente bellísimo.

Tanto que se me puso la piel de gallina. Por un instante fui benévola conmigo misma permitiéndome olvidar la realidad. Si hasta le sonreí a los reflejos en el río, al perfume en el aire, a las luces en la orilla opuesta, a las voces en italiano que pasaron por detrás de mí.

Cinco minutos más tarde todo eso acababa.

—¿Señora?

Giré la cabeza. Rocco no llegaba solo. Una comitiva bien nutrida esperaba por mí.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

—No se preocupe. No esperábamos llegar a él en este primer intento.

Asentí con la cabeza.

—Ya recuperamos su vehículo.

—Bien.

—¿Cree que sepa que lo seguía?

—No estoy segura —mentí.

—La próxima vez será.

—¿Piensas que puede haber alguna cosa de importancia por aquí?
Desapareció de la

nada. No sé, quizá entró en uno de los edificios.

Rocco se sonrió.

—Tamiel suele hacer eso. Se esfuma sin previo aviso. Andando, regresemos a la casa. Mañana será otro día.

—¿Rocco puedo hacerte una pregunta?

—Desde luego señora.

—¿Las veces que lo perdieron de vista, dónde fue?

—Nunca es en el mismo sitio.

—¿Sitios al azar, sin patrón alguno?

—No le hemos encontrado ninguno. No hay un nexo que parezca unir aquellos puntos en que lo hemos perdido de vista.

Tamiel tenía que saber que todos estos demonios y yo, íbamos tras sus pasos. No podía ser de otra manera. ¿Por qué no acababa de enfrentarlos y ya?

—No se preocupe —repitió Rocco—. Mañana habrá mejor suerte.

Le sonreí e ingresé en el automóvil cuya puerta el sostenía abierta para mí.

...

—A veces la noche no es tan oscura como parece.

Las palabras de mi hermano me sorprendieron dentro de mi cabeza en cuanto entré

en la casa seguida de Rocco.

—Se te escapo —no lo preguntaba, ya lo sabía—. No te angusties, nadie en su sano

juicio esperaría que resultase a la primera.

—¿Dónde estás, Lucas?

—Te tengo una sorpresa.

—¿Dónde?

—En el jardín. Deshazte de Rocco y ven.

—En un momento estoy allí —contesté y así la conexión entre mi hermano y yo se

cortó.

—¿Desea que ordene de cenar por usted?

—No, gracias. No tengo apetito.

—La acompaño a su cuarto.

—No, gracias, creo que necesito un poco de aire. Saldré a dar una vuelta por los jardines.

—La acompaño.

—No, gracias. De hecho preferiría estar sola un poco.

—Bien; no se aleje mucho. El perímetro está custodiado, de cualquier manera...

—No te preocupes Rocco. Estaré bien.

—No se preocupe usted, todo saldrá mejor mañana.

En respuesta le dediqué un amago de sonrisa y así me despedí de él para avanzar en

la dirección que algo dentro de mí, me empujaba a seguir.

El inmenso caserón estaba en silencio y de hecho no me topé con nadie al atravesar

salones y salas de estar todas a media luz.

Una de las puertas ventanas estaba abierta de par en par, la cortina ondulaba de aquí para allá movida por la brisa fresca.

La aparté a un lado y salí.

En cuanto puse un pie fuera mi piel reaccionó al acto a la energía que vibraba en el

aire.

—Eliza.

Esta vez la voz de mi hermano sonó en mis oídos, no en mi cabeza.

—Por el camino —entonó llamándome.

Bajé los escalones y comencé a seguir el camino de piedras blancas iluminado al ras del suelo.

Lo que no se puede explicar con palabras provocó que se me pusiese la piel de gallina. La energía se tornó todavía más patente. Algo o alguien desparramaba sobre el parque una calidez y paz sin igual. Mi reacción inicial fue asociar aquello

con la presencia de un ángel y de inmediato temí. Si había un ángel aquí eso no daría en nada bueno

—La noche no es tan oscura como parece —repitió Lucas ahora con su voz.

El reflejo de luz blanca que iluminaba ahora la vegetación a mi alrededor no provenía de una fuente de luz artificial sino de una divina. O así debía ser al menos si uno hacía a un lado el hecho de que lo que se estaba parado en el centro del espacio debajo de la pérgola no era un ángel sino un demonio.

—Es la prueba viviente de que podemos ser la luz y el día. Todo amalgamado en un

individuo. Así como lo son los seres humanos, como lo es nuestro padre, como lo

eres tú.... Como lo serás cuando te lo permitas serlo.

Por detrás de la espalda de Érica flotaban unas magníficas alas del color del marfil.

—Un ángel con... —la frase murió dentro de mi garganta.

Lucas se volvió y me miró a la cara.

—No es un ángel. Acabo de tomar su alma. Érica ahora es uno de los nuestros.

No había tenido una confirmación de los orígenes de Érica sin embargo ahora parecían bastante claros. Pensé en su padre y una ola de jugos gástricos trepó por

mi garganta.

Lucas parpadeó y se quedó viéndome con una mueca de no entender nada. ¿Lo habría captado dentro de mi cerebro?

—Ella...

—Imagino que ella no tiene idea, Lucas —le contesté directamente a su mente.

—Yo creí que quizá tuviese que algo que ver con nosotros. Con todo lo que hemos

cambiado —entonó en voz alta.

Negué con la cabeza.

Lucas abrió la boca pero no entonó palabra.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza.

—¿Te sientes distinto, cambió algo?

—Tengo la impresión de que voy a vomitar.

Noté que se ponía pálido y corrí hasta él.

Toqué su frente, sudaba frío.

—Llamaré a Eleazar.

—No, nada de eso —Lucas me detuvo en mi sitio.

—Lucas que nunca antes hicimos nada semejante —giré la cabeza en dirección a ella. Es que no se movía, siquiera parpadeaba.

—Si es que estaba bien antes de que llegases. Fue la impresión... no creí... esto me

afectará sin duda alguna.

—Eso creo. No sé cómo pero supongo que sí.

—Papá debía saberlo.

—Lo sabía. Imagino que por eso ella terminó en el avión.

—¿Entonces? No entiendo nada.

—Tampoco lo tengo muy claro pero es que... —aparté a mi hermano de mí y lo obligué a girarse en dirección a Érica. Es una de los nuestros y al mismo tiempo un

ángel. Ya lo dijiste: un poco de ambos. Un poco de todo: humana, ángel, demonio.

Es como si Eleazar estuviese...

—Borrando todas las líneas que nos diferencian de ellos y a ellos de nosotros
—

soltó Lucas completando la idea que yo cargaba en mi cabeza.

—Eso mismo.

—No es lógico. Esto es la guerra, no puede borrar las líneas divisorias de esa manera. Bueno, quizá no fue esa su intención sino hacernos más fuertes para que podamos derrotarlos.

Estaría pecando de inocente al imaginar que quizá no fuese ese el objetivo de mi padre al juntar estas dos razas que tenían el mismo origen, que un día fueron una sola cosa: ángeles.

—Brillan... ustedes dos brillan —soltó Érica sobresaltándonos a ambos.

Lucas soltó una risita nerviosa.

Tomé una de sus manos entre las mías. Lucas se sobresaltó ante mi tacto sin embargo un segundo después se relajaba. El vello que recubría mi piel se puso de

punta.

—Si me salen alas de ángel...

Fue mi turno de reír.

—No las necesitas. Ya tienes una parte de ella en ti, se siente.

—¿Y ahora qué?

—No tengo idea.

—Se lo dirás al ángel. Le dirás que tenemos a su hija y que ahora es uno de los nuestros.

—Tampoco dejó de ser una de ellos. Y por otro lado quizá ya lo sepa.

—¿Y por qué dejó que esto sucediera? Eso significa que ya está de nuestro lado.

¿Habrá querido que ella tuviese oportunidad de elegir y nos eligió, así como él en

su momento eligió a papá?

—No estoy segura pero es una opción.

—¿Ahora podré hacer las cosas que ustedes hacen?

Los dos nos volvimos en dirección a Érica.

—¿Qué puedo hacer? Quiero hacer algo —lanzó ansiosa.

Me pregunté si se había percatado de la presencia de esas alas que brillaban tras su

espalda.

Lucas caminó hasta ella.

—¿De qué te crees capaz?

—Lucas, no—. Dejarla hacer lo que quisiese podía ser demasiado riesgoso tanto para ella cuanto para nosotros, después de todo si tenía mucho de ángel...

—No, lo sé, es que me siento con la capacidad de hacer lo que sea que imagine, lo

que nunca me atrevía imaginar.

—Érica existe un detalle del cual... —Lucas apuntó con un dedo sobre el hombro

de ella.

Érica giró la cabeza y las vio.

—Cristo santo —balbuceó—. ¿No que se suponía que los demonios debían tener cuernos y...?

—Es que eres distinta. Sangre de ángel corre por tus venas.

Ante mis palabras ella soltó una risa queda.

—No bromeo.

Se puso seria.

—Es verdad —Lucas secundó mis palabras—. No lo sabía pero tal parece que tu padre es un ángel, un ángel que estuvo aliado a nuestro padre, a Eleazar. O al menos

eso sospechamos.

Érica ya sabía quien era en realidad el que fuera su jefe.

—¿Mi padre es un ángel que ayudó al padre de ustedes?

—Así es.

—Es el ángel que Eliza vino a buscar para que se una a nosotros en nuestra cruzada.

Érica parpadeó un par de veces intentando asimilar la información.

—Quiero conocerlo. ¿Puedo? Llénenme con él —soltó con un claro tono de angustia en su voz.

—Por lo pronto lo mejor es que no lo conozcas, no hasta que estemos seguros de si

tu padre desea volver al lado del mío o no —le expliqué.

—¿Entonces qué soy, un ángel o un demonio? Esto no me queda nada claro —se agarró la cabeza—. Estoy muy confundida.

—Después de todo nuestro padre también es un ángel y Eliza lleva sangre del arcángel Miguel en sus venas, su madre era descendiente de él. Tanto Eliza cuanto

yo tenemos poderes que son de ambas... especies —completó por fin luego de

buscar ese último término dentro de su cabeza.

—Esto es muy loco.

—Pero es totalmente normal y esperable. Es lo que necesitamos para recuperar el sitio que nos pertenece, lo que nos arrebataron.

—Pero mi padre... no creen que él se enoje si sabe que le di mi alma al Infierno.

—Tu padre fue desterrado por ayudar al nuestro —le explicó Lucas—. Él y dos ángeles más. Uno de ellos ya regresó al lado de mi padre para así enfrentar a Miguel y derrotarlo.

—¿Él también se aliará a tu padre, Lucas?

Esa era la pregunta del millón —pensé yo—. ¿Es que Tamiel había permitido que llegásemos a su hija a propósito porque planeaba regresar con mi padre?

—Eso esperamos Érica —Lucas la miró con ternura—. Hagamos una prueba.

Con delicadeza mi hermano la tomó de la mano y la llevó hasta la enredadera de flores celestes que crecía junto a una de las columnas de la pérgola. La soltó y posó una de sus manos sobre la planta—. Yo puedo hacer esto —las hebras verdes, las hojas y flores comenzaron a ponerse mustias y luego negras

bajo la atenta mirada

de Érica. Lucas apartó la mano una vez más—. Puedo quitar la vida.

Noté que Érica contenía el aliento.

—Y también darla.

Se me puso la piel de gallina una vez más.

Las manos de mi hermano en una suave caricia le devolvieron el verde y el vigor a

la enredadera que de pronto comenzó a brotar moviéndose como si además de vida

tuviese conciencia propia, buscando travesaños en los cual enredarse. En unos segundos un techo verde y florido de celeste se formó sobre nuestras cabezas.

Quedé boquiabierta. No tenía idea de que Lucas... Obviamente los cambios en ambos se acentuaban cada día, incluso con el correr de las horas.

—¿Quieres que haga eso? —jadeó estupefacta.

—Quisiera que lo intentes. Llevas menos de media hora siendo una de los nuestros.

No te exigiré nada. Es un milagro que estés así de controlada. La verdad es que estoy seguro que mi hermana y yo no tenemos ni idea de lo que podríamos esperar

de ti.

Por los labios de Érica se escapó una risa picara.

—Por Dios si es que tengo la impresión de estar soñando.

—No es un sueño, es real —me encontré a mí misma diciendo si bien esto

superaba

cualquier posible realidad imaginada por mí.

Las manos temblorosas de Érica se posaron sobre la planta.

—¿Cómo lo hago, debo decir algo o...?

Lucas posó su mano derecha sobre las de ella.

—No es un truco, es parte de lo que eres. Si esta en ti simplemente lo harás.

Por un par de segundos no sucedió nada. Y luego algo en el aire cambió. Las alas de

Érica se opacaron y entonces la planta empezó a secarse, a encogerse sobre sí misma.

La sorpresa le arrancó un risa nerviosa y a mi hermano un jadeo ahogado.

Érica quitó las manos de encima de la planta y las escondió entre su pecho y su cuello.

—Lo hice —musitó.

—Lo hiciste y solamente llevas unos minutos siendo una de los nuestros, imagina lo

que...

ella no le permitió terminar la frase. Sus palmas volvieron a posarse sobre la planta y entonces sus alas recuperaron el brillo y más que eso, iluminaron todo el lugar con la intensidad de un potente reflector. La planta recuperó el verde brillante y docenas de ramilletes de flores brotaron aquí y allá. El aire se cargó de energía.

Lucas retrocedió alejándose de ella y me llevó por delante.

—¿Qué? —le pregunté.

—Es incómodo —me contestó él.

De pronto el efecto de lo que hacía Érica pasó de esa enredadera al resto de las plantas que se pusieron a brotar, crecer y florecer.

—¿No te molesta?

Negué con la cabeza.

—No lo repelas Lucas —siquiera yo entendía muy bien por qué lo decía—.

Absórbela. La energía que nos rodea, absórbela.

—¿Y cómo mierda se supone que lo haga?

—Tu padre es un ángel Lucas, tú puedes —tomé a mi hermano por la muñeca.
Lo

sentí ponerse tieso. Todos repetían aquel detalle sobre mi padre una y otra vez
y no

creí que yo fuese a convencerme de aquello en algún momento. Creo que por fin ahora llegó el momento de asimilarlo; era parte de él, parte de Lucas, parte de mí

—. Ella está aquí por una razón, y papá busca a los otros ángeles por esa misma razón. La fuerza no está en el número que seamos si tenemos que enfrentarlos sino

en la energía, nosotros absorbemos energía de los humanos, el clan lo hace sin siquiera tomar sus almas.

Lucas me miró.

—Hazlo—. Simplemente inspiré hondo y dejé que aquello fuera lo que fuese,

traspasase mi piel. Y así como ingresó en mí, pasó por mi mano a Lucas, lo sentí

correr entre nosotros—. No temas. Es parte de lo que eres —insistí.

—Eliza...

—¿Qué?

En respuesta Lucas me sonrió. Noté que sus ojos se habían empañado.

Sentí un cosquilleo en la espalda y las rodillas se me aflojaron.

Si creí que ya nada me sorprendería allí, detrás de mis hombros brillaban un par de

perfectas alas del blanco translucido con el dejo grisáceo de la porcelana.

La cantidad de veces que mi padre me había dicho que lo dejase salir. Aquí estaba,

lo había dejado salir y aquí estaba.

El mundo de repente quedó sumido en el más completo y absoluto silencio. Fue como si el tiempo se detuviese. Solamente podía sentir la luz, la calidez, la paz, esa calma absoluta que no tiene comparación con nada de este mundo, con nada que puedas expresar en palabras que fueron creadas para guardar secretos, ni para susurrarlos siquiera.

Sin la oscuridad no existiría la luz, sin la luz la oscuridad no sería nada. Si la vida necesita del día y la noche para ser, el mundo necesita de los ángeles y los demonios para seguir funcionando, los humanos lo necesitan. Esta rueda infinita se

desharía en tramos inconclusos que no llegarían a ningún sitio porque ya no rodarían sino que se quedarían estancados en un lugar, en un punto frío y sin vida.

La vida para seguir adelante necesita esta unión. Mis dos manos fueron directo a mi

vientre. La unión.

Giré la cabeza en dirección a mi hermano, él no tenía alas pero igual brillaba.

—Siento que podría salir volando —rió Lucas.

—Y yo —rió Érica—. Así que somos ambas cosas.

—Una mezcla —solté yo.

Ella sonrió.

—Lo que sea se siente de maravilla.

—Así es —convino Lucas.

—Tengo hambre. Me muero de hambre. ¿Podemos comer? Se me antoja pasta.

—Sí, claro. En un momento —le contestó Lucas—. ¿Y ahora qué? ¿Por qué papá no

nos explicó esto? Ella es una suerte de nexo entre un lado y el otro. ¿Crees que Amers también sea capaz de hacerlo, él y los otros ángeles?

—¿Quizá él y todos los demás?

—Dudo que los otros ángeles quisieran hacer eso por nosotros.

Es probable. Ningún ángel se había ofrecido a ayudarme con mis energías cuando

estuve en casa de La Orden, siquiera Gabriel.

—Igual no me queda claro por qué es que papá no nos dijo nada de esto.

Me angustié al instante. Eleazar había insinuado más de una vez que era posible que

él sucumbiese en pos de esta empresa suya. ¿Nos estaba dejando solos ya?

Mi piel se enfrió.

No quería perderlo. Entendí que pese a todo lo necesitaba, es más, en este instante se me antojaba su presencia, quería hablar con él del modo más sincero posible, preguntarle sobre el tiempo en que fue un ángel, en que Gabriel, Miguel y los demás fueron simplemente sus hermanos.

Nuestros padres estaban dejándonos, librándonos a nuestras propias decisiones,

¿sería eso? ¿Lo había hecho Eleazar, lo había hecho Tamiel al dejar a su hija?

Érica repitió que estaba famélica y a mí también me entró hambre.

Regresamos al interior de la casa que continuaba sospechosamente vacía.

Yo no tenía idea de dónde quedaba la cocina, Lucas sí. Hasta allí nos guió, y entre

risas y conversaciones nos preparó de cenar una tonelada de pasta que tenía una pinta increíble.

La conversación fue amena pese a que estuvo centrada en temas muy demoniacos y

también angélicos. Para otros oídos aquella conversación debía sonar muy surreal,

para nosotros era parte de nuestra vida.

Entre los tres nos enseñamos lo que éramos capaces de hacer.

La madrugada nos encontró a los tres hablando de nuestros respectivos padres, de

nuestras vidas, de los caminos que nos condujeron hasta aquella cocina.

21. Corazón dividido.

Mi cabeza era una verdadera locura sin embargo para cuando llegó la mañana cantó

más fuerte la necesidad de oír su voz que el desconcierto reinante en mí.

Desde el descanso de la escalera había divisado a Rocco conversando con otro demonio a unos pasos de la puerta principal. Al sentirme llegar alzó la cabeza y dispensó al demonio.

—Buenos días.

—Buen día Rocco. Necesito llamar por teléfono a mi casa. Mi esposo no sabe nada

de mí desde que pisamos suelo italiano. Quiero hablar con él, debe estar

preocupado—mi última comunicación con Vicente había sido un mensaje de texto cuando las ruedas del avión todavía giraban sobre la pista de aterrizaje.

Rocco se quedó viéndome.

—Si es necesario me pones en contacto con mi padre y yo se lo pido. Quiero hablar

con mi esposo—. Imaginé que era momento de ponerme firme de modo que le di

otro tono a mi voz y erguí la espalda.

Una media sonrisa apareció en los labios de Rocco. Meneó la cabeza.

—No será necesario. Acompañeme. La guiaré hasta el teléfono.

Rocco se echó a andar y lo seguí.

—Entiendo que anoche su hermano hizo grandes avances.

—Imagino que era exactamente lo que mi padre quería, ¿no es así? Por qué es que

él no nos dice lo que quiere y ya.

—¿Lo que su padre quiere? —entonó sin detenerse—. La vida no debería funcionar

así, con alguien diciéndole que hacer, hacia dónde dar cada paso, ¿no le parece?

—Pues yo tengo la impresión de que Eleazar ha encaminado mucho de los míos.

Rocco se detuvo y me lanzó una mirada por encima de su hombro.

—En última instancia cada decisión ha sido suya, así como la de la señorita Érica.

Ella anoche bien pudo decir que no y regresar a su vida. Fue su decisión —y así sin

más retomó su andar.

—Dime la verdad Rocco. ¿De qué se trata todo esto?

—Las verdad...

No vi sus labios pero lo escuché sonreír.

—Si su padre no le revela la verdad a través de sus ojos, menos lo haré yo. Usted tiene que descubrirla por su cuenta, hacerla suya.

—Me siento como una idiota. Tengo la impresión de que la verdad está justo delante

de mi nariz y yo...

Rocco se detuvo en seco una vez más y casi me lo llevo por delante.

—Es el quid de la cuestión.

—¿Que soy una idiota? —bromeé.

—No, que no hay peor ciego que el que no quiere ver —giró hacia mí lentamente

para que quedásemos cara a cara —y no me refiero a la ceguera que pueda afectar

sus ojos sino a la de su corazón. Muchos viven toda la vida viendo según los patrones y cánones que sin querer, acaban absorbiendo de sus padres, de sus familias, de la sociedad en general, incluso de la historia y lo peor del caso es que a veces la historia se equivoca.

—Entonces... el punto aquí es que forme mi propia opinión.

—Nada más sencillo que eso, nada más difícil.

—Pero yo también puedo equivocarme.

—Pero como sea, será su decisión y no la de alguien más.

—¿Siquiera la de mi padre? Eso no me lo creo. Resulta que Tamiel fue mi ángel de

la guarda, que su hija está aquí ahora y de nuestro lado y tú quieres decirme que la

decisión es mía. Lo que yo creo es que no necesito convencer a Tamiel de que se alíe a mi padre porque él ya está de su lado. Esto tiene gusto a pantomima. Su hija

está aquí, si él no estuviese con mi padre jamás habría permitido que se diese su cambio.

—Érica pudo haber tomado otro camino. También usted.

—Ayer dijiste que los otros la habían abandonado, que Tamiel la abandonó. Es muy

probable que tengas razón, que los ángeles jamás nos hubiesen acogido ni a ella ni

a mí.

—Quién sabe —se encogió de hombros.

—Rocco, esto es ridículo.

—Lo ridículo es que no entienda que la verdad es lo que le dicte su corazón cuando

llegue la hora.

—No sabía que los demonios pudiesen tener una veta tan poética.

Rocco rió.

—Ahora lo sabe. ¿Quiere llamar a casa o no? Hágalo y más tarde discutiremos los

planes para hoy.

Resoplé.

Rocco me ignoró alevosamente. Retomó su camino.

—¿Puedo llamar a mi padre, también?

Nos detuvimos frente a unas puertas dobles de madera pulida. Rocco abrió una de

las hojas, el ambiente era una suerte de biblioteca y estudio.

—El teléfono está a sus disposición. Sé que será prudente.

Me quedé viéndolo un momento.

—Qué costará hablar con claridad y no con medias palabras y frases cripticas.

—La neutralidad de sus pensamientos —fue la respuesta de Rocco a lo que en realidad no era más que una expresión de fastidio de mi parte.

—Sí, seguro.

Entré en la inmensa biblioteca. Me quedé allí sola cuando Rocco cerró la puerta quedándose del lado de afuera.

El teléfono estaba sobre el escritorio a unos cinco metros de mí.

Hasta éste avancé a paso presuroso. Me moría de ganas de escuchar la voz de Vicente.

Marqué una infinidad de números de teléfono para conectarme con su celular.

Estaba tan nerviosa que siquiera fui capaz de tomar asiento. No podía quedarme quieta. Emilia se removió dentro de mí. El teléfono repiqueteó una, dos, tres veces y al final...

—¿Diga?

La sangre de pronto dejó del fluir en mis venas. Mi corazón ya no latía.

—¿Quién habla? ¿Hola, hay alguien allí? —la voz de Eva retumbó en mis oídos una

y otra vez. No sé por qué no fui capaz de contestar. Que ella contestase el celular de Vicente en realidad no significaba mucho, después de todo estaba quedándose en casa.

—¿Quién es? —escuché a Vicente preguntar. Su voz sonaba lejana.

—No, sé, no contestan y el número es privado. Hueles rico, la ducha te sentó bien.

Aquella acotación de ella después de responderle a Vicente me revolvió las tripas.

—Pásamelo.

—¿Qué me darás a cambio?

El tono sensual de ella al hablar hizo que me diesen ganas de tomar un avión directo

a Buenos Aires.

—¿Quién habla?

La voz de Vicente hizo cosquillas en mis oídos, de pura emoción; de cualquier modo me costó encontrar la mía para hablarle.

—¿Sí?

—Soy yo —mi voz apenas si salió de mi boca.

—¡Eliza!

—Sí.

—De dónde me llamas. ¿Por qué no llamaste antes? ¿Por qué no contestaste los llamados y los mensajes que te dejé en tu celular? Estaba que me moría de la preocupación. Llevo un día sin saber nada de ti. Entiendo que esto es muy complicado y demás pero es que pensé que algo malo te había sucedido.

Cuando hablaba con Eva no sonaba preocupado.

—¿Por qué contesto ella?

—¿Esa es tu respuesta? Desapareces y lo primero que haces es preguntarme por qué

Eva contestó el llamado.

—Porque estabas en la ducha —solté y un poco de rabia se escapó en mi tono de voz.

—Sí, estaba en la ducha... ¿Qué...? ¿Cómo estás, que tal está todo? ¿Dónde estás?

Dime algo.

—No sonabas muy preocupado.

—Eliza, no es momento para una escena de celos. ¿Te encuentras bien? ¿Qué sucedió?

Inspiré hondo procurando calmarme.

—Estoy bien. No me queda claro qué es lo que vine a hacer aquí pero estoy bien. Es

decir todo lo que puedo estar con la distancia de por medio entre nosotros y...

—Eliza, por favor. Fui a darme una ducha y dejé el celular cargando. Ella lo escuchó sonar y contestó, no es más que eso. Te extraño y me haces falta.

—¿Cómo te va con ella?

—No entiendo por qué quieres hablar de Eva. Dime cómo va todo. ¿Estás segura allí?

—Imagino que sí.

—¿Imaginas? ¿Qué es lo que sucede?

—Todavía no lo sé. No estoy segura.

—Cuéntame. Lo resolveremos juntos.

—Por ahora no es buena idea. Solamente quería escuchar tu voz; ella contestó y...

¿cómo están las cosas por casa?

—Anežka está bien. Aquí no hay mayores novedades salvo que me haces falta.

—Y tú a mí. Odio esto. Estoy harta de esto, de Eleazar, de todo el condenado embrollo.

—¿Pero regresarás a casa pronto? ¿Crees que lograrás convencer al ángel?

—Ni siquiera tengo la certeza de que eso sea necesario. Estoy confundida.

—Tomaré el primer vuelo a Roma que encuentre.

—No, no es buena idea. Daría cualquier cosa por tenerte aquí pero no es buena idea

—. Rocco tenía razón, tenía que resolver esto por mi cuenta.

—¿Qué puedo hacer por ti si no puedo estar a tu lado, si no puedes contarme nada?

—Asegurarme que sin importar qué, continuarás amándome.

—Nada de este mundo podrá cambiar eso.

—Eva no es de este mundo —aquello se me escapó casi al borde de las lágrimas.

—Eliza, amor —rió él —nada sucede entre ella y yo.

—Malditas hormonas. Quiero regresar a casa —y entonces sí se me escaparon las

lágrimas.

—Llamaré a tu padre en este instante. No te encuentras en condiciones de hacer esto.

Deberías estar en casa, disfrutando de tu embarazo. Sé que dije que... que dije lo que dije pero en realidad nada importa si no estás bien.

—No, Vicente —me limpié las lágrimas—. Tenías razón. Tengo que hacer esto.

—Y sé que puedes hacerlo. Si es que para ti los imposibles literalmente no existen;

es que me mata escucharte llorar y no poder abrazarte.

—Te amo.

—Y yo a ti.

—Por un momento pensemos solamente en nosotros. Olvídate de todo lo demás.

Habla conmigo. Cuéntame... cómo está Emilia, ¿está moviéndose ahora?

Con lágrimas todavía cayendo por mi rostro, me llevé una mano al vientre.

—Sí, como loca. Estará feliz de saber que hablo contigo.

—Dile que su padre la ama.

Al teléfono le sonreí.

—Emilia, papá te ama —entoné en voz alta y entonces ella se movió una vez más.

Sonreí de felicidad.

—No puedo parar de pensar en el día que por fin tenga la oportunidad de tenerla en

mis brazos. Es un milagro. Me darás una hija amor... ni te imaginas lo que eso significa para mí. Todavía me cuesta creerlo.

A mí todavía me costaba creer que esto fuese real.

Siendo solamente nosotros dos, conversamos por más de media hora. Su voz me relajó, volví a mí y el mundo pareció acomodarse al menos un poco, en su sitio.

Me costó horrores despedirme de él.

En cuanto corté la comunicación se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

Resistí y marqué el siguiente número. Mi padre no contestó por lo que le dejé un simple mensaje:

—Soy Eliza, imagino que ya sabes que estoy en Roma y sin duda deben haberte puesto al tanto de lo que sucedió anoche. Me gustaría mucho hablar contigo.

Necesito las cosas claras y esto no está claro. Nada está ni remotamente claro. No

entiendo que hago aquí ni qué es todo esto. Te agradecería que me llamaras. Bien....

Llámame. Adiós.

Colgué y no di más vueltas. Al salir de la biblioteca me encontré con Rocco sentado

muy quieto en un sillón en distribuidor que daba a la biblioteca al pasillo y al salón contiguo que no tenía idea de qué era. Al verme se puso de pie.

—¿Todo en orden?

—Mi padre no contestó a mi llamado pero imagino que ya sabías que no lo haría.

Rocco me dedicó su mejor cara de póquer.

—Sí, claro. Y bien, ¿qué se supone que haremos ahora?

—Ir tras un ángel.

...

A la hora señalada me encontraba en la esquina de la parroquia de Tamiel para verlo salir de camino a su trabajo en Castel Sant'Angelo . El padre Enrico Tabusso

se echó andar sin más. Si notaba mi presencia no me lo hizo saber. Saludo a un

par

de vecinos y siguió camino. Esta vez la persecución sería a pie. Rocco y los otros

demonios nos seguirían de cerca en un par de vehículos para cuidar de nuestra seguridad.

Lucas insistió en acompañarnos, Rocco no se lo permitió. Lucas armó un

escándalo, dijo que tenía todo el derecho del mundo de velar por la seguridad de su

hermana. Su temperatura subió y todos se pusieron tensos; incluso amenazó con llamar a mi padre; el demonio no le hizo caso, le aclaró que así lo quería mi padre

y que para nada más que para enfurecerlo serviría que lo llamase. A mí tampoco me

parecía buena idea que viniese con nosotros, no era momento para dejar a Érica sola y llevarla a rondar a su padre no auguraba nada bueno.

Mi celular sonó. En la pantalla en número de Rocco.

—Estamos detrás de usted. No se preocupe, todo irá bien.

—Siempre y cuando no vuelva a esfumarse.

—Va de camino a su trabajo y nunca llega tarde.

—¿Siquiera cuando ustedes lo siguen?

—Nunca —contestó Rocco.

—¿Tengo vía libre para entrar con él?

—Si está usted segura...

—Se supone que lo quieren de nuestro lado, ¿no? —el semáforo detuvo a Tamiel en

la esquina y yo frené un par de metros por detrás de él.

—Sí, así es.

—Genial.

—Yo no me emocionaría tanto. Tenga cuidado.

—Claro —el semáforo se puso en amarillo. Corté y guardé el celular en el bolsillo

de mi abrigo. Él dio un paso, yo di un paso y la marea humana se movilizó con nosotros en esta locura de gente y tránsito que era Roma en su hora pico.

Hacia el puente de Umberto I nos dirigimos. Pasamos junto un grupo de turistas, eran todas personas mayores. Hacia nuestra derecha el río se curvaba en una vista

de lo más pintoresca. Hacia la izquierda, al fondo, el Vaticano.

A medida que fuimos avanzando y por detrás de las copas de los árboles de la rivera, divisé el castillo.

Tamiel corrió para evitar que el semáforo lo frenase una vez más y yo corrí tras él.

No había tiempo para admirar el edificio a mi derecha a pesar de lo atractivo de su

fachada y sus dos fuentes. El tránsito giraba hacia la derecha sin embargo nosotros

seguimos por el borde del río junto a la feria montada allí. Y entonces Castel Sant'Angelo quedó expuesto para nosotros.

No tengo muy en claro cómo es que acabamos en los jardines que rodeaban el

castillo. Imaginé que Tamiel entraría por algún acceso exclusivo para empleados o

algo así, el caso es que no y lo agradecí porque no me había detenido antes a pensar, en cómo haría para encontrarlo luego allí dentro, si debía separarme de él.

Un par de turistas revisaban al sol, un mapa.

Los visitantes iban y venían despreocupados.

—¡Enrico!

Tamiel se giró en mi dirección. No fui yo quien lo llamó sino alguien por detrás de

mí. Mi corazón se detuvo por un segundo. La mirada amable del ángel se cruzó con

la mía, bien en realidad fue más que eso. Sus ojos se fijaron en los míos; me vio como quién reconoce a alguien. No fue la mirada de un extraño; entendí que él sabía perfectamente quién yo era y probablemente, qué hacía allí.

Dio un paso al frente, y otro más. Pensé que caminaba hacia mí. No lo hizo, siguió

de largo pasando por mi lado para encontrarse con el hombre que con tono alegre,

le dio los buenos días en un bello italiano.

Por una milésima de segundo me quedé en mi sitio intentando decidir qué hacer, si

seguir caminando o detenerme a esperarlo. ¿Me había reconocido? De ser así ¿por

qué no me enfrentó? ¿Acaso deseaba que lo esperase? Mi cabeza era la completa locura. mi temperatura ascendió y entonces mi móvil comenzó a

sonar.

Era Rocco.

—Algo sucedió. No podemos entrar. Salga ahora mismo. No podemos ir con usted,

debe salir en este instante. Salga ahora —soltó Rocco a toda prisa y con un tono de

vez que lo decía todo.

Mis manos se echaron a temblar.

Sin contestarle, giré sobre mis talones. Tamiel continuaba hablando con el hombre

el cual también llevaba alzacuello. Casi en cámara lenta, giró la cabeza y me miró.

No detecté amenaza alguna en sus ojos o en su gesto.

—¿Eliza? ¿Me escucha? Tiene que salir de allí ahora. No podemos protegerla. No

estamos solos. Salga. Tenemos que regresar a la casa en este instante. Tamiel ya no

importa. Salga de allí ahora.

Tamiel puso una mano sobre el hombro de quién hablaba con él.

Intercambiaron un

par de palabras. El hombre se alejó en sentido contrario y Tamiel comenzó a avanzar hacia mí sin quitarme la mirada de encima. Yo simplemente no conseguí moverme de mi sitio o hacerle caso a los gritos de Rocco los cuales me llegaban

por la línea telefónica.

Sin ceremonia alguna, el ángel se detuvo frente a mí y me arrebató el celular de las

manos. Ignorando también los gritos de Rocco, cortó la comunicación y arrojó el

móvil a un lado, entre unas plantas que crecían al costado del camino en el jardín.

—Debes venir conmigo ahora. Todo se ha complicado un poco.

—Pero...

—Eliza, sígueme por favor. No estamos seguros aquí afuera. Tenemos que dejar el

castillo pero no por aquí.

Lancé una mirada por el costado de su hombro. El párroco que había estado hablando con él avanzaba a toda prisa hacia la salida; antes de perdernos de vista se volvió para mirar en nuestra dirección.

Tamiel me tomó por el brazo. El mundo estalló a mi alrededor en una mezcla de sentimientos y emociones imposibles de contener. Con su mano sobre mí, vi lo que

el resto de los mortales que nos rodeaban jamás podrían ver. Un estupendo par de

alas brillantes y tan vivas que opacaban la belleza del castillo y sus alrededores.

—¿Qué sucede? —fue lo único que atiné a decir.

—Lo que sucede es que si no nos damos prisa, todo acabará aquí.

—Pero... —tragué saliva. Sé que no era coherente es que necesitaba una explicación aquí y ahora.

—Andando. Hablaremos más tarde cuando podamos.

—Es qué... —todavía no podía creer que lo tuviese frente a mí, con su mano en mí.

—Lo sé; hubiese preferido que fuese de otro modo. No hay tiempo —Tamiel me empujó.

Yo trastabillé en mis primeros pasos. Procuré recomponer un poco de la claridad de

mi mente y eso fue suficiente para que pudiese caminar sin problemas, siguiéndole

el ritmo.

Nos alejamos de los turistas y acabamos perdiéndonos entre las sombras de las murallas. Un guardia saludó a Tamiel y se quedó viéndome. El ángel desestimó la

cara de preocupación y desconfianza del guardia y siguió de largo.

—¿A dónde vamos? ¿Qué es lo que sucede? Me llamaron para avisarme que ya no

era seguro pero no me dieron ninguna explicación.

—Miguel.

Ante la mención de aquel nombre me crispé. Todo mi cuerpo se puso en alerta. Un

enojo feroz se apoderó de mí. Ese nombre no despertaba buenos sentimientos. No

es que me agradase la idea de una guerra entre los nuestros y los ángeles, es que simplemente Miguel no era santo de mi devoción, tenía muchas ganas de pedirle un

par de explicaciones. Así, en medio de esa huida, el rostro del mi madre volvió a mí

y mi boca se agrió mientras una grieta se abría en mi pecho una vez más.

—Tranquila.

—Si él está aquí lo enfrentaré.

—No, no harás eso —de un empujón abrió una pequeña puerta de madera que más

que para personas, parecía para muñecas, la puerta de una casita de muñecas.

—¿Por qué no? ¡Déjame! —tironeé de mi brazo para zafarme—. ¡Suéltame!

—Eliza, por favor.

—¡Nada! Necesito una explicación. ¿Por qué desapareciste ayer de la nada y ahora

te paras frente a mí sin el menor problema? ¿A qué estamos jugando?

—No es un juego. Es un asunto muy serio.

—Pues a mí no me lo parece. Mi padre y tú...

—Nosotros solamente intentamos hacer lo correcto.

—¡¿Es broma?! —estallé fastidiada—. ¡Tenía razón, toda esa historia de que debía

convencerte no es más que una gran mentira! Estoy harta de eso. No pienso continuar con este juego. ¡Necesito la verdad aquí y ahora!

—La verdad es que si no nos vamos probablemente acabaremos muertos.

—Quiero la verdad. ¿Los demás también saben que esto no es más que una farsa?

—No es una farsa. No tenías que convencerme a mí, tenías que convencerte a ti misma, y si tú decidías que luchar por la verdad es lo que querías, yo estaría contigo, de otro modo hubiese seguido mi camino y tu padre el suyo hasta que... —

Tamiel se detuvo—. Hasta que encontrásemos la muerte porque es lo más probable

que eso hubiese sido lo que nos sucedería si tú solamente le dabas la espalda a esta

lucha.

—Pero si dices que es probable que estemos a punto de morir ahora también.

—Sí, quizá. La diferencia es que ahora contigo aquí, tenemos esperanza. Sin ti no la

teníamos. Sin ti el camino se hubiese terminado abruptamente.

Se me puso la piel de gallina. Odiaba que hablasen de mí en estos términos y no solamente por la responsabilidad que recaía sobre mis hombros cuando lo hacían sino porque jamás, nunca, siquiera hoy por hoy me creía con la capacidad de cambiar nada, mucho menos algo tan rotundo como el destino de todos nosotros.

—Estoy cansada de que me mientan. Mi padre lo hace de manera indiscriminada para manipularme y tú estás con él. Todos mienten.

—Fueron las últimas mentiras, Eliza. De aquí en más solamente la verdad.

—¿Y esperas que crea eso?

—Espero que entiendas lo difícil que es vivir por una eternidad con el corazón dividido entre lo que siempre creíste y amaste, y en lo que la vida y la experiencia te demostró que era justo. Entre lo que se nos hizo creer que era real y lo que es real.

No viviste nuestras vidas, no lo entenderías del todo jamás. Esto no comenzó

ayer

Eliza, tampoco cuando tú naciste. Llegar a este día llevo una dolorosa y oscura eternidad. Una eternidad de vivir en las sombras, de vivir con vergüenza, de dudar

incluso de nuestros propios pensamientos, de temor a equivocarnos. Una eternidad

de temer que esto no de resultado y que tanto dolor y esfuerzo fuera en vano.

Y con esas palabras fue mi corazón el que se dividió para romperse en dos al sentir

el pesar en el interior de la magnífica criatura que tenía enfrente.

—Esto es lo que todos nosotros sentimos, con lo que hemos tenido que vivir.

¿Mi padre sentía eso?

—Quizá nos equivocamos al cuestionar lo que nos fue dado, lo que se le dio a otros, los modos en que las cosas debían ser. Nadie dice que tengamos la razón, nadie dice que tú la tengas al aceptar ponerte de nuestro lado pero es y fue nuestra

verdad y ahora es tu verdad, la que elegiste, siendo libre, libre como fuiste y eres al haber dado tu alma por amor, por el amor que le tienes a tu hermano, por el amor

que le profesas a tu marido, a tu hija, a lo más importante de esta vida que son los

afectos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Tú eres el ejemplo de lo que nosotros siempre quisimos ser. Ninguno de nosotros es perfecto. Jamás lo fuimos ni podremos serlo, ni siendo ángeles, ni

siendo demonios. ¿Lo comprendes?

Creía comprenderlo pero todavía no divisaba el fin. No entendía como harían para

que esto diese resultado. Como conseguirían ser aceptados y hacer valer su verdad.

Acabando con Miguel no parecía un buen modo de llegar a eso y de convencerlo...

bueno, no sonaba muy coherente esperar que mi padre y los demás pudiesen

convencer a Miguel de que su causa siempre había sido justa, no cuando se suponía

que en este instante venía tras nuestros pasos para acabar con nosotros.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes o todo acabará en nada. Por favor, Eliza.

Atontada, asentí con la cabeza.

—Gracias al cielo —gimió Tamiel tomándome de la mano en un gesto que disparó

en mi cerebro el recuerdo de un momento que no llegaba a recordar de un modo visual mas que sin embargo continuaba guardado en mi corazón. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me sentí como una niña de cinco años que todavía no entiende de qué va el mundo pero que sabe, mejor dicho que tiene la certeza de que

hay mucho más allí afuera, de lo que es visible a los ojos, de lo que pueden explicar los adultos con su lógica, ese algo tan firme y vivo que hace que en esos momentos

de debilidad, de dolor o incluso en los que te encuentras absolutamente perdido, resurja de la nada dentro de ti, la fuerza para seguir adelante, para continuar confiando.

Su mano tiró de la mía y así nos pusimos en camino.

—¿A dónde vamos?

—A buscar un lugar seguro.

—Vine acompañada. Los otros demonios...

—Ellos no pueden entrar aquí, este lugar les causa aprensión. Imagino que sabes que si bien los demonios pueden entrar en las iglesias y en campo santo... bien, no

todos lo resisten.

—Si pero esto no es...

—Es parte del territorio del Vaticano y hacia allí nos dirigimos, este camino conduce al Vaticano.

—Entonces no deberíamos ir a otro lado, si esta es tierra santa o como quieras llamarla, Miguel no tendrá problemas...

—Confía en mí —soltó interrumpiéndome y así sin más, apretó el paso.

Sentí su mano crisparse sobre la mía. Sus dedos se pusieron fríos.

—¿Qué sucede?

—Miguel.

El suelo cimbró debajo de nuestros pies y acto seguido escuché el estallido.
La onda

expansiva hizo vibrar la sangre dentro de mis venas. Mi útero se estremeció.
Me frené en seco y abracé a Emilia soltando la mano de Tamiel.

—¿Qué fue eso?

—¡Corre! —Tamiel rodeó mis hombros con uno de sus brazos en una actitud

protectora que no me privó de ver lo que se nos venía encima. Una bola de fuego se

alimentó del aire del corredor transformándose en una marea roja y ardiente que venía directo hacia nosotros.

No necesité que volviese a repetir que corriera, mis piernas ya habían entendido el

mensaje.

La onda expansiva nos llevó por delante. No llegó a derribarnos; si nos hizo trastabillar y entonces la pared a la derecha de Tamiel voló por el aire. El ángel me abrazó sin embargo no dejó de correr y así me llevó consigo.

Escuché gritos, amenazas, una nueva explosión.

Una sensación cálida me envolvió, era algo más que el brazo de Tamiel, eso quedaba claro. Era producto de aquello que él hacía pero no era momento ni lugar

para ponerme a hacer preguntas. Los gritos siguieron, eran al menos cuatro voces

distintas; entonaban el nombre de Tamiel. El mío.

El corredor se llenó de un humo negro. Se escuchaban sirenas y hacía calor, mucho

calor. Veía el resplandor del fuego pero las llamas no llegaban a tocarme.

Mi corazón se aceleró. El brazo de Tamiel me protegía sin embargo la sensación de

que nuestras vidas estaban en peligro, no me abandonaba. En mi cabeza cabían solamente dos pensamientos, mi hija y Vicente. De pronto ya no importaba nada más.

Otra explosión, esta vez a mi izquierda. Trozos de mampostería volaron para

todas

partes. Un pedazo impactó contra mi pierna, otro más pequeño contra mi cuello.

Sentí ardor después del golpe. Ya habría tiempo para evaluar los daños.

El corredor que descendía en una suave pendiente se terminaba a unos diez metros

delante de nosotros. Había una puerta. Lo hubo por tres segundos más y después ésta voló por el aire ante el gesto que Tamiel hizo con su mano derecha.

En nada atravesamos el hueco para salir a un salón de decoración modesta que desembocó en otro, luego en otro. Y las cosas no dejaban de volar a nuestro alrededor porque los estallidos y el fuego no dejaban de seguirnos el tranco, pisándonos los talones.

Un guardia uniformado de azul y celeste intentó cortarnos el paso con gritos y gestos. Tamiel lo apartó de un empujón. El hombre cayó sobre una mesa de apoyo

que sostenía un florero. Escuché la porcelana romperse y al hombre volver a gritar.

Lo siguiente fueron disparos; no hacia nosotros sino a los que nos seguían.

Esa voz que había dado el alto en italiano soltó un grito y supe por una sensación

que atravesó mi corazón, que el hombre ya no estaba con vida.

Los ángeles acababan de asesinarlo.

El mundo se puso de cabeza. ¿En qué cabeza cabía que pudiesen hacer nada semejante?

—Por aquí —gritó Tamiel tomándome por la mano y entonces salimos a un

corredor repleto de gente. Turistas.

Reconocí el lugar, estábamos dentro del museo vaticano.

Divisé la magnífica escalera que parecía un espiral eterno, hacia allí tiró de mí, Tamiel. Los ángeles continuaron atacándonos. La gente gritaba, los guardias no entendían nada. Lo que estaba siendo destruido no podría recuperarse jamás y eso

no era únicamente por lo material. Este momento marcaba un antes y un después. Vi

sangre, escuché más gritos e intenté esquivar los destrozos que volaban para todas

partes.

Al llegar abajo nos confundimos entre la gente que salía corriendo del edificio.

La calle —pensé al alzar la cabeza.

Afuera había un par de patrulleros de la policía italiana, esos Alfa Romeos tan relucientes. Vi ambulancias y escuché la llegada de un camión de bomberos. La confusión era total, sobre todo la que embargaba mi cerebro. ¿Cómo podía ser que

los ángeles pudiesen arremeter contra humanos, contra siglos de historia, contra lo

que siempre fueron?

Un policía intentó guiarnos hacia las columnas que ahora entendí conformaban el pasadizo que nos había llevado desde el Castel Sant'Angelo hasta el Vaticano. Más

allá de estas columnas las columnas blancas de Plaza San Pedro.

Pasamos junto a él. Creí que correríamos en dirección a la plaza pero en vez

de eso...

—¡Sube! —Tamiel me empujó hacia el patrullero que había quedado con las dos puertas delanteras abiertas de par en par.

Nos lanzamos al interior del vehículo.

Caí sobre el asiento en el exacto momento en que una nube de polvo y fuego brotaba de la entrada al museo.

Tamiel apenas si me dio tiempo a cerrar la puerta del auto. Pisó el acelerador de un

modo tal que mi espalda se incrustó contra el asiento.

Lo que sucedió a continuación me dio la impresión de que fue en cámara lenta. Lo

vi a él salir de entre las llamas y verme directo a los ojos con una mirada cargada

de odio que no necesitaba explicación. Nunca había visto su rostro y de cualquier modo supe que era él. Miguel, parado muy firme entre el humo, el fuego y la gente

que corría de un lado al otro intentando escapar de aquello que no tenía explicación.

Sin moverse de su sitio nos siguió con la mirada.

Tamiel giró por la primer calle con una seca maniobra del volante que me lanzó a

un lado.

Nadie nos siguió.

No estoy segura de cuantas cuadras nos alejamos del lugar. Me perdí, no conocía Roma lo suficientemente bien.

La radio del patrullero estaba encendida por lo que escuché que llamaban a todos los refuerzos posibles a concentrarse en el Vaticano y el Castel Sant'Angelo. Un posible atentado terrorista decían; nada más lejos de eso, los que por poco y destruyen todo, eran los mismos que se suponía defendían la fe y los cimientos de

aquel lugar. También alertaban a todos sobre el robo del vehículo sobre el que nos

encantábamos.

Acabamos dando vueltas entre tranquilos suburbios y solamente entonces Tamiel bajó la velocidad y me miró.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, eso creo —me pasé una mano por el cuello, sentía humedad, pensé que era solamente la transpiración de la carrera, era eso y un poco de sangre que comenzaba a secar. La adrenalina todavía corría por mis venas. Llevé ambas manos

hacia mi vientre; no sentía nada extraño—. ¿Ese era Miguel?

—Sí.

—¿Por qué hicieron eso?

—Miguel está completamente ciego, Eliza. Tenemos que dejar el auto. Ya no podemos seguir en este vehículo.

No tardó ni quince segundos en encontrar un lugar en el que estacionar. Apagó el

motor y me pidió que bajase.

En la vereda una señora que se limitaba a ver la gente pasar, se quedó viéndonos y

entonces caí en cuenta de la pinta que debíamos tener.

Tamiel llegó a mi lado y volvió a rodear mis hombros con su brazo.
Comenzamos

a caminar hacia ninguna dirección en particular.

—No debiste quitarme mi celular. De tenerlo podría haber llamado a Rocco para que nos saque de aquí.

—No, él ya hizo su parte.

—Así siquiera puedo llamar a mi padre. ¿Tienes celular?

Tamiel negó con la cabeza.

Detuve mi andar en seco y lo enfrenté.

—¿Sabes quién es Rocco?

—Sí, lo sé.

—¿Y sabes dónde está mi padre ahora?

Tamiel asintió con la cabeza.

Se me escapó una carcajada nerviosa.

—Podrían habernos matado a ambos. ¿Entienden ustedes dos que no había razón para llevar adelante todo este circo?

—Sí, la hay. Tu padre te puso a prueba. Siquiera él logró contaminar tu pensamiento.

Sus palabras impactaron directo contra mi corazón.

—¿Qué?

—Nada de lo que él te dijo, caló en ti. Tú todavía crees que tanto en un bando como

en el otro, hay buenos y malos. Nada de lo que él te dijo consiguió ponerte en contra de ellos.

—¿Qué dices?

—Es un alivio que así fuera.

—Pero es que... —mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Como te dije, tú eres nuestra esperanza.

—Tamiel...

—Es razonable que no te agrade Miguel. En este momento a mí tampoco me cae muy bien.

—Mucha gente murió por esto. Nada debió suceder así.

—No digo que sea agradable, nadie lo disfruta, Eliza, pero no quedaba otra opción.

—No debieron hacer una puta guerra de esto, es ridículo.

—Es el único modo. Esto debía terminar de una buena vez. Como sea pero debe terminar. Ninguno de nosotros puede continuar viviendo así. Llegamos a ese punto

en que los dos caminos que corrían paralelos han vuelto a juntarse y el enfrentamiento era inevitable.

—¿Gabriel sabe de esto? Gabriel sabe que fuiste mi ángel de la guarda... cómo es

que...

—No, Gabriel jamás supo que yo continuaba en contacto con tu padre. No podía decírselo, él es demasiado bueno, demasiado sincero e ingenuo para algunas cosas.

Él nunca habría resistido guardar el secreto y la verdad es que tu padre no quería ponerlo en la posición de tener que elegir. No al menos hasta que fuese estrictamente necesario. En esto hay demasiados involucrados pero no todos están

al tanto de todo. Es que si las cosas no salen como esperamos, de este modo, podrán

continuar con sus vidas como antes. ¿Lo entiendes?

—¿Érica?

—Ella forma parte de esto, su madre y yo decidimos que así sería mejor. No fue una decisión fácil de tomar. Sé que ella hará lo correcto.

—Mi hermano... Tamiel, Lucas no piensa como yo —me angustió entonar aquello,

me pesaba muchísimo que Lucas creyese que esto era un asunto de “o ellos o nosotros”.

—Confía en que puedan ver las cosas con claridad.

—Bien, él vio su parte angélica y... yo no sé... —de verdad quería creer que quizá

ella pudiese enseñarle algo, o al menos liberarlo de una parte de ese rencor suyo que en realidad no tenía razón de ser.

—De cualquier modo todavía queda mucho por resolver.

—Ya lo creo. ¿La búsqueda de Batraal también es una farsa?

Tamiel negó con la cabeza.

—No sabemos dónde está, siquiera si continua con vida.

—¿Y ahora qué?

—Lo más urgente es ponerte a ti a salvo —tomándome por el codo me instó a caminar.

—Vamos a la casa, Rocco podrá poner el avión de mi padre a nuestra disposición

para sacarnos de Roma cuanto antes.

—No.

—¿No? ¿Y cuál es tu plan?

—Iremos directo donde tu padre.

Lo miré torcido porque las palabras sobraban.

—Sí, sé dónde está. Lo lamento. Ven, sígueme. Tenemos que largarnos de la ciudad

cuanto antes y no te preocupes por tu hermano, tu padre debe estar ocupándose de él

y de Érica ahora.

Tamiel se aproximó al cordón de la vereda. Había un par de automóviles

estacionados. Soltó mis brazos y rodeó un pequeño Fiat. Tironeó de la manija, la puerta se abrió y la alarma sonó por una fracción de segundo hasta que enmudeció

como si fuese una garganta estrangulada por potentes manos.

—Sube.

—De modo que ustedes también tienen lo suyo.

Tamiel me dedicó una sonrisa por encima del techo del auto.

—Nosotros no podemos hacer esto con los autos. Lo de las puertas de las casas sí

pero esto no.

—Inténtalo la próxima vez.

—¿Un ángel enseñándome a robar autos? La vida no deja de sorprenderme —
bromeé, es que necesitaba aflojar la tensión dentro de mí.

Nos acomodamos en el interior del vehículo. Tamiel no necesito más que poner la

mano sobre el encendido para que el motor arrancara.

—¿Dónde está mi padre?

—En una casa, en las afueras.

Manejando con la misma pericia que demostrara en nuestra huida, Tamiel nos sacó

de la ciudad. Esos magníficos paisajes de verde y olivos, llenaron mis ojos al punto

de casi hacerme olvidar que nos encontrábamos a bordo de un automóvil robado escapando de los ángeles que sin duda querían vernos muertos y de ser posible, ardiendo en el Infierno.

22. Una mentira mil veces repetida.

—¿Te encuentras bien?

Llevábamos mucho rato en silencio y de ser por mí, habríamos continuado así, es

que mi cabeza todavía se esforzaba por intentar procesar todo lo sucedido.

—Sabes que cuando Gabriel me contó de tu existencia, es decir cuando me dijo que

yo había tenido un ángel de la guarda mi primer pensamiento fue que te había decepcionado.

—¿Decepcionarme?

—Por haber cambiado de bando. Por aceptar ser un demonio.

—No importa lo que eres sino lo que haces, Eliza.

—Sí, bueno, las cosas que hago... —susurré pensando en Gabriel.

—Con el tiempo llega la claridad, la sabiduría.

Le dediqué una media sonrisa, es que dudaba que yo estuviese cerca de eso.

—No te juzgo, solamente espero que así como el resto de nosotros, puedas encontrar tu propio camino.

—Y yo espero no herir a demasiadas personas en el proceso.

—Sé que eres sincera.

—Lamento... Gabriel...

—No necesitas decir nada más.

—Solamente quiero que él esté bien.

—Lo sé. Él estará bien.

—¿Tamiel?

—¿Sí?

—¿Tú sabes cómo o por qué llegó Vicente a mi vida? Es decir... me refiero a por

qué fue él y no otro. Entiendo lo de Lucas pero por qué él cayó en la vida de Vicente, por qué no fue alguien más.

—No tengo la respuesta para eso.

Volví a mirarlo torcido.

—Lo juro.

—¿Pero sabías que Vicente era quién era y por qué estaba allí cuando entró en mi

vida?

—La verdad es que hubiese dado lo mismo quién fuera. La prueba era para ti, no para alguien más. Eres tú quién importa; tu decisión, tus elecciones. Otros demonios

son otros demonios, tú eres tú. Vicente es tan demonio como cualquier otro, lo importante era que tú decidieses tomar las decisiones correctas. Y aquí estás, tomándolas. Comprendiendo que todos nosotros somos distintos, que somos el

futuro, una unión, lo que siempre debimos ser.

—¿Eso lo excluye a él? Dices que es un demonio como cualquier otro...

Tamiel me interrumpió.

—Le hubieses encontrado su lado bueno a cualquier demonio. Piénsalo, sé que entenderás que así es. Está en ti. Lo habrías hecho con cualquier otro.

Sus palabras me dejaron helada, literalmente helada es por eso que me encogí sobre

el estrecho asiento y metí las manos dentro de los bolsillos de mi abrigo.

¿Hubiese

sido como decía Tamiel, igual con cualquier otro demonio? Dudaba que me hubiese

enamorado de este modo de cualquier otro.

Vicente es tan demonio como cualquier otro —eso había dicho. Lo miré seria y por

un segundo Tamiel desvió la mirada del camino para devolverme el gesto.

Si era como él decía, por qué Miguel siquiera había gastado saliva en insinuarle a

Gabriel que lo quitase de en medio.

Un demonio como cualquier otro...

Un demonio.

Mi garganta se cerró, es que nunca antes esas dos palabras habían implicado y significado tanto. Vicente era simplemente un demonio, yo mitad demonio, mitad ángel y eso por lo visto, hoy por hoy y por los planes a futuro de mi padre, una diferencia que marcaba un abismo rotundo.

A Vicente tampoco le agradaban los ángeles, sobre todo después de lo mío con Gabriel y de lo sucedido con el padre Lucio.

Vicente y su participación en Las Doce Sillas y esa necesidad suya que me recordaba cada vez más seguido, de vivir como un demonio, de ser aquello que había elegido ser.

Como si la roca que me aplastaba no fuese lo suficientemente pesada, recordé que

estaba en casa con Eva y así terminé de amargarme.

En un parpadeo me enojé conmigo misma, no tenía por qué pensar así de Vicente,

mucho menos de mi relación con él, yo no me hubiese enamorado de este modo de

cualquier demonio, es más, no tendría por qué haberme enamorado sin embargo sucedió.

—¿En qué piensas?

En qué así como otros demonios no saben que tú en realidad estabas con mi padre,

puede ser que tú no sepas por qué él lo eligió a Vicente —le contesté mentalmente y

sacudí la cabeza como indicándole que no era nada.

—¿Falta mucho para llegar? —quería tener a mi padre cara a cara cuanto antes.

—Nada. Allí es —con su mano apuntó casi por delante de mi rostro apuntó hacia la

izquierda, un camino se abría paso en el campo, entre olivos y cercos de roca amarillenta.

A lo lejos se veía como una tranquila y pintoresca casa de campo. A medida que el

camino se internaba más y más en la propiedad quedada claro que no era así.

Pasamos por delante de dos vehículos de aspecto deportivo detenidos a los costados

del camino irrumpiendo en el bonito paisaje. Con las puertas abiertas demonios nos

observaron pasar; cuatro de ellos por cada coche armados como si esta fuese la casa de algún traficante de drogas o algo así. Nunca antes había visto demonios portando armas, es más, jamás en la vida había visto armas

semejantes. Creo que eran ametralladoras y uno de ellos sostenía una cosa que si no era un lanza misiles

anti tanque, le pasaba muy cerca.

—¿Qué es todo esto?

—Medidas de seguridad, Eliza. Todo esto es muy extremo.

—¿Son armas comunes?

Tamiel asintió con la cabeza.

—Y sirven tanto contra lo ángeles como contra los nuestros.

—¿Los nuestros?

Tamiel volvió a asentir moviendo la cabeza de arriba abajo.

El camino se curvó en dirección a unos árboles, entre ellos nuestra vía se hacía un

espacio para pasar. Al instante entendí cual era la función de los árboles; protegían la propiedad de miradas indiscretas. Una villa impresionante y mi padre, rodeado de

un montón de demonios, esperando por mí a sus puertas.

Eleazar reconoció nuestra llegada dando un paso al frente. Sus ojos buscaron los míos y de allí no se movieron en ningún momento.

Tamiel le dio un rodeo a la fuente de regordetes ángeles y detuvo el motor sobre la

gravilla justo frente a él.

Siquiera me dio tiempo a poner una mano en la manija de la puerta que ya estaba él

abriéndola para mí.

Mi temperatura corporal comenzó a subir.

Eleazar jadeó mi nombre en lo que sonó como un suspiro de alivio. Y de cualquier

modo el enojo no se me quitaba. Solamente quería pedirle, mejor dicho exigirle que

dejase de manipularme y que de una buena vez por todas, soltara la verdad. Toda la

verdad.

—Antes de que comiences a insultarme o a gritar, permíteme que te diga lo aliviado

que estoy de verte llegar aquí sana y salva—. Sus brazos me rodearon para estrecharme. Sus labios depositaron un beso en mi frente.

Lo aparté de mi lado.

—Si algo me hubiese sucedido habría sido tu culpa. ¿Entiendes eso? ¿Puedes comprender que todas las mentiras que me dijiste, todo lo que ocultaste y elucubraste fue lo que me puso en riesgo. Lo que nos puso a todos en riesgo. Habla

—me aparté de él un poco más.

Eleazar alzó la barbilla y se quedó viéndome.

—Entremos. Este no es lugar para conversar.

Lo miré torcido.

—Andando —apoyó una mano encima de mi hombro y me indicó el camino.

Los demás nos siguieron pero a buena distancia, para darnos privacidad.

—Jamás me hubiese perdonado si algo malo te hubiese sucedido, es que tenías que

tomar tus propias decisiones —susurró en mi oído.

—Eso es básicamente imposible porque estás todo el tiempo empujando mis pasos.

—No. Te mostré mi modo pero fuiste tú quien decidió seguirlo. Bien podrías haber

dicho que no.

—Hablando de eso... Vicente.

Me detuve para ver a mi padre contener una sonrisa.

—Sí, mi yerno, por cierto, ¿qué tal está él?

—No te burles de mí.

—No es burla.

—Quiero una respuesta.

Empujándome por el hombro, Eleazar me conminó a subir los escalones de acceso

a la propiedad.

—Es por aquí —entonó sin contestarme.

Puse un pie en la casa. Aquí dentro se percibía en el aire un aroma floral que no conseguí identificar. No se escuchaba más que el tic tac de un reloj que no vi por ninguna parte. Lo que sí vi fue dos ángeles de mármol que custodiaban la entrada.

El reloj que no pude encontrar dio la hora pero me perdí al contar las campanadas.

¿Habían sido cuatro?

—¿Fuiste tú quién envió a Lucas con Vicente cuando él no consiguió comprar el alma...?

—Esa fue una prueba muy dura para Lucas. Quizá me excedí, de cualquier modo ya

lo ves. Lo resistió.

—Él veía... lograba reconocer a ángeles y demonios. Te has asegurado desde un principio que nosotros estemos rodeados de...

—De ambos bandos —soltó mi padre interrumpiéndome—. Es bueno que te entregases por amor. Diste tu vida por tu hermano y por el hombre que amas. Eso lo

dice todo. Eres un demonio sin embargo tu alma podría seguir el camino que quisiese, el sacrificio es un arma poderosa.

—¿Cómo sabías que así acabaría todo?

Eleazar se detuvo delante de una puerta. Sonrió.

—No lo sabía. No tenía idea hija, solamente esperaba lo mejor y aquí están ustedes,

siendo mucho más de lo que yo esperaba que pudiesen ser.

—Es decir que todo esto podría haber salido muy mal.

—Muy mal —me contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No es divertido.

—No lo es. Soy un padre orgulloso.

—Yo imaginaba que estarías orgulloso de mi si yo fuese...

—¿Un completo demonio, alguien como Ciro quizá? —negó con la cabeza—.
Me

complace que nos defiendas, que entiendas que nuestras existencias tienen tanto valor como la de ellos. Entiende... no quiero que te pases a su bando. No se trata de

eso. Se trata de aclarar un error que lleva milenios existiendo. Esa mentira mil veces repetida que acabó instalándose en la mente de todos como una verdad. No es

verdad que seamos lo que ellos dicen que somos.

—Eleazar, seamos sinceros, muchos demonios si son lo que ellos dicen, lo que el

mundo piensa que somos.

—Es que hasta muchos de nosotros han acabado por creerse esa mentira porque ese

es el lugar al que nos relegaron. Eso es lo que tú y yo rectificaremos.

—¿Cómo planeas hacer eso?

—Entra por favor —empujó la puerta y se movió para cederme el paso.

—Quiero saberlo, necesito saberlo.

—Pues por el momento no puedo.

—No quiero que haya muertes. No sé qué es lo que planeas pero...

—¿No quieres que haya muertes? Por favor, hija, se razonable —apuntó con la cabeza hacia adentro y le hice caso. Entré, quizá si nos quedábamos solos pudiese

conseguir que se le soltase la lengua un poco más.

Eleazar entró detrás de mí y cerró la puerta.

—¿Qué se siente conocer a tu ángel de la guarda? —preguntó al pasar junto a mi en

dirección a los sillones que formaban un acogedor espacio de estar frente a un enorme escritorio de madera oscura. Como no podía ser distinto al resto de sus espacios privados, este también estaba repleto de libros hasta en el último de sus rincones.

—Lo de Érica fue un golpe bajo, podrías haber sido más claro... con ella y con todo lo demás.

—No, no podía. Yo solamente quería mostrarte lo que tenías a tu disposición y que

tú eligieses lo que querías ser y qué querías hacer —desabrochándose el botón de su

saco, tomó asiento.

—Volviendo a Vicente —entoné.

Eleazar en respuesta palmeó el almohadón a su derecha.

—¿Por qué te preocupa tanto él? Además de por las razones obvias, claro está. Es tu

esposo y en este instante está en tu casa en Buenos Aires con la mujer que lo convirtió en un demonio.

Eso fue un golpe bajo.

Se me cerró la garganta.

—Se suponía que tenía que hacer esto sola, ¿no?

—Yo no le puse un cuchillo en el cuello para que él volviese con su antigua maestra, es más, una vez ya me ocupé de rescatarlo de ella.

—¿Rescatarlo? Casi acaban con él.

—Casi —remarcó él para mi fastidio.

—Se me pone la piel de gallina con solo pensar en todo lo que has elucubrado para

llegar a este día.

—No ha sido fácil pero yo no he hecho todo, hija. Esto es un tráfico de influencias,

no manejar marionetas. Nunca, jamás, por más que quieras puedes tener el completo control de los individuos.

Me senté a su lado y lo enfrenté.

—¿Por qué lo enviaste a él?

—¿Te replanteas las razones por las cuales te enamoraste de tu esposo?
¿Acaso tienes la impresión de que lo que sientes no es real?

Sus palabras me desarmaron. No lo había pensado así; bien, en realidad tenía miedo

de que así fuese pero siquiera quería planteármelo. No me pesaba haber cambiado

mi humanidad ni por él ni por Lucas porque siempre, casi desde el principio, tuve la

impresión de que este era mi lugar, de que esto era lo que debía ser; para ser completamente sincera conmigo misma, no tenía intenciones de vivir el resto de la

eternidad en un engaño, no quería formar una familia con bases en un mentira. No

dudaba del amor de Vicente sino del hecho de que realmente fuésemos lo mejor el

uno para el otro. Por momentos me daba la impresión de que yo le causaba a él más

problemas y angustias que alegrías. Si en algún momento fui su Paraíso, su salvación en ocasiones lo nuestro tenía un poco más de gusto a Purgatorio. Jamás

diría que a Infierno pero... Las relaciones entre humanos pueden desvirtuarse y acabar en lo peor, en una batalla campal, ni me imaginaba lo que podría ser entre

dos demonios, bueno, en realidad sí, Vicente lo había tenido con Eva y ahora Eva

estaba nuestra casa con él.

Comenzó a costarme respirar. Abracé mi vientre. Emilia llevaba un rato tranquila.

—Ni siquiera los ángeles son capaces de falsear el amor, hija.

—Responde —rogué con una fuerte presión en el pecho—. Tamiel insinuó que yo

le hubiese buscado su lado bueno a cualquier otro demonio también.

—No me cabe la menor duda, y ciertamente no te enamoraste de Vicente por como

luce, es bien parecido y todo pero eso no lleva a nadie a enamorarse de verdad de

una persona, mucho menos de un demonio.

—Eleazar por favor.

—Yo no hice que te enamorasas de él.

—¿Y él?

La sala quedó en silencio un momento. Eleazar parpadeó un par de veces volviendo

siempre sus ojos a los míos cada vez que los abría, al final me arrebató una de mis

manos para envolverlas en las suyas.

—No estoy dentro de su cabeza. Solamente te diré que no me gusta que ella esté allí

con él.

—Necesita alguien que lo guíe. A mí tampoco me gusta pero...

—Deberías regresar a casa y poner un poco de orden allí.

Mis hombros se cayeron.

—Me volverás loca, ¿lo sabes?

Eleazar rió con ganas.

—Eres mucho más fuerte de lo que quieres admitir —palmeó mi mano —no te preocupes.

—¿Qué harás cuando logres reunirlos a todos, cuando vuelvan a ser La Legión? —

insistí. Tenía que darme alguna respuesta.

—Te acompañaré de regreso a Buenos Aires, creo que es lo mejor —soltándome se

levantó del sillón —tu hermano y Érica ya están en viaje.

—No iré a ninguna parte hasta que no contestes.

—De ser tú no adoptaría una actitud tan obcecada. Recuerda que tu esposo está con

esa mujer.

—¿Qué harás cuando los cuatro estén juntos otra vez?

—Tengo la ligera impresión de que cuando seamos los cuatro de nuevo, no seré yo

el que dará el primer paso.

—¿Qué sucederá si él te enfrenta?

—No te preocupes. Tú estarás a salvo.

—Eso no me alcanza.

—No puedo darte más.

—Seguro podrías frenar esto.

—La única manera de frenar esto es si yo muero, si tú mueres, si tu hermano muere.

Probablemente también implicaría que debas ver perecer a todos tus amigos y a tu

discípula —suspiró—. Y tú no quieres eso así que mejor nos ponemos manos a la

obra para llevarte de regreso a casa.

Se hizo silencio, nos quedamos viéndonos.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando la oportunidad de vencerlo, o al menos de enfrentarte a él?

—Una eternidad, Eliza. No fui yo quien propició este momento sino él. Fue Miguel

quien puso a tu madre en mi camino. Fue él quien sin duda la apartó. Sin querer Miguel me dio la oportunidad de tenerte a ti.

—¿Soy tu arma?

Meneó la cabeza negando.

—No, mi arma es La Legión, no tú. Tú eres el futuro. Y de cualquier modo a él no

le interesó antes, apartarte de mis manos, es probable que así como a tu madre, no te considere como más que un mero error. De haberlo deseado podría haberte atraído

hacia su lado y no lo hizo. No sé por qué ahora, no sé por qué contigo, no sé qué

resultado tendrá esto, tan solo sé que no puedo cambiar lo que sucede, no puedo mover el curso de los acontecimientos en otra dirección. Es lo que es y nada más

resta hacerle frente.

...

Inspiré tanto más aliviada cuando el avión levantó vuelo y pude hablar por teléfono

con Lucas y con Vicente.

La conversación con Lucas me calmó, sentí que su voz sonaba distinta, más firme y

menos reaccionaria si le cabe el adjetivo. Habló de Érica y de las cosas que le había visto hacer y estaba fascinado pese a que esos dones que ella ya demostraba eran puramente angélicos. Me aferré de eso como una señal de que la mente y el corazón

de mi hermano pudiesen estar abriéndose otra vez.

Lo que me incomodó un poco fue el comprender que tenía que encontrar un modo

de sacar de dentro de mí todos esos poderes que se suponía estaba reteniendo. Si había algo oculto en mí era hora de que brotase.

La conversación con Vicente no fue muy alentadora, él no estaba muy comunicativo

y parecía un tanto apurado por cortar la conversación. De hecho cuando colgué el

teléfono mi padre se quedó viéndome fijo por más tiempo del necesario. No formuló pregunta alguna pero resultaba obvio que mi intranquilidad no le era indiferente.

Y así continuó durante todo el vuelo. Es más, por momentos me dio miedo de que

pudiese leer mi pensamiento. Que mi padre supiese todos los temores y las dudas que daban vuelta por mi cabeza no sería muy sano para nadie.

...

—¿Dónde estás?

Las palabras de Eleazar llegaron para traerme de vuelta. Nos encontrábamos a unas

pocas calles de casa. Hubiese deseado tener mi celular para llamar a Vicente y así

ponerlo en aviso de nuestra llegada, llevábamos horas y horas viajando porque nos

demoramos con una escala en San Pablo. No sé por qué hubiese preferido poder decirle que llegaba con mi padre acompañándome.

Bajé la vista del cielo al interior de la camioneta negra que nos trasladaba.

—¿Prefieres ir a mi hotel?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué haría eso?

—Tú dime. De cualquier manera es más sano enfrentar la realidad.

Lo miré y me sostuvo la mirada.

—Gaspar ha hecho un trabajo admirable con sus hijos.

Esperé en silencio, sabía que esto venía de discurso y una vez que mi padre estaba

dispuesto a hablar no pensaba interrumpirlo.

—Todos ellos son demonios muy particulares. Eva en particular. Ella se ha forzado

a si misma a perder casi todo contacto con su humanidad. Lo único que resta de humano en ella es Vicente.

Tragué en seco intentando bajar sus últimas palabras.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cuánto sabes de ella?

Eleazar me dedicó una media sonrisa.

—Jamás nos hemos visto... bien en realidad yo sí la he visto a ella; también averigüé un par de cosas sobre su vida. Es triste que acabara perdiéndolo. Ella realmente lo necesitaba... mucho.

—¿Triste? ¿Por qué dices eso? Dijiste que no te gustaba verla con mi esposo.

—Eso mismo. Es que ella lo necesita demasiado. Imagino que por eso ha soportado

todo lo que soportó. Ella ayudó a Vicente no por ti obviamente, sino por tenerlo cerca. ¿Nunca te preguntaste por qué lo eligió a él, por qué se sintió tan atraída por él?

—Ordena que detengan el auto. Ahora —nos encontrábamos a dos cuadras de casa

y necesitaba que aclarase este asunto antes de que llegásemos—. No quieres responder mis preguntas sobre Vicente pero sueltas eso así sin más.

Eleazar ordenó a que detuviesen la camioneta.

—Dime.

—La oscuridad de un demonio puede ser muy intensa.

—¿La oscuridad de qué demonio? ¿De quién de los dos hablas?

—De ella. ¿Sabes que muchos demonios enloquecen al cabo del siglo o dos de vida? Sobre todo si son como ella. El mundo es un lugar difícil para todos, seas humano, demonio o ángel.

—No entiendo a qué viene todo esto ahora —no sé por qué, sentía que estaban a punto de saltárseme las lágrimas.

—Ella lo ama demasiado, eso es evidente.

—Eleazar...

—La vida es así de complicada.

—No entiendo. ¿Estás diciéndome que él...? —las palabras no me salían.

—Él te necesita porque su oscuridad también tiene su peso.

—¿Estás diciéndome que él no me ama?

—Estoy pidiéndote que te asegures de que se ha quedado a tu lado porque te ama, no

solamente porque te necesita para seguir con vida. Gaspar les ha enseñado bien, él

comprende que la unión hace la fuerza, que siquiera un demonio puede hacerle frente a la eternidad solo. Es un alivio ver que esa familia aún reconoce el peso de

ciertos valores humanos. Me gustaría asistir a esa boda.

—Eleazar no cambies de tema. Explícame.

—Yo amé a tu madre no solamente porque ella trajo luz a mi vida sino porque me

ayudó a volver a ver la mía. Vicente todavía no descubre si aún queda algo de él dentro de sí. Si la encuentra quizá pueda acompañarte en el futuro, si no... bueno

—se relamió los labios—. Tú nunca me perderás. Estoy aquí para ti, para siempre.

—¿Por qué...? —todas las lágrimas que no quería llorar se acumularon en mi garganta—. ¿Por qué tiene que ser así?

Eleazar no contestó.

—La vida es complicada pero tiene sus buenos momentos —entonó sonriéndome;

yo no logré regresarle la sonrisa. Mi padre chasqueó los dedos y la camioneta se puso en movimiento otra vez.

La ansiedad creció dentro de mí y llegó a las nubes cuando la camioneta enfrentó el

portón de la entrada de vehículos de mi casa. Usualmente se necesitaba de un control para abrirla, o que alguien la abriese de adentro. El portón comenzó a elevarse.

El vehículo que nos seguía se detuvo afuera estacionando junto al cordón.

En cuanto el motor enmudeció un escalofrío recorrió mi espalda.

Abrí la puerta y bajé.

Fui directo a la entrada de la cocina.

Los dedos me temblaron al posarlos sobre la manija.

Eva y Vicente alzaron la cabeza al escuchar la puerta. ¿Es que acaso no habían sentido nuestra llegada?

Se encontraban los dos sentados a la mesa con tazas de té frente a ellos. Debían estar conversando pacíficamente. Despreocupados, ajenos a todos, incluso a mi padre y a

mí.

Vicente se levantó de su silla sin pronunciar palabra. Me miró.

Sentí a mi padre llegar por mi derecha y entonces fue turno de Eva de alzarse en pie. Su cara de pasmo no logró arruinar sus perfectas y atractivas facciones.

—Buenas tardes —saludó mi padre.

Eva se tomó del canto de mesa. Abrió la boca pero ningún sonido salió de ésta.

—Vicente... Eva...

Ninguno de los dos contestó a mi padre.

La cocina quedó sumida en un silencio insoportable que a decir verdad no tenía demasiada razón de ser, comprendía la sorpresa de Eva pero la reacción de Vicente

no cuadraba.

Mi cabeza se puso a elucubrar cientos de posibilidades y ninguna de ellas

alentadora para mí. ¿Qué había cambiado desde nuestra anterior conversación telefónica a la que tuvimos cuando lo llamé desde el avión?

—¿Es mucho pedir si reclamo una taza de té?

Así, Eleazar nos rescató a todos del silencio.

—No, para nada —le contestó Vicente.

Eleazar pasó por mi lado. Vicente se movió hacia el sector de cocina mientras que

mi padre fue directo a Eva. Ella lo siguió con la mirada. Me pareció notar que sus

ojos ahora reflejaban una pizca de miedo.

—Eva —entonó mi padre deteniéndose frente a ella.

Los ojos de Eva saltaron de mi padre a mí, y luego a él otra vez.

—Al fin podemos hacer una presentación como ameritan las circunstancias. Soy Eleazar, el padre de Eliza.

—Sé... sé quién es usted.

—Qué alegría, así no tendré que explicártelo —dijo él sonriéndole—. Puedes cambiar esa cara no voy a comerte. ¿Ustedes dos están muy silenciosos? — giró sobre sus talones y buscó a Vicente con la mirada —¿qué hacían cuando llegamos?

Vicente se quedó con la taza vacía entre las manos y la puerta de la alacena abierta.

Los ojos de Vicente se movieron hasta mí.

—¿Por qué ninguno de los dos contesta?

Eso mismo quería preguntar yo pero mi padre se me adelantó.

—¿Te ha dicho que todavía te ama y te necesita? —le preguntó mi padre a Vicente.

Ante las palabras pronunciadas Eva se crispó.

—La verdad libera, ¿no es así Eva? Hasta los demonios pueden permitirse no mostrarse recios y feroces un par de minutos al día.

Mis manos se echaron a temblar.

—Así es —convino Eva—. Lo amo y lo necesito a mi lado tanto cuanto lo necesité

desde la primera vez que lo vi.

El piso tembló debajo de mis pies y no fue lo único. El cristal del ventanal se puso a zumbiar. La vibración era similar a la que puede causar la música tocando a todo volumen.

Apreté los puños.

—Cálmate hija. No queremos que te hagas daño.

¿Era yo la que estaba provocando esto?

Las luces comenzaron a parpadear.

Mi nombre brotó de los labios de Vicente.

—Creo que es momento de que me vaya, mi familia me espera.

Vi a Vicente bajar la taza sobre la mesa.

—Voy por mis cosas.

Eva dio la media vuelta y salió de la cocina. Quise correr tras ella y pedirle explicaciones, quise mandarla de cabeza al Infierno pero luego comprendí que no era su culpa, ella simplemente estaba enamorada de él; llevaba enamorada de él mucho más tiempo que yo.

Me costó horrores mover la cabeza otra vez en dirección a Vicente.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—No le di ninguna —me contestó Vicente—. No pude. No sé qué contestar.
No sé

qué sucede conmigo.

—¿No te sientes bien? —soltó mi padre.

¿Sentirse bien, a cuento de que venía eso?

—No sé qué es. Es una incomodidad...

—¿Qué tiene eso que ver con que Eva te diga que te ama y no sepas qué responderle? —disparé a quemarropa. El ventanal había dejado de temblar sin embargo mis manos no podían estarse quietas.

—Eva se va porque le pedí que se fuera.

Mi padre alzó la cabeza como interesándose en las palabras de Vicente.

—¿No sé qué es? —se pasó ambas manos por el cabello y se tironeó de éste —. Es

como si... —se llevó una mano al estómago —una parte de mí tirase del resto de

mi cuerpo hacia una dirección que no logro precisar. Y no puedo... es decir me cuesta mucho...

—¿Qué cosa? —solté intentando desenredar así, el nudo en mi garganta.

—Estar en presencia de otros demonios.

—¿Por qué crees que es eso?

—No lo sé.

—Más vale que lo descubras pronto —tras lanzar aquellas palabras, mi padre tomó

asiento en la silla que estuviera ocupando Eva.

—Anežka está quedándose con Gaspar también, le pedí que se fuera, al menos por

unos días.

—¿Por qué está sucediéndole esto?

En respuesta mi padre me dedicó una mirada placida tal, que me dieron ganas de tomarlo por las solapas de su costoso traje y darle un sacudón.

—¿Te sucede conmigo?

—Es menos intenso —me contestó Vicente.

—¿Y qué sucedería si ponemos a Gabriel frente a ti?

Creo que los dos por poco nos desnucamos al girar las cabezas para mirar a mi padre.

—Ya te arrepentiste una vez. Ya quisiste encontrar una cura para tu mal una vez. El

padre Lucio.

Obviamente a mi padre no se le escapaba nada.

Todo lo sucedido y lo que estaba por suceder parecía formar un perfecto círculo interminable dentro del cual todos girábamos. Se me antojó como una reacción en

cadena. Mi padre tenía razón, la vida es como es y no puede ser de otra manera.

—Yo no sé lo que le hice al padre Lucio —jadeó Vicente—. Y tampoco entiendo qué es lo que esperaba de él, fue ridículo acudir a ese pobre hombre en busca de ayuda. Es una de las cosas de las que más me arrepiento en esta vida... lo que le hice.

—¿De qué otra cosa te arrepientes?

Ante la pregunta de mi padre los ojos de Vicente se movieron en mi dirección.

Así sin más me dio la impresión de que vomitaría mis entrañas.

Mi padre se puso en pie.

—Parece que Eva está lista para irse.

Eva apareció por la puerta de la cocina cargando sus cosas.

—Es momento de que yo me retire también.

—¿Qué?! ¡No! No puedes irte ahora, no puedes irte así. Eleazar esto es...

—Tengo que seguir adelante con mi trabajo. Debo encontrar a alguien lo antes posible y lo sabes. Espero me ayudes a dar con él. Mientras tanto les sugiero que resuelvan este asunto que tienen entre manos. ¿Eva, puedo llevarte a casa de tus padres si quieres?

Tímidamente Eva asintió con la cabeza.

—No puedes irte.

—Es eso lo que estoy haciendo —dijo moviéndose en dirección a la puerta. Alguien

apareció allí al otro lado, cargando el bolso que yo había dejado en casa de Rocco;

lo colocó en el suelo y apoyó mi celular encima—. Ustedes tienen sus propios problemas que resolver. Les sugiero que lo hagan pronto. Eva, después de ti.

Mi padre sostuvo la puerta para ella. Eva salió.

Con una reverencia de cabeza mi padre se despidió de nosotros.

Estupefactos, así nos quedamos Vicente y yo en aquella cocina que ahora parecía otro mundo, un lugar desconocido e inhóspito.

23. *Dextera Domini.*

—Lo siento, es que no soy yo mismo —Vicente comenzó a caminar en mi dirección; se detuvo ante mí para quedarse viéndome—. Estoy tan feliz de que estés

de regreso. Tan aliviado.

Alcé la vista hacia sus ojos.

—Todo esto es una locura. No me siento como yo mismo pero verte me trae paz —

tendió sus manos hasta mi vientre —me miró como pidiéndome permiso para tocarme, se lo concedí con un parpadeo—. Yo no amo a Eva ¿lo sabes?

—No sé nada.

—Solamente tengo la sensación de que ella me necesita mucho, más de lo que creí

jamás, percibía su dolor así como ahora percibo el tuyo. No la amo, no la toqué. No

es eso, Eliza. Yo te amo. Tu eres mi Cielo, mi Paraíso y siempre lo serás. El Paraíso que jamás podré tener.

—Tú me tienes.

Negó con la cabeza.

—Estás diferente.

Asentí con la cabeza.

—No sé si puedas verlas, siquiera sé cómo hacer para enseñártelas.

Vicente sonrió plácidamente, sus parpados cayeron al tiempo que apoyaba su frente

sobre la mía.

—No necesito ver tus alas para saber que son las más magníficas y bellas del universo —susurró—. Siempre las tuviste, siempre estuvieron en ti, visibles o no, allí estaban. Las podía sentir. Estaba seguro que así era.

Le conté sobre Tamiel, sobre Érica. Toda la historia, bueno al menos toda la que sabía.

—Estoy casi segura de que existe una razón de peso para que fueses tú y no alguien

más, el demonio que mi padre puso en mi vida. No digo que el hiciera que te enamorasas de mí. Digo que tengo el convencimiento de que lleva mucho tiempo dándole cuerpo a su plan, dándole forma.

—Preferí ignorarlo... ya no puedo. Por tu relato... no sé qué tiene que ver pero me

siento así casi desde el mismo momento en que te encontraste con Tamiel y comenzó a creer que no es una simple casualidad.

Sus ojos grises atrajeron los míos.

—Te amo más... es decir me siento... Te lo daría todo, haría todo por ti. Cuando

me increpaste sobre Eva sentí que se me despedazaba el alma, y tu miedo y tristeza

me revuelven todo por dentro. No sé qué es lo que sucede conmigo. Solamente quiero protegerte, darte todo. Creo que necesito hablar con Gabriel.

Sus palabras me sorprendieron.

—Necesito hacerle un par de preguntas. Ojalá el padre Lucio no estuviese muerto.

—¿Vicente? ¿Gabriel? ¿Para qué quieres hablar con él?

—Entiendo que suena muy ridículo. Es que no lo sé —se le escapó el aire de los pulmones.

—Lo llamaré en este instante.

—No, yo lo llamaré —entonó y se quedó en silencio.

—¿Qué es lo que piensas?

—No sé qué pensar. De cualquier modo lo único que necesito para seguir
delante de

este modo, o del que sea, es que entiendas que yo te amo por sobre todas las
cosas.

Las cosas que no te he contado, lo que oculté... desde que te conozco vivo con
miedo de perderte; no quería empeorar esa situación y pasar de una sensación
a una

realidad.

—La única forma en que te permitiría alejarte de mí sería si me dijese que ya
no

me amas, no hay nada más allá que puedas hacer para que me aleje de ti. Te
amo.

Solamente se que te amo. Amo tu alma, eso que vi en ti, eso que hizo que mi
corazón latiese por ti. Eres la razón por la cual la sangre corre por mis venas,
por

la que en este momento no imagino un lugar más perfecto en el mundo que este
espacio aquí contigo —rodeé su cuello con mis brazos. No pude evitarlo, me
eché a

llorar.

—Te amo, es mi única certeza.

Sus labios le dieron vida a la piel sobre mis mejillas, con estos borró mis
lágrimas.

—No me arrepiento de ti, es que solamente quisiera poder haber sido capaz de
dejarte vivir tu vida en paz.

—Esta es mi vida y aquella paz no me servía de nada —lo estreché contra mi
cuerpo. El contacto con su cuerpo me dio todo lo que necesitaba para sentirme
feliz

y calma. Todo lo que yo necesitaba en este mundo: él, y mi hija está aquí, en esta cocina, ocupando apenas unos pocos centímetros sobre este suelo y probablemente,

toda la inmensidad del universo. Mi amor por él y el que él me hizo sentir en ese

instante me desarmó y volvió a armar mil veces. Un Big Bang de energía y plenitud,

siempre el fin y el comienzo de todo.

...

Vicente tomó mi mano entre las suyas en cuanto llegó a mí después de rodear el auto. La alzó hasta sus labios y depositó un suave beso sobre la piel del dorso.

—Tú y yo, sin importar qué, hasta el final.

Me estiré y besé sus labios.

—Sin importar qué.

A la par alzamos la vista hacia el campanario de la iglesia. Gabriel nos esperaba dentro.

Comenzaba a anochecer y el edificio se encontraba a oscuras.

Soltó mis manos y me entregó la llave del coche.

—Por las dudas —cerró mi puño con la llaves dentro.

—Yo no me iré de aquí sin ti. Acabas de decir que hasta el final.

—Sí, pero ante todo tu seguridad y la de Emilia. Tenemos que ir con cuidado.

—Lo sé, es probable que él sepa de Tamiel. Miguel debe haberle dicho.

—Sí fue así no lo mencionó. Lo mejor es ser precavidos.

—Él no haría nada contra nosotros. Esto no es una trampa.

—Quizá. No corramos más riesgos de los necesarios. ¿Entendido?

Le guiñé un ojo procurando distender el ambiente.

—Es serio. Si La Orden dejó de tolerarnos hace un tiempo, es probable que ahora

sabiendo que tu padre está a un paso de alistarse por completo...

—Te lo repito, Gabriel no haría nada.

—Sí, pero ¿y los demás?

—Mejor entremos.

En cuanto puse un pie en el atrio se metió en mí el frío aire del ambiente. Me dio un escalofrío que recorrió toda mi espina.

Atravesamos los portales y lo vimos. Gabriel se encontraba de rodillas frente al altar. Probablemente nos sintió llegar y por eso se persignó y puso de pie.

La conversación con la que Vicente y Gabriel acordaron esta reunión no fue demasiado larga, Gabriel apenas si le dio oportunidad a Vicente de explicarse.

Supuse que pediría más explicaciones, que no aceptaría de tan buen grado, reunirse

con nosotros dos sin embargo el asunto es que siquiera objetó nada y fue él quien

propuso que nos viésemos cuanto antes, lo cual a mi modo de ver, resultaba como

mínimo, un tanto sospechoso. Debía estar sucediendo algo; tenía la certeza de que

Vicente no había sido el único en cambiar, bueno, de hecho no era el único.
Todavía

me costaba asimilar que había visto mis alas, que Érica tenía unas similares a
pesar

de ser un demonio.

Hay situaciones que desde un principio, identificas que no durarán mucho y
esta era

una de ellas, esta pseudo paz, este silencio no era más que la antesala de una
terrible tormenta. No es que fuese pesimista, es que dudaba que Miguel fuese a
quedarse de

brazos cruzados, también mi padre, pese a que había dicho que estaba seguro
de que

sería Miguel quien daría el primer paso.

Gabriel entonó nuestros nombres a modo de saludo a medida que avanzaba
hacia nosotros. Sus palabras retumbaron contra las altas paredes y el techo
abovedado.

—¿Tuvieron algún problema para llegar?

Negué con la cabeza.

—Ninguno. Lo cual me preocupa más que si los hubiésemos tenido.

Giré la cabeza para lanzarle una mirada a Vicente, no esperaba aquello.

—Entiendo. La situación no tiene buena apariencia. Obviamente no necesitan
decirme que tu padre encontró a Tamiel y que Amers también está con él. La
Orden

no sabe dónde están los ángeles pero sí saben que ya están con tu padre.

Mi padre, por mi seguridad, se negó a confesarme a dónde enviaría a mi ángel de la

guarda o si Amers aún continuaba en Nueva York siguiendo con su vida normalmente. Dudaba que fuese así.

—Tuve que escaparme para venir aquí. Hubiese deseado traer a Ami pero...
—negó

con la cabeza—. Todo cambió ayer.

—Al menos Roma no es la misma. Intentaron matarnos y por poco y acaban con el

lugar.

—Lo sé. Escucha Gabriel, Tamiel me contó la verdad.

—Me hubiese gustado a mí también, que me contase la verdad.

Noté enojo en su voz.

—Él no podía y lo sabes.

—Este no es el modo de resolver el problema.

—Imagino que no, sobre todo a los ojos de Miguel. Convéncelo de que se detenga y

quizá yo pueda convencer a mi padre de que pare toda esta maquinaria que puso en

movimiento.

—Miguel siquiera quiere oír hablar de mí, Eliza. Él se enteró de que yo había estado en contacto con Tamiel todo este tiempo. No lo sabía, yo jamás se lo dije porque intuía que no comprendería que Tamiel ya no deseaba enfrentamientos. Lo

cierto es que Tamiel me mintió y que yo le mentí a mi hermano.

—Según parece Miguel también es un experto en mentir y guardar secretos. Él mi

padre son demasiado parecidos.

—Demasiado. Es por eso que estamos aquí, si no me hubiesen citado ustedes, los habría citado yo.

—¿Por qué? —inquirió Vicente.

—Por qué hay algo que necesitas saber.

Miré a Gabriel y a Vicente por turnos.

—Esta mañana me enteré de una verdad que justifica las palabras de Miguel.

—¿Qué palabras? —pregunté.

—Aquellas con las que Miguel me sugirió que acabase con su existencia —al pronunciar esto, miró a Vicente.

—¿Qué? —preguntamos los dos a coro.

—La Orden existió por siempre como un modo de cuidar y mantener equilibrada la

balanza de poderes aquí en la Tierra. Por lo visto, para Miguel, La Orden no era suficiente, quizá probablemente pensase que no hacemos bien nuestro trabajo.

—¿Cómo?

—Tu madre, Eliza. Y muchos otros, formaban parte de un grupo organizado y comandado por Miguel, *Dextera Domini* así se hacen llamar; la mano derecha de Dios.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque ayer, después de siglos de permanecer a las sombras y en silencio, salieron a la luz.

—No entiendo nada, Gabriel. ¿Cómo sabes de ellos?

—Es un grupo del que únicamente son miembros al descendencia de Miguel. Ayer,

al regresar Tamiel junto a tu padre, la sangre que corre por sus venas los llamó a

alzarse. Miguel los llamó, reclamó su fidelidad para enfrentar a tu padre. La sangre

de Miguel está desde ayer, más viva que nunca en ellos. Miguel me lo confesó. Dijo

que no se detendrá hasta acabar con todos ustedes, en especial con tu padre, con tus

hermanos y contigo —movió sus ojos hasta Vicente otra vez—. Y contigo.

Vicente y yo nos miramos.

—Pensé que me tomaría más tiempo llegar al fondo de esto; no fue así. Busqué los

nombres de tus padres y luego hice todo posible para ponerme en contacto con alguien de *Dextera Domini*

—¿Y? —pregunté yo mientras Vicente veía a Gabriel sin parpadear.

—Tu padre fue miembro activo del grupo hasta que dejó España, Vicente. Tu padre

es descendiente de Miguel.

Se me cortó el aliento y por lo visto no fui la única que quedó en shock. Vicente estaba boquiabierto.

—Por tus venas corre sangre de Miguel. Siempre has sido en parte ángel.
Imagino

que Miguel te cree un desertor por haber entregado tu alma al Infierno.

—¡Pero si él no sabía nada! —miré a Vicente—. ¿No sabías nada, no es así?

Vicente movió ligeramente la cabeza negando.

—Mi padre jamás... No tenía idea.

—Tu padre dejó el grupo por un motivo muy particular. Dejó el grupo y huyó.
Él se

enamorado. No me refiero a tu madre si no alguien que conoció ejerciendo sus
tareas

dentro del grupo. Tu padre se enamoró de una mujer demonio.

Impactada por la revelación llevé mis dos manos a mi boca.

—Miguel terminó con la vida de ella. Imagino que tu padre no lo soportó. Tu
padre

huyo hacia aquí y bien... luego conocería a tu madre y el resto de la historia ya
la

sabes.

Quise decir algo pero nada salió de mi boca.

—Esto es... —Vicente se pasó ambas manos por el cabello.

—Ante todo, le pese cuanto le pese a Miguel, siempre serás uno de los
nuestros. Yo

creo que él pretende hacerte pagar por lo que hizo tu padre y en realidad tu
padre no hizo nada malo —al entonar estas últimas palabras, Gabriel se quedó
viéndome—.

Él solamente se enamoró.

—Mi padre debía saberlo. Es por eso que...

—Vicente, lo que dices que sientes... Es el llamado de Miguel, todos los demás lo

experimentan también.

—Esto sobrepasa todo lo que pudiese imaginar. ¿Vicente, estás bien?

—Sí, eso creo, no esperaba esto.

Y de repente así de claro quedaban la cantidad de veces que se sintió pésimo consigo mismo por haber elegido ser un demonio y tantas otras cosas de su existencia. Esas dos partes de él luchaban así como dentro de mí.

—Bien, la sangre de Miguel puede llamar todo lo que quiera pero yo soy un demonio—. Apretó los labios—. Ni siquiera me atrevo a imaginar por lo que debió

pasar mi padre —tomó mi mano—. Moría si la perdiese.

—Lo sé.

—Gabriel, lamento muchísimo lo que le hice al padre Lucio.

—Ahora lo sé. Eso y muchas otras cosas. Las pocas barreras que nos diferenciaban

comienzan a desaparecer o al menos, a tornarse más permeables. Los demonios no

experimentan los sentimientos de un modo muy distinto a los ángeles, lo que sucede

es que muchos, por su condición, no terminan de apreciar ciertas sensaciones que les llegan. Eso cambió o al menos está cambiando. Nada es como solía ser de modo

que no creo que nadie sepa qué esperar de esto. El fin es la incertidumbre total.

Solamente me resta esperar que el fin no sea más que un nuevo comienzo, uno mejor, uno que encuentre a lo que reste de la vida en este lugar, más sabia, más pura, más piadosa —hizo una pausa—. Al menos por un tiempo no volveremos a vernos. Desearía poder haber hecho más para que Boni regresara a casa con ustedes.

—Está bien, Gabriel. No te preocupes.

Gabriel me sonrió y después movió sus ojos en dirección a Vicente.

—Te encuentras bien.

Noté que Vicente tragaba saliva.

—Sí, eso creo. Supongo que necesito un momento para procesar esto.

—Sí, claro —le contestó Gabriel con una sonrisa. Y así, sin más, extendió una de sus manos en dirección a Vicente.

—Gracias —dijo Vicente al estrecharle la mano—. Por todo.

Gabriel nos dedicó una tímida sonrisa a ambos.

—Sé que ustedes, al igual que yo, pelearán para que llegemos todos al mejor destino posible. Sus corazones son justos. Mis pensamientos y oraciones están con

ustedes. Y con ella —añadió soltando las manos de Vicente para posar las suyas sobre mi vientre—. Tengo fe en que volveremos a vernos y que entonces todo estará mejor.

—Ojalá así sea—. Lo deseaba de todo corazón.

—Vicente, cuídalas mucho.

—Eso haré.

—Sé que somos el futuro, estoy seguro de que si nosotros cambiamos y nos permitimos ver el mundo de un modo distinto, el resto también podrá —
Gabriel hizo una pausa, sus ojos llegaron hasta los míos.

El contacto duró un segundo, lapso durante el cual no pude más que rogar que lo que él deseaba se hiciese realidad. Necesitaba un futuro que darle a todos mis seres

queridos, en especial a mi hija.

—Tengo que irme ahora.

—Sí. Gracias —Vicente le tendió la mano—. Muchas gracias.

Gabriel estrechó su mano.

—No tienes nada que agradecer —se quedó sosteniéndole la mano—. El que tengas

sangre de Miguel corriendo por tus venas no fue lo que cambió mi modo de verte,

mi modo de ver las cosas. Lo hizo el haber comprendido que el mundo es más de lo

que yo creía conocer. Suerte que me abrieron los ojos —me miró—; de no ser así

me hubiese perdido de mucho.

Vicente hizo un gesto de asentimiento con la cabeza el cual Gabriel le retribuyó del

mismo modo. Separaron sus manos.

—Cuídense mucho.

—Y tú —entoné yo.

—Hasta pronto, Gabriel.

—Hasta pronto.

Gabriel nos miró una vez más, giró sobre sus talones y salió por dónde nosotros habíamos entrado.

Nos quedamos solos y en silencio.

—Vicente... ¿estás bien?

Movió la cabeza en mi dirección.

—Ahora no podrás enojarte cuando te diga que eres mi ángel.

Sonrió tímidamente.

—Tal parece que Miguel ha tenido una vida muy agitada.

—Y luego dice de mi padre. El caso es que ninguno de los dos es un ángel.

Vicente negó con la cabeza.

—Es evidente que tu padre está metido en esto hasta las últimas consecuencias
—

Vicente me tomó por la cintura, comenzamos a avanzar hacia la salida —no se le pierde detalle. No juega. Eso me asusta un poco. Después de todo el tiempo que lleva tramando en esto... Gabriel espera que el desenlace sea el mejor destino posible; yo lo veo muy difícil. Tu padre juega a ganar. De cualquier modo... ¿el mejor destino posible para quién? Con sangre angélica o no, todavía continuamos

siendo demonios.

—Lo sé. Lo entiendo—. Eso era lo más me preocupaba.

—Mejor regresamos a casa, con sangre de ángel o no, este lugar continua no agradándome ni un poco.

Vicente me escoltó hasta el auto cubriéndome con su cuerpo. La calle estaba tranquila. Abrió la puerta para mí.

—En verdad lamento todo lo sucedido con Eva —soltó justo cuando iba a subirme.

Lo miré a los ojos.

—Lo que sea que sienta por ella no es amor, o al menos no es el mismo tipo de amor que siento por ti. En este momento mi cabeza es una locura sin embargo tengo

muy claro que lo que tengo contigo no podía tenerlo con nadie.

—¿Pero por qué dijiste que no pudiste contestarle cuando ella te confesó que todavía te ama, o que sea lo que siente por ti porque a mí eso más me parece...? —

mi lengua había comenzado a acelerarse y mi temperatura a subir cuando Vicente tapó mi boca con una de sus manos.

—No lo sé. No quiero perderte. Eso lo tengo muy claro. No quiero volver a mi vida, a lo que era antes de conocerte. Siquiera sé cómo resistí tanto tiempo —me dio una sonrisa triste—. Bien, imagino que quizá tu padre tuvo algo que ver en eso.

Sabiendo lo que sé ahora, me queda claro por qué no me permitieron morir. No fue

sólo por mi fuego —tomó mi rostro entre sus manos—. Sé por qué no me dejaron

morir y también tengo muy en claro cual es mi razón ahora para continuar con vida. Ustedes dos son mi razón. Mi razón de todo Eliza. Emilia y tú son mi todo.

Se me erizó la piel.

Vicente se inclinó sobre mí. Su frente tocó la mía. Separó los labios y su

aliento se metió en mi boca y en mi nariz. Al instante me dieron ganas de besarlo. Rodeé su

cintura con mis brazos.

—Las sacaré de esto cómo sea y cueste lo que cueste.

Sus labios rozaron los míos.

Una enorme cantidad de energía comenzó a circular sobre mi piel provocándome

un cosquilleo sumamente agradable.

Su lengua acarició mi labio y entonces mis brazos y piernas se pusieron libidos de

placer, de necesidad de que toda su piel hiciese contacto con la mía.

Con todo lo bueno, y todo lo malo, todavía hoy continuaba maravillándome la suerte que había tenido al gozar de la oportunidad de conocer a alguien a quién amar de este modo, de tener a esa persona por la que sabes lo darías todo.

Un pensamiento un tanto angustiante pero que al mismo tiempo me llenaba de plenitud era imaginar que incluso terminando todo en este instante, yo no tendría derecho de quejarme por no obtener nada más. Sí, me angustiaba el que mi hija no

tuviese un futuro, pero conmigo la vida ya había cumplido.

Nuestro beso tuvo sabor a entrega, a esos besos que se dan como si fuesen los últimos, como si fuesen únicos.

Cuando nos separamos me ayudó a subir al coche y desde allí, nos dirigimos directo a casa.

Las horas siguientes las pasamos anudados, casi enredados, en nuestra cama, disfrutando del silencio entre nosotros, de los gestos que no necesitan explicación.

Ignoramos lo que quedó fuera de las paredes de nuestro cuarto, incluso empujamos

toda esa oscuridad de nuestras mentes.

24. Hacia la última hora.

Observé mi reflejo en el espejo. Constaté que me veía medianamente bien. No había

puesto demasiado ahínco al vestirme, no estaba de ánimo para celebraciones y a mis

nervios por la espera de alguna novedad de mi padre se le sumaban los de Vicente

por tener que encontrarse a sí mismo, entre un montón de demonios otra vez.

Llevábamos una semana prácticamente reclusos en nuestra casa, siendo solamente

nosotros dos. O casi. Vicente estaba demasiado meditabundo, abstraído y perdido dentro de sí mismo. Era como si su mente estuviese todo el tiempo demasiado ocupada, probablemente muy confundida. En demasiadas ocasiones lo encontré

solo en el jardín, dando vueltas lentamente por el césped, sin un rumbo fijo. Otras

tantas sentado en algún sillón, mirando la nada.

Intenté sacarle alguna palabra, mas él no encontraba ninguna que darme y no podía

culparlo por eso; se encontraba en medio de un torbellino entre dos mundos, de camino hacia la última hora, probablemente no sabiendo si formaba parte del bien o

del mal. Eso mismo me sucedía a mí. Es que nosotros nos encontrábamos

parados

justo sobre la línea divisoria.

Mi celular llevaba mudo una eternidad, de cualquier manera le eché un vistazo. Ni

mensajes ni llamados. Eleazar no contestaba mis intentos de comunicarme con él desde hacía días, no tenía ni idea de dónde estaba, ni qué había sucedido con Tamiel

o con Rocco. Tenía la certeza de que afuera de casa había una constante guardia para cuidarnos y que incluso las pocas veces que nos alejábamos de la propiedad para ir a hacer alguna compra, nos seguían, pero el contacto era inexistente.

Con Gabriel, Boni, Ami y los demás la brecha era demasiado profunda y densa.

Procuré resistirme a la sensación pero imposible creer que en cierto modo, Vicente

y yo, nos habíamos quedado solos en esto. Siquiera Lucas que siendo ahora el maestro de una demonio con sangre de ángel parecía encontrarse en nuestra

situación. Poco y nada sabía de él, solamente que se encontraba en Buenos Aires, no

en su departamento y cuando le pregunté dónde, se negó a decírmelo. Se limitó a explicarme que estaba bien, mejor que nunca y que las cosas con Érica iban mejor

de lo que esperaba. Quise ahondar en eso y no resultó, mi hermano se cerró en banda. Debí contentarme solamente con saber que se encontraba bien.

—¿Me ayudas con la corbata? —entonó Vicente arrancándome de mis cavilaciones.

—Sí, claro —caminé hasta él. Alzó la cabeza para permitirme ocuparme del

nudo

—. ¿Cómo estás?

Bajó la vista hasta mí, no contestó con palabras sino con una mirada que fue más que elocuente.

—Vicente, ellos entenderán si no vamos.

—No quiero faltar. Es mi... familia. Ellos...

—Sí pero estará lleno de otros demonios, Vicente. Quizá no sea buena idea—.

Terminé el nudo y lo acomodé entre las puntas del cuello de su camisa.

—Sí tú puedes resistirlo también yo.

—Yo no siento ese llamado de la sangre de Miguel, Vicente. No es lo mismo. Es más, no creo siquiera a alcanzar imaginar lo que pasa dentro de ti ahora.

—Estaré bien —entonó tomando mis manos entre las suyas—. Puedo con esto.

Quizá debí insistir más para que no fuésemos pero me di cuenta de que mis palabras

incrementaban su ansiedad. De cualquier manera podíamos irnos en cualquier momento si él no se encontraba bien.

Estirándome sobre las puntas de mis zapatos y todo lo que me permitía el peso de

mi vientre, el cual ya comenzaba a hacerme sentir un tanto torpe, lo bese.

Cinco minutos más tarde nos encontrábamos en el automóvil de camino a la casa del clan.

Mi celular sonó. Un número sin identificar.

—¿Van de camino a la fiesta de compromiso? ¿En verdad les parece que es momento para fiestas? Y por sobre todo... ¿parece este, tiempo para arriesgarse inútilmente?

—Hola. Creí que no volvería a escuchar tu voz.

Vicente giró la cabeza para mirarme desviando así, por un segundo, la vista del camino. Probablemente había escuchado la voz de mi padre al teléfono.

—Obviamente mi gente los sigue de cerca. De cualquier manera no me agrada la idea de que se expongan.

—¿Exponernos a qué, si es una fiesta de demonios?

—Por eso mismo.

—No entiendo. ¿Se supone que no debemos salir de casa o algo así? ¿Por qué llevas

tantos días si contestar a mis mensajes y desde dónde me llamas, acaso escuchaste

los mensajes que te dejé.

—Sí, claro que los escuché.

—¿Y no tienes nada para decir? Por ejemplo... no sé, ¿algún comentario sobre la

verdad de la historia de la familia de Vicente?

—No fui yo quien lo engañó. En todo caso su querido padre que le ocultó la verdad.

—Hiciste lo mismo. Lo usaste.

—No, puse en sus manos un modo de descubrir la verdad.

—No podías saber que Gabriel descubriría la verdad, o siquiera que acabaría conmigo.

—No, la verdad es que no. Solamente planté las semillas; al final los árboles crecieron y dieron sus frutos. Impresionante, ¿no?

—Debiste decirnos.

—No. La vida no le regala nada a nadie.

—¿No te cansarás nunca de esto, de manipular a todos, de mentir y ocultar a diestra

y siniestra?

—Sí, estoy agotado, es por eso que espero termine pronto.

—Es difícil de creer que así sea. No tienes ni idea por lo que estamos pasando y...

—¿Qué no tengo idea?! —gritó interrumpiéndome—. Eres tú la que no tiene idea

de lo que esto verdaderamente significa. Siquiera alcanzas a atisbar con esa pequeña

mirada tuya que se rehúsa a ver más allá de la superficie.

—¿Quieres que sienta pena por ti? Has estado utilizándonos.

—He estado intentando darte un camino, de guiarte hacia la verdad.

—Si es así dime dónde te encuentras, dónde están todos. ¿Por qué Lucas se niega a

decirme dónde está?

—Es mejor así, por la seguridad de todos.

—Estoy harta de esto. Dime cuando se acabará. ¿Encontraste a Batraal?

—No puedo decirte cuándo se acabará porque no lo sé. Entiendo que estés harta, también lo estoy y comprendo lo que sienten ambos ahora. Imagino su confusión;

imagina tú la mía cuando mi hermano me dio la espalda, imagina lo que significa

una eternidad siendo lo que otros hicieron de mí. Y no, todavía no encontré a Batraal. Si lo hubiese encontrado definitivamente ustedes no estarían de camino a la

casa del clan, siquiera podrían ir por la autopista así. Cuando eso suceda todo cambiará para siempre. Será el principio del fin, el fin de lo conocido.

—¿Por qué no quieres que asistamos a la fiesta?

Mi padre permaneció en silencio un par de segundos.

—Es un riesgo innecesario.

—Ningún ángel se atrevería a atacarnos allí con la presencia de tantos demonios.

No creo que Miguel sea tan estúpido. Sí poderoso pero no se presentaría allí. Si nos

atacase de camino sería otra cosa pero en la fiesta.

Eleazar regresó a su silencio.

—¿Qué?

—Puedo obligarte a regresar a casa.

—No hagas que ellos se interpongan en nuestro camino. Solamente lo empeorarías

todo. Sobre todo conmigo. En este momento, Eleazar, no eres santo de mi devoción.

—Vicente lo superará Eliza. Si tú aprendiste a convivir con tu historia, él lo logrará también. Sé que Miguel ha movilizado a sus fuerzas, *Dextera Domini*. Dile que entiendo a la perfección por lo que está pasando, experimenté algo similar solo que

ligeramente más fuerte, cuando me enviaron al Infierno; cada fibra de mi gritaba de

dolor, era como si estuviesen sofocándome lentamente. Me vi obligado a aprender a

respirar otra vez, en un medio completamente distinto. Es como pasar de respirar aire a respirar agua. Imagino que quiere ir a esa fiesta para averiguar si continua siendo un demonio, o al menos para descubrir si puede seguir siéndolo. No existen

impedimentos físicos para que lo sea. Con la sangre de Miguel en sus venas o no, él

puede ser lo que quiera ser, al igual que tú. Después de todo no parece tan mala idea que se enfrenten ambos a todos esos demonios. Solamente me resta rogarles que sean prudentes. Estén atentos a todo lo que los rodea, a lo que experimentan. No hagan oídos sordos a sus sensaciones. Buena suerte.

Así sin más mi padre colgó y la línea quedó dando tono en mi oído.

Le conté a Vicente lo que mi padre había dicho y por el siguiente par de minutos él

condujo en silencio hasta que:

—Por más que me pese debo darle la razón a tu padre. Yo... tú, los dos necesitamos

descubrir dónde estamos parados y dónde se paran los demás. Somos distintos a otros demonios y es preciso que identifiquemos en qué sentido corren las

aguas. No

digo que Gaspar y los demás vayan a convertirse en nuestros enemigos —
acotó en

cuanto me vio poner cara de horror—. Gaspar siempre ha sido todo lo neutral
que

ha podido —hizo una pausa—. Esa situación es difícil de sostener hoy por
hoy. Ya

no existe un punto neutral. Además cabe la posibilidad de que así como yo
percibo

el llamado de Miguel, otros sientan en mí algo distinto así como lo sintieron en
ti

otros demonios. Esas cosas no le gustan al común denominador de los
demonios.

—Pero si mi padre...

—No lo sé, es solo que tu padre lleva demasiado tiempo dedicándose a
mezclar sangre angélica con nuestra raza y eso... —Vicente apretó el volante
entre sus manos—. No sé lo que digo. Es que llevo días pensando en que bien,
no por nada tu

padre oculta esto de otros demonios. Ya te lo dijo Rocco. Tu padre mantuvo
esto oculto del resto de los demonios.

—Si Eleazar quiere enfrentarse a Miguel.

—Sí pero le está dando vida a una generación distinta. Las Doce Sillas es muy
clara

en lo que respecta a los ángeles; sabes que los odian.

—Mi padre también.

—Tu padre es uno de ellos.

Me quedé viéndolo, eso que me daba vueltas por la cabeza no podía materializarse

en una realidad.

—Ellos jamás se sublevarían contra mi padre.

Vicente me dedicó una mueca indescifrable.

Unos minutos más tarde, avanzábamos por el camino de subida hacia la casa del clan.

Mis palmas sudaban. Mi temperatura había subido y no tuve problemas para notar que la de Vicente también.

El lugar estaba lleno de demonios. Demonios antiguos y fuertes. Amigos de la familia sin duda porque el clima era festivo, no percibía tensión pero de cualquier

modo resultaba inquietante tanta concentración de poder.

Se suponía que esta era una celebración, un momento alegre sin embargo yo me sentía como si fuese a enfrentar a Las Doce Sillas otra vez.

Vicente encontró un espacio para estacionar casi al final de una larga línea de automóviles de alta gama, acomodados en los jardines delanteros de la propiedad del clan.

Las luces de la casa estaban encendidas. La fiesta de compromiso se extendía hasta

afuera. Luces, flores... demonios paseándose por ahí con copas en sus manos.

Música. Risas. Y aquí dentro, con el motor detenido, nuestro silencio.

Me retorcí las manos ansiosa.

—¿Cómo vas?

Giró la cabeza en dirección y me dedicó una mueca torcida.

—Vamos, salgamos de aquí y averigüemos lo que vinimos a aclarar.

Tragué saliva.

Iba a tomar la manija cuando vi a Eva caminando en nuestra dirección. Lucía estupenda como siempre, desparramando su gracia y porte a cada pasa sin embargo

un detalle fallaba en ella, no tenía esa cara de placidez de quién se sabe al control de la situación o al menos del de quién finge tenerlo. Su rostro era la preocupación viva.

Comencé a sudar frío. Eva venía directo hacia nosotros.

Vicente salió del auto y yo tras él.

—Eliza, Vicente —su voz no tenía la firmeza de siempre, no sonaba sedosa, era más

bien áspera y seca—. ¿Cómo se encuentran?

—Mejores momentos hemos tenido.

—Ni que lo digan. Y yo —dejó escapar una risa seca—. No sé cómo decir esto. Es

que no estoy acostumbrada... tú sabes —miró a Vicente.

—No sé de qué hablas.

—Lo que ustedes tienen no es como lo que nosotros tuvimos. No me mal

interpreten, digo que —inspiró hondo —ojalá hubiese sido así. Sé que Eliza te hace

feliz de un modo en que yo no podría. Y yo quiero que seas feliz.

Vicente atrapó mi mano derecha entre las suyas.

Eva bajó la vista por un momento.

—Entiendo perfectamente lo que siempre ha sido. Ustedes dos tienen mucha suerte.

Ojalá yo hubiese comprendido a tiempo la suerte que tenía de haberte encontrado Vicente. Simplemente creí que te merecía, que tenía derecho a ti. Solamente me resta

decirles que... —Eva contempló a Vicente con los ojos entornados. Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. Aquí estoy para ustedes, para lo que necesiten. A

disposición de ambos—. Volvió a contemplarnos en silencio y después soltó una risa seca—. ¿Vicente?

—¿Lo notas?

Apretujé la mano de Vicente. No me pareció que fuese buena idea contarle. Sí ella

era su maestra y acaba de soltar un discurso que no esperaba pero...

—¿Sí lo noto? Bromeas. Pensé que era ella. No lo es ¿no es así?

Un resumen conciso de la historia, brotó de labios de Vicente quien evitó revelar las fuentes que le habían contado la historia pero sí explicó que había sido mi padre quien la confirmó.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

—Lo que sucede es que nos enfrentamos a un momento decisivo.

—Ese Miguel querrá acabar con todos nosotros, imagino.

—Es probable —le contestó Vicente.

—Bueno, no se lo permitiremos —afirmó ella.

Nos quedamos en silencio.

—¿No te molesta?

—¿Qué cosa?

—Eso en mí.

Eva rió.

—Vicente, siempre supe que eras distinto. Ahora sé que es.

—Sí, pero...

—Recuerdas esa vez que estábamos en un pico muy alto, creo que fue en Suiza, había nevado y todo estaba blanco y silencioso. Pacífico. La tormenta se veía a lo lejos, podías sentir la tensión y de cualquier manera cada vez que respirábamos no

era más que paz. Te lo dije y me contestaste que así lo sentías.

—Sí, lo recuerdo.

—Eso distinto en ti se siente igual que aquel momento. Ese instante de calma en medio de la tormenta que te rodea. La tormenta y la calma se retroalimentan.

Me costó creer lo que mis oídos escuchaban.

Eva soltó un suspiro.

—No sé qué tal le caerá a otros, a mí no me molesta. Dudo que al resto de la familia

le perturbe. Ahora que por los demás, bien eso no lo sé. No arriesgaría tanto.

No se

preocupen tanto, es la gente de siempre. Prácticamente nos conocemos de toda la vida, Vicente. Intenta relajarte. Si continuas así de tenso pensarán que es algo todavía peor de lo que es en verdad, no es un asunto tan serio, después de todo escogiste ser un demonio. Andando, los acompañaré a dentro. Intenten relajarse, disfrutar del momento, si todo se pondrá feo en el futuro, es mejor que

aprovechemos el momento para estar en familia ¿no lo creen así?

Asentí con la cabeza.

Vicente me atrajo hacia su cuerpo.

—Eva —ante mi voz entroncando su nombre Eva detuvo su andar el cual recién iniciara en dirección a la casa. Se volvió y me miró.

—Gracias.

Su respuesta fue una sonrisa. Soltar una exclamación sobre lo bien que le sentaría

una copa de champagne.

De camino a la casa un par de miradas siguieron nuestro andar. No detecté nada hostil. No hubiese sido justo tildar aquellos gestos de ese modo, además tenían razones de sobra, mucha de esa gente era la primera vez que me veía o que nos veía

juntos con Vicente, o que tenían la posibilidad de tener frente a frente a la hija del mismísimo Diablo, a un demonio esperando un hijo. En resumen que había razones

de sobra para que se quedasen viéndonos.

Por suerte cuando la familia nos rodeó, las miradas suspicaces cedieron un poco.

Fue por demás agradable verlos a todos, reunirme con Anežka.

Intentamos permitirnos un lapso de normalidad que duró hasta que Gaspar nos llevó

a su oficina para hablar y allí volvimos a poner las cosas en claro otra vez, ahora,

revelando absolutamente todo, sin obviar detalle.

Fue un alivio tener la oportunidad de contar todo lo que cargaba sobre mis hombros y me figuro que también resultó igual de liberador para Vicente. Además

no parecía justo continuar manteniendo a Gaspar en la oscuridad. Teníamos que ponerlo sobre aviso por si algo sucedía.

Gaspar quedó boquiabierto y por primera vez en lo que llevo de conocerlo lo vi no

sabiendo qué decir.

—Tu padre no cesa de sorprendernos. Bien; supongo que tarde o temprano debía existir un desenlace. Es solo que...

La puerta se abrió de pronto, Diogo y Eva ingresaron prácticamente atropellándose.

Los tres prácticamente saltamos de nuestras sillas.

Por detrás aparecieron tres demonios de negro.

Durante un fugaz instante pensé lo peor, creí que ya no teníamos salida y luego entendí que ellos eran nuestra salida. Eran demonios de mi padre.

—Debemos escoltarlos fuera de la casa en este instante. Señora, por favor, acompáñenos ahora —soltó a toda prisa uno de ellos dirigiéndose a mí.

—¿Qué sucede?

—Gaspar qué es lo que pasa... ¿Eliza? —los ojos de Diogo estaban llenos de preocupación.

—Tienen que irse ahora, la fiesta terminó —lanzó Eva—. Es más, creo que la fiesta

acabó para todos. Gaspar, tenemos que sacar a todo el mundo de aquí.

Mi piel se heló al instante.

Vicente me tomó del brazo.

—Saca a todos de aquí Gaspar —insistió Vicente secundando las palabras de Eva.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Demonios vienen en camino —soltó el demonio de negro.

—¿Qué demonios?

—Diogo, reúne a la familia y da el alerta, todo el mundo tiene que irse. Eva, cuida

de Vicente y Eliza. Toma la uno de los coches de Massimo y sácalos de aquí.

—Sí.

—Vamos —Vicente tiró de mí siguiendo a Eva. Los demonios de negro nos rodearon.

Correr en tacones y embarazada no es sencillo, sobre todo cuando tienes la sangre

contaminada de miedo.

La fiesta ya no era una fiesta. El desconcierto y la preocupación se notaba en todos

los presentes. De refilón vi a Julián y a Petra. Sofía tomó de la mano a Anežka cuando Diogo les habló. Los demonios comenzaron a abandonar la casa, algunos meramente desconcertados, otros con cara de terror. Ver eso fue lo peor. Si es que

se sentía en el aire que lo que se avecinaba no era nada bueno.

Tiraron de mí entre el gentío que avanzaba hacia la puerta principal de la casa. Perdí de vista a Anežka y también a Gaspar. En mi estómago se formó un nudo.

Afuera ya había caído la noche.

Había reflejos de faros de automóviles moviéndose por todas partes.

Divisé dos enormes camionetas negras y muchos otros demonios de negro.

El mundo de repente se detuvo por completo cuando sonó la frenada y un grito. En

un principio me costó comprender lo que ese reflejo dorado que iluminó el frente

de la casa, había sido. Es probable que la lentitud con la que procesé lo visto se debiera a que simplemente quería negarlo, pero como negar o ignorar los aullidos

de dolor y esa desgarradora sensación de pérdida que deja una vida al ser extinta.

Los dedos de Vicente se crisparon alrededor de mi brazo.

Si hay una cualidad que te da la sangre angélica es esa pasmosa y turbadora apreciación de la pérdida de una vida, sin importar su origen. El nivel de empatía humano con el que se percibe el final de una existencia sin duda es menor al de un

demonio e insignificante al que se experimenta cuando se le abren las puertas al dolor que los ángeles padecen en tal situación. Bendita la hora en que le abrí las puertas a esto, incluso cuando sucedió sin querer o incluso sin darme

cuenta. Mi única certeza es que esa punzada de dolor que tenía en el pecho debía ser a causa de

esa parte de mí y no de otra, y que también, tanto cuanto a mí, afectaba a Vicente puesto que los dos involuntariamente demoramos el andar de todo el grupo.

Otra llamarada. Gritos. Correría. Revuelo. Rostros que se convirtieron el fiel reflejo del Infierno.

Eva gritó algo, no estoy segura de qué.

Giré la cabeza y vi a Diogo empujar la moto en la que estaba montada Anežka, quien evidentemente planeaba seguir a Sofia. Un demonio apareció, nadie de los nuestros, nadie que hubiese sido invitado a la fiesta. Digo se interpuso entre Anežka y él y entonces...

Sentí el calor insoportable en mi pecho, el dolor. Su grito se hizo mío y mis pies dejaron de moverse. El universo dejó de moverse y no quedó espacio para nada más que el dolor. Eva gritó conmigo.

Escuché a Gaspar gritar y mi corazón se destrozó. Caí de rodillas y ya no pude ver

lo que en realidad no hubiese querido ver jamás, siquiera en pesadillas. Otra vez la

negación y la incredulidad y una enorme sensación de culpa.

—Arriba, arriba —me gritó Vicente mientras el mundo se hacía cenizas junto con

Diogo y el corazón de Gaspar.

Sus manos me alzaron en pie y nos empujaron a Eva y a mí en dirección al garaje.

—Corran, corran —gritó uno de los demonios que nos acompañaba. Las dos

camionetas negras nos siguieron.

Divisé un borrón de azul, Vicente prácticamente me lanzó al asiento trasero del auto

deportivo al tiempo que Eva ponía en marcha el motor. Uno de los demonios se metió en el coche detrás de mí mientras Vicente se acomodaba en el asiento del acompañante. Creo que Eva no les dio tiempo a que cerrasen las puertas siquiera cuando dando marcha atrás nos sacó del garaje. El demonio me empujó hacia abajo

cubriéndome con el cuerpo. Intenté resistirme pero él no me lo permitió. No tengo

idea de cuál era panorama que se extendía en el frente de la casa.

Se escuchaban gritos incluso dentro del automóvil. El olor a quemado se metió por

las ventilaciones. Frenadas, incluso disparos. Eva gruñendo, Vicente gritándole indicaciones.

—¡Cuidado!

—Estoy teniendo cuidado, Vicente —le contestó Eva en un grito igual de histérico.

Eva debió de esquivar algo por que el auto se sacudió de costado. El demonio se levantó de encima de mí. Antes de acomodarme sobre el asiento lo vi echar un vistazo hacia atrás.

El camino hacia la salida de la casa de clan comenzaba su descenso por el terreno

aquí.

Miré hacia atrás. Nos seguía un automóvil que iba debatiéndose por el camino, cual

autos chocadores con una de las camionetas negras de los demonios de mi padre. la

camioneta en un momento dio la impresión de perder el control por unos segundos

y entonces pude ver que otros dos automóviles nos seguían. No eran coches de invitados a la fiesta que intentaban escapar sino cómplices de aquellos que nos atacaban puesto que intentaron colarse delante de la camioneta para seguirnos.

Sus faros dieron en nosotros.

—¡Acelere! —le giró el demonio a Eva.

—¡Maldita sea, eso hago!

El camino dibujaba una pequeña curva y Eva prácticamente se colgó del volante sin

dejar de acelerar.

La camioneta empujó al auto con la clara intención de sacarla del camino. Eso no

duró mucho.

Eva nos sacó de la propiedad poniendo el motor al máximo de sus revoluciones. El

automóvil dio un salto para caer al asfalto. Nuestra piloto sin preguntar nada, tomó

camino directo hacia la autopista.

El demonio a mi lado sacó su celular. No habló, por lo que creo simplemente se limitó a escuchar lo que le decían desde el otro lado de la línea.

—¿Eva, te encuentras bien? —vi a Vicente ponerle una mano sobre el hombro.

No lo había notado antes, Eva tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Sí —entonó y sonó a mentira.

Ingresamos en la autopista.

—¿Hacia dónde debo ir? —le preguntó al demonio que nos acompañaba, lanzándole una mirada por el espejo retrovisor.

—A Aeroparque. Hay un avión listo, esperando por nosotros.

—Si es que llegamos —murmuró ella por lo bajo—. No parecen muy de acuerdo

con nuestra idea de huir.

La camioneta también nos seguía pero si Eva esquivaba un automóvil, ellos lo esquivaban también. Los disparos dejaron de sonar en cuanto abandonamos la casa

pero no por eso significaba que hubiese cambiado de objetivo.

Divisé la segunda camioneta avanzando a toda velocidad mientras la primera intentaba ponerse a la par nuestra, lo cual le resultaba difícil porque íbamos en un

auto deportivo y Eva no parecía tenerle una pizca de miedo o respeto a la velocidad.

—Llama a Gaspar —me encontré pidiéndole a Vicente. Estaba que me moría de la

angustia y por otra parte me sentía tan aturdida, que lo recién sucedido no acaba de

parecerme real.

—Nadie llamará a nadie —rugió el demonio.

Vicente se dio la vuelta y lo miró torcido.

—Si no desean que lo mismo les suceda a ustedes no llamarán a nadie y harán exactamente lo que les diga.

Los tres enmudecimos por completo.

—Ahora —continuó diciendo— los demás intentarán deshacerse de esos demonios.

Usted —dijo mirando a Eva —procure continuar conduciendo de este modo.
Lo

hace bien.

—Ah, gracias —soltó ella en tono sarcástico—. Considerando que no tengo idea de

si el resto de mi familia está viva o no, sus palabras son sumamente amables.

Los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas y la mano de Vicente volvió a posarse

sobre el hombro de ella.

—Si no logramos evadirlos jamás lo sabrá. Es así de simple.

Eva esquivó un vehículo y yo intenté sostenerme del asiento para no chochar contra

la puerta, los cuatro nos fuimos de costado. A nuestro paso, el atronar de las bocinas. Eché un vistazo hacia atrás. No logré encontrar al automóvil que nos seguía. La autopista iba muy cargada. Tampoco a las camionetas negras que se suponía intentaban protegernos.

—¿Quiénes son... los que nos siguen?

El demonio me observó en silencio.

—Yo creo que usted ya sabe la respuesta.

—Las Doce Sillas —jadeé. Todavía no entiendo por qué, aquella parecía la única respuesta posible a esa pregunta. Mi padre se estaba aliando con ángeles. El que lo

hiciese para derrotar a Miguel no parecía tener demasiada importancia. Así como muchos otros demonios, el grupo sentía aversión por los ángeles.

—¿Cómo es que pueden sublevarse en contra del mismísimo Diablo? —soltó Eva al

pisar el acelerador a fondo luego de encontrar un hueco en el tránsito.

El “sí” que el demonio nos diera por respuesta nos dejó a todos un tanto descolocados.

—Ciro —fue lo que entonó el demonio ante el cuestionamiento de Eva.

—¿Su propio hijo?!

Por lo visto Eva estaba al tanto de toda la historia.

—Por eso mismo. Porque su hijo esta a la cabeza de la rebelión. Si alguien más la

hubiese impulsado aquello no hubiese pasado más allá de una simple revuelta y un

demonio juzgado por traición.

—No puede ir contra mi padre.

Vicente y el demonio me miraron. Es que sinceramente no me entraba en la cabeza

que Ciro estuviese actuando en contra de Eleazar.

Otra vez sentí miedo por él. No quería perderlo, no así, no antes de descubrir si en

él cabía algo más que esa imperiosa necesidad suya de enfrentarse a su hermano.

Incluso temiendo que él pudiese desear acabar con todo, que pusiese en riesgo la existencia de los ángeles y demás, necesitaba ver qué sucedería con él cuando todo

acabase. ¿Qué pasaría si lograba reivindicar lo que nosotros somos?

También me parecía ridículo que Ciro y los demás renegasen de esa parte angélica

que todos tenemos por una simple y sencilla razón, mi padre jamás dejó de ser un

ángel.

Estrujé el asiento con mis manos.

Mi padre era muy poderoso sí, pero sin duda en esta situación estábamos en inferioridad numérica. Si Las Doce Sillas alzaba a todos los demonios en nuestra contra... ¿Cómo haríamos para salir de esto con todos los demonios y los ángeles

persiguiéndonos?

Vicente y yo nos miramos, nuestros miedos no habían sido exagerados.

—Consiguió poner a todos de su lado. Por lo que sabemos no le costó mucho.

Solamente tuvo que eliminar a tres de los doce miembros para poder dar rienda suelta a su sed de poder. El resto, por miedo o movidos por los mismos deseos, se

unieron a él.

—Esto continua pareciéndome imposible. Es que acaso... —las palabras no me

salían, no podía terminar de creer que Ciro fuese contra mi padre—. ¿Podría vencer

a mi padre?

El demonio parpadeo lentamente.

—Es un demonio antiguo y no está solo.

—Sí pero mi padre...

—Su padre es un ángel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eso mismo.

—¿Eso mismo? No entiendo—. Esta vez, y no comprendo muy bien por qué, fueron

mis ojos los que se llenaron de lágrimas. Se me puso la piel de gallina.

—Es más sencillo acabar con un ángel, que con un demonio.

El interior del vehículo quedó en silencio.

Me estremecí.

—Incluso a uno tan fuerte como su padre.

—Todo esto es demasiado confuso.

—Ya lo creo que sí —lanzó Eva sin fallar ni por un segundo en aquella carrera frenética que parecía estar lidiando con el resto de los automovilistas.

—¿Puedo preguntarte algo, es que... por qué tú y los demás están del lado de

mi padre y no del lado de Las Doce Sillas?

El demonio sonrió tímidamente. Bajó la vista incluso. Lo que rodeó su rostro un segundo después fue una inexplicable aura de paz mezclada con una pizca de picante, con esa chispa y energía que caracteriza a todo demonio.

—Es un ángel —rió Eva. Sus carcajadas nos dejaron mudos a los tres —es un ángel

—repitió.

—¿Qué? No puede... —Vicente miró a Eva y acto seguido al demonio.

—Lo fui. Como muchos de los que hoy por hoy acompañan a su padre.

—¿Muchos? —mi padre no dejaría de sorprenderme jamás. El mundo no dejaría de

sorprenderme jamás. ¿A tanto llegaba este deseo de los ángeles de que se reivindicase la lucha de mi padre por aquello que hoy muchos ángeles gozaban?

¿Cuánto más esperaban de esto, si incluso aceptaron ganarse la oposición de Las Doce Sillas? —¿Quiénes? —de pronto necesitaba nombres. Tanto como el oxígeno

quería que entrase en mí, la claridad de tener identificado a cada uno de esos seres

celestiales que hoy luchaba junto a mi padre básicamente con el universo en su contra. Es que de repente todos ellos me parecían tan humanos, tan... tan indefensos.

Tan ángeles.

—No importa lo que eres, importa lo que haces. Eso es lo que su padre siempre nos

ha dicho.

—No creí que viviría para ver una cosa así —dijo Eva y girando el volante todo hacia la derecha, nos sacó de la autopista. De un modo poco sutil obvió el semáforo

en rojo.

—La hora llegó —murmuró por lo bajo el ángel convertido en demonio, desviando

la vista hacia atrás—. Creo que los perdimos.

En efecto, nadie nos seguía, al menos por el momento.

—¿Veremos a mi padre?

—Eso espero. No tengo intenciones de perderla. Mi obligación es llevarla ante su padre y eso haré. Usted es la base de nuestro futuro —sus ojos bajaron hasta mi vientre—. Todos nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para ver

ese futuro materializado.

—Ok, hay algo que no me queda claro, ¿cómo encajamos en esta historia los demonios que somos simplemente demonios? Es que todo el mundo aquí tiene algo

de ángel y yo no y...

—Acabo de decir que no importa lo que eres, importa lo que haces.

—¿Es esa la frase de un ángel o de un demonio? ¿Cómo se supone que debo actuar,

a quién debo defender?

—Humano, demonio o ángel, usted tiene una conciencia, no me lo pregunte a mí.

Pregúnteselo a sí misma.

—Eso suena a respuesta de ángel, un demonio jamás diría eso.

Eva tenía razón.

Vicente se quedó viendo a Eva quién ahora tenía la vista fija en el camino otra vez.

La miró de un modo distinto, del modo en que solamente alguien que ve el alma de

otra persona puede hacerlo. Del modo en que te ve alguien que te conoce bien, alguien que no se deja engañar por las cubiertas de la superficie ni por todas las tonterías que puedas cometer.

Ella había hecho tanto por él... por mí. Minutos atrás obedeció a su padre cuando él

le pidió que nos sacase de la casa, siguió con aquella misión incluso luego de ver a

Diogo morir y no es que aquella muerte le causase poco dolor. Si es que podía verse en sus ojos que pese a que intentaba seguir siendo la Eva que supuestamente

todos conocíamos, sus sentimientos se deshacían en la pérdida, en el miedo por el

resto de los suyos. Aquella mirada de Vicente era lo que ella era, lo que ella hacía.

En los ojos de él se reflejaba lo que su interior guardaba. El demonio, al igual que

en el hombre que iba a mi lado, se veía en el exterior, pero en el interior continuaban muy vivos todos aquellos sentimientos que pueden hacerte digno del perdón divino.

A Dios le pedí dentro de mi cabeza que aceptase a su lado a Diogo, porque en mi

vida yo no había tenido oportunidad de conocer a otra persona que profesase tanto

amor por los suyos, que tuviese un sentimiento tan arraigado de familia, que quisiese con tanta intensidad, que...

Siquiera pude seguir pensando. Las lágrimas comenzaron a despeñarse desde mi mandíbula.

Jamás sería justo que alguien como Diogo, fuese a parar a un lugar menos bonito,

feliz y placido que el Cielo.

—Pues usted sabe apreciar la diferencia —soltó el hombre ante las últimas palabras

de Eva trayéndome de regreso al interior del automóvil.

—¿A dónde nos llevará el avión que nos espera?

—No puedo, ni debo responder a eso —fue la respuesta que nuestro guía en esta fuga, le dio a Vicente—. Es más seguro así.

—Quiero hablar con mi padre ahora. Mi hermano y los demás...

—Su padre ha tomado todas las precauciones posibles.

—No lo parece. Lo que sucedió hace un momento dice algo muy distinto.

El ángel demonio no contestó al claro tono acusatorio de Eva. Y la verdad es que

Eva tenía razón.

—Ya casi llegamos.

No necesitaba anunciarlo, los tres lo sabíamos. La idea de subirme a un avión sin siquiera saber cual era nuestro destino no nos agradaba a ninguno de los tres creo,

menos que menos sabiendo que dejábamos al clan detrás.

El ángel demonio le indicó a Eva un portón apartado de la entrada general, aquí estaban los hangares que correspondían a las pequeñas compañías de vuelos

privados.

Sin hacer preguntas ni detenernos ni por un segundo para comprobar quién llegaba,

la reja se movió de costado para cedernos el paso.

—Hasta el fondo y después a la izquierda.

Eva hizo lo que el demonio le indicó.

A la izquierda toda una hilera de hangares, a la derecha las pistas. Aviones de mayor porte levantaban vuelo, uno muy delgado y largo de aspecto extremadamente

moderno esperaba en mitad de la calle de carreteo. Su escalera desplegada

aguardaba por nosotros. Eso era obvio, un puñado de personajes de negro rondaban

la nave.

—Ojalá tu padre nos hubiese sacado a todos de aquí antes —susurró Eva.

—Allí —el demonio apuntó hacia la aeronave ignorando las palabras de Eva.

—Sí, no necesita señalarla. Ya la vi.

El ángel demonio dio un respingo a mi lado. Si hasta el asiento del automóvil

se estremeció.

Un frío desagradable recorrió mi espalda. La siguiente mala reacción la noté en la

correría de los demonios que rodeaban el avión. Giré la cabeza.

Nos habían encontrado. Allí a la distancia apareció el automóvil que nos había seguido.

El disparo que impacto creo que en la parte inferior del coche, de mi lado, terminó

por ponernos los pelos de punta a todos.

—¡Acelere! —gritó el ángel demonio.

Eva soltó un rosario de insultos en alemán.

Vicente me miró con cara de desesperación.

El ángel demonio sacó un arma del interior de su chaqueta y asomándose por la ventana efectuó un par de disparos y no fueron los únicos que siguieron ese recorrido. Los demonios que estaban junto al avión también estaban armados y repelían el ataque.

La luneta trasera estalló ante otro disparo que dio en nosotros. El ángel demonio me

empujó hacia abajo y acto seguido se abalanzó sobre la posición de Eva. El automóvil dio un coletazo cual automóvil de rally.

—¡Frene!

Eva lo hizo y así quedamos detenidos en paralelo a pocos metros del avión.

—¡Bajen, bajen! —ordenó el ángel demonio con un grito.

El fuego cruzado continuaba.

Alguien abrió de un tirón la puerta del lado de Vicente y tiró de él hacia fuera.
El

ángel demonio abrió la de atrás para luego tirar de mí hacia fuera.

Vicente desapareció de mi vista al ser cubierto por al menos tres demonios
que se

lo llevaron a la rastra en dirección a la escalera del avión. Lo mismo sucedió
conmigo cuando pise sobre el asfalto de la calle de carreteo.

Disparos. Gritos. La frenada de otro automóvil.

El tiempo se deformó en una engañosa banda elástica que me permitió percibir
detalles tales como la enorme luna llena en el cielo, el calor de los demonios
que

me rodeaban, su perfume dulce, el olor del combustible quemado del avión, el
sonido del motor del mismo, el ruido metálico de mis pisadas sobre la
escalera de

metal y al girar la cabeza, los verdes ojos de Eva, el miedo en ellos.

El tiempo volvió a su ritmo normal.

Eva soltó un grito de dolor y entonces nuestro andar se frenó en seco porque
mi grupo chocó con el que intentaba arrastrar a Vicente dentro del avión.

Vicente chilló para zafarse del agarre de los demonios.

Mi mirada voló hasta Eva. Una mancha de sangre se extendía por su abdomen
mientras ella intentaba seguir corriendo.

—¡Ayúdala!

El ángel demonio que nos trajera hasta aquí me hizo caso.

Los disparos seguían sonando, otro automóvil había aparecido. Tras nosotros

corrían al menos seis demonios.

El ángel demonio bajó los escalones que lo separaban de Eva, ella se prendió de sus

hombros.

Más disparos. El ángel demonio chilló de dolor una, dos veces. Empujaron a Vicente hacia dentro del avión y a mí me obligaron a encogerme sobre mí misma

pero lo vi todo.

El demonio que corría hacia nosotros no pareció inmutarse demasiado por la lluvia

de disparos que le caía encima desde lo alto de la escalera. En un salto de sus piernas sobre los primeros escalones se convirtió en una bola de fuego que se prendió de las espaldas de Eva y del ángel demonio, tirando de ellos hacia atrás.

El nombre de Eva salió de mi garganta rasgándolo todo.

Las llamas lo devoraron todo, debían tener al menos tres metros de altura y eran tan

intensas y calientes que me hicieron arder la piel del rostro.

Trastabille cuando me empujaron hacia adentro de la aeronave entre mis gritos y los gritos desesperados de Vicente. Mientras caía al suelo los vi apartar de una patada la escalera y cerrar la puerta.

Mi cuerpo temblaba de forma incontrolable. Yo apenas si conseguía respirar por mi

cuenta, menos que menos era capaz de alzarme en pie para ir a tomar mi lugar a la

butaca de cuero. Entre dos me sentaron, uno me colocó el cinturón de

seguridad.

Al otro costado de la cabina, otros cuatro demonios hacían lo mismo con Vicente,

solamente que él no se estaba quieto, gritaba, lloraba y pataleaba, todo sin dejar de forcejear e intentar mirar por la ventanilla. El rostro de Vicente estaba rojo, lloraba como río, tenía los ojos inyectados en sangre y todo su cuerpo era presa de una reacción imposible de contener. Lloraba como humano y rugía como demonio. El

dolor en sus ojos era el de un ángel.

En mi vida lo había visto en ese estado, siquiera cuando murió Jan. Estaba quebrado, completamente roto y fuera de sí.

Aquello era dolor puro y mi corazón se partió a la mitad una vez más esta noche.

Todo dentro de la cabina quedó impregnado de tristeza y desesperación.

Su desconsuelo se hizo mi llanto, su tristeza mi dolor.

Quise quitarme el cinturón e ir a abrazarlo pero alguien me empujó por los hombros hacia abajo.

A mis oídos llegó el sonido de la aceleración de los motores. En las sacudidas de la

aeronave se evidenciaba que nos encontrábamos ante la inminencia del despegue.

Necesité que alguien me explicase cómo es que todo esto era posible. Simplemente

no podía estar sucediendo.

La ligereza que cobró el avión al abandonar el suelo no se extendió a nosotros. En

mi vida me sentí tan culpable, tan pesada. Estos kilos y kilos de sufrimiento dentro

de mí no hacían más que aplastarme contra la butaca. Quería ponerme a gritar que

diesen media vuelta y descendiesen pero siquiera sabía si había algo por lo que volver. Eva ya no estaba allí, ese ángel demonio tampoco.

Nuestra vida ya no existía. El mundo tal cual lo conocimos ya no existía.

El avión se abalanzó de trompa hacia el cielo nocturno.

Vicente cesó en sus intentos de soltarse de quienes lo sostenían. Su respiración continuaba agitada, al igual que la de los dos demonios. Babeaba y lloraba, su desconsuelo era total.

Tenía el rostro desencajado y húmedo de sudor y llanto. Su mueca era imposible de

describir con palabras.

Aquí dentro de la cabina todo era silencio.

Por primera vez eché un vistazo a mi alrededor. Había una docena de demonios rodeándonos. Demonios o ángeles demonios o lo que fuesen.

Vicente giró su cabeza en mi dirección. El avión comenzaba a volar en horizontal.

Me quité el cinturón de seguridad y nadie puso objeción a que me levantase de mi

sitio, es más, cuando me encontré en pie, los demonios soltaron a Vicente y retrocedieron.

Hasta él fui.

A sus pies me detuve. Posé mis manos sobre sus mejillas empapadas las

cuales ardían.

Vicente se aferró de mí, hundiendo su rostro en mi vientre y entonces se liberó por

completo al llanto más desconsolado que yo hubiese tenido oportunidad de presenciar jamás.

—Lo siento. Lo lamento tanto —le dije llorando con él—. Lo acuné contra mí —. Lo

siento muchísimo.

Vicente no pudo contestar con otra cosa más que con quejidos que denotaban lo extremo de su dolor.

Como hice con Diogo, le rogué a Dios que se apiadase de Eva dándole la paz que

ella parecía no haber conseguido en vida.

No solamente por Vicente, sino también por la propia Eva, hubiese querido volver

el tiempo atrás para cambiar lo sucedido.

La vida no es justa pero con algunas personas, parece emperrarse, convirtiéndolas

en seres duros por fuera, en seres que se acostumbran demasiado a recibir y dar golpes. Cuan distinto podría haber sido todo para todos si Eva hubiese sabido valorar el amor que le tuvo Vicente y el que sin duda, y a pesar de todo, le profesó

ella a él. “Los qué hubiese sido si” comenzaron a agolparse en mi cabeza mientras

Vicente seguía llorando. ¿Qué hubiese sido de todos nosotros si Eva y Vicente

hubiesen descubierto a tiempo, lo grandioso que podría haber sido el tenerse del modo en que se tenían, porque es que no me cabe ninguna duda de que ella lo quería

a él (eso quedó evidenciado en todo lo que hizo por mí) y en lo que él la quería a

ella (ahora evidente en este llanto desconsolado que atacaba su cuerpo amenazando

con separarle los músculos de los huesos y dejarlo seco para siempre).

En este instante no pude más que pedirle a Dios a los gritos, si es que en realidad

era capaz de escuchar, si es que le interesaba escuchar, que frenase esto de una buena vez.

25. La montaña más alta.

—Disculpe.

El demonio que pasaba por el corredor de regreso de la cabina del piloto se detuvo

ante mi voz.

—¿Podría conseguirme un poco de agua, por favor?

El demonio miró a Vicente, todavía que acurrucado contra mí en la butaca contigua,

temblando sin parar. Su cuerpo desprendía una gran cantidad de calor. Su mano derecha fija a mi palma izquierda parecía un puño de acero sin intenciones de soltar

su agarre mientras mi mano izquierda subía y bajaba por su nuca empapada en sudor.

—Vicente —al entonar su nombre sus dedos se ciñeron todavía más alrededor de mi mano. Su mano izquierda apretujó el apoyabrazos que crujió ante su fuerza—.

Vicente —lo llamé otra vez. Los músculos de su cuello se convirtieron en columnas

de concreto—. Escúchame, necesito que me digas algo, necesito saber cómo te encuentras—. Obviamente se encontraba muy mal pero de algún modo tenía que sacarlo de ese trance en el que se encontraba—. Necesito que me hables, que me mires—. Intenté zafarme del agarre de su mano y no lo logré. Su brazo estaba petrificado, igual sus dedos alrededor de mi mano.

Prácticamente contorsionándome puesto que él estaba medio encima de mí, quité la

mano de su nuca. Mis músculos tensionados se quejaron de dolor. Mi espalda me mataba, la cintura todavía más y si bien no sentía que hubiese ningún problema con

Emilia, me angustiaba mucho el exponerla a tantos peligros.

Antes de hacer nada más, me llevé una mano al vientre. La sentí moverse, fue un cosquilleo delicado suficiente para permitirme inspirar más hondo sin miedo a lastimarla.

Me pasé una mano por el cabello y con ésta barrí de mi rostro los restos de lágrimas de desesperación. Con esa misma mano acaricié la mejilla de Vicente.

—Lo siento —volví a decirle—. Lo siento tanto.

Vicente continuaba encogido en la misma posición.

—Perdóname —le dije cuando mi mano quedó empapada de las lágrimas que él

comenzó a llorar otra vez. La intervención de mi padre y mi existencia habían convertido su vida en esto. Me sentí muy responsable de todas estas muertes,

del dolor que lo invadía a él ahora—. Ojalá tuviese el poder de deshacer todo lo sucedido.

El agarre de la mano de Vicente sobre la mía cedió un poco y entonces comenzó a

alzar la cabeza.

Su rostro era una mancha roja descompuesta de tanto llorar, de tanto irradiar calor,

si es que los dos estábamos completamente sudados y de milagro no habíamos llenado de llamas el interior del avión.

Parpadeó y abrió los ojos para mirarme. Sus ojos grises estaban prácticamente en

carne viva, hinchados y brillantes.

—No es tu culpa —entonó y entonces las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos cual torrente sin fin. Soltó el apoyabrazos y se pasó la mano por el rostro y el cabello—. No lo es; es que... —me miró a los ojos una vez más —es que ella... ella

era mi principio. No puedo creer que ya no esté. No puedo entender cómo es que esto pudo suceder. No debí permitirle que viniese con nosotros. Debió escapar sola.

Ahora estaría viva de no ser por...

—Vicente...

Vicente apretó los labios.

—Yo no... siquiera sé que es lo que siento o lo que debo sentir. No sé qué hacer.

Creo que ni siquiera recuerdo como caminar. Estoy tan perdido.

Su mano volvió a atenuar la mía.

—No puedo creer que está diciéndote esto a ti, si te tengo a mi lado y... —la mueca

en su rostro se descompuso todavía más. Esto es peor que las veces que me torturaron y encerraron. Me siento completamente vacío. Cómo voy a protegerte así, cómo haré para ayudarte en este estado.

El demonio llegó para detenerse frente a nosotros tendiéndonos un precioso vaso de cristal y una botella de agua.

—Gracias—. Como tenía una mano ocupada, tomé la botella y la coloqué sobre mi

regazo, iba a recoger el vaso de la mano del demonio cuando éste hizo algo que me

sorprendió. Frente a Vicente se agachó colocándose de rodillas en el suelo.

Dejó el vaso a un lado en el suelo y entre sus manos envolvió mi mano y la de Vicente. No pronunció palabra, al menos ninguna que yo pudiese oír. Hay tantas ocasiones en que las palabras sobran, sobre todo cuando lo dolido es el corazón. La

otra mano del demonio fue a posarse sobre la sien izquierda de Vicente.

—Solamente intente aceptar lo que le doy. Existe un lugar, existe un modo...

Vicente soltó mi mano. Noté que sus músculos comenzaban a relajarse.

El demonio apartó la mano de Vicente de la mía y apoyó la cabeza de él contra el

respaldo de la butaca. Él ya no lloraba y el rojo de su rostro empezaba a mermar. El

aire ya no entraba y salía a chorros por su nariz.

Este proceso me recordó a la primera vez que Gabriel me hizo dormir.

Al cabo de unos segundos todos los músculos de Vicente estaban relajados sobre la

butaca, liberándose del peso y quizá también de parte del dolor.

Su pecho subía y bajaba tranquilo.

El demonio soltó la mano de Vicente y un segundo más tarde dio por terminado el

contacto contra su sien. El amor de mi vida estaba profundamente dormido.

El demonio se alzó sobre sus pies y me tendió el vaso de cristal el cual relució en

todos los colores del arcoíris al impactar la luz de encima de mi cabeza sobre el tallado de su superficie.

—¿Todos ustedes fueron ángeles?

Su respuesta fue una sonrisa.

—No sé si puedes ayudarme pero es que... es que necesito hablar con mi padre.

—Lo verá cuando lleguemos.

—Necesito hablar con él ahora.

—El señor no está disponible ahora.

—Él tiene que enterarse de lo sucedido.

—Su padre ya está al tanto de lo sucedido.

—Escucha sé que tienes órdenes y demás pero es mi padre y...

—Él no está disponible.

—Pues que lo esté, necesito hablar con él en este instante. ¿Cuál es tu nombre?

—Haaiah.

Su nombre hizo cosquillas en mis oídos.

—Bueno eh... —me fue imposible repetir su nombre —seguro que puedes ponerme en contacto con él.

—No, no puedo. Usted debería intentar descansar, su estado lo requiere.

—Mi estado requiere paz y estoy muy lejos de conseguirla.

El demonio desvió su mirada en dirección a Vicente como mostrándome que él era

la prueba de que sí podía.

—Es agradable percibir ese rastro que Gabriel dejó en usted.

Ante la mención de Gabriel di un respingo sobre mi asiento.

—¿Lo conoces?

Asintió con la cabeza.

—Tuve el privilegio de aprender mucho de él. Espero algún día tener la dicha de poder volver a verlo, de mirarlo a la cara sin una contienda de por medio. Quizá yo

pueda gozar de ese momento de paz.

—¿Crees que eso sea posible? Sobre todo considerando lo que acaba de suceder.

—Permítame que le ayude a descansar al menos por un par de horas. Aquí

arriba en

el cielo está a salvo, no tiene de qué preocuparse.

—El cielo... Siquiera sé hacia dónde nos dirigimos.

—Será beneficioso para ambas.

El demonio aproximó su mano a mi sien y yo aparté la cabeza.

—No tema, despertará en cuanto toquemos tierra —amenazó con tocarme otra vez

y cuando volví a apartar la cabeza dio un paso atrás tendiéndome su mano con la palma hacia arriba—. Permítame que le demuestre que puede confiar en mí.

Tóqueme.

Parte de lo que él era, me llevaba a confiar en lo que decía. Posé mi palma sobre la

suya y experimenté esa embriagadora paz que todo ángel sabe transmitir.

—Descanse —susurró.

Y eso hice. Me dejé llevar hasta un rincón cálido y seguro de mi propio cerebro porque básicamente en este momento, no podía lidiar con todo lo que tenía entre manos, además no tenía demasiado sentido continuar devanándome los sesos aquí sola, en busca de soluciones si siquiera tenía oportunidad de hablar con mi padre.

mejor que descansara para así tener la mente más despejada cuando estuviese frente

a él.

...

Los ángeles también mienten.

Abrí los ojos sobresaltada. Di un respingo sobre mi asiento. el cinturón de seguridad sobre mi pecho impidió que me estrellase contra el techo del interior del

vehículo.

Íbamos en una camioneta, circulando por un camino entre montañas, con pinos rodeándonos y el sol brillando sobre nosotros.

En los asientos de adelante iban dos personas. A mi lado, todavía dormido, Vicente.

Estiré un brazo hacia él y tomé una de sus manos. Se veía un poco más tranquilo.

El demonio que iba en el asiento del acompañante se dio la vuelta era el demonio

del avión, el que nos pusiera a dormir.

—Llegaremos a destino de un momento a otro.

—Dijiste que me desperraríamos en cuanto tocásemos tierra.

—Necesitaba descansar.

Se me escapó un suspiro. La verdad es que sí; igualmente me dolía todo. Dormir en

el avión y en el asiento de una camioneta no es lo más confortable del mundo.

—¿Se encuentra mejor?

—Eso creo. ¿Dónde estamos?

—Suiza.

—¿Podría ser algo más específico que eso?

El demonio negó con la cabeza.

—¿Veré a mi padre ahora?

—Sí. En un momento. Tan solo faltan unos minutos de camino—. El demonio giró

sobre su asiento para quedar hacia el frente otra vez.

—Vicente —lo llamé con voz suave dándole un suave apretón a su mano; él no reaccionó. Lo llamé una vez más y entonces si logré traerlo de regreso de su sueño.

Primero movió los ojos debajo de los parpados y su mano apretó la mía. Parpadeó

un par de veces antes de ser capaz de abrir los ojos por completo. Al hacerlo tragó

una gran bocanada de aire.

—¿Dónde estamos, qué sucedió?

—Estamos en Suiza, no tengo idea de dónde exactamente. Todo está bien.

—Debo llevar horas durmiendo.

—Tantas como yo. Recién despierto. Se supone que en un momento llegaremos. Mi

padre nos espera. ¿Te encuentras bien?

Con la mano libre se agarró la cabeza por la frente. No contestó ni que sí ni que no.

Cuando me miró sus ojos estaban llenos de lágrimas otra vez.

Vicente se estiró en mi dirección. Su perfume entró por mi nariz invadiendo todo mi ser cuando sus labios depositaron primero un beso sobre mi frente

para luego

bajar hasta mi boca.

—Te amo —susurró entre mis labios—. Tú me mantienes con vida.

—Te amo.

Vicente pegó su frente a la mía. Los dos cerramos los ojos. Me apreté a él. Al abrirlos me topé con su mirada entre triste y ardiente.

—Podrán apagar todas las otras luces, pero jamás la tuya, no les permitiré tocarte.

No importa si es lo último que hago; a ti no te tocarán jamás. Con lo que queda de

mí, te defenderé hasta las últimas consecuencias. Solamente importan ustedes dos —

posó su mano sobre mi vientre —ustedes dos y nada más. Perdona mi debilidad, perdona mis errores, perdóname lo que soy y lo que no soy. Yo solamente sé que te

amo.

—Y yo a ti.

—Ya casi llegamos —anunció el demonio.

El camión dibujo una curva y allí, abriéndose espacio entre los pinos, una típica casa de montaña se dejó ver entre los distintos niveles de un parque recortado entre

la ladera y la planicie que se extendía a partir de allí. La casa era impactante, igual resultaba el paisaje.

Una figura apareció en el jardín delantero.

Identifiqué a mi padre casi al instante.

Presuroso avanzó hacia nosotros a medida que la camioneta se internaba en el camino. Todo esto debía formar parte de su propiedad porque básicamente la casa

no estaba delimitada por otra cosa que no fuese el paisaje.

La camioneta no terminaba de detenerse que él ya había llegado a mi puerta para abrirla.

—Hija —su voz sonó como un quejido ahogado—. Vicente. ¿Se encuentran bien?

—tendió una de sus manos en mi dirección. Yo ya me había quitado el cinturón de

seguridad de modo que la acepte para que me ayudase a salir.

En cuanto me hallé en pie sobre el pavimento mi padre me rodeó en un abrazo. No

dijo nada, simplemente me estrechó contra él.

—Me alegra tanto verlos a los dos sanos y salvos —dijo al apartarme de su lado.

Sentí a Vicente llegar después de rodear la camioneta por la parte trasera.

Eleazar lo abrazó a él también solo que ese contacto duró un poco menos, de cualquier manera fue igual de significativo. A mi padre se lo veía verdaderamente

angustiado.

—Lamento muchísimo lo sucedido. Siento mucho lo de Eva, Vicente. Si puedo ayudarte en algo, para lo que necesites, cuenta conmigo.

—Sí, puede hacer algo por mí. Detenga esto, pudieron hacerle daño a Eliza.

El rostro de mi padre se ensombreció al instante.

—Y tú crees que por dar yo un paso al costado, esto se acabará. Ciro solamente necesitaba una excusa para apuñalarme por la espalda y ahora la tiene. Y Miguel no

volverá a su anonimato si yo me retiro de la contienda. Todo lo contrario.
¿Crees

que disfruto esto?

—Papá, por favor.

Eleazar giró la cabeza y me miró.

—Necesitamos saber cómo están los demás. Podrías averiguar qué fue de Gaspar y

el resto de la familia. Me muero de preocupación por Anežka y Lucas...

Mi padre me silenció alzando una mano.

—¿En verdad piensas que sería capaz de dejarlos desprotegidos?

—Eva y Diogo están muertos —soltó Vicente.

—Ya lo sé y dije que lo lamento.

—Eran parte de nuestra familia. Son parte de mi familia —las lágrimas se me escaparon—. Debiste prever que algo así sucedería.

—Lo siento mucho hija —el rostro de mi padre volvió a entristecerse—. En verdad

que sí. Los demás están bien. Nadie más resultó herido. El resto del clan y Anežka se encuentran en un locación segura. Ya me encargué de eso. Lucas y Érica también están bien. Así como Tamiel y Amers.

—¡Eliza, Vicente! ¡Gracias al cielo! —exclamó la voz de Lilith.

Giré la cabeza para verla correr hacia nosotros desde la casa.

Lilith llegó a mi lado y me abrazó.

—Tu padre estaba tan preocupado por ustedes. Lamento su pérdida —me apretó entre sus brazos y me abrazó.

Al verla a la cara vi que su mueca de preocupación le daba pelea a la de mi padre y

la verdad es que no parecía fingida.

—Siento muchísimo lo de Eva, Vicente. Eleazar me contó.

—¿Por qué no me dijiste que estabas rodeado de ángeles? —disparé.

—Mejor entremos en la casa. Allí podremos conversar más tranquilos y tenemos mucho de qué hablar.

Acepté.

De la mano de Vicente, avancé por detrás de mi padre con Lilith siguiéndonos de cerca.

Como no podía ser de otra manera, la casa era todo lujo, pura luz y con unas vistas

espectaculares que en este momento, por tan bellas y estar rodeadas de tanto dolor,

parecían tan falsas cuanto un óleo que lleva colgado dos siglos en un museo.

Mi padre nos indicó un sillón y allí tomamos asiento sin soltarnos. Vicente continuaba en mal estado, ya no temblaba pero lo sentía tan perdido que tenía la impresión de que se desmoronaría sobre el sillón si cortaba el contacto entre nosotros.

Eleazar se acomodó en el sillón al otro lado de la mesa de vidrio. Lilith se instaló a su derecha.

—No podía contarte que me acompañan ángeles.

—Sí podías. No haces lo que no quieres —la angustia, el miedo y la bronca por todo lo sucedido hablaron por mí cuando solté aquellas palabras en un tono muy poco amable—. No entiendo por qué no enfrentaste ya a Miguel si estás rodeado de

ellos. Tienes con que enfrentarlo.

—No. Los demonios que me rodean fueron ángeles menores. Para enfrentar a Miguel necesito la ayuda de ángeles poderosos. Por eso debo conseguir que Batraal

también se alíe a mí.

Con eso mi padre me cerró la boca.

—¿Lo encontraste?

Eleazar me contestó que sí con un movimiento de cabeza.

—Eso creo. Se supone que está en Egipto. Debemos ir a encontrarlo.

—Lo encontraremos. Tenemos que acabar con esto de una vez. No quiero que nadie

más salga herido.

—No puedo prometerte eso. Por más que lo encontremos esto no será sencillo, Eliza.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No quería que nadie más muriese. No quería

ver a ningún otro de mis seres queridos, sufrir.

—Haré todo lo que esté en mis manos para evitar que nadie más muera pero por desgracia sé que no tendré éxito. Te mentiría si dijese que se resolverá en términos

amistosos. Ciro nos quiere muertos a ambos...

Las manos de Lilith aterrizaron sobre las de mi padre. El gesto en el rostro de ella

se puso sombrío.

—Igual ha de ser el deseo de Miguel. Intento contener el avance de tu hermano pero

convenció a todos, o al menos a casi todos, de que yo ya no soy digno de liderar el

universo que creé. Estoy manchado por el origen que me dio la vida —mi padre me

dedicó una sonrisa triste —el mismo origen que tan bien supo darme la espalda.

Ahora no soy nada, solamente un borrón gris en medio. Pero lo resolveré, o al menos lo intentaré hasta que no quede nada de mí.

Una lágrima se me escapó. No quería perder a nadie más, tampoco a él. Pese a todo,

tampoco a él.

Eleazar se soltó de las manos de Lilith dedicándole un gesto dulce y avanzó hasta el

sillón en el que nos encontrábamos Vicente y yo. Sin quitarme la vista de encima, se

acomodó a mi lado. Tomó entre las suyas, mi mano libre.

—En verdad lamento todo esto. Tarde o temprano sucedería. Intento cuidar de aquellos que amas. Sé que no soy el padre que tuviste.

Pensar en él me angustió. Llevaba días sin hablar con él y las pocas palabras que habíamos cruzado no habían sido sinceras porque no podía contarle lo que sucedía

en realidad. Mi mundo y su mundo se distanciaban demasiado e intentar conciliar la

vida humana que llevé con ésta, era imposible.

—No pude cambiar lo que soy ni lo que sucedió, pero sí intento cambiar el futuro

para que no tengas que vivir lo que yo viví, para que Emilia no necesite ocultar su

origen. Por favor, acompáñame a Egipto. Acompañenme los dos. Esto será lo último que les pida. Necesitamos a Batraal de nuestro lado.

—¿Qué sucederá si no lo encontramos o si él no quiere aliarse contigo?

—De cualquier modo procuraré enfrentarme a Miguel con las armas con las que cuento, ya no puedo echarme atrás.

—¿Qué sucederá con Ciro? ¿Qué harás con él y los demás?

Mi padre apartó sus ojos de mí por un instante.

—Me ocuparé de él.

Ese ocuparse de él, tenía un significado muy claro.

—La montaña más alta asusta desde su base pero cuando llegas a la cima y la tienes

a tus pies, descubres que todo ha valido la pena.

—No estoy segura de que así sea. En el camino van quedando demasiados afectos.

—En el pico de esa montaña se encuentra el futuro de tu hija, Eliza. Piénsalo así.

¿Qué no harías por ella? —hizo una pausa—. ¿Qué no haría yo por ti?

—¿Por mí?

—Sí, por ti.

—Esto no lo haces por mí. No me pongas de excusa.

Eleazar soltó mi mano y se puso de pie.

—El avión estará listo en un par de horas.

—Eleazar yo no soy tu justificativo. Hablemos con la verdad, lo que haces lo haces

por ti. Lo admito, no quiero que nada malo te suceda pero no arrojes la responsabilidad de lo que pasa sobre mis hombros.

Lilith nos miró a mi padre y a mí por turnos.

Vicente apretó mi otra mano como diciéndome que me calmase; no le hice caso.

Soltándolo me alcé en pie para enfrentarlo.

—Esto es sobre ti. Sobre Miguel y tú y nos han arrastrado a todos los demás a esta

locura. Ciro no hizo más que aprovechar el momento, él es como tú, quiere poder y

jamás tendrá suficiente. Si te ayudo no es porque me interese verte reivindicado, es

porque entiendo que no hay otro camino para seguir adelante porque es obvio que

la paz aquí, no es una opción.

Eleazar me sostuvo la mirada.

—No sé cómo ni por qué, te quiero. Eres mi padre, mi verdadero padre pero ni tú

eres perfecto, ni yo lo soy. No eres la víctima. Tampoco yo. Nadie me obligó a convertirme en un demonio pero tú y yo somos muy distintos.

Mi padre se cruzó de brazos enfrentándome.

—¿En serio? ¿En verdad te parece que lo somos?

—Yo no necesito tener la montaña a mis pies. Y de llegar a la cima no haría más que pensar en los que quedaron por el camino.

Eleazar se quedó viéndome sin parpadear.

—Quizá quieras hablar con tu hermano antes de salir. Al fondo a la derecha está el

estudio. La notebook está encendida. Puedes hablarle por video conferencia. Su contacto es el único ingresado. No debes decirle dónde te encuentras. Él tampoco puede decírtelo a ti.

De cualquier modo no tenía idea de dónde me encontraba a ciencia cierta.

Sentí a Vicente pararse a mi lado.

—Vamos, yo también quisiera hablar con Lucas —tomó mi mano y tiró de mí.

Lo último que vi antes de permitir que me llevase al estudio fue el rostro cargado

de amargura de mi padre.

Vicente cerró la puerta después de hacerme entrar en el luminoso espacio.
Soltó mi

mano y se apoyó contra la placa de clara madera. Yo quedé orbitando sobre el centro del espacio sin ser verdaderamente consciente de lo que me rodeaba. Me sentía perdida y no sabía por dónde seguir.

—No puedo hacer más que pensar en el principio de todo. He visto partir a demasiadas personas pero así es la vida ¿no? O al menos así se supone que deba ser.

Ni siquiera cuando me entregué a esta vida imaginé que viviría eternamente.
Creo

que en el fondo solamente deseaba algo de tiempo para descubrir quién era yo
en

realidad. Quería tener un poco de tiempo para ser yo y lo obtuve.

—Vicente por favor no digas nada más. Tus palabras suenan a despedida y eso...

—Eso mismo es lo que hacemos aquí. ¿Para qué crees sino que tu padre te ofreció a

hablar con tu hermano?

—Para que supiese que él está bien.

—Sabes que está bien, que está vivo. No necesitas verlo para saberlo.

Por no ver la realidad, me miré el vientre.

—Comuniquémonos con él.

—No quiero que ésta sea la última vez que hablo con mi hermano.

—Haré todo lo que mi vida me permita, para evitar que sea la última —
Vicente llegó a mí y me abrazó—. Aquí, o dónde sea, siempre estaremos

juntos. Sin importar el modo, jamás te abandonaré, siempre me tendrás contigo; ¿lo sabes, no

es así?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos otra vez.

—Nada ni nadie en este mundo puede terminar lo que existe entre nosotros. Lo que

nos une es una fuerza increíble que acabó juntándonos luego de siglos de historia.

Tu eres mi pico más alto. Llegué a la cima y contigo vi el paisaje más bonito.

—Odio cuando hablan así —sin poder contenerme más, las lágrimas brotaron de mí.

—¿Odias que diga que te amo, que eres lo mejor que me sucedió en la vida?

—Odio cuando empiezan a despedirse. No pienso despedirme de ti jamás.

Vicente sonrió.

—¿Qué será de nosotros cuando tengamos una hija adolescente en casa?

—¿Qué? —solté riendo. Alcé la vista para ver la mirada iluminada de Vicente.

—No tendrá novio hasta los dieciocho.

Se me escapó una carcajada.

—¿Qué dices?

—No permitiré que nadie se le acerque.

—Vicente, no seas ridículo —reí.

—Ojalá tenga tus ojos.

—Los tuyos son más bellos.

—Si hereda tu mirada y tu sonrisa estamos en problemas.

Ahora me carcajeé con ganas.

—Tendré que encerrarla. Si es como su madre tendrá una fila de pretendientes esperándola en la puerta de casa.

—Si luce como tú te verás en la obligación de ponerle custodia.

Vicente sonrió con ganas.

—Le pediremos ayuda a Lucas.

Otra vez me reí.

—Sí, creo que no es muy buena idea. O tal vez sí, ya veremos cómo reacciona.
De

cualquier modo estoy seguro de que cuento con el apoyo de tu padre a la hora
de

espantar posibles candidatos indeseables.

—No puedo creer que estemos hablando de esto —solté riendo.

—Ni yo —me apreté más contra su cuerpo—. Le ruego a Dios que me permita
presenciar esos momentos contigo y muchos otros —estampó un beso en mi

frente—. Hablemos con Lucas, me gustaría saber cómo está.

Tomé asiento frente a la notebook que esperaba por nosotros. En efecto allí en
el programa de video conferencia estaba ingresado el nombre de mi hermano.
Llamé

y él no tardó ni tres segundos en contestar.

Por la sorpresa en su rostro debía esperar ver a mi padre, no a Vicente y a mí.

—¡Eliza! ¡Vicente! No esperaba verlos. ¿Se encuentran bien? Supe de lo sucedido.

¿Le hicieron daño?

Por detrás de mi hermano, que se hallaba sentado sobre un sillón oscuro de aspecto

moderno, apareció Érica.

—¡Eliza! ¡Que bueno verte! —exclamó ella—. Estábamos tan preocupados por

ustedes.

—Sí. Estoy bien.

—Lamento muchísimo lo que le sucedió a Eva, Vicente. Todavía no lo puedo creer.

Y Diogo... papá nos contó todo. Si me cruzo con Ciro juro que le arrancaré el pellejo con los dientes a ese desgraciado.

Érica le puso una mano en el hombro a mi hermano antes de sentarse.

—Tranquilo Lucas. No digas esas cosas.

—Pero si es lo que se merece —replicó mi hermano.

—Sí pero eso ahora no les ayuda a ellos.

Lucas apretó los labios.

—Me alegra que estén con papá. Allí están seguros.

Vi a Érica acurrucarse junto a mi hermano. Noté una agradable familiaridad entre

ellos y un tono más calmo en la mirada de Lucas. La influencia angélica de Érica debía estar surtiendo un buen efecto en él.

—¿Ustedes están bien? —le preguntó Vicente—. Eleazar dijo que no podían decirnos donde están ni que nosotros podemos decirles a ustedes.

Lucas miró a Érica con una media sonrisa en el rostro.

—Sí, estamos bien. Así es, papá nos sacó de Buenos Aires prácticamente a las corridas; ahora estamos bien. A la espera de poder hacer algo útil para ayudar. Él

no quiere que estemos todos juntos, dice que es peligroso. Daría cualquier cosa por

estar allí con ustedes. A veces uno se da cuenta tarde, del tiempo que desperdició en cosas inútiles.

—Tendrás tiempo, Lucas —le dijo Érica a mi hermano y después le sonrió a la cámara—. Todo saldrá bien. Tenemos que tener fe.

Lucas sonrió como antes, cuando se veía como poco más que un adolescente.

—¿Lo ves? Tal parece que ahora soy un hombre de fe. De cualquier modo no dejamos de ser demonios.

Érica rió por lo bajo y la sonrisa de él se amplió todavía más.

—¿Cómo llevas el cambio Érica? —necesitaba cambiar de tema.

Érica sonrió y Lucas rió.

—Es como si toda la vida hubiese sido esto. Y Lucas está aprendiendo a hacer cosas estupendas.

—¿Y eso?

—Cosas de ángeles —me contestó mi hermano sin perder la sonrisa—. Se

siente bien. Papá dice que también puede hacer todas estas cosas. Que probablemente estuviesen en mí ya...

—Solamente estás permitiendo que salgan.

—Eso mismo opino yo. Lucas dice que es por mí —Érica negó con la cabeza —es

él.

—De cualquier modo estoy más fuerte, por no decir rebosante de energía. Es... —

Lucas miró a la cámara con una sonrisa enorme en la cara —es increíble.

Emocionada me prendí de la mano de Vicente; él me devolvió el apretón.

—No es fácil decirlo, lo cierto es que sé que dije e hice muchas estupideces. No podía dejar pasar la oportunidad para decir en voz alta que lo lamento. Equivoqué el

sentido de muchas cosas.

—Lucas... —escuchar a mi hermano siendo él otra vez, me devolvió la vida al cuerpo.

—En cuanto tenga la oportunidad me disculparé; ahora que los tengo a ustedes al

otro lado de la cámara... Solamente quiero decirles a ambos lo importantes que son

para mí y que los quiero —Lucas se puso colorado hasta las orejas—. No intento ponerme lacrimógeno ni hacer de esto una escena de culebrón. Ustedes son

importantes para mí; lo más importante de esta vida. Son mi familia, mi verdadera

familia, mi todo. La que hubiese defendido a muerte aunque no nos uniese la sangre.

Al final he resultado un bastardo con suerte.

—Ustedes también son lo más importante que tengo —entonó Vicente.

Las lágrimas se me saltaron.

—Y yo los amo a los dos —dije riendo y llorando. Me limpié las lágrimas—.

Tenemos suerte.

—La tienen —entonó Érica—. La tenemos. Somos capaces de amar y de ser queridos. No existe mejor destino en esta vida que ese.

Érica tenía razón. Teníamos mucho más de lo que otros logran conseguir en la vida.

Cruzamos un par más de palabras abandonando por fin, estos discursos que tanto sabor a despedida tenían. Agradecí tener la oportunidad de decirle a mi hermano una vez más, que lo amaba porque la verdad es que no tenía la certeza de que pudiese volver a hacerlo. Verlo reír, verlo en paz. Poder tomarme de la mano de Vicente, reír por una tontería... todas esas pequeñas cosas que hacen la vida grande.

Una extraña sensación de paz y calma me embargó cuando terminamos la video conferencia. Sentí que estaba lista para lo que viniese, fuese lo que fuese. El fin... el fin de una era; con suerte, el comienzo de otra o quizá simplemente el silencio eterno.

Así como Érica se acurrucó junto a Lucas, yo me acurrugué contra Vicente, los dos

rodeando a Emilia con nuestros brazos, en silencio, tranquilos, solamente siguiendo

con nuestros pensamientos los latidos de nuestros corazones.

Este momento se convirtió en mi cima, en mi montaña más alta. Nadie jamás lograría arrebatarme esta victoria.

26. Trompetas y truenos.

Ojalá hubiese podido hablar con Gaspar. Tenía tantas ganas de abrazarlo, de estar con él ahora, de hacer algo, lo que fuese, por intentar aplacar el dolor que sabía debía sentir.

Aparté la vista de la ventanilla del avión, a unos metros por debajo el asfalto gris de la pista por la que carreteaban presuras las ruedas.

La aeronave levantó vuelo.

Al girar la cabeza Vicente me regaló una sonrisa con la que pretendía darme ánimo.

Le devolví el gesto apretando su mano.

Gaspar había perdido al amor de su vida. Yo tenía la suerte de tenerlo conmigo.

No nos quedaba nadie más de quién despedirnos. Si el fin llegaba, sería en estas condiciones y no en otras distintas. Siquiera mirar atrás era una opción y sin duda

no servía de mucho.

Al volver la vista al frente, me topé con la mirada de mi padre.

Sentado muy erguido, tenía la frente en alto y una mirada endurecida. Si hasta hacía

unas horas atrás se había mostrado enternecido por lo significativa de la situación, por todas las despedidas y por la tristeza de las muertes, ahora nada de eso era visible en él. Era como si hubiese cambiado el modo por completo. Se lo veía decidido, tan implacable como siempre. En él no quedaba espacio para dudas o flaquezas. Mi padre llevaba siglos esperando por lo que estaba por venir y quedaba

claro que nada ni nadie lo detendría.

—¿Tienes miedo? Es normal que lo sientas —soltó sin darme tiempo a responder.

Lilith miró a mi padre muy seria.

—Son ellos los que deben temer. No se imaginan lo que les espera.

—¿A quién de todos ellos te refieres?

—Vicente... —Eleazar obvio mi pregunta llamando la atención de mi amor.

—¿Si?

—¿Te mencioné que yo conocía a la mujer demonio de la que tu padre se enamoró?

—¿Qué? —jadeó Vicente atragantándose con su propia saliva.

—Lilith también la conocía.

En un parpadeo, los ojos de Lilith se encendieron de furia.

—Era mi hermana —explicó ella—. Mi hija, mi mejor amiga, una mitad de mí.
Mi

discípula.

Y así sin más, quedaba más que claro el porqué de la presencia de Lilith.

—Agatha era maravillosa. Tan poderosa que su sola presencia cambiaba hasta la composición de aire. Ella, al igual que tú, Vicente, tenía el don del fuego. Todo era fuego en ella, también el amor que sintió por tu padre. Ella insistió hasta el último día en que tu padre era lo mejor que le había sucedido en la vida, que él le había enseñado a vivir. Que por él hubiese podido vivir eternamente feliz. No tienes lazos

de sangre con ella sin embargo te le pareces y mucho. Quizá sea porque tu

padre la

amaba tanto.

—¿Conociste a mi padre?

Lilith contestó que sí con la cabeza.

—Jamás tuve nada en contra de tu padre. Si uno de mis mejores amigos es en parte

un ángel —al decir aquello desvió los ojos en dirección a mi padre.

—Tu padre sufrió mucho por culpa de Miguel, cuando el arcángel acabó con

Agatha casi nada restó de él —articuló con calma Eleazar—. Tu padre pensaba unirse a nosotros para vivir el resto de sus días con ella hasta que él la mató.

—¿Lo conociste también?

Mi padre me contestó con la mirada.

—¿Qué tan bien lo conociste?

—Estamos los cuatro en este avión. Eso vale como respuesta. Todos aquí tenemos

una cuenta pendiente con Miguel.

Mi padre no había dado ni una sola puntada sin hilo, lo tenía todo calculado milimétricamente.

—Te hubiese agradado conocer a tu padre antes de que Miguel se cruzara en su vida. Fue triste lo que quedó de él. Sufrir por amor puede destruir por completo a

un hombre, además tu padre era demasiado joven cuando conoció a Agatha y el primer amor no se olvida jamás. Es gracioso ver cómo acabó todo.

—¿Gracioso?

—Bien, quizá gracioso no sea la palabra hija. Extraño. Tu padre huyó de todo cuando Agatha murió Vicente, pero yo no lo abandoné. Cuidé de él lo mejor que pude, siempre desde la distancia claro está. Experimenté una mezcla de sorpresa y

miedo cuando supe que los demonios se habían cruzado por tu camino.

Sinceramente no creí que fueses a elegirnos. Sí, tu vida para ese momento era un desastre pero jamás pensé que tuvieses madera para esto.

—¿Estuviste allí? —solté sorprendida, siquiera me había dado cuenta de que habíamos abandonado el suelo.

—En las sombras —hizo una breve pausa—, jamás intervine. Bueno en realidad una

vez bebí un trago contigo Vicente pero no sé si lo recordarás, me pareció que estabas demasiado borracho. Brindamos por tus éxitos.

Vicente se puso pálido.

—Obviamente no me viste con este rostro. Y por lo visto, lo recuerdas. Todavía eras humano.

—Yo... pensé que ese hombre estaba más borracho que yo.

Mi padre soltó una carcajada.

—Ese brindis... no entiendo su elección de palabras.

—Solamente intentaba insuflarte un poco de valor. Me daba pena que tu padre tuviese que ver a su primogénito en ese estado. Al final todo resultó mejor de lo esperado, acabaste siendo lo que tu padre quería ser: un demonio con sangre de ángel. Por cierto, sé que te gustaría saber que Lucía está bien. Ella me contó que habló contigo hace unos días.

—¿Conoces a su sobrina?

Eleazar le dedicó una sonrisa medida.

—Ella se encuentra bajo mi cuidado también. Después de todo, es familia.

—Esto es...

—Es lo que tiene que ser —dijo mi padre completando mi frase.

Vicente permanecía boquiabierto a mi lado.

—Algunos susurros son infinitamente más efectivos que los gritos.

—¿Eso es lo que has estado haciendo siempre, susurrando al oído de las personas

para guiarlas en la dirección en la que quieres que vayan? —sé que mi tono sonó a

acusación pero no me arredré. No era momento para temor, prefería morir con la

verdad en la mano que continuar en el limbo de la ignorancia por no romper esa bonita burbuja de cristal en la que vivía, que en realidad, jamás fue tal cosa.

—No volvamos a lo mismo hija, puedo sugerir, sin embargo no es mi

responsabilidad las decisiones que tomen las personas.

—¿Cómo se conocieron mi padre y Agatha?

—Agatha estaba intentando ayudarme a encontrar a Batraal y eso a Miguel no le gustó, entonces envió a tu padre a intervenir. Miguel sospechaba lo que nos traíamos entre manos de modo que envió a tu padre a investigar. Él conoció a Agatha y se enamoró de ella al instante.

—¿Por qué Agatha estaba ayudándote a encontrar a Batraal? Es decir, sé para

qué quieres dar con él, pero ¿por qué ella?

—Batraal fue el primer ángel en poseer el poder del fuego del que hoy gozan ustedes, el fuego que combatía el mal. Ese magnífico e impresionante don que ustedes poseen tiene su origen en él. Mi hermano combatía el mal con su fuego. Él

era único, y dentro de los ángeles siempre lo seguirá siendo. No fue sencillo transmitir ese don a los nuestros pero aquí están ustedes y así también estaba Agatha. Ustedes son pocos y ese fuego magnífico los une a mi hermano. Es un legado que los torna uno. Siquiera yo termino de entender cómo funciona o por qué

tan pocos de ustedes lo tienen. Yo no creé el mundo, simplemente me adapté a lo que había, de modo que no tengo todas las respuestas.

—Esperas que lo convenzamos de regresar a tu lado. Esperabas que Agatha hiciese

lo mismo.

—Agatha formaba parte de mi círculo, Eliza. Haces que suene como si la hubiese usado.

—Tu padre no usó a nadie —disparó Lilith—. Todos los que estamos con él, estamos porque queremos, porque necesitamos justicia.

—¿Por qué te es tan difícil dar con Batraal? ¿Qué más hay, qué es lo que no todavía

no nos cuentas?

—Esto sí es gracioso. No sé por qué mi hermano todavía continúa huyendo de mí.

—Vamos papá. Dinos la verdad.

—Es la verdad. Muy tonta pero verdad al fin. No sé si es miedo. Quizá no quiera verse involucrado en una disputa. Por todos los medios he intentado

llegar a él sin

conseguirlo. Estoy seguro de que sabe que voy tras él. Me esquivo.

—Entonces no sabemos si tenemos alguna posibilidad de que esta vez resulte el intento de dar con él, mucho menos de que acepte ponerse de tu lado.

—Nuestro lado —me corrigió.

—Bien, cómo sea. Cuéntanos sobre él. ¿Por qué se alió a ti en un principio?

—Como todos, porque no creía que los términos fuesen justos. Me defendió de Miguel porque sabía que el nuestro era un pedido legítimo. Batraal siempre se caracterizó por su buen juicio. Siempre fue el más inteligente de todos, no por nada

fue bendecido con su don —mi padre hizo una pausa—. Necesito volver a demostrarle que mi causa es justa.

—Necesitas convencerlo.

—Lo dices como si el plan fuese hacerle creer algo que no es cierto. Mira a tu alrededor. ¿No es todo esto prueba suficiente de que mi causa es justa?

No me sentí en posición de determinar si el mundo estaría mejor con o sin demonios, lo que sí me parecía era que el mundo, desde que mi padre se plantó sobre sus ideales, se abrió a una nueva vista. No podía tomarse todo lo sucedido como una masa única que descartar o rechazar porque había cosas que se

desgranaban para lo bueno, como la posibilidad de los ángeles de experimentar sentimientos a los que antes no se les permitía acceder, y otras para lo malo, como

muchas de las acciones que llevaban adelante los miembros de Las Doce Sillas.

—Batraal nos juzgará.

Ante las palabras de mi padre, Vicente y yo nos miramos.

—Sé que mi hermano conseguirá ver la verdad.

¿Y si no? ¿Y si a Batraal no le parecía que nuestro reclamo continuase siendo valedero? ¿Qué sería de todos nosotros entonces, incluso de él mismo?

¿Tendríamos posibilidad de hacerle frente a Miguel sin él? No me atrevía preguntarlo.

Así sin más, los cuatro caímos en un profundo silencio.

...

Nunca antes había estado en El Cairo ni en ninguna otra parte de Egipto sin embargo no tenía cabeza para admirar lo que me rodea. Aquel lugar en este instante, para mí no era un sitio turístico, era solamente la locación en que podía sucederse uno de los cambios más importantes de la historia y no hablo solamente

de los cuatro que ahora íbamos repartidos en dos camionetas con un camino que al

menos Vicente y yo, no conocíamos.

A modo de promesa me dije que regresaría a aquí para recorrer y disfrutar la ciudad.

Las calles se fueron angostando. A nuestro alrededor pura historia.

Alcé la vista al cielo el cual se encontraba por completo cubierto, amenazando con

tormenta. Apenas si pasaba de media tarde pero parecía como si el sol estuviese por

caer. O quizá el cielo estuviese por caerse sobre nosotros puesto que esas nubes semejaban pesar lo que el plomo y tenían exactamente el mismo color.

La gente iba y venía con paso apurado, previendo lo que estaba por despeñarse desde el cielo.

Ví un par de buses de turistas partir y vendedores que comenzaban a guardar sus mercaderías.

—Estamos cerca del mercado —anunció Vicente espiando por la ventana.

—¿Estuviste aquí antes?

Asintió con la cabeza.

—Hace mucho.

—¿Sí? Nunca lo habías mencionado.

—Se me pasó por alto. Viajé mucho. Creí que te había dicho.

—No.

—Conocí a alguien que era de aquí.

—¿Un demonio?

Vicente se quedó pensativo mirando por la ventana.

—¿Vicente?

—No lo sé. Ya no estoy seguro. Creo que lo era, al menos vivió suficientes siglos

como para serlo.

Incomoda me removí sobre mi asiento. Esta historia se cruzaba en demasiados puntos. Bien podía ser una simple casualidad que acabásemos aquí y que Vicente tuviese sus dudas sobre aquel personaje.

—Su nombre era Shihâb. La primera vez que lo vi fue en un bar. Yo todavía no era

un demonio. Como no podía ser de otra manera, se comportó enigmático conmigo.

Siempre lo fue. Nos vimos pocas veces. Aquella primera vez mencionó algo así como que los límites no eran... —Vicente enmudeció y se quedó viéndome en

silencio.

—¿Qué? ¿Ustedes eran amigos?

—No, simplemente la vida nos cruzó un par de ocasiones.

—¿Y de qué hablaron ese par de veces que se vieron?

—Sobre la vida, sobre nosotros. Hablábamos mucho de historia. A él le fascinaban

las civilizaciones antiguas.

—En el intento anterior de mi padre de dar con Batraal éste vivía en Japón.

Vicente me sonrió incrédulo. Esa mueca en su rostro se diluyó un segundo después.

—Dudo que sean la misma persona Eliza, y no creo que tu padre sepa qué él se me

acercó, o las pocas veces que lo vi. Sí, no es imposible que tu padre me viese con él pero no existe motivo para que Batraal se acercase a mí en un primer lugar. Yo todavía no era un demonio la primera vez que lo vi.

—Eso que te dijo de los límites...

—Que la única forma de traspasar los límites es fingir que no existen. Él solía decirlo. Shihâb no tiene nada que ver con esto.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace una eternidad. La última vez fue aquí, vine a conocer la ciudad. Estaba solo

y necesitaba un tiempo para mí. Quería conocer las pirámides.

La camioneta se detuvo.

—Me topé por casualidad con él aquí mismo, en el mercado —apuntó hacia fuera

con un dedo.

—Vicente... ¿en verdad crees que no es más que una casualidad? Esto es muy...

La camioneta en la que iban mi padre y Lilith se detuvo detrás de nosotros.

Los dos miramos hacia atrás al mismo tiempo y volvimos la vista al frente al mismo tiempo.

—Si resulta ser que tu amigo es Batraal me deberás una cena —solté en broma.

—No puede ser él. Te prepararé una cena cuando quieras pero...

—¿Dónde estaba él cuando se encontraron?

—Bebiendo té en un rincón medio oculto dentro del mercado—. Vicente hizo una pausa—. No puedo creerlo.

—Muchos demonios pueden ver en los humanos qué poderes tendrán si se convierten, o al menos divisan si existe alguna posibilidad de que los tengan...

—Eso ya lo sé —resopló.

—Quizá los ángeles puedan hacer lo mismo. Es probable que el ángel que era el único en tener el don del fuego que quema el mal, pudiese identificar a aquellos que

cargan en su interior, ese mismo don.

Uno de los demonios que nos acompañaba abrió la puerta del lado de Vicente,
mi

padre y Lilith ya estaban en la calle.

—Yo creo que me debes una cena.

Vicente me sonrió medio sin ganas.

Bajó y me tendió una mano para ayudarme a descender del vehículo.

—Aquí es donde lo vieron por última vez —explicó mi padre—. Allí dentro.

Con la cabeza señaló el portal.

Guirnaldas con bombillas de colores atravesaban la calle de un lado al otro.

Los puestos vendían almohadones, platos, cajas con incrustaciones de madera,
lámparas, especias, narguiles y tantas otras cosas más.

Miré a mi padre muerta de duda, no sabía si preguntarle o no si el amigo de
Vicente

era el ángel que él buscaba. Si mi padre no sabía nada sobre Shihâb no quería
ser yo

quién se lo dijese, lo que menos se me antojaba es que usase todavía más a
Vicente.

Mi padre se dirigió a los demonios que nos acompañaban en su idioma y luego
nos

conminó a seguirlo hacia dentro del mercado.

Vicente me tomó de la mano.

Dos de los demonios iban al frente por delante de mi padre, los otros dos por

detrás. Algunos ojos nos siguieron, otros nos ignoraron.

Debí preguntarle a Vicente cómo era Shihâb, cuál era su aspecto. Intentar dar con un

rostro que no conoces no es tarea sencilla por lo que me esforcé por intentar captar

en el aire una señal que delatase a aquel ángel.

El aire estaba plagado de señales, comenzando por la mezcla de perfumes que lo invadían. Una amalgama de especias, comida y esencias aromáticas tocadas por el

olor de la piel de quienes nos rodeaban, por los perfumes típicos de esta tierra.

Además el ambiente estaba cargado de una energía extraña. Quizá fuese la carga estática que traía consigo la tormenta que aún se contenía en el cielo.

Un hombre me ofreció un pequeño frasquito que olía a azahar. Negué con la cabeza

alzando una mano. El hombre volvió a insistir pero entonces fue Vicente quién le hizo un gesto y él desistió. Regresó a su puesto.

Todavía quedaban muchos turistas en la feria pese que la mayoría de los comerciantes comenzaban a cerrar sus puestos.

Continuamos andando, esta vez, por debajo de preciosas lámparas que tenían caladas estrellas en el metal dorado.

Un trueno hizo eco una y otra vez todo a lo largo de la calle.

—Es un lugar muy bonito ¿no te parece? —comentó Vicente.

Lo miré raro, su comentario no tenía demasiada razón de ser en el contexto.

Mi padre nos espió por encima de su hombro derecho sin detener su andar. A su derecha iba Lilith quien continuó caminando sin prestarnos atención.

—Sí, es un lugar muy particular —le contesté mientras mi padre volvía la vista al

frente.

Vicente me guiñó un ojo. Alzó una mano hasta su mentón, se rascó la barbilla y luego disimuladamente apuntó hacia delante.

En cuanto seguí la dirección de su dedo, di con el café, bar, o lo que fuese aquello.

Entendí al instante lo que me significaba, allí había sido donde vio a Shihâb por última vez.

Moví la cabeza de arriba abajo para hacerle entender que había comprendido el mensaje.

Un nuevo trueno reverberó dentro de esta grieta en la humanidad que formaban los

edificios a cada lado de la calle.

Me estremecí. Una sensación nada buena recorrió mi espina de la base de mi cráneo

al sacro. Mi padre se dio la vuelta y me miró.

Los dos volvimos la vista al frente para ver a un par de hombres salir del café, eran jóvenes, rubios, turistas.

Una gota de lluvia cayó sobre mi hombro derecho, otra en mi nariz.

Detrás de los jóvenes rubios apareció alguien más. Un hombre muy alto de cabello

corto con canas por los costados. Llevaba la barba un tanto crecida y su

mirada de

por sí oscura se ensombreció al salir del bar. Alzó la vista al cielo. Sus pobladas cejas se tensaron y su piel olivácea palideció.

Vicente estrujó mi mano y se plantó en el piso deteniendo con él mi andar.

Volví a mirar en dirección al extraño que en realidad quedaba claro, no era tal cosa.

Lucía tatuajes en el cuello, quizá un texto en árabe y de sus muñecas colgaba unos

tientos de cuero.

Shihâb descendió su mirada otra vez al nivel de la tierra.

—Allí está él —entonó mi padre desde unos pasos por delante de nosotros—.
¿No

vienen a conocerlo? —soltó girándose ligeramente en nuestra dirección sin detener

su andar.

Un trueno rasgó el cielo en dos abriendo una gran gota por la cual comenzó a escapar la lluvia. Gruesos goterones impactaron contra nosotros todos a la vez y sin

intención de parar.

Shihâb miró en nuestra dirección. No se movió del lugar en el que se encontraba.

No parecía tener intención de escapar sin embargo tampoco tenía buena cara.

Batraal acaba de dar de frente con la realidad al igual que Vicente quién se echó a

andar otra vez. El ángel nos siguió con la mirada a medida que nos acercábamos a

él.

Jamás hubieses imaginado que aquel hombre trajeado de impecable negro era un ángel.

Los demonios se hicieron a un lado para dejarle lugar a mi padre.

La lluvia siguió sin que le importase en lo más mínimo lo significativo del evento

sobre el cual se despeñaba.

—Hermano.

Batraal miró a mi padre. No le contestó. Sus ojos se movieron en dirección a Vicente.

—Me alegra volver a verte.

Vicente se quedó boquiabierto sin poder contestar.

—Bien, esa es la confirmación de que ustedes dos se conocían de antemano. Lo sospechaba pero no estaba seguro.

Batraal movió lentamente los ojos en dirección a mi padre.

—¿La última vez que se vieron fue aquí, no es así? Siempre me dejas un paso atrás

Batraal. Bueno, eso hasta hoy, porque ahora estamos aquí todos, frente a frente.

Dime hermano, Miguel te pidió una vez que acabases con mi vida y no lo hiciste.

¿Lo harías ahora?

—Todavía eres mi hermano.

—Pero no estás feliz de verme —entonó mi padre con una sonrisa.

—No lo mataré por ti. Ese no es el modo de resolver esto.

—¿Y cuál es el modo? Explícale a Vicente por qué lo buscaste y por qué tienes costumbre de buscar a todos esos demonios que heredaron tu don. ¿Sabes que mi hija también tiene ese poder?

Los ojos de Batraal se movieron hasta mí.

La tensión se adueñó de mí, de Vicente e imagino que lo mismo le sucedió a Lilith.

Aquí el ambiente se podía cortar con un cuchillo de tan denso.

—Adelante, dile, no hay ningún problema. A ver si así terminas de entender que lo

que busco, es justicia. Vamos, tranquilo. Cuéntales a Vicente y a mi hija la verdad.

—Ya se los dijiste, hermano. Yo puedo matarte si quiero. Ellos también.

—Lo ven, si me paso de la raya, cualquiera de ustedes podría acabar conmigo. Es

por eso que mi hermano aquí presente, siempre está muy pendiente de todos los que

son como él. Batraal, no necesito explicarte la situación. Sabes que Miguel no nos

aprecia. Está tras de mí y no te dejará tranquilo. Amers y Tamiel están conmigo otra

vez.

—Lo sé.

—Solamente faltas tú. No le temo a mi destino pero no permitiré que el destino de

mi hija sea igual al mío, tampoco el de mi nieta. Para ambas el futuro, Batraal.

Nosotros pertenecemos al pasado pero para ellas, al futuro. Dime que volveremos a

ser cuatro otra vez, que La Legión será una sola otra vez.

—No funcionará, Lucifer. Miguel no entrará en razón.

—Tendrá que entrar en razón.

—Nos matarás a todos.

—Así como están las cosas ya estamos muertos y lo sabes. No puedes seguir escapando de mí, tampoco de él. Las trompetas sonaron ya. Es la guerra, el momento de decisión llegó. Te debo el seguir con vida pero la vida ya no me sirve

así. No nos sirve a ninguno de nosotros.

Las voces enmudecieron y entonces solamente quedó lugar para los sonidos de la tormenta.

—¿Por qué nunca nos dijiste que el fuego...?

Mi padre se volvió y me miró.

—Soy más vulnerable de lo que crees, hija. Renegué de lo que era y el Infierno tomó cuenta de mi existencia, soy lo que resta de ese ángel, soy igual que cualquier

otro demonio. Soy lo más vulnerable de ambos bandos. Soy fácil de matar y por eso necesito a mis hermanos a mi lado para enfrentar a Miguel.

—¿Ciro lo sabe?

—Creo que al final después de tantos siglos, lo imagina. Los ángeles deben saberlo

ya, al menos aquellos que están con Miguel. De cualquier manera, como comprenderás, no era de mi interés ir gritando a los cuatro vientos mis debilidades.

Tengo una imagen que mantener —soltó y me sonrió después de guiñarme un ojo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —disparó Vicente en dirección al ángel.

—Esperaba que no necesitases saberlo. Yo sabía quién era tu padre; sabía que mi hermano te rondaba. Es que no quería que este momento llegase. Yo creo en

lo que

mi hermano creyó un día, creo en lo que fuimos un día y en lo que somos ahora.

Admiro a la humanidad, estoy orgulloso de ser un ángel, y me sorprende y maravilla lo que mi hermano supo crear. No todos los demonios son perfectos, tampoco todos los ángeles, menos lo seres humanos pero esto no es justo. Creo en

la justicia y no pierdo las esperanzas de llegar a obtenerla.

—Sí así es Batraal, llegó el momento de que dejes de esconderte. Tus hermanos estarán felices de verte otra vez.

—Y yo estaré feliz de verlos.

Batraal sonrió por un instante. Su sonrisa acabó diluyéndose con el agua de lluvia

que le caía por el rostro.

Me limpié la cara.

Lilith alzó la nariz como olfateando el aire.

Batraal la observó por el rabillo del ojo. Cruzaron una mirada.

—¿Quién es? —preguntó Batraal a mi padre.

Resopló ejecutando una media sonrisa.

—Uno de mis hijos. El más antiguo de ellos. Su nombre es Ciro y quiere acabar conmigo —mi padre giró la cabeza en la dirección por la que habíamos llegado.

Vicente y yo nos giramos para ver hacia atrás, no vi más que a los tenderos recoger

sus cosas para evitar que la lluvia las arruinase.

—¿Está aquí?

—Así parece —me contestó Lilith.

—No está solo —completó Batraal.

Mi padre meneó la cabeza.

—Solamente falta que caiga Miguel a la fiesta y estamos completos.

—Tenemos que salir de aquí. No es lugar para enfrentarlo. Además es tu hijo, Lucifer.

Mi padre volvió a resoplar.

—Él no parece recordar eso.

—No querrás matar a tu hijo.

—No permitiré que toque a su hermana. Tú puedes con él.

—¿Los guiaste directo hacia aquí para que yo lo elimine? —soltó Batraal.

—¿Puede ser que tuvieses todo esto planeado?! —no sé ni por qué me sorprendí tanto.

—Es un demonio antiguo. Sabe muchos trucos —fue la respuesta de mi padre —.

Necesitamos ayuda con él. Además Batraal, a mi hijo no le gustan los ángeles.

Batraal soltó un gruñido.

—Tenemos que resolver esto como ángeles y mi hijo no nos permitirá llegar a eso.

Él está ciego de poder. Nada más le importa. No entiende que es probable que

si me

mata, Miguel acabe con él en un parpadeo. Con él y con todo lo que creé.

—No podemos hacerlo aquí, hay demasiada gente. Esto no acabará bien.
Tenemos

que salir de aquí. Sígueme.

—Pero las camionetas están allí —Lilith apuntó con la cabeza hacia atrás.

—Sí pero los demonios vienen de allí —le contestó Batraal—. Andando. Por aquí

—. Batraal nos indicó una angosta callecita que corría en lateral. Sígueme.

A paso rápido nos movimos todos siguiéndolo debajo de la lluvia que no paraba de

caer. Los truenos sonaban ominosos, algo así como las trompetas del apocalipsis.

—Debiste decirme quién eras —entonó Vicente sin soltarme. Sus palabras iban dirigidas a Batraal.

—Lo lamento, Vicente. Lo discutiremos luego.

—Sí, no es momento —dijo mi padre haciéndose eco.

—¡Por aquí! —Batraal dobló a la izquierda.

—Esto es un maldito laberinto, ¿cómo se supone que saldremos de aquí con vida?

—Mi hermano conoce el lugar, Lilith.

—Sí pero...

Los gritos y el sonido del motor de varios automóviles llegó a nosotros.

—¡Mierda! Vicente me estrechó contra su cuerpo.

—No lucharé con ella, es demasiado peligroso —anunció el ángel lanzándome una

mirada—. Tenemos que sacarla de en medio, luego tú y yo enfrentaremos a tu hijo.

—¿Todos los ángeles son tan poéticos? —rezongó Lilith—. Sí, ella está embarazada pero de cualquier modo continua siendo un demonio.

—Es por la criatura —replicó Batraal guiándonos por una calle todavía más angosta que se bifurcaba hacia la derecha.

Me alivió comprender que por aquí no podía pasar un automóvil. De cualquier modo no me gustó nada que la calle fuese tan oscura. Si es que por culpa de la tormenta parecía de noche.

Ni rastros de vida humana a la vista.

—Sí, por lo visto lo son —gruñó Lilith por lo bajo.

—¿Hacia dónde nos guías?

—Busco un lugar en el que esconderla —le contestó Batraal a mi padre a las prisas

—. ¡Aquí! —giró a la derecha una vez más y...

Un automóvil apareció justo frente a nosotros. El vehículo se detuvo y la puerta del

lado del conductor sea abrió.

—¿Iban a alguna parte? —nos preguntó Ciro cerrando la puerta.

Otros tres demonios bajaron del coche.

Vicente me abrazó.

Sentí un cosquilleo en la espalda y después escuché las fuertes pisadas que detuvieron su carrera quizá a pocos metros por detrás de nosotros. Espié por encima de mi hombro para ver a cuatro demonios aparecer.

—¿No contestarás padre?

—¿Debería destrozarte por esto?

Ciro se carcajeó.

—Mira lo bajo que llegaste. Aliado a un ángel en extremo cobarde que lleva una eternidad escondiéndose de todo y de todos, incluido de ti. Me sorprende que él te

defendiese en un principio. Batraal, tal parece que perdiste tu coraje al caer del cielo.

—Y lo bueno que pudo haber existido en ti se calcinó en el Infierno cuando te convertiste en demonio.

Ciro volvió a reír.

—Al menos yo aprendí mi lección. Mi padre aún parece estar penando en un limbo

que el mismo creó. Aliarse con ángeles. Eso es patético padre. Más patético todavía

es esto que hiciste. Continuar mezclando nuestra sangre con la de ángeles cuando está claro que debe prevalecer solamente la nuestra. El objetivo era purificar nuestra raza, no ensuciarla. ¿Cuándo perdiste el rumbo así tan estrepitosamente?

¿Cuándo te pusiste tan viejo y blando? —entonó aproximándose a nosotros—. Es tan lamentable verte así. Realmente me entristece mucho ser testigo de aquello a lo

que quedó resumido el Diablo.

—No sabes nada, Ciro.

—Te equivocas. Sé que no eres más que una máscara, que una gran mentira.
Tú no

eres más poderoso que ninguno de nosotros aquí. Eres un gran mentiroso. No
eres

nada, no eres nadie. Solamente un ángel al que le quitaron todo. Esos pocos
restos

que conseguiste juntar luego de ir a parar al Infierno. Sí, sabes algunos trucos,
sí, has vivido lo suficiente para hacer de ti un mito pero más allá de eso... —
Ciro chasqueó la lengua—. De verdad me gustaría mucho poder averiguar qué
tanto de ti

es real.

Eleazar me miró de costado. Estaba muy serio.

—Eres un gran actor. Dime... —Ciro se detuvo a metro y medio de mi padre,
entre

ellos se interpusieron dos de los demonios que nos acompañaban —¿tienes
miedo?

Eres tan fácil de matar como cualquiera de nosotros.

—Y tú no dudarías en matarme.

Ante las palabras de mi padre, Ciro sonrió.

—No cuento con ese don pero alguien que me acompaña sí.

El demonio en cuestión comenzó a avanzar desde el automóvil. Debía ser el
mismo

que acabó con Diogo y con Eva.

Mi sangre comenzó a tomar temperatura, igual que el cuerpo de Vicente.

Batraal se movió para colocarse delante de mi padre.

—Erras Ciro.

Mi hermano mayor se carcajeó con ganas.

—Esto es lo más ridículo que he visto en mi vida. ¿De verdad lo defenderás otra vez?

—Esta disputa tiene que acabar.

—¡Ustedes dos son unos delirantes! La única forma de acabar con esto es matar a

Miguel.

—¡Nosotros no mataremos a Miguel! —gritó Batraal.

Mi padre volvió a mirarme. ¿Acaso quería decirme algo?

El contacto entre nosotros se interrumpió.

—¿Y qué: piensan amigarse con él? ¡Por favor, esto es en extremo ridículo!

—No permitiré que te toque —me susurró mi padre.

—Papá, por favor, no hagas nada.

—Ciro, no permitiré que los lastimes —entonó Batraal con un tono férreo.

—¿A sí? Papá, lo hiciste muy bien. Conseguiste convencerlo de que eres una inocente palomita y mira como te defiende, como defiende a esa cosa que creaste —

con asco me dedicó esas palabras a mí—. Eliza, tantas veces te ofrecí mi

apoyo porque creí que pese a todo lo que llevas dentro, podías convertirte en un verdadero

demonio pero en vez de eso no hiciste más que aliarte con los ángeles, que convivir

con ellos, incluso llegaste a amar a uno. ¿En la cabeza de qué demonio puede caber

nada semejante?

Mi piel se puso fría al instante y el rostro de Vicente cobró un tinte verdoso.

Gabriel...

—Tú no tienes cabida en el futuro, Ciro.

La risa de mi hermano sonó todavía más fuerte, evidentemente encontraba a Batraal

muy divertido.

—Bien, terminaremos con esto de una vez. Odio la lluvia y mi traje se arruina.

Además me aburro. Tengo cosas más divertidas que hacer. Estoy seguro que lo pasaré mucho mejor aniquilando a un par de ángeles que merecen que les

arranquemos sus alas y los destripemos.

El estallido me tomó por sorpresa, por detrás de Batraal aparecieron un par de alas

marrones de impresionante envergadura.

—¿Esperas darme miedo con eso? Los pajaritos no me asustan.

Los demonios que lo acompañaban rieron con Ciro.

—Retira lo que acabas de decir —Batraal dio un paso al frente.

—A tu izquierda —me susurró Vicente al oído y vi la puerta entreabierta—, escóndete allí.

Negué con la cabeza.

—Eliza... —los dientes le chirriaron. Vicente me insistió con la mirada.

—No daré ni un paso atrás. Todos ustedes morirán hoy.

Mi padre se mantuvo en silencio.

—Es mi última advertencia demonio. Retira lo dicho, retráctate de tus palabras y quizá con un poco de suerte, consigas el perdón divino.

—¿Perdón divino? —Ciro soltó la carcajada más fría que hubiese tenido oportunidad de escuchar en mi vida—. Listo. Se terminó. Rogue, me haces el favor

de demostrarle a este idiota de aquello de lo que estamos hechos los demonios.

—Rogue, tú no harás nada —entonó Batraal—. El don que posees no fue creado para esto.

El demonio dio dos pasos y se detuvo.

—¡Rogue, obedece! Quémalos a todos.

—Yo soy el dueño del don que corre por tus venas. No lo usarás para esto.

Rogue dio un paso más y volvió a plantarse.

—Rogue tú me obedeces a mí y no a ese ángel. No sé lo que esa cosa dice pero son

puras mentiras, el don del fuego es exclusivo de los demonios, es nuestro poder.

Acaba con ellos, ¡ahora!

—Cuando te diga —me susurró Vicente al oído.

—No. Pelearé también.

—Eliza —gruñó.

—¡Ahora!

La exclamación no brotó de los labios de Vicente sino de los de Ciro. El demonio

con el poder del fuego se abalanzó sobre nosotros y Batraal hacia él. Los demonios

que nos acompañaban corrieron a cubrir a mi padre, los otros dos vinieron directo

hacia mí. Sentí dos estallidos, calor, caí al suelo entre el cuerpo de Vicente y el de los demonios. Escuché gritos. Olfateé el olor a quemado y algo más. La lluvia y el

barro que corría por la calle me salpicó la cara, cerré los ojos.

Algo me golpeó. Todo fue confusión sin embargo con claridad percibí el fresco perfume a flores que se filtró entre aquel extremo dulzor de los demonios antiguos

y furiosos, entre el olor a quemado, entre el perfume de Vicente y...

¡Gabriel!

—¡Eliza, Eliza! —esa fue la voz de Vicente quién tironeó de mi hacia arriba. La lluvia se mezclaba con el humo.

Por entre los cuerpos que se movían en plena lucha, entre llamas y destellos de cegadora luz me pareció ver a mi padre sonreír plácidamente.

—¡Por aquí!

—¿Ami? —por poco me desnucó al girar la cabeza.

—No creerías que te dejaríamos sola —Ami me tomó por la cintura para guiarme

en dirección a la puerta entreabierta que me había señalado antes Vicente.

—¿Te encuentras bien? —Boni tocó mi vientre y luego ayudó a Ami a protegerme.

—Creo que sí —le contesté sintiendo que las manos de Vicente abandonaban mi cuerpo—. ¡No!

Una llamarada de intenso calor pasó por encima de nuestras cabeza.

Había tantos cuerpos en esta angosta calle que era imposible distinguir nada.

Sentí pánico.

—¡Vicente!

—Tranquila —Boni me empujó hacia el interior de la casa vacía.

—¡No, no! ¡Vicente, Vicente!

Boni tiró de mi hacia las profundidades de la casa.

—¡Cuidala! —le gritó Ami a Boni al tiempo que nos dejaba.

—¡Dios, no!

Con una fuerza de la que no la imaginé capaz, Boni apretó mis hombros contra la

pared.

—No puedes ni debes participar en esa lucha.

Intenté zafarme de sus manos, sus palabras me importaban una mierda. No pensaba

quedarme aquí mientras los demás peleaban afuera.

Boni estrelló mi espalda otra vez contra la pared.

—¡No!

—Boni por favor suéltame —la tomé por las muñecas intentando quitármela de encima. No logré moverla ni un ápice—. Por favor.

Negó con la cabeza.

En las palmas de mis manos sentía sus músculos tensos. Negó con la cabeza. Tenía

el rostro rojo de hacer tanta fuerza por detenerme contra la pared. La misma fuerza

que yo ejercía contra sus brazos.

Mi temperatura estaba muy alta otra vez.

—Es demasiado peligroso.

—Lo es para todos—. Empujé un poco más. Afuera parecía estar librándose una verdadera batalla. Sonaba como si estuviesen cayendo bombas o algo así.

Así como las llamas amenazaban brotar de mis manos, las lágrimas de mis ojos.

Gran parte de mis afectos se encontraba allí afuera.

—¡Suéltame! —empujé un poco más. El brazo izquierdo de Boni cedió un poco. Su

antebrazo temblaba.

Por la puerta entreabierta asomó el resplandor de una llama.

Fue la gota de derramó el vaso. Solté el brazo derecho de Boni y con las dos manos

arremetí contra su brazo izquierdo. No esperaba mi maniobra por lo que logré tomarla por sorpresa. Lamente la mirada de angustia que me dedicó cuando

conseguí zafarme de ella luego de empujarla pero ya no podía continuar

escondiéndome.

Con un poco más de energía de la necesaria tiré de la puerta y por poco la arranco

de las bisagras.

Al poner un pie fuera una lluvia de polvo y escombros cayó sobre mí.

Alguien se abalanzó sobre mí gritando. No fue un grito amigo. Eso me quedó muy

claro y por eso junté toda energía en las palmas de mis manos y liberé el calor acumulado en mí. Envuelto en llamas. El demonio se apartó de mí gritando.

La lluvia se mezclaba con el polvo, el humo y las llamas dificultando la visión; de

cualquier manera me pareció ver a Vicente, lo rodeaban al menos tres demonios. De

sus manos brotaban llamas pero los demonios no se apartaban de él.

Corrí directo hacia su espalda.

El demonio no me sintió llegar. Iba a atacar a Vicente con un trozo de metal que sujetaba entre ambas manos justo cuando le salté encima dispuesta a convertirlo en

cenizas. Otra vez no lo pensé dos veces. Era la vida de Vicente o la del demonio. No

tenía nada que meditar.

La criatura se alejó en vuelta en llamas que la lluvia con conseguiría apagar, chillando y gruñendo. Lo que el demonio había enarbolado en sus manos era un trozo de caño. Lo recogí del suelo y fui directo a lanzarle un golpe al demonio que

sujetaba un cuchillo con el que amenazaba a Vicente.

Le di directo en el rostro. Sonó a huesos rotos. El demonio no se detuvo, todo lo contrario, hecho una furia se lanzó sobre mí. Fue más rápido. Su cuchillo rasgó las

prendas que cubrían mi brazo y la piel desde mi codo hasta mi hombro. El dolor se

esparció por mi cuerpo en una fracción de segundo lo que volvió a apagar mi reacción. De un golpe, aquel demonio de rostro ahora deformado puesto que por lo

visto yo le había arrancado la mandíbula de lugar, se arrojó sobre mí una vez más,

con el cuchillo en alto. No es una experiencia muy agradable sentir como la hoja de

un cuchillo traspasa la carne de la mano que alzas para defenderte. El cuchillo entró por mi palma entre los tendones huesos, venas y músculos y salió por el dorso de

mi mano. Esta nueva ola de dolor tomó cuenta de mi cerebro pero no logró detener

el fuego que brotó de esa misma mano, el cual hizo entrar en combustión la piel, el

cabello y las ropas del demonio.

Trastabillando por el asco y el dolor, retrocedí un par de pasos.

Ver tu mano atravesada por un cuchillo es una visión de lo más bizarra, sobre todo

cuando sabes que eso no afecta en lo más mínimo tu supervivencia. De cualquier modo no es algo a lo que uno pueda acostumbrarse con facilidad. La sangre me chorreaba por el brazo y caía al suelo formando un charco que se mezclaba con la

lluvia. Tiré de la empuñadura y lo arranqué.

Me llevé la mano al pecho y alcé la cabeza. Vicente se enfrentaba a un demonio y a

Ciro.

Haciendo oídos sordos al dolor corrí hacia ellos. El fuego ya relucía sobre la piel

de mis manos iluminando todo a nuestro alrededor cuando me prendí de los hombros del demonio y lo lancé hacia atrás alejándolo de Vicente.

Los gritos del demonio atraparón la atención tanto de Giro cuanto de Vicente.

Ciro me lanzó una mirada de furia.

—Bienvenida al juego.

Vicente soltó un grito.

Ciro hizo un movimiento con las manos. Una fuerza invisible impactó contra mí arrebatándome el aire de los pulmones. Todo mi cuerpo se quejó de dolor. Mi única

reacción fue llévame las manos al vientre porque la punzada que allí sentí me

llegó

hasta la parte baja de la espalda. Grité, no de dolor, sino de miedo. En mi cabeza no quedó más espacio que para mi hija.

Caí al suelo de espaldas.

No logré contar ni dos segundos hasta que me encontré con Ciro sobre mí, con sus

manos rodeando mi cuello, asfixiándome. Eran sus manos las que apretaban mi cuello pero sobre el resto de mi cuerpo sentía como si tuviese una loza encima.

Apenas si conseguía respirar o moverme. Me ardían los ojos y no lograba hacer que mi cerebro se concentrase en el fuego de mis manos.

Una de las manos de Ciro soltó mi cuello. Como si fuese un látigo movió su brazo

izquierdo hacia atrás y escuché a Vicente soltar un grito de dolor. Evidentemente eso mismo que había hecho conmigo para golpearme lo hizo con él. Su mano regresó a mi cuello.

—Ahora es cuando tú y tu hija mueren—. Ciro sacó algo de la cintura de sus pantalones—. Los ángeles tiene algo de bueno. Esto.

El resplandor blanco azulino de un rayo resplandeció sobre la hoja de la daga la cual sin duda, era de factura angélica.

—Esto directo a tu corazón y el fuego se extinguirá.

Aparté una de mis manos de las suyas, las cuales todavía apretaban mi cuello. Quise

llegar al suyo para darle fuego pero mi hermano apartó la cabeza.

—¿Te arrepientes ahora de haber nacido?

Contestarle con palabras me era imposible. Eso no importaba. Las palabras mueren

cuando salen de la boca, los hechos perduran para siempre porque cambian la historia, así sean ínfimos.

No me arrepiento de nada de lo que soy. De nada.

Cerré los ojos y pensé en mi madre. Mi corazón se puso a palpar con más fuerza.

Sentí la sangre al ser bombeada dentro de mis venas. Mi cerebro se llenó de luz.

Comencé a experimentar una suave vibración por debajo de mi espalda, entre mis

escápulas y la calle de tierra encharcada en lluvia.

Una sensación cálida se extendió desde ese punto entre mis escapulas hacia arriba y

hacia abajo por mi espina dorsal; hacia los costados por mis brazos. Sentí que me

despegaba del suelo, primero un par de milímetros, luego un centímetro quizá, conmigo alzaba a Ciro cuya mueca cambió de quien se cree vencedor a quién no tiene demasiada idea de qué es lo que sucede a su alrededor.

Mi mano llegó a su mandíbula. El calor estaba allí sin embargo no conseguí hacer

que brotasen las llamas. Éstas hubiesen iluminado todo de dorado. Fue otra luz, una

más blanca y tenue pero no por eso menos contundente, la que nos iluminó.

Si se te complica aceptar que puedes llevar un cuchillo atravesándote la mano sin problemas, más difícil es todavía asimilar que detrás de tu espalda, se

extienden un

par de alas de ángel.

El suelo de bajo de mí, crujía ante la fuerza que hacían mis alas para levantarme del suelo.

La loza perdía su efecto, así también las manos de Ciro contra mi cuello.

Conseguí flexionar las piernas y plantar los pies sobre el piso.

La parte alta de mi espalda fue alzándose cada vez más, empujada por este impresionante par de alas que siquiera tenía idea de cómo dominar.

Al conseguir alzar la cabeza vi a Vicente caído en el piso.

Ciro se resbaló de encima de mí hasta el suelo por delante de mis pies. Por la fuerza de mis alas y no la de mis piernas, poco a poco conseguía incorporarme a pesar de

que mi hermano no me soltaba.

Empujé la cabeza de Ciro para apartarlo de mí. Sus manos alrededor de mi cuello

temblaron.

Una descarga eléctrica que primero hizo vibrar los músculos de mi espalda hizo aletear mis alas, las cuales acabaron extendiéndose en toda su envergadura.

La luz que brotaba en éstas se reflejó en los ojos de mi hermano los cuales ahora

lucían como los de un demonio, también su piel. Detrás de su espalda y con un estallido aparecieron sus alas de demonio.

—Siquiera te mereces el Infierno —conseguí articular al apartar de mí una de sus

manos. Nuestros cuerpo temblaban por la tensión del enfrentamiento.

—Siempre creí que serías nuestro fin. Ahora estoy más seguro de eso de lo que jamás lo estuve. Nos guiarás a la destrucción.

—Eres tú el que quiere matar a nuestro padre.

—Eres tú la que no lo conoce.

—¡Eliza! —mi nombre estalló en los labios de Vicente.

Ciro me soltó y se dio la vuelta para defenderse de Vicente. Antes de que llegase a

intentar nada, las llamas brotaron de mis manos alcanzándolo. Fue como si su cuerpo hubiese estado impregnado en un combustible altamente inflamable. El

cuerpo de mi hermano tomó fuego para convertirse en una única llamarada que nos

iluminó a todos.

Retrocedí. Mis alas tocaron algo.

Giré la cabeza y vi a Gabriel contemplándome impávido. Detrás de él Ami, detrás

de ambos mi padre, luciendo una sonrisa enorme.

—¿Eliza estás bien? —Boni llegó a mí para abrazarme.

Batraal apareció por detrás de Vicente. Tenía un tajo sobre su frente que todavía sangraba pero más allá de eso, se encontraba en buen estado. Todos estábamos bien.

A salvo pero rodeado de cenizas y olor a quemado. De los demonios que nos habían

atacado ya no quedaba más que restos que se amalgamarían con la tierra de la

calle.

Boni tocó mi vientre.

—Todo está bien —aseguró.

Vicente llegó a mí. Boni se apartó. Fue su turno de rodearme con sus brazos.

Sentí mis alas descender detrás de mi espalda al rendirme al abrazo de mi amor.

—¿Se encuentran todos bien? —quiso saber Batraal.

—Sí, perfectamente —respondió mi padre.

Vicente se apartó un poco de mí pero no me soltó.

—Gracias por acudir en nuestra ayuda —le dijo Vicente a Gabriel.

—No creían que los dejaríamos solos con todos esos demonios pisándoles los talones —canturreó Ami.

—Hicimos lo que debíamos hacer. Ustedes son parte de nosotros —entonó Gabriel.

—Eso, muchas gracias, Gabriel —mi padre apareció en escena tendiéndole una

mano al arcángel—. Hermano, es un placer verte otra vez.

Gabriel se quedó quieto, miró a mi padre a los ojos y después desvió la vista en dirección a Batraal.

—Tu hijo acaba de perecer —articuló Gabriel lentamente.

—Sí, él quería matarme y estaba dispuesto a hacer lo mismo con Eliza.

Los ojos de Eleazar llegaron a los míos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, estoy bien.

—Tienes un par de alas magníficas.

Todos se volvieron en mi dirección.

Hubiese deseado encontrarme a solas con él para repetirle las últimas palabras de Ciro.

¿Cometía un error al ayudarlo? ¿Estábamos incurriendo todos en un grandísimo error?

El miedo comenzó a circular por mis venas. La temperatura de mi cuerpo ascendió

otra vez. El resplandor de mis alas desapareció porque éstas desaparecieron.

Eleazar tocó mi mejilla sonriendo.

—Eres lo mejor que tengo —susurró.

Se me puso la piel de gallina.

27. Amarás a Dios sobre todas las cosas.

—Está perfecta —determinó Vicente bajando mi mano.

Sí, ni rastro quedaba de que un cuchillo había atravesado mi palma. De cualquier modo todavía la sentía un tanto entumecida.

Los dedos de Vicente treparon por mi brazo hasta el tajo en la tela de mis ropas.

—Sanaste por completo.

Asentí con la cabeza sin mirarlo. Estaba un tanto abstraída. Todo esto me daba muy

mala espina.

—¿Te duele algo? —me preguntó Ami desde su asiento justo frente a mí?

—No.

—¿Segura? Deberías decirnos si notas cualquier cosa, el cuerpo es sabio, avisa si...

—Estoy perfectamente bien, Boni. De verdad, no tengo nada.

Vicente me tomó de la mano.

—¿Ustedes se encuentran bien?

Los tres asintieron.

—Así que ese es tu padre... —canturreó Ami girando la cabeza hacia el otro lado

del avión. Mi padre se hallaba sentado frente a Batraal y Gabriel viéndolos reencontrarse después de una eternidad—. Esta es una situación muy extraña. Todos

nosotros y ellos —apuntó con el mentón en dirección a los ángeles y mi padre —en

un avión de camino a Londres. Que alguien me explique cómo es que llegamos a esto.

—¿Cómo es que ustedes llegaron a nosotros? —quise saber. Salimos del Cairo tan a

los apurones que no dio tiempo a nada. Solamente nos ocupamos de huir. Mi padre

no quería correr más riesgos y si bien opinaba que con la muerte de Ciro Las Doce

Sillas tardaría en rearmarse, no pensaba darle pie a sus miembros de volver a atacarnos, tampoco a los ángeles. Eleazar estaba convencido de que si Gabriel nos

había seguido el rastro hasta Egipto era probable que Miguel le hubiese seguido los

pasos a Gabriel hasta nosotros.

—No pensaste que él te dejaría sola.

Vicente se envaró a mi lado. Las palabras de Ami me incomodaron a mí también.

Gabriel era un asunto resuelto solamente hasta cierto punto.

—Ninguno de nosotros estaba tranquilo con la distancia. Estábamos muy preocupados por ustedes. Sobre todo después de lo sucedido en la casa de sus amigos —añadió Boni—. Lo sentimos mucho.

—Sí. Es cierto. Gabriel consiguió averiguar cuál era su destino y nos montamos los

tres en un avión. Y aquí estamos. Y aquí estamos, demonios y ángeles todos metidos

dentro de un avión.

—¿La Orden sabe dónde están o qué es lo que vinieron a hacer aquí?

Boni negó con la cabeza.

—Creo que estamos metidos en un problema de dimensiones considerables. No se

supone que deberíamos haber salido corriendo para ayudarles. Por supuesto que no

saben dónde estamos pero me figuro que pronto lo averiguarán. Imagino que no soy el único en entender que esto a Miguel no le hará mucha gracia, sobre todo porque detuvimos al loco de tu hermano cuando lo que él pretendía era acabar contigo y con tu padre. Que hubiese tenido éxito habría hecho muy feliz a Miguel.

—No digas eso Ami. Miguel no se hubiese puesto feliz.

—Claro que sí —le contestó Ami a Boni—. El arcángel y el padre de Eliza se odian

a muerte. Eso lo entiende hasta un idiota.

—¿Estás llamándome idiota?

—No te sulfures Boni. Lo que digo es que eres muy inocente.

—Esto no es una cruzada personal de Miguel, Ami. Esto es... aquí se busca justicia.

La respuesta de Ami ante las palabras de Boni fue una sonrisa benevolente.

—Oye cielo, para tener unos cuantos, cuantos siglos te faltan un par de cosas que aprender sobre las personas.

—No son personas, son ángeles.

—Tanto da. Son personas. Sabes qué, ese es el problema, ustedes no aceptan que son

tan vulnerables a lo que los rodea cuanto lo son los seres humanos. Ustedes también

se equivocan, también sienten celos, aman y odian y comenten estupideces. Ese es el

principal problema de Miguel según lo veo yo. Él nunca aceptará lo que el padre de

Eliza pidió en un principio para los ángeles porque eso los pondría a ustedes...

—A nosotros —soltó Boni corrigiéndolo.

—A todos nosotros, ángeles, demonios y seres humanos —se rectificó Ami —
en el

mismo lugar. Discúlpame por lo que diré a continuación: creo que el ego de Miguel

es todavía más grande que sus alas.

Los tres nos quedamos viendo a Ami boquiabiertos.

—No digo que no crea que el señor allí sentado no tenga una pizca de carácter psicópata —con la cabeza apuntó a mi padre, solamente digo que si el padre de Eliza es capaz de manipular, Miguel también. Lo que me cae mal de Miguel es que

él se escuda detrás de su condición de arcángel. “Tienes que amar a Dios sobre todas las cosas”. Pues yo creo que él se ama más a sí mismo.

Boni lo contempló con los ojos desorbitados.

—¿Cuándo te convenciste de todo eso? —le espetó Vicente.

—Cuando la Orden impartió la orden de que ya no debíamos cuidar de Eliza, de que

debíamos alejarnos. No se supone que los ángeles debiesen comportarse de ese modo, o al menos a mí no me parece que ese sea el modo de proceder de un ángel.

—No, bueno, eso es cierto pero... —Boni se quedó sin palabras. Boqueó igual que

un pez fuera del agua—. Miguel intenta defendernos.

Ami se quedó viéndola con las cejas en alto.

—¿Defendernos o defenderse?

—Si Gabriel te escucha decir esas cosas.

—Boni por favor —canturreó Ami—. ¿Por qué crees que estamos en este avión?

Boni me miró a mí, luego a Vicente.

Quise decir que no terminaba de confiar ni en mi padre ni en Miguel pero no quería

que mi padre me escuchase decirlo.

—Gabriel podría habernos guiado de regreso a casa y en cambio nos pidió que lo

siguiésemos, que abordásemos este avión con él.

La espalda de Boni se tensó todavía un poco más. Su hombros se alzaron en lugar

de las alas que no desplegó.

—Ese silencio tuyo es más que elocuente.

—Ami.

Los ojos de mi amigo se movieron hasta mí. Nos miramos en silencio por unos segundos.

Quise decirle que no debían confiar ciegamente en mi padre, yo no terminaba de confiar en él.

—Tranquila, Gabriel no es ningún necio. Sabe lo que hace—. Ami se inclinó hacia

delante, apoyando su codos en sus rodillas. Me llamó con un dedo.

Hacia él me incliné todo lo que me permitió mi vientre.

—Mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos aún más cerca —susurró en mi oído.

Ami se apartó repantigándose en la comfortable butaca.

Mientras me acomodaba otra vez sobre mi asiento le lancé una mirada a la reunión

de ángeles al otro lado del corredor. Charlaban serios pero como si nada los hubiese separado jamás.

Con una campanilla quedamos avisados de que ya podíamos quitarnos los cinturones de seguridad. Solté el mío y volví a mirar a Gabriel.

Gabriel parpadeó. Sus ojos dieron en mí. Volvió a parpadear y su mirada castaña estaba otra vez sobre mi padre. Batraal se levantó, hizo un gesto como si necesitase

estirar las piernas.

Uno de los demonios que hacía las veces de asistente de vuelo se aproximó a mi padre. ellos se pusieron a hablar.

—Enseguida regreso —le dije a Vicente levantándome de mi butaca.

La mirada de Gabriel llegó otra vez a la mía. Con la cabeza le indiqué el corredor

hacia la parte posterior del avión.

Me eché a andar hacia allí. Ami se levantó detrás de mí.

Como si nada, me fui caminando al toilette. Sentí sus pasos detrás de mí y después

escuché a Vicente y a Ami que comenzaban a charlar.

Giré sobre mis talones antes de llegar al baño cuando sentí que alguien cerraba la

puerta que dividía los sectores del avión. Aquí atrás pasando la cocina y uno de los

baños del avión, había otra sala con más butacas, un escritorio y una gran pantalla

de tv adosada a la pared.

Sin que mediase palabra, Gabriel me abrazó.

—¿Estás bien?

Hasta ahora no habíamos tenido oportunidad de cruzar ni una palabra en privado.

Le contesté que sí con la cabeza cuando me soltó.

—Todavía me cuesta creer que estés aquí.

—Todavía no puedo creer que estoy aquí. No podía dejarte sola. No con Ciro pisándoles los talones. El mundo enloqueció por completo.

—Mi padre consiguió lo que quería. ¿Qué sucederá ahora? Él dice que es vulnerable, que podrían matarlo. Que yo, Vicente o Batraal podríamos matarlo sin

más. No sé en qué creer. ¿Sabes lo último que me dijo Ciro antes de morir?

Gabriel negó con la cabeza.

—Primero me acusó, dijo que él siempre supo que yo sería el fin de los demonios y

cuando le dije que era él y no yo, quién intentaba matar a nuestro padre me soltó que era yo quien no lo conocía. No puedo creer en lo que dice. No sé si debo confiar en él. Ami soltó esa frase sobre tener a tus enemigos aún más cerca que a

tus amigos y que por eso ustedes están aquí.

Gabriel parpadeó lentamente.

—Estoy confundido, no sé qué es lo que trama ninguno de los dos, solamente sentí

que necesitaba vigilarlo de cerca y por eso accedí a acompañarlos. No es que me pusiera de su lado. Intuyo que Miguel está dispuesto a hacer cualquier cosa y eso no

me agrada. Si Miguel está en esa tesitura de darle rienda suelta a sus deseos, ni me

imagino tu padre. Yo no creo que sea una inocente palomita, jamás lo he creído —

bajó la vista por un momento—. Ninguno de los dos lo es.

—Pero... ¿Eleazar podría haber muerto esta noche?

—No estoy seguro. No sé a ciencia cierta lo que ocurrió con él al caer en el Infierno. Puede ser que sea verdad, que siempre haya sido vulnerable al fuego de Batraal. Tu padre supo crear un mito a su alrededor. No lo sé. Quizá sí nos engañó a

todos con esa fachada de poderío y ahora que la verdad se sabe... Bueno, no por nada requirió la ayuda de sus hermanos una vez más. Es por eso que estoy aquí, tengo demasiadas dudas. De tu padre espero cualquier cosa. Decir así como así, que

podríamos eliminarlo sin más...

—¿Qué harás si ese enfrentamiento con Miguel se concreta? Yo la verdad es

que no

sé qué hacer. Sé que Ciro quería matarnos pero... —experimenté un intenso ardor

en el estómago—. Mi padre lleva siglos organizando esto. No alcanzo imaginar hasta qué punto lo tiene todo planeado. Me preocupa que...

La puerta que nos separaba del resto del pasaje de la aeronave se abrió de repente.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Los dos vimos a mi padre internarse en el espacio que hasta ahora nos brindaba algo de privacidad.

Nos sonrió con picardía.

—¿Están poniéndose al día?

No contestamos.

—Es una sensación extraña tener a tantos de mis hermanos conmigo otra vez. Me hace sentir bien. Me siento protegido, menos vulnerable.

Aquella elección de palabras tuyas me hizo pensar que debió estar escuchándonos

mientras hablábamos.

—Todos estamos sumamente preocupados por el futuro, eso desde ya sin embargo

una parte de mí respira tanto más aliviada.

—¿Porque Ciro está muerto? —arriesgó Gabriel.

—Porque Ciro ya no puede hacerle daño a ella. Jamás es un alivio que uno de tus

hijos muera Gabriel, pero por supuesto eso es algo que tú nunca comprenderás.

De refilón fui testigo de cómo se agriaba la mueca en el rostro de Gabriel.

—Solamente Eliza yo sabemos lo que se siente amar tanto a una persona, a esa parte

de tu ser que se convierte en un todo para ti.

Gabriel apretó los labios.

—Pasé siglos conviviendo y aprendiendo con Ciro. Que se pusiese en mi contra fue

todavía más doloroso que su muerte. Peor que cuando mis hermanos me dieron la

espalda —se aclaró la garganta—. Lo cierto es que no podíamos permitir que le hiciese daño a Eliza.

—Fue ella quien terminó con él.

Mi padre sonrió.

—Sí, mi hija es grandiosa. Una mujer increíble que se defiende muy bien sola —.

Posó una de sus manos sobre mi hombro—. No podría estar más orgulloso de aquello en lo que se convirtió. Mírala nada más —exclamó con orgullo—.

¿Pensaste que tendrías oportunidad de ser testigo de la magnificencia de uno de mis

hijos así, tan de cerca?

Gabriel me observó con el entrecejo fruncido.

Eleazar suspiró y posó su otra mano sobre el hombro de Gabriel.

—Hermano... no te imaginas lo bien que se siente tener a gran parte de la familia

connmigo otra vez. ¿Puedo pedirte un favor?

Gabriel movió sus ojos hacia mi padre. De sus labios no salió ningún sonido.

—Sé que Emilia tiene su ángel de la guarda y no te ofendas pero creo que a ese ángel le hace falta madera para ser ángel de la guarda de mi pequeño tesoro.

Gabriel nos enseñó una clara mueca de total confusión.

—Prométeme que cuidarás bien de Emilia.

—Ahh... mmm... ¿Qué?

Eleazar llenó el espacio a nuestro alrededor de una sonrisa mansa y suave.

—Me gustaría que me prometieses que cuidarás de Emilia. Después de todo...

—Por supuesto que lo haré —soltó Gabriel en un tono grave.

—¿Es una promesa?

Gabriel me miró y acto seguido asintió con la cabeza.

—Perfecto, eso me deja mucho más tranquilo—. Eleazar se sonrió de oreja a oreja

—. Volviendo al principio: ¿qué es lo que te preocupa hija?

—Todo —contesté procurando que no me temblase la voz. En el semblante de mi padre ya no quedaba ni una pizca de esa pose endeble de cuando nos confesó lo débil que supuestamente era.

—Esto terminará pronto, no te preocupes. Y terminará bien. Sabes que Miguel no se

demorará mucho en reaccionar. Para este instante debe saber que Batraal y Gabriel

están aquí con nosotros. No se quedará de brazos cruzados, de eso estoy seguro.

¿También lo sabes, no es así Gabriel? A Miguel no debe hacer feliz que tu estés aquí

con nosotros. Eso será otro golpe en su ego. ¿Dime, crees que todavía cuente con su

apoyo? A mí me resulta un tanto difícil de creer que sus intenciones sean defender

aquello para lo que fuimos creados —se detuvo un momento para quedarse pensativo —nosotros nunca fuimos muy distintos.

—Quizá tengas razón —convino Gabriel.

—Me alegra que lo reconozcas.

—Tanto en lo bueno, cuanto en lo malo, Lucifer.

Me papá reaccionó a sus palabras con una sonrisa de sorpresa.

—¿Y eso, Gabriel? ¿Es una amenaza velada? ¿Qué quieres decir?

—Entiendes perfectamente lo que quiero decir. Todavía sigo siendo un guerrero, al

igual que tú, al igual que todos los demás. Nosotros sabemos de lo que somos capaces. No me contendré si debo reaccionar. No me tomes por estúpido, Lucifer.

Estoy aquí porque quiero proteger lo que es justo, porque quiero proteger a quién

amo.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par y yo sentí que mi rostro se ponía completamente rojo.

—Si debo ser ese Arcángel, lo seré. ¿Lo entiendes? Estoy aquí contigo pero si tengo que mandarte de regreso al Infierno lo haré sin titubear. No estoy ciego, no

estoy sordo y mis manos no están atadas. Llegaré al fondo de esto a como dé lugar

y haré que quién deba pagar por lo que suceda, pague.

—Pues sí, es una amenaza en toda regla —entonó mi padre sin perder la sonrisa.

—Tómalo como quieras, como debas tomarlo. Ojalá no mientas, ojalá tus intenciones sean verdaderamente buenas.

—Gabriel, me alegra ver que no has perdido las agallas.

Gabriel meneó la cabeza.

—Y es evidente que tú, sigues siendo tú, Lucifer.

—¡Gracias a Dios por eso! —entonó mi padre alegremente.

—¿Está todo bien? —Vicente asomó su cabeza por la puerta.

—¡Perfectamente! Estaba pidiéndole a Gabriel un favor y él aceptó.

—¿Qué favor es ese?

—Que cuide muy bien de tu hija. No confío en ese ángel de la guarda que le adjudicaron. Me deja más tranquilo saber que Gabriel aceptó proteger a nuestra niña.

—Es muy amable de parte de Gabriel desear ayudar y de usted de preocuparse por

mi hija pero ella tiene un padre y una madre —Vicente tendió su brazo en mi dirección con la palma hacia arriba.

Esquivé a mi padre y a Gabriel y me prendí de la mano de Vicente.

—Nosotros cuidaremos muy bien de Emilia. En tanto y en cuanto ustedes no hagan

de esto una batalla sin fin, mi hija y mi esposa estarán bien.

El aire se caldeó al instante. El calor no emanó ni de mi padre ni de mí. Lo irradiaba Vicente. Jamás lo había escuchado hablarle así a mi padre, tampoco a Gabriel. Sin

duda consiguió imponerse ante ambos y su actitud si bien por un momento me pareció un tanto exagerada, lo cierto es que me encantó verlo así plantado y firme

por su familia. Este era mi hombre, mi demonio, mi ángel, mi alma gemela, mi amigo y todo lo demás para lo que queda espacio entre medio de todo eso.

—Ahora si me disculpan —tiró suavemente de mi brazo —me gustaría tener un momento de paz con mi mujer.

Lo miré a los ojos y estos volvieron a encantarme como la primera vez. Agradecí

este instante de todo corazón porque lo sentí como si fuésemos solamente un hombre y una mujer, una pareja normal. Una pareja que se encontraba a muy poco

de convertirse en una verdadera familia.

En momentos como este me daban ganas de que solamente fuésemos dos personas

comunes y corrientes, con los mismos problemas que todos. Tantas veces había fantaseado con esas escenas normales que viven las parejas normales. Lo imaginaba

a él, regresando a casa para encontrarse con su pequeña hija. Nosotros saliendo a cenar, ocupándonos de nuestra casa, discutiendo por tonterías.

Lo que hubiese dado por poder arrancarnos a los tres de esta extraña y bizarra situación. Ya no importaba si no era una eternidad a su lado, simplemente no quería

morir tan pronto, quería que al menos por un tiempo fuésemos nosotros tres, viviendo la vida que nunca creí que tendría porque incluso cuando me comprometí

con Cristian no me permití imaginar que un día amaría tanto al hombre que tenía a

mi lado, o que pensaría seriamente en formar una verdadera familia.

Caminé hacia Vicente rodeando mi vientre con mi brazo libre.

—Te amo —le dije con una sonrisa de oreja a oreja que no pude contener.

Vicente me abrazó.

Imaginé lo que esto debía significar para Gabriel, incluso para mí padre.

—Te amo —entonó el sobre mi oído—. Nosotros tres es lo mejor que he tenido en

la vida y lo defenderé con uñas y dientes, contra ángeles y demonios, no me importa. Te amo, las amo a las dos y te juro que las sacaré de esta locura.

Vicente cerró la puerta detrás de sí, dejando al otro lado a mi padre y a Gabriel

—¿Cómo es que fuiste a enamorarte de mí? Te veo y todavía no lo comprendo.

—Recuerda que soy yo el afortunado aquí.

—Esa es una competencia que no ganarás.

—Ya gané.

Me estiré y lo besé.

—¿Qué traman esos dos?

—Se amenazaron mutuamente. Gabriel le dejó en claro a mi padre que duda de él y

la verdad es que yo también dudo de él, me cuesta creer en las cosas que dijo.

Después de mostrarse siempre tan poderoso... No sé si me asustaba más antes que

lo creía poderoso o ahora que se dice vulnerable. No creo poder confiar en él. No

sé si mentía antes o miente ahora o si miente constantemente.

—Tampoco me fío de él completamente —anunció mientras caminábamos por el

área de cocina del avión —parte de lo que dice es real y lo demás... bien, prefiero

tomar con cautela esos monólogos suyos. Solamente quiero que Emilia esté a salvo

y sé que eso no lo conseguiré entregándome a la palabra de tu padre, siquiera a la

de los ángeles. Es que ellos son lo que era antes nuestra historia, nosotros somos distintos, ellos no lo comprenderán jamás, siquiera tu padre. Nosotros lo vivimos todo, somos esta mezcla entre lo humano, lo demoniaco y lo angélico. Ellos jamás

verán las cosas del modo en que las vemos nosotros, no lo entienden.

—Es probable que así sea. Por cierto, ¿cómo llevas lo de Batraal?

—Estoy sorprendido pero casi esperaba una locura semejante.

—¿Qué crees que sucedería si mi padre enfrenta y derrota a Miguel?

—La verdad es que no tengo idea —meneó la cabeza—. Con Las Doce Sillas prácticamente disuelta y este mundo tan mezclado entre ángeles y demonios. No lo

sé —murmuró por fin—. Tengo la impresión de que no tardaremos mucho en saber

cómo acaba todo—. Con sus largos y bellos dedos, apartó un mechón de

mi frente—. Cómo sea, Emilia y tú saldrán de esto, eso te lo juro.

Tomé su mano y la bajé hasta mis labios. Besé sus dedos sobre la alianza de matrimonio.

—Tú también saldrás de esto, eso te lo juro.

Vicente fue a replicar pero tapé su boca con mi mano.

—Saldremos de esto —insistí.

Lo sentí sonreír por debajo de mi mano.

...

La lluvia repiqueteaba sobre el techo del automóvil.

Londres nos recibió con lluvia y así continuaba. Parecía querer convertirse en el diluvio universal. Contra el temporal no había paraguas, piloto o botas de lluvia que alcanzaran.

El cielo daba la impresión de encontrarse más debajo de lo normal. Todo estaba demasiado húmedo y la bruma cubría la parte superior de los edificios más altos y

modernos.

Ángeles y demonios formábamos una comitiva de tres automóviles detenidos a las

puertas de un lujoso edificio de departamentos.

Mi padre y Batraal fueron los primeros en descender de su automóvil, seguidos por

Lilith; allí los recibió un hombre con un paraguas negro tan grande como una sombrilla de playa.

El automóvil del que ellos descendieron se apartó dejando paso al que ocupaban Gabriel Boni y Ami, justo delante de nosotros en la fila.

Más hombres con paraguas aparecieron para recibirlos.

Mi padre no había querido decirnos por qué eligió Londres. De hecho, actuaba como si todo estuviese de maravillas, como si estuviésemos en la ciudad de visita.

El vuelo en aquel avión que todos compartimos en esa paz y familiaridad que nunca

hubiese creído posible fue igual de extraño que su comportamiento en el aeropuerto.

Gabriel salió del automóvil y giró sobre sus talones para ayudar a Boni a descender. Detrás de ella Ami.

—Estuve pensando... —comenzó a decir Vicente luego de mirar hacia fuera por su

ventanilla, él se encontraba del lado del automóvil que daba a la vereda — quizá tu

padre utilice la ciudad a modo de escudo. Londres está demasiado poblada, es demasiado bulliciosa. En El Cairo todo habría sido más sencillo para Miguel —

giró la cabeza y me miró —digo, en caso de que todavía le importe guardar las apariencias. Quizá lo de Roma se le fue de las manos.

Apreté los labios dudando.

—No lo sé.

—Yo creo que quería que sucediese lo que sucedió con Ciro pero con Miguel deberá ser más cuidadoso. Así sea un objetivo fácil o no, Miguel es un arcángel; no

es lo mismo.

El automóvil que llevó hasta allí a Gabriel y a los demás se alejó cediéndonos el paso.

Vicente se asomó por la ventanilla para mirar hacia arriba.

—Me pregunto si ya sabrá que estamos aquí. Supongo que sí —entóné refiriéndome

a Miguel.

—También lo creo. La pregunta aquí es ¿cuándo decidirá aparecer?

—Parece increíble que pueda actuar así sin más —sobre todo considerando que Gabriel su hermano, había quedado en medio de ambos. Quizá no debía

sorprenderme que a Miguel aquello no le importase demasiado, si evidentemente era tan obstinado y ciego como mi padre pero... Pensar en que Dios o lo que fuese

que les dio una existencia a los tres, no hacía nada para frenar esta locura me hacía sentir un tanto desamparada y descreída también.

Nuestro vehículo se detuvo justo frente a mi padre quien se apresuró a abrir la puerta. Mi padre cubrió la abertura con el enorme paraguas que cargaba.

Vicente le dio un apretón a mi mano como insuflándome valor.

—Bienvenidos a mi hogar —entonó con más entusiasmo del que merecía la ocasión.

Vicente bajó y se inclinó para ayudarme a salir del automóvil.

—Hogar dulce hogar.

Miré a mi padre.

—¿Qué te parece? Todo el edificio es mío.

—No me sorprende.

—Espera a verlo por dentro, lo que contiene te agradará mucho.

—En este momento cualquier lujo parece superfluo. Eres consciente de que Miguel

podría caer sobre nosotros en cualquier momento.

Las gotas caían con fuerza contra el paraguas.

Otro demonio apareció por detrás nuestro con otro paraguas para cubrirnos.

Eleazar apartó el paraguas para asomar la cabeza hacia el cielo y mirar hacia arriba.

—No veo a Miguel por ninguna parte, solamente nubes plomizas y lluvia — volvió

a cubrirse con el paraguas—. Me gusta la lluvia.

—¿Te burlas de mí? Casi morimos todos a manos de Ciro. Hemos... —no pude

volver a mencionar la muerte de Diogo porque me dolía el corazón cada vez que pensaba en aquello y entonar el nombre de Eva empalidecía el rostro de Vicente.

—Los lujos no siempre son materiales. Y no, no me burlo. Entremos. Te aseguro que te agradará muchísimo lo que te espera dentro. A ambos —añadió moviendo la

vista en dirección a Vicente—. Por favor, podrías darme algo de crédito. Debo constantemente rogar que deposites en mí un poco de confianza y no debería ser así.

—No deberías rogarme que confíe en ti, deberías hacer cosas que demuestren que

puedo confiar en ti.

—Es eso mismo lo que intento hacer. No tiene caso que continuemos discutiéndolo

aquí afuera bajo la lluvia. Entremos. Se sentirán mucho mejor cuando estemos dentro.

Eché un vistazo en dirección a la entrada del edificio, en el majestuoso portal de modernas líneas nos esperaban los ángeles.

—Necesitan reponerse de lo sucedido y cuando lleguemos arriba tendrán todo lo necesario para conseguirlo.

Vicente rodeó mi espalda con uno de sus brazos.

—Vamos. No tiene caso discutir aquí afuera bajo la lluvia.

—Lo ves.

Obvie la sonrisa de mi padre y seguí a Vicente.

Un montón de demonios nos dieron la bienvenida al edificio, sin palabras pero con

gestos de clara sumisión. No fueron tan amistosos con Gabriel y los demás; los siguieron con miradas hostiles, mas sin intentar nada, solamente no los perdían de

vista.

Mi padre avanzó hasta los ascensores.

—Siéntase todos como en su casa.

Gabriel y Boni cruzaron una mirada ante las palabras de bienvenida de Eleazar.

—Si necesitan algo, cualquier cosa, lo que sea, no tienen más que pedirlo.

Ami se quedó viendo a mi padre, llevaba una de esas sonrisas tuyas tan divertidas y

sinceras.

—Creo que nunca te agradecí como corresponde por cuidar de mi hija —entonó Eleazar al percatarse de que lo miraba—. Gracias.

—No hay de qué.

El ascensor llegó a la planta baja.

—Adelante, pasen.

Ami fue el primero en entrar en el ascensor, seguido por Batraal, Gabriel, Boni, Lilith y Vicente.

—Ya verás la sorpresa que tengo preparada para ti —me susurró mi padre al oído

poniéndome una mano sobre la parte baja de la espalda para instarme a subir al elevador.

—Sorpresa.

Eleazar sonrió.

—¿Todos listos? —preguntó mi padre cuando estuvimos todos dentro de la cabina,

aproximando su mano a la botonera que solamente tenía siete pulsadores.

Las puertas se cerraron sin que nadie contestase nada.

Giré la cabeza un poco, Vicente me devolvió la mirada y entre las otras cabezas que

asomaban por detrás de él el rostro de Gabriel, muy serio y con sus ojos clavados

en mí.

Boni movió su cabeza hacia él y entonces él dejó de mirarme.

—Cuanto silencio —canturreó mi padre alegremente—. Y eso que ascendemos. Si

los guiase a todos hacia abajo diría que incluso se echarían a temblar.

—¿Qué haremos ahora, cómo sigue esto? Amers y Tamiel saben que Batraal está contigo? ¿Por qué elegiste traernos aquí?

—La ciudad me gusta mucho.

—No vinimos a hacer turismo ¿o sí?

Mi padre meneó la cabeza suavemente, negando. Él echó una mirada, el ascensor estaba por llegar al séptimo piso.

—No, no vinimos a eso. Vinimos a Londres a reunirnos con los demás.

Lo observé confundida.

Las puertas del ascensor se abrieron para dar a una amplísima y moderna sala blanca, un living enorme que albergaba un montón de rostros conocidos.

Mi piel se heló al instante de la impresión.

La voz de mi hermano gritando mi nombre me desarmó por completo. Se me aflojaron las rodillas y sentí que el tamaño de mi corazón se cuadruplicaba.

Al tiempo que mi padre me sacaba del elevador, Lucas corrió hacia mí.

Su cuerpo estalló contra el mío. Lucas me rodeó en un abrazo más significativo y

expresivo que un millón de palabras.

Sentí sobre mi piel la vibración de su fuerza, una magnífica cantidad de energía que

hasta hace un tiempo atrás parecía estar orientada en un sentido completamente contrario al que tenía ahora. No tenía idea de si esto sería del agrado de mi padre, lo cierto es que Lucas, hoy por hoy se percibía menos como un demonio y más como

un ángel. Sus ojos ya no dudaban, su mente tenía una claridad que nunca antes le había notado.

—Estaba tan confundido, tan equivocado dentro de sí mismo. No sabía qué hacer con todo lo que era, con nosotros, con papá, con este mundo. Érica sin siquiera darse cuenta, imagino que sin tener la menor intención, puso muchos de mis pensamientos en orden —entonó Lucas dentro de mi cabeza—. Sí, quizá a papá no

le agrade ver que ya no odio tanto a los ángeles —añadió y de sus ojos, vi la imagen de Gabriel y Boni avanzando hacia nosotros desde mi espalda—. Tan

solo

creo que Miguel debe dar muchas explicaciones. Por los demás... paz. Eso es lo que

quiero. Es un alivio —acotó con un pensamiento calmo que fluyó como la seda en

las infinitas curvas de mi cerebro.

—Estoy tan feliz de verte —susurré en su oído.

Y también preocupada —contestó él dentro de mi cabeza—. Estaremos bien. Todo

saldrá bien. Estamos juntos. Todos juntos.

Lucas me apartó de su lado para enseñarme que en efecto sí, estábamos todos juntos.

Con los ojos llenos de lágrimas de emoción, vi a Gaspar y al resto de la familia ponerse en pie. Todos lucían algo tristes pero estaban vivos y sanos. Con ellos, Amers, Tamiel, Rocco y Lucía la sobrina de Vicente.

Gaspar comenzó a caminar hacia nosotros.

Vi a Petra esconder su rostro empapado en llanto en el cuello de Julián. Se suponía

que estos días debían ser alegres. Ahora ya ninguno de nosotros tenía la seguridad

de que fuese a celebrarse boda alguna.

Massimo tenía cara de abatido. A Leandro se lo notaba demasiado cansado.

Sofía tenía los ojos en llamas de tanto llorar y la mirada de Kumiko se notaba perdida. Toda la familia mostraba algún síntoma que evidenciaba las dos pérdidas

sufridas recientemente.

Mi discípula también estaba allí.

Todavía unida a mi hermano por su mano sobre mi brazo izquierdo vi a Vicente y a

Gaspar intercambiar un abrazo profundo y sentido.

Se me escaparon las lágrimas al verlos a los dos apoyándose en la pena de una pérdida contra la cual yo no podía hacer nada y de la cual en cierto punto, me sentía ajena. No porque no me doliese la muerte de Diogo o porque no comprendiese lo

que significaba para Vicente el haber perdido a quién fuera su puerta hacia quién era hoy, sino porque la unión que ellos tenían era una forjada a base de muchos años de

conocerse, a base de toda una vida compartida para bien o para mal.

Vicente se prendió de la camisa de Gaspar con un gesto de desamparo tal que me fallaron las rodillas.

Leandro llegó para unirse a ellos, abrazándolos.

Corriendo el par de pasos que la separaba de su padre y sus hermanos, Sofía fue a

unírseles. La siguieron Massimo y Kumiko y después Julián y Petra.

Los ocho, unidos por un gran abrazo, conformaron algo que yo no había visto antes siquiera en humanos. Sólidos, apoyándose... los integrantes del clan se decían

unos a otros que allí estaban para apoyarse.

Vicente giró la cabeza en mi dirección. De entre sus hermano sacó su brazo izquierdo para tenderme su mano invitándome.

Conmigo me llevé a Lucas.

Sofía abrazó a mi hermano mientras que Vicente acarició mi rostro con sus dedos.

Vi a Massimo rodear con su brazo a Lucía quién también había llegado.

Tamiel y Amers que se habían puesto de pie, nos contemplaban en silencio. Igual Batraal, Gabriel, Boni y Ami. El gesto en sus rostros denotaba que captaban la tristeza que invadía a la familia en cambio el de mi padre... Eleazar simplemente lucía satisfecho.

Pisando fuerte, Eleazar avanzó hacia nosotros. Se detuvo a unos dos pasos por detrás de mí.

—Aquí están todos —me dijo mi padre en voz baja.

—No todos —lo corregí.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que nadie más muera, para que ninguno

de ustedes sufra nunca más.

—No puedes prometer tal cosa.

Apartándose un poco de Sofía, Lucas lo miró.

—Haré lo que tenga que hacer —insistió—. Pobre de quien se atreva a poner una mano sobre cualquiera de ustedes.

Como mi padre había alzado la voz, el grupo comenzó a prestar atención.

—Nunca nadie los separará. Gaspar...

Los cuerpos se separaron un poco.

—Lo lamento muchísimo.

—Gracias —le contestó Gaspar apenas con un susurro. Daba la impresión de no tener fuerzas para más que eso.

—Eliza se encargó de mandar a Ciro a donde debía estar pero seré yo, quién se encargue de hacernos libres de una vez por todas. Ahora si me disculpan —retrocedió dos pasos—. Amers, Batraal, Tamiel, me gustaría mucho poder conversar con ustedes a solas.

Los aludidos asintieron con la cabeza.

La familia comenzó a soltarse.

—Siéntanse como en su casa y no se preocupen, aquí dentro están seguros. Es por

aquí —entonó mi padre llamando a La Legión.

Y así, sin más, volvían a ser cuatro.

Los seguí con la mirada mientras se alejaban. Siglos y siglos habían pasado desde

la última vez que estuvieron juntos. Ciertamente este momento no podía resumirse

en un simple reencuentro de ángeles caídos. Este era un momento que

indefectiblemente, cambiaría la historia para siempre.

—¿Se encuentran bien? —nos preguntó Leandro.

Vicente asintió con la cabeza.

—Sí, estamos bien.

—¿Acabaste con Ciro? —Lucas lo preguntó y al instante vio la respuesta en mi cabeza—. Salimos de allí vivos gracias a Gabriel y los demás.

—Gracias por impedir que nadie más en esta familia muera —entonó Gaspar con la

voz quebrada.

—Entonces... —comenzó a decir Massimo—, ¿qué se supone que es lo que sucederá ahora?

Gabriel se mantuvo en silencio.

—Están juntos otra vez, no creo que Miguel tarde mucho en reaccionar. Si es que mi padre no da el primer paso antes.

28. Puro mal.

Últimamente los días se me escapaban casi sin sentido, sin poder distinguirlos unos

de otros. Una masa de confusión en las que apenas se diferenciaban las horas de luz

de la de oscuridad y a decir verdad, aquí en Londres eso se ponía todavía más difícil. Con el cielo encapotado y esta insufrible llovizna cayendo sin cesar...

Regresaba de la cocina después de dejar en el lavaplatos la taza que había utilizado

para beber un poco de té, cuando vi a Gaspar en la terraza, debajo de la llovizna, en la oscuridad solo, con la vista perdida en difuso horizonte de la ciudad.

Vicente insistió en que cenara algo pero yo no me creía capaz de probar bocado, lo

dejé prepararme un té y lo bebí a la fuerza. A diferencia de los demás, Gaspar no

conseguía siguiera eso. Se lo veía completamente perdido, sufriendo.

El resto del clan y los ángeles habían pasado por la cocina en algún momento, él no.

Ahora todos se hallaban dispersados por el gigantesco departamento que mi padre

había puesto a nuestra disposición.

De tantos cuartos, de tantos lugares en los que estar, Gaspar había elegido la ventosa soledad de la terraza.

Vicente me esperaba en uno de las habitaciones, le prometí que intentaría dormir un

poco; él también necesitaba descansar y allí me esperaba en la cama más no podía

dejar a Gaspar allí. Verlo así me partía el alma.

Abrí la puerta de cristal y un ventarrón cargado de diminutas gotas se coló al hall

de distribución. Las cortinas bailotearon frenéticamente a mis costados.

Salí y cerré la puerta detrás de mí para que no se metiese más del fresco y la humedad imperantes aquí afuera.

El clima era pésimo tal es así que me encogí dentro de mis ropas.

—No deberías estar aquí, llueve —dijo sin volearse a verme. No lo necesitaba para

saber que era yo.

Caminé hasta él y posé mi mano derecha sobre su espalda. Sus ropas estaban húmedas. Froté mi palma sobre sus hombros para darle calor. Pese a que nuestra temperatura era elevada y no solíamos sufrir demasiado por el frío o por el calor,

Gaspar tiritaba.

—Demonio o no, este clima hará que pesques una pulmonía. Tú tampoco deberías

estar aquí.

—El paisaje es un tanto triste.

Me pegué a su costado y le di valor a sus palabras con un movimiento de cabeza de

arriba abajo.

—De cualquier modo bonito.

—Sí, lo es —apoye mi cabeza en su hombro e hice una pausa, los dos nos quedamos en silencio por unos cuantos segundos. La finísima lluvia que apenas si

se podía ver, no tardó nada en mojarme—. Lo lamento muchísimo —me mordí el

labio inferior, no había tenido tiempo de hablar de esto con él y no tenía idea de cómo hacerlo porque no podía imaginarme ni quería imaginarme a mí misma, en su

posición—. No sé cómo consigues mantenerte en pie.

Gaspar reclinó su cabeza sobre la mía.

—Tampoco lo sé. Creo que estoy en pie únicamente por mis hijos. De no existir ellos yo no... —tragó con fuerza —una gran parte de mí murió con él. La más importante, la más grande.

Gaspar buscó mi mano, nos dimos un fuerte apretón.

—Estamos aquí para ti. No te dejaremos caer.

—Es que ya caí. Estoy tan lejos de aquí —alzó la cabeza y yo con él. Lágrimas brotaron de sus ojos para confundirse con la lluvia—. Tu padre consiguió lo que tanto deseaba —soltó cambiando rotundamente de tema—. ¿Todavía no salen?

—No, siguen allí reunidos. Me asusta pensar en lo que puedan estar tramando.

—Pronto lo sabremos.

—Sí —solté en un suspiro—. Espero. El problema es que no confío en él—. Procedí

a contarle lo sucedido y a exponerle todas mis dudas. Pese a que él pasaba por un

muy mal momento, me desahugué a su lado porque Gaspar siempre me inspiraba eso. No confiar en él sería antinatural, no sentirme cómoda y segura a su lado, otro

tanto. Cada vez más me costaba asimilar que en realidad él había perdido al amor de

su vida luego de que le costase tanto encontrarlo. Sí, la vida no es justa y cosas malas le suceden hasta a las personas más buenas pero esto que le había sucedido a

él, parecía producto del más puro mal.

Gaspar me escuchó con su calma y paciencia de siempre, absorbiendo mi angustia y

mis miedos, brindándome la seguridad que nadie más en este mundo podía darme.

Siquiera Vicente conseguía ese efecto en mí, es que Gaspar es de ese tipo de personas que parece tener la experiencia y la sabiduría de un millar de vidas vividas, lo que los budistas llaman un alma vieja; un corazón puro y bueno quizá no

por naturaleza, lo cual lo tronaba todavía más valioso, si no por aprendizaje.

—Sea como sea, aquí estamos nosotros para hacer lo que haga falta, Eliza.
Somos

una familia y lo seremos hasta que no quede ni uno de nosotros. Formas parte de esta familia nos defenderemos unos a otros. Tu padre nos trajo aquí pero no fue a la

fuerza, nosotros accedimos venir. Mis hijos y yo estamos decididos a hacer lo que

sea necesario para que se haga justicia. Hasta las últimas consecuencias, Eliza.

Ninguno de nosotros tiene miedo ya, y después de todo la eternidad jamás es para

siempre. No al menos si quieres vivir con dignidad. Nosotros no permitiremos que

tu padre desvirtué esta situación en algo para su provecho. En fin, si no es que ya lo es. Lo sabremos cuando nos enfrentemos a Miguel.

Volvimos a quedarnos en silencio.

Gaspar de repente sonrió.

—Ni en mis sueños más desquiciados creí que mi vida me llevaría a estos

momentos que vivo —su mano acarició mi mejilla—. No me arrepiento. Siempre he intentado dar lo mejor de mí. Eso debería ser la meta de toda persona, sea humano, ángel o demonio. La paz interior, estar en paz con uno mismo —Gaspar me dio un beso en la frente—. Puedo sentirlo, estamos muy cerca del desenlace.

Estoy casi seguro que ellos están allí afuera —su mirada se perdió otra vez en el horizonte.

—A mí en ocasiones me da la impresión de que esto no es más que un muy extraño

sueño del cual despertaré para regresar a mi antigua vida. Incluso hoy, con este enfrentamiento a nuestras puertas, prefiero esta realidad que aquella.

—Lo sé.

Al tiempo se le escaparon un par de segundos más. La noche casi caía sobre nosotros.

—Deberíamos entrar —le propuse. Sentía que también me encontraba a punto de ponerme a tiritar, la llovizna ahora parecían agujas de hielo que se me clavaban hasta los huesos.

—Sí. Supongo que sí.

Me moví para dar inicio a mi regreso al interior del departamento; no llegué a alejarme demasiado de la baranda; Gaspar me tomó del brazo.

—Eliza.

—¿Sí?

—Toda la familia tiene muy en claro que si debemos enfrentar a tu padre lo haremos, no podemos permitir que el mal acabe reinando, incluso si eso implica nuestra muerte. Tú sabes que nosotros no deberíamos existir. De modo alguno aceptaremos que tu padre...

—Lo sé —solté interrumpiéndolo—. También sopesé la opción de que eso pudiese

suceder. No quería hacerlo pero lo pensé.

—Entonces...

—No necesitas ni avisarme ni pedirme permiso, Gaspar. Por más que me pese

—

rodeé mi vientre con ambos brazos —sé muy bien que no podría permitirle a mi padre cometer una barbarie. Es por eso que tengo miedo. Más allá de lo que podría

hacer, no quiero que mi padre sea eso ¿lo entiendes? Es de dónde provengo, es... —

me costó encontrar las palabras para expresar lo que tenía atragantado a mitad de camino entre mi corazón y mi garganta—. Llegué a quererlo, lo quiero y no quiero

que sea ese que supuestamente es. Quisiera que fuese ese hombre que en este último

tiempo se mostró a mí.

—Te entiendo.

—Es un tanto egoísta esperar que no traiga el Infierno a la Tierra simplemente por

no sentirme defraudada.

—Es tu padre —me sonrió —es normal que esperes que él sea...

—Lo que quizá no pueda ser —lancé interrumpiéndolo.

—Ten fe.

Sonreí por no llorar. En verdad de todo corazón quería creer que mi padre no era la

representación del puro mal.

—Hablo en serio. Ten fe y demuéstrole que confías en él, que crees que puede cambiar la historia como dice que lo hará. Hazle saber lo importante que es para ti

que cumpla con lo que dijo que haría, que sea el padre que tú necesitas que

sea.

—Me encantaría poder aferrarme a la idea de que lo que yo necesite de él, podría

moverlo a ser lo que necesito que sea.

—La fe hace eso Eliza, mueve montañas. Anda, vete a dentro, ya no tomes más frío.

Entraré en un momento.

—Ven conmigo.

—No, adelántate. Necesito unos minutos más a solas.

—Bien —caminé hasta él y a modo de despedida le di un beso en la mejilla —. Te

veo luego.

—Sí —contestó con una sonrisa triste.

Me costó dejarlo allí solo.

Haría otra escala más antes de ir a reunirme con Vicente.

...

Las voces llegaron a mí ni bien entré en el corredor. Cinco voces masculinas todas

muy distintas sin embargo igual de contundentes.

—Bien, bien, bien eso es cierto pero recuerdas la vez que Batraal y tú... — Amers

se detuvo al verme aparecer por el corredor.

Todos se detuvieron.

Mi padre que era el último en salir del estudio me miró por entre las cabezas de sus

hermanos ángeles.

—Eliza —entonó Tamiel.

—Hola—. Los noté demasiado sonrientes, bien, en realidad Gabriel no sonreía y mi

padre tampoco. Los otros tres ángeles parecían muy felices de encontrarse juntos otra vez—. ¿Todo bien?

—Sí, ¿y tú? Estas mojada. ¿Saliste? —me preguntó Amers mientras Batraal me miraba con curiosidad.

—No, es decir sí. Estaba en la terraza tomando un poco de aire.

—Mojándote —articuló Gabriel poniendo aún más cara de preocupación.

—Es que aquí apesta a demonio —comentó Batraal.

Lo miré. Su comentario me extrañó. Los demás no acusaron el sentirse molestos o

incómodos con las palabras del ángel caído.

—No creo que se nos quite con una ducha —me encontré diciendo en el más sarcástico de los tonos.

Se hizo silencio. Siquiera mi padre comentó nada.

—Necesito hablar contigo —le dije mirándolo a los ojos—. ¿Puedes dedicarme

cinco minutos?

—Sí, claro —abrió nuevamente la puerta a su espalda.

—Bien, nosotros estaremos en la cocina cenando algo.

—Sí, en un momento me reuniré con ustedes.

El primero en dejarme atrás fue Batraal. Amers me sonrió a modo de despedida y

siguió camino. Tamiel como en un gesto de bendición o algo así, palmeó mi hombro derecho y después de dedicarme una tímida sonrisa, se echó a andar.

Gabriel que se había quedado rezagado observándome cual si quisiese arrancarme

todos mis pensamientos despegó los labios para decir algo pero finalmente me dedicó una inclinación de cabeza y se fue con los demás.

—Adelante —me invitó a pasar—, soy todo tuyo.

Todos los despachos de mi padre en sus diferentes propiedades eran en extremo similares: infinidad de libros, muebles de estilo, esa sensación de sabiduría y sobrada experiencia. Alrededor del escritorio que probablemente presidiera Eleazar

desde la gran butaca frente a la ventana, otras cuatro sillas. Alguien había estado fumando puros, había dos vasos de cristal vacíos sobre el escritorio y un montón de

papeles además de una daga sobre un par de estos. La hoja y las piedras incrustadas

en el mango relucían con sobriedad ante la luz de la lámpara sobre el escritorio.

El filo me provocó un fugaz estado catatónico del que mi padre se percató al instante. A pasos presurosos acertó la distancia que lo separaba del escritorio, lo rodeó y manoteó la daga.

—¿Qué planeas hacer con eso?

En vez de contestarme mi padre la tomó entre sus manos y la colocó directo debajo

del rayo de luz.

—¿Te gusta?

—Te contestaría que sí si no fuese lo que sé que es.

—Es mía. Mi daga.

Se me puso la piel de gallina.

—¿Qué hicieron aquí tantas horas?

—Pasaron incontable cantidad de siglos desde la última vez que estuvimos juntos.

Nos merecíamos un par de horas para ponernos al día. ¿De qué querías hablarme?

Por qué no mejor vas y te cambias de ropas primero, no es conveniente para tu estado que...

—Todo este tiempo he estado intentarme aferrarme a mis deseos de poder confiar

en ti —solté a toda prisa interrumpiéndolo —y luego... ya no sé quién eres. Es más,

creo que jamás lo he sabido y tengo mis serias dudas de que algún día... —dejé la

frase inconclusa porque mi padre soltó la daga sobre el escritorio de muy mal modo y se sentó.

—¿Te ofendo?

—¿Crees que está mal lo que hago?

—No sé lo que haces. Dices que quieres darnos un futuro—. Me detuve he hice una

pausa—. ¿La usarás contra él? —apunté la daga con la mano.

—Y contra quién haga falta —articuló despacio y con calma.

—Sí lo asesinas no nos darás un futuro. Será nuestra sentencia de muerte. Eso si es

que para el momento en que te enfrentes a él, lo demás continuamos con vida. No

quiero ver maldad en ti y esto que veo ahora no es exactamente bueno. Deseabas quitarte a Ciro de encima y fue eso lo que obtuviste.

—Te recuerdo que era tu hermano y mi hijo.

—Harías bien en recordarlo tú. Y que aquellos que salieron de aquí son tus hermanos, no tu ticket para la venganza.

Eleazar se reclinó contra la silla. Con sus codos clavados contra los apoyabrazos,

entrelazó sus dedos.

—Tu cerebro no se detiene. Conforme los días pasan lo que nos une se aleja más del zumbido de una señal pobre en dirección a la claridad de una información que

llega del modo más completo con sentimientos, palabras e imágenes —inhaló y después soltó todo ese aire en un largo suspiro—. ¿Puro mal le dijiste? ¿Acaso eso

soy yo? Antes me ofendía tu desconfianza, ahora es casi comprensible. No quieres

que nadie más sufra o muera. Lo comprendo. Tienes miedo, lo entiendo. Esto sucederá lo quieras tú o no. Es que ya está sucediendo y no hay forma de que consigas detenerlo. Quizá yo sí sea el puro mal, quizá no. Tarde o temprano lo averiguarás.

—¿Por qué no me dijiste que...?

—¿Que puedo arañar tus pensamientos?

Asentí con la cabeza y él se rió.

—Por esa cara de pánico tuya. Sí, quizá yo sea la razón de todos tus males, de todos

los males del universo. Quizá no —de un salto volvió a ponerse de pie, recogió la

daga y la guardó en la cintura de sus pantalones—. Tarde o temprano lo averiguarás.

—Es enfermizo lo que haces.

—¿A qué de todo lo que hago te refieres?

—A jugar con todos nosotros —solté alzando la voz al tiempo que me ponía de pie.

—No es un juego —respondió en el mismo tono.

—Sí alguien más sale herido lo pagarás caro.

—No te atrevas a amenazarme. No tienes con qué.

—No, por supuesto que no, gracias por confirmarme aquella mentira tuya de que eres vulnerable y todo eso. Eres un mentiroso. ¿Batraal lo sabe? Ninguno de nosotros tiene idea de quién realmente eres, de cuando mientes o cuando no. No tengo idea de qué tanto cambiaste al caer del Cielo al Infierno, ¿lo sabes tú? —mi

pulso se aceleró—. Quizá muy pronto ambos descubramos de lo que somos capaces.

Mi padre se quedó viéndome en silencio.

—Sí, muy pronto sucederá. Gaspar tiene razón. Miguel está cerca, muy cerca. Todo

terminará pronto. De cualquier modo no hay nada por lo que esperar. Estamos listos.

Yo no estaba lista para ver morir a nadie más, jamás lo estaría. Tampoco me sentía

lista para morir.

Abracé a mi hija por sobre mi vientre. Percibí el movimiento de Emilia, fue suave

mas suficiente para indicarme que se encontraba bien.

Eleazar pasó junto a mí sin mirarme.

—Si me disculpas iré a reunirme con mis hermanos. Esta podría ser nuestra última

noche.

Mi piel se enfrió al instante.

Eleazar salió del despacho dejándome sola.

Un estremecimiento recorrió toda mi espina.

Abandoné el despacho en grandes zancadas. Si cabía la posibilidad de que fuese nuestra última noche...

Vicente.

...

Empujé la puerta y por poco le doy con el canto de madera en el rostro. Yo entraba

en el cuarto y él pretendía salir.

—Iba a buscarte —retrocedió—. ¿Todo bien?

Cerré la puerta.

—Lo dudo. Estuve un rato con Gaspar haciéndole compañía.

—Ah —su rostro se entristeció.

—Y después fui a hablar con mi padre.

—¿Por fin y terminaron su reunión? ¿Te contó de qué hablaron?

—Según él estaban poniéndose al día. Mi padre dice que esta podría ser nuestra última noche. Por cierto, casi admitió que mintió sobre aquello de su vulnerabilidad. Tuvimos una conversación un tanto áspera. Ahh y casi me olvidaba:

mi padre puede ver mis pensamientos.

Vicente se echó hacia atrás con las cejas en alto.

—Y para rematar todo el asunto, dice que Miguel está muy cerca. Por cierto, tu amigo... Batraal, opina que aquí apesta a demonio. ¿Qué hacías tú?

Vicente se quedó boquiabierto con un casi sonrisa en los labios. No era una sonrisa

feliz sino una expresión de pura confusión.

—Gaspar dice que él y sus hijos enfrentarán a Eleazar si él...

—Sí, me lo advirtió y considerando las circunstancias no encontré ni una sola excusa con la que intentar detenerlo. No consigo distinguir de lo que podría ser bueno o malo para nosotros.

—Ni yo—. Caminé hasta él y lo abracé por la cintura—. Te amo —se lo dije otra

vez porque me parecieron pocas todas las veces que tuve oportunidad de decirlo.

—Te amo —susurró él a mí oído para luego besar mi cuello.

29. El final del círculo.

Sus labios rozaron la base de mi cuello cuando sus dedos le abrieron paso apartando ligeramente mis ropas húmedas.

Con mis manos palpé su espalda preguntándome que sería de mí si nunca más volviese a tener la oportunidad de experimentar todo lo que me abrumaba cada vez

que me encontraba con Vicente a solas. Nunca fue solamente el placer del cuerpo,

eso dentro de todo, no es tan difícil de conseguir, lo complicado es encontrar una

persona que te empuje a desbordar los límites de tu cuerpo haciéndote sentir libre e

infinita. Segura y plena.

Traje mis manos al frente y comencé a desabotonar su camisa.

Las yemas de mis dedos palparon las formas de su cuello. Juraría que podía sentir

su perfume con mi piel, como si fuese permeable y receptiva para llevar aquel aroma hasta mi cerebro.

Los labios de Vicente encontraron mi boca otra vez.

Ansié sentir sus caderas contra las mías, quedar completamente pegada a él pero un

excelente motivo se interponía entre su cuerpo y el mío.

Las manos de Vicente bajaron por mi cuello, pasaron por encima de mi pecho para

detenerse sobre mi vientre.

—Eres la mujer más hermosa del universo.

Reí dentro de su boca. No me sentía particularmente hermosa.

—Jamás fallaste en ser un caballero, siquiera cuando pretendías ser solamente un demonio.

Sonrió.

—Bueno, tuviste tus momentos pero...

—Bueno, ninguno de los dos es solamente un demonio.

Su sonrisa se tornó sexy, sus ojos desprendían tanto amor que mi corazón comenzó

a dar de patadas contra mis costillas amenazando con convertirlas en astillas y nada

más.

—Quiero que seas todo lo que eres —mis labios y dientes atraparon su labio inferior. Comencé a besarlo con fuerza colgándome de su cuello, hundiendo mis dedos en su precioso cabello.

Vicente abrió los ojos. Me perdí en estos una vez más.

—Tienes los ojos más bellos del mundo.

Me regaló una sonrisa mansa.

—Amo tus ojos, amo tu boca —besé sus labios —tu cabello —le di un suave tirón

en la corinilla —tu voz, todo lo que eres y el modo en que me haces sentir.
Eres el

hombre más dulce, sexy... —fui a besarlo una vez más pero Vicente apartó la cabeza hacia atrás. En un parpadeo se le había borrado la sonrisa.

—¿Qué?

Vicente frunció el entrecejo y se quedó como escuchando luego de cruzar sus labios

con un dedo indicándome que no hablase.

Movió la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Me pareció escuchar algo.

Dejé de respirar para liberar por completo mi audición de cualquier contaminación

sonora. Agucé el oído sin embargo no escuché nada.

Negué con la cabeza.

—¿Qué fue lo que escuchaste?

—No lo sé.

—¿Alguien discutiendo?

Vicente negó con la cabeza.

Tomó mis manos y las quitó de alrededor de su cuello sin soltarme.

Volvió a prestar atención y yo con él.

Ser un demonio agudiza tus sentidos y te regala otros tantos que siquiera se pueden

explicar, quizá por esos dones con los cuales fui obsequiada, sentí algo que no se sentía bien.

Un escalofrío recorrió mi espalda y entonces llegó hasta mis oídos un sonido sordo

y grave.

Vicente me soltó y comenzó a abotonarse la camisa.

—Eso no se siente nada bien—. Mi corazón se puso a palpar enloquecido pero no

por buenas razones. Mis venas quedaron invadidas de adrenalina. Sentí mi fuerza recorrer mis extremidades de ida y vuelta hasta las puntas de los dedos.

—No, no se siente nada bien.

—Tu abrigo.

—¿Para qué? No pienso ir a ninguna parte.

La puerta se abrió de par en par.

Gabriel jadeando, se quedó viéndonos.

—Miguel —fue lo único que entonó y la verdad es que no necesitábamos más explicaciones.

—¡Mierda! ¿Dónde?

—Atacaron a los demonios de la entrada. Está subiendo.

De repente la energía se fue y nos quedamos a oscuras alumbrados por el escaso brillo que nos brindaba la luna.

—Tu padre dijo que desactivaría la electricidad y los generadores de emergencia.

Para darnos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —solté.

—¿Cómo haremos para sacarla de aquí? —le preguntó Vicente obviamente refiriéndose a mí.

—Creo que esa no es la idea de su padre.

—Pero...

Mi padre apareció ante nuestra puerta cargando una linterna. Iba sin saco, con las mangas de las camisas remangadas hasta los codos.

—Llegamos al final del círculo. Esta línea infinita se corta aquí. Pronto se descubrirá que tanto es mentira, qué tanto es verdad. ¿Estás lista? —tendió su mano

derecha en mi dirección.

Gabriel y Vicente se quedaron mudos.

Di un paso al frente y luego otro.

—¿Qué haces?! ¡No vas a ninguna parte!

—¡Lucifer, no! —vociferó mientras mis dedos se aferraban a la mano de mi padre.

—¡Eliza no!

Ninguno de los dos prestamos atención a las objeciones de Gabriel y Vicente.

—Ustedes jamás lo entenderían —murmuró mi padre mientras nos alejábamos por

el corredor.

—¿De qué hablas?! No debes permitir que Eliza participe en esto, Lucifer, Miguel...

—Silencio, Gabriel.

—Eleazar, Eliza está embarazada —gimió Vicente—. Por favor.

—Crees que no lo sé. Mi hija quiere ser parte de esto. Es parte de esto. Ninguno de

ustedes nos detendrá.

—Es una locura. Tenemos que sacarla de aquí.

—Calla, Gabriel. Lo único que necesito escucharte decir es que nos ayudarás. Si no

es eso mejor no digas nada.

—No puedo creer que esté haciendo esto. La pondrá en peligro.

Mi padre resopló fastidiado ante las suplicas de Vicente y Gabriel. Lo cierto es que

yo tenía bien claro que no pretendía permanecer al margen de lo que sucediese a continuación.

Llegamos al living en el cual los encontramos a todos reunidos al arribar de Egipto.

Allí estaban todos otra vez.

—¿Listos? —preguntó mi padre y recibió una respuesta afirmativa de parte de Amers, Batraal y Tamiel—. Magnífico porque al fin, llegó la hora.

Los cuatro integrantes de La Legión —eso incluía a mi padre— desplegaron sus alas,

las que después de todo, jamás perdieron al caer en desgracia.

Con un estallido Gabriel liberó las suyas justo detrás de mí.

Eleazar soltó mi mano y avanzó hasta sus hermanos. Los otros tres le ayudaron a acortar la distancia caminando en su dirección.

Los cuatro se tomaron de las manos inclinando sus cabezas hacia delante.

Vicente llegó a mí para tomarme por la cintura.

—¿Qué demonios es esto? —susurró.

—Un círculo. La unión de todas las fuerzas.

Me estremecí.

—No tiene la apariencia de que estén preparándose para tener una conversación con

la que intenten hacer que Miguel de su brazo a torcer.

Gabriel y yo miramos a Vicente.

—La verdad es que no —entonó Gabriel con un tono opaco y ominoso.

Gaspar nos miró.

Lucas y Érica llegaron a nosotros.

—¿Qué mierda es esto?

—Se preparan para luchar —le contestó Gabriel.

—Genial, entonces nada de conversar.

—Eso parece —respondió Vicente.

—¿Soy yo el único que siente esa incomodidad...?

—No, Lucas.

—Es que ustedes no dejan de ser demonios y Miguel no viene...

Lucas no dejó a Gabriel terminar la frase.

—Viene con ánimo un poquito hostil —bromeó mi hermano —y nosotros reaccionamos en consecuencia a eso.

—Exacto.

—Ok, los ascensores se quedaron sin energía, eso quiere decir que llegarán por las

escaleras. Hay una que da a la parte de servicio y la otra al lado opuesto del departamento, creo que deberíamos ir a bloquear las entradas.

—Sí, me parece buena idea. No podemos permitir que lleguen aquí. Gaspar deberíamos dividirnos para...

Mi padre soltó a sus hermanos para darse la vuelta, su mirada como un rayo iba dirigida hacia mi espalda.

La sensación me llevó por delante. Espié por sobre mi hombro para verlos llegar

con sus alas extendidas y sus manos armadas de dagas.

De repente entre gritos de amenazas, tuve a tres cuerpos cubriéndome: Vicente, Lucas y Gabriel se abalanzaron sobre mí para empujarme y correrme del camino de los ángeles que nos atacaban.

Dos de los cuerpos que se habían pegado a mí me soltaron.

Vi a Gabriel sacar una de sus dagas, dar la media vuelta y lanzarse contra sus hermanos.

Lucas, sin más armas que sus poderes, también fue contra ellos.

Dando un salto descomunal mi padre los siguió escoltado por sus hermanos.

Vicente me arrastró hasta donde se encontraban los sillones. En el camino, dando tumbos, vi al clan lanzarse en embestida contra los ángeles que llegaban desde el lado de la cocina.

Hice el amago de levantarme pero Vicente me apretó más contra el suelo, empujando mi cabeza hacia abajo.

—Déjame —rezongué —tenemos que ayudar.

—Tú no. Te quedas aquí.

A mis oídos llegó un grito que parecía la voz de Anežka.

Vicente alzó la cabeza. Aproveché su descuido para alzarme sobre mis rodillas.

Un ángel se lanzó en nuestra dirección. Llevaba ambas manos ocupadas por dagas y

gritaba como un enajenado.

De no sé dónde, apareció Gabriel para llevárselo por delante. Ambos se estrellaron

contra la pared provocando que todo el edificio se estremeciera. La mampostería se

quebró y ambos ángeles se pusieron a luchar por la posesión de las dagas.

De la nada apareció otro ángel y arremetió contra Gabriel lanzándole una puñalada

que dio en su lado izquierdo.

Grité con todas mis fuerzas.

Gabriel debilitado por el golpe perdió la sujeción del ángel al cual había embestido.

Sin más dilación Vicente saltó el sillón y con sus manos en llamas, cayó sobre el ángel que apuñalara a Gabriel.

No pensaba quedarme allí escondida. Esquivé el sillón y fui a ayudarlos.

Vicente había logrado quitarle un ángel de encima a Gabriel pero él otro continuaba

luchando con él en pos de quedarse con una de las dagas con la cual había llegado a

atacarnos.

La otra debió caérsele.

Frenética la busque en el suelo. La hallé por detrás de Vicente quién sin querer la pateó al saltar hacia delante para arremeter otra vez contra él ángel.

En medio del caos di otra vez con la daga. La recogí del piso y fui directo hacia Gabriel quien bufaba. Tenía la cara roja y empapada en transpiración. Ahora también tenía un corte en el brazo.

No lo pensé dos veces. Era Gabriel o...

Con la punta de la daga por delante, me impulsé hacia el ángel y di contra la parte

baja de su espalda. Procuré que la impresión de experimentar el filo de una daga penetrando la carne no pudiese conmigo.

El ángel soltó un grito y se volvió con los ojos rojos de ira centrando toda su intención en mí. Así de claro quedó que ahora era mi vida o la suya porque su daga

tenía mi nombre en el filo.

Mantuve los ojos abiertos hasta sentir el último centímetro de la hoja dar en el blanco y después los cerré porque no quería ver aquello.

La humedad se metió entre mis dedos. No era otra cosa que sangre.

Así con los ojos cerrados y todo, pude percibir el chisporroteo plateado que subió

por mi brazo hasta llegar a mi corazón.

Un ángel pasando por mí antes de regresar al cielo —pensé.

Tiré de la daga hacia fuera y ya no tuve tiempo para pensar en mucho más. Los ángeles estaban otra vez sobre nosotros.

En un pantallazo fugaz vi que Vicente estaba bien, él y Anežka luchaban contra un

ángel. Parpadeé y moví la mirada para ver a Lucas convertir en luz a otro.

Gaspar estaba siendo atacado por uno pero de repente apareció mi padre y el ángel

desapareció de mi vista.

Había llamas, humo, polvo, gritos. Un intenso olor dulzón y por debajo de aquel penetrante olor, un toque más ácido y floral que sin duda pertenecía a los ángeles.

Por ninguna parte vi a Miguel pero estaba segura de que debía estar por allí.

Gabriel acabó con otro de sus hermanos y entonces fuimos a ayudar a Vicente y a

Anežka.

Otro ángel más cayó.

Busqué a mi padre con la mirada. No di con él, ya no estaba con Gaspar y de hecho

Gaspar, Leandro y Massimo estaban juntos en un rincón.

Julián y Petra acabaron con otro ángel.

De repente, y como una flecha, mi padre salió corriendo en dirección al pasillo que

llevaba a los cuartos, a las escaleras que daban a la parte superior del departamento.

Corrí tras él sin pensarlo dos veces.

Gabriel y Vicente gritaron mi nombre.

Al entrar en el corredor vi que por delante de mi padre iban Amers y Batraal, Tamiel a la cabeza y por delante... Miguel corría escapándose de La Legión. El arcángel hizo uso de las escaleras. Arriba había más cuartos, la piscina cubierta y una terraza gigantesca con una vista impresionante de Londres.

—¡Papá no!

Como era de esperarse Eleazar no me hizo el menor caso y se apresuró a seguir a

sus hermanos escaleras arriba.

Detrás de mí, pisadas fuertes del resto de los demonios que ya no tenían a quién enfrentar.

Gabriel me llamó pero no me detuve.

A la máxima velocidad que me permitía mi vientre, salté los escalones.

Mi padre llegó al descanso de la escalera y allí se detuvo una milésima de segundo

para sacar de la cintura de sus pantalones, la daga que había estado sobre su escritorio.

—¡No, papá, por favor no lo hagas!

Eleazar me lanzó una última mirada y siguió camino.

—Eliza detente —me pidió Vicente. Si mi padre no se detenía, tampoco yo.

Llegué arriba un tanto rezagada, es que había aflojado en la velocidad de la carrera

porque sentía que a Emilia aquello no le sentaba nada bien. Jadeando me detuve en

el corredor superior, allí no había nadie pero un par de cortinas ondeaban. Una de

las puertas que daba a la terraza estaba abierta.

—¡Papá!

La lluvia dio sobre mí impidiéndome la visión por un instante.

Parpadeé un par de veces.

Los cuatro integrantes de La Legión, armados de dagas, rodeaban a Miguel.

El arcángel tenía un corte en la frente y otro en el muslo.

—Es el final del camino —entonó mi padre en un tono muy calmo.

Miguel bufaba. Sus alas estaban tensas. La mirada de odio que le lanzó a mi padre

fue más que elocuente. Si bien iba desarmado parecía capaz y dispuesto a

atacar a

mi padre con la firme intención de acabar con él.

—¿Qué haces? ¿Qué hacen los cuatro? Esto no era...

—¡Cierra la boca! —me gritó mi padre.

—¡Eliza! —Vicente por poco y choca contra mí al salir a la terraza.

Detrás de él llegó Gabriel quién se frenó en seco al ver a su hermano rodeado.

Amers que llevaba dos dagas, continuó apuntando con una en dirección a Miguel y

con la otra le apuntó a Gabriel.

—No te conviene interponerte, Gabriel. Además prometiste cuidar de mi nieta y tan

bien como yo sabes que Miguel tiene una sola cosa en mente, a parte de matarme claro, y eso es acabar con ella.

Apretando los labios Gabriel me miró primero a mí y luego a su hermano.

—Dijiste que...

Ante el comienzo de su frase, mi padre soltó una larga carcajada.

—¿Quieres intentar convencerlo tú? —Eleazar volvió a reír—. Adelante, todo tuyo.

Convence a Miguel de que nos deje a todos seguir con vida, de que entienda que aquello por lo que yo peleé es exactamente lo que todos ustedes disfrutan ahora.

Este desgraciado aquí presente me lanzó a las fieras y retrocedió con la cola entre

las patas —mi padre avanzó hacia Miguel, la punta de su daga quedó contra el cuello del arcángel—. Este asqueroso cobarde me dio la espalda y luego gozó de los beneficios por los que en realidad jamás se atrevió a luchar.

—Papá por favor no lo hagas, prometiste que no lo harías.

—Yo no hice tal cosa—. Apretó la punta de la daga contra la carne de Miguel y entonces una gota de sangre brotó de él.

—Este sucio desgraciado es el responsable de la muerte de tu madre, de la mujer que más amé en mi vida. Él me dio la espalda, nos dio la espalda a todos y ha pasado una eternidad elucubrando planes para acabar con nosotros porque no

soporta que seamos su espejo. No soporta verse reflejado.

Los otros tres integrantes de La Legión acorralaron a Miguel en un círculo todavía

más pequeño.

—Tú eres peor que todos nosotros juntos.

Gaspar y los demás llegaron, en un rápido vistazo que eché a mi alrededor me pareció ver que estaban todos bien. Algunos heridos sí, pero nada que revistiese peligro de vida.

—¿Admitirías que eres exactamente igual que nosotros? Antepusiste tu farsa ante la

vida de la madre de Eliza, ante la familia de Vicente, ante la felicidad de Gabriel. Y

sobre todo ante tu deber. ¿Es eso lo que significa ser un arcángel, Miguel? Mentir a

diestra y siniestra, darle la espalda a tu hermano, a tu mejor amigo.

—Tú... —la voz de Miguel resonó en mis oídos—. Todos ustedes merecen

morir.

Son una atrocidad, la peor calaña. La perdición. El mal... Lo más sucio y bajo.

Mi padre sonrió apretando sus labios.

—Tu necedad no tiene límite. ¿Ves esto Gabriel? —soltó una carcajada—.

Explícame cómo es posible que Él permita esto.

—Lucifer por favor, no lo hagas. Esto no... no es el modo.

—¿Y cuál es el modo?

—No sé pero es tu hermano y...

—¿Y tú crees que si él tuviese una daga en sus manos —gruño mi padre moviendo

el filo para que toda la daga hiciese contacto con el cuello de Miguel —no me degollaría ahora.

—Por supuesto que lo haría —bufó Miguel—. ¡Mátalo, Gabriel! ¡Acaba con ellos!

Son tu perdición. ¡Acaba con ella y ya no sufrirás! Mátalos a todos y volveremos a

ser libres de pecado otra vez. Mátalos y todos volveremos a ser los de antes.

Por un momento no se oyó más que el sonido de la lluvia y el viento.

—No quiero volver a ser el mismo de antes. No puedo serlo. He cambiado. Todo cambió. Tú cambiaste, el mundo es distinto.

—Vaya, vaya —canturreó mi padre pegando su nariz a la de Miguel—. Tal parece

que quedaste solo en esto, hermano —pronunció aquella última palabra con un asco

que se pudo palpar en el aire—. No tienes idea de nada Miguel, solamente conoces

de tu ego, de tu soberbia, de tus miedos y vergüenza, el resto se te escapa. No sabes lo que es el amor, lo que significa sufrir y ver sufrir. Lo que significa estar vivo. No tienes idea y eso es triste. Es la peor condena. Eres patético y lo lamento tanto por ti.

Vives y siempre vivirás sumergido en tu miseria. ¿Te das cuenta de que estaría haciéndote un favor si te matase ahora?

—¡No! —gritamos Gabriel y yo a coro.

—No tengo por qué escucharlos. Esto es nosotros dos y nadie más. ¿Qué dices Miguel? —apretó el filo todavía más contra el cuello del ángel.

Mi estómago se revolvió porque vi a Gaspar avanzar un par de pasos seguido de Leandro y Massimo.

—Ni lo intentes Gaspar o Batraal acabará con ustedes en un parpadeo.

Batraal se movió del círculo para enfrentarlos.

—Papá por favor —rogué.

—¿Alguna vez permitiste que alguno de tus hijos te llamase padre o disfrutaste de

ser llamado de ese modo? —mi padre no esperó respuesta y negó con la cabeza—.

No tienes idea de lo que te pierdes, jamás lo entenderías. Me das tanta pena, Miguel.

Tanta. ¿Sabes una cosa? —sonrió y dio un paso hacia atrás—. No nos parecemos en

nada, ni mis hermanos ni yo somos como tú. Gabriel tampoco lo es, ningún otro ángel lo es —apartó la daga del cuello de Miguel—. No reniego de ser lo que soy,

de mis orígenes, de lo que creí justo, del primer amor, de las palabras de rebeldía o de las miradas de placer. De ninguna de las cosas que he hecho. Soy un ángel. Soy

un demonio. Soy un ser humano. Un todo y jamás conseguirás hacerme sentir vergüenza de lo que soy. Vergüenza deberías sentir tú por pretender ser lo que no

eres. No eres perfecto mi hermano, jamás lo fuiste, ninguno de nosotros lo es. Ser

un ángel no garantiza la pureza ni la perfección; ni vivir una vida libre de errores o flaquezas. Al menos yo siempre he sido sincero.

Batraal, Amers y Tamiel retrocedieron sobre sus pasos bajando sus armas.

—No somos como tú ni jamás lo seremos. Acabas de ser derrotado, Miguel, y de

esta batalla, no te repondrás jamás—. Mi padre fue a añadir algo más pero se quedó

con la boca abierta. Acto seguido alzó la vista al cielo y sonrió.

—Bueno, tal parece que tendrás que dar un par de explicaciones —la sonrisa de mi

padre se amplió todavía más.

Igual de sonrientes los otros tres integrantes de La Legión se apartaron todavía más

del arcángel.

Mi corazón que no daba crédito a lo que estaba sucediendo, todavía palpitaba

enloquecido. Mi padre jamás había planeado matar a Miguel y eso no podía hacerme más feliz.

Gabriel se echó a andar en dirección a su hermano.

—Se terminó —le dijo.

—Sí, se terminó —convino mi padre—. Se terminó y queda claro quién es quién—.

Mi padre bajó la daga por completo, apretó los labios. Vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Siempre serás mi hermano y por eso esto dolerá por siempre.

Espero que a ti te duela igual—. Mi padre lo miró una última vez y giró sobre sus

talones, al darse la vuelta me miró y sonrió. Todo sucedió demasiado rápido.

Miguel se movió como un rayo, un borrón que le arrebató a Gabriel su daga y saltó

contra mi padre.

Emilia se removió dentro de mí. Una punzada de dolor atravesó mi vientre, otra mi

corazón. Vi la sonrisa de mi padre desaparecer y dolor en sus ojos.

Grité su nombre, su verdadero nombre, el nombre por el cual lo llamaban sus hermanos.

Mi padre articuló mi nombre con los suyos pero su voz jamás llegó a emerger.

Epílogo.

Cerré los ojos por un instante y recordé la sangre cubriendo la piel de mis manos.

La sangre de mi padre en mis manos. Mis manos en la herida en su cuello, la sangre

brotando por entre mis dedos sin que sirviesen de nada mis esfuerzos por hacerla

parar. Esa última mirada de desamparo que me dedicó.

Movió sus labios. Intentó hablar pero la sangre llenaba su garganta.

Te amo —dijo en un pensamiento claro y fuerte que se imprimiría en mi cerebro,

corazón y recuerdo por siempre.

—No puedes morir —repetí una y otra vez acunándolo contra mi pecho.

Escuché los gritos y forcejeos allí dónde había caído Miguel bajo la presión de Gabriel, y los demás ángeles.

—Te ayudaré. No permitiré que mueras.

Mi padre movió su garganta en otro intento de hablar y la sangre volvió a salir despedida por entre mis dedos con fuerza.

—No Eliza, no puedes hacerlo. No sabemos qué consecuencias podría traer para Emilia —soltó Vicente poniendo sus manos sobre las mías.

—Vicente tiene razón —Gaspar se colocó al otro lado de mi padre y me ayudó a sostener su cabeza en alto.

Eleazar se quedó viéndome fijo. Intentó sonreírme. Sus ojos comenzaban a perder

brillo. La sangre ahora también brotaba por entre sus labios.

—Está bien, mi amor. No pasa nada, alguna vez tenía que terminar —entonó dentro

de mi cabeza.

—No, qué dices. Eso no, ahora no. No es el momento. Mi hija necesita un abuelo.

No puedes dejarla.

—Tu hija tiene un abuelo. Tu padre será un excelente abuelo —ante semejantes palabras de Eleazar, las lágrimas se me saltaron a mares.

Lilith llegó a nosotros llorando a lágrima viva. Gemía el nombre de mi padre presa

de la desesperación de verlo partir.

Por un segundo todo se puso de un blanco enceguecedor y se escuchó un silbido muy potente que nos aturdió.

Cuando lo que nos rodeaba volvió a la normalidad, frente a mí y de rodillas aterrizó Gabriel.

—Ya no tienen que preocuparse por Miguel. Ahora deberá intentar explicarse.

Mi padre movió sus ojos en dirección a Gabriel y con lo último de sus fuerzas, posó su mano derecha sobre el hombro de Gabriel.

Por favor, hija, dile que le agradezco —la voz de Eleazar ahora sonó menos clara

dentro de mi cabeza. Sin duda perdía fuerzas.

—Dice que te agradece.

Gabriel me miró y luego miró a mi padre. Su mano derecha fue a posarse sobre la

de Eleazar para apretarla más contra su hombro.

—Lamento no haber reaccionado cuando debí reaccionar. Debí ayudarte.

Perdón.

Mi padre parpadeó lentamente. En silencio y con un cuidado enternecedor, acarició

la cabeza de mi padre.

—Estoy aquí. No te dejaremos, amor. No morirás —le susurró Lilith.

Mi padre tosió. Así sin más, se puso pálido como la cera.

—Gabriel tienes que hacer algo. Debes ayudarlo. Tú puedes. Sé que tú puedes. Por

favor, por favor Gabriel. No puede morir. Es mi padre, no puede morir.

Ya, tranquila, estaré bien —la voz de mi padre no fue más que un endeble hilo —.

No debes pedirle eso, todo estará bien.

—Nada estará bien si tú no estás—. De tanta lágrima apenas si podía ver algo pero

de cualquier manera moví mis ojos hasta Gabriel—. Te lo ruego.

Mi hermano jadeó el nombre de nuestro padre al caer a sus pies. Lucas tenía la mitad del rostro empapada en sangre que ahora se mezclaba con lágrimas. Su cabello estaba húmedo y pegoteado.

Las manos que extendió hasta el pecho de Eleazar estaban lastimadas. De refilón vi

que Érica estaba en las mismas malas condiciones que mi hermano. Noté otro cuerpo por detrás de ella. Alcé la vista para ver a Lucía. Por debajo del rasgón en la tela de su camina se adivinaba una gran lastimadura en su hombro derecho. Sus ropas estaban manchadas de sangre también.

—Por favor Gabriel, tienes que hacer algo —le rogó Lucas—. Seguro que tú

puedes.

—Yo... yo...

Mi padre agarró a su hermano con más fuerza y negó con la cabeza una y otra vez

mientras la vida se le escapaba en un par de lágrimas.

—Gabriel por favor. No dejes que muera.

No, Eliza. No —siempre estaré contigo, tu siempre estarás conmigo. Te amo y quiero que sepas que amé a tu madre con toda el alma. Cuida bien de mi nieta. Cuida

de tu hermano. Prométeme que serás feliz, que intentarás siempre ser tu misma. No

temas a tus demonios, ellos son parte de lo que eres, son los que hacen a esta persona en la que te convertiste, a esa niña que quiero con todas mis fuerzas desde

que supe que existía. Te amo, hija —mi padre tosió una vez más; su cuerpo estaba

casi tan frío cuanto el aire de la noche londinense—. Siempre... siempre te querré.

Con sus pupilas fijas en las mías, mi padre sonrió una última vez y luego simplemente se dejó ir.

De repente el cuerpo que tenía sobre mí, no pesaba nada, solamente el dolor en mi

corazón y la confusión en mi mente.

Todo volvió a ponerse blanco y ese pitido seguido de un gran estallido me arrebató

a mi padre de mi regazo para lanzarme hacia atrás.

Recuerdo que al caer vi mis manos teñidas de rojo.

...

Ver ahora mis manos tan claras, tan limpias, tan tibias al rodear este cuerpo caliente y perfecto que llenó todo mi ser de un amor inconmensurable parecía increíble.

Aquel momento de muerte, este momento de vida.

Difícil creer que de aquel instante de completa desazón pasaron más y que ahora no

era capaz de sentir otra cosa que no fuese gozo. Si es que no cabía en mí de tanta

felicidad.

En cuanto el médico puso a Emilia en los brazos de Vicente, recién nacida y todavía

cubierta de los restos de aquello que la protegiera por nueve meses de un mundo que hoy ya no era el mismo, el universo se puso de cabeza y a Dios gracias por eso.

Eleazar había dicho que no le tuviese miedo a mis demonios. El objetivo en realidad, según me parecía a mí, más que evitar el miedo, era enfrentarlo y eso mismo hacía en este instante. Emilia dormía plácidamente sobre mi regazo.

Con su

pancita llena y su corazón contento y es que no podía estar de otra manera porque

dormía sobre mi pecho y aferrada con su manito derecha al dedo índice de su padre.

Vicente acarició con su mano libre las pocas hebras de cabello que a la luz de

la lámpara por detrás de mí, relucían de un rubio cobrizo. Exactamente el mismo color que el cabello de su padre. Sus ojos de un color indefinido pero que apostaba

mi vida a que serían igual que los de su padre, y que por cierto, tenían la misma mirada ahora descansaban detrás de sus parpados.

—Es perfecta —me susurró Vicente al oído acurrucándose todavía más contra mí sobre la cama.

—Ya lo creo—. Acaricié su mandíbula la cual tenía una sombra de barba ya.

Llevábamos en la clínica desde antes del amanecer y la noche anterior apenas si habíamos podido descansar algo, los dos estábamos ansiosos y presentíamos que el

momento estaba cerca.

A los dos nos invadió el miedo. No teníamos idea de cómo sería. Ya suficientemente

complicado es ser padres primerizos, todavía más, siendo esta mezcla entre

humanos, demonios y ángeles. Sin embargo y a pesar de que la carga emocional casi puede con nosotros, todo resultó de maravillas. El parto fue bien y Emilia era

como cualquier otra criatura recién nacida.

—Espero tenga tus ojos.

—Tendrá los tuyos, ya lo verás.

Vicente besó mi mejilla.

—Soy el hombre más feliz de universo. Gracias.

—No tienes nada que agradecerme, aquí la responsabilidad es cincuenta y cincuenta.

Vicente se sonrió.

—Todavía no puedo creer que esté aquí con nosotros. Es un milagro.

—Lo es. Es una bendición, es nuestra hija.

Las lágrimas se le escaparon otra vez de esos hermosos ojos grises suyos.

—Nuestra hija —repitió acariciándola.

Alguien llamó a la puerta con sumo cuidado. La puerta comenzó a abrirse. Vi el reflejo de la luz del corredor en el piso pero quien entraba quedaba oculto detrás de la pared que daba al baño.

Ya era de noche de modo que nuestra habitación estaba prácticamente a oscuras.

—¿Se puede? —la voz de mi padre no fue más que un susurro pero de cualquier modo, lo suficientemente perceptible para que el corazón se me disparase.

Al fin llegaba Eleazar.

Eleazar estaba en Italia esta mañana cuando lo llamé para avisarle que su nieta venía en camino así que él no se lo pensó dos veces y ordenó que le preparasen su avión.

Dijo que no se perdería este evento por nada, y si bien llegaba con Emilia ya con

horas de nacida, estaba aquí y eso no tenía precio, tampoco una explicación muy coherente, o de aquellas que la ciencia pueda explicar y avalar. Cuando aquella luz

blanca dio contra él lanzándonos a todos hacia atrás, a mi padre se le brindó una oportunidad. Una segunda oportunidad tal vez, quizá un simple resarcimiento por lo

que jamás debió suceder, o quizá por lo que sí debió suceder para que todos,

incluido él, aprendiésemos algo.

Eleazar no parecía el mismo desde aquella noche. No lo era. Con Las Doce Sillas

disuelta y La Orden imponiendo orden entre los demonios que intentasen

desbalancear un sistema que es lo que hace que el mundo sea lo que es desde principios de los tiempos, mi padre está más tranquilo. Su mirada más calma y su

espíritu sin duda, todavía más humano de lo que siempre fue. O quizá sea que él también está permitiéndose ser todo lo que es, incluido ese ángel que cayó del Cielo

porque quería vivir y sentir todo, absolutamente todo.

Detrás de un inmenso ramo de rosas de un delicado color rosa y media docena de

globos del mismo color, apareció el rostro de mi padre y por detrás de él, Lilith.

Ambos tenían ese tipo de cara de felicidad que no se puede disimular.

Eleazar me miró y después movió sus ojos hasta su nieta y ya no tuvo ojos para nada ni nadie más. Ahora fue el amor lo que se traducía en las marcas de sus facciones.

—¡Felicidades! —soltó en un susurro—. ¿Cómo están, cómo está ella, qué tal fue el

parto? —Eleazar llegó a mí, se inclinó y depositó un beso en mi coronilla—. Hija...

todavía no puedo creer que esto esté sucediendo, que ella esté aquí. Esto... esto es...

las flores y aquí... —alzó las bolsas que colgaban de su brazo. De la emoción

no le

salía la voz.

—Gracias papá, no hacía falta que trajeses nada, solamente los necesitaba a ustedes

dos aquí y aquí están.

Vicente soltó su dedo de la mano de Emilia y recogió de manos de mi padre, las flores y demás.

—Es preciosa —entonó Lilith tan emocionaba cuanto lo estaba el hombre que tenía

al lado, quién en un par de meses se convertiría en su esposo porque así es, mi padre le había propuesto matrimonio hacía dos meses, se casarían en noviembre.

—Lo es. Es bella —mi padre, ya libre de todo lo que cargaba hizo el ademán de tocarla pero detuvo su mano a un par de centímetros de la cabeza de mi hija —.

¿Puedo?

—Claro que puedes.

Así fue como mi padre, al que me unía la sangre y mucho más, movió su mano en

dirección a aquella pequeña y perfecta cabecita. El Diablo, Lucifer, Eleazar, este hombre que aún llevaba en su cuello la marca del intento de su hermano, de acabar

con su vida, acarició a su nieta en un gesto de amor, en el más grande e incondicional.

Vi sus ojos llenarse de lágrimas.

Lilith se prendió de su cintura.

—Se siente increíble. Su temperatura es normal y huele maravillosamente. Es tan suave, tan pequeña, tan perfecta, tan llena de vida, tan... es...

—¿Quieres cargarla?

—¿Yo?

—Sí, ya tenemos fotografías de su otro abuelo cargándola.

—Sí, lo vi afuera con todos los demás. Nos saludamos, está feliz, exultante.

—Sí, lo está. También Lucas y él la cargó. Vamos —despegué la espalda de las almohadas y le tendí a Emilia que se removió un poco entre mis brazos pero nada

más que eso.

—Yo... no sé, no quiero lastimarla, jamás he cargado un bebé en brazos y...

—Es tu nieta, papá. No le harás ningún daño.

Vi a mi padre tragar con dificultad. Una lágrima se fugó de sus vibrantes ojos.

Con manos temblorosas tomó a Emilia de mis brazos. Lo que al principio comenzó

con un gesto torpe, terminó siendo ese abrazo natural que brota del instinto.

—Hola, Emilia, soy tu abuelo Eleazar. Hola mi amor. Bienvenida a la vida.

Fue mi turno de no conseguir contener el llanto. Verlos juntos me recordó que pensé, teniendo su sangre en mis manos, que esto no sucedería jamás.

Vicente tomó una cámara y así les sacó una fotografía a los tres. Lilith aferrada a la cintura de mi padre y mi padre enseñando a su nieta a la cámara con una gigantesca

sonrisa en sus labios.

El flash iluminó el cuarto un par de veces y después Vicente volvió a dejar la cámara sobre la mesa de luz.

—Vicente me dices dónde puedo conseguir una taza de café —le pidió Lilith después de echarle un vistazo a mi padre quién contemplaba embobado a su nieta.

—Sí, por supuesto, a mí también me vendrá muy bien una, de hecho antes de que llegaran estaba pensando en ir por una. ¿Está bien si las dejo aquí por unos minutos? —me preguntó Vicente.

Resultaba más que obvio que el plan de ambos era dejarnos a mi padre y a mí a solas.

—Sí, claro. Ve.

—No te preocupes. Yo las cuidaré.

Vicente le sonrió a mi padre y se acercó a mí para besar mis labios.

—Te amo —me dijo.

—Yo te amo más.

—Eso es imposible, te lo juro. En unos minutos regreso.

Mi padre asintió con la cabeza ante las palabras de Vicente y así fue cómo nos dejaron solos.

Mi padre se sentó sobre el borde de la cama.

—¿Y bien, qué se siente convertirse en abuelo?

—Es lo mejor de toda la creación.

Sus palabras me hicieron sonreír.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por permitirme ser parte de esto.

—Eres parte de esto, eres su abuelo.

—Sí pero...

—Está bien papá, ya terminó.

—Sí, eso es cierto. Terminó, ahora todo es distinto.

—Lo es —convine posando mis manos sobre las suyas para abrazar el cuerpo de mi hija.

—Ahora soy abuelo.

—Sí. Ahora eres abuelo.

—Sí, sí lo soy. No puedo creer que este momento sea real. Cuando llegamos vi a tu

hermano, él está exultante pero yo estaba tan asustado que... No puedo más que estar agradecido por continuar con vida para vivir esto.

—Y yo no podría estar más agradecida de tenerte aquí. Nunca te lo dije es que no

quería volver a hablar de ese momento... gracias por no ser... por no... si hubieses

matado a Miguel.

Mi padre se quedó viéndome en silencio.

—Todavía es mi hermano y lo que me hizo continua doliendo y si duele es por algo, ¿no crees? —meneó la cabeza negando—. No es mi ego lo que duele,

jamás

lo fue. Yo amo a mi hermano y lo amaré siempre pese a todo. Y quién sabe, quizá

un día, él lo comprenda. Después de todo tenemos toda la eternidad por delante para

intentar seguir cambiando las cosas. Dicen por ahí, que la esperanza es lo último que se pierde.

No pude más que contestarle con una sonrisa.

Con Emilia durmiendo en sus brazos, hablamos sobre toda la familia reunida afuera. Eleazar en cierto modo, ya era parte del clan también.

Mi padre me pidió que le contase sobre la fiesta de matrimonio de Julián y Petra. El

festejo no fue lo que sería en un principio porque faltaban dos piezas importantes en nuestras vidas, de cualquier modo fue un evento memorable y emotivo.

Gaspar todavía intentaba recuperarse de su pérdida, y yo y todos sabíamos que no le

resultaría sencillo, al menos ahora tenía algo más en lo que ocupar su tiempo, con

la muerte de Eva, Vicente le pidió que se convirtiese en su maestro y en su guía, y

saber que así sería, a mí me trajo paz, mi amor necesitaba volver a encontrar su cauce.

Quién también daba impresión de haberlo encontrado era Lucas junto a Érica quién

a pesar de ser un demonio, tenía más de ángel que de ninguna otra cosa y supo

traer

calma a la vida de mi hermano.

Anežka estaba cada día más fuerte y madura, y el que ella y Boni continuasen forjando día a día una gran amistad me traía a mí calma.

Gabriel, Ami, Cesar, Pavel y otros integrantes de La Orden se hicieron asiduos de

mi casa e incluso habían pasado por aquí hoy, para conocer a Emilia.

Lucía se mudó a la ciudad y ahora más que nunca, era parte de nuestra familia, así

como Susana y los suyos.

Poder vivir rodeados de quienes amábamos sin duda, era algo por lo que agradecíamos todos los días.

Vicente entró en el cuarto.

—Se fueron todos a cenar. Van a festejar. Dicen que beberán unas cuantas copas de

champagne en nuestro honor —explicó regresando a mi lado sobre la cama—. Tu

padre los invitó. Está feliz, no cabe en sí.

—Sí. Es increíble.

—¿Y cómo están ustedes? —no abrazó a ambas.

—Estábamos esperándote. Nos hacías falta —besé sus labios—. Mucha falta. Ahora

que regresaste estamos completas otra vez.

—Ahora yo estoy completo.

Hay algo con la vida, algo que todos creen que es un secreto pero que en realidad

todos sabemos. No es un misterio que quién no arriesga jamás siquiera se encuentra

cerca de conseguir lo que quiere; e incluso cuando no sabemos lo que queremos, la

única forma de descubrirlo es lanzarse a lo desconocido al vértigo que provocan el

miedo y las dudas. Ese vértigo es la señal de que aún tienes tiempo para encontrarte

y descubrir quién eres, para conocer qué parte de ti es un ángel, cuál un demonio e

intentar conciliar ambas partes para ser alguien, para ser tú mismo.

Estoy descubriendo quién soy y no pasa un día sin que me maraville al encontrar un

aspecto nuevo, porque por suerte, entiendo que no soy lo que fui ayer y que no seré

mañana lo que soy hoy, y que ninguna eternidad es suficiente para saciarte de la vida y sus ínfimos y preciosos detalles.

Hay algo con la vida, algo que la hace el mejor de los regalos, la travesía más excitante y difícil y eso es, simplemente aceptar que no será un viaje de placer sino un camino en ocasiones muy difícil recorrer pero que vale la pena recorrer.

Mi historia... bien, mi historia no fue ni nunca será el Paraíso, por suerte tampoco

el Infierno pero tengo ambos polos, al alcance de la mano, para no desorientarme,

para continuar reconociendo a los ángeles en mí, y a todos mis demonios por todo

lo que dure mi eternidad junto a los que amo.

Fin

Agradecimientos

A mi madre por ser mi primera lectora.

A Gaby por adoptar esta historia, por pedir más.

A mi grupo de apoyo, a esas personas que me soportan y que aceptan someterse a

mis locuras cada día, dándome permiso también, de meterme en sus existencias:

Belén, Gloria y Lucía.

A Fernanda por estar pendiente de cada detalle, por su tiempo y dedicación.

A todos los que a lo largo de este camino, han aceptado hacerle un lugar en sus vidas a “Todos mis demonios”.

¡Gracias!